

# REVISTA DE HISTORIA MILITAR



INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR

NUESTRA PORTADA:

Anverso del díptico correspondiente al Ciclo de Conferencias «*La Guerra de la Independencia. Una visión militar*», celebrado en el Instituto de Historia y Cultura Militar durante el mes de octubre de 2008.

I N S T I T U T O D E H I S T O R I A  
Y C U L T U R A M I L I T A R



Revista  
de  
Historia  
Militar

Año LIII

2009

Núm. Extraordinario

Los artículos y documentos de esta Revista no pueden ser traducidos ni reproducidos sin la autorización previa y escrita del Instituto de Historia y Cultura Militar.

La Revista declina en los autores la total responsabilidad de sus opiniones.

## CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES

<http://www.060.es>

Edita:



NIPO: 076-09-090-7 (edición en papel)

ISSN: 0482-5748

Depósito Legal: M-7667-1958

Imprime: Imprenta del Ministerio de Defensa

Tirada: 1.200 ejemplares

Fecha de edición: enero, 2010

NIPO: 076-09-091-2 (edición en línea)



## NORMAS PARA LA PUBLICACIÓN DE ORIGINALES

La Revista de Historia Militar es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar. Su periodicidad es semestral y su volumen, generalmente, de doscientas ochenta y ocho páginas.

Puede colaborar en ella todo escritor, militar o civil, español o extranjero, que se interese por los temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas.

En sus páginas encontrarán acogida los trabajos que versen sobre el pensamiento militar a lo largo de la historia, deontología y orgánica militar, instituciones, acontecimientos bélicos, personalidades militares destacadas y usos y costumbres del pasado, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar de hoy, el estudioso de la historia y jóvenes investigadores.

Los trabajos han de ser inéditos y deberán precisar las fuentes documentales y bibliográficas utilizadas. Se presentarán en soporte papel, **por duplicado**, y en soporte digital (CD o DVD).

El procesador de textos a emplear será **Microsoft Word**, el tipo de letra «**Times New Roman**» y el tamaño de la fuente **11**.

Los artículos deberán tener una extensión mínima de veinte folios y máxima de cuarenta, incluidas notas, bibliografía, etc.

En su forma el artículo deberá tener una estructura que integre las siguientes partes:

- Título: representativo del contenido.
- Autor: identificado a través de una nota.
- Resumen en español: breve resumen con las partes esenciales del contenido.
- Palabras clave en español: palabras claves representativas del contenido del artículo.
- Resumen en inglés.
- Palabras clave en inglés.
- Texto principal con sus notas a pie de página.
- Bibliografía: al final del trabajo, en página aparte y sobre todo la relevante para el desarrollo del texto. Se presentará por orden alfabético de los autores y en la misma forma que las notas sin citar páginas.
- Ilustraciones: deben ir numeradas secuencialmente citando el origen de los datos que contienen.

Las notas deberán ajustarse al siguiente esquema:

a) Libros: Apellidos en mayúsculas seguidos de coma y nombre en minúscula seguido de dos puntos. Título completo del libro en cursiva seguido de punto. Editorial, lugar y año de edición, tomo o volumen y página de donde procede la cita (indicada con la abreviatura p., o pp. si son varias). Por ejemplo:

PALENCIA, Alonso de: *Crónica de Enrique IV*. Ed. BAE, Madrid, 1975, vol. I, pp. 67-69.

b) Artículos en publicaciones: Apellidos y nombre del autor del modo citado anteriormente. Título entrecomillado seguido de la preposición en, nombre de la publicación en cursiva, número de volumen o tomo, año y página de la que proceda la cita. Por ejemplo:

CASTILLO CÁCERES, Fernando: «La Segunda Guerra Mundial en Siria y Líbano», en *Revista de Historia Militar*, 90, 2001, p. 231.

c) Una vez citado un libro o artículo, puede emplearse en posteriores citas la forma abreviada que incluye solamente los apellidos del autor y nombre seguido de dos puntos, op.cit., número de volumen (si procede) y página o páginas de la cita. Por ejemplo:

CASTILLO CÁCERES, Fernando: *op.cit.*, vol. II, p 122.

d) Cuando la nota siguiente hace referencia al mismo autor y libro puede emplearse *ibídem*, seguido de tomo o volumen y página (si procede). Por ejemplo:

*Ibídem*, p. 66.

e) Las fuentes documentales deben ser citadas de la siguiente manera: archivo, organismo o institución donde se encuentra el documento, sección, legajo o manuscrito, título del documento entrecomillado y fecha. Por ejemplo:

A.H.N., *Estado*, leg. 4381. «Carta del Conde de Aranda a Grimaldi» de fecha 12 de diciembre de 1774.

Se deberá hacer un uso moderado de las notas y principalmente para contener texto adicional. Normalmente las citas, si son breves se incluirán en el texto y si son de más de 2 líneas en una cita a pie de página.

Para su publicación, los artículos deberán ser seleccionados por el Consejo de Redacción.

Los originales se enviarán a: Instituto de Historia y Cultura Militar. Revista de Historia Militar, Paseo de Moret, núm. 3. 28008-Madrid. Telefax: 91- 780 87 42. **Correo electrónico: rhmet@et.mde.es**

# Sumario

	Páginas
PRESENTACIÓN .....	9
ARTÍCULOS	
– <i>La sanidad militar española a comienzos del siglo XIX. La organización de la asistencia médica durante los sitios de Zaragoza (1808-1809)</i> , por don <b>Luis Alfonso ARCARAZO GARCÍA</b> , Teniente Coronel médico. Doctor en medicina .....	15
– <i>La percepción de la historia y el ejército español al inicio de la Guerra de la Independencia</i> , por don <b>Carlos CÁCERES ESPEJO</b> , Coronel de la Guardia Civil .....	77
– <i>La dirección de la Guerra: 1808-1810</i> , por don <b>Andrés CASSINELLO PÉREZ</b> , Teniente General ® .....	141
– <i>La dirección de la Guerra: 1810-1814</i> , por don <b>Andrés CASSINELLO PÉREZ</b> , Teniente General ® .....	165
– <i>Los sitios en la Península Ibérica (1808-1814): mucho más que mitos</i> , por don <b>Francisco ESCRIBANO BERNAL</b> , Comandante de Caballería. Licenciado en Historia. Academia General Militar .....	195
– <i>Ejército y pueblo durante la Guerra de la Independencia. Notas para el estudio de una simbiosis histórica</i> , por don <b>José Manuel GUERRERO ACOSTA</b> , Teniente Coronel, Instituto de Historia y Cultura Militar .....	239
– <i>La Artillería en la Guerra de la Independencia</i> , por don <b>Carlos J. MEDINA ÁVILA</b> , Teniente Coronel (D.E.M.) .....	281
– <i>La Guerrilla en la Guerra de la Independencia</i> , por don <b>José PARDO DE SANTAYANA</b> , Coronel. Historiador .....	319

	Páginas
– <i>Una ocasión fallida: la incidencia de la Guerra de la Independencia sobre la organización del ejército decimonónico</i> , por don <b>Fernando PUELL DE LA VILLA</b> , Coronel de Infantería ®. Doctor en Historia. Profesor de Historia Militar. IU Gral. Gutiérrez Mellado, UNED .....	357
– <i>Suministros y exacciones en la Guerra de la Independencia. Su peso sobre los pueblos y los campesinos</i> , por don <b>Juan Miguel TEIJEIRO DE LA ROSA</b> , General de División Interventor ®. Doctor en Historia .....	377
– Coloquio con don <b>Juan J. SAÑUDO BAYÓN</b> , Coronel de Infantería ® .....	417



## PRESENTACIÓN

El año pasado, transcurridos dos siglos del inicio de la Guerra de la Independencia, proliferaron los actos conmemorativos. Innumerables congresos, seminarios, ciclos de conferencias, etc., jalonaron el calendario. Al socaire de la efemérides se publicaron muchas obras de todo tipo como atestiguan los saturados anaqueles de las librerías. Si nos centramos en el estricto quehacer historiográfico asistimos a la edición de interesantes estudios monográficos, bien sobre asuntos y temas determinados como de sucesos regionales o locales. También nuevos libros de síntesis orientados fundamentalmente a la alta divulgación, menester este que consideramos de gran importancia.

Todo lo anterior se complementó con excelentes exposiciones cuyos catálogos engrosaron la inmensa bibliografía existente. Hubo también brillantes recreaciones de batallas que tuvieron tanto éxito de público como repercusión mediática. Además se reeditaron bastantes obras que de una u otra manera podemos considerar como clásicas.

El Instituto de Historia y Cultura Militar hace ya seis años que inició un programa de SEMINARIOS anuales que han quedado recogidos en sendos extraordinarios de la Revista de Historia Militar. A lo largo de esas fechas y con los títulos:

- «Los franceses en Madrid. 1808. Información, Propaganda y Comportamiento Popular»
- «Entre el dos de mayo y Napoleón en Chamartín: los avatares de la Guerra Peninsular y la intervención británica»
- «Respuestas ante una invasión»
- «Repercusiones de la Guerra de la Independencia en América» y
- «La complejidad de la Guerra de la Independencia»

Vieron la luz casi 1.500 páginas que recogen 57 trabajos de los más destacados especialistas nacionales y extranjeros, civiles y militares, en la Guerra de la Independencia. Como los antecitados títulos acreditan pretendimos estudiar el conflicto desde muy diversas perspectivas. Basta señalar que re-

cogemos artículos e interpretaciones de los profesores D. Jean René AYMES (Sorbona), D. Gérard DUFOUR (Universidad de Provenza), D. Charles ESDAILE (Universidad de Liverpool), D. Antonio PEDRO VICENTE (Universidad Nova de Lisboa), D. Antonio PIRES VENTURA (Universidad de Lisboa), Tcol. Nuño LEMOS PIRES (E.M. del Ejército de Portugal), D. Vittorio SCOTTI DOUGLAS (Universidad Degli Studi di Trieste) y el Presidente de la Comisión Internacional de Historia Militar D. LUC de VOS. Cito exclusivamente los ponentes extranjeros por no hacer estos párrafos interminables.

La representación nacional incluye a 23 profesores de 11 Universidades, representantes de la AEGI y a los más prestigiosos historiadores militares. Aquí, y como excepción, citaremos al profesor D. Emilio DE DIEGO que, personalmente y en su condición de Presidente de la Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia, coordinó durante los cinco años las jornadas.

Es también interesante recordar la Mesa Redonda que moderada por el Teniente General Cassinello celebramos en mayo de 2006. La misma contó con ocho especialistas del máximo nivel sobre algo tan debatido y complejo como La Guerrilla.

El esfuerzo creemos que ha supuesto una destacada contribución –así lo han expresado notables historiadores– a la mejora y renovación de los estudios sobre la guerra.

Debo además recordar que hace dos años terminamos felizmente la publicación de «*La Guerra de la Independencia*» escrita por los coroneles D. José Priego López y D. José Priego y Fernández del Campo -padre e hijo- en 9 volúmenes y 13 tomos cuyo inicio de edición se remonta al año 1966 con el volumen titulado «Precedentes y preliminares».

También hace un par de años pudimos poner a disposición de estudiosos e investigadores la impresionante base de datos «*Unidades participantes en la Guerra de la Independencia en España*» de la que es autor, el coronel Don Juan José Sañudo Bayón, que ahora cierra estas páginas en las que transcribimos el coloquio celebrado en el Instituto el de octubre de 2008.

Con anterioridad –y siempre me estoy remitiendo a los últimos años– publicamos el *Estado Militar del Ejército y la Armada, de 1807*, conocido como el Ordovás, en edición a cargo de los señores D. Jesús Alía Plana y del Tcol. José Manuel Guerrero Acosta.

El año pasado, no queremos seguir remontando el calendario, vió la luz el libro *Fondos Documentales de la Guerra de la Independencia en la Colección General de Documentos y Su Apéndice (Colección Cárdenas-Mexía)*

*del Archivo general Militar de Madrid*, coordinado por la profesora Doña María Dolores Herrero Fernández-Quesada, y una muy esperada reedición corregida en papel y DVD del *Índice Bibliográfico de la Colección Documental del Fraile*.

Dejando el pasado inmediato y ciñéndonos al presente y próximo futuro, hace tan solo unos días se corregían las pruebas de edición de las «*Memoorias de soldados españoles durante la Guerra de la Independencia 1817-1815 Dinamarca-Rusia-España*».

Con el anterior aluvión de datos, incompleto, pues hemos dejado en el tintero algunos facsímiles y reediciones, quiero señalar que este Instituto se ha esforzado en la Conmemoración. Seguimos esforzándonos y en breve pretendemos editar la monumental obra del Doctor Sarramon con cartografía y croquis de extraordinario nivel. En ello se está actualmente trabajando.

Ahora presentamos este monográfico con el título «La Guerra de la Independencia. Una visión militar».

En el mismo recogemos la versión escrita -muy ampliada- de las ponencias pronunciadas en octubre de 2008 en nuestra vieja sede de Mártires de Alcalá y el coloquio, antes mencionado, con el coronel D. Juan José Sañudo Bayón. A estos trabajos añadimos los artículos expresamente encargados para este número extraordinario con el que pretendemos, como reza su título, ceñirnos a una interpretación estricta de la historia militar.

Confiamos en que estas páginas constituyan una importante contribución al estudio y divulgación de la historia de aquella época. Tal es nuestra intención. A ustedes corresponde juzgar el resultado.

## ARTÍCULOS

LA SANIDAD MILITAR ESPAÑOLA  
A COMIENZOS DEL SIGLO XIX.  
LA ORGANIZACIÓN DE LA ASISTENCIA  
MÉDICA DURANTE LOS SITIOS DE ZARAGOZA  
(1808-1809)

Luis Alfonso ARCARAZO GARCÍA<sup>1</sup>

*LA ORGANIZACIÓN DE LA SANIDAD MILITAR ESPAÑOLA  
EN EL SIGLO XIX*

**E**n el siglo XVIII el Estado no tenía organizado un cuerpo específico para la asistencia de los soldados enfermos o heridos, de forma que los jefes de Unidad contrataban para la asistencia médica de sus soldados a religiosos, médicos, cirujanos, farmacéuticos, barberos, sangradores o a otros sanitarios civiles, mediante el pago de un salario a cargo de Su Majestad. Pero esta situación comenzó a cambiar al crearse los Reales Colegios de Cirugía, el de Cádiz fundado en 1748 para la Marina y, posteriormente, como prolongación del anterior, el de Barcelona creado en 1764 para el Ejército. En estos Colegios la preparación que recibieron sus alumnos fue de tal nivel que llegó a crear suspicacias entre los médicos que se sentían perjudicados por los muchos conocimientos de estos nuevos cirujanos. El funcionamiento del nuevo Cuerpo lo reguló Carlos IV mediante el «Reglamento para el Gobierno del Cuerpo de Cirugía Militar del Ejército» publicado el 20 de julio 1805, aunque no será hasta 1829 cuando la Sanidad del Ejército cuente con médicos militares específicos y mediante el «Reglamento General del Cuerpo de Médicos Militares» regule su funcionamiento.

---

<sup>1</sup> Teniente coronel médico. Doctor en medicina.

Sangría<sup>2</sup>.

A partir del mencionado reglamento de 1805, el Cuerpo de Cirugía Militar comenzará su andadura, desarrollándose entre 1806 y 1808 bajo el gobierno de una Junta formada por cinco Cirujanos de Cámara y un Cirujano Mayor del Ejército. La plantilla se componía de dos consultores, dos supernumerarios, 120 primeros ayudantes, 24 segundos ayudantes y 73 colegiales en fase de preparación<sup>3</sup>. De una forma general, se puede decir que el trabajo de un cirujano militar consistía en revisar diariamente a los soldados que se hubieran quedado en cama por estar enfermos, y si el problema no podía solucionarlo con sus propios medios, remitía al paciente al hospital militar y, en caso de no haberlo, al civil más próximo. Entre sus funciones también estaba la de pasar revista higiénica a las dependencias del cuartel y, sobre todo, a las que utilizaban los soldados para hacer la vida. En caso de hacer ejercicios o entrar en campaña, el cirujano y sus ayudantes también se encargaban de la asistencia médica de los militares desplazándose con ellos.

<sup>2</sup> RIERA, J.: «Cuerpos médicos especiales: médicos de la Armada y del Ejército», en *Asclepio*, XXI, 1969, pp. 327-334.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 328.

Pero la verdadera novedad de esta incipiente Sanidad Militar creada por los borbones fue la asistencia hospitalaria, ya que los nuevos hospitales militares construidos a principios del siglo XVIII fueron los primeros centros hospitalarios modernos con los que contó la Monarquía Hispánica, pues los hospitales civiles habitualmente eran centros de acogida de pobres caminantes o peregrinos a los que ofrecían hospitalidad y cobijo por caridad, es decir, que su función primordial era la de albergue, y en caso de llegar algún enfermo, el hospitalero avisaba al cirujano de la población. Sólo en unos pocos hospitales la función primordial era la de prestar asistencia sanitaria con personal propio.



Hister, L. «Instituciones quirúrgicas ó cirugía completa universal», en la Oficina de Antonio Marín. Madrid, 1770.

En los nuevos hospitales diseñados por la arquitectura ilustrada se comenzó a tener en cuenta una serie de factores encaminados a mejorar las condiciones de habitabilidad, valorando el volumen de aire que debía de haber por enfermo, la construcción de ventanas hasta el techo que garantizaran la ventilación, un suministro de agua correcto, unas letrinas en condiciones o que sus desagües no contaminasen las conducciones o pozos de agua potable. Por último, se crearon salas de infecciosos para poder aislar a los enfermos, presuntamente, contagiosos. Para la ubicación de los nuevos

hospitales se prefirió el extrarradio, fuera de los cascos urbanos, ya que se era consciente de que su construcción en el interior de las poblaciones exponía la salud del resto de vecinos.

Por otra parte, los nuevos hospitales militares dispusieron de medios económicos, personal profesional, y del material e instrumental precisos para prestar una asistencia sanitaria de calidad a los pacientes<sup>4</sup>. Pero a pesar de estas condiciones favorables y de ser prácticamente los únicos hospitales medicalizados, muchos de ellos se suprimieron durante el reinado de Fernando VI, siguiendo un erróneo criterio encaminado a economizar caudales a la Real Hacienda. El primero en ser cerrado fue el de Pollensa y, posteriormente, los de Pamplona, Fuenterrabía, San Sebastián, Puebla de Sanabria, Ciudad Rodrigo, Valencia, Peñíscola, Tarragona, Tortosa, Lérida, Cardona, Puigcerdá, Seo de Urgel, Rosas y Vic. Y, finalmente, por Orden de 9 y 12 de agosto de 1742 se clausuraron los de Zaragoza, Badajoz, Alcántara y Albuquerque<sup>5</sup>.

Estos hospitales militares se regían por el Reglamento de 1739 que, de una forma muy pormenorizada, marcaba las pautas que se debían de observar en estos establecimientos. Por ejemplo, el Contralor o Comisario de Guerra, encargado de la inspección del hospital, debía de llevar los libros de entradas, fallecimientos y de las estancias causadas tanto por soldados como por oficiales, lo mismo que el control de la limpieza de las salas de enfermos. Y, además, cuando algún paciente precisara unciones y no existiera «quadra para tal fin», también le correspondía al Contralor determinar la sala, materiales y personal que debían de utilizarse. En lo concerniente a la labor asistencial, los médicos debían pasar consulta a los pacientes ingresados dos veces al día, una a las siete de la mañana y otra a las tres de la tarde, aunque en verano la consulta de la mañana se adelantaba a las seis y la de la tarde se retrasaba a las cuatro, debiendo tratar siempre a los pacientes con agrado y caridad. Durante la visita se llevaría un recetario para solicitar tanto la medicación al boticario como las dietas oportunas a la cocina, para lo cual el Contralor le habría proporcionado al médico un reglamento de alimentos con las raciones oportunas que eran: ración, media ración, dietas simples o dietas rigurosas; por otra parte, en el mencionado reglamento debían de estar reflejadas las porciones de víveres de que se componía cada ración para no añadir alimentos no incluidos. En caso de ocurrir alguna urgencia

---

<sup>4</sup> CARDONER, A.: «La Cirugía en Barcelona en el siglo XVIII antes de la fundación del Real Colegio de la misma Facultad (1700-1760)», en *Medicina & Historia*, 22, pp. 14-15.

<sup>5</sup> MASSONS, J. M<sup>º</sup>.: *Historia de la Sanidad Militar Española*. Ed. Pomares Corredor, Barcelona, 1994, pp. 219-220.





El mencionado reglamento refería que los practicantes de medicina sólo se nombrarían en los hospitales de campaña, debiendo ser personas graduadas en filosofía, es decir, con estudios y, además, tener un año de práctica. Su trabajo consistía en acompañar al médico en sus visitas, anotar los tratamientos y dietas recetadas, debiendo estar presentes tanto en la administración de las mencionadas medicinas junto con el boticario como en las sangrías, unturas y ventosas aplicadas a los pacientes de su sala y, por último, encargarse de la limpieza de camas y utensilios de la sala, teniendo totalmente prohibido recetar medicina alguna.

Por lo que respecta a los cometidos del Cirujano Mayor, el reglamento refiere que eran similares a los de los médicos. Por la mañana, realizaba la visita a todos los heridos ingresados y, por supuesto, debía de llevar también un formulario para anotar sus recetas, ungüentos o cataplasmas, lo mismo que la ración alimenticia, que al finalizar entregaría al Boticario Mayor. Y posteriormente, ordenaba las curas que debían realizarse, encomendando las más sencillas a los practicantes, ya que las amputaciones, mutilaciones de brazos y piernas, fracturas simples o complicadas u otras operaciones mayores le correspondían a él. En caso de surgir alguna urgencia fuera del horario laboral, debía de acudir a prestar sus servicios. También era responsable de que sus practicantes tuvieran las vendas e instrumental precisos para las operaciones y de designar a los practicantes de cirugía, que debían tener una experiencia de tres años trabajando con un Maestro Cirujano, ya que era muy perjudicial nombrar a muchachos que sólo habían sido aprendices en barbería. Como jefe y encargado de los practicantes debía designar al de guardia, que debía de permanecer en el hospital constantemente y responsabilizarse de las cajas de material quirúrgico, y controlar el trabajo de éstos, de forma que en caso de falta o inasistencia de alguno de ellos, debía de ponerlo en conocimiento del Contralor que era el responsable de sancionarlos.

Además, el Cirujano Mayor impartía docencia, ya que anualmente debía dar un curso de operaciones de cirugía y otro de disección anatómica para enseñar a los practicantes, utilizando los cadáveres depositados en el mortuario, y a los más aptos se les extendía un certificado de prácticas, de esta forma se pretendía disponer siempre de cirujanos con los conocimientos necesarios para trabajar en los hospitales de campaña. Las obligaciones de los practicantes de cirugía eran muy similares a los de medicina, pues se encargaban de la higiene de los pacientes, limpieza de la sala y del material a su cargo, debiendo hacer guardias en sus respectivas salas por la noche y a turno. También eran los encargados de anotar en los respectivos libros las medicinas y raciones recetadas por el Cirujano Mayor o el médico.

El resto de la plantilla hospitalaria se componía de un Boticario Mayor, sus practicantes y un «tipsanero», encargado de las tisanas recetadas a los pacientes; un guardarropa, ayudantes y mozos de cocina, y un Enfermero Mayor encargado de controlar el trabajo de los enfermeros. Y, por último, para la asistencia espiritual de los ingresados se debía de contratar a clérigos que hablasen español y francés.

En el caso de tratarse de servicios hospitalarios en campaña, el reglamento indicaba que debía de haber un Contralor encargado de la inspección de los hospitales, que estaba a las órdenes del Intendente del Ejército y del que recibía las pautas precisas para preparar camas, sábanas y demás ropa, lo mismo que las cajas de medicina y de cirugía con los utensilios precisos. Como ocurría en tiempos de paz, el Contralor también era el encargado de la plantilla del personal asignado al hospital de campaña, que se completaba con un Comisario de Entradas y un Capellán Mayor con sus capellanes. En lo concerniente al personal sanitario, el reglamento hacía hincapié en la importancia que tenía el designar a un Protomédico<sup>7</sup>, debiendo ser un médico graduado y destacado entre sus compañeros de profesión. Entre sus cometidos estaba el de confeccionar un listado de medicinas convenientes, dar las órdenes oportunas a sus compañeros y designar al personal con más experiencia para ejercer cargos de responsabilidad, como el de Primer Médico o Médico Consultor y el de Cirujano Mayor que debía haber realizado estudios de Filosofía, Medicina y «tener abundante práctica» y, por último, tenía autoridad para movilizar a todos los médicos y cirujanos civiles que fueran precisos para la asistencia del Ejército en campaña, como veremos que se hizo en el Segundo Sitio de Zaragoza<sup>8</sup>.

El Protomédico, de acuerdo con el Ingeniero, buscaba el emplazamiento idóneo de los hospitales de campaña, y una vez ubicado, establecía la distancia que debía de separar las salas, las camas y el resto de dependencias. También era el encargado de realizar la visita y revista de la botica, confeccionar los formularios, y del control sanitario del hospital, así como de la vigilancia del cumplimiento de las obligaciones del personal médico<sup>9</sup>. Por último, hay que decir que el mencionado reglamento ordenaba como debía ser la dirección de un hospital tanto de guarnición en una plaza como en campaña, desmenuzando todas las actividades diarias para que su funcionamiento fuera el correcto, incluyendo un listado de víveres y utensilios imprescindibles.

---

<sup>7</sup> El Protomédico era un cargo de nombramiento real para servir en el Ejército.

<sup>8</sup> *Reglamento y Ordenanza que deben observar...: op. cit.*

<sup>9</sup> RIERA, J.: «Organización hospitalaria militar en la España ilustrada. (Las Ordenanzas de 1739)», en, *Asclepio*, XXVI-VII, 1974-75, pp. 121-122.

Como se verá posteriormente, del mencionado reglamento muy pocas de las normas referentes a la sanidad en campaña serán aplicadas al organizar la defensa del primer ataque a Zaragoza, aunque durante el Segundo Sitio, con la experiencia acumulada del Primero, sí que se tuvieron en consideración a la hora de reorganizar la asistencia médica y hospitalaria de la ciudad.

### *Bibliografía de la época relacionada con la medicina militar*

Pero además de los reglamentos, los sanitarios del momento contaban con una serie de publicaciones de cirugía militar escritas por diferentes autores que, bien por haber participado en campañas o por haber recopilado los conocimientos de otros sanitarios, aportaron nuevas pautas a los médicos y cirujanos que debían de asistir a los soldados en general. Por ejemplo, Pedro Laplana publicó *Ensayo sobre el nuevo método de curar las heridas por arma de fuego* en 1795, o Agustín Peláez su *Disertación acerca del verdadero carácter y método curativo de las heridas de arma de fuego*, mientras que al año siguiente Pablo Ibarrola escribió *Memoria en que se prueba que las heridas de arma de fuego son por si inocentes y sencilla su curación*, obras que vinieron a aportar experiencias personales, útiles para los cirujanos que debían de enfrentarse a heridas causadas por armas de fuego. Aunque sin ninguna duda, el libro que tuvo mayor difusión fue el publicado por Mr. Pringle y titulado *Observaciones acerca de las enfermedades del ejército En los campos y guarniciones, con las memorias sobre las sustancias sépticas y anti-sépticas, leídas à la Sociedad Real* que, al ser traducido al español, se usó por parte de los cirujanos civiles y militares españoles de forma habitual. Se trata de una obra muy meticulosa que desarrolla, de una forma muy clara, diferentes pautas de comportamiento para los cirujanos militares que trabajaban tanto de guarnición como en campaña, por lo que parece oportuno hacer un comentario amplio, ya que puede ayudar a comprender como pudo ser el trabajo que desarrollaron los sanitarios españoles durante los Sitios de Zaragoza<sup>10</sup>.

La mencionada obra parte de la premisa de que: «Exercer la Medicina y Cirugía en los hospitales militares las más veces no es otra cosa que tratar de prisa, y en las circunstancias menos favorables de parte del suje-

---

<sup>10</sup> ARCARAZO GARCÍA, L.A.: *La asistencia sanitaria en Zaragoza durante la guerra de la Independencia Española (1808-1814*. Ed. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2007, p. 29.

to, del lugar, y los medios, las heridas y enfermedades más graves por su naturaleza»<sup>11</sup>.

El libro de Pringle distingue la patología que presentan los soldados enfermos en campaña de los que están de guarnición en una población. En campaña, los efectos de la intemperie, el viento y el contagio dan lugar a dos clases de pacientes, los enfermos del estío y los del invierno, ya que cada grupo tiene su patología propia. El frío y la humedad del invierno dan lugar a enfermedades inflamatorias, como la tos, pleuresía, pulmonía, reumatismos agudos, «inflamaciones del cerebro e intestinos, tises o catarros no curados», que cursan con fiebre, disentería, calenturas ardientes, remitentes y diarrea, de aquí que las enfermedades también puedan ser de dos tipos, inflamatorias y pútridas. Mientras que en verano es más frecuente el cólera morbo, la disentería, las calenturas remitentes o las diarreas a finales de agosto, es decir, procesos digestivos serios que cursaban principalmente con descomposición muy líquida. Por todo lo cual, se consideraba al mes de junio el más idóneo para comenzar una campaña, ya que se habían mitigado las enfermedades del invierno y no habían aparecido todavía las calenturas estivales ni las epidémicas del otoño. Para tratar las denominadas enfermedades inflamatorias invernales, el libro recomendaba: «aminorar la fuerza de la sangre y aflojar las fibras con sangrías y vexitorios», mientras que en estío y otoño, que «los humores se hallan en un estado de putrefacción y muy flojos los sólidos», se debían de utilizar vomitivos y purgas<sup>12</sup>.

No hay que olvidar que en este momento se seguía considerando al «mal aire» y al contagio como los causantes de la disentería y las calenturas que desarrollaban los pacientes ingresados en los hospitales, mientras que las enfermedades venéreas y la sarna eran típicas de los militares en cualquier circunstancia<sup>13</sup>. Otro tipo de enfermedades eran las producidas por la mala alimentación, normalmente por carencias, recomendando a los mandos que obligaran a los soldados a comer el rancho en común, forzándoles a gastar el «pre» en alimentación y no en otras cosas. Por otra parte, el soldado tenía tendencia a excederse con licores y frutas, y a beber agua en malas condiciones, como ocurrió con los soldados y voluntarios valencianos acuartelados en Zaragoza durante el verano de 1808, origen de la epidemia según los vecinos.

También estaban las enfermedades desencadenadas por la propia vida militar. Por ejemplo, se consideraba que el soldado de Infantería pasaba del

<sup>11</sup> PRINGLE, J.: *Observaciones acerca de las enfermedades del ejército En los campos y guarniciones, con las memorias sobre las sustancias sépticas y anti-sépticas, leídas à la Sociedad Real*. Imprenta de Pedro Marín, Madrid, 1775, p. CLXXI.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 75.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 76-81.

ocio a la acción sin solución de continuidad, mientras que el de Caballería desarrollaba un trabajo mucho más uniforme y menos agotador. O bien la falta de higiene que podía producir sarna, que se contagiaba muy rápidamente debido al hacinamiento en las tiendas de campaña o incluso en los hospitales, llegando a ser incontrolable, a pesar de lo sencillo que era tratar cada caso por separado.

Como la climatología siempre ha sido uno de los factores que más ha afectado a los militares, el mencionado libro recomendaba adoptar una serie de medidas con objeto de prevenir diferentes problemas sanitarios; por ejemplo, proponía realizar los ejercicios o marchas a primera hora y concluirlos a mediodía, cuando suele hacer más calor y, una vez en el campamento, procurar descansar en tiendas de campaña cubiertas de ramas que evitaban el exceso de calor. Por el contrario, en caso de acampar en tiempo frío se recomendaba el uso de abrigos, una manta por tienda, tener cuidado con el calzado húmedo, ponerse las capas y acostarse sobre paja, mientras que la lumbre moderada servía tanto para guisar como para secar las prendas húmedas, ya que el frío daba lugar a enfermedades como el «garrotillo, frenesí, para frenesíes, pulmonías y calenturas ardientes».

Para luchar contra los elementos climáticos se recomendaba el uso de la casaca, la chupa, almilla de lana, guantes y medias de lana con pie de becerro y gorra o bien un gorro de lana bajo el sombrero, a poder ser con orejeras hasta el cuello y cierre junto a la boca para proteger el cuello. Lo mismo que el uso de la corbata, botines de pellejo, zapatos de cuero con buena suela o borceguíes y capotón con capilla. También recomendaba dar los uniformes en noviembre, así estarían nuevos al llegar el invierno y, además, anualmente se repartirían prendas de abrigo como «almilla, corbata de algodón, gorro de lana, guantes de lana, calcetines de hilo, medias de lana con pie de cuero» y en otoño borceguíes o zapatos de cuero con buena suela. Los soldados de guardia se abriganían obligatoriamente con el capote por la noche, mientras que los que descansaban debían de disponer de una manta y dormir vestidos, pero aflojando el corbatín, quitándose las ligas, los zapatos y los botines para evitar que estas prendas cortasen la circulación y aumentase el frío en las extremidades. Por último, recomendaba proteger las partes expuestas a la intemperie con grasa, y para quitar el frío se podía administrar licores a los soldados, evitando que los expuestos al frío se acercaran al fuego, pues podría producirles gangrena de las zonas externas, sobre todo si estaban congeladas; sólo debían de aproximarse «cuando se hubieran quitado algo el pasmo, y los pasmados había que llevarlos al hospital»<sup>14</sup>. En este caso, eran

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, pp. XXIX-XLIX.

recomendables las infusiones calientes o los licores mezclados con agua, ajos o quina en infusión de aguardiente, lo mismo que el ejercicio diario. En aquel momento se consideraba que las campañas de invierno arruinaban a los ejércitos por las enfermedades y la mala alimentación, siendo muy recomendable utilizar los cuarteles de invierno, donde quedaban inmobilizados los contendientes hasta la primavera, máxima que desgraciadamente no se pudo aplicar en los Sitios de Zaragoza, dando lugar a una epidemia de fiebres entre los defensores y de la cual también se contagiaron los asaltantes franceses.

Pero el calor también tenía sus consecuencias negativas para los ejércitos, pues su exceso producía mal olor entre los soldados y con éste, supuestamente, llegaban las enfermedades, según la teoría miasmática comúnmente aceptada por la medicina de aquel momento<sup>15</sup>. Por lo cual, se proponía evitar el ejercicio a las horas de máximo calor, y en caso de tener que realizar marchas a pleno sol, había que disminuir la carga del soldado y haber tomado algún alimento acompañado de vino, aguardiente, vinagre o agua. Si el trayecto a recorrer era largo, convenía hacer una parada a la mitad y suministrar, por ejemplo, legumbres con un poco de vinagre, frutas maduras ácidas o agua. También se desaconsejaba que los soldados expuestos al sol se quedaran en camisa, pues tras el esfuerzo se podían enfriar y coger catarros, reuma, asma, pleuresía, pulmonía, garrotillo y cólicos. Finalmente, se aconsejaba el baño en los ríos para mantener la higiene de la tropa durante el verano, por el contrario no era bueno administrar agua fría a los acalorados, ni aguardiente, si acaso mezclándolo con 2/3 de agua. Para evitar algunas complicaciones se recomendaba que antes de ingerir los líquidos era preciso lavarse las manos y la cara y, posteriormente, beber poco a poco, siendo mucho mejor si el agua se mezclaba con vinagre, vino, cerveza, cidra o aguardiente que, sin saberlo, era una forma muy rudimentaria de potabilizarla<sup>16</sup>.

Cuando un soldado enfermaba, los sargentos debían impedir que realizara trabajos, remitiéndolo al sanitario de la Unidad o al hospital para su tratamiento. En caso de sospechar que pudieran padecer viruelas, sarna, disentería «ó se hace tal con frecuencia», se les debía separar en tiendas aparte, es decir, utilizar el aislamiento para posibles enfermos infecciosos. Cuando un soldado estaba grave, su sargento era el encargado de evacuarlo personalmente al hospital y no dejarlo hasta que tuviera la seguridad de que el paciente había sido ingresado en cama, y una vez que era dado de alta,

---

<sup>15</sup> La teoría miasmática pretendía explicar el contagio de las infecciones mediante las denominadas miasmas que se propagaban por el aire viciado o por el humo, sin prestar atención a los verdaderos vehículos que eran las manos o el instrumental contaminado.

<sup>16</sup> PRINGLE. J.: *op. cit.*, pp. LV-LX.

los médicos le recomendaban una convalecencia antes de reincorporarse a su unidad.

La medicina de campaña se debía de organizar en dos escalones, el primero con los cirujanos de Batallón o de Regimiento y el segundo con los hospitales. Esta disposición en escalones la encontraremos posteriormente en Zaragoza durante los Sitios. En el primer escalón, cada unidad tipo Batallón debía de llevar un cirujano con una tienda de enfermería, las medicinas precisas y su instrumental que se componía de la caja de instrumentos de amputación y trépano, y la bolsa de los portátiles<sup>17</sup>.

Por su parte, los hospitales del segundo escalón podían ser fijos y ambulantes, los primeros eran los hospitales civiles de villas o ciudades próximas, siendo muy útil cuando se disponía de varios para evitar el contagio. Estos hospitales tenían la ventaja de estar en buenos edificios, quedar lejos de los combates y, además, su ubicación urbana permitía mantener a los convalecientes en las casas de los vecinos antes de reincorporarse a la actividad<sup>18</sup>. Sobre el número de camas precisas en uno de estos hospitales, Mr. Pringle aporta el ejemplo de Alemania, donde calculaban entre 8 y 15 camas por cada 10.000 soldados, colocadas en salas grandes con ventanas y si no las había se debían abrir hasta el techo para dar salida al aire caliente y viciado que se acumulaba junto al techo. Además, se desaconsejaba poner enfermos en cuartos bajos, lo mismo que aconsejaba demoler tabiques para unir habitaciones pequeñas, pero siempre dejando alguna para enfermos infecciosos<sup>19</sup>. Por lo que respecta a la calefacción, se recomendaba el uso de chimeneas y sólo se usarían estufas con respiraderos cuando se pudieran instalar en locales muy espaciosos, como, por ejemplo, las iglesias.

Un problema siempre complejo era el de las letrinas, ya que había que evitar que su olor llegara a las habitaciones o salas de enfermos, cosa muy frecuente en todos estos hospitales de los pueblos. La mejor solución era fabricarlas sobre un arroyo, canales o bien «hacerlas que sobrepujen á las paredes exteriores y abrir en la parte de abaxo un hoyo ó pozo profundo...», es decir, un retrete con un pozo negro.

Para instalar una enfermería o un hospital de campaña en un edificio, lo primero era limpiar muy bien las habitaciones y, una vez que el suelo estuviera seco y se hubieran ventilado bien las salas, se pondrían las camas que se componían de jergón, colchón y almohada de lana, manta de lana blanca y dos sábanas. El número de camas debía estar en relación con la

---

<sup>17</sup> *Reglamento General para el gobierno y régimen facultativo del Cuerpo de Médico-Cirujanos del Ejército*. Ed. Imprenta Real, Madrid, 1829, p. 117.

<sup>18</sup> PRINGLE. J.: *op. cit.*, p. CXLVI.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. CXLVIII.



ventilación, es decir, que a mejor ventilación mayor número de camas, que por otra parte debían de estar numeradas, separando siempre a los pacientes por patologías, es decir, los heridos graves de los leves, los de calenturas, los sarnosos, los disentéricos, los inflamados, los de viruela y los venéreos para evitar el contagio entre ellos.

Por lo que respecta a la higiene de los pacientes, se recomendaba bañarlos antes del ingreso, pues se daba por sentado que su mal olor corrompería el aire de la sala. También se les debía de mudar la camisa y acomodar a un enfermo por cama, no a varios que era lo habitual, dejándolos a dieta rigurosa hasta que los viera el médico y pusiera el tratamiento correspondiente, en el que precisamente la dieta alimenticia era una parte muy importante, incluso más que las mismas medicinas<sup>20</sup>.

El horario propuesto era el siguiente, a las cinco de la mañana el cirujano de guardia abriría las ventanas para ventilar, a continuación los enfermeros barrerían las salas, regando un poco para evitar levantar el polvo, al tiempo que se sacarían los servicios de sus cajas (los orinales). Una vez efectuada la limpieza, se debían de cerrar las ventanas y quemar maderas resinosas o perfume, con objeto de purificar el aire para evitar que las miasmas contagiaran enfermedades a otros pacientes. A continuación, se pasaría un «gran lebrillo lleno de agua de xabon y tohallas para que cada enfermo se lave los pies, manos y cara», en caso de que algún enfermo no pudiera asearse, debería ser ayudado por los sanitarios. Mientras se realizaba la limpieza de las salas y se mudaba la ropa, los enfermos debían levantarse y caminar un poco. Todas estas maniobras de limpieza habrían concluido a la hora de la visita de médicos y cirujanos. Por su parte, las salas con heridos deberían ser ventiladas de nuevo quince minutos después de efectuar las curas, lo mismo que las de los enfermos tras haberles administrado vomitivos y purgantes, quemando de nuevo perfumes con objeto de sanear el aire. Por la tarde se repetiría la misma operación<sup>21</sup>.

Los enfermeros de los hospitales, como ya se ha dicho anteriormente, eran los encargados de la higiene de los pacientes, debiendo limpiar dos veces al día, por lo menos, orinales y escupideras, o bien después de obrar los pacientes; por otra parte, cada seis horas debían cambiar la ropa de los enfermos «que por no poder detener los excrementos se empuercan en la cama». En situación normal, a los enfermos se les mudaba de camisa cada dos semanas y de sábanas cada 10 días, mientras que los barberos debían de afeitar a los pacientes una vez a la semana. En caso de fallecimiento se

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. CLI-CLV.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. CLVI.

debía retirar el cadáver con su cama para poder airearla y lavarla con agua y jabón, lo mismo que la ropa de cama, quemando la paja del colchón. Si se encontraban chinches había que actuar como en el caso anterior, ya que daban mal olor e inquietaban con sus picaduras a los pacientes.

Había otro tipo de medidas de saneamiento de las salas, como su encalado cada cuatro meses, el lavado de las maderas de las camas cada dos meses o bien hacer los colchones cada tres. Además, cuando se trataba de salas de infecciosos se debía de obrar con mucha más diligencia, perfumándolas con vinagre o pólvora húmeda. En lo relativo a las medidas que debía de adoptar el personal que trabajaba con los infecciosos, se recomendaba que los enfermeros trabajasen con ellos en exclusividad, no pasando nunca a las demás salas, ni contactando con el resto del personal del hospital para evitar el contagio, mientras que los médicos y los cirujanos siempre debían de comenzar la visita por los enfermos y heridos, finalizándola con los infecciosos. Por último, cuando un enfermo infeccioso fallecía, debía ser enterrado de inmediato en cementerios alejados del hospital y de la población<sup>22</sup>.

Por lo que respecta al trabajo y horario del personal sanitario hospitalario, según el tratado de Mr. Pringle los médicos militares debían de realizar la visita general por la mañana, y por la tarde únicamente a los pacientes con enfermedades agudas, casos nuevos o accidentados que fueran llevados de urgencia. Por su parte, los cirujanos mayores y los primeros ayudantes serían los encargados de realizar las amputaciones y grandes operaciones, mientras que los segundos ayudantes se dedicarían a cosas más sencillas, como abrir abscesos, aplicar cauterios, «vexigatorios», curar úlceras o controlar el trabajo de los practicantes de cirujano.

Los practicantes de los hospitales eran los encargados de ir a la botica para ayudar a preparar tisanas, cocimientos, lavativas, emplastos y cataplasmas de sus pacientes. Cada practicante debía de asistir a unos 25 enfermos, a los que visitaría cada media hora, administrándoles las medicinas traídas de la botica, controlando que sólo comieran lo ordenado en la visita y que los enfermeros sólo les diesen bebidas ordinarias; también debían de anotar todo lo que le ocurriera a cada enfermo para poder dar cuenta al cirujano o al médico. Y por supuesto, eran los encargados de afeitar a los enfermos una vez por semana.

En el caso concreto de los hospitales militares españoles, el Cirujano Mayor pasaba visita a las 6 horas, mientras que el médico, cuando lo había, lo hacía al concluir el cirujano, es decir, de 7 a 7'30 horas, pero cuando se trataba de heridos la visita la realizaban juntos, acompañados del ayudante

---

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. CLVII-CLVIII.

1º y del practicante correspondiente. El modo de visitar a los pacientes era, de una forma aproximada, la siguiente:

*«El médico se aproxima al enfermo, mientras que el Ayudante Mayor de Cirugía le dirá al enfermo que saque su brazo o bien se lo sacará él mismo, el practicante dirá el nombre del paciente y Regimiento si es la 1ª visita y que es lo que le pasa o enfermedad que padece; si no es la 1ª visita dirá que medicación está tomando, sus efectos y nuevos síntomas. Por su parte, el médico le preguntará lo que quiera, anotando los cirujanos el tratamiento, dieta o cualquier otra cosa oportuna. La visita del médico será dos veces al día, la de la mañana y a las 16 horas a los más graves. El practicante, al concluir la visita, irá a la botica a solicitar las medicinas prescritas a los pacientes, y, posteriormente, efectuará las sangrías ordenadas».*

El cirujano, el 1º ayudante o el jefe de la sala volverían a pasar visita a las 10 horas y por la tarde, preguntando a los enfermos por su estado, datos que apuntaría el practicante en el cuaderno, anotando el nombre de los pacientes que hubiesen empeorado para que fueran vistos por el ayudante 1º cuando se diese alguna de sus vueltas por las salas, siendo éste el que tendría que avisar al médico o al cirujano si la urgencia lo requiriese.

Otro momento importante en la vida de un hospital era la distribución de las comidas, ya que jalonaban la actividad diaria del centro. Como ya se ha comentado, el tratamiento de los pacientes no sólo consistía en la administración de medicinas y realizar las curas diarias sino que la alimentación prescrita era considerada como una parte fundamental de la terapéutica, por lo que a la hora de la distribución de la comida se debían de hacer turnos, de forma que la mitad de los practicantes al cuidado de la sala estuvieran presentes para que no se produjeran altercados y la distribución fuera la correcta<sup>23</sup>.

Las dietas alimenticias de los hospitales se confeccionaban en función de la categoría del mismo, de forma que en los grandes podía haber varias dietas, mientras que en los pequeños la alimentación era similar para todos los pacientes, variando únicamente algún plato. Por ejemplo, en un hospital importante se podían preparar las siguientes dietas: 1ª, régimen vegetal; 2ª, dieta simple con líquidos para enfermos agudos; 3ª, principio de convalecientes con algo sólido y vino y 4ª, dieta mediana o de convalecientes, con

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. CLXXVII.

alimentos ordinarios. Por otra parte, en la dieta rigurosa se privaba al paciente de los alimentos de origen animal, administrándole únicamente cocimientos blancos de arroz y avena, mientras que la dieta simple permitía caldos puros con huevo y gelatina, incluso comer alguna fruta muy madura. En el caso de pacientes sin fiebre, se les podía administrar una dieta mediana con sólidos, por ejemplo, 3 onzas de pan en la comida, 2 onzas de carne, un vasito de vino y en la cena 2 onzas de pan, caldo, arroz, sopa, fruta y huevos. La dieta de convalecientes se componía de 6 onzas de pan, 4 de carne, ½ cuartillo de vino, y lo mismo para la cena, sustituyendo la carne por arroz; esta dieta se les administraba durante cuatro días y si evolucionaban bien se pasaba a una de sanos, con 10 onzas de pan, ½ libra de carne y ½ cuartillo de vino, que se repetía en la cena. A los pacientes afectados por escorbuto se les administraba legumbres en vez de carne y cerveza en vez de vino. Finalmente, hay que decir que los horarios eran fijos: la 1ª comida a las 10'30 horas y la cena entre las 17 y las 19 horas, debiendo estar presentes en la distribución el cirujano principal de la sala y los practicantes para cerciorarse de que los enfermos se comían la ración prescrita, no otras cosas, y que no la vendían, práctica muy frecuente entre soldados y enfermos pobres<sup>24</sup>.

Durante la Guerra de la Independencia, la alimentación de los hospitales militares españoles se reguló con la publicación del Reglamento de 1811 que pormenorizaba el «*Plan de los Alimentos y Condimentos, tanto ordinarios como extraordinarios, de que deberán estar provistos los Hospitales Militares de Campaña*». El mencionado plan consideraba alimentos y condimentos de uso ordinario el pan, carne de carnero, vaca o ternera, arroz, chocolate, vino común, sidra o cerveza, sal y aceite. Mientras que la manteca, manos, criadillas, gallinas y sus menudillos, leche, verduras, fruta, vino generoso, vinagre, mostaza y pimienta tenían la consideración de alimentos y condimentos extraordinarios.

La ración del almuerzo consistía en una tostada, sopa y chocolate. Las raciones de alimentos ordinarios, tanto para la comida como para la cena, podían ser: ración, media ración, ración y media, media ración con sopa de arroz, media ración para sopa de arroz y media ración para sopa de pan. Además, había una dieta ordinaria con caldo o dieta tenue. Las raciones de alimentos extraordinarios eran similares, tanto en la comida como en la cena, y consistían en: ración, media ración o ración y media de gallina y la misma pauta para el asado; fritos, ración de arroz, vegetal y mixta vegeto-animal. Las dietas extraordinarias podían ser de caldos de gallina, manos,

---

<sup>24</sup> La dieta francesa consistía en: porción entera, comida y cena iguales con media libra de carne, 12 onzas de pan, medio cuartillo de vino o cerveza. La media porción y un cuarto de porción contienen medio ó un cuarto de las cantidades reseñadas para la entera. *Ibidem*, pp. CLX-CLXII.

valentino o astringente; dieta de cocimiento de arroz o la de gelatina y, por último, los reparos, que podían ser simples, dobles o en caldos. Estas últimas raciones aplicables también a comidas y a cenas.

En las anotaciones finales del mencionado plan alimenticio se hace referencia, entre otras cosas, a que las dietas láctea y vegetal eran de prescripción rarísima o bien que para ahorrar trabajo, el puchero para la ración, media ración y ración y media de gallina, se podía poner una vez por la mañana, de forma que sirviese para todo el día, ya que se consideraba que desde la comida a la hora de la cena era difícil que se agriase el caldo. Por último, ensalzaba las cualidades extraordinarias del chocolate como alimento, dándose en los almuerzos y a los Oficiales de forma ordinaria «atendidas las costumbres adquiridas en su crianza»<sup>25</sup>.

La medicación de un hospital militar, como ya se ha dicho, era la asignada por el Protomédico del Ejército, que proporcionaba un listado de medicamentos simples y compuestos que obligatoriamente debía tener para el uso de los médicos. Por su parte, los encargados de preparar las medicinas eran los boticarios mayores y sus ayudantes, mientras que los mancebos confeccionaban las tisanas, cocimientos, «apozemás», infusiones y cataplasmas. Por último, hay que comentar que cuando se prescribía una lavativa, su administración debía ser siempre por la mañana, si era doble se administraría por la mañana y por la tarde, y en caso de ser triple, se pondrían por la mañana, al medio día y por la tarde<sup>26</sup>.

En la farmacia del hospital habría un maestro «apotecario» y los mancebos boticarios que estaban aprendiendo el oficio, por lo que no tenían la consideración de sanitarios. Los productos básicos los obtenían de los jardines botánicos que debían tener todos los hospitales o de los especieros, tiendas similares a las especierías y droguerías actuales.

El personal sanitario auxiliar necesario en estos hospitales debía de ser el siguiente: un practicante de vela para cada 200 enfermos, mientras que por cada 100 heridos habría un cirujano, y un enfermero o enfermera «de los considerados más mañosos» por cada 25 enfermos, debiendo ocuparse, entre otras cosas, de proporcionar agua a los pacientes durante las comidas o que no comieran más que lo ordenado. En lo relativo a la higiene particular de los enfermos, debían hacer levantar a los pacientes, mudarles de camisa, ocuparse de que se lavaran los pies, manos y cara, y de peinarlos. En la

<sup>25</sup> Reglamentación promulgada por la Regencia del Reino por Orden de 6-VIII-1811. ARCARAZO GARCÍA, L.; LORÉN TRASOBARES, M.<sup>a</sup>P.: *Barbastro y su Partido durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Ed. Centro de Estudios del Somontano de Barbastro, Huesca, 1994, pp. 123-124.

<sup>26</sup> PRINGLE, J.: *op. cit.*, p. CLXV-CLXX.

higiene general de las salas, por la mañana se encargaban de barrerlas, perfumarlas, limpiar los servicios, hacer la cama a los enfermos y que estuviera bien puesta la ropa, de que llevaran puesto el gorro y, por último, ayudar al cirujano a la hora de las curas. Este personal trabajaba a turno, es decir, una parte ayudaba durante las comidas y otra hacía las velas nocturnas, debiendo de estar presente 1/3 de la plantilla<sup>27</sup>. En definitiva, que eran los verdaderos encargados de los pacientes ingresados.

Por lo que respecta a la organización y funcionamiento de las salas de un hospital, lo oportuno era diferenciarlas utilizando nombres de santos y numerar las camas con objeto de que los facultativos comenzaran la visita diaria desde la n° 1 hasta el final, y como aún se contemplaba la posibilidad de que pudiera haber dos enfermos en una misma cama, se les denominaría como enfermo A y enfermo B. Los comentarios de la visita y las incidencias de cada paciente, lo mismo que lo prescrito de farmacia, alimentación o cualquier otra pauta, lo apuntaría en su cuaderno el practicante de boticario que los acompañaba. Por otra parte, la visita debía pasarse en silencio, permaneciendo en las salas únicamente los enfermos, los sanitarios y, si acaso, los oficiales de visita de cada Unidad. En las salas de heridos la visita se efectuaba de forma similar a la descrita para los enfermos, mientras que las operaciones quirúrgicas importantes se debían hacer por la tarde y en presencia del médico<sup>28</sup>.

Para evitar el contagio de las enfermedades al personal sanitario, Mr. Pringle refiere en su obra que «uno de los mejores preservativos es el no tener aprehensión, pues no admite duda que la alegría y serenidad del ánimo precaven», añadiendo, como método muy bueno, el tomar por la mañana en ayunas, antes de ir a trabajar al hospital, un vaso de vino con quina y después desayunar. Por su parte, los médicos y cirujanos debían protegerse con un traje específico para las visitas, revisando a los pacientes infecciosos en último lugar, y una vez concluida la visita, se debían mudar de vestido y camisa. En caso de declararse una epidemia, los facultativos debían usar como medida antiséptica un paño mojado en aguardiente o vinagre, denominado «de los cuatro ladrones», y entre ellos y el paciente había que poner un brasero con una vasija llena de aguardiente alcanforado. Al enfermo sólo se aproximaban para tomarle el pulso, verle los ojos, cutis y lengua, pero sin dirigirle la palabra, ya que antes de hacerle cualquier pregunta se apartaban. Por otra parte, era obligatoria la práctica de las autopsias con objeto de estudiar a los fallecidos de un proceso pestilencial, a pesar de que sus vapores

---

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. CLXXVII.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. CLXXX-CXXXVII.



Hister, L. «Instituciones quirúrgicas ó cirugía completa universal»,  
en la Oficina de Antonio Marín. Madrid, 1770.

eran considerados contagiosos, por lo que los forenses debían de utilizar el ya mencionado paño con vino, ropa encerada, airear el lugar y al concluir debían cambiarse de ropa y lavarse la cara y las manos<sup>29</sup>. Pero las medidas de protección adoptadas ante las enfermedades infectocontagiosas eran muy poco eficaces, ya que se desconocían realmente cuales eran los mecanismos de transmisión de las mismas.

Una buena medida de control para estos hospitales era que sólo dispusieran de una puerta de acceso, ya que de esta forma se podía poner una guardia que controlase tanto la entrada de personal como la salida de enfermos sin autorización. También debía de haber porteros de sala que controlaran la

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. CLXXXIX-CXCI.

entrada y salida de las visitas, efectuando registros al personal para evitar la introducción de elementos nocivos para los enfermos, ya que era frecuente que amigos, familiares o incluso los mismos sanitarios introdujesen alimentos prohibidos por los médicos o que les intentaran vender a los pacientes medicinas, tabaco o cualquier elemento nocivo para su salud, eso sin mencionar a las prostitutas, que pretendían colarse en las salas de enfermos para hacer su trabajo. Estas guardias no eran exclusivas de los hospitales militares, ya que en el Hospital de Gracia de Zaragoza, cuando asistía a militares, también se pusieron para evitar todo este tipo de problemas y reyertas que solía generar la tropa. El Hospital de Gracia, en un intento por garantizar la tranquilidad del establecimiento, dictó una serie de normas muy estrictas con los militares que recuerdan mucho a las del libro de Mr. Pringle, por ejemplo, se creó una guardia para el hospital al mando de un Comandante que debía de poner un centinela en la puerta principal para impedir el paso a la tropa, cabos y sargentos, permitiéndoselo únicamente a oficiales y cadetes. Por otra parte, cuando un militar se presentaba en el hospital por encontrarse enfermo, el Comandante debía de avisar a los porteros que se lo hacían saber al Regidor de semana o, en su defecto, al Mayordomo, que era quién tenía autoridad para ordenar el ingreso o no del militar. Por último, el Comandante estaba obligado a impedir que los soldados de la guardia subieran a las salas de los enfermos civiles, ya que únicamente lo tenían permitido a las de los detenidos a su cargo<sup>30</sup>.

El control de los enfermos ingresados en un hospital militar lo hacía el personal sanitario, para lo cual se colocaba en cada sala, en un lugar bien visible, un impreso con las normas y castigos previstos en caso de contravenirlas tanto por parte de los enfermos como del personal sanitario, y para que no hubiera ninguna duda, las mencionadas normas debían de ser leídas en voz alta un par de veces a la semana<sup>31</sup>. Por otra parte, cada Unidad debía de controlar el número de sus soldados ingresados mediante el denominado Oficial de Visita de Enfermos del Regimiento que, tras la visita, rellenaba un estadillo de fuerzas para que el mando tuviera conocimiento de los soldados ingresados que había. Este servicio se puso en funcionamiento en Zaragoza entre 1808 y 1809, cuando el número de pacientes militares rebasó toda previsión.

Otro capítulo importante del libro de Mr. Pringle era el dedicado a las normas que había que mantener cuando el Ejército abandonaba sus bases y se desplazaba a lugares en los que no había ningún hospital, ya que en estos

---

<sup>30</sup> ADPZ, Leg. 289. «Orden del 13-XII-1813» que se repetirá en 1816, firmando la orden el Teniente de Rey Torres.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. CXCVII.



casos la asistencia médica se debía de practicar en hospitales ambulantes o de circunstancias, utilizando iglesias o granjas y, en caso de no haberlas, instalando el hospital en tiendas de campaña, lo que obligaba a evacuar a los pacientes ingresados a hospitales fijos de retaguardia en cuanto era posible. Para la instalación de un hospital de campaña había que buscar lugares secos y ventilados, donde se colocaban las camas que se componían de jergón, dos sábanas y una manta que hasta ese momento debían de conservarse en papeles encerados para protegerlas de la humedad. En caso de instalar un hospital en tiendas de campaña, había que aplicar las medidas generales de saneamiento y ubicación, similares a las de cualquier campamento, sin olvidar destinar algunas para infecciosos. Mucho más recomendable era poder utilizar barracones de madera, aunque en ellos no se podía guisar, debiéndose llevar comida preparada como gelatina, pastillas de carne o arroz<sup>32</sup>.

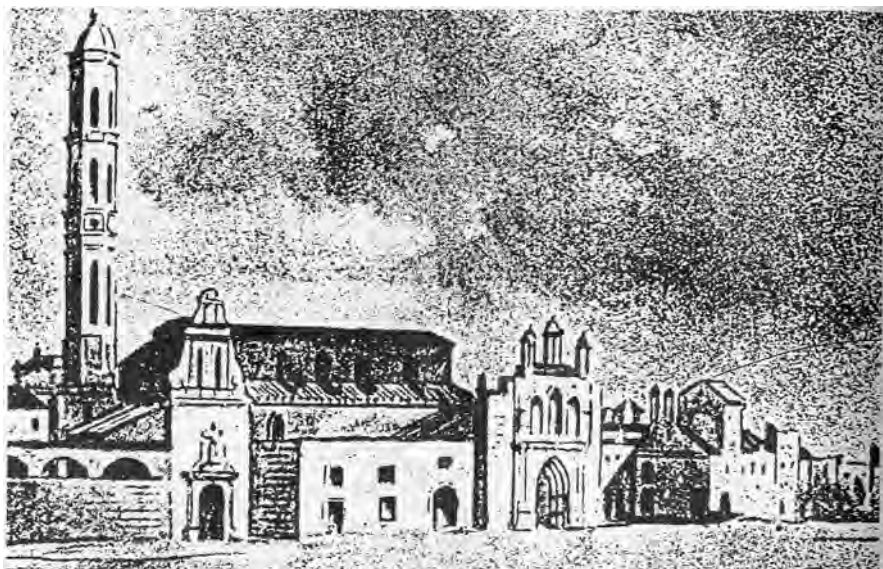
En caso de guerra se organizaba un hospital ambulante que seguía al ejército a retaguardia. El número de camas se calculaba a ojo, se consideraba que precisarían asistencia médica algo más de la tercera parte de los soldados. Por otra parte, como las plantillas de los hospitales en guerra siempre eran insuficientes, se podían completar de varias maneras, bien destinando a cirujanos de las Unidades, activando a los retirados o bien movilizándolo a cirujanos civiles. Estas medidas excepcionales veremos como las tuvo que aplicar la Junta de Sanidad de Zaragoza cuando la situación fue insostenible, viéndose obligada a movilizar a todos los sanitarios de la ciudad para poder prestar una mínima asistencia a los miles de enfermos y heridos ingresados en los hospitales de campaña.

En los hospitales ambulantes sólo se ingresaba a los pacientes que no podían ser evacuados debido a su mal estado o bien por falta de medios de evacuación, pero en cuanto surgía la ocasión se les debía de transportar a un hospital fijo para dejar sitio a otros pacientes. Los cirujanos y enfermeros se encargaban de organizar las evacuaciones, colocando a los pacientes en los carros, abrigándolos convenientemente y poniéndoles prendida una nota en la que resumía su historia clínica para que los médicos del hospital que los recibieran conocieran la patología del paciente; esta nota es la actual tarjeta de evacuación. Durante la evacuación debía de ir siempre un médico con un botiquín para poder solventar cualquier contingencia que ocurriese durante el trayecto.

Los soldados dados de alta en el hospital que no estaban en condiciones de reincorporarse a su Unidad, debían ser remitidos a las casas de convalecientes del Ejército, donde hacían un reposo relativo y se les administraba

---

<sup>32</sup> PRINGLE, J.: *op. cit.*, pp. CXIII-CXCIV.



Fachada al coso del Hospital de Ntra. Sra. de Gracia.

una alimentación oportuna. Para verificar su evolución se designaba a médicos y cirujanos que visitaban a los ingresados dos o tres veces por semana. Los convalecientes realizaban la limpieza de las salas, pues se consideraba que estaban parcialmente activos, mientras que el control de las salas lo ejercían cabos y sargentos, teniendo los enfermos la obligación de asistir a la hora de la lista, habiendo también una guardia nombrada entre los mismos convalecientes<sup>33</sup>. Esta particularidad tampoco era exclusiva de los hospitales militares, ya que como se verá más adelante, los enfermos civiles que eran dados de alta en el Hospital de Ntra. Sra. de Gracia de Zaragoza pasaban al Hospital de Convalecientes hasta su recuperación total.

Los manuales del momento ya incluían una serie de pautas higiénicas imprescindibles para el control de aquellas masas de soldados que, con muy escasa higiene personal, eran susceptibles de ser infestados por parásitos o contagiados por cualquier enfermedad. Por ejemplo, la edición francesa del libro de Mr. Pringle hacía el siguiente comentario: «el pelo es un adorno muy puerco para el soldado, las medias, los zapatos y los pies se pudren en un tiempo, pero no tienen muda, enfermando y despeándose»<sup>34</sup>. También refería que el gorro se rompía pronto y que en cuanto dormían una noche sin él, a la mañana siguiente aparecían con calenturas. Resumía el

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. CCV.

<sup>34</sup> *ibidem*, p. XIX.

tema recomendando que el pelo lo llevaran cortado al cero, usar pelucas de piel de cordero de España que costaban una peseta, abrigo y en vez de sombrero, proponía el uso de un casco ligero, como el de los Hulanos que, además, protegía de los sablazos. En lo relativo a la higiene particular del soldado, recomendaba que debían de lavarse las manos y la cara una vez al día, afeitarse dos veces a la semana, lavarse piernas y pies cada quince días, mudarse la camisa semanalmente, peinarse diariamente atando corto el pelo y bañarse en los ríos.

Por lo que respecta a los campamentos y vivaqueos, el manual hacía varias recomendaciones; por ejemplo, se debía de proteger con ramas las tiendas de campaña, levantar sus faldones o evitar entrar en ellas cuando estaban a pleno sol. Por lo que respecta a la humedad, se podía prevenir con una buena uniformidad, abrigos, el uso de habitaciones altas y hacer fosos de evacuación de agua alrededor de las tiendas y, además, poner guijarros o arena seca en el suelo de las tiendas, remover la paja del suelo siempre que se pudiera y ventilar las tiendas. También se debía quemar dentro de las tiendas espíritu de vino o maderas resinosas para calentar el ambiente y corregir el aire viciado y, por último, para secar los trajes era conveniente encender fuegos<sup>35</sup>.

Se insistía mucho en que había que tener un cuidado especial con los aires pútridos o corrompidos, pues daban lugar a calenturas entre los soldados que los respiraban habitualmente. Estos aires contaminantes podían producirlos las aguas estancadas, cadáveres en descomposición o excrementos, y había que defenderse de ellos con fogatas o cañonazos en medio de los campos. Con este mismo criterio, se debían de alejar del campamento las caballerías, ganado, estiércol, paja o inmundicias de las carnicerías y mataderos, lo mismo que las letrinas, que debían de construirse contra el aire para evitar que llegasen los malos olores a los soldados, debiendo tener de 15 a 20 pies de profundidad y, además, diariamente se tapanían con una capa de tierra y, una vez colmatadas se enterrarían a buena profundidad. También se debían abrir fosas para recoger el agua de lluvia, evitando los barrizales. Pero en el momento en que comenzasen las fiebres o la disentería, había que cambiar el campamento de ubicación.

La ubicación de los campamentos también debía ser muy concreta, ya que debían de disponer en las proximidades de agua y leña, ser espaciosos, evitar los aires corruptos y estar limpios y secos; por otra parte, para mantener sus condiciones higiénicas se debían de barrer las calles diariamente. En verano se instalarían las tiendas de campaña en un suelo seco y prepara-

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. LXIV.

do, construyendo un murete alrededor para evitar que penetrara el aire o el humo, y en invierno lo mejor eran las barracas<sup>36</sup>. Por último, hay que decir que los sargentos eran los encargados de mantener la limpieza tanto de tiendas como del campamento.

Lógicamente la mala alimentación de los soldados daba lugar a enfermedades, como el escorbuto o la disentería, o bien facilitaba otras como las calenturas pútridas. Para la comida se recomendaba preparar una sopa y cocido, mientras que a la hora de la cena se podía dar un asado; en caso de fallar la carne o el pan, se sustituiría por vegetales, como los rábanos, espinacas, nabos, zanahoria, cebolla, pero teniendo mucha precaución con los frutos verdes, pues habitualmente producían disentería. El agua debía ser abundante para lo cual, ya se ha comentado, que debía de haber ríos o arroyos en las inmediaciones del campamento, aunque antes de consumirla era preciso filtrarla por arena y darle aroma con vino, vinagre o aguardiente, ya que el vinagre «disipa los humores espesos, es antiinflamatorio y actúa como antiputrefacción».

El colectivo atendido por los sanitarios militares incluía tanto a soldados y mandos como a las mujeres e hijos de todos ellos, y debían practicarla en cualquier circunstancia, es decir, estando de guarnición en una plaza, en el hospital o en campaña<sup>37</sup>, aunque los oficiales enfermos tenían la facultad de poder retirarse a sus domicilios mientras estaban en tratamiento, desplazándose los facultativos para visitarlos, incluso cuando debían sufrir alguna pequeña intervención quirúrgica, el cirujano acudía a sus casas para practicarla. Esta prerrogativa de los oficiales, de poder retirarse a recibir tratamiento médico en sus domicilios particulares o alojamientos, dio lugar a que la epidemia de tifus que, inicialmente, parece ser que brotó entre los militares durante el Segundo Sitio de Zaragoza, rebasara el ámbito hospitalario militar, extendiendo el contagio a los civiles no combatientes.

El trabajo de Mr. Pringle finaliza comentando que había pretendido reunir lo más útil para los médicos militares en un solo libro, evitando tener que llevar varios cuando iban de campaña, incluso se había pensado en un tamaño pequeño para poderlo llevar sin problema<sup>38</sup>.

Todas las consideraciones anteriores hacen referencia a reglamentos y manuales que utilizaron los sanitarios españoles, tanto civiles como militares, que participaron en la Guerra de la Independencia española, pero los sanitarios del Ejército Imperial francés, con mucha más experiencia después de tantas campañas, también dispusieron de sus propias publicaciones, en-

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. LXXXI-LXXXVI y XCIII.

<sup>37</sup> *Reglamento General para el gobierno y régimen facultativo del Cuerpo de...: op. cit.*, p. 5.

<sup>38</sup> PRINGLE, J.: *op. cit.*, pp. CLXXIII-CLXXVI.

tre las que habría que destacar la monumental obra en siete tomos de Jean Colombier, titulada *Medecine militaire ou Traite des Maladies tant internes qu'externes auxquelles les militaires sont exposés dans leurs différentes fonctions de paix ou de guerre*. Colombier desde el primer momento prestó una atención particular a los hospitales y a la medicina militar del ejército de tierra, publicando en 1772 un código de medicina militar y, posteriormente, en 1775 otra obra sobre higiene militar titulada *Préceptes sur la santé des Gens de Guerre et Hygiène militaire*, reimpresso en 1779 con el título *Avis aux Gens de guerre et Préceptes sur leur santé*. En estos tratados, entre otras cosas, recomendaban a los zapadores franceses mascar ajos cuando excavaban túneles para evitar las infecciones que producían las miasmas que salían de la tierra y llevar una cantimplora con aguardiente para combatir el frío de los túneles que, supuestamente, también enfermaba a los soldados, medidas que utilizaron en la guerra de minas durante el Segundo Sitio de Zaragoza. En aquel momento se generalizó el comentario de que los soldados franceses olían a tabaco y a ajo.

En lo concerniente a la cirugía, los trabajos mejor considerados fueron los de Nicolás Heurteloupe, Pierre François Percy y, sobre todo, la gran obra de Dominique Jean Larrey, pues no hay que olvidar que Francia estuvo en guerra desde 1792 hasta 1815, motivo por el cual la cirugía militar progresó de una forma importante. El cirujano Larrey partió como cirujano jefe del ejército que penetró en España en 1807 al mando de Murat, pero esta experiencia resultó ser muy poco gratificante, pues tuvo que asistir a miles de pacientes afectados por el tifus y a centenares de heridos. A pesar de lo cual, pudo estudiar ciertas lesiones no habituales, como, por ejemplo, ciertas amputaciones producidas en los miembros inferiores de sus soldados, ya que en una retirada se metieron en una zona minada por los españoles, táctica muy frecuente en la actualidad, pero totalmente novedosa en aquel tiempo. También pudo estudiar las lesiones producidas por el frío en los soldados que cruzaban las altas serranías españolas, debiendo enfrentarse al tratamiento de congelaciones en las extremidades, experiencias que le servirían, posteriormente, durante la terrible campaña de Rusia. Pero Larrey decidió regresar a Francia, en 1809, avergonzado por el mal comportamiento y los abusos cometidos por los militares franceses en ausencia de Napoleón, esta mala experiencia la reflejó en sus memorias como la «horrible et inexpiable guerre d'Espagne»<sup>39</sup>. Su obra es muy amplia, pues entre 1812 y 1817 escribió *Mémoires de chirurgie militaire* en cuatro volúmenes. Poste-

---

<sup>39</sup> FRESQUET FEBRER, J.L.: «Dominique Jean Larrey (1766-1842)», en <http://www.historiadelamedicina.org/larrey.htm>, junio 2005.



Estuche de material quirúrgico de la época. Colección familia Laplana.

riormente, en 1821 publicó *Recueil de mémoires de chirurgie* y, entre 1829 y 1836 *Clinique chirurgicale*, resumen de casi cuarenta años de ejercicio como cirujano militar. En definitiva, que Dominique Jean Larrey innovó los obsoletos planteamientos asistenciales, creando la base de unos nuevos para la Sanidad Militar moderna.

Las propuestas que hacían todos estos manuales y reglamentos relativos a la asistencia sanitaria de los militares eran muy razonables y acertadas, el problema radicaba en poder ponerlas en práctica y mantenerlas, pues cuando las campañas se alargaban, los recursos se agotaban y era muy difícil tenerlas en consideración, pues una cosa eran los reglamentos y los libros de cirugía militar y otra muy distinta lo que los sanitarios de comienzos del siglo XIX podían hacer ante situaciones críticas, como, por ejemplo, una ciudad sitiada durante demasiados días. En el caso concreto de Zaragoza, los combates se alargaron tanto que ni el Ejército Imperial ni mucho menos los defensores pudieron aplicar las normas de sus reglamentos de sanidad, ya que la epidemia de tifus produjo tal cantidad de enfermos que fue imposible hospitalizarlos en las mínimas condiciones de higiene y salubridad, muriendo muchos defensores y civiles casi sin asistencia, ni alimentos, ni

medicinas, lo mismo que los heridos y enfermos franceses que murieron a cientos abandonados a su suerte en el hospital de sangre de Alagón de tan terrible recuerdo.

### *RECURSOS SANITARIOS DE ZARAGOZA A COMIENZOS DEL SIGLO XIX*

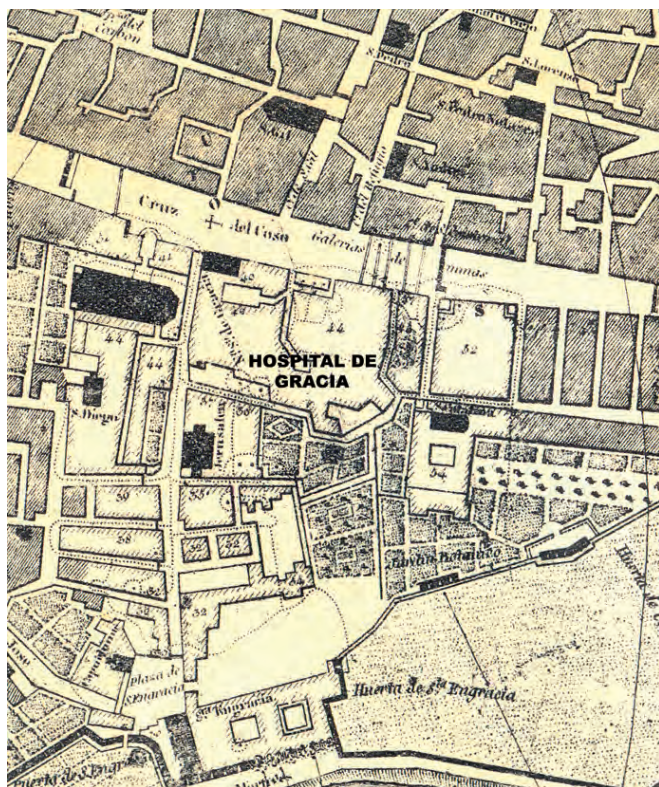
La capital del reino de Aragón a principios del siglo XIX contaba con un importante número de profesionales de la Medicina agrupados en colegios profesionales. La *Guía de Zaragoza de 1808* refiere que el Colegio de Médicos de San Cosme y San Damián se componía de 19 doctores y un presidente, el Dr. Joaquín Lario, mientras que el de Cirujanos contaba con 14 componentes, siendo el Dr. Joaquín Cano su presidente, además, había un cirujano militar que ocupaba la vacante del castillo de la Aljafería y que tenía la facultad de asistir tanto a militares como a civiles según las Ordenanzas del Colegio de 1795<sup>40</sup>. Los médicos podían realizar su trabajo de forma privada o bien ejercer en el Hospital de Gracia, mientras que los cirujanos podían estar contratados por el Hospital de Gracia o bien trabajar en las denominadas botigas de cirujano, establecimientos similares a las peluquerías de mediados del siglo XX, en las que, además de cortar el pelo y arreglar la barba, ponían inyecciones, ya que el peluquero era también practicante. Por su parte, el Real Colegio de Boticarios de Zaragoza estaba presidido en 1808 por Pedro Gregorio Echandía, y se componía de 10 colegiales. Todos estos profesionales de la sanidad serán los encargados de la asistencia sanitaria durante los dos Sitios que sufrirá la capital<sup>41</sup>.

Además, Zaragoza contaba con varias instituciones hospitalarias, como el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que era uno de los pocos hospitales medicalizados de la Monarquía Hispánica, en el que sí se aplicaba tratamiento a los pacientes ingresado. Y además estaba la Casa de Convalecientes, el Hospital de Peregrinos y el Hospitalico de Huérfanos que sólo eran centros de acogida, no asistenciales.

El Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia era uno de los cinco grandes hospitales generales de España. Sus servicios no se limitaban a la ciudad sino que abarcaban a todo el Reino de Aragón y a los territorios colindantes, teniendo como máxima «**DOMUS INFIRMORUM URBIS ET ORBIS**»,

<sup>40</sup> *Guía de Zaragoza de 1808*, pp. 83-84.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 86.



Plano del Hospital de Ntra. Sra. de Gracia.

frase que se hallaba esculpida en sendas placas de mármol sobre las puertas de su iglesia y de la casa, siendo esta particularidad de hospital general la que permitió el ingreso de militares cuando se cerró el Hospital Militar de Zaragoza.

Ocupaba un inmenso solar delimitado por la calle de Santa Engracia, la del Hospital, (hoy en día Paseo de la Independencia), la actual Plaza de España, el Coso y la calle Porcel. Por el sur limitaba con los huertos de los conventos de Jerusalén y Sta. Catalina. Como dice Alcaide Ibieca: «El hospital era un edificio muy crecido, y además tenía a su derecha huertas, corrales y cementerio, que enlazaban con los del convento de Santa Catalina». Disponía de posada para pasajeros, teatro, iglesia, molino de aceite, graneros, talleres, como, por ejemplo, un horno para yeso, ladrillos o tejas y, por supuesto, las salas para pobres enfermos, dementes y expósitos<sup>42</sup>.

<sup>42</sup> ALCAIDE IBIECA, A.: *Historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Imprenta de M. Burgos, Madrid, 1831.



Según refiere Asunción Fernández Doctor, el Hospital de Gracia en su mejor momento llegó a tener entre 800 y 1.000 camas, aunque su capacidad a finales del siglo XVIII era de 472 puestos fijos, que se podían aumentar a 641 camas en caso de necesidad, más las de dementes<sup>43</sup>.

Por lo que respecta al movimiento de enfermos a principios del siglo XIX, la *Guía de Zaragoza* refiere que su número oscilaba entre los 6.000 y los 8.000 ingresos anuales. Concretamente, en 1804 hay constancia de que ingresaron 1.206 soldados, de los cuales 60 fallecieron<sup>44</sup> y en 1806 lo hicieron 856, falleciendo 23 de ellos<sup>45</sup>. Por lo que respecta a las cifras totales del año 1807, el número de pacientes fue de 400, además de 200 dementes, 600 expósitos, 80 tiñosos, a los que habría que añadir sus 240 empleados, por lo que, en total, había en la casa 1.500 personas con derecho a cama y comida<sup>46</sup>. La plantilla de sanitarios en agosto de 1808 se componía de tres médicos colegiales, los doctores Tomás López, Martín Ximenez y Tomás de Torres, además de dos médicos velantes, es decir, que hacían las velas, encargados de visitar a los enfermos de día y de noche<sup>47</sup>. Los cirujanos colegiales eran diez, uno hacía de supervisor o Enfermero Mayor, cargo desempeñado por Ignacio Ferrer, y otro ejercía de Teniente de Cirujanos; además había otros cinco con categoría de maestro, dos cirujanos, uno honorario y el tablajero de mujeres. El trabajo diario tanto de médicos como de cirujanos consistía en pasar una visita por la mañana y otra por la tarde. Completaban la plantilla sanitaria dieciocho practicantes. Por último, en la botica había un Regente o encargado, otro jubilado, cinco mancebos y dos aprendices que preparaban todo tipo de medicinas y otros productos.

En lo relativo al personal religioso, hay que comentar que en el siglo XIX los hospitales civiles y, posteriormente, los militares fueron contratando los servicios de diferentes órdenes religiosas, principalmente, femeninas, motivo por el cual el Hospital de Gracia contaba desde 1804 con una Comunidad de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, de la que era Superiora la Madre María Rafols, que desempeñaban funciones asistenciales. Y, además,

<sup>43</sup> FERNÁNDEZ DOCTOR, A.: *El Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza en el siglo XVIII*. Ed. Institución <Fernando el Católico>, Zaragoza, 1987.

<sup>44</sup> *Guía de Zaragoza de 1806*, pp. 112-114.

<sup>45</sup> *Guía instructiva de la ciudad de Zaragoza para litigantes y pretendientes de 1808*. En el Hospital de Gracia se habían atendido a 856 soldados de los cuales 23 murieron, sanaron 789 y quedaron 44.

<sup>46</sup> ADPZ, Legajo 34, n° 14. «Instrucción para formar y construir de un nuevo hospital», año 1815.

<sup>47</sup> Además del salario recibían 48 onzas de pan, 24 de carne, 48 de vino, 4 de garbanzos, 2 de tocino, 12 arrobas de aceite, 18 de carbón y las verduras necesarias, además de poder vivir en el hospital. GIMENO RIERA, J: op. cit., p. 28.

estaba el personal eclesiástico masculino, compuesto por cinco pasioneros o penitenciaros, dos de lengua castellana, uno de francesa, otro de italiana y otro vascongada; un vicario para la iglesia, un coadjutor del vicario, un confesor de nuevos entrantes, al que se le podía poner un ayudante en caso de exceso de enfermos, y «a diario concurre además un padre agonizante que ayuda à bien morir»<sup>48</sup>.

Además del mencionado hospital, Zaragoza contaba con el de Nuestra Señora de la Piedad, más conocido como Casa de Convalecientes, institución fundada en 1677 por el Arzobispo Castillo para acoger a los enfermos que eran dados de alta en el Hospital de Gracia, pero que no estaban todavía en condiciones de regresar a la actividad cotidiana<sup>49</sup>. Como estaba ideado para alojar a convalecientes, carecía de las condiciones de comodidad e higiene precisas en un hospital convencional, como, por ejemplo, baños, lavaderos, vasijas, vendajes ni ropa para las camas. Según la *Guía de Zaragoza de 1806*: «Se componía de dos piezas con salas sin luz ni ventilación en el bajo, otras sin altura y abovedadas en el superior, formando un conjunto de estrechez e incomodidad». Tampoco disponía de habitaciones para los vicarios, ni para los profesores, ni local donde custodiar a los pacientes «furiosos», siendo su media de estancias entre 40 y 60 convalecientes al día.

El personal de la casa era escaso, pues sólo contaba con un enfermero «que esté bien bañado en la Cirugía, para que pueda dar salida a los caídos y curaciones que ocurran, así en los convalecientes como en los demás empleados y criados de la Casa». Además, debía de encargarse de la limpieza de las salas de enfermos, de las camas y de que los pobres estuvieran bien servidos y afeitados. Como ayudante tenía a un mancebo de cirujano, con objeto de acompañar al médico en sus visitas y a los enfermos a misa, permaneciendo al tanto para que estuvieran con la compostura precisa. También había una enfermera para la sala de mujeres, con las mismas obligaciones que el enfermero, asignándole como ayuda a «una criada de Quadra», que debían de estar muy atentas para que «no reciban recados de los de fuera de casa sin licencia expresa del Mayordomo». Por otra parte, en la sala de mujeres habría una Madre con sus sirvientas y enfermeras menores para encargarse de toda la ropa de lino, lana y camas del hospital.

<sup>48</sup> GIMENO RIERA, J.: *La Casa de locos de Zaragoza y el Hospital de Nuestra Señora de Gracia*. Librería de Cecilio Gasca, Zaragoza, 1908, p. 28.

<sup>49</sup> ADPZ, Leg. 18. «Petición del edificio de Convalecientes, año 1813». Su fundador, el Arzobispo Castillo hizo varias donaciones, el 7-XII-1683, el 25-I-1686 y en su testamento de 30-III-1686, para crear un hospital para los pobres salidos del Hospital de Gracia que no tuvieran fiebre «para gastar todo lo necesario en sus sustento, hasta que se hallasen con fuerzas para volver a sus obligaciones».

Como jefe de personal había un Enfermero Mayor, cargo desempeñado obligatoriamente por un «sacerdote penitenciario» que, entre otras cosas, también debía de acompañar al médico y al cirujano en sus visitas para verificar que se cumpliera con toda exactitud lo prescrito por los facultativos, cerrar las ventanas y puerta principal de la casa al anochecer, hacer encender las lámparas y cerrar las puertas de la sala de mujeres después de la cena, no permitiendo que se abrieran sino por urgencia vital<sup>50</sup>.

### *La asistencia sanitaria a militares en Zaragoza*

Entre 1719 y 1742 Zaragoza dispuso de un hospital militar ubicado en la Casa de Convalecientes, pero cuando éste fue clausurado la asistencia hospitalaria de los militares quedó encomendada a unos improvisados botiquines regimentales que carecían de la plantilla sanitaria oportuna y de las condiciones de los auténticos hospitales, por lo que cuando en febrero de 1746 la Sitiada del Hospital de Gracia ofertó de nuevo sus instalaciones para asistir a los militares enfermos, en las mismas condiciones que ofrecían los asientos de los hospitales particulares, el Ejército, finalmente, aceptó la propuesta<sup>51</sup>.

Hay que decir, que los hospitales civiles malvivían de sus escasas rentas y limosnas, por lo que conseguir un contrato con el Ejército suponía una fuente de ingresos importante y muy segura. Estos ingresos extras procedentes de los contratos con el Estado permitieron a muchos hospitales permanecer abiertos, ya que la Real Hacienda siempre terminaba pagando sus deudas. Por otra parte, como a los soldados ingresados en los hospitales civiles se les consideraba enfermos de pago, ya que a finales del siglo XVIII la Hacienda Real pagaba 3'5 Rv. por estancia al día de un militar, el Ejército exigía mejores condiciones que al resto de ingresados, cosa que se notaba, por ejemplo, en la alimentación. En este sentido, todos los hospitales civiles que admitieron a militares tuvieron que adecuar sus dietas a las Ordenanzas de 1739, por lo que la ración de los soldados era siempre más completa que la de los pacientes de beneficencia.

<sup>50</sup> ADPZ, Ref. 286, leg. 18. «Estatutos y ordenaciones del Santo Hospital de Nuestra Señora de Piedad de pobres convalecientes que dispuso y formó la Muy Ilustre Sitiada de Regidores y Patronos de dicho Santo Hospital». Zaragoza, a 10 de marzo de 1749.

<sup>51</sup> ALBI, G.; GARCÍA DEL CARRIZO, G.: «Documentos del siglo XVIII sobre el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza en el archivo de Simancas», en *Actas del IX congreso nacional de Historia de la Medicina*. Zaragoza, tomo II, 1991, pp. 403 a 418.

De forma que el Hospital de Gracia, al conseguir aquel contrato para asistir a los militares de guarnición en Zaragoza, mejoró su economía de una forma importante, ya que los únicos pacientes que pagaban sus estancias eran los enfermos acomodados y los soldados que, además, disfrutaban de un régimen diferente y de una mejor alimentación que el resto de los enfermos gracias al contrato firmado entre el Rey y el hospital, en el que se estipulaba un pago de 4 Rv. por estancia<sup>52</sup>. Hasta tal punto fue importante aquel contrato, que la cuarta parte de los ingresados en el Hospital de Gracia entre 1754 y 1787 fueron soldados, motivo por el cual en varias ocasiones sus regidores solicitaron el título de Cirujano Mayor del Ejército para sus cirujanos, sin tener que realizar el examen preceptivo en Barcelona o Cádiz, propuesta que nunca se les concedió. En definitiva, que al Hospital de Gracia hay que considerarlo como el principal hospital militar que tuvo la ciudad, asistiendo durante más tiempo y a más número de pacientes que el resto de los hospitales militares que ha habido en Zaragoza

Con estas instituciones hospitalarias y con los sanitarios colegiados, Zaragoza se enfrentaría a los dos sitios más famosos y más sangrientos de la Guerra de la Independencia española, produciéndose en aquellos combates un número tal de fallecidos que no se puede comparar con ningún otro sitio ni con ninguna batalla campal de las habidas durante la guerra, pasando Zaragoza a la historia tanto por su defensa a ultranza como por el número de muertos habidos.

### *PREPARACIÓN PARA EL PRIMER SITIO DE ZARAGOZA*

Una vez que Zaragoza y las instituciones del reino decidieron no aceptar la ocupación francesa, comenzó la preparación para un posible enfrentamiento con los franceses. Finalmente, todo terminó siendo muy precipitado y provisional, debido a la carencia de medios, principalmente de militares profesionales y de una guarnición importante, a pesar de lo cual, la exaltación patriótica y el furor contra el invasor francés allanaron muchos problemas. En lo relativo a la asistencia sanitaria, nada se organizó oficialmente, por lo que la asistencia médica a los voluntarios alistados en aquel nuevo ejército recayó sobre los profesionales de la sanidad afincados en la ciudad y el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Hay que suponer que las autoridades militares consideraron como suficientes los recursos sanitarios con los

---

<sup>52</sup> FERNÁNDEZ DOCTOR, A.: *op. cit.*, p. 28.

que contaba Zaragoza, motivo por el cual la asistencia sanitaria a los combatientes la prestó, de una forma mayoritaria, la sanidad civil, a pesar de que en el Segundo Sitio se produjera una cierta militarización de la misma.

Según comenta Santiago Gadea, la única medida de orden sanitario adoptada por el General Palafox fue el nombramiento de Lorenzo Calvo de Rozas como Intendente interino, cargo que, entre otros cometidos, llevaba implícito el apoyo a los hospitales, ya que éste insistió en el nombramiento, el 31 de mayo, del barón de Purroy y del marqués de Fuenteolivar como superintendentes o directores de los hospitales militares de campaña y, ellos a su vez, el día 1 de junio informaron al Capitán General de haber designado a Salvador Bonor como Cirujano Mayor del Ejército, el cual propuso como Cirujano Consultor a Juan Ejarque. De esta forma, aunque no se puede hablar de una verdadera Junta de Sanidad, sí que había designadas una serie de personas responsables de organizar y coordinar la asistencia sanitaria de la ciudad. Con este escaso organigrama sanitario la ciudad se enfrentó a un asalto militar por parte del mejor ejército del momento<sup>53</sup>.

Después de una serie de escaramuzas en poblaciones próximas entre una columna francesa procedente de Pamplona, al mando del general Verdier, y las unidades de voluntarios españoles que salieron de la capital para cortarles el paso, aunque sin ningún éxito, el día 15 de junio de 1808 los franceses se presentaron ante Zaragoza, produciéndose la conocida Batalla de las Eras en la que, contra todo pronóstico, la ciudad aguantó el asalto. Posteriormente, se produjo el bombardeo general, el ataque a Torrero del día 24 y el ataque general del día 28, pero sin demasiado éxito para el Ejército Imperial francés, por lo que ante la resistencia de la ciudad comenzó el Primer Sitio de Zaragoza.

### *La asistencia sanitaria en los combates*

En este sentido tampoco se había previsto nada y ante el crecido número de heridos que se estaba produciendo, como el personal civil acudió voluntariamente a las zonas de combate para ayudar, a parte de llevar munición y alimentos, fue el que terminó evacuando a los heridos y contusos al hospital. Entre los primeros voluntarios que se prestaron para ayudar a los heridos estaba el Maestro Cirujano del hospital Joaquín Ferrer, que se desplazó a las

---

<sup>53</sup> SANTIAGO GADEA, A.C. de: *El Intendente del Primer Sitio Calvo de Rozas. Otros soldados y patriotas. Apuntes históricos*. Ed. Hijos de Tello, Madrid, 1909, p. 240.

inmediaciones de los combates con sus mancebos, realizando las primeras curas de urgencia a infinidad de heridos y contusos; posteriormente, estaría presente en los combates de las puertas del Portillo, del Carmen y de Santa Engracia, siendo considerado desde ese momento como uno de los más destacados héroes profesionales.

Esta actuación espontánea de los cirujanos terminó por organizarse cuando los combates se generalizaron dentro de la ciudad. El marqués de Lazán ordenó publicar en la Orden del Día del 7 de agosto que se pusieran «aparatos de Cirugía» (cajas con todo lo necesario para curar) con los correspondientes facultativos en las plazas de San Pedro Nolasco, San Felipe, en el Mercado, en las Piedras del Coso, frente al colegio de las Vírgenes y frente a la Iglesia de San Pedro en la calle San Gil, autorizando al Cirujano Mayor, Salvador Bonor, para movilizar a cuantos facultativos hubiera en la ciudad, según marcaban los reglamentos comentados anteriormente.

Esta medida tuvo una gran trascendencia, ya que al aproximar a los cirujanos a las zonas de combate no sólo disminuyó el tiempo de espera de los heridos para recibir la primera asistencia sino que se les ponía en condiciones de evacuación, evitando, entre otras cosas, que se desangrasen de camino al hospital. Por otra parte, los defensores que sólo sufrían heridas leves también eran atendidos rápidamente en las inmediaciones, agilizando su regreso a los puntos de combate. Los mencionados botiquines permanecieron en las calles hasta el levantamiento del Sitio el 14 de agosto de 1808.

La movilización de cirujanos civiles no sólo tuvo como objeto crear puestos quirúrgicos en la calle sino que también hubo algunos destinados a unidades militares carentes de sanitarios. Un buen ejemplo es Santiago Cantín, cirujano del Hospital de Gracia, que el día 11 de junio de 1808 fue movilizado para servir en el Ejército, ya que se trataba de una persona con mucha experiencia y antigüedad, pues había ingresado en el hospital en agosto de 1788 como mancebo de Cirugía.

Al final del Primer Sitio se puede afirmar que se había movilizado a todos los sanitarios civiles de la ciudad y, aunque estas medidas deberían de haberse adoptado antes del ataque, terminaron dando el resultado previsto, sirviendo de experiencia para el siguiente Sitio. El hecho de aproximar la Cirugía a los frentes de combate salvó muchas vidas, a pesar de lo cual este ejemplo no fue asumido por los diferentes cuerpos de sanidad militar del momento hasta la Gran Guerra de 1914-1918, cuando en Zaragoza ya se había experimentado más de cien años antes.

*La asistencia hospitalaria*

Los heridos o traumatizados que no podían ser asistidos por los puestos quirúrgicos de la calle, eran evacuados al Hospital de Gracia para ser intervenidos en mejores condiciones. Las heridas que presentaban los combatientes podían ser muy diferentes y dependía de las circunstancias del combate. Por ejemplo, en los primeros momentos, cuando se aproximaban los atacantes a las tapias de Zaragoza, la mayoría de las heridas estaban producidas por el cruce de disparos a buena distancia, dando lugar a las denominadas heridas en sedal, mientras que cuando se llegaba al contacto físico predominaban las heridas producidas por arma blanca. Si había un bombardeo o un intercambio de disparos de artillería, las principales lesiones eran de tipo traumático, bien por metralla o bien por quemaduras graves.

Tras los combates iniciales en los que se luchó en las murallas, vino el asalto y la entrada en la ciudad de los franceses, continuando los combates en las calles, en las casas y entre una habitación y la contigua. En este momento prosiguieron los intercambios de disparos y granadas, pero a muy corta distancia, dando lugar a heridas muy graves con gran destrozo de tejidos, incluso, con amputaciones de miembros. En esta fase también hubo infinidad de heridos debido a la metralla, pues en los parapetos de las calles se emplazaron piezas de artillería cargadas con metralla, cuyos disparos a quemarropa afectaban a muchos contendientes a la vez. Y, finalmente, cuando se producía el asalto de un parapeto o una casa, en el cuerpo a cuerpo, las armas blancas eran las más útiles para atacar o defenderse.

La última fase de los combates fue la guerra subterránea, cuando los zapadores comenzaron a cavar minas y contraminas, y en caso de encontrarse los contendientes en el subsuelo o en una bodega, se producían enfrentamientos cuerpo a cuerpo con armas blancas, usando incluso los zapapicos con los que trabajaban o bien lanzándose alguna granada de mano.

Los heridos en estos enfrentamientos, inicialmente, podían ser asistidos por algún cirujano en la misma calle, pero cuando la herida era seria y requería tratamiento quirúrgico, como, por ejemplo, una gran sutura o una amputación, el paciente era puesto en condiciones de evacuación y trasladado al hospital para ser intervenido, normalmente, en la misma cama en donde era ingresado.

Las evacuaciones desde las zonas de combate al hospital terminaron efectuándose de una forma razonablemente controlada, ya que hay constancia de que los heridos llegaban a las puertas del hospital llevando una nota del cirujano, es decir, una tarjeta de evacuación explicando la primera

cura y su orden de ingreso. En la documentación consultada en el Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza, hay una nota que justifica que algunos ingresados estuvieran sin filiación «ya que llegaban en los días del ataque sin la baja, por lo que se ignora el Batallón del que son o bien vecinos que tomaron las armas y también llegaron sin baja». De todas formas, hay que decir que muchos heridos fueron evacuados directamente al hospital, muriendo algunos en el trayecto al no haberle podido cohibir las hemorragias los cirujanos o practicantes en las inmediaciones de los combates<sup>54</sup>.

La asistencia sanitaria prestada durante el Primer Sitio por el Hospital de Gracia comenzó a resentirse debido al cúmulo de pacientes, ya que el día 3 de agosto de 1808, tras 50 días de combates, había ingresados 2.111 enfermos, triplicando la capacidad de hospitalización, a pesar de lo cual, y gracias al esfuerzo del personal del hospital y al apoyo incondicional de los vecinos, todos disponían de cama, alimento, ropa y el aseo correspondiente.

El personal del Hospital de Gracia realizó un trabajo desmesurado en medio de una situación terrible, por lo que algunos cirujanos y practicantes decidieron dejar el hospital, dando lugar a que el Enfermero Mayor, José Pérez, elevara una queja diciendo «no quieren hacer la vela, ni acudir a su hora a la cura, se van de la Casa a toda hora y muchos de ellos también de noche. A nadie tienen respeto y por más que se les manda el cumplimiento de su deber, no quieren obedecerlo». Esta carencia de cirujanos durante el mes de agosto repercutió en la calidad asistencial de enfermos y heridos, pues no existía una plantilla lo suficientemente numerosa como para hacer turnos que garantizaran una presencia física permanente. Este tipo de quejas se repetirán en varias ocasiones, pues el trabajar en el hospital suponía un auténtico encierro, casi sin descanso y sin poder ver a sus familias que estaban en la ciudad soportando los bombardeos.

Todo el personal del hospital, y en especial el sanitario, tenía dedicación exclusiva, ya que estaba relevado del servicio de las armas por orden expresa del Capitán General, por lo que ante la ausencia de buena parte de ellos, la Sitiada se vio obligada a apereibir a los cirujanos ausentes para que volvieran a efectuar las curas, mientras que a los que aún permanecían trabajando, se les advirtió que no debían dejar su trabajo, pues de lo contrario serían declarados desertores «respecto de hallarse relevados por S. E. del servicio de las armas en razón de estar empleados en el de enfermos y heridos de este Real Hospital». Finalmente, la Sitiada tuvo que remitir

---

<sup>54</sup> ARCARAZO GARCÍA, L.A.: *La asistencia sanitaria en Zaragoza...* op. cit., p. 177.



un listado con los que se habían ausentado, indicando sus domicilios o pueblos de procedencia, para intentar localizarlos y hacerlos regresar al hospital.

### *Bombardeo y destrucción del Hospital de Nuestra Señora de Gracia*

A finales de julio de 1808 la situación de los franceses en España se había complicado mucho con la derrota sufrida en Bailén, por lo que era vital ocupar Zaragoza, de forma que los sitiadores de la ciudad iniciaron un bombardeo general en un último intento por doblegar la moral de los defensores. El hospital se encontraba inmediato a las murallas, por lo que cuando recibió los primeros impactos no inquietaron excesivamente a la Sitiada ni al personal, pues ya había sufrido daños causados por la artillería en otras ocasiones. Pero con el paso de las horas se vio claramente que el edificio era uno de los objetivos elegidos para causar mayor desmoralización entre el vecindario que veía peligrar la vida de familiares y amigos ingresados en lo que hasta ese momento había sido un lugar seguro. Era la utilización de la guerra psicológica en la que nada se respetaba.

Según refieren diferentes autores, el 31 de julio de 1808 comenzó un violento ataque de la artillería francesa y «el 1º de agosto se reanudó el bombardeo: llovían los proyectiles; siete baterías y sesenta piezas vomitaban la muerte. Desde el primer momento, pareció ser el Hospital de Ntra. Sra. de Gracia blanco desdichado del enemigo. Yacían allí 500 enfermos y multitud de heridos, 2.111 dolientes, según los estados del día 3 de Agosto»<sup>55</sup>.

Los destrozos causados en el hospital obligaron a evacuar a los pacientes. Primero se dio licencia a los que podían caminar sin ayuda para abandonar la casa, saliendo envueltos en mantas o con lo que pudieron; a continuación, los pacientes que no podían valerse por sí mismos fueron bajados a la iglesia, colocando sus camas por las capillas. Pero como los pisos superiores comenzaron a ceder, amenazando con sepultar a todos los trasladados a los pisos bajos, el Intendente Calvo de Rozas dio orden de evacuar el hospital, trasladando a los pacientes a una serie de edificios junto a la ribera del Ebro, por lo que no estaban batidos por la artillería. De esta forma, unos 500 varones fueron acomodados en la Real Audiencia, un número indeterminado de pacientes fue llevado a las Casas de la Ciudad, mientras que a las mujeres

---

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 122.



Evacuación del hospital de Gracia en agosto de 1808..

se las acomodó en la Lonja. El resto de pacientes que no cupieron en los edificios públicos fueron evacuados a casas particulares, como la del conde de Belchite o la de Ezmir.

El bombardeo duró hasta el día 4 de agosto, momento en el que la Infantería francesa asaltó la ciudad, ocupando, entre otros edificios, el hospital que fue saqueado a conciencia y los efectos que no se pudieron llevar los destrozaron o desaparecieron con el incendio posterior. Se perdieron muebles, camas, ropa blanca y de lana, mucho grano que había almacenado para el sustento de los pacientes, todos los «vasos vinarios» con una cantidad considerable de vino para vender y consumo de la casa, la harina, el carbón, todos los efectos de la botica, «su grande almacén de libros para la enseñanza de la juventud» que imprimía la imprenta del hospital y vendía al público, y el rebaño de carneros que se encontraba en el recinto hospitalario, por no haberlo podido sacar de la ciudad. También se perdió un dinero que se tenía para urgencias diarias, lo mismo que los vales reales y acciones.

Pero, a pesar del esfuerzo de los atacantes, la ciudad a duras penas resistió, por lo que en la noche del 13 de agosto de 1808, tras este último intento fallido, los franceses tuvieron que retirarse, no sin antes hacer explotar sendas cargas en los conventos de Santa Engracia y de San Francisco. Esta retirada tan precipitada se debía a que un Ejército español al mando del General Castaños había derrotado al francés mandado por el General Dupont en Bailén y su avance hacia el norte ponía en peligro el flanco francés, motivo por el cual los atacantes de Zaragoza tuvieron que reagruparse en la orilla izquierda



Evacuación de heridos al hospital de Gracia. Acuarela de Luis Arcarazo.

del Ebro, permaneciendo a la defensiva hasta que vino a la península el Emperador para hacerse cargo personalmente de las operaciones militares.

### *REORGANIZACIÓN SANITARIA TRAS EL PRIMER SITIO. LA JUNTA DE SANIDAD DE GUERRA*

Una vez libre la ciudad de sus atacantes, hubo que hacer una valoración urgente de los desperfectos ocasionados por los combates para comenzar lo antes posible el desescombro y la reconstrucción de las defensas, pues se suponía que en caso de recuperarse los franceses volverían a intentar tomar una ciudad que los había derrotado y avergonzado ante toda Europa.

Con la destrucción del edificio del Hospital de Gracia, la asistencia hospitalaria de la ciudad había quedado totalmente quebrada, por lo que era

obligado tomar medidas para reorganizarla y, además, también era urgente recomponer la maltrecha higiene ciudadana. En estas circunstancias críticas, a instancias de los médicos de la ciudad, se adoptó una medida de carácter organizativo indispensable que fue la creación de una verdadera Junta de Sanidad: «Considerando interesante evitar un contagio creose una Junta Suprema de Sanidad de la guerra el día 30 de agosto». Estaba presidida por el General Palafox y compuesta por el Teniente General Juan Butler como vicepresidente y nueve vocales designados entre militares, clero y laicos, de los cuales sólo Pedro Thomeo y Joaquín Lario eran médicos y Mariano Andreu profesor de Química y Farmacia. Su nombramiento apareció publicado en la *Gazeta de Zaragoza* del día 4 de octubre de 1808 de esta forma:

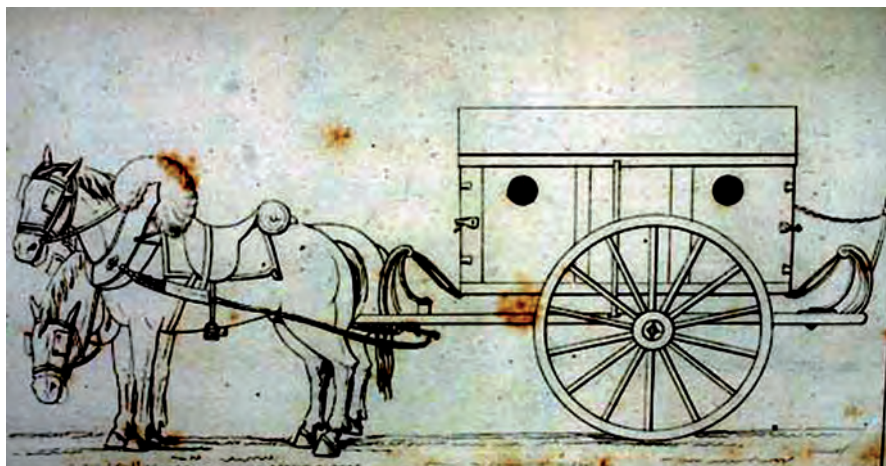
*«Una de las principales miras del Gobierno debe ser la de procurar todos los medios que puedan conducir a conservar la salud pública, este objetivo se resumía en tres puntos iniciales:*

- 1º. Establecer hospitales de paisanos y militares que reparen la fatal pérdida del de Ntra. Sra. de Gracia.*
- 2º. Reconocer los edificios ruinosos que puedan causar víctimas.*
- 3º. Localizar cadáveres semienterrados en las ruinas para darles una honorífica sepultura y hacer fumigaciones para evitar los vapores fétidos evitando efectos funestos»<sup>56</sup>.*

En primer lugar, era urgente buscar una solución para ubicar de nuevo el Hospital de Gracia, ya que la utilización provisional de edificios públicos y privados estaba resultando ser contraproducente, tanto para el trabajo de los sanitarios, que no daban abasto yendo de un edificio a otro, como para los pacientes, que estaban tremendamente incómodos y hacinados de cualquier manera, lo que obligó a las autoridades a adoptar soluciones rápidamente para intentar reunir a todos los pacientes dispersos en un único edificio. Por otra parte, las malas condiciones higiénicas de la ciudad eran muy preocupantes, de hecho, los médicos advirtieron a las autoridades sobre el peligro que había de que se declarara una epidemia como consecuencia de la falta de higiene y salubridad pública, pues ya habían detectado un aumento importante de la mortalidad entre el vecindario. Estos informes dieron lugar a que el día 16 de agosto el General Palafox remitiera un oficio a la Sitiada

---

<sup>56</sup> *Gazeta de Zaragoza* de 4-X-1808.



Ambulancia volante de Larrey.

del hospital considerando oportuna la evacuación de los pacientes, al tiempo que solicitaba propuestas para instalar el hospital en otro lugar, comenzando a barajarse la posibilidad de utilizar la Casa de la Misericordia, único edificio capaz de acoger a tal número de pacientes, aunque tampoco ofreciera las mejores condiciones para transformarlo en hospital.

Dos días después, el Intendente General preguntó al Regidor Purroy por el número de carros que serían precisos para un posible traslado de los enfermos a la Casa de la Misericordia y lugar en el que deberían de reunirse para comenzar a cargar enseres y pacientes. Al mismo tiempo se advirtió a la Sitada de la Casa de la Misericordia que debía de abandonar el edificio y trasladar a sus acogidos a la Casa de Convalecientes, pues iban a comenzar unas obras para trasformarla en hospital de sangre. Con esta nueva evacuación de los pacientes, la Casa de la Misericordia se convirtió en el hospital más grande de la ciudad, mientras que los componentes del Ayuntamiento y de la Real Audiencia recuperaron sus dependencias, ya que eran instituciones imprescindibles para el buen gobierno y funcionamiento ciudadano.

### *Militarización de la Sanidad*

Desde el primer momento la ciudad intentó recomponer los daños causados por el primer ataque, al tiempo que se reforzaba con unidades militares que huían de la ocupación francesa y con tercios de voluntarios de

nueva creación dispuestos a enfrentarse a los franceses. Pero en el mes de diciembre de 1808 la situación de las armas españolas era de nuevo crítica y la posibilidad de que Zaragoza volviera a ser atacada por los franceses muy grande, por lo que el Capitán General decidió militarizar a los tercios de voluntarios, transformándolos en Batallones de Infantería ligera y, dentro de esta militarización general, Palafox nombró como director del Hospital General al Protomédico del Ejército Ramón Valero Español y como segundo a Joaquín de Mur, siguiendo las Ordenanzas de 1739, ya que, según estaba ordenado, en campaña la organización sanitaria la debía presidir un Protomédico ayudado por un Médico Consultor y los médicos.

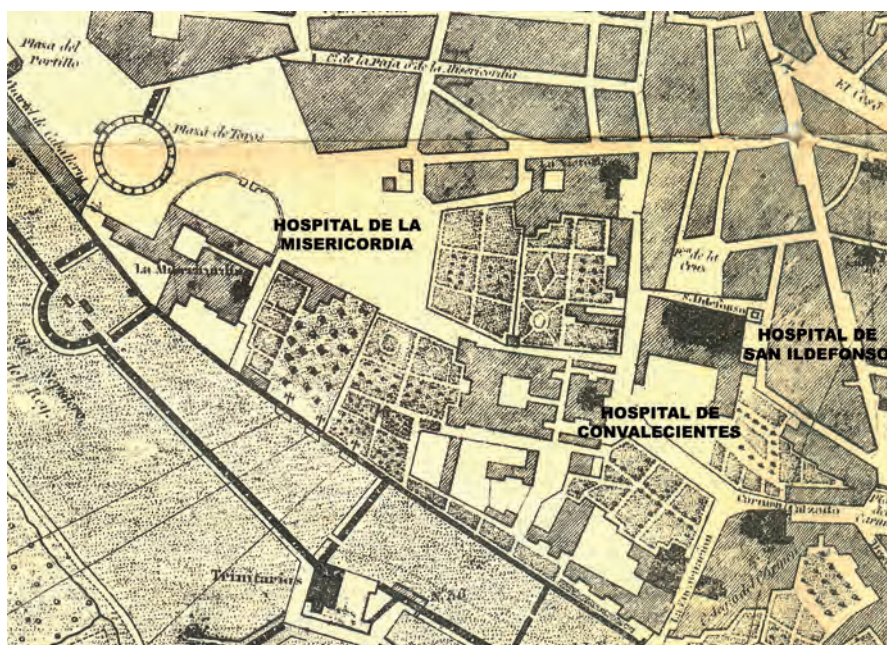
El Protomédico debía ser un médico nombrado por Su Majestad para mandar al resto de médicos en los hospitales de campaña y, como ya se ha mencionado, debía de proponer al médico más indicado para desempeñar los cargos de Médico Consultor y de Practicante Mayor. De forma que designó como Primer Médico o Médico Consultor a Joaquín Mur, que se encargó de prestar asistencia a los oficiales, asistir a consultas con otros médicos y vigilar su labor asistencial. Con estos nombramientos se puede decir que la sanidad civil quedó también militarizada desde el momento que la dirección del Hospital General de la ciudad había sido encomendada por el Capitán General a un Protomédico del Ejército, por lo que, en lo sucesivo, todo el personal sanitario se debía atener a las normas, pautas y disciplina militar, y los hospitales de la ciudad pasaron a tener la consideración de hospitales militares de campaña.

Al poco tiempo de ponerse en funcionamiento el nuevo Hospital de Sangre de la Misericordia quedó totalmente saturado, hasta tal punto que hubo que ingresar a algunos pacientes en lugares muy poco apropiados:

*«Los heridos yacían hacinados en el suelo, sobre un manto de paja y ocupaban todos los departamentos del edificio, incluso los pasillos, el pajar y los subterráneos; la asistencia facultativa á cargo de los médicos y cirujanos, ya citados, del arruinado Hospital General, era muy deficiente á causa del número extraordinario de seres desgraciados, que requerían la solicitud de aquellos beneméritos varones, los cuales, no sólo prestaban sus servicios en la dicha Casa de Misericordia, sino también en la mayor parte en los hospitales que provisionalmente se organizaron en diversos puntos de la población»<sup>57</sup>.*

---

<sup>57</sup> GIMENO RIERA, J.: *op. cit.*, p. 48.



Hospitales militares de la Casa de Misericordia y de San Ildefonso y hospital civil de convalecientes.

Ante esta situación, a primeros de septiembre la Sitiada del hospital remitió una serie de oficios dirigidos al Capitán General, al Intendente del Ejército y a la Suprema Junta de Sanidad informándoles de la necesidad de crear un nuevo hospital, ya que el Hospital General de la Misericordia estaba totalmente ocupado y, lo que era más preocupante, por enfermos afectados mayoritariamente por fiebres. La propuesta consistía en dejar el Hospital de la Misericordia únicamente para la asistencia de militares, evacuando a los civiles a la Casa de Convalecientes, transformándola de esta forma en Hospital Civil. Finalmente, se aceptó la propuesta y a comienzos de diciembre se trasladó a los civiles a Convalecientes<sup>58</sup>. Con esta maniobra lo que realmente pretendía la Sitiada era desprenderse de la asistencia a los soldados y conseguir un edificio independiente para el tratamiento de civiles que era el que consideraba como su verdadero cometido. Pero el General Palafox no lo permitió, ordenando, con muy buen criterio, que los

<sup>58</sup> ZUBIRI VIDAL, A. y ZUBIRI VIDAL, F.: «Relaciones del pueblo de Zaragoza con la Sitiada durante los sucesos de 1808-1809». En *Estudios de la Guerra de la Independencia*, t. III. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1967, p. 138.

dos hospitales quedaran en manos de una junta muy habituada al manejo de un gran hospital. Aquella orden provisional de ubicar el Hospital de Nuestra Señora de Gracia en la Casa de Convalecientes terminó siendo definitiva con el paso del tiempo, ya que no hubo posibilidad de reedificar el viejo hospital.

Pero el 17 de diciembre, muy pocos días antes de iniciarse el segundo ataque francés a Zaragoza, ya se habían acumulado 1.600 pacientes en el Hospital Militar de la Misericordia, de los cuales 732 eran heridos, mientras que en el Hospital Civil o de Convalecientes había 104 ingresados, entre hombres y mujeres, lo que representaba un total de 1.704 pacientes<sup>59</sup>. Ante este estado de cosas, los Colegios de Médicos y de Cirujanos de la ciudad se comprometieron a visitar gratuitamente a los soldados enfermos y a todos los que no les llegase la asistencia del Hospital General<sup>60</sup>. Y tres días después, con el Ejército francés a las puertas de la ciudad, la Sitiada volvió a remitir un nuevo informe, según el cual «un infinito número de enfermos de todas clases que producía la guerra, el contagio y la necesidad» abarrotaban los hospitales, comenzando a barajarse la necesidad de habilitar un tercer edificio para alojar a pacientes<sup>61</sup>.

Los facultativos hospitalarios sospechaban que aquel elevadísimo número de enfermos con fiebres sólo podía deberse a una epidemia que habría brotado entre los militares, por lo que, puestos de acuerdo con el Colegio de Médicos, informaron a la Junta de Sanidad que era preciso separar a los enfermos de los heridos. Esta medida pareció razonable a la Junta, procediéndose a la separación de los militares, de forma que los enfermos permanecieron en el Hospital de la Misericordia, mientras que los heridos fueron evacuados al convento de San Ildefonso, destinado a centro quirúrgico de campaña. Este nuevo hospital provisional terminaría siendo un hospital militar fijo, denominado Hospital Militar de San Ildefonso, con el paso de los años, instalación que permanecería en funcionamiento 150 años, hasta la construcción del actual Hospital General de la Defensa en el barrio de Casablanca.

---

<sup>59</sup> GIMENO RIERA, J.: *Ibídem*.

<sup>60</sup> Relación de médicos y cirujanos particulares que se presentaron para el hospital: Pedro Tomeo e Inchausti, catedrático de química, Francisco Rienda, Mariano Peralta, cirujano de Juslibol, Manuel Omedes, médico velante y los Practicantes del Ejército, Manuel Barraga, Joaquín Bernus, Marcelo Blasco y Francisco Taboada. ARCARAZO GARCÍA, L.A.: *La asistencia sanitaria en Zaragoza...* op. cit., p. 162

<sup>61</sup> ADPZ, Legajo nº 283. «Papel para el Jefe Político de Aragón con los principales acontecimientos del Hospital desde junio de 1808, de la llegada de los franceses, hasta julio de 1813 que se fueron».





Hospital militar de San Ildefonso. Postal colección de autor.

## *SEGUNDO SITIO*

El 20 de diciembre de 1808 los franceses se presentaron de nuevo ante Zaragoza produciéndose los primeros heridos. Pero a diferencia de lo ocurrido en el primer ataque, la situación hospitalaria era más que preocupante, ya que no había camas libres donde ingresar a estos nuevos pacientes en ninguno de los tres hospitales habilitados, complicando extraordinariamente las cosas de cara al nuevo ataque. La situación se agravó en muy pocos días, de tal forma que las unidades militares tuvieron que crear botiquines en los cuarteles para poder ingresar a sus innumerables enfermos de fiebres y a los heridos, muchos de los cuales estaban tendidos en el suelo sin colchón y ni siquiera una manta, por falta de camas hospitalarias.

### *Organización hospitalaria durante el Segundo Sitio*

Las autoridades militares habían encomendado a la Junta Sitiada del Hospital de Gracia la dirección de la asistencia hospitalaria de toda la población, tanto civil como militar, y se habían despreocupado. El Hospital de Gracia aportaba su propio mobiliario, elementos de botica, personal y, lo

principal, sus propios caudales para administrar tanto al Hospital Militar con sus dos sedes, La Misericordia y San Ildefonso, llenos de soldados enfermos o heridos, como al Hospital de Convalecientes, en el que se había alojado a los pacientes civiles y que eran su verdadera responsabilidad.



Antiguo Hospital de Convalecientes, actual Ntra. Sra. de Gracia.

De todas formas, esta centralización hospitalaria en manos de la Sitiada fue un acierto, pues de esta manera todos los recursos hospitalarios estaban controlados por una única junta y, por otra parte, también se pudo controlar en un primer momento el ingreso de pacientes, ya que su registro se gestionó en la oficina del Hospital de Convalecientes, de forma que todos los evacuados debían pasar por ella y, una vez clasificados, se les asignaba el hospital en el que debían de ingresar. Es decir, que los tres edificios hospitalarios comenzaron a funcionar con una única administración ubicada en Convalecientes, que realizaba una función primordial en Sanidad Militar, la clasificación de pacientes, ya que bien ejecutada optimiza la asistencia, evitando el caos que se produce cuando el número de los que llegan a un centro sanitario es muy elevado.

El personal de Convalecientes decidía donde correspondía ingresar a cada paciente, si se trataba de un militar enfermo lo derivaba al de la Misericordia, si era un herido iba a San Ildefonso y en caso de ser civil se quedaba en Convalecientes. De esta forma controlaban las camas ocupadas, número de ingresos, procedencia, altas, bajas y estancias. Pero como consecuencia de la epidemia y del desorbitado número de pacientes que ocasionó, al final hubo que prescindir de la clasificación e ingresar a los pacientes donde se podía, hasta que se agotó el espacio, quedando los enfermos abandonados a su suerte.

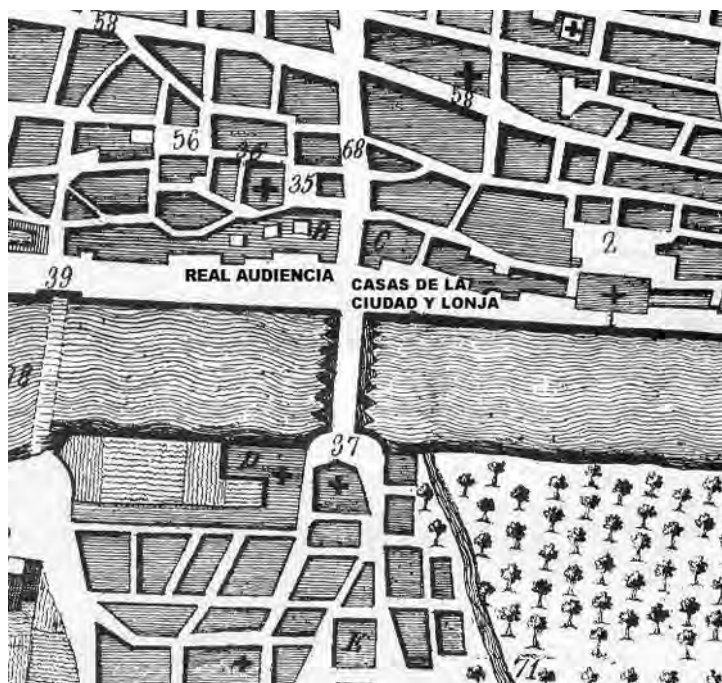
La calidad asistencial prestada a los pacientes ingresados en el Hospital de la Misericordia fue empeorando con el paso del tiempo, ya que algunos cirujanos militares dejaron de acudir dadas las circunstancias; por ejemplo, el Comandante del Castillo de la Aljafería, Pedro de Iriarte, remitió un oficio el 28 de diciembre de 1808 al Regidor de semana del hospital justificando la incomparecencia del Cirujano de la Plaza a las curas del Hospital Militar, dada la situación. Hay que pensar que con los ataques que estaban sufriendo los reductos que defendían Zaragoza, el mencionado cirujano militar debía de tener bastante trabajo, no pudiendo desplazarse además al Hospital Militar a curar a otros heridos.

Como ya se ha dicho anteriormente, la asistencia quirúrgica militar quedó encomendada al nuevo hospital de sangre que absorbió, mientras pudo, todo el volumen de heridos que se producía en los combates, pero a pesar de la gran cantidad de ingresos que registró y de su actividad quirúrgica, no han quedado más que noticias sueltas, ya que su vicario presumiblemente quemó los documentos al rendirse la ciudad. Por ejemplo, un problema muy serio que se planteó fue el del enterramiento de los cadáveres de los pacientes que fallecían, por lo que el 20 de enero el Contralor de San Ildefonso se dirigió al Mayordomo del Hospital General informándole de que a los fallecidos no los podían llevar a enterrar al antiguo hospital debido a los fosos y baterías que se habían hecho en las calles y, como los frailes no les permitían enterrarlos en los huertos y corrales del convento, solicitaba instrucciones al General Palafox.

#### *La asistencia sanitaria en las zonas de combate*

En el Segundo Sitio la asistencia sanitaria se organizó en escalones, de forma que en primera línea se estableció lo que hoy en día denominaríamos puestos quirúrgicos avanzados, es decir, se organizaron de nuevo los «aparatos de Cirugía» a retaguardia de los combates para asistir a los heridos

lo más rápidamente posible. Un buen ejemplo de estos puestos quirúrgicos puede ser el de las Casas de la Ciudad, que asistió a los heridos que se produjeron en la defensa del Arrabal y que, posteriormente, eran trasladados al Hospital Militar. Hasta tal punto fue efectivo aquel puesto quirúrgico que pasó de 120 los heridos atendidos.



Hospitales provisionales en la Real Audiencia, en la lonja y en las casas de la ciudad.

Por lo que respecta a las evacuaciones, esta vez se organizó un servicio con voluntarios civiles que trasladaban a los pacientes al segundo escalón sanitario, es decir, a los hospitales de la Misericordia, San Ildefonso y Convalecientes. En este sentido hay que hacer mención expresa al famoso curandero Pascual Muro, beneficiado de la iglesia de Santiago, que ha pasado a la historia por su colaboración con la medicina oficial y por su ayuda a los pacientes, lo mismo que las Hermanas de Santa Ana, que también acudieron a los lugares de los combates para prestar ayuda y conducir a los heridos al hospital, colaborando con los vecinos voluntarios.

Todo este despliegue asistencial funcionó hasta que la ciudad quedó cortada con barricadas y parapetos, impidiendo tanto las evacuaciones de los heridos

como el desplazamiento de los sanitarios a los numerosos hospitales habilitados, quedando la asistencia médica en manos de sanitarios, en el mejor de los casos.

Pero a medida que iba avanzando el Sitio hubo que adoptar nuevas medidas de orden asistencial; por ejemplo, en la Orden del Día del 13 al 14 de enero de 1809 se decretó que todos los cirujanos debían de presentarse al Cirujano Mayor del Ejército, Salvador María Bonor, indicio de que había carencia de cirujanos militares o adscritos a las unidades. Posteriormente, otra noticia puede dar una idea aproximada de cual era la situación asistencial en las zonas de combate, cuando el 13 de enero la Sitiada del Hospital de Gracia puso en conocimiento del General Palafox que como el Hospital de San Ildefonso ya no admitía más heridos, éstos eran llevados al Hospital de la Misericordia directamente desde las zonas de combate, sin haber sido reconocidos ni efectuada la primera cura debido a la falta de instrumentos de cirugía, motivo por el cual solicitaba del Barón Warsage, Cuartelmaestre de la ciudad, que mandase a los cirujanos militares a la Misericordia para que realizaran las curas precisas, ya que llegaban los heridos en muy malas condiciones, muchos de ellos desangrados y desfallecidos.

Pero sin ninguna duda el principal problema al que se enfrentó la ciudad, por encima de combates y bombardeos, fue la epidemia de tifus que se desencadenó en el invierno de 1808, ya que dio lugar a tal cantidad de víctimas que fue la auténtica causante de la rendición de Zaragoza. A finales de octubre, cuando comenzó el frío, el número de pacientes con fiebres adquirió tal magnitud que en los informes redactados por los médicos ya se aprecia que algo anormal estaba ocurriendo, pero hasta una fecha muy tardía del mes de noviembre nada afirmaron con claridad, ni actuaron con la celeridad que aquella contingencia precisaba para intentar contenerla, permitiendo que se llenaran los hospitales de enfermos.

#### *La asistencia hospitalaria improvisada*

La epidemia de fiebres pútridas, como se denominaba al tifus exantemático en aquel momento, terminó por saturar los tres hospitales, y ante la imposibilidad de ingresar a ningún paciente, los jefes de Unidad tuvieron que organizar enfermerías regiminales para poder poner bajo techo a los innumerables enfermos y, posteriormente, hubo que crear auténticos hospitales improvisados en casas particulares, utilizando el mobiliario cedido generosamente por los vecinos de las parroquias. Lógicamente, fueron medidas desesperadas que sólo pretendían evitar que los enfermos y he-

ridos militares, que no cabían en los hospitales, murieran tumbados en cualquier sitio o a la intemperie. El número concreto de estos hospitales improvisados se desconoce, pero pasaba de cincuenta, aunque gracias a los informes que se redactaron tras alguna visita de inspección hay noticias de su falta de condiciones; por ejemplo, uno de éstos refiere que: «los heridos moraban acondicionados de mala manera, casi todos por el suelo, encima de un poco de paja por falta de camas, colchones y demás enseres, pues los bancos y tablados de las camas, colchones y demás enseres hallábanse dispersos y colocados en parapetos y trincheras o bien habían sido inutilizados y quemados». Y por si acaso su situación no fuera desesperada, había que añadir la falta de abastos, pues a finales de diciembre la ciudad ya carecía de carne y pan blanco, debiendo alimentarse, en el mejor de los casos, con el pan de munición que se horneaba para los soldados, que era de peor calidad<sup>62</sup>.

El cuidado de los enfermos ingresados en estos hospitales de circunstancias corrió a cargo de sus propios compañeros y de los vecinos, pues ni los cirujanos militares ni los del Hospital de Gracia fueron capaces de prestarles asistencia de una forma continuada, debido a que las calles quedaron muy pronto cortadas por parapetos y zanjas que impedían el paso, además del peligro de ser alcanzados por la metralla de la artillería o por un disparo. De los únicos sanitarios de los que hay constancia documental de que se desplazaron hasta el final a estos hospitales es de Zenón Sevil, cirujano militar del castillo, y José Pérez, Maestro Director de Cirugía del



Hospital militar francés en el colegio de los PP. Jesuitas de Alagón.

<sup>62</sup> ARCARAZO GARCÍA, L.A.: *La asistencia sanitaria en Zaragoza...* op. cit. p. 199.

hospital y cirujano del Real Cuerpo de Artillería, a pesar de lo cual fueron puestos en el cepo por orden del Cuartelmaestre, Barón de Warsage. El Enfermero Mayor del hospital se había quejado de que los pacientes de la sala de oficiales no habían sido curados desde hacía días por falta de personal, y como los dos cirujanos mencionados abandonaban cada día el hospital, sin más comprobaciones fueron detenidos y sancionados, permaneciendo en el cepo hasta la mañana siguiente que fueron liberados por orden del mismo Palafox, una vez que se aclaró que se ausentaban del hospital porque, además de su destino militar, asistían a los pacientes ingresados en el Hospital de la Misericordia y a los de circunstancias. Este dato puede dar una idea aproximada de la situación de crispación que había entre los defensores de la ciudad, ya que ante la menor sospecha, se aplicaban castigos extremos, incluso la horca.

Otra carencia importantísima en los hospitales fue la de los elementos de cura, que quedó reflejada en una carta que remitió Pedro Velas al Cirujano Mayor, Salvador Bonor, en la que le comentaba:

*«No lavándose los vendajes como está mandado y como se hace en todo hospital bien organizado, resulta que el gasto que se debe de hacer para atender a los enfermos con sus competentes vendajes debe ser excesivo. La economía con que V.m. me manda los vendajes diarios que se le pide por papeleta da motivo a que los más de los enfermos queden sin apósito o estos sucios y llenos de supuraciones fétidas y pútridas, que escorian e inflaman las partes donde se aplican. Cuyo perjuicio le hago a V.m. presente para que, o mande lienzo cortado cuanto se necesite no parándose en el excesivo gasto, o tome las medidas que sean convenientes para hacer se laven una multitud de vendajes útiles y nuevos que se están pudriendo hacinados en los rincones por falta de su cuidado tan necesario a la economía»<sup>63</sup>.*

Gracias a esta carta se conoce la forma de trabajar de cirujanos y practicantes, que para realizar las curas utilizaban vendajes lavados, es decir, reutilizados varias veces por diferentes pacientes, práctica impensable hoy en día, pero que entonces parecía oportuna, tanto para economizar medios como por el desconocimiento del contagio que podían producir las secre-

---

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 207.

ciones purulentas. Pero durante los combates del Segundo Sitio, y ante el aluvión de heridos que recibían los hospitales, nadie se molestaba en lavar los vendajes por lo que diariamente se aplicaban nuevos, que no dejó de ser una suerte para los heridos, pues al no ponerles vendajes reutilizados y dudosamente esterilizados, la probabilidad de infectarse sus heridas pudo disminuir. El escrito también nos pone al corriente del sistema de solicitud de material de cura por parte de los cirujanos de los hospitales que utilizaban papeletas dirigidas al Cirujano Mayor, lo que nos hace pensar que él tenía centralizado todo este material, pero que no daba abasto para suministrar lo que le solicitaban. Y, por último, el comentario de que los vendajes usados se tiraban en un rincón de la sala donde se pudrían sin que nadie los retirara, nos da una nueva pincelada sobre el estado de aquellas salas llenas de heridos y de desperdicios tirados por el suelo.

Si la carencia de medicinas fue un problema menor, teniendo en cuenta su poca utilidad, no lo fue así la del material de cura, imprescindible para que los cirujanos realizaran la revisión de las heridas diariamente, en un intento por evitar las infecciones y la tan temida gangrena, por lo cual sorprende que no se hubiera organizado el lavado sistemático de los vendajes, por lo menos mientras se pudieron utilizar las riberas del Ebro, prefiriéndose la fabricación de nuevas vendas, motivo por el cual se quedaron rápidamente sin suministros, ya que en las tiendas ya no había lienzo para fabricarlas, dependiendo, en buena medida, de la generosidad de los vecinos que cedieron sus sábanas para trocearlas como vendas.

### *CAPITULACIÓN DE LA CIUDAD*

Finalmente, sin apenas personas aptas para combatir, más como consecuencia del tifus exantemático que por los fallecidos en combate, y sin recursos de todo tipo, la ciudad tuvo que rendirse el 21 de febrero de 1809. Para hacerse una idea aproximada del ritmo de defunciones entre los defensores sólo hay que revisar los estados de fuerza; en diciembre de 1808, al inicio del Segundo Sitio, la guarnición se componía de 1.240 jefes y oficiales y 31.181 soldados. Posteriormente, el 1 de enero de 1809, sólo diez días después del inicio de las hostilidades, la fuerza en revista había quedado reducida a 19.912 hombres, con unas bajas acumuladas de 10.612, de los cuales 9.500 eran enfermos y, finalmente, el 19 de febrero, dos días antes de la rendición, sólo quedaban en la ciudad sobre 8.000 defensores disponibles, de los cuales únicamente se podían destinar a guarnecer los puntos en los





Mauricio Orange. Rendición de Zaragoza en 1809.

cuales había brecha abierta a unos 4.000, y frente a ellos los franceses que disponían de fuerzas diez veces mayores<sup>64</sup>.

El día 20 de febrero se izó bandera blanca en la Torre Nueva y al día siguiente los escasos defensores que pudieron salir por su propio pie lo hicieron por la Puerta de El Portillo, entregando sus armas y quedando retenidos por el Ejército Imperial francés, pues al no querer jurar fidelidad al rey José Napoleón I, el Emperador ordenó que fueran llevados a Francia, pero sin la consideración de prisioneros de guerra sino como ciegos fanáticos, dando órdenes expresas para que fueran tratados con suma dureza en su camino al exilio francés. La tardía venganza de los supervivientes del Segundo Sitio de Zaragoza fue que transportaron el tifus exantemático a los vecinos de los pueblos franceses en donde fueron internados, cundiendo el pánico entre aquella población que era consciente de la epidemia que portaban los pri-

<sup>64</sup> Rogniat refiere que había 1.500 artilleros entre todos los soldados y agregados, bajo el mando del general Villalba; 13 oficiales de Ingenieros al mando de Sangenis, con 800 peones; las tropas de línea eran: Guardias Españolas con 800 hombres, Walonas con 500, Suizos de Aragón con 1.000, Rgto. Valencia con 800, Rgto. Saboya con 500, Rgto. Extremadura con 800, Rgto. Castilla con 1.000, 2º de Voluntarios de Aragón con 1.600, más las Unidades de voluntarios; de Caballería tenía 2.000 hombres y varios oficiales de marina en las chalupas del Ebro. RODRÍGUEZ LANDEYRE, F. y GALIAY, F.: *Versión crítica de la relación del Sitio de Zaragoza por el Barón de Rogniat*. Ed. Mariano Escar, Zaragoza, 1908, pp. 56-57.

sioneros españoles, solicitando constantemente a las autoridades que fueran repatriados.

En el Segundo Sitio de Zaragoza se calcula que murieron 53.873 defensores, a partes iguales entre civiles y militares, de los cuales 47.782 fue como consecuencia del tifus exantemático, mientras que en combate sólo se contabilizaron 6.055 bajas. Cuando los franceses ocuparon la ciudad encontraron 6.000 cadáveres sin enterrar y a unos 13.000 enfermos ingresados en los hospitales, muchos de los cuales fallecerían en días posteriores, por lo que la población quedó reducida a unas 10.000 personas, bache demográfico que se arrastró durante todo el siglo XIX. Los nuevos ocupantes, para cortar el brote epidémico y sanear la ciudad, desalojaron todos los hospitales provisionales, evacuando a los pacientes de tifus al convento de San Lázaro, en el Arrabal junto al Puente de Piedras, motivo por el cual en la Arboleda de Macanaz hay varias fosas comunes con miles de cadáveres inhumados una vez que concluyó el Sitio.

### *CONCLUSIONES*

Los combates que se desarrollaron en Zaragoza revistieron una ferocidad desconocida hasta el momento, incluso para militares tan veteranos como el mariscal Lannes, que en una carta remitida al Emperador comentaba: «El sitio de Zaragoza no se parece en nada a la guerra que nosotros hemos hecho hasta ahora. Pues aquí se precisa una gran prudencia y un gran rigor. Ya que estamos obligados a tomar con minas o al asalto todas las casas. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento del que no se pueda dar idea. En fin, Sire, esta es una guerra que da horror».

Los recursos sanitarios con los que contaba Zaragoza en 1808 eran los oportunos para la capital del reino de Aragón, radicando en ella las instituciones sanitarias de más alto rango, como la Real Junta Provincial de Sanidad del Reino, la Real Junta de Subdelegación de Medicina de Aragón y los influyentes colegios profesionales de Médicos, Cirujanos y Boticarios, cuyos componentes garantizaban la asistencia sanitaria a los vecinos. Además, la cúspide del entramado sanitario asistencial la ocupaba el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, uno de los pocos hospitales españoles en donde se practicaba la asistencia médica a los pacientes ingresados, ya fueran de beneficencia, de pago o incluso militares. Por todo lo cual, se puede afirmar que Zaragoza disponía de los recursos médicos que le correspondía, a pesar de lo cual todo fue insuficiente para garantizar la asistencia a los asediados,

pues no sólo hubo heridos en los combates sino que se declaró una epidemia de tífus exantemático totalmente incontrolable tanto por desconocimiento como por los limitados medios con que contaba la medicina del momento.

Por otra parte, hay que señalar que cuando la ciudad decidió enfrentarse al Ejército Imperial francés, la preparación fue muy apresurada e insuficiente en el Primer Sitio, mientras que en el Segundo se puede afirmar que fue contraproducente, ya que se acuarteló, de cualquier manera, a un número excesivo de voluntarios y soldados, comprometiendo su alimentación, la asistencia sanitaria y facilitando la propagación de enfermedades infecto-contagiosas.

En lo relativo a la asistencia sanitaria, poco o nada se preparó ni para los combates previos fuera de la ciudad ni para la defensa de la capital, pues todo se dejó en manos de los sanitarios civiles y del Hospital de Gracia. Los únicos nombramientos que se efectuaron en este sentido fueron los de los superintendentes de los hospitales de campaña, el barón de Puroy y el marqués de Fuenteolivar, personas con experiencia al pertenecer a la Sitiada del Hospital de Gracia, y a Salvador Bonor como Cirujano Mayor del Ejército. Por otra parte, el cálculo de bajas previsto en aquel momento, un tercio de la fuerza en revista, desbordaba el número de camas hospitalarias disponibles en la ciudad, es decir, que se partía de un déficit hospitalario importante.

En lo relativo a la organización de la asistencia médica en primera línea, tampoco se tomaron medidas y la poca que hubo la realizaron practicantes y cirujanos civiles de una forma espontánea, lo mismo que la evacuación de los heridos al hospital que la asumieron también los civiles. Posteriormente, cuando el mando militar se dio cuenta de su utilidad, ordenó poner los famosos «aparatos de Cirugía» en puntos próximos a las zonas de combate, adelantando el tratamiento quirúrgico de heridos y contusos, lo que permitió poner en condiciones de evacuación a los pacientes que requerían una intervención quirúrgica en el hospital o regresar al combate a los leves. Esta medida tuvo mucha importancia en el tratamiento precoz de las heridas, evitando hemorragias masivas que hacían imposible el tratamiento quirúrgico posterior.

Pero el bombardeo del Hospital de Gracia en agosto de 1808 quebró el entramado sanitario de la ciudad, pues se perdió el edificio con todos sus enseres, camas, medicinas y los alimentos almacenados para todo el año, obligando a trasladar a los pacientes a diferentes edificios oficiales y particulares que no reunían las más mínimas condiciones para la asistencia médica. Esta pérdida fue irreparable y no se recuperó hasta varios años después de

concluida la guerra, cuando al Hospital de Ntra. Sra. de Gracia se le concedió definitivamente el edificio de Convalecientes, y al Hospital Militar, el desamortizado convento de San Ildefonso.

De cara al Segundo Sitio, con la experiencia acumulada del Primero, el mando militar de la plaza creó una Junta de Sanidad de Guerra, presidida por el Capitán General y formada por personas relevantes de la ciudad, entre las que había dos médicos. La mencionada Junta hizo un estudio de la maltrecha situación higiénica e intentó reorganizar la sanidad hospitalaria, reuniendo en un solo edificio a todos los pacientes dispersos, para lo cual se utilizó un gran edificio público, la Casa de la Misericordia. Posteriormente, cuando el número de pacientes aumentó de una forma importante y con objeto de ganar algo de espacio en el saturado Hospital Militar de la Misericordia, se propuso la separación del Hospital General de la Misericordia en dos secciones, una militar y otra civil, evacuando a los civiles a la Casa de Convalecientes.

Otra medida que adoptó el mando militar en el mes de diciembre fue militarizar a todas las unidades y tercios de voluntarios acuartelados en la ciudad, y en lo concerniente a Sanidad, también lo hizo al designar al Protomédico del Ejército Ramón Valero Español como director del Hospital Militar de la Misericordia, en aplicación de las Ordenanzas de 1739, por lo que, en lo sucesivo, todas las medidas de tipo sanitario fueron tomadas por el Dr. Valero y por Joaquín de Mur, que era su segundo en el mando, quedando el resto de sanitarios civiles a sus órdenes.

Antes de comenzar el Segundo Sitio, la Junta de Sanidad de Guerra adoptó la última medida importante que fue desdoblar el Hospital Militar de la Misericordia, creando una sección dedicada a enfermos y otra a heridos, pues los sanitarios sospechaban que los pacientes con fiebres estaban contagiando a los heridos como consecuencia del hacinamiento, por lo que trasladaron a los heridos militares al próximo convento de San Ildefonso, permaneciendo los enfermos infecciosos en la Misericordia. De esta forma surgió el Hospital de Sangre de San Ildefonso que no vino a solucionar el problema, ya que el número de enfermos superaba con creces al de heridos y, además, muy pronto los tres hospitales de la ciudad estuvieron llenos de pacientes, lo que obligó a las Unidades militares a habilitar botiquines en sus propios cuarteles para evitar que sus pacientes quedaran en la calle sin la más mínima asistencia.

La centralización hospitalaria quedó garantizada cuando el Capitán General encargó gestionar los tres hospitales a la Sitiada del Hospital de Gracia, de forma que en la oficina de Convalecientes se creó lo que hoy en

día sería un Puesto de Clasificación, por el que obligatoriamente pasaban todos los pacientes con orden de ingreso distribuyendo a los pacientes, los civiles ingresaban en el Hospital de Convalecientes, los enfermos militares iban a La Misericordia y los heridos a San Ildefonso, de forma que en todo momento se tenía controlado el número de ingresados, su procedencia y número de camas disponibles. Pero todo comenzó a fallar cuando los tres hospitales quedaron saturados.

En lo concerniente a la asistencia sanitaria en las zonas de combate durante el Segundo Sitio, se volvió a disponer que los cirujanos civiles trabajaran en las proximidades de los combates, además de los cirujanos militares que ya asistían a sus propios soldados tanto en las murallas y reductos como en sus hospitales de circunstancias. Y además, se preparó un sistema de evacuación hasta los hospitales por medio de voluntarios civiles, incluso con el apoyo de las Hermanas de Santa Ana.

Cuando el número de pacientes fue tal que ya no se pudo hospitalizarlos, hubo que crear nuevos hospitales de circunstancias, para lo cual el Cuartelmaestre dio orden de utilizar edificios espaciosos donde poder alojar a los pacientes, sobre todo militares, que estaban muriendo en la calle. Cada Unidad formó uno o más hospitales provisionales que se pusieron al mando de un oficial que disponía de varios soldados que hacían de sanitarios, mientras que los cirujanos de Cuerpo o del Hospital General fueron encargados de la asistencia de aquellos hospitales. La asistencia médica se pudo practicar hasta que las calles quedaron cortadas por los combates, en ese momento ya no hubo forma de continuar con el servicio, muriendo la mayoría de los pacientes prácticamente desasistidos.

A todo este caos vino a sumarse el desabastecimiento de medicinas y alimentos que padeció la ciudad desde el primer momento. Los vecinos y los hospitales tuvieron que abastecerse en tiendas y boticas que rápidamente se quedaron sin existencias, lo que dio lugar al racionamiento, la especulación y al hambre de los civiles, y en el tema sanitario a la escasez de productos de botica y de cura, agravado por un problema de distribución y mala gestión.

Lo que sí hay que mencionar es la falta de representación del colectivo sanitario dentro de las instituciones ciudadanas, pues llama la atención su escasa consideración y peso específico dentro de la organización de la defensa; en el Primer Sitio no se contó con ellos para nada, mientras que en el Segundo sólo estaban representados por dos médicos en la Junta de Sanidad que se creó. De todas formas, si algún colectivo profesional destacó por su trabajo, éste fue el de sanitarios y, en especial, los cirujanos y practicantes, que lo realizaron en condiciones extremas, tanto en las zonas de combate

como en los hospitales, aliviando, en la medida de sus conocimientos y posibilidades, el dolor de infinidad de heridos.

Por lo que respecta a la asistencia sanitaria practicada en el periodo estudiado, hay que decir que no fue ni mejor ni peor que la que correspondía a aquel momento y en aquellas circunstancias. La Medicina que se practicaba a comienzos del siglo XIX era muy poco efectiva y menos aún ante una enfermedad infecto-contagiosa como el tifus exantemático o «fiebres heroicas», como se le denominó en aquel momento, de la que se desconocía cual era el germen causal y la vía de contagio, es decir, que no había forma de contener su difusión y menos aún su tratamiento. Pero el colectivo sanitario asumió la responsabilidad que le correspondía, bien asesorando al mando machaconamente en temas higiénicos, bien trabajando hasta la extenuación en los numerosos hospitales, lo que a alguno le costó la vida, siendo justo reconocer el valor de todos los sanitarios que permanecieron en la ciudad a sabiendas de lo que les esperaba, con un convencimiento que nos asombra en estos tiempos en los que muchos de esos valores han perdido vigencia, prevaleciendo sobre todo los de índole material.

Para finalizar, habría que comentar que puede ser criticable la actuación tanto de la Junta de Defensa como de la de Sanidad por imprevisión. En el Primer Sitio, el mando militar no organizó la asistencia sanitaria, delegando en los colegios profesionales y en el Hospital de Gracia, y sólo cuando la situación fue grave, organizó la asistencia en los combates y, posteriormente, la evacuación del hospital bombardeado, asumiendo de forma muy precaria su suministro, pues con el bombardeo también se habían perdido todos los recursos del Hospital de Gracia. Posteriormente, antes de comenzar el Segundo Sitio, la Junta de Defensa acuarteló en la ciudad a un número excesivo de defensores en tan malas condiciones que cuando se declaró la epidemia, el contagio entre enfermos y sanos fue rapidísimo y, por otra parte, la Junta de Sanidad, estando informada, por lo menos desde noviembre, de que se había declarado una epidemia de fiebres entre los soldados, no informó al mando militar de una forma clara y contundente, ya que si había que defender la ciudad con una epidemia de fiebres pútridas declarada entre sus defensores, las posibilidades de resistir iban a ser mínimas, permitiendo que aquella guarnición y la población civil quedaran diezmadas hasta extremos inimaginables, al no adoptar ninguna medida para aislarlos. Nada se organizó en el tema sanitario hasta que la situación fue insostenible, pero para entonces poco o nada se pudo hacer para paliar el dolor y la desesperación de los sitiados, que tuvieron que rendirse más que por los atacantes por la enfermedad. Todo lo cual viene a demostrar claramente que en cualquier

campana, tan importante es disponer de combatientes bien instruidos y armados como el apoyo logístico, es decir, alimentos, munición y asistencia sanitaria.

La ciudad quedó hasta tal punto marcada por la guerra que durante un siglo no creció, pues hubo que reconstruir infinidad de casas arruinadas y demoler otras muchas gravemente dañadas. En lo concerniente a la demografía sufrió un bache que se superó con mayor rapidez, pero que condicionó el que Zaragoza quedara rezagada con respecto a otras capitales.

Y por último, en el tema hospitalario el Hospital de Gracia no se pudo reedificar como consecuencia de la ruina que acarrió la guerra, y para ubicarlo se adoptó la solución más barata que fue cederle el edificio de la Casa de Convalecientes y unos terrenos próximos, donde la Sitiada, con un esfuerzo tremendo, construyó el que se conoce como antiguo Hospital Provincial, cuando dependió de la Diputación Provincial, u Hospital de Ntra. Sra. de Gracia transferido actualmente al Servicio Aragonés de la Salud. Mientras que en lo referente a la asistencia hospitalaria a los militares, desde ese momento se contó con un hospital fijo, ya que una vez que tuvo que abandonar la Casa de la Misericordia, alquiló parte del convento de San Ildefonso y, como consecuencia de las posteriores desamortizaciones, el convento pasó a manos del Ramo de la Guerra, reconstruyéndolo hasta transformarlo en un auténtico hospital militar, que se mantuvo abierto hasta 1958, cuando hubo que abandonarlo por ruina y pasar sus instalaciones a uno totalmente nuevo, edificado en el barrio de Casablanca y que sigue funcionando en estos momentos como Hospital General de la Defensa «Orad Gajías».

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBI, G. y GARCÍA DEL CARRIZO, G.: «Documentos del siglo XVIII sobre el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza en el archivo de Simancas», en *Actas del IX congreso nacional de Historia de la Medicina*, Zaragoza 1991, tomo II.
- ALCAIDE IBIECA, A.: *Historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Imprenta de M. Burgos, Madrid, 1831.
- ARCARAZO GARCÍA, L. y LORÉN TRASOBARES, M<sup>a</sup>. P.: *Barbastro y su Partido durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Ed. Centro de Estudios del Somontano de Barbastro, Huesca, 1994.
- ARCARAZO GARCÍA, L.A.: *La asistencia sanitaria en Zaragoza durante la guerra de la Independencia Española (1808-1814)*. Ed. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2007.
- ARMILLAS VICENTE, J.A.: *La Guerra de la Independencia. Estudios*. Ed. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte; Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2001.
- CADENA, R.: *Relato de los Sitios de Zaragoza*. Manuscrito conservado en la Biblioteca del Colegio de Abogados de Zaragoza.
- CARASA SOTO, P.: *El sistema hospitalario español en el siglo XIX. De la asistencia benéfica al modelo sanitario actual*. Ed. Universidad de Valladolid, Valladolid, 1985.
- CARDONER, A.: «La Cirugía en Barcelona en el siglo XVIII antes de la fundación del Real Colegio de la misma Facultad (1700-1760)», en *Medicina & Historia*, n° 22.
- CASAMAYOR, F.: *Diario de los Sitios de Zaragoza*. Ed. Cecilio Gasca, Zaragoza, 1908.
- COLOMBIER, J.: *Medecine militaire ou Traite des Maladies tant internes qu'externes auxquelles les militaires sont exposés dans leurs différentes fonctions de paix ou de guerre*. Ed. Cailleau, Paris, 1778.
- DANON, J.: «Hospitales de España y Hospitales Militares», en *Medicina & Historia*, 15, 1972.
- FERNÁNDEZ DOCTOR, A.: *El Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza en el siglo XVIII*. Ed. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1987.
- FERNÁNDEZ DOCTOR, A.: *Documentos para la historia de las profesiones sanitarias. El Colegio de Médicos y Cirujanos de Zaragoza (siglos XV-XVIII)*. Ed. Colegio Oficial de Médicos de Zaragoza, Zaragoza, 1996.



- FRASER, R.: *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia 1808-1814*. Editorial Crítica S.L., Barcelona, 2006.
- FRESQUET FEBRER, J.L.: «Dominique Jean Larrey (1766-1842)», en <http://www.historiadela medicina.org/larrey.htm>, junio 2005.
- GRAND-MAISON, G. de: *Centenario de los Sitios de Zaragoza*. Tipografía de Mariano Escar, Zaragoza, 1906.
- GIMENO RIERA, J.: *La Casa de locos de Zaragoza y el Hospital de Nuestra Señora de Gracia*. Librería de Cecilio Gasca, Zaragoza, 1908.
- GRANJEL, L.S.: *Historia General de la Medicina Española. La Medicina Española Contemporánea*. Ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 1986.
- Guía de Zaragoza de 1806.*
- Guía de Zaragoza de 1808.*
- Guía instructiva de la ciudad de Zaragoza para litigantes y pretendientes de 1808.*
- HISTER, L.: *Instituciones Chirúrgicas ó Cirugía Completa Universal*. En la oficina de Antonio Marín, Madrid, 1770.
- HUDEMANN-SIMON, C.: *La conquête de la santé en Europe 1750-1900*. Editions Berlin, Frankfurt, 2000.
- LÓPEZ PIÑERO J.M.: *Historia de la Medicina*. Ed. Historia 16, Madrid, 1990.
- MÁSSONS, J. M.: *Historia de la Sanidad Militar Española*. Ed. Pomares Corredor, Barcelona, 1994.
- PRINGLE, J.: *Observaciones acerca de las enfermedades del ejército En los campos y guarniciones, con las memorias sobre las sustancias sépticas y anti-sépticas, leídas à la Sociedad Real*. Imprenta de Pedro Marín, Madrid, 1775.
- Reglamento General para el gobierno y régimen facultativo del Cuerpo de Medico-Cirujanos del Ejército*. Imprenta Real, Madrid, 1829.
- RIERA, J.: «Cuerpos médicos especiales: médicos de la Armada y del Ejército», en *Asclepio*, XXI, 1969.
- RIERA, J.: «Organización hospitalaria militar en la España ilustrada. (Las Ordenanzas de 1739)», en *Asclepio*, XXVI-VII, 1974-75.
- RODRÍGUEZ LANDEYRE, F. y GALIAY, F.: *Versión crítica de la relación del Sitio de Zaragoza, por el Barón de Rogniat*. Ed. Mariano Escar, Zaragoza, 1908.
- ROYO VILLANOVA, R.: «La medicina y los médicos en la época de los Sitios de Zaragoza» en *Revista de Aragón*, 1908. Imp. E. Casañal, Zaragoza, 1908.

- SANTIAGO GADEA, A.C. de: *El Intendente del Primer Sitio Calvo de Rozas. Otros soldados y patriotas. Apuntes históricos*. Ed. Hijos de Tello, Madrid, 1909.
- VIDAL GALACHE, B.: «La terapéutica hospitalaria del siglo XVIII: dietas, drogas y otros recursos sanadores», en *Asclepio*, 44 (2), 1992.
- ZUBIRI VIDAL, A.: «La medicina en los Sitios de Zaragoza (1808-1809)», en *III Jornadas Médicas Aragonesas*. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1958.
- ZUBIRI VIDAL, A. y ZUBIRI VIDAL, F.: «Relaciones del pueblo de Zaragoza con la Sitiada durante los sucesos de 1808-1809», en *Estudios de la Guerra de la Independencia*, t. III. Zaragoza, «Institución «Fernando el Católico», 1967.

# LA PERCEPCIÓN DE LA HISTORIA Y EL EJÉRCITO ESPAÑOL AL INICIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Carlos CÁCERES ESPEJO<sup>1</sup>

## *INTRODUCCIÓN*

**P**ara lograr una visión de conjunto de la situación y estado del Ejército español al inicio del siglo XIX, se ha dividido el trabajo en dos partes. En la primera se ofrece una breve visión de la sociedad y su tecnología en 1808, en particular del Ejército, de forma que nos situemos adecuadamente para comprender los hechos histórico-militares que componen los inicios y posterior desarrollo de la Guerra de la Independencia. Más que aportar nuevos datos al estudio de la historia de aquellos confusos años, se pretende profundizar en los hechos conocidos, buscando una explicación alternativa, más humana y menos apasionada que las que relataron los que las vivieron, indudablemente influidos por las intensas experiencias de seis años de duro y cruel conflicto, del que nacería la España moderna que hoy disfrutamos. Y también será útil para considerar desde un enfoque distinto algunos tópicos actuales, ya clásicos, originados tal vez por la proyección de nuestros modernos conceptos a hechos sucedidos hace doscientos años.

Necesariamente tendremos que ir a vuelapluma. Cualquiera de los temas abordados daría para escribir más de un tratado. Pero lo que se pretende es, simplemente, buscar un mínimo lenguaje común entre nuestra época y aquella, un poco de suelo firme donde aterrizar cuando demos el salto en el tiempo. No se pretende más.

En la segunda parte veremos cómo estaba constituido y cómo afrontó el Ejército español la guerra.

---

<sup>1</sup> Coronel de la Guardia Civil.

## PRIMERA PARTE

## 1. HABLAR EL MISMO LENGUAJE

Se suele decir que «no es lo mismo oír que escuchar», refiriéndose a la actitud del «oyente», en contra de la del «escuchante», como la del que no tiene más remedio que recibir los sonidos, porque para eso lo ha dotado la naturaleza de sentido del oído, pero que no atiende a lo que se le dice. Si consultamos el diccionario, *oír* es «percibir los sonidos», y *escuchar* es «prestar atención a lo que se oye». Parece que, de entrada, el texto da la razón al dicho popular. Pero si consultamos *percibir*, resulta que además de «recibir por los sentidos las impresiones», es «comprender una cosa». Con lo que tanto comprende el que oye como el que escucha. Todo parece un puro juego léxico, pero sin embargo sí es cierto que a veces apenas atendemos a lo que se nos dice, y otras sí razonamos y meditamos lo que se nos comunica. Se dice que los indígenas de una tribu del Amazonas, antes de replicar un argumento, lo repiten para que el que lo expuso compruebe que lo han oído..., o escuchado, como preferimos. Debe ser una forma un tanto extensa de comunicación, pero no hay duda de que es muy considerada.

Al hablar de cosas vanas no tiene demasiada importancia tratar de comprender más o menos el mensaje que se nos quiere transmitir, aunque no sea muy correcto. Pero al tratar temas de más enjundia, es fundamental ponernos en el lugar del interlocutor y tratar de entender su punto de vista. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de perdernos gran parte de sus argumentos, de los motivos de sus razonamientos o de la profundidad de sus pensamientos. Cuando se hace un esfuerzo en esta línea, cuando meditamos sus palabras hasta apreciarlas en todo su contenido, cuando su «realidad» la podamos sentir como propia, entonces, y sólo entonces, se establece una buena comunicación entre los interlocutores, de forma que, como suele decirse, «hablan el mismo lenguaje».

Esta introducción viene al hilo porque en la percepción de la historia pasa algo muy similar. Cuando una persona de épocas pasadas nos describe un hecho ¿estamos seguros de hablar el mismo lenguaje? ¿Lo «oímos» o lo «escuchamos»? ¿Estamos capacitados para entender su mensaje? ¿O estamos considerando sus actuaciones, sus motivos, sus hechos desde un punto de vista moderno, actual? ¿Hasta qué extremo la «historia oficial», los relatos y estudios precedentes nos condicionan hasta el punto de dar por sentado hechos y situaciones sin aplicar un mínimo razonamiento de nuestra parte?

Porque inevitablemente, la percepción de los hechos históricos la tenemos deformada por la realidad del mundo que nos tocó vivir. Y tenemos que hacer un viaje en el tiempo a su época, a su realidad, e incluso *pasarnos en ella una temporada*, para empezar a comprender lo que nos quiere transmitir. Para este viaje nuestra mejor mochila es nuestro sentido común y nuestro raciocinio, pensando de antemano que en ningún periodo de la historia los hombres eran tan necios, tan absurdos, como para poner en juego su salud y su hacienda en algo en lo que nosotros no lo haríamos... ¡si hubiéramos tenido sus vivencias y su cultura!

Las novelas o películas «históricas», tan de moda ahora, son un ejemplo de lo que se quiere decir. Muy cuidadosos tienen que ser sus autores para no contaminar su relato del trepidante ritmo de nuestra vida moderna, de pensamientos y reflexiones anacrónicos, que hubieran sido inconcebibles en pasados tiempos, de críticas a situaciones que hoy en día nos chocan, pero que entonces eran de lo más corriente y natural. Inevitablemente influidos por nuestro tiempo, inadvertidamente realizan una chirriante transferencia intelectual del siglo XXI a tiempos pasados. Un ejemplo como muestra: ¿qué tiene en común la novela «El último mohicano» con la moderna película? Independientemente de si la novela de F. Cooper refleja mejor o peor la situación en las colonias británicas, la moderna adaptación al cine está totalmente hecha a los gustos y pensamientos modernos, igualando la calidad humana de indios y colonos, mientras que no es esto lo que se refleja en la obra. Claro que también habría que preguntarse si sería «políticamente correcto» exponer otra cosa y, sobre todo, si tendría el mismo éxito comercial. Pero estos son otros asuntos.

## 2. HOY TODO VA DEMASIADO DEPRISA

El mundo moderno occidental cambia a velocidad de vértigo. La evolución social y tecnológica nos ofrece un tipo de vida tan diferente al pasado, y estamos ya tan *contaminados de desarrollo*, que nos resulta prácticamente imposible comprender los hechos pasados en su exacto valor, y mientras más distantes, peor. El mundo que nos rodea, y nosotros mismos, somos tan radicalmente distintos a nuestros tatarabuelos, que muy probablemente un habitante de un país subdesarrollado o en vías de desarrollo esté más capacitado para comprender el sentido de la vida de un europeo del siglo XVIII.

En una época en la que volamos en ocho horas de Madrid a Moscú, en un magnífico *Jumbo*, tomando una cena caliente y dormitando en un sillón,

¿podemos plantearnos el esfuerzo y las sensaciones que se experimentarían haciendo este trayecto andando? ¿Y si además de marchar y marchar y marchar tenemos que buscarnos la comida para no morirnos de hambre? ¿Y si además tenemos que soportar «a cuerpo» las condiciones meteorológicas de cada día? ¿Y si además tenemos que combatir con un mosquete de pedernal o con un sable? ¿Es posible sentir como propia esta situación, que estamos entre las filas de un batallón francés en la mitad de Rusia y que día tras día tenemos que caminar decenas de kilómetros, que buscar alimentos, que combatir con unas temperaturas espantosas? Difícilmente. Y este es el reto que tenemos que afrontar.

Un fusil de 1700 se diferenciaba poco de uno de 1800, pero apenas podríamos compararlo con uno de 1900, y uno de 2000 parece de ciencia ficción al lado de aquel primitivo mosquete. Pero no sólo la tecnología ha cambiado asombrosamente, pues a fin de cuentas una y otra arma no dejan de ser objetos que requieren mayor o menor destreza para utilizarlas. El auténtico cambio es un cambio mental, un cambio de comportamiento humano. Los conceptos sociales y morales se han transformado también profundamente con el paso del tiempo, tanto que nuestra forma de comprender el juego de la vida resultaría totalmente incomprensible a los antiguos. Con el paso del tiempo, al envejecer, el mundo que nos rodea se va alejando de nuestras posibilidades físicas y mentales, cada vez nos cuesta más trabajo aprender cosas nuevas, ponernos al día en los nuevos métodos y procedimientos que transforman nuestro entorno. Perdemos el tranvía y lo vemos alejarse con una frustrante sensación de impotencia. Nos refugiamos en la nostalgia, en los recuerdos, y comparamos los tiempos pasados con los actuales, considerando casi siempre que «cualquier tiempo pasado fue mejor». Sin embargo, este proceso es un claro exponente de que se evoluciona, se avanza ¿Qué padre no le ha dicho a su hijo la suerte que tiene de vivir en los tiempos que corren, tan distintos a los suyos? Esto lo han hecho todas las generaciones, por lo que no es de asombrar que las pequeñas diferencias intergeneracionales, acumuladas, sumen ya una cantidad respetable. Hay que volver la vista atrás y comprobar que el camino andado es mucho, tanto que su origen se pierde en la noche de los tiempos.

La sociedad humana se encuentra en permanente desarrollo. Los seres humanos somos muy adaptables a las nuevas situaciones, y esta es una de las claves de nuestro éxito y supervivencia. Asumimos los cambios sociales y tecnológicos con suma facilidad, aunque debajo de esa leve capa de nuevos conocimientos, de nuevos estilos de vida sigue estando en toda su fuerza el primitivo hombre de las cavernas con sus instintos más primarios intactos, más cercano a un despiadado animal que a un hombre racional. No están

tan lejos los campos de exterminio nazis, incomprensibles en una Alemania culta y desarrollada, ejemplo de Europa, que no mucho antes había dado a la raza humana filósofos y pensadores de gran envergadura. Pero una vez adaptado a un sistema de vida más fácil, más seguro, con mayores garantías de supervivencia, el prisma que atraviesa todo el proceso racional tergiversa inevitablemente el pasado, y comprender las motivaciones de nuestros ancestros se nos hace muy difícil.

El resultado es que en muchas ocasiones, al tratar de explicar hechos históricos, nos dejamos arrastrar por razonamientos que buscan y ofrecen explicaciones modernas a cuestiones pasadas. Así, es corriente hoy en día decir que tal país o tal religión o tal grupo social deberían *pedir perdón públicamente* por hechos que realizaron sus predecesores, muertos años o siglos ha, pues al trasladarlos a nuestro tiempo, chocan de plano con nuestros valores morales y no se les puede encontrar una explicación medianamente aceptable. Ante su irreversible realidad, queremos al menos un acto de contrición, si no de los que lo ejecutaron, de sus descendientes, como si estos tuvieran parte de culpa de aquello, como si arrastraran una especie de «pecado original» por aquellas acciones. Esto está fuera de todo lugar, salvo que se quiera hacer como un ejercicio de humildad. Y muy probablemente si pudiéramos viajar en el tiempo y plantear a los ejecutores, a los que realizaron aquellos hechos que hoy repudiamos, los argumentos modernos por los que los censuramos, nos tacharían por visionarios o locos, y no sentirían el menor escrúpulo en volver a hacerlos.

En fin, que al preparar nuestra mochila para esta singladura, deberíamos dejar en casa muchos conceptos aprendidos, frutos de nuestra evolución. Si queremos hacer este viaje en la historia, tenemos que ponernos los mismos zapatos de los que recorrieron aquellos caminos ¿Podremos ir tan «ligeros de equipaje»?

### 3. UNAS COMPARACIONES

Para hacernos una mejor idea de las grandes diferencias de nuestra sociedad actual con la de principios del siglo XIX, vamos a hacer unas comparaciones de tecnología del armamento, del modo de vida en campaña, y de lo que es más difícil de explicar y comparar, de la calidad moral del hombre en aquella y en nuestra época. Lamentablemente, no hay aquí espacio para considerar estos aspectos en la Armada, y nos centraremos en el Ejército, que asumió el papel más protagonista en la Guerra de la Independencia.

*La tecnología del armamento*

Este primer grupo de comparaciones es el menos complejo de describir, porque prácticamente se resume en cifras y datos. Básicamente se puede decir que las principales Armas combatientes en la Guerra de la Independencia eran las mismas que hoy día: Infantería, Caballería y Artillería. Los Ingenieros tenían una labor fundamental en los asedios y, cómo no, en cualquier trabajo especializado de envergadura. Los pontoneros, que dependían inicialmente de la Artillería, tenían su papel en el tendido de puentes sobre cursos de agua de importancia que no pudieran ser vadeados. Y poco más, puesto que el resto de los Cuerpos y Servicios, tal y como los conocemos hoy en día, no existían entonces. La Sanidad y la Intendencia estaban en manos de civiles y aunque desempeñaban un papel importante, no tenían el desarrollo de nuestros días.

El armamento del soldado dependía del Arma en que se servía. Veamos cada Arma.

**La infantería.** El arma básica del infante era el **fusil de chispa**, normalmente fabricado en el último cuarto del siglo anterior. Como la industria no tenía el desarrollo actual, había muchos modelos y calibres. Se cargaban por la boca y disparaban balas esféricas de plomo. El ánima del cañón era lisa, sin estrías, y la holgura entre la bala y el ánima bastante para que el proyectil pudiera recorrerla por su propio peso. Estas circunstancias hacían que el alcance eficaz no pasara de 100 metros, y era poco preciso. Además, el procedimiento de recarga era lento y complicado, vaciando una pequeña parte de la pólvora del cartucho en la cazoleta y el resto en el cañón. El proyectil se introducía luego y se atacaba con la baqueta, que había que volver a su alojamiento antes de apuntar, de forma que un soldado experimentado podía hacer fuego hasta tres veces por minuto. Unido todo esto al hecho de que los reclutas apenas practicaban el disparo, hacen comprender que para incrementar las posibilidades de atinar el objetivo fuera necesario esperar a que estuviera muy próximo y disparar muchas armas a la vez. De aquí uno de los motivos de las formaciones tan cerradas y espesas.

Por otra parte, incluso haciendo blanco, los gruesos proyectiles no eran tan letales como los actuales, y hacían tanto «contusiones» como «heridas». Es decir, que no siempre penetraban la piel, sino que frecuentemente hacían enormes moratones y fracturas de huesos, sin llegar a incrustarse en el cuerpo.

La mejora tecnológica de las armas de fuego y la desaparición de la pica hacia final del siglo XVII, por la introducción de la bayoneta, cambió los procedimientos de combate. Siglos antes, piqueros y mosqueteros se com-



plementaban. Las picas se usaban, sobre todo, para detener y afrontar las cargas de caballería. Su longitud y consistencia la hacían muy eficaz en esta tarea, pero su peso y nulo poder de proyección hacía al piquero muy vulnerable al fuego de los mosquetes y cañones. Cuando la industria permitió la fabricación de suficientes armas de fuego para dotar a todos los soldados, y cuando se introdujo la bayoneta, cada soldado se convirtió en piquero y mosquetero a la vez. En sus primeros tiempos, la bayoneta impedía disparar el fusil, porque se instalaba en el interior del cañón. Pero luego se diseñó un enganche externo que le permitía disparar mientras estaba montada. En la Guerra de la Independencia se resolvían los combates tanto con los disparos como con las bayonetas, buscando el combate cuerpo a cuerpo. Y decimos «buscando» porque llegar al contacto no era tan corriente como en la antigüedad. Si los disparos no conseguían detener o que retrocediese la unidad enemiga que se acercaba, el defensor tenía que tener mucha moral y disciplina para aguantar la carga y no retroceder o huir antes de llegar al contacto físico.

Comparemos este arma con un fusil de asalto moderno, que dispara proyectiles de 5,56 a elevadísima velocidad, con un alcance eficaz de 400 a 500 metros, que dispara tiro a tiro o en ráfagas, con un cargador con capacidad de 20 o más proyectiles, con visores de alta precisión, incluso para el combate nocturno. La letalidad de las armas modernas obliga a la dispersión de los soldados, al enmascaramiento, y es vital buscar la protección del terreno; se puede decir que «hombre visto es baja». Las densas formaciones de la Guerra de la Independencia, apuntar a la voz de mando y esperar impávidos a ver el blanco de los ojos del enemigo antes de disparar pasaron a la historia. Si queremos comprender lo que sentía un infante, tenemos que percibir la respiración del camarada situado al lado, ver como una hilera de compañeros caen abatidos por una bala de cañón y su sangre nos salpica, o sentir en las piernas y en todo el cuerpo el retemblar del suelo al acercarse una gran carga de caballería.

**La caballería.** El arma principal del jinete era el **sable** o la **espada**. Su método de combate era el choque tras una carga en formación cerrada. Aunque llevaban carabinas y pistolas, el combate por el fuego por unidades montadas se había desechado desde mediados del siglo anterior. Durante la guerra se formaron algunas unidades de lanceros, copiando las modas europeas, pero eran minoría.

Tan importante como el arma del jinete era su caballo. En un mundo de vehículos y tecnología, ¿podemos imaginarnos la convivencia diaria, durante meses o años, con un caballo? Alimentarlo, domarlo, curarlo de sus heridas y lesiones, y llegar a la célebre expresión «hombre y caballo eran uno»

es labor de mucho tiempo. Un buen jinete no se formaba en cuatro días, sino que se tardaba años, igual que formar un buen piloto de helicóptero o avión es labor de muchas horas de entrenamiento. El caballo era tan importante como el arma, pues de su obediencia dependía que el jinete pudiera alcanzar eficazmente al enemigo o que salvara una situación comprometida. Sentir el calor de su cuerpo, su respiración, adivinar por sus gestos el peligro oculto, hermanarse con él hasta el punto de sentir su muerte como la pérdida de algo propio es cosa que nunca se podrá experimentar sobre un carro de combate o un avión.

**La artillería.** Existen descripciones hechas por escritores que vivieron las guerras napoleónicas del impresionante espectáculo de una gran batería francesa disparando<sup>2</sup>. A escasos 800 metros de sus objetivos, los artilleros, con sus azules uniformes y en absoluto silencio, cargaban una y otra vez los cañones, que a intervalos regulares lanzaban sus proyectiles contra las filas enemigas lanzando al aire una nube de humo blanquecino. Sin embargo, días después de terminar la batalla, limpiado el campo de cadáveres y restos de material, parecía que allí no había pasado nada, pues el relativo poder destructor de aquellas municiones, aunque letal para los seres vivos, poco afectaba al paisaje.

En las preparaciones artilleras de la Primera Guerra Mundial, durante días se bombardeaban las posiciones contrarias a kilómetros de distancia, con toneladas de proyectiles con explosivos rompedores, que dejaban el suelo como un paisaje lunar, destrozaban las trincheras y las casamatas, cortaban los alambres de espinos y removían la tierra una y otra vez. Durante la Guerra del Golfo, proyectiles «inteligentes» disparados desde buques a cientos de kilómetros, guiados por láser o por computadora, alcanzaban sus blancos con precisión asombrosa y penetraban capas de hormigón hasta llegar a un profundo búnker, destruyéndolo.

¿Somos capaces de vernos vestidos con el espectacular uniforme de 1800, formando parte de una pieza de a 8, con el tirante enganchado al buje de la rueda de la cureña, tirando y jadeando para volver a ponerlo en posición tras recular por el anterior disparo? A nuestro lado yace moribundo un soldado, detrás relinchan los caballos heridos por los proyectiles enemigos, el sargento alienta a sus agotados hombres a preparar la pieza. Un soldado trae un cubo con agua, una espesa humareda nos rodea permanentemente, el olor acre de la pólvora se mezcla con el de la tierra húmeda, que salpica piedras y barro al recibir las balas que nos lanza la artillería enemiga. Si miramos enfrente, vemos masas de hombres y caballos que avanzan y retro-

---

<sup>2</sup> ERCKMANN-CHATRIAN: *Waterloo*.

ceden, que disparan y mueren. A diferencia de hoy, incluso en la artillería todo ocurría a la vista, muy cerca.

El arma principal del artillero era su **cañón**. A diferencia de los modernos, sus proyectiles más habituales eran la bala de hierro macizo, que rebotando sobre el terreno atravesaba las cerradas formaciones causando grandes destrozos. Había cañones de varios calibres, aunque en batallas campales se empleaban los de menor peso por ser los más manejables. El alcance dependía del calibre, pero en general puede decirse que el alcance eficaz rondaba los 800 ó 1.000 metros.

También había **obuses**, a razón de dos por batería usualmente. Los obuses disparaban granadas, esto es, proyectiles cargados con pólvora que estallaban y cuyo poder ofensivo era la metralla en que se fragmentaban.

Cañones y obuses disparaban metralla a corta distancia. Los proyectiles de metralla eran botes que contenían pequeñas bolas, que como los perdigones de una escopeta, se abrían inmediatamente al salir por la boca del arma y eran letales para los infantes o jinetes que se acercaban. La metralla podía alcanzar hasta 200 metros.

**Los ingenieros.** Unas breves palabras para los ingenieros militares, que estaban naciendo como Arma combatiente. Su función principal era el trabajo especializado y los asedios. Como las armas tenían poco poder destructor, una fortaleza bien defendida era un obstáculo serio, y hacían falta unas tediosas y agotadoras labores de zapa y minado para rendirla. Aquí el trabajo de los ingenieros lucía en todo su esplendor, ya fuera para tomarla como para defenderla. La construcción de las paralelas de aproximación, instalando baterías de batir para demoler los muros, o dirigiendo minas, era su labor.

Tenemos un ejemplo relativamente reciente que nos sirve muy bien para ver que, aunque el tiempo pase, las experiencias pueden ser muy similares. Nos referimos a la «guerra de trincheras» de la Primera Guerra Mundial, en la que se repitió la sufrida vida gris y sucia entre el barro y las explosiones de los zapadores de antaño durante un asedio.

\* \* \* \* \*

La tecnología armamentística, brevemente descrita en las páginas anteriores, era común en toda Europa. Con ligeros cambios, las armas eran muy similares en todos los países. Por el contrario, en nuestros días podemos encontrar grandes diferencias tecnológicas entre los ejércitos modernos, hasta el punto de que, simplemente esta circunstancia puede decidir un conflicto antes de comenzarlo. Es pues importante resaltar que no había apenas diferencias técnicas entre España y Francia respecto al armamento.

Por ejemplo, el sistema Griveauval para aligerar la artillería de campaña, que usaba el ejército francés, estaba completamente implantado también en nuestra patria. Los mosquetes de la infantería, las carabinas de la caballería y las armas blancas eran muy similares en ambos países. Aunque también es cierto que la caballería española estaba peor montada, pues en la remonta caballar se había seguido una política errónea desde Carlos III. El problema se incrementó con las expediciones a Dinamarca y Portugal, instigadas por Napoleón antes de empezar la Guerra de la Independencia, en parte como exponente de la alianza de nuestras naciones, en parte para comprometer lejos de España a algunas de las mejores fuerzas de nuestro ejército. Por el contrario, los franceses tenían una excelente arma montada, ya que tenían acceso a los depósitos de sementales de todas las ganaderías europeas gracias a sus recientes victorias, y una larga experiencia de combate.

Además, al estudiar este periodo histórico hay que considerar que aquellas armas obligaban a un combate muy próximo. En la guerra moderna, el enemigo muchas veces ni se ve, pero entonces estaba a muy corta distancia, y para herirlo había que aproximarse a distancias impensables hoy en día, no siendo infrecuente tener que llegar «a las manos», al arma blanca, para finalizar la tarea. Habría que considerar, en fin, si por todo ello la guerra no tendría un componente de «cercanía» y, en cierta manera, de «humanidad», que hoy se ha perdido, pues matar a tanta distancia, sin ver al ser al que quitamos la vida, ¿no es una forma demasiado insensible de hacer la guerra? ¿Qué conciencia nos queda de los actos que nos han llevado a herir o a matar a un semejante, si ni siquiera lo hemos visto caer alcanzado por nuestra acción?

### *El modo de vida en campaña*

Uniendo el concepto social sobre el sentido de la vida a la tecnología del momento, obtenemos el *modo de vida* de una sociedad en esa época. Lo mismo ocurre en la «sociedad militar». Dentro de estos parámetros, al hacer una valoración histórica, tenemos forzosamente que plantearnos qué cambios se van a producir en su vida cotidiana, qué sacrificios, qué riesgos o qué ventajas esperan en filas al voluntario que se alista para combatir al invasor de su patria. O dicho de otra manera, cuál era el coste aceptable para un hombre de 1808, al sacrificar la salud o la vida en este empeño. Pues la guerra no sólo era el armamento y la acción, sino que la mayoría del tiempo transcurría en campamentos, marchas y contramarchas alejados del enemigo, y era aquí donde se iban a producir la mayoría de las bajas. La incertidumbre en

el futuro más inmediato era corriente entonces, pero se incrementaba considerablemente en filas. Un militar moderno asume que puede perder la vida en combate, pero será raro que fuera de estas acciones ocurra un accidente fatal. Pensar que más probable que de un disparo pueda fallecer de enfermedad o de hambre no entra en sus cálculos y no lo admitiría. El soldado moderno supone, por el contrario, que estará más o menos bien alimentado, cuidado por un servicio sanitario y tratado por unos jefes que velarán por él, y que si resulta herido o enferma, se hará un denodado esfuerzo por evacuarlo y atenderlo. Por citar un ejemplo no muy lejano, entre el equipo que se desembarcó en la primera oleada de la operación «Torch», el desembarco aliado en el norte de África durante la IIGM en 1942, aparecieron dos sillones de dentista, seguramente por error. Pero allí estaban, semienterrados en las arenas de playa, como muestra de la preocupación del Ejército norteamericano por la salud dental de sus soldados.

Este no era el panorama que esperaba a un soldado en campaña en 1808. Independientemente de los riesgos que correría en combate, la mayor parte del tiempo la iba a pasar marchando de un lado para otro con un calzado muy deficiente y malviviendo en campamentos ¿Cómo era su vida en esta situación? ¿Cómo se atendían sus necesidades básicas de alimentación y sanitarias? ¿Cómo sería su relación con otros soldados, cómo la disciplina en filas? Analicemos ahora la vida del soldado y comparémosla con la actual, pues no fueron las balas y sables enemigos los que más bajas causaron, sino las penurias de la vida en campaña, la mala alimentación y el agotamiento. De enfermedad y de hambre murieron más hombres en todas las guerras que en combate. Probablemente la proporción no se invirtió hasta la Primera Guerra Mundial.

Esta situación la asumía aquella sociedad como una cosa normal. Y es que, digámoslo así de claro, las penalidades e incluso la muerte de los soldados no tenían las repercusiones que tendrían hoy. No había una opinión pública que demandase, que exigiese un ahorro de vidas en los términos actuales, ni unos medios de comunicación que informasen pormenorizadamente, *in vivo* y *en directo*, de la sangría que estaba constituyendo la guerra, ni manifestaciones antibelicistas. Por el contrario, fueron numerosísimos los españoles que, conociendo todas las privaciones y sufrimientos que les esperaban, se presentaron voluntarios a filas, entendiendo que su salud y su vida estaban al servicio de la patria. Y es que la muerte, en general, se asumía con mucha más naturalidad que hoy.

**La sanidad.** Hasta que la constante labor de Florence Nightingale estableció, durante la Guerra de Crimea (1854-1856), un cambio de mentalidad respecto al trato sanitario que debería darse a los militares en campaña, las

necesidades básicas apenas estuvieron cubiertas. No obstante, hay que señalar que el resto de la población no la tenía mucho mejor, pues la medicina estaba en sus principios. Pese a que en 1800 algo había mejorado y empezaba a haber un rudimentario apoyo a los enfermos y heridos, los cirujanos se limitaban prácticamente a las amputaciones y atención de heridas de combate. La mayoría de los medicamentos eran ineficaces y el gran descubrimiento de la medicina, la higiene, estaba empezando a comprenderse. De esta forma, los padecimientos de los convalecientes apenas tenían paliativos, y en los días siguientes a una batalla morían de septicemia la mayoría de los heridos graves. Pero eran las enfermedades las que más víctimas se cobraban. La disentería, el tifus, las neumonías, las infecciones, agravadas por la alimentación deficiente y las condiciones meteorológicas, hacían estragos.

Por el contrario, nuestros soldados no sólo disponen de avanzadísimos hospitales y expertos médicos que cuentan con una abundante y eficaz farmacopea, sino que desde la primera línea de batalla ya se procede a prestar unos primeros auxilios por personal capacitado y dotado de modernos avances médicos. Y se dispone de un sistema de evacuación que no duda en emplear medios de transporte de todo tipo: vehículos, helicópteros, aviones y buques con quirófanos y sistemas complementarios, para garantizar su reenvío a la patria en las mejores condiciones. ¿Cómo comparar esto con las columnas de soldados hambrientos, medio congelados, heridos muchos de ellos, que se retiraban a pie o en carros desde Navarra hacia Castilla, en el invierno de 1808, tras la derrota de Tudela? No solo tras el combate, independientemente de ser vencedor o vencido, se sufrían las heridas y enfermedades, sino que durante todo el periodo de la campaña este era el estado normal de vida. Y cuando las condiciones climatológicas, que se soportaban «a cuerpo», eran muy severas, incluso las operaciones militares quedaban suspendidas... si se podía, porque el enemigo siempre estaba libre de iniciar una campaña de invierno. Ciertamente era que se habilitaban hospitales, pero ¿no es también cierto que estas aglomeraciones de convalecientes se convertían muchas veces en focos de propagación de infecciones y epidemias? El panorama en nuestros tiempos es la noche y el día.

**La intendencia.** La intendencia de principios del siglo XIX procuraba los medios para alimentar a los soldados, normalmente requisándolos o comprándolos entre la población en que se estaba operando. Independientemente de la calidad de los alimentos, en cuyo control era habitual hacer la vista gorda por la inevitable picaresca de los proveedores e intendentes, no era sencillo transportar en lentos y pesados carros alimentos para tantos hombres y caballos, o almacenarlos en depósitos estratégicamente situados. Dada su inevitable necesidad, las operaciones militares marchaban al ritmo

de estas operaciones. Cuando la intendencia no se llevaba bien, o cuando se pretendía operar fuera de su alcance y posibilidades, los soldados tenían que «buscarse la vida» si no querían morir de hambre. Raros eran los generales como Wellington que, aunque consideraba que sus soldados eran «la escoria de la sociedad», realmente se preocupaban de que no les faltara el sustento diario a sus hombres, porque entendía que un soldado bien alimentado rendía más, y no tenía la tendencia a desertar que el que no lo estaba. Conocidas son las amenazas y exabruptos que Napoleón daba a sus intendentes, pero nunca procesó a ninguno. Por el contrario, si había un hombre al que este asunto le preocupase poco, era él. Miles de franceses murieron de hambre, porque el sistema normal de avituallamiento de sus ejército era el forrajeo, esto es, la depredación más o menos consentida del área de operaciones. Tanto era así que si la guerra agotaba los alimentos de una zona por mantenerse mucho tiempo en ella, o si era pobre en recursos, como España o Rusia, las bajas se multiplicaban impresionantemente.

La guerra se mantuvo en España muchos años y el Estado estaba descabezado. Con los franceses extendidos por doquier como una plaga de langosta, el campo estaba muy abandonado. La población civil, principalmente en las ciudades por largo tiempo ocupadas, pasó auténticas penurias para sobrevivir. Una de las principales consideraciones que se tenían en cuenta antes de emprender una operación de envergadura era estudiar si la zona podría o no abastecer mínimamente a los soldados. Por esto Wellington devastó en Portugal la ruta que los franceses siguieron durante su invasión de 1810. Tras llegar a las Líneas de Torres Vedras, fue el hambre el principal motivo que obligó a Massena a retirarse. En el ejército español, que lógicamente gozaba del apoyo popular, la situación no era mejor, y no era raro que los soldados abandonasen sus unidades, no para desertar, sino por no morir de hambre, incorporándose luego a otras. Y es que en asuntos del estómago, el patriotismo no es un paliativo.

No vamos a entrar en detalles de la intendencia moderna, pues son sobradamente conocidos los magníficos recursos y medios con los que se aprovisionan los ejércitos occidentales. Pero no hay que olvidar que el hambre era la compañera habitual del soldado en campaña y, a veces, la causa de su muerte.

**La disciplina.** En un fusilamiento, la víctima, en pie, ofrece su cuerpo a las balas del pelotón que le dispara a unos pasos. Hace falta mucho valor, o mucho miedo, para ofrecerse voluntario a que lo fusilen a uno. Pues bien, poco menos es lo que hacía la infantería cuando combatía en aquella época. A paso de marcha, los batallones se aproximaban en cerradas formaciones al enemigo, y desde 60 pasos se fusilaban, literalmente hablando, unos a otros,

hasta que uno de los dos cedía terreno y retrocedía ¿Somos capaces de imaginarnos esto? Ver caer a nuestro lado y en las filas delanteras, uno tras otro, a nuestros camaradas; oír zumbar los proyectiles y esperar que en cualquier momento uno nos alcanzase; sin la menor protección, en pie, cargando una y otra vez el mosquete y disparando con la esperanza que aquello acabase pronto ¿Podemos imaginarlo?

¿Podemos sentir lo que sentía un artillero viendo venir una masa de mil o dos mil caballos en una carga cerrada que hace retremblar la tierra con su estruendo? ¿Seríamos capaces de cargar una y otra vez el cañón mientras los jinetes se acercan, cuando ya oímos el tintineo de los metales, el resoplar de los caballos, los gritos de los jinetes? No era de extrañar que los civiles, que originalmente se encargaban del arrastre de los cañones, huyeran despavoridos con sus caballos ante los horrores del combate y tuviera que militarizarse esta función para evitarlo.

¿Qué mantenía a los hombres unidos a sus unidades cuando la derrota, el hambre y la enfermedad diezmaban los cuadros, cuando tras días y días de marchas y penalidades el espíritu que los hizo alistarse voluntarios decae? Sólo la disciplina. Una disciplina dura y sin contemplaciones, que amenazaba al que no obedecía con algo inexorablemente peor que la existencia que se llevaba. Su aplicación era inmediata y sus castigos, ejemplares. Esta disciplina hacía no sólo operativos a los ejércitos, sino que, paradójicamente, los podía conducir al éxito y reducir sus sufrimientos y los de las poblaciones que atravesaban.

Existe un caso real que describe en sus memorias Robert Blakeney, un oficial que estuvo en la retirada británica hacia La Coruña en 1809, en la División de Reserva del general Paget, que cubría la retaguardia del ejército de Sir John Moore, y que siempre me ha llamado la atención. Es un claro ejemplo de lo inexorable, ejemplar e inmediata que era la disciplina entonces, y de cómo un general podía usarla para castigar y para ganarse a sus hombres, a la vez que mantenía el orden en su unidad. Y también es una magnífica lección de la seguridad que debe saber transmitir un jefe, y de cuál es el lugar de un oficial en combate. Por su interés paso a transcribirlo.

El hecho sucede cuando las columnas británicas están en plena retirada, desmoralizadas y sufriendo las penalidades de agotadoras marchas a través de las montañas gallegas a principios de enero. El hambre y el afán de lucro hacían que algunos soldados saliesen de filas a merodear entre las poblaciones vecinas, robando y realizando toda clase de barbaridades entre ellas. Cuando eran capturados o sorprendidos en ello, se le aplicaba la ley marcial con todo rigor, pues la tolerancia de tales actos en tan apurada situación llevaría inevitablemente a la disolución del ejército, como le ocurrió a los



franceses en la retirada de Rusia. Además, enturbiaban las relaciones con los aliados españoles, que sufrían las depredaciones. Así lo relata Blakeney:

*Por la mañana temprano del día 3, la Reserva marchó hacia la cresta de una baja colina, frente a Cacabelos, en la zona de Bembibre. No habiendo avanzado todavía los franceses, el general de división ordenó formar un amplio cuadro con la tropa mirando hacia el interior. Una corte marcial sumarísima se formó en la retaguardia de cada regimiento, y en el interior del cuadro se formaron los triángulos<sup>3</sup>. Los culpables detenidos en la ciudad, tan pronto eran juzgados y sentenciados, se ataban y el público castigo tuvo lugar ante nuestras caras durante algunas horas. Durante este tiempo, nuestras avanzadas venían frecuentemente para informar al general que el enemigo estaba avanzando. Él solamente replicaba: «Muy bien», y el castigo seguía. Los dos culpables a quien antes mencioné, que habían sido sorprendidos robando, permanecían de pie con la soga alrededor de sus cuellos. Fueron conducidos a un ángulo del cuadro y las cuerdas se ataron a las ramas de un árbol que allí había. Los delincuentes fueron subidos a los hombros de dos soldados de la policía militar. En esta situación permanecieron esperando la señal para la ejecución, la cual podía efectuarse instantáneamente con un solo movimiento de los hombros que los soportaban. En esto, entre las doce y la una, según recuerdo, un oficial de caballería de alta graduación entró galopando en el cuadro e informó al general Paget que nuestras tropas ligeras habían establecido contacto y se retiraban. «Es lamentable, señor –dijo el general– esa información es de tal categoría, que me cabría esperarla más bien de un cabo de dragones, que de usted. Lo mejor que podría hacer es regresar con sus soldados, señor; y animar a sus hombres para que cumplan perfectamente con su deber». El general Paget se mantuvo en silencio durante unos minutos, aparentemente muy excitado. Al final, señalando el cuadro, dijo: «¡Dios mío! ¿no es lamentable pensar que en vez de estar preparando las tropas confiadas a mi mando para recibir a los enemigos de mi patria, estoy aquí disponiéndome a mandar a ahorcar dos ladrones? Pero*

---

<sup>3</sup> Los triángulos estaban formados por las picas de los sargentos, y componían un trípode sobre el que se ataban los reos que iban a sufrir penas de azotes.

*aunque este ángulo del cuadro fuese atacado, aquí colgaré a esos villanos» El general nuevamente calló por unos instantes, oyéndose cómo nuestras guerrillas se retiraban por el otro lado de la colina, por la carretera que corría a nuestra izquierda. Tras una pausa, señaló a los hombres por segunda vez y dijo estas palabras: «Si perdono la vida de estos hombres, ¿prometen reformarse?» Ni el más ligero sonido, ni respirar siquiera, se oyó en el cuadro. La pregunta fue repetida: «Si respeto la vida de esos hombres, ¿me dan ustedes su palabra de honor de soldados de reformarse?» El mismo terrible silencio continuó hasta que los oficiales susurraron a los soldados que dijeran «Sí», y entonces esa palabra sonó fuertemente y con igual rapidez atravesó el cuadro. Los culpables fueron alejados rápidamente de aquel árbol fatal, suspendidos del cual momentos antes esperaban haber terminado su existencia. Se ordenó a continuación desmontar y guardar los triángulos. Realmente el asunto tuvo toda la apariencia de un arreglo, porque en cuanto los hombres dieron el visto bueno a la suspensión de la condena, nuestras guerrillas aparecieron sobre nosotros en la cima de la colina, mezclados con las vanguardia enemigas. El cuadro fue inmediatamente deshecho, se formó en columnas por cuartas y nos retiramos<sup>4</sup>.*

**El batallón.** Con esta palabra queremos simbolizar la unidad de combate que actuaba unida. Igual puede ser un batallón que un regimiento o una batería de artillería. Queremos simbolizar el «buque» del soldado de 1808. Porque los soldados en campaña se integran en su unidad y buscan su amparo y protección como un marinero cuando navega a bordo de su navío en medio del océano. Su unidad es para él todo: seguridad, alimento, camaradería, información, auxilio, supervivencia a fin de cuentas. En un terreno extraño, rodeado de enemigos que buscan su destrucción, los soldados tienden a agruparse como las «bolas de cebo» de los peces en el mar, confiando en su primitivo instinto social, que le dice que el grupo es seguridad. Sabe que fuera del batallón, los riesgos se incrementan y vuelve con sus compañeros lo antes posible. Incluso cuando deserta, si no puede regresar a su país por las distancias que les separan, forma grupos de «merodeadores», que actúan casi militarmente y siguen al ejército en sus desplazamientos, protegidos a su sombra.

---

<sup>4</sup> BLAKENEY, Robert: *A boy in the Peninsular War*.

En su unidad cada soldado desarrolla su personalidad, hace camaradas, vive y muere. Además, a diferencia de hoy en día, que tenemos conocimientos más extensos de muchas materias y gracias a los medios de comunicación estamos mejor informados, el soldado marchaba sin saber a dónde iba, atravesando ciudades y parajes totalmente extraños para él. Nuevamente es la unidad quien lo acoge en su deambular, pues algún compañero más instruido o algún veterano que ya recorrió aquellas trochas los mantenía un poco informados. Es una forma extraña de hacer «turismo», y alguno aún tiene tiempo para escribir su nombre en un monumento, aunque la mayoría simplemente sobrevive en el hogar en que se convierte su unidad.

Aquella no era una guerra de frentes continuos, en la que sabes que a partir de esta línea está el enemigo y al otro lados mis amigos, sino de frentes abiertos. Y aunque unas unidades protegían a otras, el «terreno desconocido», que tan magníficamente describiera Tolstoi, aquel en el que todo es incertidumbre, estaba casi por doquier. Los soldados no se camuflaban, ni normalmente se protegían tras obstáculos, o combatían de noche, ni las unidades operaban en orden abierto, lo más dispersas posible, sino en cerradas formaciones, codo con codo, con coloridos uniformes. Y no había transmisiones, el enlace con otras unidades era esporádico y las noticias se recibían con cuentagotas. Lejos de su nación, el batallón era su mundo.

En el batallón el soldado está siempre deseoso de información y los continuos rumores corren de boca en boca como la pólvora. Así se entera de las últimas noticias, normalmente sin fundamento alguno, pero que sus ávidos oídos necesitan para sustentar su fe en la victoria final. Algunos son verdaderamente observadores y tienen luego la paciencia y constancia de escribir sus memorias, auténticas joyas para que conozcamos de primera mano sus experiencias. En estos textos descubrimos a hombres como nosotros, hombres con las mismas pasiones y sentimientos, más preocupados, por ejemplo, en que se reconozcan sus méritos en combate para que se le ascienda y gratifique económicamente, que en detallar los acontecimientos que conformarán la historia. Y describen, a veces con verdadera gracia, la vida en campaña, las penalidades de la unidad, el carácter de sus jefes y, en fin, una multitud de detalles que nos ayudan a comprenderlos.

El batallón, el regimiento, la batería son la esencia de la «sociedad militar» para el soldado. Aquí transcurrirá la mayoría de su vida en campaña. Los jefes tratarán de mandarlo, de adiestrarlo con eficiencia para que en el momento cumbre del combate actúe ejemplarmente y conforme se espera de él. La bandera lo representa, el honor del regimiento es el honor del soldado. Conforman casi un ente vivo, en el que sus células son los hombres. Era corriente que sus componentes fueran de la misma región, incluso del mismo

pueblo, e incluso a veces llevaba el nombre de su ciudad. Era una parte de su tierra en el extranjero.

Hoy la guerra es mucho más impersonal, aunque la esencia de lo que se ha descrito se mantiene en unidades de menos entidad. En esto poco se ha cambiado, porque aunque la tecnología avance a pasos agigantados, los sentimientos, las sensaciones del hombre en guerra son muy similares.

\* \* \* \* \*

Con esto cerramos este segundo grupo de comparaciones, pues no queremos extendernos más. Es cierto que aquellos hombres no echaban de menos las facilidades de nuestra época, puesto que no las conocían. Sin ellas, todo se hacía con un esfuerzo físico y un espíritu de sacrificio muy superior al de hoy en día. Pero no hay que olvidar que fuera de la milicia, la vida era también muy dura si la comparamos con la nuestra. Y que el incremento de penalidades para un voluntario que se alistaba en 1808 no era tanto como pudiera suponerse, aunque a nosotros pudiera parecernos insoportable.

### *Un hombre de 1808*

Hemos visto ya la influencia de la tecnología en los comportamientos humanos, cómo las armas condicionaban las actuaciones de los hombres en la guerra. Luego hemos descrito el modo de vida del soldado en campaña, una faceta de la guerra fuertemente influenciada por los niveles de apoyo sanitarios y logísticos a que se podía llegar con los medios de la época. Trataremos, por último, de describir factores todavía más complejos, como son sus creencias y valores, sus conocimientos, su cultura, su sociedad en fin. Son conceptos muy genéricos, que tanto afectan al civil como al soldado, pero ¿qué es un soldado sino un civil militarizado? Lo que a continuación se expondrá es, naturalmente, subjetivo, pero sin duda estaremos de acuerdo que es lo que más condiciona al ser humano.

**Gobierno y política.** Con la Guerra de la Independencia empieza a derrumbarse en España el sistema monárquico absolutista. Y aunque aún quedan muchos años para que los españoles aprendamos a gobernar por nosotros mismos, en aquella época era impensable otro sistema de gobierno. Es algo parecido al tópico al uso «La democracia es el menos malo de los sistemas políticos». Habría que añadir «conocidos» o «actuales». Porque no cabe duda de que en el futuro evolucionarán los modelos a otros distintos ¿Cuáles? Quizás no podamos imaginárnoslos hoy, pero vendrán.

Pues de la misma manera, la mayoría de los españoles de 1808 no entendían, no podían concebir otro sistema de gobierno distinto al que, desde siglos, habían heredado de padres y abuelos. Y este no era otro que una monarquía absoluta, en la que se tomaba como la cosa más natural del mundo que el rey, algunos nobles, religiosos y quizás alguna persona de especial valía o fortuna, sin la menor participación del pueblo, decidieran los destinos de la nación, la guerra y la paz, las relaciones internacionales, la defensa de la religión, etc. Pero el cambio ya estaba en marcha, el futuro se venía encima, pues la Revolución Francesa y todos los pensadores en cuyas ideas bebió iban a transformar profundamente el panorama político de Europa en los siglos siguientes.

**Religiosidad.** La sociedad en aquellos tiempos era muy religiosa. Las creencias tenían un gran peso en la población de todas las naciones, y en España la Iglesia católica tenía un enorme poder sobre el pueblo. La imbricación Iglesia-Estado era tal que hoy no concebiríamos algo semejante. Desde los púlpitos se podían manejar las masas como los políticos modernos con sus programas. Pero aquella no era una iglesia como la de hoy, sino mucho más combativa. Durante la guerra, no fueron infrecuentes los casos de religiosos que tomaron el poder político cuando se produjo un vacío por las acciones de los invasores, que reclutaron tropas, o que no dudaron incluso en ponerse al frente de ellas y combatir con cualquier militar.

Este clero español veía con horror los cambios que venían de Francia, que desde la Revolución quedó convertida en la bestia negra, y luego Napoleón en el anticristo. Detrás de todas las transformaciones que se avecinaban, adivinaba, con toda la razón que demostró luego la historia, una profunda e irreversible pérdida de poder. Así que no dudó en luchar, no tanto contra el hecho de ver un Bonaparte en el trono, sino contra las ideas ilustradas que traería consigo el temido cambio.

**Instrucción y educación.** Es evidente que el sistema de escolarización actual era impensable en el siglo XIX, en donde sólo una minoría recibía algún tipo de formación. En una sociedad eminentemente rural, muy dispersa, sólo aquellos con una situación económica desahogada podían permitirse el lujo de mandar algún hijo a las rudimentarias escuelas de entonces, y no digamos ya a cursar estudios superiores o universitarios. Consecuentemente, la formación cultural estaba reservada para una pequeña parte de la sociedad y el índice de analfabetos era muy elevado. Las materias que se impartían estaban limitadas por el conocimiento científico de la época, que en temas como la arquitectura estaba muy desarrollado, pero en otros como medicina o farmacia estaba en sus inicios. Además, tanto los centros de formación

como muchos de los textos estaban impregnados de una religiosidad que los condicionaba, particularmente en naciones de profundas creencias como era España.

Esta situación hacía también que los libros de autores extranjeros que se traducían sufrieran en ocasiones una rigurosa censura religiosa, y a veces política, en particular los libros de pensamiento, lo que redundaría en perjuicio de la nación, que poco a poco perdía el tren europeo.

**Visión del exterior.** Por todo lo anteriormente expuesto, la mayoría de la población en cualquier nación europea tenía una gran ignorancia del exterior. Independientemente de sus internas peculiaridades políticas o sociales, no existían unos medios que permitiesen viajar con la facilidad con la que nos desplazamos hoy, por lo que sólo algunos privilegiados sabían lo que acontecía en otras naciones y de los vientos que soplaban allende las fronteras. Ciertamente es que había periódicos y alguna publicación ilustrada, que se leían y comentaban con gran avidez, dado el interés que cualquier noticia suscitaba. Pero su ámbito de distribución era muy reducido y los contenidos rara vez podrían cotejarse con otras fuentes, por lo que difícilmente podría equipararse con el periodismo moderno.

Tenemos que comprender que en una época donde los desplazamientos se hacían a pie, a caballo o en carro, en la que los caminos eran muy inseguros y las fronteras muy cerradas a los extraños, salir del lugar no era sencillo y tenía sus riesgos. El viaje por mar, igual de azaroso pero más rápido, quedaba para las grandes distancias o para los cargamentos pesados. No había otros medios. Así que la mayoría de la población nacía en un pueblo y raramente salía de su entorno inmediato, eran auténticos «lugareños». Para muchos, otros países, otras regiones lejanas, eran leyendas casi de cuento. Algunos que las habían visitado, si tenían la suerte de tener una mente abierta y entender el idioma, las describían con coloridos tonos, incluyendo muchas fantasías que en poco se ajustaban a la realidad.

Como en otras naciones, desde España diplomáticos, científicos y militares viajaron a otros países, a otras cortes para aprender de los últimos adelantos, enseñanzas que luego volcaron en detallados informes o publicaciones. Lamentablemente, pasada la censura religiosa o política, salvo que la Corona dispusiese su adopción o aplicación, la natural reticencia al cambio hizo que sus frutos fueran pocos y lentos. España seguiría encerrada en sí misma, en su pasado histórico imperial, sin percatarse de los profundos cambios que se habían puesto en marcha allende sus fronteras.

Paradójicamente, el sistema más corriente de hacer turismo era precisamente la guerra. Alistados en el Ejército, los hombres tenían la oportunidad

de conocer otras regiones que de otra manera nunca habrían recorrido. Y a la vuelta a sus hogares traían no sólo los recuerdos y objetos que tomaron a su paso, sino sus vivencias. Y entre ellas, desapercibidos casi, estarían los nuevos aires de libertad e igualdad que la Revolución Francesa esparció durante la Guerra de la Independencia.

**Sociedad.** No nos resultaría cómodo irnos a vivir a España en 1808. No sólo por la guerra y todas las calamidades que trajo consigo, sino porque entonces no se tenían los mismos valores y sentimientos que hoy. Por ejemplo, ¿llevaríamos a nuestros hijos a presenciar la ejecución pública de un delincuente? Porque entonces era lo que se estilaba. Las condenas a muerte eran un *espectáculo*, supuestamente ejemplarizante, al que los padres llevaban a sus hijos para que *aprendiesen* y no siguieran el camino del desgraciado que se disponían a ajusticiar.

¿Asumiríamos como normal que, con toda probabilidad, algunos de nuestros hermanos, y luego nuestros hijos, fallecerían antes de llegar a la adolescencia? ¿Y cuántas mujeres de hoy se quedarían embarazadas sabiendo el alto riesgo de muerte que tendrían en el parto por la falta de prácticas higiénicas, de la mínima atención sanitaria?

¿Aceptaríamos que una familia en la que el padre no consiga un empleo se viera reducida a la miseria más desoladora? ¿Que los niños tuvieran que trabajar en minas o en industrias de sol a sol, sin las menores condiciones laborales? ¿Contempraríamos como cosa natural que unos fueran muy ricos y otros no supieran si iban a poder hacer la siguiente comida?

Sería largo detallar las diferencias de nuestra sociedad con la de 1808. Difícilmente podríamos renunciar a la seguridad y comodidades de nuestro siglo. Todo lo que se ha apuntado y muchísimo más, aquellos hombres y mujeres lo aceptaban como algo corriente e inevitable.

No obstante, aquellas gentes aceptaban el mundo en el que vivían, ese mundo que para nosotros sería un verdadero *valle de lágrimas*, con la misma naturalidad que nosotros el nuestro, pues no se puede añorar lo que no se conoce. Gracias a los avances científicos, hoy entendemos muchos más *porqués* que ellos. Y aunque no tengamos la solución de los problemas, sabemos a qué causas obedecen, o podemos intuir la aplicación de causas naturales para la mayoría de ellos. La sociedad de 1808, ante una naturaleza implacable y apenas comprensible, se refugiaba con toda naturalidad en la religión, que la consolaba en sus padecimientos y le ofrecía una esperanza de vida aun en las peores circunstancias. No es de extrañar pues que, tamizadas las ideas revolucionarias por la ignorancia y la religión, defendieran con uñas y dientes su modo de vida y se opusieran al cambio con toda su alma. Y como consecuencia de

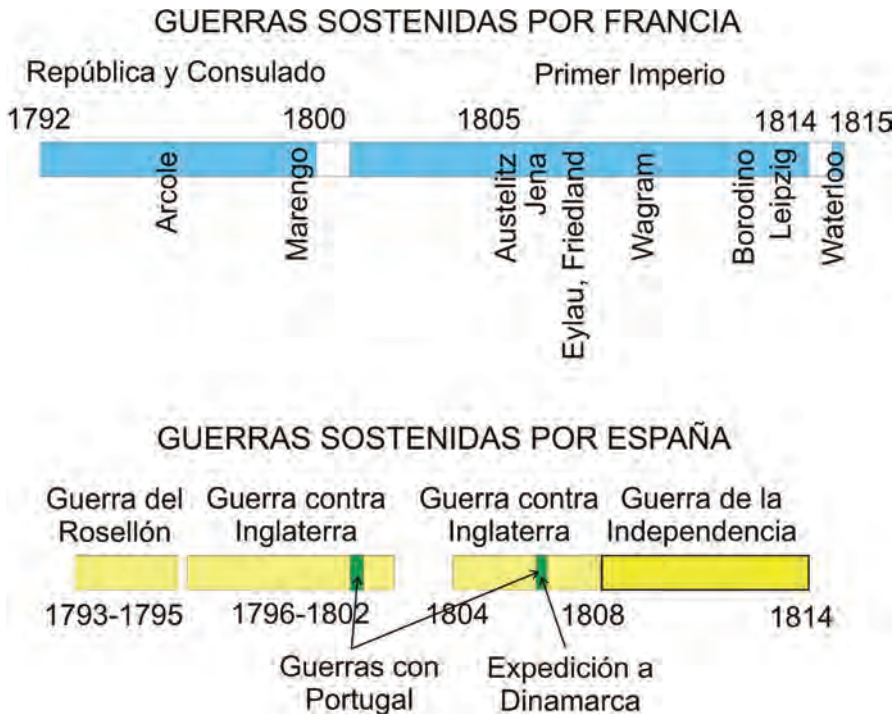
todo ello, se alistaron a miles en una azarosa campaña para rechazar al invasor.

Y, ¡oh, prodigio!, unos hombres que combatieron y murieron por sostener un sistema político que los ignoraba, mantuvieron unida la patria y dieron los primeros pasos hacia la moderna España de nuestros días que nosotros disfrutamos.

#### 4. Y EL SISTEMA SE DERRUMBA

*Un encuadre en el tiempo*

Es preciso ahora encuadrar la Guerra de la Independencia en la referencia histórica de los conflictos que asolaron Europa desde la Revolución Francesa a la derrota de Napoleón en Waterloo, un espacio de más de 20 años de incesantes guerras, alianzas y tratados de paz. El siguiente esquema nos servirá de ayuda.





En primer lugar, nos llama la atención que el estado de guerra en nuestro país es incesante. La situación fue tanto peor cuanto que se produjeron constantes cambios de rumbo de la política exterior. El cambio de aliados se hacía con celeridad y ligereza pasmosas; el que ayer era nuestro aliado, mañana nuestro enemigo y al poco otra vez amigo. Esta nefasta situación sólo podía llevarnos a debilitar nuestras alianzas y la pérdida de territorios que nuestras fuerzas terrestres y, sobre todo navales, difícilmente podían mantener. Naturalmente, también originó una falta de confianza del pueblo en sus gobernantes. Y apenas sirvió como experiencia o entrenamiento de nuestros soldados y marinos, ya que no se tuvo la visión y habilidad de aprender los procedimientos militares que ya usan en Europa dos grandes potencias: Francia en tierra e Inglaterra en el mar.

El primer conflicto de esta serie fue la Guerra del Rosellón (1793-1795) o Campaña de los Pirineos, como también se la conoce, que empezó con buen pie para nuestras armas y terminó mal, con los franceses ocupando territorios, plazas y ciudades en Cataluña, Navarra y el País Vasco. Comenzó porque nuestros gobernantes, presionados por Carlos IV, pretendieron ayudar a la monarquía francesa contra los revolucionarios, negándose a reconocer la naciente república vecina. Fue una guerra muy popular, porque se defendían la monarquía y la religión católica, tradiciones muy arraigadas en el pueblo español. Se invadió el Rosellón y una escuadra española participó con los ingleses en el levantamiento realista de Tolón, que fracasaría. Con la Paz de Basilea no sólo se tuvo que admitir al nuevo sistema francés, sino que a cambio de recuperar los territorios fronterizos tomados por los franceses en nuestra patria, se cedió la parte española de la isla de Santo Domingo y se concedió a Francia la saca de ganado lanar, yeguas y caballos de Andalucía. Pero más importante fue que constituyó una primera marea de las nuevas ideas que ya reinaban al otro lado de los Pirineos, marea que empezó a empujar fuertemente las Vascongadas y Cataluña.

Un año después, en 1796, presionados y aliados con Francia, los españoles entramos en guerra con Gran Bretaña. Fue una guerra naval principalmente. En el combate del cabo San Vicente, una escuadra española de 25 navíos fue derrotada por otra inglesa con 15, que apresó 4 buques españoles. Con esta victoria, en 1797 la iniciativa pasó a los británicos en el mar, pero se estrellaron en las operaciones anfibias que Nelson lanzó contra Cádiz y Tenerife. También fracasó la que se lanzó contra Puerto Rico, aunque se perdió la isla de Trinidad. En 1798 se perdió Menorca. Para presionar a Portugal a romper su alianza con Gran Bretaña, se le declaró la guerra, y un ejército hispano-galo la invadió, apoderándose de Olivenza. Fue la famosa Guerra de las Naranjas, de la que nuestro vecino

salió malparado por la falta de apoyo de sus aliados. Por la Paz de Amiens (1802), España perdía definitivamente la isla de Trinidad, pero recuperó Menorca y conservó Olivenza.

La paz entre Francia e Inglaterra no podía durar mucho, y menos con Napoleón de Primer Cónsul. En 1804 estalla de nuevo el conflicto y nuevamente España se ve arrastrada a él por las presiones francesas y por la incapacidad de nuestros gobernantes. Esta vez el precio iba a ser muy caro para los nuestros, derrotados junto a los franceses en 1805 en la batalla de Trafalgar, tras el encontronazo de Finisterre. En 1806 y 1807 lanzaron los británicos dos expediciones contra Buenos Aires, que fracasaron. El estado de guerra se mantuvo ya contra los ingleses hasta que en 1808 empezó la Guerra de la Independencia.

Otras dos expediciones terrestres iban a debilitar todavía más nuestro Ejército antes de empezar el conflicto contra los franceses. Nos referimos a las expediciones a Dinamarca y Portugal, ambas en 1807. En una y otra se emplearon más de 30.000 hombres. Al estallar la Guerra de la Independencia, aislados en zonas extrañas y lejanas, con el desconcierto propio de las primeras noticias que fueron llegando y constantemente vigilados por los soldados de Napoleón, apenas 20.000 pudieron regresar perdiendo casi todo su equipo, quedando el resto prisioneros de los franceses.

Si bien el interés económico y la supremacía entre potencias estaban detrás de todos estos conflictos anteriores a la Guerra de la Independencia, no faltaron las manipulaciones particulares de los gobernantes para situar familiares y amigos en lugares de poder, o creándoles reinos y principados ex profeso. Consecuentemente, y aunque pudieran considerarse «lejanos» a los intereses personales de la mayoría de los españoles, nuestros compatriotas nutrieron con generosidad las filas de las tropas que combatieron y murieron por ellos. Hasta cierto punto, el pueblo vivía inconsciente de la tormenta que rugía fuera, si bien los rociones de las olas cada vez lo salpicaban más. El estado español, como un buque que entra en una galerna, se estremecía constantemente con las noticias de la Revolución, que como rachas de fuertes vientos sacudían su arboladura, especialmente el ajusticiamiento del rey francés y su familia. Y aunque las nuevas ideas que iban a cambiar la historia y anunciaban el final de una época brillaban esporádicamente entre las oscuras nubes del conflicto europeo, el temporal chocó contra la todavía sólida borda de las tradicionales costumbres nacionales.

Mas no por ello tomaron sus dirigentes medidas para capearlo, no se preparó a la nación para resistir los malos tiempos que se avecinaban. La Guerra iba a abrir la caja de Pandora de par en par.

*Monarquía absoluta y revolución*

Es imperativo no perder de vista una referencia fundamental, que es el hecho de que hasta la Revolución Francesa, en toda Europa, salvo en Gran Bretaña, imperaban los sistemas de gobierno absolutistas. En estos regímenes, unos pocos decidían los destinos de muchos. En proporción a la población, muy pocos eran los que estaban acostumbrados a tomar decisiones, los que tenían experiencia en los entresijos de un gobierno. Este hecho tiene trascendental importancia en nuestra nación, porque al quedar totalmente suprimido el antiguo Gobierno por los invasores, el Estado quedó descazabado. La mayoría de las personas con capacidad para afrontar una crisis estaban establecidas en la Corte, que quedó rápidamente ocupada por los franceses, y sólo cuando consiguieron huir a ciudades no ocupadas pudieron ejercer sus conocimientos. En comparación con nuestro moderno Estado, no había apenas administración regional o local. Ayudados por algunos nobles, clérigos e ilustrados residentes locales, los ciudadanos, que nunca antes habían tenido que gobernarse a sí mismos, tuvieron que aprender a hacerlo en las peores condiciones, con el enemigo a las puertas. Y así la organización de la resistencia se hizo mucho más difícil.

Ni siquiera se contaba con unos monarcas huidos y acorralados en una esquina del país o en las colonias, como fue en caso de Portugal. No, nuestros reyes y el heredero a la corona estaban en poder de Napoleón, y todos los actos de gobierno se tenían que hacer en su nombre.

Para remediar esta situación surgieron las Juntas locales, que con inaudita energía asumieron el gobierno del Estado en su región y reclutaron y organizaron tropas una y otra vez, hasta la conclusión del conflicto. Unas pudieron soportar la presión del enemigo tras los muros de fuertes fortificaciones; otras, menos afortunadas, tuvieron que vivir una vida errante que nada ayudaba a la consolidación de una mínima administración. Pero su vitalidad y constancia, sin duda, evitaron el colapso de la nación y la victoria de los invasores.

No obstante lo antes dicho, la actuación de los muchos políticos que las regían fue lamentable y vergonzosa. La ambición, el orgullo, los intereses particulares y las rencillas estuvieron en demasiadas ocasiones por encima de los intereses nacionales. Las rivalidades entre ellos y con otras Juntas ocasionaron no pocos enfrentamientos que en nada beneficiaron a los hombres que se dejaban la vida en combate. Ignorando sus padecimientos, hubo complots e influencias sin cuento para cesar o nombrar a generales o amigos que eran rivales o amigos políticos o personales. Está por escribirse este negro capítulo de la Guerra de la Independencia, donde puede apreciarse

el desprecio que puede llegar a sentir un gobernante por sus administrados cuando pone por delante intereses espurios.

Como es de suponer, la coordinación de los esfuerzos locales fue muy dificultosa. El país estaba invadido por trescientos mil soldados franceses que operaban con bastante libertad por todo el territorio, cortando comunicaciones, devastando regiones enteras y sofocando los núcleos de levantamiento según surgían. Y además estaban las rencillas y envidias de los componentes de los gobiernos locales, siempre reacios a perder poder a favor de otra Junta, lo que resultaba nefasto para las operaciones militares. Sólo cuando en 1812, tras muchas discusiones y reparos, se le otorgó a Wellington el mando supremo de todas las tropas, se consiguió alguna unidad de mando, aunque las desconfianzas y recelos de muchos políticos continuaron haciendo lo posible por limitarlo e incluso anularlo.

Paradójicamente, todos estos factores contribuyeron a que en España cuajasen más deprisa que en otras naciones las ideas revolucionarias, pues a la teoría se unió la práctica, y el hecho de superar la prueba de la guerra con éxito, abrió los ojos de los españoles a las nuevas ideas y sistemas de gobierno que venían de Francia. No es de extrañar que tuvieran que venir luego los «Cien Mil Hijos de San Luís» a imponer los antiguos métodos a una nación que empezaba a caminar por la nueva senda. Así pues, aunque por otras causas, la guerra tuvo unos efectos equivalentes en nuestra patria a los que la Revolución tuvo para los franceses. Tal vez por ello, uno de los que vivieron la guerra en primera línea y que tuvo una importante participación en los acontecimientos de entonces, el conde de Toreno, titula su libro sobre el conflicto *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución en España*.

### *Ilustrados y afrancesados*

A mediados del siglo XVIII, el avance del conocimiento y la cultura estaba dejando en evidencia los grandes fallos del sistema absolutista. Pero entre una población mayoritariamente inculta y anclada en profundas tradiciones, pocos eran conscientes de ello. Estos pocos, que leían y compartían los criterios de los mismos filósofos y pensadores que nutrieron el ideario de la Revolución Francesa, eran llamados «ilustrados». En toda Europa los había, pues poco más o menos los defectos de los regímenes absolutos eran comunes. Mas en España los ilustrados encontraban una situación especialmente adecuada para desear estos cambios.

En primer lugar, la monarquía estaba en una lamentable situación. Carlos IV era un rey incapaz de mostrar el menor interés por los asuntos de

Estado, dejando el gobierno en manos de validos y favoritos, el último de los cuales, apoyado por la reina, fue Manuel Godoy. Para colmo de males, el príncipe de Asturias conspiraba contra su padre, complot que terminó en el Motín de Aranjuez y con los reyes y su hijo en manos de Napoleón, al que acudieron como árbitro de sus querellas. Durante su permanencia en Francia mostraron escaso interés por los asuntos de España y el discurrir de la guerra, salvo que pudieran aportarles algún beneficio. Padres e hijo eran de tan baja condición moral, que no fue extraño que el Emperador creyese que poniendo a su hermano José en su lugar hacía un favor a los españoles, que no dudarían en recibirlo con los brazos abiertos.

Por otra parte, la nobleza y el clero defendían sus privilegios con uñas y dientes, tratando de mantener en el gobierno a personas afines que los protegieran, independientemente de los intereses nacionales. Poco a poco el imperio español se desmoronaba, sin que las fortunas que de América llegaban sirviesen para fundamentar una clase burguesa que creara riquezas y estabilizase la nación, derrochadas en guerras en las que siempre perdíamos algún territorio.

Por último, el pueblo llano se mantenía en un estado de ignorancia que costaría siglos cambiar. Tan anclado estaba a sus tradiciones y creencias, que aunque había salido de la guerra desangrado y exhausto en su generosa entrega en defender la nación, y aunque las nuevas ideas ya empezaban a anidar en él, al restaurarse luego el absolutismo con Fernando VII, gritaría «¡Vivan las cadenas!».

Ante este panorama social, los ilustrados se vieron confundidos y tanto colaboraron en toda la nación al formarse las Juntas, como colaboraron en el gobierno de José I, en quien veían un relevo de los decadentes Borbones. A sus ojos no era un rey más, sino alguien que venía impregnado con los ideales revolucionarios, los mismos que ellos defendían y que, dentro de la gravísima crisis que le tocó capear, no fue un mal rey.

Esta ayuda al *intruso* fue su condena ante los implacables tradicionalistas, que enseguida los llamaron «afrancesados». Por extensión, cualquier «ilustrado» era un «afrancesado» si no demostraba lo contrario. Pero antes que pudieran acreditar su patriotismo, como espantado describe el conde de Toreno, las hordas les hicieron pagar con sangre su ilustración, cometiendo contra muchos todo tipo de excesos durante los primeros días de la Guerra: asesinaron al capitán general de Galicia, Filangieri, maltrataron al general Biedma y al coronel Fabro, fusilaron al conde Águila en Sevilla, atravesaron de parte a parte con una estaca al capitán general de Extremadura, Torre del Fresno y lincharon al general Solano, Capitán General de Cádiz. Todo por ser sospechosos de «ilustrados». No es de extrañar que 12.000 españoles

que de alguna manera colaboraron con el rey José I o simplemente tenían otro ideario, huyeran de España al retirarse los franceses, no fuera que hicieran con ellos una «*rapa das bestas*» antes de poder explicarse.

### *La invasión, el Vietnam español*

Existe una gran afición al estudio de las guerras del periodo napoleónico. Los uniformes eran magníficos, las campañas espectaculares, las batallas terribles y grandiosas, y los hombres luchaban y morían por sus ideales o en búsqueda de la *gloria*. Esto debió ser así en Alemania, en Italia o en Austria, pero no en España ni en Portugal. La Guerra de la Independencia fue un Vietnam, una lucha a muerte, desesperada, cruel, sin cuartel. Aquí poca gloria ganaron los franceses, pocos ideales defendieron. Los grabados de Goya *Los horrores de la guerra* lo atestiguan. Los generales franceses querían salir de aquí lo antes posible y volver a Francia o a Europa, al lado del Emperador, donde las cosas eran muy distintas. El mismo Napoleón estuvo aquí muy poco tiempo, y aunque hay estudiosos que dicen que tenía intención de regresar para expulsar a los ingleses, de hecho no volvió, mientras que sus soldados morían en una guerra sin justificación de la que ellos mismos se avergonzaban. Y aunque en el Arco del Triunfo aparezcan los nombres de muchas batallas reñidas en España, son simplemente un recuerdo a los pobres soldados que dejaron su vida por su patria, pues ninguna tuvo demasiado mérito ganar, ya que los españoles generalmente nunca fueron enemigo para los imperiales en campo abierto.

Por nuestra parte hubo una generosidad ilimitada para defender la patria. La constancia de nuestros compatriotas, pese a los continuos descalabros, sí merece más de un arco del triunfo. Y sin embargo no los tenemos. Y aún los hay que dicen que España no gana una guerra desde Lepanto. Esta dolorosa ignorancia es su *agradecimiento* a tanto esfuerzo, a tanto sufrimiento.

Los ejércitos franceses se pasearon por nuestra patria con bastante libertad, pero la ocupación de territorios fue siempre temporal, y según salían por una parte, ya estaban por la opuesta reclutando hombres y material para continuar la guerra contra ellos. El concepto de guerra total se aplicó aquí con la misma rigurosidad que en Francia, el nacionalismo tomó la misma fuerza y la guerra fue implacable. Los franceses saquearon todo lo que pudieron buscando objetos de valor. Iglesias, conventos, tumbas, domicilios, museos, nada ni nadie se salvó. Obras de arte, oro, plata, piedras preciosas fueron llevadas en largos convoyes de vuelta a Francia a su regreso. Sólo cuando estos convoyes eran apresados por los españoles o los ingleses, se veía su

avaricia. El mismo Napoleón lo reconoció en la pública filípica que dirigió a Legendre, el jefe de Estado Mayor de Dupont, años después de Bailén. Pero esto de saquear es tan viejo como el mundo, y en las guerras modernas se pudieron ver casos semejantes, si no peores. ¿No será que no podemos evitar percibir la historia con ojos modernos porque en ciertos aspectos las mentalidades no han cambiado tanto como pueda parecer?

Los franceses no trataron a los soldados españoles con el mismo rasero que usaron para alemanes, británicos y austriacos. Todavía los que bien uniformados combatieron en ejércitos regulares, merecieron alguna consideración. Pero los que como componentes de partidas independientes o grupos de guerrilleros caían en sus manos, eran ajusticiados de inmediato. Y como las penurias del Tesoro impedían uniformar convenientemente a los soldados, muchos apenas sí llevaban unos pocos distintivos sobre una vestimenta prácticamente civil. Si eran cogidos prisioneros así ataviados, se les podía suponer guerrilleros y ser fusilados. El mariscal Soult dio un decreto en el que decía que en España no había más Ejército que el de José I, y que los que fueran cogidos con las armas en las manos serían considerados bandidos, fusilados y sus cadáveres expuestos en los caminos públicos. Nadie creyó que fuese a llevarse a cabo tal medida, pero como sí se empezó a ejecutar, la Regencia dio otro en el que decía que si no se anulaba dicha norma, por cada español así muerto se ahorcarían tres franceses, y que si Soult era capturado, no tendría derecho de protección y se le trataría como a un bandido. Esto contuvo al general francés, y da una clara idea del ambiente que reinaba en nuestra patria.

### *Nuevas técnicas de combate... ¡en ambos bandos!*

Para finalizar estos razonamientos sobre las causas del derrumbamiento del Estado español durante la Guerra de la Independencia, tenemos que mencionar el nuevo sistema de combate que utilizaba el Ejército francés y que le permitió derrotar una tras otra a todas las naciones europeas y tenerlas en jaque durante más de veinte años. En el siguiente capítulo se detalla, pero baste por ahora decir que igual que la *blitzkrieg* revolucionó el arte de la guerra en la Segunda Guerra Mundial, Napoleón había logrado una máquina militar sin parangón que arrolló prácticamente todos nuestros ejércitos regulares. Aunque el material era muy similar, los métodos de combate, la disciplina, los jefes y los soldados franceses utilizaron novedosas técnicas contra las que poco podían los tradicionales procedimientos militares que se seguían en nuestra patria. Nuestras fuerzas armadas, nutridas cada vez más con inexpertos soldados, mandadas por oficiales que habían recibido una formación que ahora se

demostraba obsoleta, no podían medirse con los soldados de Napoleón cuando se combatía en campo abierto. Sólo tras los muros de fortalezas o atrincherados en ciudades, donde de nada servían estos nuevos métodos, pudieron los nuestros aguantar un poco más los embates del enemigo.

Los primeros contingentes franceses que entraron en la Península eran de escasa calidad, sólo algunos habían estado en Jena y Austerlitz. Pero en 1809 el Emperador entró con refuerzos, con sus mejores tropas, para detener el pánico ocasionado por la batalla de Bailén. Y estas fuerzas iban a permanecer aquí hasta 1813. A partir de ese momento todo cambió y la derrota de los españoles fue la constante de casi todos los enfrentamientos de envergadura, salvo si los británicos estaban con nosotros.

Sin embargo, fuimos capaces de desarrollar un sistema de combate tan novedoso como lo fue el francés en su momento. Nos referimos a las guerrillas. No fue una técnica diseñada ex profeso, sino que la experiencia mostró el camino a seguir. Contra los guerrilleros poco pudieron sus nuevos métodos, y como la guerra había adquirido un carácter extremadamente cruel y sanguinario, y la muerte seguía con mucha seguridad a los prisioneros, el terror a ser capturado por los españoles iba a ser una constante entre los franceses, cuya vida en guarniciones y convoyes se convirtió en un sinvivir de miedos e incertidumbres. Los guerrilleros españoles llegaron a componer fuerzas importantes, que se enfrentaban con notable éxito al enemigo cuando tenían la ventaja de su parte, y se disolvían entre las escabrosidades del terreno cuando cambiaban las tornas. Cortaron las comunicaciones, hostigaron los destacamentos, capturaron convoyes y correos y, en fin, hicieron muy dura la vida al soldado francés.

\* \* \* \* \*

En esta primera parte hemos tratado de buscar una mochila adecuada para viajar en el tiempo. Una vez instalados en la época, hemos ido de menos a más, observando cómo aquellos hombres de mentalidad tan distinta a la nuestra, con una tecnología muy básica si la comparamos con la de nuestros tiempos, se encontraron de pronto en una situación extrema. Su mundo, su sistema tradicional de Gobierno, sus conocimientos se vieron zarandeados por una terrible experiencia. Fuertes y tempestuosos vientos agitaron sus creencias, destruyeron sus propiedades, los hicieron salir a miles de sus hogares para combatir a un enemigo al que parecía imposible derrotar. Pese a ello, lucharon por lo que creían justo o mejor para su patria y el futuro de sus hijos, que somos nosotros. Tratar de comprenderlos, entender por qué arruinaron su salud, su hacienda o quizás perdieron su vida es lo menos que podemos hacer por ellos.



## SEGUNDA PARTE

## 1. EL EJÉRCITO FRANCÉS

No vamos a detallar la organización del Ejército francés, por no ser este el objeto de este trabajo. Pero después de lo expuesto hasta ahora, conviene hacer una breve introducción para comparar luego los contendientes y señalar las principales diferencias organizativas y operativas que los caracterizó.

Dos son los principales factores que contribuyeron a cambiar al antiguo Ejército real francés en una moderna y temible máquina militar: la Revolución Francesa y Napoleón Bonaparte.

**INFLUENCIA DE LA REVOLUCIÓN EN EL CONCEPTO DE LA GUERRA:** Ante la actitud agresiva de las potencias europeas, toda Francia se levantó en armas para la defensa del Estado. Nace el concepto de **guerra total**, y dentro de esta nueva forma de entender la guerra, se establece que todos los hombres en edad militar deben cooperar en el esfuerzo común. Las tropas dejaron de ser profesionales y surge el **ciudadano-soldado**. Ello permitió la creación de ejércitos numerosísimos, impensables años atrás. Bajo la fórmula «la nación en armas», no sólo los hombres se convirtieron en soldados, sino que toda la población y todos los recursos de la nación se empeñaron en obtener la victoria.

Para manejar tantos soldados hacía falta gran cantidad de **mandos**. Antigüamente casi todos los oficiales y prácticamente todos los altos empleos del Ejército provenían de la nobleza. Pero ahora la mayoría de esta clase social estaba exiliada o había caído víctima de la guillotina. Se produjo pues un cambio y serán hombres de orígenes muy humildes los que ocupen los puestos vacantes, llegando algunos a las más altas graduaciones. Muchos de ellos acompañarán a Napoleón por Europa. Y no sólo era distinto su origen, sino que su valía se acreditaba por un sistema selectivo en el que el Emperador los elegía de una terna propuesta por los soldados entre los más válidos, estableciéndose con ello un fuerte vínculo entre la tropa y sus jefes. Son los mejores de los mejores, y este proceso mostrará sus magníficos frutos inmediatamente.

¿Y qué decir de los propios soldados? Eran hombres motivados, convencidos de que defendían sus ideales, no profesionales que trabajan por una paga. Mal equipados, hambrientos, sin experiencia militar en los primeros años, los soldados revolucionarios sufren las penurias de las guerras con un espíritu de sacrificio encomiable y demuestran su

valor en cerradas columnas que tienen en jaque a los mejores ejércitos de Europa.

Otra de las características que la Revolución imprimió a las guerras es la imperiosa necesidad de hacer campañas cortas y contundentes, que aunque diseñadas como defensa de la patria, tienen un potente tinte ofensivo local y, sobre todo, están encaminadas a alcanzar sus objetivos sin importar el coste en vidas que conllevara.

**INFLUENCIA DE NAPOLEÓN:** El **carisma** del emperador es su primera y principal baza. Su carácter, su falta de escrúpulos, lo convierten en un líder nato, un jefe que no admite sombras, totalmente convencido de que el destino lo ha elegido, y prueba de ello es «su buena estrella». El hecho de que todo le va saliendo a pedir de boca y que una a una las naciones europeas se doblegan ante sus decisiones lo reafirman en su actitud. Además tiene una disposición innata e insuperable para la milicia. Es sacrificado y trata a sus soldados con una naturalidad y camaradería que lo convierten en el líder por excelencia. Donde él está, todo es sencillo y se ejecuta con prontitud, las rencillas desaparecen, los problemas se solucionan.

Napoleón es el **espíritu ofensivo** por excelencia. Pocos líderes militares de la historia habían tenido un concepto tan agresivo como él, si acaso Federico II de Prusia. El espíritu del Ejército que recibió de la Revolución encaja con su carácter, pues él también es un hijo de ella. Una vez asegurado el poder político, le quitó el barniz defensivo y desarrolló al extremo su agresividad. Imprime a las operaciones militares un gran ritmo, que se ve reforzado por un relativo abandono del sistema logístico, que hubiera refrenado las marchas. Para evitar que el hambre y la enfermedad consuman al ejército, dirige sus fuerzas hacia el grueso de las fuerzas enemigas a toda velocidad y busca afanosamente su destrucción en una batalla decisiva, que está seguro de vencer y que le permitirá entrar en negociaciones para finalizar lo antes posible. Por ello, cuando la campaña se prolonga, especialmente si se opera en terrenos devastados o pobres en recursos, la mortandad entre los franceses aumenta considerablemente.

Así pues, el **objetivo** de las operaciones militares cambia. Ya no será la ocupación de una región, la toma de una plaza para conseguir ventajas en la subsiguiente negociación, sino la destrucción de las fuerzas armadas enemigas. Una vez logrado, todas las regiones y todas las plazas enemigas pasan a poder del vencedor y la negociación se hará en las condiciones que imponga.

El Emperador establece el **mando centralizado**. Es a la vez político y militar, y abandona la corte para ponerse a la cabeza de sus ejércitos en cada campaña. Está en el sitio mejor para dirigir las maniobras, para

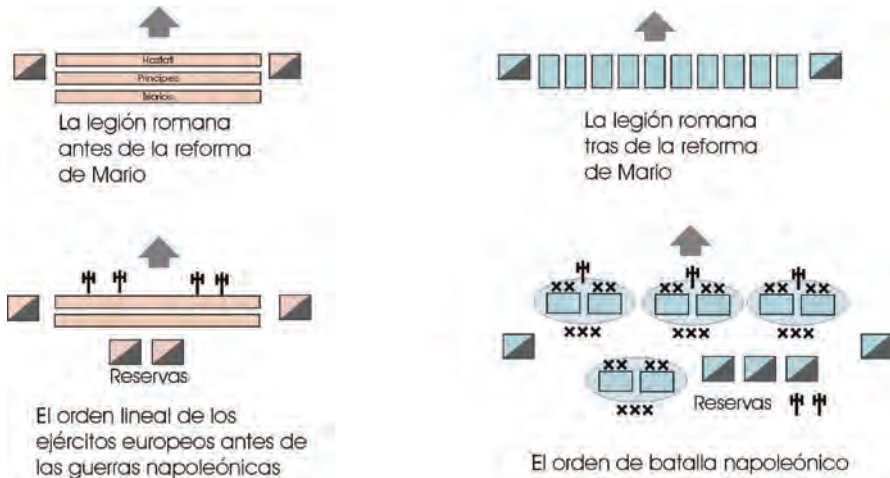
recibir la información, para tomar las decisiones. Por el contrario, sus enemigos carecen de unidad de criterios y el tiempo se pierde en consejos de guerra que nadan determinan. Además, las interferencias políticas aún entorpecen más las operaciones. En Napoleón se unen el gobernante y el general, y ello le da un poder absoluto sobre hombres y recursos. Todo se dobliga a su voluntad y se ejecuta con presteza. Así supera incluso las situaciones más apuradas y pudo, por ejemplo, rehacer el ejército perdido en Rusia en unos meses.

La **reorganización del Ejército** fue otra de sus grandes aportaciones. Estableció grandes unidades de composición estable, que durante la campaña operaban siempre unidas, mejorando el espíritu de cuerpo. Las divisiones se componían de brigadas cuyos batallones o regimientos de caballería y baterías eran fijos, y sólo cuando el elevado número de bajas los dejaban bajo mínimos y los reemplazos no llegaban, se amalgamaban entre ellos. De ello se derivaban varias ventajas: los mandos no cambiaban y se creaba un «espíritu de cuerpo» que beneficiaba la moral de los soldados, las unidades aprendían a operar apoyándose entre sí y se facilitaba el mando. Tampoco se piense que esta era una estabilidad férrea, pues las necesidades de la guerra obligaban en muchas ocasiones a cambiar los procedimientos, pero sí era una tónica que a la larga daría excelentes resultados.

La creación del **Cuerpo de Ejército** como gran unidad, permitió al Emperador una capacidad de maniobra impensable hasta entonces. De entre veinte y veinticinco mil hombres, compuesto de 2 ó 3 divisiones de infantería, una división o brigada de caballería, varias baterías de artillería, ingenieros y demás servicios, e incluso un pequeño Estado Mayor, actuaba como un pequeño ejército capaz de maniobrar independientemente y atender a todas sus necesidades. Con ellos pudo Napoleón hacer sentir su poder en toda Europa, pues podían operar en alejados escenarios aislados o apoyándose entre sí en los grandes encuentros. Sin duda, el cuerpo de ejército fue una de sus herramientas fundamentales a nivel operacional. Al mando de eficientes mariscales y generales, su eficacia quedó demostrada en múltiples ocasiones, como cuando el Iº Cuerpo de Davout derrotó en Auerstadt al grueso del ejército prusiano, que le doblaba en número.

El siguiente símil puede ilustrarnos sobre la flexibilidad que adquirió el despliegue con esta nueva organización. La formación de batalla que se tomaba como modelo y que se arrastraba desde la desaparición de la pica en 1700 podría compararse con la formación lineal del ejército romano republicano, con los hastatis, príncipes y triarios en tres grandes líneas y la caballería a los flancos, un tipo de despliegue poco flexible. Por el con-

trario, la organización de grandes unidades estables introducida por Napoleón da una flexibilidad y tiene un efecto parecido al que tuvo la adopción de la cohorte por Mario en el siglo II (AJC).



Durante la guerra en España los cuerpos de ejército no siempre actuaron reunidos. Inicialmente sí mantuvieron la composición y método indicado anteriormente, pero luego, debido a la dispersión a que obligaba el control territorial, se actuó más por divisiones, brigadas y pequeñas unidades, conformando una especie de *task force* con participación de las tres Armas. Esta costumbre se mantuvo incluso cuando se reunían para una gran batalla, perdiendo con ello las ventajas que esta gran unidad les proporcionaba.

El **movimiento** es otra de las claves de sus éxitos. Desde el inicio de la campaña, sus tropas están en constante desplazamiento. Siempre que pudo, Napoleón evitó el estancamiento de las operaciones, los frentes fijos, los asedios y cualquier tipo de situación que lo detuviese. Incluso en las peores condiciones, sus fuerzas tomaban siempre la ofensiva, manteniendo así la iniciativa. Y este movimiento se hacía, además, a una velocidad que no podía igualar ninguno de sus contrarios, que seguían utilizando el clásico sistema de aprovisionamientos y depósitos que ralentizaba sus marchas.

Potenció la **información** mediante el espionaje y con la utilización de pantallas de caballería que protegían sus fuerzas. Con ello no sólo evitó sorpresas, sino que se las dio a sus enemigos, que lo veían aparecer en donde menos se esperaban en un tiempo récord.

La acertada combinación de las Armas combatientes en el campo de batalla, unido a sus diversos métodos operacionales de resolver los encuentros, siempre contando con una reserva para decidirlos, hizo que los obsoletos métodos de combate heredados de Federico de Prusia fueran superados por los franceses con gran fortuna. Ya fuera una *batalla de movimiento*, o siguiendo la *estrategia de la posición central*, como se les ha definido, sus ejércitos vencieron hasta que los Aliados aprendieron sus métodos y organizaron sus fuerzas para neutralizarlos.

Pero si hubo un factor que fue decisivo para explicar los continuos éxitos franceses fue su **experiencia de combate**. Cuando se inicia la Guerra de la Independencia, los franceses llevan ya 17 años de constante batallar, y ello había dado a sus jefes y soldados una impresionante técnica, una cohesión y una seguridad en sus habilidades castrenses de que carecían sus oponentes.

## 2. EL CASO ESPAÑOL

En la Península los franceses perdieron muchas de las ventajas que hemos citado en el apartado anterior. Pese a ello, tácticamente eran muy superiores a los españoles, pero con los británicos no pudieron, en gran parte gracias a los españoles, que los obligaron a mantenerse dispersos. En este sentido, nuestra alianza con Gran Bretaña obtuvo magníficos frutos para ambos, y no es de extrañar que se terminara nombrando a Wellington general en jefe de las fuerzas peninsulares españolas, portuguesas y británicas.

Como hemos dicho, una de las claves del éxito de Napoleón en sus campañas es que ejercía el mando sin oposición alguna. Sus órdenes eran cumplidas a rajatabla y con gran diligencia, y ¡ay de aquel que no lo hiciera! Berthier, su jefe de Estado Mayor, se encargaba de que salieran copias suficientes para que llegasen a sus destinatarios, y sus fuerzas se movían con una velocidad y una coordinación tal, que normalmente se enfrentaban al contrario en las mejores condiciones para obtener el éxito. Sin embargo, la excesiva centralización que impuso el Emperador le perjudicó mucho en España. Quiso dirigir la guerra desde París, pero en una nación en continua sublevación, con levantamientos populares o una clara hostilidad en las poblaciones desguarnecidas, con tropas regulares tratando de interferir en varias regiones a la vez e infestada de partidas de guerrilleros que se multiplicaban con el paso de los años, sus órdenes siempre llegaban tarde. Además, su lejanía hacía que los generales franceses colaborasen

menos entre sí y dieran rienda suelta a sus egoísmos y rivalidades. Y aún queda la duda, a la vista de las continuas desautorizaciones a que sometió a su hermano José I, de si esta situación no fue consentida e incluso provocada para que nadie le hiciese sombra. Como puede suponerse, el espionaje aquí apenas funcionó, y la información que llegaba al Emperador era muy parcial y atrasada. Hasta tal punto fue esto así, que no fue raro que Wellington tuviera una visión de conjunto más clara de los problemas franceses en España que el mismo Napoleón.

Pero tampoco en nuestra patria hubo un mando centralizado que dirigiese y coordinase las operaciones, al menos hasta 1812, año en que Wellington fue nombrado jefe de todas las fuerzas. Ya desde el inicio, nuestros dispersos ejércitos actuaron con poca o nula coordinación, pues no había unidad de criterios, cada Junta hacía prácticamente la guerra por su cuenta, cada general maniobraba a su antojo y pocos vieron con claridad que el desastre de uno era la ruina de los demás.

Por el contrario, el concepto de ciudadano-soldado se aplicó aquí casi igual que en Francia. Y aunque los voluntarios nutrieron constantemente las tropas, la calidad de nuestras fuerzas, que empezó el conflicto con un nivel aceptable, fue cayendo progresivamente. Los oficiales, salvo casos excepcionales, no se podían comparar en preparación ni en experiencia con los franceses, y los soldados, tan ardorosos como inexpertos, no facilitaron su labor, amenazándolos en ocasiones con amotinarse o considerarlos «afrancesados» si no buscaban rápidamente la batalla campal con el enemigo, precisamente lo que más convenía al francés y menos a nosotros.

La organización de nuestras tropas era anticuada y poco flexible. Las ya mencionadas expediciones a Dinamarca y Portugal supusieron la pérdida de muy buenos hombres, caballos y material. Y el problema se incrementó durante la guerra con un deficiente sistema de reemplazos, al no completarse las unidades del ejército regular y preferir levantar nuevos batallones, que entre la falta de mandos y su inexperiencia, nunca resultaron fiables en la batalla.

### *3. EL EJÉRCITO ESPAÑOL AL INICIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA*

La organización del Ejército español al inicio del conflicto seguía el modelo que la mayoría de los ejércitos europeos habían adoptado tras las experiencias de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), en la que tantos

éxitos cosechara Federico II de Prusia. Como queda dicho, sólo Francia, por los grandes cambios de todo tipo que siguieron a la Revolución y la llegada de Napoleón al poder, estaba introduciendo importantes innovaciones en el arte de la guerra.

Los ejércitos de las principales naciones, y entre ellas España, tenían un tipo de organización en tiempo de paz que durante los conflictos permitía afrontar la amenaza, a la vez que en la retaguardia se preparaban recursos para continuar la guerra, caso de prolongarse. Cuando ésta se declaraba, parte de las unidades conformaban uno (o varios) ejércitos, mientras que el resto quedaba en la retaguardia, en reserva, y desempeñando funciones muy diversas. Las *unidades de batalla* eran seleccionadas de entre las mejores disponibles, completándose en lo posible sus cuadros. Otras no estaban diseñadas para combatir, sino que su principal función era preparar nuevas unidades o adiestrar los reemplazos para cubrir las bajas. Estas son las llamadas *unidades de encuadramiento*. Entre unas y otras estaban las *milicias provinciales*, unidades de reserva de mediana calidad con una función ambivalente y, sobre todo, una misión de defensa territorial, pero que durante la guerra se convertirían definitivamente en unidades de batalla.

El **regimiento**, que sustituyó a los viejos tercios, es la unidad fundamental de encuadramiento e instrucción en todas las Armas. Es también la «madre» de la que surgen los batallones de infantería, los escuadrones de caballería y las compañías de artillería que conformarán contingentes para la campaña o para la retaguardia, para actuar en España, en el extranjero o en las colonias. En ellos los soldados van a conocer a sus jefes más inmediatos y a los compañeros que los acompañarán en su andadura militar. En el regimiento reciben su instrucción, su paga, sus honores y sus castigos.

En infantería, el regimiento era sólo unidad de encuadramiento y su plana mayor normalmente permanecía en la retaguardia; estaba compuesto por batallones, unidades tácticas básicas. El promedio de hombres de un batallón de infantería de línea era de unos 750 hombres. El regimiento de caballería, que totalizaba 540 jinetes, se componía de escuadrones. En esta Arma, tanto el regimiento como el escuadrón eran unidades de encuadramiento y tácticas a la vez, y actuaban en combate. Los regimientos de artillería eran solamente unidades de encuadramiento e instrucción, y para dotar de potencia de fuego a las tropas en campaña, se formaban baterías de una compañía de 120 a 150 hombres, con 6 a 8 piezas entre cañones y obuses.

En su organización para la guerra, las grandes unidades (Ejército, Cuerpo de Ejército, División y Brigada), o no existían o no tenían pare-

cido a los modelos establecidos durante las guerras napoleónicas, cuyas denominaciones y conceptos fundamentales prácticamente han seguido hasta nuestros días.

Antes de la Guerra de la Independencia, el Ejército español todavía se articulaba en *columnas*, de composición muy variable, recibiendo a veces los contingentes de menor tamaño los nombres de «trozos» o «destacamentos». Durante la batalla aún se seguía el antiguo esquema de la doble línea (en Bailén fue lo que se hizo), con la caballería en los flancos o en reserva y la artillería al frente, subdividiendo a su vez el despliegue en «alas», «centro» y «reserva». A su vez, las tropas solían agruparse en eventuales divisiones y/o brigadas. Pero estas «divisiones» y «brigadas» no se correspondían a formaciones estables, con más o menos batallones, que actuaran habitualmente bajo un mismo mando, sino que se formaban provisionalmente para afrontar diversas situaciones, disolviéndose luego y volviéndose a formar con las mismas u otras fuerzas o jefes, según la nueva necesidad. Es más, incluso era normal extraer de los batallones compañías para conformar unidades especializadas que actuaban agrupadas durante un combate, volviendo luego a sus originarias (como solían hacer los granaderos o los cazadores). La Guerra del Rosellón es un claro ejemplo de lo que se expone<sup>5</sup>. A partir de 1808, y siguiendo los modelos franceses y británicos, ya se empezó a adoptar el nuevo concepto de gran unidad estable, pero la fragmentación del Estado y las continuas derrotas dificultaron la consolidación del sistema, y sería durante los conflictos del resto del siglo cuando se asentaron las nuevas ideas.

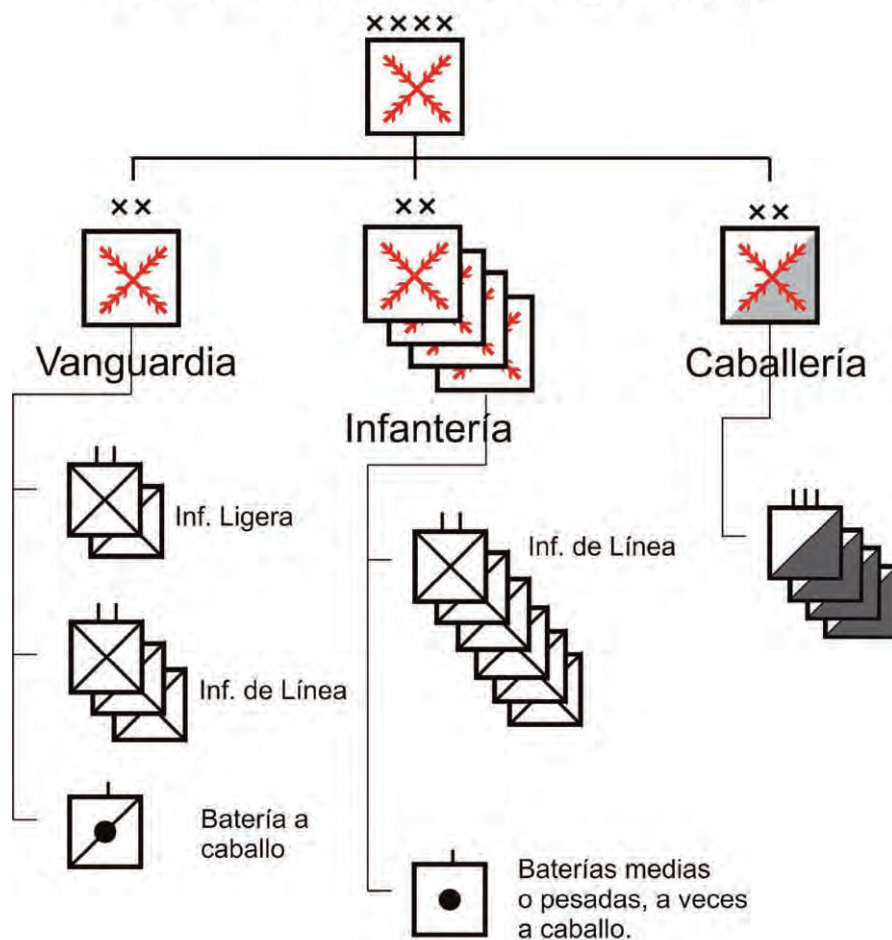
Pasados los primeros meses de conflicto, la división se conformó pues como la gran unidad que compondría los ejércitos. Las divisiones serían de infantería o de caballería, y en ambos casos era lo corriente que tuvieran asignada una batería de artillería. Una de las de infantería se denominaba «de vanguardia», estaba compuesta por tropas ligeras y su batería era a caballo. Las demás tenían un número variable de batallones de infantería de línea, procurándose que siempre hubiera algunos del antiguo ejército real, alguno de milicias provinciales y el resto de voluntarios. Y aunque los británicos y franceses normalmente utilizaron siempre la brigada como unidad intermedia entre la división y el batallón, y el término no era desconocido en el ejército real, durante el conflicto apenas se la menciona en los órdenes de batalla españoles conocidos.

---

<sup>5</sup> «Campaña de los Pirineos al finales del siglo XVIII». Servicio Histórico Militar.



## Esquema de un ejército español durante la Guerra de la Independencia



NOTA: Contiene un ejemplo promedio. Los ejércitos eran muy variados en su composición, pero solía ajustarse a este esquema. Las calidad de las fuerzas varió conforme avanzó la guerra, pero la mayoría de las tropas eran voluntarios con escasa experiencia militar.

## LAS ARMAS Y CUERPOS

En los anexos del final se ofrecen los organigramas y totales de unidades existentes en el Ejército español al inicio de la Guerra, incluyéndose alguna reproducción de sus uniformes. Las reformas de las unidades fueron permanentes en los años anteriores a la guerra, reduciendo o aumentando sus cuadros según las disponibilidades humanas o las necesidades bélicas. Citarlos todos sería demasiado prolijo, y nos limitaremos a indicar el estado en 1808.

Los **Guardias**, o tropas de la Casa Real, estaban compuestos de tropas a pie y a caballo. Para la seguridad directa del monarca prestaba servicio a pie la Compañía de Reales Guardias Alabarderos y tres compañías montadas de Reales Guardias de Corps. Para prestar servicio en campaña como tropas selectas, estaba la Brigada de Carabineros Reales, considerado el primer regimiento de caballería, y los dos regimientos de Guardias Españoles y Walonas, ambos de infantería.

En el ejército regular había dos tipos de **Infantería**, la llamada «de línea» y la «ligera». La primera formaba extensas líneas con sus batallones (de ahí su nombre) y constituían el cuerpo principal en la batalla. La infantería ligera estaba compuesta por batallones de soldados procedentes de Aragón, Navarra, Valencia y Cataluña, regiones cuyos habitantes tenían fama de ser muy activos, rápidos en la marcha por terrenos accidentados y de gran iniciativa. Formaban la vanguardia y actuaban en formaciones más abiertas, en descubiertas o misiones de hostigamiento, aunque también podían combatir como la infantería de línea si era preciso.

Por su profesionalidad, los regimientos suizos y los de línea, entre los que había 4 más de extranjeros, principalmente irlandeses, conformaban la base del ejército regular. También había regimientos de Milicias Provinciales, infantería de peor calidad y reclutados en las provincias como reserva y para la defensa territorial. En las colonias había de todo, pues en situaciones de emergencia, dado el tiempo que se tardaba en llevar refuerzos desde la metrópoli, se movilizaba todo hombre que pudiera empuñar un arma.

El armamento principal del infante era un fusil de pedernal. Esta arma permitía el acoplamiento de una bayoneta en el extremo, y el ritmo de disparos para una unidad bien entrenada podía llegar a ser de tres por minuto<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> En el número 2 del año I (Marzo-Abril de 2004) de la revista «*Ristre Napoleónico*» apareció un artículo de D. José Manuel Salvat Martínez sobre el fusil de 1812, que puede servir de ilustración del tipo de arma que era un mosquete de esta época. También conviene consultar la revista «*Ristre*» si se quiere obtener una idea muy exacta de la uniformidad del ejército de Carlos IV, pues publicó una magnífica colección de láminas ilustradas por D. LuíS Leza Suárez.

# REALES GUARDIAS

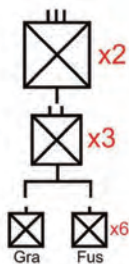
Compañía de Reales Guardias Alabarderos



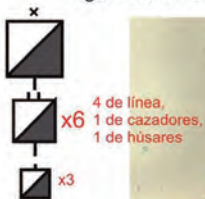
Reales Guardias de Corps



Guardias Españoles y Walonas

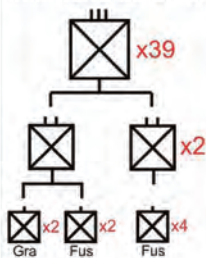


Brigada de Carabineros Reales



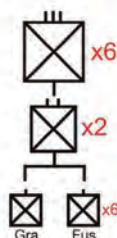
# LA INFANTERÍA

Infantería de Línea



Infantería de línea e irlandesa

Infantería Suiza



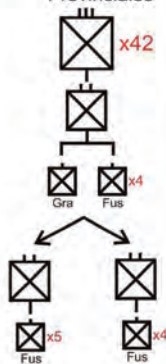
Infantería suiza

Infantería Ligera



Infantería ligera

Regimientos Provinciales



Milicia provincial

El batallón era la unidad táctica fundamental y normalmente actuaba unido, con los hombres formados por compañías, codo con codo, en rectas filas y columnas. Para la instrucción de la infantería hubo numerosos reglamentos<sup>7</sup>. Para conseguir la máxima potencia de fuego, se formaba en tres líneas, disparando a la orden una cada vez, mientras la tercera recargaba. A diferencia de este método, los británicos formaban dos líneas y disparaban por pelotones o secciones, con lo que mantenían un rito ininterrumpido de fuego. Nuestro sistema era igual que el francés, e igual que ellos, se dedicaba poco tiempo a la instrucción del disparo, confiándose más en la bayoneta. Para repeler a la caballería, los batallones formaban cuadros, de forma que no hubiera flancos o retaguardia por donde los jinetes pudieran eludir el bosque de bayonetas y la cortina de disparos con que se les recibía. Había formaciones de marcha, para desplazarse con rapidez y seguridad por caminos en retaguardia, y formaciones cerradas para asaltar. Todos los cambios de formación se practicaban una y otra vez para adoptarlas con el mayor orden en el menor tiempo posible.

Una de las compañías en algunos batallones era de *granaderos*, una antigua herencia que en esta época actuaban igual que los *fusileros*. Vestían un uniforme similar, diferenciándose principalmente en la prenda de cabeza, que era espectacular. Su origen se remonta a la Guerra de Sucesión Española (1702-1714), en la que se seleccionaban los hombres más altos para que lanzasen granadas por encima de las filas propias. La efectividad de estas primitivas granadas era muy cuestionable, y entre otras habilidades, había que cortarles la mecha para adecuarla al tiempo en que se quería que estallasen. Poco a poco se perdió esta forma de combate y quedaron como una compañía más, supuestamente de elite. Durante las batallas, las compañías de granaderos se destacaban de sus batallones y se agrupaban en batallones de granaderos, cuya calidad se suponía superior y se reservaban para las ocasiones difíciles.

Al inicio de la guerra no había en los batallones de línea sino 8 *tiradores* por compañía, soldados que podemos equiparar a los *voltigeurs* franceses o *rifles* británicos. Durante la guerra se demostró su utilidad y en 1810 en cada batallón se creó una compañía de *cazadores*<sup>8</sup>.

Había cuatro tipos de jinetes en la **Caballería**. La *caballería de línea* era el equivalente montado de la infantería de línea y componía el grueso de este Arma. Su armamento principal era la espada recta. Aunque llevaban dos pistolas y una carabina, buscaban la resolución del combate con

<sup>7</sup> Existían Ordenanzas publicadas en 1798, 1802, 1804, 1805 y 1808. Durante la Guerra se escribieron al menos dos más, una en 1810 y otra en 1812.

<sup>8</sup> CLONARD: *Historia de las armas de infantería y caballería españolas*.

# LA CABALLERÍA



x24

12 de caballería de línea  
8 de dragones  
2 de cazadores  
2 de húsares



x5



x2



Caballería de línea



Dragón



Húsar



Cazador

una carga; eran pues unidades de choque. Los *cazadores* eran caballería ligera, para misiones de seguridad y exploración, y tenían el mismo armamento de fuego que los anteriores, con la salvedad de que en vez de espada usaban sable curvo. Los *húsares*, armados como los cazadores, eran también caballería ligera, una creación relativamente reciente siguiendo la moda que se impuso en toda Europa de tener jinetes de vistosos y coloridos uniformes al uso húngaro, donde nacen. También había regimientos de *dragones*, otra herencia de más cien años atrás, igual que los granaderos. En su origen, los dragones eran infantería montada, una unidad de desplazamiento rápido gracias a los caballos, pero que combatía a pie. En 1803 se suprimieron, transformándolos en cazadores y húsares. Cuando en 1805 volvieron a reaparecer, el proceso de cambio de uniformidad estaba en curso y al inicio de la contienda había una buena mezcla que dará mucho trabajo a los *uniformólogos* de nuestra época. Perdida su dualidad como infantería, actuaban como la caballería de línea, con una espada recta y un fusil de tamaño mayor que las carabinas usuales de la caballería. Los dragones eran pues una caballería de choque, pero de peor calidad.

Formar un jinete, domar un caballo y hacerlo maniobrar y combatir con eficiencia lleva mucho tiempo, más del que habitualmente dispusieron los españoles en esta guerra<sup>9</sup>. Con la nación invadida, conseguir buenas monturas fue prácticamente imposible, y las penurias de la guerra causaban enorme mortandad entre ellas. Por esto el rendimiento de la caballería fue tan irregular y poco fiable durante todo el conflicto.

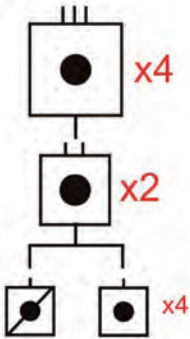
Se consideraban dos tipos de **Artillería**: la *de campaña* y la *de guarnición*. La primera acompañaba a las fuerzas en campaña para proporcionarles apoyo por el fuego; la segunda guarnicionaba las plazas fuertes. A su vez, la artillería de campaña, según el tipo de pieza que usaba, se podría clasificar en ligera, media, pesada y de montaña. Según la forma de desplazarse, en *a pie* o *a caballo*, también llamada *montada*.

Los artilleros estaban clasificados según sus diversas especialidades. Los *artilleros* propiamente dichos eran los encargados de manejar, cargar y disparar las piezas. Los *soldados* auxiliaban a los artilleros y los *conductores* eran los encargados de manejar los caballos que arrastraban las piezas y municiones. Un cañón de campaña de a 12, el más pesado, requería de 4 artilleros, 12 soldados y 6 caballos para su manejo, mientras que uno de 4, el más ligero, requería 4 artilleros, 4 soldados y 4 caballos.

---

<sup>9</sup> Existían ordenanzas para caballería publicadas en 1803, 1804 y 1808.

# LA ARTILLERÍA



Cañón de a 12



Soldado de artillería



Soldado de artillería a caballo

Cañón listo para el transporte



## TIPOS DE PIEZAS DE ARTILLERÍA

De batalla	De plaza y sitio
Cañones cortos de a 12, 8 y 4	Cañones de a 24 y 12
Cañón de montaña de a 4	Cañones largos de a 12, 8 y 4
Obús de a 7	Todos los morteros
	Pedrero
	Obús de a 9



Para hacernos una idea de la envergadura del material que manejaban los artilleros, Morla<sup>10</sup> calcula que el parque artillero para una división de 12.000 hombres requiere de 387 caballos, empleados en arrastrar las piezas, los carros de municiones, fraguas y demás material.

Para la campaña se formaban *baterías*, que se asignaban al ejército o a una división. Una batería se componía de 6 a 8 piezas, normalmente dos tercios cañones (del mismo calibre) y un tercio obuses, y una compañía de artillería de 120 a 150 hombres. Cada batería llevaba municiones en carros especiales, además de una provisión que se transportaba en el avantrén. El Ejército contaba con un *Parque de Artillería*, con repuestos y municiones, así como material para reparaciones y tareas especiales. Los artilleros tenían una buena Ordenanza<sup>11</sup> y se les podía considerar los técnicos más cualificados del Ejército. Dieron muestra de su buen hacer y saber durante todo el conflicto, pero se vieron muy afectados por la pérdida de material en cada derrota y la dificultad de conseguir caballos para el arrastre de las piezas, con lo que no fue infrecuente el uso de mulos o incluso bueyes.

Los **Ingenieros** adquieren entidad independiente de la artillería, en la que nacieron, a partir de 1711 y como cuerpo en 1768<sup>12</sup>. Cuando empezó la guerra existía un regimiento, cuya articulación se puede ver en los esquemas. Sus especialidades eran dos: *zapadores* y *minadores*. Sus misiones eran: el reconocimiento a vanguardia de los ejércitos, para lo que las compañías de zapadores se asignaban a las columnas que lo componían, explorando el terreno y levantando mapas; castrametación y todo tipo de obras para construcción de alojamientos u hospitales; dirección de las obras en asedios; levantamiento de obstáculos ante el enemigo; inteligencia y espionaje; y reconocimiento de los recursos naturales que pudieran ser de provecho al ejército. Los zapadores, como soldados de élite, podían actuar como una cualificada infantería. Los *pontoneros* pertenecían todavía a la artillería, pero sus labores debían ser auxiliadas por los zapadores.

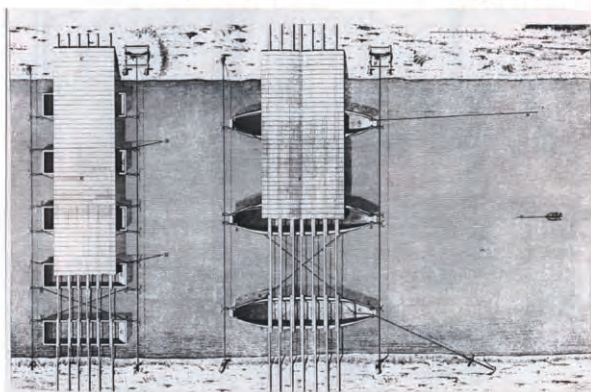
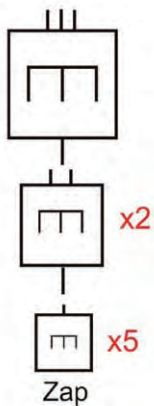
La **Intendencia** estaba práctica y mayoritariamente en manos de civiles. El Intendente Jefe del Ejército, auxiliado de comisarios, contadores y tesoreros, tenía como misión proveer de suministros a las tropas, pero los

<sup>10</sup> MORLA, Tomás: *Tratado de Artillería*. 1816

<sup>11</sup> «Ordenanza dividida en 14 reglamentos que S.M. manda observar en el Real Cuerpo de Artillería, para sus diferentes ramos de tropas, cuenta y razón y fábricas» 1802, y «Reglamento de la nueva constitución del Cuerpo de Artillería» 1806.

<sup>12</sup> Véase la «Ordenanza del Real Cuerpo de Ingenieros. Reglamento y Servicio del Real Cuerpo de Ingenieros en campaña» de 1803. Respecto a los pontoneros, ver el tratado de Morla citado en la nota 7.

# LOS INGENIEROS



procedimientos que usaban eran lentos y muy irregulares y no había doctrina actualizada<sup>13</sup>. Durante la guerra los generales españoles se las vieron y se las desearon para conseguir los mínimos que necesitaban, pues a la falta de ordenanzas modernas se unía la ocupación de amplias zonas por el enemigo y el abandono de los campos y cultivos.

La **Sanidad** también estaba en sus principios y la medicina, poco desarrollada para garantizar mínimamente la salud de los soldados. No obstante, existían ordenanzas para ella<sup>14</sup>, y así se contempla la figura del Cirujano Mayor de Ejército, con obligación de formar brigadas compuestas por ayudantes, practicantes y enfermeros. En la normativa se especificaba cómo y cuál era el material que debían llevar consigo, incluyéndose material quirúrgico y medicamentos, así como la forma y lugares más adecuados para organizar los hospitales.

Los **Oficiales** provenían de dos orígenes. Aproximadamente dos tercios eran *cadetes*, jóvenes de «buenas familias», que acreditaban «limpieza de sangre» y ascendencia «noble», condición imprescindible para ingresar, por ejemplo, en la caballería. Se les pedían unos estudios básicos y conocimientos del arte de la guerra. Más sólida era la instrucción que se pedía para ingresar en artillería e ingenieros, las especialidades más técnicas del ejército. Este conjunto de circunstancias hizo que los oficiales provenientes de esta clase fueran más brillantes que los procedentes del otro grupo, llamados *sargentos*, pero no necesariamente su mejor preparación les preservó de la arrogancia y altanería con que en muchos casos se comportaron, desmedido orgullo de clase que no casaba con la escasa aptitud que luego demostraron en campaña. Los oficiales procedentes de *sargentos*, es decir, de las filas del ejército tras ascender lentamente en los diferentes empleos básicos, se consideraban inferiores a los anteriores por su menor instrucción, humilde nacimiento y por la arrogancia de los otros.

La formación se hacía en Academias, como eran de la Zamora para la infantería y caballería, el Real Colegio de Segovia para la artillería, y una de reciente construcción en Alcalá de Henares para los ingenieros.

El procedimiento de ascensos se basaba en los méritos y años de servicio y era lento en general, excepto para los favorecidos y recomendados, que

<sup>13</sup> Hasta 1748 no se pusieron en vigor las ordenanzas aprobadas treinta años antes (Lambarri «Galería Militar de Intendencia»). La organización estaba tan por hacer, que en los inicios de Guerra de la Independencia, la Junta de Sevilla encargó al antiguo intendente González Carvajal que redactase una guía, que tituló «Del oficio y cargos del intendente de Ejército en campaña».

<sup>14</sup> Véase el «Reglamento para el Cuerpo de Cirugía Militar» de 1805.

podían alcanzar con rapidez los más altos destinos gracias a estas influencias. También hay que mencionar otra nefasta costumbre de aquella época, la de mantener el empleo real más bajo que el cargo ostentado, con lo que el erario público se ahorraba en sueldos lo que el oficial podía tomar por el cargo. Todo ello originó que, en general, la media de edad de los empleos era mucho mayor que la de los franceses y se notó indudablemente en las operaciones militares. La media de edad de un general jefe de ejército español rondaba los 54 años, mientras que uno francés con la misma responsabilidad tenía un promedio de 42 (no olvidemos que en esa época se envejecía mucho). La situación era todavía peor en los máximos responsables militares que ejercían cargos políticos o de asesores en las Juntas, pasando de los 70 con frecuencia. Napoleón tenía 40 cuando entró en España, Murat 41 y Jourdan 46.

Las **Tropas** eran reclutadas por varios procedimientos. En primer lugar citaremos el *voluntariado*, que se usó ampliamente durante la guerra, pero no tanto antes. También denominado *enganche*, fue el sistema predominante con los Austrias. Los que así entraban en el Ejército lo hacían por una paga, pero poco a poco los voluntarios se fueron reduciendo, hasta que en 1800 prácticamente sólo las tropas de la Casa Real y los regimientos de extranjeros se nutrían de ellos. Hay que apuntar que los segundos eran la ralea de sus naciones, vagos y delincuentes huidos de sus países y buscados por las justicias, o expulsados por indeseables.

En vista de la falta de hombres en filas, se recurrió a la *quinta*, consistente en un sorteo por el que se escogía uno de cada cinco hombres con edad militar. El sistema, a todas luces injusto, estaba además muy desprestigiado porque había exenciones y privilegios que excluían a unos en perjuicio de otros.

Para disminuir el malestar y la tensión social originada por la quinta, se estableció el *reemplazo*, por el que los quintos podían sustituirse por otras personas. Los abusos y estafas que este procedimiento originó fueron tan escandalosos, que al final sólo se permitía el reemplazo con autorización real.

El peor de los sistemas de reclutamiento era la *leva*, constituida por los delincuentes detenidos por la policía. Eran gentes de tan malas costumbres, que el menor mal que originaban era la frecuente desertión. La disciplina con ellos tenía que ser durísima, y el ejemplo que daban a sus compañeros no podía ser peor.

\* \* \* \* \*

En este apretado resumen hemos bosquejado la organización del Ejército español al inicio de la Guerra de la Independencia. Puede verse claramente que no era un enemigo peligroso para los franceses. Sin embargo, hay

que huir del tópico de que la Guerra de la Independencia fue un conflicto dominado por los «guerrilleros» y que los ejércitos regulares poco o nada hicieron. Veamos esto con un poco de detalle.

En efecto, de un primer vistazo, salvo en las batallas de Bailén, Tamames, Alcañiz y San Marcial, prácticamente los restantes encuentros de importancia en los que no estuvieron los británicos a nuestro lado terminaron en derrota, o casi. Sólo cuando los nuestros se protegían tras los muros de fortalezas o ciudades fortificadas, pudieron resistir los embates franceses, al menos durante un tiempo. Sin embargo, estas batallas conviene analizarlas desde otras perspectivas, no solamente la táctica. La batalla de Bailén, con ser una victoria para nuestras armas, no tuvo un desarrollo táctico brillante, ni fue un encuentro de grandes masas de tropas. Siendo como fue un encuentro menor, tuvo unos efectos notabilísimos. Los franceses, al conocer la rendición de Dupont y el avance de los españoles, se retiraron hasta el Ebro en una vergonzosa carrera que fue recriminada a su hermano por el mismo Emperador. Aunque volvieron luego a ocupar prácticamente toda la Península, ya nada fue lo mismo, pues se había producido la primera derrota de un contingente francés a manos de una potencia de segundo orden. Las repercusiones de Bailén traspasaron nuestras fronteras, pero también originó en los generales españoles una falsa apreciación de la realidad. Pues si en el primer encuentro habíamos derrotado a los amos de Europa, ¿por qué no íbamos a lograrlo en otros? Y así se prestaron a reñir batallas campales de las que sólo cosecharon descalabros.

No fuimos capaces de aprovechar bien el terreno, de usar una táctica parecida a la que usó Wellington, que sólo aceptó el combate cuando todo estaba de su parte. Y España tiene un accidentado suelo que se hubiera prestado muy bien a estas maniobras. Bien claro se vio en Cataluña, donde la resistencia de las tropas regulares y somatenes fue más que notable, y los franceses pasaron verdaderos apuros en aquella región. Sólo cuando Suchet, uno de los mejores generales franceses, fue puesto al mando, encontraron algún respiro.

No obstante, la pléyade de ejércitos de mayor o menor tamaño que incesantemente operó por distintas regiones españolas y que como el ave Fénix resurgían de sus cenizas, obligó a los franceses a dispersarse para conjurar sus acciones y someter todo el territorio. Esta dispersión evitó que pudieran concentrarse contra su más peligroso enemigo, los británicos. Si hubieran reunido cien mil hombres contra ellos, y llegaron a tener cerca de los 300.000 aquí, Wellington, como él mismo escribió, se hubiera reembarcado para Inglaterra.

Véanse los croquis adjuntos al final de este trabajo<sup>15</sup>. En el año 1808 se contó principalmente con las tropas que ya había en el ejército regular, reforzados por los primeros voluntarios alistados. Tras Bailén los españoles tomaron la ofensiva, pero al finalizar el año, con la entrada de Napoleón y poderosos refuerzos, todos los contingentes habían sido derrotados y prácticamente aniquilados. Sin embargo, la nación no se sentía derrotada, y en 1809 los voluntarios afluyeron masivamente a las filas de los dispersos restos de ejércitos, llegando a totalizar cerca de 200.000 los soldados que se enfrentaron a los franceses durante ese año. Lamentablemente, el resultado de las batallas campales a que se arriesgaron los generales fue el más estrepitoso desastre. Nuevamente destrozados, nada pudo impedir que en 1810 los franceses fueran los dueños de prácticamente todo el territorio nacional, con los ingleses atrincherados tras las líneas defensivas de Torres Vedras. Aún así, nuestras fuerzas regulares llegaron a totalizar aproximadamente 100.000 hombres ese año.

El año de 1811 es el punto de inflexión de la guerra. Pese a que ningún ejército español podía oponerse al poderío imperial, aún subsistían núcleos

---

<sup>15</sup> NOTAS SOBRE LOS CROQUIS DE FUERZAS: Las fuerzas anuales son cifras aproximadas y provienen de varias fuentes, no existiendo un criterio unánime al respecto. Se comprenderá además que en el transcurso de un año variaron considerablemente. De hecho, respecto a cifras concretas de las fuerzas españolas existen pocos documentos detallados, mientras que de franceses e ingleses sí hay más documentación, otra de las consecuencias de estar el territorio nacional ocupado y no gozar de una administración estable que pudiera ejercer este control. Se han seguido los criterios siguientes para su confección:

- Las fuerzas españolas reflejan los máximos alcanzados por las distintas concentraciones de fuerzas de **ejércitos regulares** y guarniciones. Sobre la calidad de estas fuerzas, hay que tener presente que la mayoría eran reclutas bisoños. Los guerrilleros no vienen indicados, pero a partir de 1810 se pueden estimar en unos 50.000 activos por todo el territorio nacional. De hecho, muchos soldados que resultaron dispersos tras las frecuentes derrotas, pasaron a engrosar sus partidas. Respecto a las denominaciones de «ejércitos», más que entenderlas como grandes unidades con mando independiente, pues algunos no llegaban a la fuerza de un cuerpo de ejército todo lo más.
- Se citan las batallas o combates más importantes, y la fecha en que ocurrieron, así como la duración aproximada de los asedios, de los que se puede fijar con certeza el día que finalizan, pero no tanto el de inicio.
- Se hace una indicación de los ejércitos o grupos de fuerzas que resultaron muy disminuidos por la acción del combate o por las penalidades de la vida en campaña. Sin embargo, no todas las disminuciones numéricas obedecen a estas causas. También hubo muchos cambios de zonas de operaciones o de refuerzos a otros lugares que redujeron sus cifras.
- Las fuerzas francesas se desglosan a veces en los cuerpos más activos en determinadas operaciones, y también expresan los totales de fuerzas en ese año.
- Las fuerzas anglo-portuguesas expresan las fuerzas de batalla, quedando indicado con una (R) las reservas y fuerzas irregulares.
- Los totales de la parte inferior derecha no siempre son la suma de las cifras parciales arriba indicadas, pues se pueden incluir reservas, destacamentos o guarniciones no incluidas en ellas. Los británicos no están sumados, para facilitar el conocimiento de la potencia de las fuerzas españolas.

de resistencia, algunos indomables como Cádiz. Los británicos, tras hacer morir de hambre al ejército de Massena en Portugal, pasaron a la ofensiva. Si bien el año terminó con los franceses aún controlando mucho territorio, parecía que se veía alguna luz al fondo del túnel, pues los españoles no pensaban tirar la toalla y hasta 124.000 soldados llegaron a componer sus dispersas fuerzas. Aunque nadie podía adivinarlo, los acontecimientos europeos iban a venir pronto en su ayuda.

En 1812 Napoleón invadió Rusia, campaña que terminó en el desastre ya conocido. Desde principios del año los británicos mantuvieron una fuerte presión contra los franceses, derrotándolos en la batalla de los Arapiles (22.07.12). Tras esta victoria, Wellington fue nombrado generalísimo de los ejércitos aliados y los británicos se constituyeron en la principal amenaza. Los españoles impidieron nuevamente que los dispersos franceses pudieran reunirse contra ellos, con ejércitos que totalizaron los 90.000 soldados. En estas circunstancias, el derrotado y acosado Emperador no podría ayudarlos en España; todo lo contrario, iban a ser los soldados franceses aquí endurecidos por una incesante y cruel guerra, los que fuesen en su ayuda.

En 1813 los franceses retroceden en todos los frentes. Numerosos contingentes de tropas tienen que salir de España para constituir el ejército con que Napoleón iba a reñir la campaña en Alemania, de la que saldría nuevamente derrotado en Leipzig (18.10.13). Los británicos obtienen un nuevo éxito en la batalla de Vitoria (21.07.13), esta vez con contingentes españoles entre sus fuerzas, y persiguen a los franceses hasta la frontera. Como ya era habitual, otras fuerzas españolas presionaban en otros lugares distraendo tropas, y ese año ascendieron a 94.000 los soldados que totalizó el ejército regular. Aunque la guerra continuó hasta abril del año siguiente en territorio galo, los franceses ya no volverían a entrar en España.

Se ve pues que en la estrategia británica fue decisiva la constante presión que los ejércitos regulares españoles, pese a sus derrotas, mantuvieron contra los imperiales. Quizás los franceses debieron haber cedido terreno y concentrarse para echar al mar a los ingleses, que eran los únicos que podían plantarles cara en igualdad de condiciones, y luego revolverse contra los españoles. Con esta idea se llevó a cabo la campaña de Massena en Portugal (1810-1811), que acabó mal porque no llevó gente bastante o porque los otros mariscales, que teóricamente deberían haberle apoyado, no lo hicieron. Por una u otra causa, y el afán de mantener controlada una vasta extensión de territorio, y quizás que tras Bailén no perdieron nunca el respeto a nuestros compatriotas, les impidió conjurar la amenaza más peligrosa, que a la larga fue su ruina.

No hay que quitar mérito a los guerrilleros, pero su organización, si es que puede considerarse que hubo tal, tardó en llevarse a cabo y sus efectos no se empezaron a notar hasta bien entrada la guerra. De cualquier manera, sin las tropas regulares, solos los guerrilleros no hubieran podido imponerse a los franceses.

En resumen, la expulsión de los franceses de España se obtuvo por una conjunción de esfuerzos, que fueron:

1. El rechazo generalizado de los españoles a la monarquía bonapartista y la implicación de toda la nación en el esfuerzo de la guerra.
2. La derrota de Napoleón en Rusia y Europa.
3. La continua presión de los ejércitos regulares británicos y españoles en la Península.
4. La acción de los guerrilleros.

## EPÍLOGO

La historia de la humanidad es una historia de conflictos. Si reconocemos los factores económicos o ideológicos como básicos y fundamentales para comprender el conocimiento de los acontecimientos y dedicamos a su estudio un considerable esfuerzo, dado que muchos se resolvieron en violentas guerras, habrá que estudiar y comprender también el punto de vista militar de la historia. Esto no ha sido lo corriente en los últimos tiempos, aunque la tendencia va ya cambiando y cada vez aparecen más publicaciones en castellano al respecto. No es de extrañar que hasta un historiador de la envergadura de sir Charles Oman lo haga notar: «*Siempre que un descubrimiento o una innovación militar, ya sea en organización, armamento o táctica, haya afectado el curso ordinario de la historia, debemos investigarlo y explicarlo con el mismo cuidado con el que los modernos historiadores tratan las innovaciones y adelantos económicos y sociales. De otra forma tendríamos una historia del mundo escorada, como me temo mucho que es el presente caso, donde hay un gran número que estudia el desarrollo de la industria de la lana o la navegación a vapor, por cada uno que intenta llegar a comprender la verdadera historia de la introducción de la pólvora en la guerra o sobre la formación de los ejércitos modernos*»<sup>16</sup>.

Desde este punto de vista, me parece encomiable que se conmemore el bicentenario de la Guerra de la Independencia, en la que tantos españoles padecieron y murieron. Y me parece que ya es hora de ser generosos con

---

<sup>16</sup> Monografía «A defence of military history», recogida en *Studies in the Napoleonic Wars*, de Sir Charles Oman.

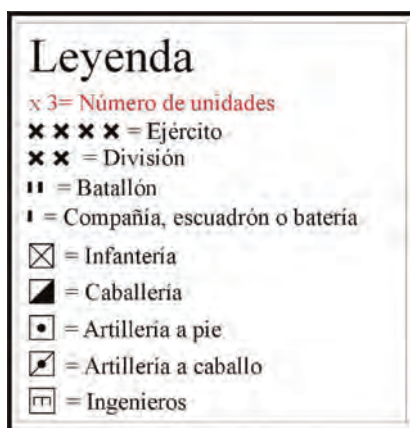


aquellos que en su día lo fueron hasta el límite por nuestro futuro. No puedo por menos que compartir las amables y comprensivas palabras que Omán nos dedica, y con las que cierro este trabajo: *«Es más justo admirar la constancia con la cual una nación así trabada persistió en una lucha sin esperanzas, que condenarla por la incapacidad de sus generales, la ignorancia de sus oficiales, la inconstancia de sus poco instruidos reclutas. Si España hubiera sido una potencia militar de primer orden, hubiera supuesto comparativamente poco mérito su lucha de seis años contra Bonaparte. Pero cuando consideramos su debilidad y su desorganización, nos encontramos más inclinados a maravillarnos de su persistencia, que a burlarnos de su desgracia»*<sup>17</sup>.

Sevilla, 28 de julio de 2008

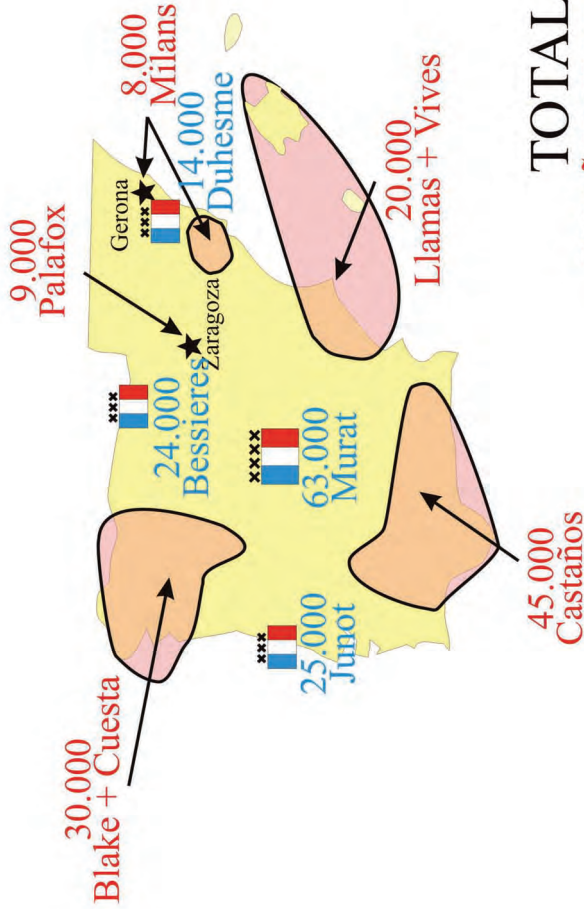
**AGRADECIMIENTOS:** a Ana Zafra Caramé, que tuvo la amabilidad y paciencia de leer el documento y ayudarme en su estilo.

**LEYENDA DE GRÁFICOS Y ESQUEMAS:** En el cuadro que sigue se explican los símbolos de Unidades usados en este trabajo.



<sup>17</sup> Sir CHARLES OMAN: *A History of the Peninsular War*. Tomo I, página 102.

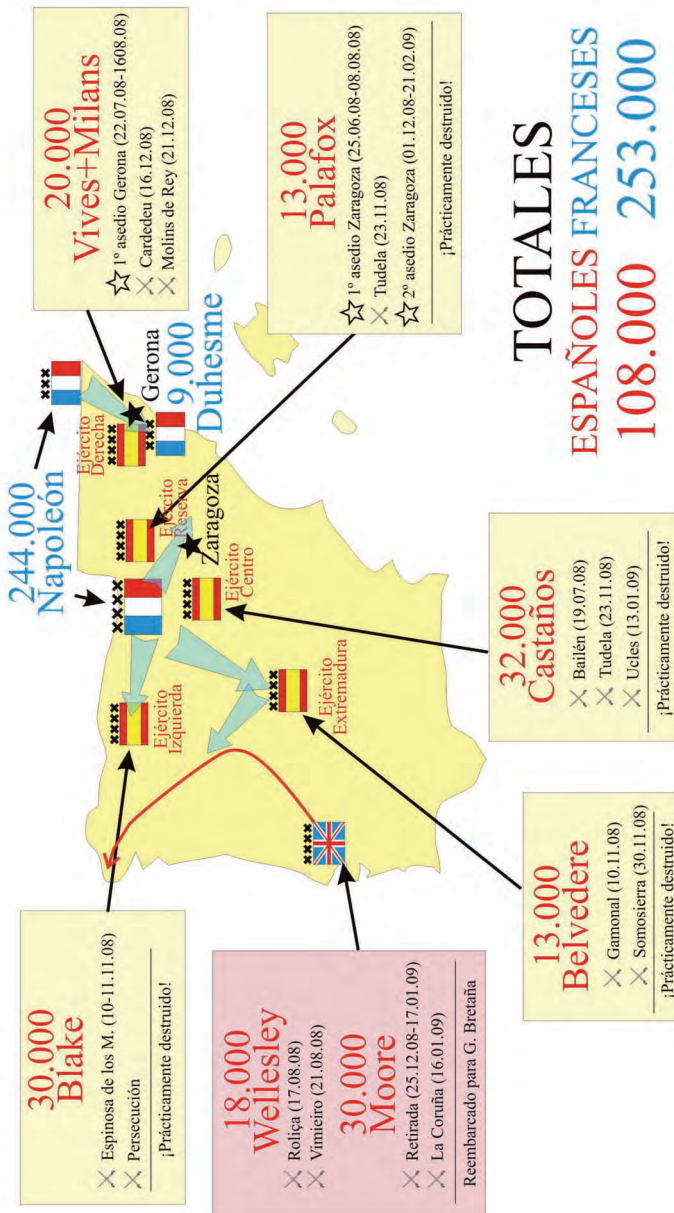
# 1808 FUERZAS ESPAÑOLAS Y FRANCESAS AL INICIO DE LA GUERRA



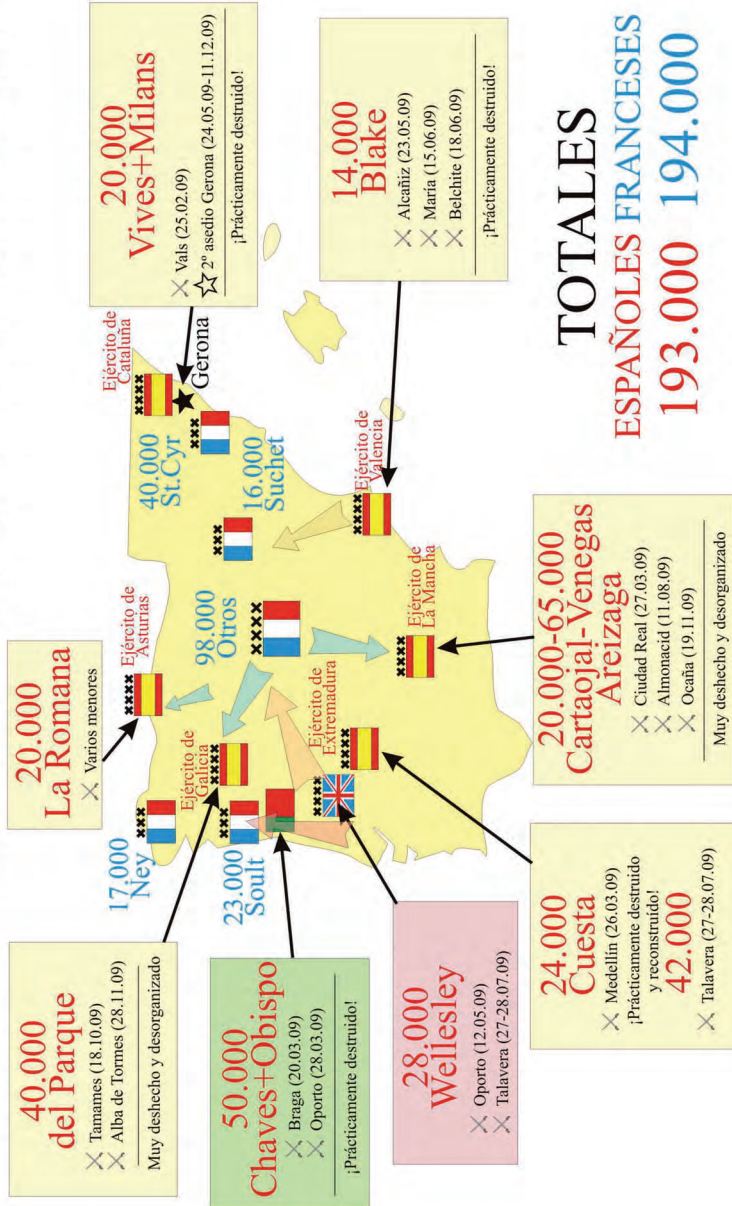
**TOTALES**  
ESPAÑOLES **112.000**  
FRANCESES **126.000**

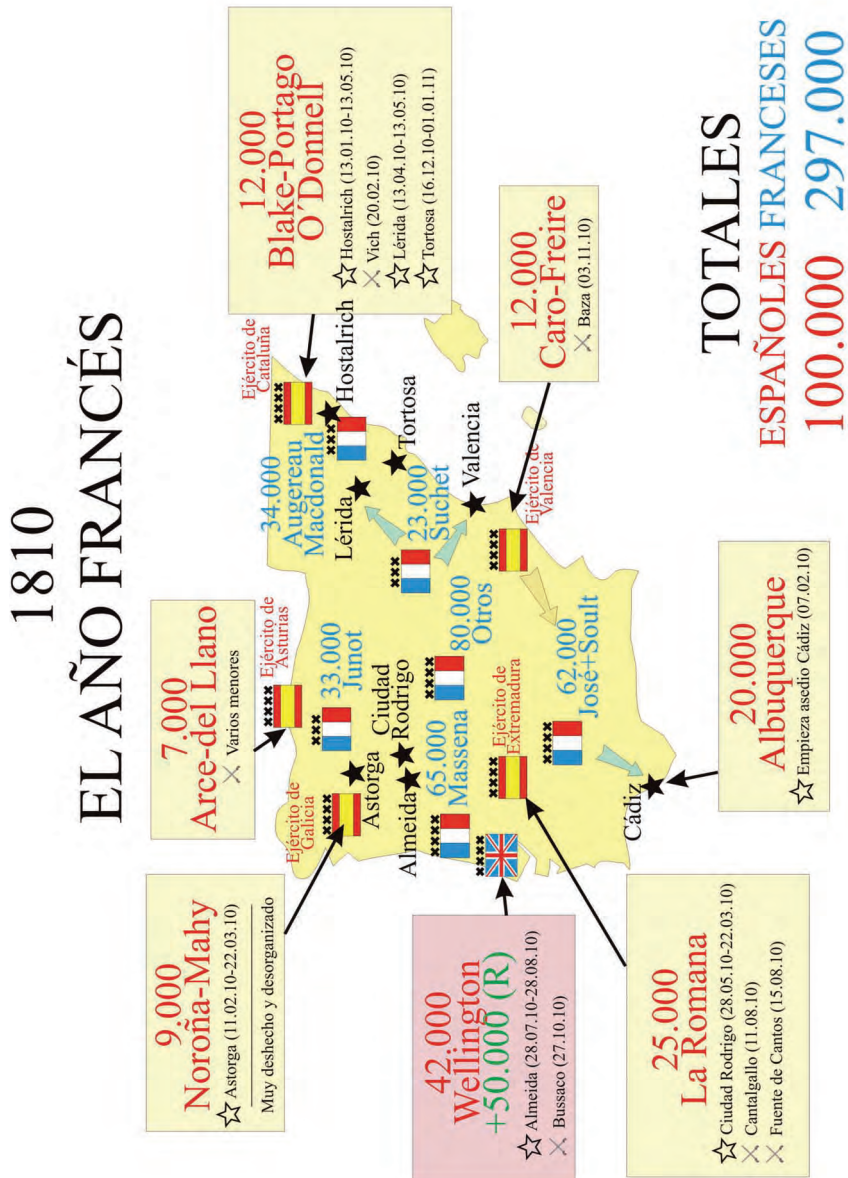
# 1808

## LOS RESULTADOS DE BAILEN LA OFENSIVA ESPAÑOLA Y LA REACCIÓN FRANCESA

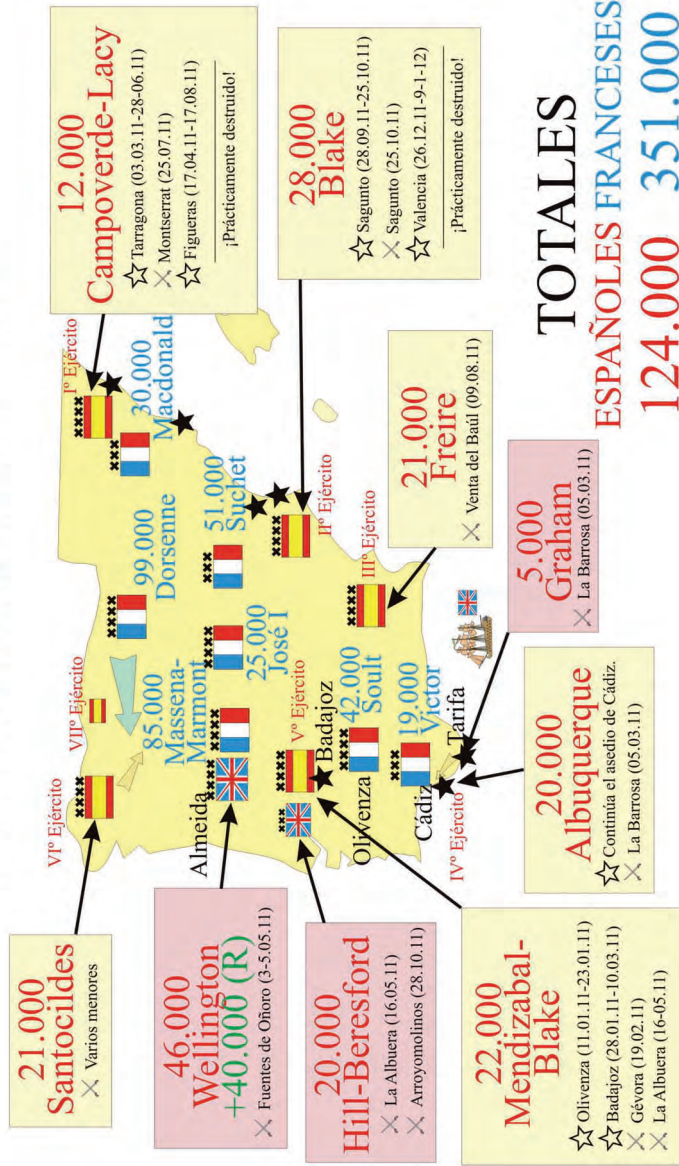


# 1809 LOS ESPAÑOLES BUSCAN LA BATALLA



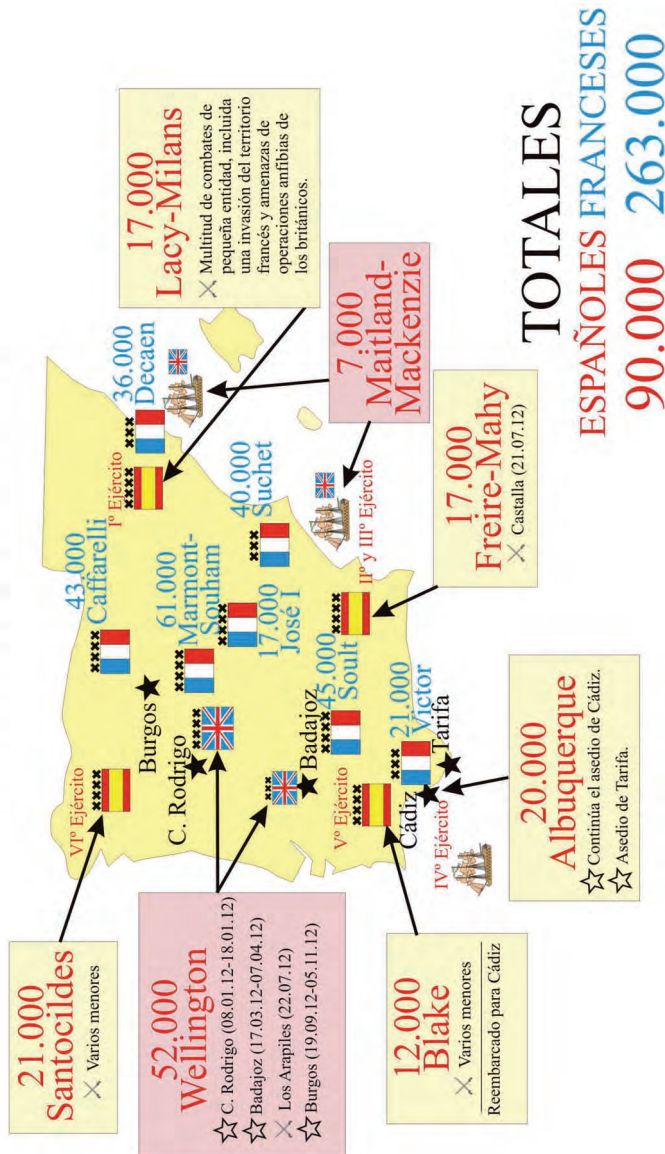


# 1811 EL PRINCIPIO DEL FIN

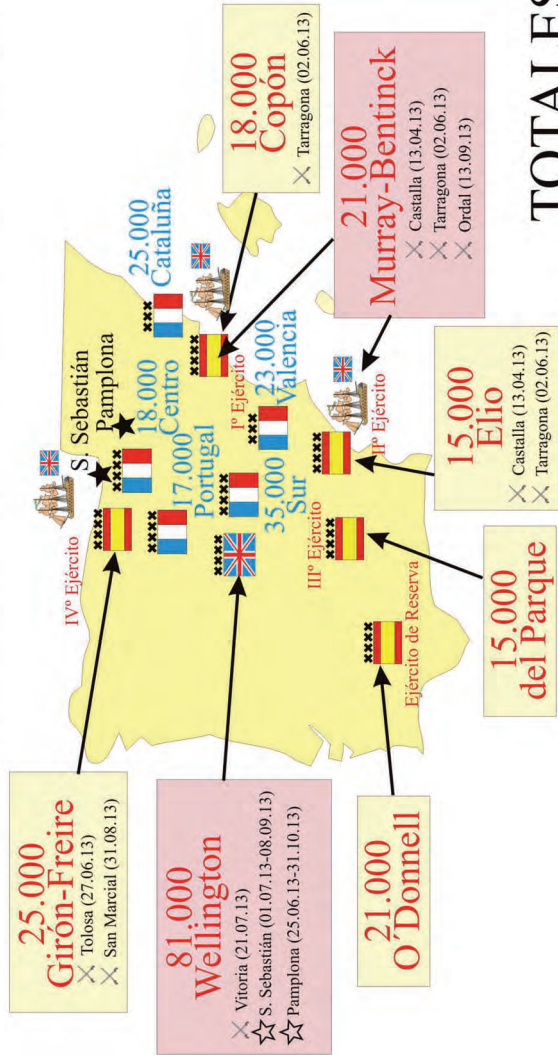


**TOTALES**  
**ESPAÑOLES** 124.000  
**FRANCOSES** 351.000

# 1812 EL AÑO INGLÉS



# 1813 LOS FRANCESES SE RETIRAN



**TOTALES**  
**ESPAÑOLES 94.000**  
**FRANCESES 118.000**



# LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA 1808-1810

Andrés CASSINELLO PÉREZ<sup>1</sup>

*Agradecemos a la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid permitirnos reproducir, a instancia del autor, la ponencia presentada por el mismo en el congreso sobre la Guerra de la Independencia, y que fue publicada en las Actas correspondientes a dicho congreso. Este trabajo complementa cronológicamente la ponencia presentada por el General Cassinello en la sede del Instituto de Historia y Cultura Militar y que se publica a continuación del presente artículo.*

*Esta guerra es un caos,  
y reducir un caos a un sistema cartesiano es imposible.*

**H**e pretendido encontrar entre los tratados de los más sesudos escritores militares qué podía entenderse por el título de esta conferencia y debo confesar mi fracaso. Pero es obvio que la Dirección de la Guerra corresponde al Gobierno de la Nación mientras la Dirección de las Operaciones Militares, subordinada a la anterior, correspondería al mando de los Ejércitos. El problema que se presenta es que esta distinción no ha sido tan clara a lo largo de la historia y que tampoco lo será durante nuestra Guerra de la Independencia.

Dirigir la guerra debiera consistir en señalar el fin a alcanzar y movilizar los medios necesarios para lograrlo. Medios que han de ser de muy distinta naturaleza, que van de la movilización de las ideas y emociones de la población, la obtención y administración de los recursos económicos para sostenerla, la búsqueda de alianzas para compartir con otras naciones el

---

<sup>1</sup> Teniente General ©

esfuerzo bélico, los estímulos a la industria para aumentar la producción de armas y municiones y el sostén de una población civil que ve incrementadas sus necesidades por la orientación hacia la guerra de recursos anteriormente dedicados a su sostenimiento. Como centro de todas estas necesidades destacará la formación de unos Ejércitos proporcionados a los resultados que se desean obtener frente a la potencia del enemigo.

Las guerras siempre se preparan, y así fue hasta la reñida frente a la Convención. El ciclo de Movilización, marcha a la frontera y primeras batallas, ha sido clásico en nuestra historia europea. Pero en nuestra Guerra de la Independencia no se dieron estas circunstancias. En ella se invirtió el proceso, porque primero se empezó peleando, después se crearon los Ejércitos y más tarde se formaron los órganos del Gobierno del Estado. Todo un desbarajuste que complica enormemente el análisis que me propongo. Muchas veces no nos damos cuenta de que ese orden pausado que va de los propósitos del Gobierno a los primeros combates no se va a producir en este caso; que la guerra va a surgir del caos y que hemos de asistir al doble proceso de las batallas y de la formación de un Gobierno que debiera haber programado con antelación los fines y los medios de esas batallas.

### *La situación inicial del ejército*

Partimos de una situación de paz que bruscamente se transforma en otra de guerra. Éramos aliados de los franceses y enemigos de los ingleses. Nuestro Ejército, formado por unos 120.000 hombres, se encontraba con sus unidades en «plantilla de paz». Una División de 15.000 hombres estaba en Dinamarca y otros 23.700, distribuidos en tres expediciones, había entrado en Portugal acompañando a las tropas del Mariscal Junot. Un tercio de nuestra Infantería y la mitad de la Caballería montada, estaba fuera de nuestras fronteras. El despliegue de las tropas en nuestro territorio respondía a la necesidad de cubrir los objetivos que habían sido objeto de ataques anteriores ingleses y al bloqueo de Gibraltar. En Galicia desplegaban 10.000 hombres; 15.000 guarnecían las plazas de África, Canarias y Baleares y otros 10.000 estaban situados frente a Gibraltar<sup>2</sup>. Era un despliegue periférico, sin estructura que ligara unas partes con las otras.

No había una organización superior del mando. El Rey se encontraba en Francia y la Junta del Gobierno, que presidiera el Infante don Antonio, estaba presidida por Murat. En una monarquía absoluta esa circunstancia

---

<sup>2</sup> *Memorias de Azanza y O'Farril*. Pág. 75.

era gravísima, porque inutilizaba el centro de poder, ya que sin el Rey nadie tenía facultades para decidir. Si descendemos un grado y acudimos al escalón regional, nos encontramos con un auténtico caos. La sección de Historia Militar que presidiera Cabanes dice<sup>3</sup> «*en tiempo de paz los Cuerpos estaban a las órdenes del Capitán general de la provincia, pero sin formar Ejército, ni darle conocimiento de sus situación interior. En tiempo de guerra se formaban apresuradamente Brigadas y Divisiones, compuestas de diferentes Armas y se ligaban entre sí, y con el General en Jefe, por medio de los Estados Mayores que se creaban al mismo tiempo. Los generales no conocían a los jefes de los Regimientos ni podían formar juicio del estado en que se encontraban los Cuerpos y los Estados Mayores carecían de aquella facilidad en el manejo y celeridad en la ejecución que nace de la costumbre*».

Hasta entonces, los Ejércitos habían sido expedicionarios, no era la nación en armas. El Rey designaba un General, éste señalaba a los componentes de su Cuartel General y a ese núcleo se agregaban unidades de acá y allá. La Guerra la hacían esos pocos y el resto de la población seguía en paz ¿Porqué en las continuas guerras anteriores con Francia, las grandes batallas se dieron en Italia, Borgoña, Alemania y Flandes y no sobre la frontera que nos es común? No hay tradición, ni costumbre, ni metodología para hacer frente a lo que se nos viene encima: al espectáculo insólito hasta entonces de empezar la guerra mezclada con la organización del mando, la creación de un Gobierno Nacional, y la movilización de los hombres y los recursos necesarios. Se empezará la guerra cuando aún no exista el instrumento que ha de dirigirla y de llevarla a cabo.

### *El estallido*

Deberíamos haber escrito en plural. Porque hubo tres fases. Primero fue la alegría por la deposición de Godoy que siguió al palaciego motín de Aranjuez; el asalto a sus casas de Madrid y la persecución por doquier de sus familiares y amigos con la quema de sus retratos de Granada a Palma de Mallorca, pasando por Alcalá, con un alto protagonismo de sus estudiantes.

Después, antes y a la vez, los hechos esporádicos contra las tropas francesas. Toledo, Burgos, Valladolid y Madrid con el dos de Mayo y sus ecos en Extremadura, Zaragoza y Sevilla.

Por último la rebelión abierta, que sigue a los hechos anteriores, pero que arranca con fuerza tras la difusión de la noticia de las abdicaciones de Bayona.

---

<sup>3</sup> *Historia de la guerra de España contra Napoleón*. Madrid 1818. pág. 136.

Como siempre, dos historias: la que recogen los libros, los de la épica popular, la que enciende el alma de los poetas y la que se recoge en los documentos del Consejo de Castilla<sup>4</sup>, en contacto directo con Chancillerías, Audiencias y Regidores, que nos habla de la actitud prudente, pacificadora, sometida si se quiere, que asume la mayor parte de las autoridades españolas.

En las tres hay un denominador común: las acciones son anónimas, no se registran los nombres de sus autores. Se reúne la masa, vocifera, exige e, inmediatamente, aparecen los nombres de las autoridades que se pliegan a los deseos populares, que se le enfrentan o que son destituidos o asesinados en la algarada. La resistencia a esas movilizaciones se urde desde el Consejo de Castilla y desde la Junta del Gobierno que preside en Madrid el Infante don Antonio. De esta última, Azanza, Secretario de Estado de Hacienda en el fugaz Gobierno de Fernando VII, dice en sus memorias<sup>5</sup> *«todo el tiempo, la Junta de Gobierno que presidía el Infante don Antonio tuvo como función principal no agravar la situación de Fernando VII en mano de los franceses con acciones que supusieran un franco enfrentamiento con ellos. Para ello no cesó en enviar emisarios a Fernando. Cuando se marchó el infante don Antonio se presentó Murat a presidirla»*. Añadamos que Carlos IV le nombró lugarteniente del reino desde Bayona.

La situación es confusa. El 4 de Mayo Carlos IV reasume el poder; el 5 renuncia Carlos a favor de Napoleón; el 6 renuncia Fernando a favor de su padre y el 10 Fernando se adhiere a esa renuncia a favor del emperador de los franceses y renuncia sus derechos como Príncipe de Asturias. Después, todas las órdenes llegaron a Madrid al mismo tiempo: las que recogen las sucesivas abdicaciones y la firmada por Fernando el día 5 para que la Junta de Don Antonio se traslade a un lugar seguro y comience las hostilidades tan pronto como él fuera internado prisionero en aquel país. En otra orden simultánea, dirigida al Consejo Real o a cualquier Audiencia o chancillería a cuyo poder llegara, se mandaba convocar Cortes en algún lugar seguro.

Creo que en aquellos momentos lo peor era «saber», que los que sabían o se enteraban tenían más posibilidades de equivocarse que los que se mantenían ayunos de cualquier información. ¿Cómo era posible saber a la vez cosas tan opuestas? Además, todo estaba aplastado por el concepto de realeza, de los Reyes absolutos por «la gracia de Dios». Se era vasallo de un Rey por encima de ciudadano. ¿Cómo ir en contra de los que ese Rey hace y dice? Acabaría prevaleciendo el artificio del pobre Rey prisionero, forzado,

---

<sup>4</sup> A.H.N. Consejos L 17791.

<sup>5</sup> Pág 61

deseado; la justificación a ojos cerrados que no era justificable a ojos abiertos. Aquella guerra se caracterizaría por el abandono de toda lógica. Duele leer los razonamientos de los afrancesados que acabarán proscritos, porque son diáfanos y sensatos. Hubo que dejar de pensar y lanzarse con el corazón a una insurrección insensata, grandiosa y heroica... que además salió bien.

La explicación de la situación se ve con claridad en los escritos del General Cuesta. Primero en un Bando publicado en Valladolid el 21 de Mayo como Capitán General y presidente de su Chancillería que, entre otras cosas, dice refiriéndose a la convocatoria de Cortes en Bayona<sup>6</sup>: *«todos reciben del Gobierno la prudente dirección de una conducta pacífica, subordinada y uniforme, y la confianza que inspiran las últimas medidas, para que los hombres amantes de la Patria e instruidos en sus verdaderos intereses tengan parte en las deliberaciones políticas, propongan y consigan los resultados de unas instituciones benéficas que afirmen la Religión de nuestros padres, el honor de nuestro nombre y la integridad e independencia de nuestro territorio»*.

Otro del mismo General fechado en Valladolid el 29 de Mayo y dirigido al Ayuntamiento de León dice<sup>7</sup>: *«todas las Personas Reales han renunciado solemnemente a sus derechos a la Corona de España, absolviendo a sus vasallos del juramento de fidelidad y vasallaje; no debemos pues intentar nada contra su expresa determinación ni contra la Suprema Junta que nos gobierna en nombre del Emperador de los franceses por el derecho que le han traspasado aquellas renunciaciones, bajo el pacto de nuestra independencia sin desmembración y de la conservación de nuestra Santa Religión; el Emperador debe darnos un Rey en circunstancias que no lo tenemos ni conocemos quién tenga derecho a serlo; luego su prudencia y el bien de la Nación y de cada individuo piden que esperemos con tranquilidad esta elección. Los anuncios son que nos será favorable, pues han sido llamados 150 españoles ilustrados para tratar y proponer las reformas convenientes para la prosperidad de los Reinos»*.

Por último, señalar otro escrito de Cuesta a la Junta Central, de fecha 19 de Octubre de 1808, justificando su conducta<sup>8</sup> *«desde el 4 de Mayo en que el Príncipe de Murat se apoderó del Gobierno hasta fines de mes en que empezaron los movimientos en las Provincias, todos los tribunales y la Nación entera obedeció las órdenes de aquel Gobierno y especialmente la que se dirigió al nombramiento de los diputados para Bayona, medida política de la mayor trascendencia que contenía un reconocimiento expreso de aquel*

<sup>6</sup> A.H.N. Estado. L. 68-D núm. 168

<sup>7</sup> A.H.N. Estado. L 64 núm. 20

<sup>8</sup> A.H.N. Estado. L 64 A núm. 189

*Gobierno...del mismo modo se cumplieron las órdenes de la Corte para que se tranquilizasen los movimientos populares, a cuyo fin se tomaron generalmente medidas conforme a las insinuaciones del Gobierno, y sería fácil citar las contestaciones dadas por muchas personas de alto carácter».*

Todo no obsta para que el mismo Cuesta, el 31 de Mayo, decidiera unirse al motín popular que ha levantado una horca frente a su residencia, aunque el 2 de Junio estimara conveniente<sup>9</sup> «ceder a su fuerza adoptando medidas para dirigir su impulso de manera que sea menos molesta» y que entre el 31 de Mayo y el 12 de Junio «improvisase» un Ejército para batirse con los franceses y ser totalmente derrotado en Cabezón.

### *La fase provincial de la guerra*

Todos los levantamientos que se producen en el territorio español sin guarnición francesa, responden al mismo planteamiento: es el pueblo amotinado, conducido por caudillos populares, el que depone o asesina a las autoridades, sin que el Ejército intervenga en estos actos de fuerza, ni proteja a sus autoridades máximas, ni impide el saqueo de las Maestranzas. Sin solución de continuidad serán las clases ilustradas las que asumirán el poder en forma de Juntas Provinciales, de Reino o Principado y todas procederán a la formación de su «Ejército» para la defensa de su territorio, y a designar quién ha de mandarlo, sin poderse asegurar que acertaran en el elección de los más competentes. La excepción es Cataluña, porque Barcelona está ocupada por los invasores y así la Junta del Principado nacerá en Lérida el 18 de Junio, presidida por su obispo, a la que se unirán representantes de los distintos Corregimientos.

Como se saldría del marco de esta conferencia extenderme en lo sucedido en todas y cada una de estas Juntas, me referiré a los rasgos más esenciales de su modo de conducir la guerra.

De los primeros días de Junio a primeros de Octubre, en que la Junta Central asumirá el Gobierno, se crearon en España 153 Regimientos de Infantería de Línea, con 205 Batallones y 144.426 hombres; 44 Regimientos de Infantería Ligera, con 56 Batallones y 31.113 hombres, mas 15 Regimientos de Caballería que podrían sumar otros 9.000 hombres<sup>10</sup>. Este esfuerzo de movilización fue asumido por las Juntas independientemente y rebasa con creces lo conseguido después por la Junta Central

---

<sup>9</sup> A.H.N. Estado L 64 G núm. 170.

<sup>10</sup> CONDE DE CLONARD: *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*

o las sucesivas Regencias, movilizandolos a sus hombres entre los 18 y los 40 años.

Si repasamos los datos disponibles, veremos que en Santander se formó un Ejército de 8.000 hombres; en Asturias se pretendió llegar a los 18.000; en Galicia de 40.000; en Valencia y Murcia de 28.000; en Zaragoza de 13.000; en Cataluña de 18.000 con los refuerzos de Baleares; en Castilla y León unos 10.000 que se batieron en Medina de Rioseco y en Andalucía se formó el Ejército que combatió en Bailén con cerca de 30.000. Si sumamos las cifras de estos Ejércitos veremos que se reducen a 165.000 hombres, mientras que si sumamos la composición inicial del Ejército, que ascendía a unos 120.000, con los 184.000 de las unidades recién formadas, obtendríamos una cantidad total de más de 300.000 hombres; explicar este desfase con los números en la mano es imposible, porque muchas de las unidades recién creadas, incluso de las veteranas, quedaron en las regiones de origen, unas veces para llevar a cabo su instrucción y otras como guarnición, por la continua obsesión de esas nuevas autoridades por la seguridad de su territorio por encima de la necesaria coordinación de esfuerzos para vencer al enemigo común; también es muy posible que los datos de Clonard estén sobredimensionados y esas unidades recién creadas fueran más reducidas. Pero Clonard da incluso los nombres de los Coroneles y los datos de transformación de esas unidades a lo largo de la guerra. Descender al terreno de los datos cuantitativos, en hombres, dinero, o ayudas exteriores, ofrece siempre este panorama confuso; es una guerra caótica y así ha de asumirse.

Cataluña es también un caso especial, porque allí van a convivir las escasas fuerzas militares existentes en su territorio al comienzo de la guerra, los refuerzos enviados desde Baleares, la División granadina de Reding, la División aragonesa del Marqués de Lazán, dos Batallones de Granaderos Provinciales castellanos que los ingleses transportaron desde Portugal y los tercios de Miqueletes, formados exclusivamente por soldados y cuadros de mando catalanes nombrados por los corregimientos (pretendían ser de 1.000 hombres) de los que el primer Jefe lo nombraba el Capitán General. Ese Ejército llegaría a sumar más de 36.000 hombres al comenzar Noviembre de 1808. Los Tercios de Miqueletes fueron 7 con 6.100 hombres en total y llegarían a 15 a principio de 1809 con 9.200.

Las Juntas se consideraban Soberanas, herederas del poder de los Reyes. Flórez Estrada explicó esta asunción del poder a partir del Código de las 7 Partidas. El Rey no se encontraba en España y el pueblo, que había levantado sobre el pavés a Pelayo, origen de la Monarquía española, lo recuperaba y lo ejercía en su ausencia. Pero es dudoso que el pueblo que se alzó tuviera

conocimiento de estas sutilezas jurídicas. Como se consideraban soberanas establecieron sus relaciones internacionales.

El 30 de Mayo, la Junta asturiana envió a Inglaterra una misión compuesta por de la Vega y el entonces Vizconde de la Matarosa, que después heredaría el título de conde de Toreno. El 6 de Junio arribaron a Falmouth y al día siguiente fueron recibidos por el Almirantazgo inglés, que no daba crédito a sus ojos, puesto que entonces España estaba en guerra con Inglaterra. Hasta 15 días mas tarde, con la llegada de Sangro, enviado por la Junta de Galicia, no supieron que el alzamiento de los españoles era general. Es curioso señalar que estos «embajadores» en Londres decidieron enviar a Rusia a un representante a fin de solicitar ayuda.

Afortunadamente, la «Junta Principal del Principado» no había nacido con la revolución, sino que se trataba de una institución tradicional que recogía las aspiraciones de los distintos Concejos asturianos desde los tiempos de los primeros Reyes castellanos. El no ser una institución revolucionaria hizo posible su relación con el Gobierno inglés, receloso de encontrarse con una réplica de las instituciones francesas. Los asturianos pidieron dinero, armas y equipos militares, y rehusaron desde un principio el envío del Ejército inglés a su territorio.

Entre Junio y Diciembre de 1808, la ayuda inglesa llegada a Asturias supuso un valor de 1.500.000 dólares (1 libra esterlina = 5 dólares = 100 reales de vellón), de los que 880.512 dólares se dedicaron al apoyo del Ejército en Asturias, 500.000 fueron para la Junta de León y el resto llegó a manos del Obispo de Santander Presidente de su Junta. A estas cantidades habría de añadirse el valor de los suministros en material bélico desembarcado en Gijón que alcanzará los 182.182 dólares. A Galicia se enviaron 1.300.000 dólares; 1.000.000 a Sevilla y 500.000 a Cádiz; a los datos anteriores habría que añadir el valor de los 4.000 uniformes enviados a Asturias<sup>11</sup>.

En Andalucía, las relaciones con Inglaterra se hicieron a través del Gobernador de Gibraltar Dalrimple, con quien Castaños había mantenido correspondencia desde Abril. Después enviaron a Martínez de la Rosa como su embajador en el Peñón. Con las armas y municiones facilitado por los ingleses, más los que se encontraban en San Roque, se armó la «División Granadina».

El tercer elemento a considerar es la recaudación de impuestos. Hay que tener en cuenta que el período de las Juntas Provinciales sólo abarca los meses de Junio a Octubre, por lo que la escasez de fondos no alcanzará nive-

---

<sup>11</sup> LASPRA, Alicia: *La Ayuda Británica. La Guerra de la Independencia en España*. Barcelona 2007



les insoportables. Esa labor se verá facilitada porque los Intendentes de las Provincias lo son también de la fracción del Ejército allí establecidas. Las Juntas tomaron posesión de los caudales del Estado depositados en su territorio; en ese sentido el Intendente de Segovia se vio obligado a entregar sus fondos al General Cuesta<sup>12</sup>. Los problemas económicos se agudizarán en la siguiente fase. Como resumen, podemos indicar que las Juntas Provinciales, de Principado o Reino, asumieron todo los poderes del Estado, organizando Ejércitos estableciendo relaciones exteriores y creando en su territorio una Hacienda de Guerra para sostener los Ejércitos creados y los costes de su Administración Civil.

### *La Junta Suprema gubernativa del reino*

La Central, como fue mas generalmente conocida asumió los poderes de un gobierno nacional restringiendo el de las anteriores Juntas al papel de «Juntas Superiores Provinciales de Observación y Defensa» a las que quedarían subordinadas las Juntas de Partido<sup>13</sup>. Sin embargo, al mantener a las anteriores las funciones de movilización y al seguir obligadas a sufragar el mantenimiento de los Ejércitos establecidas en su territorio, por carencia de recursos de la Central, el papel de las anteriores Juntas siguió siendo muy importante pese a su cambio de denominación. No tendrían un estatuto formal, pero la Junta del Principado de Cataluña y la de Galicia siguieron funcionando durante la totalidad de la guerra.

La Junta Central se constituyó en Aranjuez el 25 de Septiembre de 1808. Habían postulado su creación las Juntas de Murcia, Valencia, Galicia, Sevilla... se puede afirmar que su constitución siguió un sentimiento generalizado de su necesidad para impulsar y coordinar el esfuerzo de la guerra. Su Reglamento para el Gobierno de la misma estableció la soberanía de su Pleno al que confirió el tratamiento de Majestad reservado a los Reyes y creó Secciones para cada una de las áreas de las distintas Secretarías de Estado, Justicia, Guerra Marina y Hacienda, a las que asignó un número de diputados.

Como en el caso anterior, analizaremos las actuaciones de las áreas de Estado, Guerra, y Hacienda (en la sala Cervantes de la Biblioteca nacional, manuscrito 7248-7251 se encuentra un amplio resumen de las actuaciones de esas Secretarías durante el período de vigencia de la Jun-

---

<sup>12</sup> A.H.N. Consejos. L 5519.

<sup>13</sup> Reglamento de 1 Enero 1809.

ta Central. Lamentablemente no aparece el de la Secretaría de Estado de la Guerra).

En el área de Estado (hoy le llamaríamos de Asuntos Exteriores), la Central se encontró con la inversión de las alianzas, con el cambio de Inglaterra por Francia como enemiga y con la ausencia de Relaciones Diplomáticas con aquellos países que pudieran ayudarnos en nuestra lucha.

Creada la Junta Suprema, su primer empeño fue dar a conocer a los países europeos la noticia de nuestra guerra contra Napoleón, insistiendo en que el nuevo Gobierno español no tenía un origen revolucionario, sino continuador de la legitimidad de nuestros Reyes. Al mes de constituirse, la Junta ya había enviado noticia de su existencia a Austria, Turquía, Rusia, Suecia, Estados Unidos y a los países del Norte de África, con el doble ánimo de conseguir alianzas y de enfriar la cooperación que se veían obligados a mantener con Napoleón. Papel primordial fueron las relaciones con Inglaterra y Sicilia consideradas como potencias aliadas.

La Legación española en Viena fue expulsada, pero allí quedó su Secretario, en contacto con la Corte para mantenerla informada y ya en Enero de 1809 se nombró un Embajador. Se buscó la alianza con ese Imperio y este, apoyado también por Inglaterra, declaró la guerra a Francia. No obstante los perjuicios que nos producía, 3.000.000 de duros fueron cargados en barcos ingleses en nuestros puertos americanos, como ayuda común al esfuerzo austriaco.

A Rusia se enviaron agentes, porque su amistad con Francia no permitía enviar un embajador, pero esos agentes lograron contactar con el Gobierno de aquel país pese a la vigilancia francesa. Su embajador en España había abandonado Madrid antes de la iniciación de la guerra porque un tumulto popular había destruido su domicilio.

En Turquía había un embajador josefino, el marqués de Almenara. Para obviar ese inconveniente, la Junta se valió del Ministro de Suecia y de Don José Rodrigo, un español residente en Constantinopla, a la vez que enviaba a aquel puerto una fragata de guerra que transportó regalos para el Sultán y sus Ministros. El capitán de la fragata fue reconocido como ministro plenipotenciario, ayudado por los embajadores inglés, sueco y austriaco.

Situación similar se encontró en Estados Unidos, cuyo Gobierno no quería romper con Francia. Se envió a Onís como Ministro que, aunque limitadas sus posibilidades, allí permaneció, habiendo logrado, al menos, una conducta respetuosa de su Gobierno hacia nuestros intereses, ejerciendo también una vigilancia discreta de los contactos de los independentistas mejicanos con aquel país.

A Suecia también se envió un Ministro y aquel país envió otro al nuestro, hasta que la deposición de su Rey interrumpió nuestras relaciones. A

Brasil se envió al marqués de Casa Irujo como Embajador, y a Portugal a Pérez de Castro, como se reconoció a Ruiz de Apodaca como nuestro Embajador en Londres.

Las relaciones establecidas con Inglaterra fueron las más importantes. El «Tratado anglo-español», de 14 de Febrero de 1809, podía haber sido la pieza fundamental, pero se trata de un documento carente de cualquier dato concreto, ya que se elude la participación de las tropas británicas en nuestra contienda, su cuantificación y el establecimiento de un sistema de coordinación de esfuerzos que tendrá que esperar a la designación de Wellington como Generalísimo. Se hace la paz, lo que no es poco, pero no se trata de la guerra contra Francia que es lo que nos ocupa.

Los escritos 402 y 403 del manuscrito 7248 de la Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional «parecen» constituir un borrador de desarrollo del anterior tratado. Señala que el apoyo inglés consistirá en un Ejército de 20.000 hombres de Infantería y 5.000 de Caballería con la Artillería proporcional; obliga a Inglaterra a comunicar a sus Almirantes la obligación de auxiliar a los españoles, incluso frente a los corsarios de las Islas de Barlovento; Inglaterra se obligaría a facilitar a España 150.000 fusiles y 10.000 cada mes hasta que España pueda completar el armamento de 500.000 hombres, así como que Inglaterra contribuirá con un préstamo de 2.000.000 de duros mensuales al interés que se estime oportuno. Esos documentos proceden de la Secretaría de Estado, pero carecen de firma que los autentifique, y más parecen un deseo que un desarrollo pactado del anterior tratado.

Además de la participación de las tropas inglesas en la lucha, nuestras relaciones versaron sobre el suministro de armas, municiones, vestuario y las aportaciones monetarias en forma de donativo o préstamo. En 1809, los subsidios ingleses importaron 7.140.596 dólares españoles<sup>14</sup>. En cuanto a las armas facilitadas durante ese periodo, los datos son confusos, pero basta señalar las sucesivas peticiones de la Junta, que el 5 de Septiembre de 1808 se elevaban a 500.000 varas de paño azul y blanco; 400.000 de lienzo; 300.000 pares de zapatos; 30.000 pares de botas; 200.000 portafusiles y cartucheras; 200.000 fusiles con bayoneta; 12.000 pares de pistolas; 10.000 arrobas de arroz y una cantidad importante de carne y pescado salado<sup>15</sup>. Según otra fuente<sup>16</sup>, el 3 de Diciembre, nuestro encargado de negocios en Londres pidió 600.000 fusiles y el 17 de ese mismo mes solicitó que España pudiera contratar su fabricación, pero no fue posible e informa que ya se han remitido de 160.000 a 170.000 y que se están preparando de 30.000 a

<sup>14</sup> LASPRA, Alicia: Texto citado.

<sup>15</sup> HERRERO, Dolores: *Don Tomás de Morla, un artillero ilustrado*. Madrid 1992. Pág. 467 y ss.

<sup>16</sup> B.N. MS. 7248.

40.000 más. Pocos días más tarde, el 11, se pedía a nuestro Embajador que contratara la construcción de 200.000.

Para complicar más el tema a los investigadores, cuando la primera Regencia asumió el poder, pidió cuentas de lo recibido por la Junta desde Inglaterra. Según esa nota<sup>17</sup>, a Sevilla llegaron 41.570 y a Asturias 2.000. No recoge los desembarcados en Tarragona, que según la Jefatura de Artillería del I Ejército fueron 19.760 directamente desde Inglaterra y otros 13.540 fusiles ingleses procedentes de Cádiz, todos ellos distribuidos entre las unidades del Principado el 11 de Diciembre de 1808<sup>18</sup>.

Si no he podido aclarar el tema de los fusiles, me veo obligado a renunciar al problema de los sables, las pistolas, los cartuchos o las piedras de chispa. Aquella guerra fue caótica y no lo fueron menos los sistemas contables. Los 300.000 fusiles que según Arteché<sup>19</sup> existían en los Parques españoles habían desaparecido, unos a manos de los franceses y otros en los motines populares con los que se inició el alzamiento.

Cádiz constituyó un obstáculo importante en las relaciones con Inglaterra. La orden de Castlereagh a Burrad, de 21 de Junio de 1808<sup>20</sup> ya el indicaba que «*las operaciones deberán dirigirse primero a hacerse dueños del Tajo y segundo a asegurarse de Cádiz*». Más tarde, las instrucciones del mismo Secretario de Estado de la Guerra inglés al futuro lord Wellington, de fecha 3 de Abril de 1809, le indicaba la actitud de enviar un Ejército auxiliar que sostuviera a los esfuerzos españoles «*siempre que se diera a las tropas inglesas el puerto y el castillo de Cádiz*»<sup>21</sup>. Le indica que no puede comprometerse en campaña alguna en nuestro territorio sin que preceda un tratado entre ambos gobiernos. Poco más tarde es Canning quien escribe a Frere, el Embajador inglés en España, insistiendo en que una fuerza inglesa de 25.000 hombres puede acudir en auxilio de España, pero que ha de ser con la tantas veces indicada condición de que parte de esa fuerza haya de guarnecer los fuertes de aquella Plaza.

A la anterior carta se unía una nota el 19 de Abril en la que dice:»*Aunque el Gobierno español no ha dado razón alguna para desechar la oferta de guarnecer Cádiz, es de esperar que no deje de conocer los motivos en que se apoyan sus pretensiones y que no lo interpretará de mal modo. Sin embargo, mientras que el Gobierno español resistiera lo que tanto le interesa,*

---

<sup>17</sup> BN. MS. 7249.

<sup>18</sup> A.H.M. Duque de Bailén. L.69.

<sup>19</sup> Historia de la Guerra de Independencia. T. I. pág. 560.

<sup>20</sup> ARGÜELLES, José Canga: *Apéndice a las observaciones sobre la Guerra de España*. Londres 1829. Pag 348.

<sup>21</sup> ARGÜELLES, Canga: *Ibidem*, pág. 353 y siguientes.

*y tanto conduce para la seguridad de un Ejército británico en España, S.M. no podrá dejar de permanecer firme en sus primitivas resoluciones y por ahora deja que la contienda entre Francia y España se decida por solo los esfuerzos militares de los españoles».* En este texto, la necesidad de ocupar Cádiz se justificaba por la necesidad de contar con un puerto fortificado para proteger una posible retirada, dada la experiencia del Ejército de Moore en Coruña. Pero se olvida que el primer intento de ocupación de Cádiz por los ingleses fue anterior, lo intentó Spencer en Julio de 1808 y las autoridades gaditanas le enviaron a Sanlúcar, desde donde marchó a unirse con el Ejército inglés en Mondego. También Dalrimple, en sus conversaciones con Castaños, ofreció guarniciones inglesas para Cádiz, Ceuta y Menorca<sup>22</sup>.

El 17 de Diciembre de 1808, Canning se dirigió a nuestro Secretario de Estado Bardaxi<sup>23</sup>. Se han dado órdenes a Moore para que consulte los deseos de la Junta Central y para comunicarse con los Generales españoles y así coordinar sus acciones. También se le ha ordenado que en el caso que el Gobierno español nombrase un General o Comandante en Jefe de todos sus Ejércitos obre él a sus órdenes. Señala que el Ejército británico debe actuar unido, y se queja de la falta de confianza que han detectado sus Jefes por parte de las autoridades españolas. Se queja de la detención sufrida en Coruña, durante quince días de las tropas de Baird, a quien la Junta de Galicia impedía desembarcar y de la ignorancia en que se ha mantenido a Moore sobre las intenciones y posibilidades de los Generales españoles que mandan sus Ejércitos. (Añadamos nosotros que el Coronel Graham, agregado al Cuartel General de Castaños, le tenía informado del desbarajuste creado por los enviados de la Junta al Cuartel General de Tudela, y Graham llegó a informarle del desenlace de Somosierra antes de que Bueno y Escalante, los enviados por la Junta para detener su retirada, lo supieran, como Hope le informó del desorden en Madrid ante la aproximación de Napoleón).

En Marzo de 1809, Martín de Garay se dirigió a Canning<sup>24</sup>. Justifica las derrotas sufridas porque las provincias se levantaron sin un plan concertado y que la Junta se esforzó en coordinar los esfuerzos, hasta entonces dispersos, en los cuatro meses cortos que lleva de funcionamiento, para darse cuenta entonces de la falta de ciencia militar, de disciplina, de orden, de dinero, de grandes repuestos y, en fin, de todo lo necesario para la preparación de una guerra, y fue la ayuda inglesa la que sostuvo la resistencia de las provincias alzadas. Se queja de la pasividad de Moore, que ni acudió en apoyo de los Ejércitos del alto valle del Ebro ni en socorro de Madrid, pese a las súplicas

<sup>22</sup> ESDAILE, Charles: *The Spanish Army in the Peninsular War*. Pág. 88.

<sup>23</sup> B.N. MS. 7248. n° 142.

<sup>24</sup> B.N. MS. 7248 n° 141.

españolas. Pero los Ejércitos batidos y dispersos volvieron a reunirse. Una y otra vez se recalca la falta de Caballería como causa principal de las derrotas sufridas, de la falta de armas de toda clase. Sin armas, sin dinero y sin el auxilio del Ejército inglés, la causa estará perdida.

Canning contestó el 20 de Julio de 1809<sup>25</sup>. Anuncia la llegada a España de lord Wellesley como nuevo embajador, con quien pensaba enviarle esta respuesta, pero que enfermo el nuevo embajador, no pudo hacerlo como quería. En su carta vuelve a referirse a la negativa de las autoridades españolas a permitir una guarnición inglesa en Cádiz y confía en que las explicaciones dadas a Apodaca hayan despejado nuestras suspicacias, aunque insiste en que esta posibilidad tuviera que ser considerada en el futuro. En cuanto a los apoyos señala la necesidad que tiene de prestarlos también a Alemania (sic), que en ninguna guerra anterior Inglaterra ha tenido más fusiles que los necesarios para su Ejército y que en esta han suministrado de ellos a casi todo el Continente, por lo que los establecimientos militares se habían hecho seis veces más importantes que en tiempos anteriores. Señala que los envíos españoles de dinero habían sido muy importantes para auxiliar a Austria (a este envío nos hemos referido con anterioridad). Le anuncia el nuevo golpe que Inglaterra va a propinar en el continente y espera que la corta duración del mismo no obstaculice la cooperación militar en nuestro territorio. (¿Se refería a la expedición a la isla de Walcharen?).

El 27 y el 28 de Julio tuvo lugar la batalla de Talavera. Una carta de Castlereagh a Wellington le autorizaba a penetrar en España más allá de las provincias limítrofes a condición de que ello fuera favorable al desarrollo de las operaciones y no fuera incompatible con la defensa de Portugal<sup>26</sup>. La batalla constituyó un éxito táctico, un fracaso estratégico y un desastre logístico y, en este punto centro los problemas de la relación con los ingleses.

Los Ejércitos españoles estaban mal provistos de todos los medios. Hay un escrito de la Junta Suprema a Cornell (Secretario de Estado de la Guerra) que comienza<sup>27</sup>: «*hallándose el Ejército del General Don Gregorio de la Cuesta desnudo y sin camisa*».

A éste escrito siguen órdenes mandando todo... menos las camisas. Extremadura se encontraba desvastada por el paso de tanto Ejército y agotados sus recursos de alimentos y medio de transporte, cuando todos los Ejércitos, carentes de los necesarios Servicios Logísticos vivían sobre el terreno. Para complicarlo más, los vivanderos, acemileros, carreros y proveedores salieron huyendo al comenzar la batalla. El 16 de Junio Wellington le decía a O'

<sup>25</sup> B.N. MS 7248. n° 142.

<sup>26</sup> DE AZCÁRATE, Pablo: *Wellington en España*. Madrid 1960.

<sup>27</sup> A.H.N. Estado. L. 44 A núm. 149 y 151.

Donojou, Jefe de Estado Mayor de Cuesta<sup>28</sup> : « *siento decir que marchamos muy mal provistos de muchos artículos que necesitamos a causa de la falta de medios de transporte que tenemos y en esta provincia o no los hay o no quieren darlos... todo país en que se halla en campaña un Ejército está obligado a proveerlo de estos medios; si el pueblo de España no puede o no quiere proveer a éste de lo necesario, temo que sea menester que se pase sin sus servicios*».

El 3 de Agosto se retiró Wellington de Talavera, dejando a sus heridos en los hospitales de la ciudad y el 3 lo hace Cuesta permaneciendo allí hasta el 4 su División de Vanguardia. ¿Cuántos fueron los heridos ingleses abandonados en Talavera? Los ingleses aseguran que fueron 3.000 los que cayeron prisioneros de los franceses, mientras que los españoles los evaluaron en 1.500, pero recalquemos que fueron los ingleses los primeros que abandonaron Talavera cuando los Cuerpos de Soult, Ney y Mortier, amenazaban cortarle su ruta de repliegue a Portugal.

El 9 de Agosto, Frere, el embajador inglés presentó una carta a Martín de Garay<sup>29</sup> denunciando que Cuesta había abandonado a 4.000 heridos ingleses en Talavera y que Wellington se había puesto en marcha hacia Portugal decidido a no volver a España. Cuesta se defiende, afirma que los heridos no excedieron a los 3.800 y que de éstos 2.200 se encontraban ya el día 5 en los hospitales del sur del Tajo; que muchos murieron en Talavera como consecuencia de sus heridas, que la mayor parte de los restantes no estaban en condiciones de evacuación y que otros muchos se retiraron con la División de Vanguardia que mandaba Zayas. Cuesta también afirma que las tropas de Wellington no excedían a los 17.000 hombres cuando las de Soult no bajaban de 34.000 y que su salida de Talavera fue motivada por el deseo de apoyar al General inglés si éste era atacado.

La Junta Central comunicó a Frere que estimaba acertadas las medidas adoptadas por Cuesta y le pregunta si se puede seguir contando con la ayuda de su Ejército. A la defensa del General Español se unió Lord Grenville. Los ingleses pidieron el cese de Cuesta a quien la Junta ascendió a Capitán General y envió a Mallorca.

Hay una carta de Martín de Garay al embajador inglés de fecha 11 de Septiembre<sup>30</sup>. Éste había comunicado a nuestro Gobierno el propósito de Wellington de mantenerse en España y trasladarse al Norte del Tajo a la vez que pedía que el Ejército español de Extremadura se aumentara hasta los

<sup>28</sup> «Manifiesto que presenta a la Europa el Capitán General Don Gregorio García de la Cuesta». Palma de Mallorca 1811.

<sup>29</sup> Cuesta, «Manifiesto», pág. 93.

<sup>30</sup> BN MS 7248 núm. 163.

20.000 hombres. Preocupan las noticias de la paz establecida entre los emperadores de Francia y Austria y se pide a Inglaterra incrementemente las remesas de fusiles.

El 6 de Diciembre, Martín de Garay escribe a Apodaca. La Junta Central tiene noticias de la concentración de Francia de un gran número de tropas dispuestas para entrar en España. Se pide el auxilio de tropas inglesas y se le dice a Apodaca que intente del Gobierno británico dé instrucciones a sus Generales en Portugal para que presten su cooperación sin que fueran precisas otras negociaciones.

Otra carta también de Martín de Garay a nuestro embajador en Inglaterra de fecha de 31 de Diciembre<sup>31</sup>, le acusa recibo de la noticia de que el nuevo embajador inglés Wellesley, ha embarcado al frente de 9 transportes en los que se cargan gran cantidad de pertrechos militares, entre ellos 10.000 fusiles con sus correspondientes municiones, consignados al cónsul Británico en Cádiz.

Llegarían los fusiles y los equipos, que se perderían en Ocaña, pero Wellington ya estaba decidido a combatir en Torres Vedras, cuyas fortificaciones había programado poco después de la Batalla de Talavera.

En cuanto a Portugal, nuestro Embajador en Lisboa pidió repetidas veces el apoyo de su Ejército, pero el Mariscal inglés Beresford, Ministro de la Guerra lusitano, estuvo siempre subordinado a los criterios de Wellington. No hubo, propiamente dicho, un Ejército portugués, sino la fracción portuguesa del Ejército británico.

### *El mantenimiento de los ejércitos*

Ya hemos visto cómo en la primera fase las Juntas Provinciales de Principado o Reino, asumieron la formación y el mantenimiento de sus Ejércitos. El problema es que cuando se formó la Junta Central encontró una Hacienda en ruinas, con todas las Cajas exhaustas, y con el sistema de recaudación de impuestos interrumpido. No había remisión de fondos de las Provincias a las Cajas Centrales y así desde éstas no se podía hacer frente a las necesidades de los Ejércitos desplegados. Bien es verdad que los Intendentes de esas Provincias lo eran también de los Ejércitos desplegados en ellas, pero los recursos que obtenían no bastaron nunca para asegurar su sostenimiento. Los decrecientes fondos provenientes de América y el importe de los préstamos y subvenciones inglesas servían para enviar remesas periódicas a

---

<sup>31</sup> BN MS 7248 núm. 88



esos Ejércitos, que nunca fueron suficientes. Así en la mayoría de las áreas en las que opera el Ejército o las guerrillas formadas, nos encontramos con las requisas de unas tropas forzadas a vivir sobre el terreno a costa de la población civil.

Cuando se instaló la Central no tiene datos de lo recaudado por las anteriores Juntas, ni de lo gastado, sólo recibe peticiones que no puede atender. Además hay que proveer de víveres, armas, vestuario, monturas... a un Ejército de 200.000 hombres que se pretende que llegue a los 500.000. Sólo se reciben peticiones desesperadas de los Jefes, de los Ejércitos y no hay fondos<sup>32</sup>.

El 8 de Mayo se reunieron en Valencia el Intendente, el Regente el Contador del Ejército, el Tesorero del mismo y otras autoridades económicas provinciales. No hay dinero. El cargo de una División de 20.000 hombres es de 56.664.433 reales de vellón. Las rentas de Valencia suman 34.018.543 y el cargo es de 70.378.044<sup>33</sup>. Esta situación es general porque todas las Juntas y todos los Ejércitos piden recursos a la Central.

Desde el 1 de Enero de 1809 al 31 de Enero de 1810 los ingresos de la Junta central fueron de 499.894.330, 16 reales de vellón, de ellos 339.000.000 procedían de América. De esta cantidad se remitieron 73.000.000 a las Juntas y Ejércitos de Cataluña, Valencia, Galicia y Asturias; 300.000 al Ejército del centro y 13.400.000 a las provincias de Bajadoz, Granada, Jaén, Cartagena, Málaga, Presidios menores, Ceuta y Mallorca<sup>34</sup>. Basta comparar la cifra del párrafo anterior con la de éste para comprobar que el mantenimiento de los Ejércitos dependía de las Juntas Provinciales en las que desplegaban y hay un dato muy significativo: cuando el Ejército de Castaños llegó a Madrid, la Junta de Sevilla abandonó su financiación.

Debo señalar que en ese mismo legajo de manuscritos de la sala Cervantes de la Biblioteca Nacional, existen otras rendiciones de cuentas que dan valores distintos. En número 106, que comprende el período Enero-Mayo de 1809, da unos ingresos de 130.879.440 y otro referido a las cuentas entre el 16 de Mayo y el 31 de Diciembre da unos ingresos de 260.878.275. Sumando éstos dos da un total de ingresos de 391.758.715 reales de vellón cifra que no coincide con la anterior. Entre los gastos destaca la adquisición de 3.817 caballos por un importe superior a los 8.000.000 millones de reales.

El 22 de Noviembre de 1808<sup>35</sup> Don Francisco Saavedra, desde la Secretaría de Estado de Hacienda, se dirige a la de Guerra para darle cuenta de

<sup>32</sup> BN MS 7.249.

<sup>33</sup> AHN. Estado L 39 D núm. 221.

<sup>34</sup> BN. MS. 7249 núm. 40.

<sup>35</sup> AHN. Estado L34 A-16.

que ha encargado a las provincias de Castilla la Vieja y Guadalajara ( que pronto ocupará el enemigo) granos, carne, garbanzos y menestras secas; a la de Valencia arroz, algaratas y paños, a las de Aragón, Guadalajara y Cuenca algaratas y abarcas, a la de Palencia mantas, a las de Segovia y Ávila abarcas, y en la de Madrid se ha hecho acopio de tocino. ¿Con qué se calzaba el soldado? Lo reglamentario sería dotarles de zapatos, pero en aquella España de campesinos descalzos «supongo yo» que la mayor parte de nuestros soldados estarían también así. Además, en ese escrito, Saavedra reconoce desconocer la composición de esos Ejércitos y su ubicación, y pide a Guerra que le remita esos datos.

El suministro de víveres a los Ejércitos fue un gran problema, porque muchas de las provincias más fértiles estaban ocupadas por el enemigo, porque nuestros Ejércitos combatían en las más pobres y las posibilidades de medios de transporte en ellas eran escasas, y porque los franceses iban y venían agostando los territorios donde después se movían nuestras tropas. La Junta sabía los fallos pero no podía atenderlas<sup>36</sup>.

La Junta Suprema desconocía la situación económica de las Juntas subordinada. El 20 de Agosto de 1809<sup>37</sup> les ordenaba informasen para que la Tesorería General pudiera tener conocimiento de las existencias y gastos de las Tesorerías del Ejército en cada Provincia cuando ya había transcurrido casi un año desde su instalación.

Para conseguir fondos se acudió a medidas tributarias extraordinarias. Todos los habitantes del Reino debían contribuir por vía de préstamo forzoso con la mitad del oro y la plata labrada que poseyeran; se rebajó los sueldo de los funcionarios y los de los militares que no estuvieran en campaña; se estableció una contribución extraordinaria de guerra de la que sólo se excluían a los pobres, clasificando a la población en 22 niveles, de los cuales el más bajo sólo pagaría 2 pesetas y los más ricos 12.000 reales; se suspende que una persona pueda cobrar dos sueldos; se suprime la concesión de encomiendas militares y las vacantes remitirían al Estado; todas las alhajas de plata y oro de las iglesias no necesarias para el culto se remitirían a Sevilla para ser convertidas en moneda<sup>38</sup>. Quien tenga un carruaje deberá pagar 25 doblones al año por cada par de mulas; se establece un empréstito extraordinario de 120.000.000 de reales de vellón en 60.000 acciones de 2.000 reales, de las cuales unas serán gratuitas y otras recibirán un interés anual del 6%, de cuya tramitación se encargará el Consulado de Cádiz y el empréstito se

---

<sup>36</sup> BN MS 7.249 Presentación de la Secretaría de Hacienda.

<sup>37</sup> BN MS 7249 núm. 24.

<sup>38</sup> BN MS 7.249 núms. 25,31,34,41,48 y 52.

extinguirá en 6 años<sup>39</sup>. A la vez se suspende los impuestos de 3 y medio por ciento de todos los productos de la tierra, aves y animales y el de 4 maravedís por cuartillo de vino que se estableció el 26 de Junio de 1805 para la Caja de Compensación de los Vales Reales<sup>40</sup>.

Se bajan los precios del tabaco; se suprimen las alcabalas que grababan el comercio interior; y se levanta la prohibición de caza en los vedados del Rey<sup>41</sup>.

### *La movilización de los ejércitos durante la central*

Si pasamos a los planes de movilización de la Junta Central nos encontraremos con que los fines establecidos no son claros. En Octubre de 1808<sup>42</sup>, los planes es llegar a un Ejército de 400.000 infantes y 40.000 jinetes, que viene a ser, aproximadamente, los datos iniciales del Ejército más el producto de las movilizaciones de las Juntas Provinciales, pero el 7 de Noviembre<sup>43</sup> dice que será de 350.000 infantes y 50.000 jinetes; que se alisten los nobles que no acudan voluntariamente, así como los tonsurados sin capellanía; que se alisten todos los mozos útiles y si no hay fusiles que se armen con espadas y sables.

Unos días más tarde, se ordena que el repartimiento se haga de 4 hombres cada 100 y el 27 de Enero de 1809<sup>44</sup> la Junta Central dice que las Juntas Provinciales no habían comunicado el resultado de esa orden anterior, diferenciando los hombres enviados al Ejército, el número de los existentes en los depósitos o cajas de instrucción y los que están aún en los pueblos. El problema, o uno de los problemas, es que el Reglamento para las Juntas Provinciales de 1 de Enero de 1809<sup>45</sup> se encomendaba a ellas *«los alistamientos, armamento, requisiciones de caballos, monturas, levas, quintas...»*

El 25 de Febrero de 1809, la Central dicta una orden aclaratoria<sup>46</sup> *«Para evitar las consultas que sobre la Real Orden de 1 del Corriente del alistamiento general de todos los mozos útiles para la guerra, circulada en 14 del mismo, ha declarado S.M. y en su Real nombre la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino, entenderse desde la edad de 16 a 45 años, también los casados*

<sup>39</sup> Ídem núm 66 y 73.

<sup>40</sup> Ídem núm. 81 y 82.

<sup>41</sup> Ídem núms. 84,87, y 90.

<sup>42</sup> Reglamento de la Junta Suprema.

<sup>43</sup> A.H.N. Estado. L. 46 A - 12.

<sup>44</sup> Colección del Fraile. N° 789.

<sup>45</sup> Colección del Fraile. N° 789.

<sup>46</sup> Ídem.

*que no tengan hijos y los viudos que no los tengan, los mozos de casa abierta y contribuyentes, en sus respectivas clases, con lo que según está prevenido en aquella, no debe haber más excepción que el impedimento físico».*

La Junta de Valencia había propuesto que se eximiera del Servicio Militar a quien presentara 4 caballos, pero la Central desestimó la petición<sup>47</sup>.

Pero pasa el tiempo y el 22 de Diciembre de 1809, la Junta Militar informa a la Suprema de cómo conseguir la movilización de 100.000 hombres<sup>48</sup>, pero su informe comienza diciendo que es imposible asignar un cupo porque no se sabe con cuanto se contribuyó anteriormente y, cuando examina la forma de extraer de cada Reino el número de hombres, tampoco responde a un reparto proporcional a su población. También señala que el 4% señalado anteriormente no tiene ningún efecto «por las ocurrencias sobrevenidas».

Si volvemos a la relación de unidades creadas durante el periodo de vigencia de esa Junta, que recoge el Conde de Clonard<sup>49</sup>, veremos que de Octubre de 1808 a finales de 1809 se crearon tan sólo 14 Regimientos de Infantería de Línea y 3 de Infantería Ligera, con un total de 21 Batallones y 13.100 hombres. Volvemos a insistir en que el panorama es confuso. Sin cesar aparecen órdenes de movilización a las que siguen declaraciones de que estas no se cumplieron. Pero los Ejércitos subsisten, hay un flujo constante de nuevos reclutas que no se explica y que hace que estos vuelvan a crecer después de las derrotas. De los 26.000 hombres estimados que formaban el Ejército del Centro a finales de Noviembre en Tudela, pasamos a los 12.000 del mismo de los que se hizo cargo el Duque del Infantado a finales de Diciembre. Lo inexplicable es que cuando la batalla de Uclés, en Enero de 1809, ese mismo Ejército ya cuenta con 28.000. Otro ejemplo similar es el del Ejército de la Izquierda, que cuando el Marqués de la Romana se hizo cargo de su mando en León, el 24 de Noviembre de 1808, tenía 15.930 hombres; el 20 de Diciembre tenía 22.000, pero tras su retirada a Galicia de ellos sólo quedaron 4.000 al llegar a Monterrey; el 10 de Marzo ya tenía 8.000, que en Junio eran 18.000 más 9.000 que había dejado en Galicia.

¿Qué nos indican estos ejemplos, que podrían extenderse a lo sucedido con el Primer Ejército en Cataluña o al de Extremadura entre Medellín y Talavera? Que puede ser verdad que la movilización decretada por la Junta Central no funcionó, pero que unas veces las Juntas Provinciales, y otras los Generales de los Ejércitos, llevaron a cabo movilizaciones para incrementar sus menguadas fuerzas o para defender su territorio. Por eso nunca se dejó de combatir.

<sup>47</sup> A.H.N. Estado. L. 46 A n° 10.

<sup>48</sup> Ídem n° 33.

<sup>49</sup> Obra citada.

*La organización del Mando Supremo de los ejércitos*

El error más grave de la Junta Central, que se prolongaría durante las sucesivas Regencias hasta la designación de Wellington como Generalísimo de los Ejércitos españoles, cuatro años después de haber comenzado la guerra, fue la no designación de un General Jefe que coordinara la acción de los distintos Ejércitos españoles. A la fragmentación del mando durante la fase provincial sucederá el «mando asambleario» del Pleno de la Junta Central, de la Sección de Guerra y de la Junta Militar. Todos los órganos de la Central son colectivos. ¿Temor a la repetición del caso de Godoy o Napoleón? Podemos especular, pero no lo sabemos.

La Sección de Guerra, formada por diputados, tendrá como misión dirigir la movilización, impulsar las industrias de armamento, buscando en el extranjero lo que no pueda obtenerse en nuestro país, la formación de los nuevos oficiales, la preparación de los necesarios Reglamentos militares, la adquisición de caballos... Por su parte, la Junta Militar, formada por militares, deberá proponer al Pleno de la Central las acciones más convenientes para conseguir la derrota de nuestros enemigos. Por último, el Secretario de Estado de la Guerra, el Teniente General Cornell, tampoco tiene funciones de mando. Es pues, el Pleno de la Junta, Su Majestad, la que se encuentra al frente de los Ejércitos.

Ya hemos señalado un escrito de Canning a Moore en el que se refiere a esa falta de un Capitán General o Generalísimo al frente de nuestros Ejércitos. Más duro es un informe de lord Bentnick a Castlereagh<sup>50</sup>. El 26 de Septiembre se entrevistó con Castaños y Floridablanca cuando todo parecía que estaba próxima la designación de un General en Jefe (posiblemente Castaños), pero ya el 2 de Octubre se dirige a su Secretario de Estado de la Guerra en los siguientes términos: «*El Gobierno español ha llegado a la extraña resolución de nombrar mandos separados e independientes los unos de los otros. V.E. observará, comparando la fuerza de estas Divisiones con las del Ejército francés que se le enfrentan, que cada una de ellas es inferior a las tropas que se le oponen y que, en consecuencia, es indispensable depositar en una persona la capacidad de concentrar los esfuerzos españoles para la salvación del conjunto*».

El 30 de Septiembre volvió Bentnick a insistir ante Castaños en la necesidad de un Mando Supremo y vuelve a señalar el gran error cometido. Detecta la convicción española de que los franceses continuarán su retirada hasta Bayona y que, por tanto, desearían el envío de 10.000 ingleses a Cataluña. Al lord le parece impensable que los cerca de 60.000 hombres de José

---

<sup>50</sup> NEALE, Adam: *Letters from Portugal and Spain*.

vayan a retirarse ante un ejército español disperso, fragmentado y formado mayoritariamente por unidades de nueva creación.

La decisión se agrava. Un Teatro de Operaciones perfectamente definido, el alto valle del Ebro; unos medios escasos y deficientemente instruidos y disciplinados y, enfrente, un Ejército francés que pronto va a pasar de los 60.000 de José a los cerca de 300.000 al mando de Napoleón. ¿Cuál va a ser el plan español? Es el plan de los Palafox, de José, de Francisco y de su primo Montijo, enviados los dos últimos con Coupigny como representantes de la Junta ante el mando de Castaños y José Palafox. El plan, grandioso e inconcebible si hubieran tenido en cuenta el análisis del enemigo, consistía en el doble envolvimiento de las tropas del Emperador de los franceses: Blake correría por las Montañas de Santander hasta Tolosa, mientras Palafox, la Reserva, avanzaría por los valles del Aragón y el Iratí hasta alcanzar Roncesvalles. Esos, sin la menor experiencia militar, fueron los que sustituyeron al necesario General en Jefe.

Pero no escarmentó la Junta, y sus ambiguas instrucciones a Venegas, que mandaba el Ejército del Centro mientras tenía lugar la batalla de Talavera, malogró su cooperación con Cuesta. Ya lo hemos señalado: éste fue el mayor error de la Junta Central.

### *Epílogo*

Leer el último Decreto de la Junta, firmado en la Isla de León el 29 de Enero de 1810 por su Presidente y un grupo de sus más representativos diputados, como la «Memoria en Defensa de la Junta Suprema» de Jovellanos<sup>51</sup>, produce una gran tristeza. Los españoles de aquel tiempo, posiblemente dirigidos, eran muy proclives a señalar como traidores a los gobernantes en desgracia. El motín de Sevilla y la persecución de los diputados fueron injustos. Baste señalar que aquellos grupos de exaltados, pocos días más tarde, se negaron a defender Sevilla «porque sería una pena que una ciudad tan bonita se destruyera en su defensa», y corrieron a recibir a José que ni era cojo, ni tuerto ni borracho.

Antes los traidores habían sido los Generales derrotados, ahora los Diputados. Eran hombres honestos que se equivocaron en muchas de sus decisiones, pero recibieron una España destrozada y arruinada con unas Juntas Provinciales al borde de la rebeldía. En esa situación organizaron la resistencia, posiblemente mal, pero como pudieron. Se merecen nuestro respeto aunque erraran.

---

<sup>51</sup> Oviedo 1992.

## A D E N D A

Se cierra un ciclo. La Junta Central había nacido de las Juntas Provinciales y lo reconoce así: «*si nuestra independencia y nuestros triunfos son la obra de los desvelos y actividades de las Juntas Provinciales, la reunión del poder que estaba disuelto y la representación nacional que no existía, se deben a su patriotismo*»<sup>52</sup>. Esa Junta Central dirige la guerra, como hemos visto en las páginas anteriores. El Pleno, impulsado por su Secretario (Martín de Garay) decide y los Generales de los Ejércitos han sido designados de acuerdo con los votos que obtienen de los diputados<sup>53</sup>. Quedaron desdibujados los papeles del Secretario de Estado de la Guerra, de la Sección de Guerra y de la Junta Militar. Al llegar a Sevilla la Junta cambia a los componentes de esta última; han desaparecido Castaños, Morla, Castelar... y los sustituyen Escalante, Medina, Ciscar y el jurista Alcalá Galiano, personajes de menor nivel que los anteriores e irrelevantes en sus decisiones.

Los planes de operaciones de esta última fase en Sevilla fueron tan absurdos y voluntaristas como los anteriores. Se siguió pensando en que los franceses se retirarían, tanto en el planteamiento de la batalla de Talavera como en el de la de Ocaña, y los Diputados soñaron con las medidas a adoptar en Madrid tras su inminente liberación.

Hubo un cambio. El 22 de Octubre de 1809, la Central estableció el «Reglamento de la Sección Ejecutiva»<sup>54</sup>. Su Presidente sería el mismo de la Junta Central y contaría con seis vocales. Esta Sección nombraría los Generales de los Ejércitos, pero tuvo una vida efímera, cortada por los resultados de la batalla de Ocaña. Se pensó que debía trasladarse a las proximidades del Cuartel General del Ejército del Centro, pero no lo hizo.

La Campaña de Talavera había arrancado de la idea de un enemigo debilitado por la guerra con Austria. Pero no fue así: Napoleón derrotó al Archiduque Carlos en Wagram el 6 de Julio, 21 días antes de la batalla hispano-inglesa. Napoleón tenía las manos libres para volver a España al frente de 100.000 de sus veteranos. Ante esa posibilidad hay dos actitudes distintas: los españoles tienen prisa, quieren recuperar Madrid antes de la previsible llegada del Emperador, mientras los ingleses son cautos: el 20 de Octubre

---

<sup>52</sup> Colección del Fraile. T. 789.

<sup>53</sup> A.H.N. Estado. L. 4 A.

<sup>54</sup> A.H.N. Estado. L. 1 F.

Wellington ya había señalado a Fletcher, su Jefe de Ingenieros, que redactara el plan de construcción de las fortificaciones de Torres Vedras. Hacía tres meses de Talavera y la Junta Central soñaba con incorporarlos a sus planes que desembocaron en la batalla de Ocaña o en emplearlos en Cataluña.

En Noviembre de 1809, el Ejército del Centro era el mayor organizado en España desde la batalla de Tudela. Se componía de cerca de 60.000 hombres. Los españoles avanzaron sobre el Tajo pero sufrieron una espantosa derrota en Ocaña el 19 de Noviembre.

El 26 de Noviembre Campo Sagrado informaba a la Central: *«La experiencia tristemente nos enseña que nuestros Ejércitos no deben componerse de grandes masas, porque ni tenemos Generales tan prácticos que puedan manejarlas, y aunque haya alguno capaz, nuestras tropas no tienen la instrucción para ejecutar las maniobras»*

El papel de la Junta Central está prácticamente terminado. Se va a abrir paso a la Regencia y al predominio de las Cortes convocadas por esa misma Junta Central.



## LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA: 1810-1814

Andrés CASSINELLO PÉREZ<sup>1</sup>

**E**n una conferencia que di en la Universidad Complutense sobre este mismo tema, referido al periodo 1808-1810, pretendí distinguir entre los conceptos de la Dirección de la Guerra y el de la Dirección de las Operaciones Militares; el segundo subordinado al primero, por corresponder aquel al Gobierno de la Nación, ante quien debe responder el Mando Supremo de los Ejércitos. Señalaba también que esta distinción no ha sido tan clara a lo largo de la Historia y que tampoco lo fue durante nuestra Guerra de la Independencia.

Decía que dirigir la Guerra debiera consistir en señalar el fin a alcanzar y movilizar los medios necesarios para su consecución. Medios que han de ser de muy distinta naturaleza, que van de la movilización de las ideas y emociones de la población, la obtención y administración de recursos de toda índole necesarios para sostenerla, la búsqueda de alianzas para compartirlas con otras naciones el esfuerzo bélico, los estímulos a la industria para aumentar la producción de armas y municiones y el sostén de una población civil que ve incrementadas sus necesidades por la orientación hacia la guerra de recursos antes destinados a su sostenimiento. Como centro de esas necesidades destacará la formación de unos Ejércitos proporcionados a los resultados que se desean obtener frente a la potencia del enemigo.

No ha sido nunca fácil distinguir o separar estas funciones, sobre todo cuando el resultado de las operaciones militares tienen un desarrollo adverso; unos u otros han sucumbido a la tentación de unificar las funciones, o bien el mando militar ha usurpado la función directiva del Gobierno o bien éste ha impuesto su criterio en la dirección de las operaciones militares. Quiero señalar que mi condición de militar puede llevarme a considerar más relevante esta distinción de funciones, pero déjenme afirmar que la Dirección de las Operaciones Militares exige una preparación específica, lograda

---

<sup>1</sup> Teniente General ©

en la conjunción de la experiencia anterior y la adquisición de una técnica a través del estudio. No se puede improvisar una Dirección de las operaciones militares, por mucho entusiasmo que se ponga en ello.

### *La situación al iniciarse el año 1810*

La verdad es que había que ser muy optimista para no considerar la guerra perdida. El Ejército del Centro había sucumbido en Ocaña y los franceses habían entrado en tromba en Andalucía conquistándola entera con la excepción de Cádiz, donde se había refugiado por poco tiempo la Junta Central, antes de traspasar sus poderes a la Regencia. Se había perdido Girona, perderemos Astorga, Ciudad Rodrigo y Tortosa, pero Asturias resistirá con suerte vacilante, mientras la resistencia interior de las guerrillas se afianza y crece tras las inexistentes líneas enemigas. Las guerrillas cubren La Alcarria, la Demanda, los altos valles del Pirineo navarro, la Cordillera Cantábrica, la Serranía de Ronda, la Contraviesa y las sierras de la frontera portuguesa. Se resiste piedra a piedra y también se pierde piedra a piedra. Nuestros enemigos, vencedores en las grandes batallas, siguen venciendo muy poco, aunque cada vez nos quede menos que perder.

Nuestros aliados, los ingleses, se han retirado a Portugal, cuya defensa constituye su objetivo principal. Van a conducir una maniobra retardadora entre Ciudad Rodrigo y sus fortificaciones de Torres Vedras frente a los iniciales 60.000 hombres de Massena ¿Estamos solos?

Los efectivos del Ejército español, después de tanto desastre, podrían evaluarse en unos 100.000 hombres, cuando los franceses, tras la entrada de Massena, rebasan los 250.000. Nos quedaban los restos del Ejército del Centro arrinconados en Murcia; la guarnición de Cádiz; el Ejército de la Izquierda que ahora manda el Marqués de la Romana; el Primero de Cataluña que manda O'Donnell; el de Galicia de Mahy y las tropas valencianas. Todos estos Ejércitos desvinculados unos de otros. Siguen siendo Ejércitos provinciales como al principio de la guerra.

Los últimos días en Sevilla de la Junta Central fueron esperpénticos. Hundida en la desesperación, acudió a lo imposible. El 13 de enero<sup>2</sup> ampliaba las facultades de las Juntas Superiores Provinciales en los temas de «*alistamientos, armamento, requisiciones de caballos y monturas, levas, quintas, donativos, contribuciones extraordinarias que sean precisas para el mantenimiento de los Ejércitos y demás puntos convenientes a la defensa*

---

<sup>2</sup> A.H.N. Estado. L. 11 B-5.

*de la Nación, revocando cuantas órdenes hayan entorpecido a las Juntas Superiores la ejecución de estos encargos». Otra orden de 18 de Enero<sup>3</sup> ordena a las Juntas Superiores que «comuniquen las órdenes más estrechas a las Justicias de los pueblos para que hagan reunir a todos los escopeteros, y a cuanta gente armada pueda juntarse con ellos, a fin de que los Generales los empleen según mejor convenga. El peligro es grande y debe por consiguiente hacerse esta operación con toda celeridad imaginable».*

Pero no es eso sólo: se ordenó el pronto cumplimiento de un Decreto anterior, de fecha 4 de abril de 1809, por el que los obispos y cabildos catedralicios debían enviar a la Casa de la Moneda la mitad del oro y la plata labrada que poseyeran, la imposición de una contribución extraordinaria; el aumento de 100.000 hombres al Ejército y la fabricación de 100.000 picas y 100.000 puñales para repartirlos por las provincias<sup>4</sup>.

El 12 de enero, la Comisión de Cortes, formada por los diputados de la Central Caro, Castañeda y Martín de Garay, recomendó el traslado de la Junta desde Sevilla a la Isla de León (San Fernando)<sup>5</sup>. Ocho días antes de la salida, debía publicarse un Decreto bien razonado, en el que dijera «*que teniendo prevista su residencia en Cádiz las Cortes, era conveniente que se trasladara al mismo punto la Junta*». La fecha elegida era entre el 20 y el 31 de enero, pero como abandonar Sevilla cuando se aproximaran los enemigos causaría mal efecto, debería quedarse en ella la Comisión Ejecutiva, no siendo aconsejable que ésta última se trasladara junto al Cuartel General del maltrecho Ejército del Centro.

Lo previsto era que permanecieran en Sevilla el resto de las instituciones del Gobierno, pero el Supremo Consejo de Castilla, el de Guerra y Marina, la Tesorería, Audiencia, Tribunal de Seguridad Pública... todos manifestaron la necesidad de trasladarse con la Junta para mejor asegurar su funcionamiento.

El 18 de enero, Calvo de Rozas tuvo noticias de que se preparaba una insurrección en Sevilla<sup>6</sup>, pero la Central, inmersa en las operaciones de su traslado, no hizo nada para impedirlo. El 24 se produjo el motín cuando la Central había abandonado ya la ciudad. Ese mismo día, la Junta de Sevilla daba cuenta a la Central de los hechos<sup>7</sup>, pero también recordó su antiguo título de «Suprema de España e Indias», sustituyendo al Duque del Parque por el Marqués de la Romana en el mando del Ejército de la Izquierda y a

---

<sup>3</sup> A.H.N. Estado. L. 11 B-7.

<sup>4</sup> PRIEGO, J.: *Historia de la Guerra de Independencia*. T. IV. Pág 372.

<sup>5</sup> A.H.N. Estado. L. 5 D-1.

<sup>6</sup> *Colección del Fraile*. Vol 134. Pág 130 y sig.

<sup>7</sup> A.H.N. Estado. L 5 D-38.

Areizaga por Blake en el del Centro. Las otras Juntas no reconocieron su supremacía, pero los Generales designados se hicieron cargo del mando de los Ejércitos para los que habían sido designados.

Mientras, la Junta Central se reunía en Cádiz el 27 para escuchar el informe de Calvo de Rozas<sup>8</sup>. Este daba cuenta del motín de Sevilla; afirmaba que el Gobierno de S.M. ya no era grato a la nación ni inspiraba confianza, por lo que aconsejaba el nombramiento de una Regencia de la que deberían formar parte Saavedra, el obispo de Orense, Escaño, Castaños o Blake y el Duque del Parque.

El 29 de enero, los 23 miembros de la Junta Central presentes en Cádiz, se reunieron para acordar disolverse y nombrar una Regencia, formada por cinco consejeros: el obispo de Orense, Castaños, Escaño, Saavedra y Fernández de León, que pronto sería sustituido por Lardizábal.

El Reglamento de la Regencia<sup>9</sup> estipulaba, entre otras cosas: La Regencia despachará a nombre de nuestro amado Fernando VII, tendrá honores y tratamiento de Majestad, su Presidente en turno de A.S. y los demás individuos de Excelencia. A la Regencia también se le encomendaba: «*Su atención será enteramente arrebatada al gran objeto de la Defensa Nacional... No podrá admitir proposiciones ni entrar en negociación alguna, ni hacer paz, ni tregua ni armisticio alguno con el Emperador de los franceses que sean contrarios a los deseos de nuestro Rey y sus legítimos sucesores, o a la independencia de la Nación*». Serían responsables ante la Nación de su conducta y observará lo ordenado por la Central en cuanto a la celebración de Cortes. En su Juramento se obligaban a conservar en España la religión católica y a no reconocer otro Gobierno hasta que reunidas las Cortes, convocadas por la desaparecida Junta Central, «*determine el que sea más conveniente para la felicidad de la Patria y conservación de la monarquía*».

Bien pronto esa Regencia trató de poner orden en las Juntas Superiores de Provincias, Reinos y Principados con un nuevo Reglamento que, como los anteriores no fue obedecido<sup>10</sup>. Según ese Reglamento, su Presidencia debería ser ocupada por el Capitán General, quien dispondría de todas las fuerzas de la provincia. Por otro lado se seguían encomendando a esas Juntas las tareas de alistamientos, levas, quintas, armamento y la creación de fábricas de armas y de pólvora, pero el producto de las contribuciones deberían entregarlo en la Tesorería Central.

En Cádiz también se encontraron con las apetencias inglesas de establecer allí una fuerte guarnición. Las tripulaciones de su flota, anclada en la

---

<sup>8</sup> A.H.N. Estado. L. 5B.

<sup>9</sup> *Colección del Fraile*. Vol 134. Pág 135 y ss.

<sup>10</sup> A.H.N. Estado. L.82-361.

bahía, destruyeron los fuertes que pudieran caer en manos francesas y amenazar la seguridad de sus barcos, tirando al mar sus cañones, como intentaron allanar las fortificaciones de La Línea frente a Gibraltar. Al final, tras la entrada en Cádiz del Ejército de Alburquerque, se avinieron a establecerse en San Fernando y Matagorda.

### *La creación del Estado Mayor General*

El 6 de abril, Blake fue nombrado Jefe del Ejército que defendía Cádiz. Ese nombramiento no suponía su cese al frente del Ejército del Centro que continuaba en tierras murcianas bajo el mando interino de su Segundo Jefe, Freire. El 25 de abril Blake recibió el nuevo cargo de Inspector de Milicias y de Infantería, que acumuló a los anteriores. Durante ese periodo gaditano, Blake impulsó una reorganización general de las unidades de Infantería, transformando las Milicias Provinciales en Unidades de Línea y simplificando la organización interna de estas últimas. Pero su aportación más importante fue la creación del Estado Mayor General, que sancionó el entonces Secretario de Estado interino de la Guerra, Bardaxí, el 9 de julio de 1810.

No fue fácil su creación, siendo su principal opositor el General González Llamas, miembro de la antigua Sección Militar, partidario de la creación de una «Junta de Generales entendidos» que asesorara a la Regencia en lugar de un Cuerpo de Estado Mayor<sup>11</sup>. Pero el proyecto salió adelante, basado en unas «Apuntaciones sobre el establecimiento de un Estado Mayor», redactadas por Blake.

La extensa orden de su creación comenzaba así<sup>12</sup>: «*Considerando el Consejo de Regencia de España e Indias las ventajas del establecimiento de un Estado Mayor General de Oficiales que manteniendo bajo su dependencia otros particulares de los Ejércitos en campaña, reúnan en sí y desempeñen las funciones que la Ordenanza General divide en los empleos de Cuartel Maestro y Mayores Generales de Infantería, Caballería y Dragones, y de sus Ayudantes, facilitando por este medio al Gobierno Supremo y a los respectivos Generales en Jefe las noticias, documentos y demás operaciones que son indispensables para el orden, sistema y mejor éxito de las empresas; ha resuelto S.M. crear, en nombre del Rey N.S. Don Fernando VII (que Dios guarde) el referido Cuerpo, y nombrar Jefe del Estado Mayor General al Teniente General Don Joaquín Blake...*»

<sup>11</sup> MOYA y JOLY: *El Ejército y la Marina en las Cortes de Cádiz*. Pág. 552.

<sup>12</sup> MORO BENAVIDES: *op. cit.* Pág. 301 y sig.

La Orden continuaba creando los empleos del Cuerpo, desde Ayudantes Generales, que eran Coroneles; Ayudantes Primeros, de Tenientes Coroneles y Segundos de Capitanes. Esos empleos se distribuían entre el «Órgano Supremo», al frente del cual se situaba al Jefe del Estado Mayor General, y los distintos Ejércitos en campaña. Por último fijaba la uniformidad y el distintivo de sus miembros, señalando la faja celeste que sigue vigente en la actualidad. Obsérvese que es un órgano auxiliar del «Órgano Supremo», es decir de la Regencia, no de un mando superior de los Ejércitos, que sigue sin crearse y que ese Estado Mayor General mantenía bajo su dependencia a los Estado Mayores de los Ejércitos en campaña.

A la orden de creación se unían las «Apuntaciones» ya citadas, donde se desarrollaban las misiones de cada escalón. Al frente del Estado Mayor General se situaba un Teniente General, como había un Jefe de Estado Mayor en cada Ejército, todos ellos auxiliados por los Jefes y Oficiales del nuevo Cuerpo. En esas apuntaciones están implícitas las misiones del E.M. que se conservan en la actualidad: facilitar al Mando los datos necesarios para sus decisiones, traducir las decisiones en órdenes y vigilar su cumplimiento. Su creación intentaba llenar el vacío de a quien correspondía planificar tanto la dirección de las operaciones militares como las de cada Ejército en campaña. Antes, esa función había sido teóricamente desarrollada por la Junta Militar ante el Pleno de Junta Central, aunque con escaso éxito. Lo que no hacen esas «apuntaciones» es designar la figura del General en Jefe, que debiera mandar el conjunto de los Ejércitos en Campaña, no dejando otro vértice de la organización militar que «el Gobierno de la Nación», es decir: la Regencia, como antes había sido el Pleno de la Central.

Pronto se introdujo una modificación, haciendo coincidir en una sola persona al Jefe del Estado Mayor General y al Secretario de Estado de la Guerra. Así lo fueron Heredia, Carvajal, Abadía, O'Donjoux, Moreno y Freire, hasta la disolución del Estado Mayor a la vuelta de Fernando VII en plena reacción absolutista. El Decreto de la Regencia encomendaba a este Jefe de Estado Mayor<sup>13</sup>: «Comunicar las resoluciones del Consejo relativas a la formación y arreglo de los Ejércitos, operaciones que deben emprender y cuantas parezcan convenientes para la dirección de la guerra».

El cuadro inicial se componía de 144 Jefes y Oficiales, de los que 28 eran Ayudantes Generales, 20 Ayudantes Primeros y 14 Ayudantes Segundos. El Estado Mayor se dividía en cuatro negociados, cada uno a cargo de un Ayudante General y todos bajo la dependencia del 2º Jefe de ese Estado

---

<sup>13</sup> I.H.C.M. C. *Duque de Bailén*. Caja 27. Leg 40. Carpeta LXXVIII.

Mayor General, que dirigía la Secretaría y velaba por la coordinación de sus cuatro subordinados.

Puede que ésta sea la mayor contribución de la Primera Regencia. No conozco ninguna orden de ella dirigida a la coordinación de los distintos Ejércitos, éstos siguieron su vida independiente y, en cuanto a las sucesivas movilizaciones, las órdenes no fueron obedecidas, primero porque las cifras pretendidas eran imposibles de lograr dada la creciente pérdida de territorio; por otro lado cada Ejército tenía su Junta que regía el territorio de su despliegue, le proporcionaba los hombres, las armas, el equipo y los fondos para su subsistencia. El papel del Gobierno Central era y seguirá siendo subsidiario. Los Ejércitos seguirán siendo provinciales.

### *Las Cortes*

Voy a eludir cualquier juicio acerca de la labor política de las Cortes, aunque reconozca su importancia, para centrarme en el examen del papel que desarrollan en la Dirección de la Guerra y es que, desde su constitución formal el 24 de septiembre de 1810 (se habían reunido ya el 1 de marzo), las Cortes se constituyen en el principal órgano de gobierno. En su primer Decreto de la fecha indicada ya establecen que en ellas reside la soberanía nacional, reduciendo a las sucesivas Regencias a cabezas del Poder Ejecutivo. Vaya como botón de muestra el cambio de tratamiento: el de Majestad se reservará para el Pleno de las Cortes, mientras la Regencia descenderá al de Alteza. También obligará a todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas al juramento de obediencia a las Cortes.

En esas Cortes había 66 Diputados militares, de los cuales 4 eran Tenientes Generales, 5 Mariscales de Campo, 6 Brigadieres, 10 Coroneles, 5 Tenientes Coroneles, 5 Comandantes, 9 Capitanes, 1 Teniente, 3 Subtenientes, 1 Guardia de Corps, 1 Capellán Militar y 16 miembros de la administración militar<sup>14</sup>, de ellos, 17 lo fueron en representación de los territorios americanos.

El 4 de octubre de 1810 se formó en el seno de las Cortes una «Comisión de Guerra». La componían el Teniente General Eguía, los Mariscales de Campo Álvarez de Toledo y Laguna, el Brigadier Suazo, los Coroneles de Llanos y Fernández Golfín, el Teniente Coronel Sanz Sánchez, el Capitán de Fragata Power, el Teniente de Navío Álvarez de Toledo y el Alférez de Fragata Alonso. Su primer trabajo, que resultó fallido, consistió en estudiar el

---

<sup>14</sup> MOYA y JOLY: *op. cit.* Pág. 90 y 91.

levantamiento de un Ejército de 120.000 hombres que se llamaría «Ejército Patriota» y la obtención de la suma de 60.000.000 de reales necesarios para su vestuario, manutención y armamento.

### *Las sucesivas órdenes de movilización*

El examen de las órdenes sucesivas me hunde en el estupor. En Noviembre de 1809, la Junta Militar había propuesto el reclutamiento de 100.000 hombres, que compensarían las pérdidas de Ocaña. Para ello, estimando la población de las provincias no ocupadas por el enemigo en algo más de 5.300.000 habitantes, se dividía proporcionalmente entre ellas esa cantidad, pero ya considerando que no se conocía cuantos se habían incorporado al Ejército anteriormente. Ese desconocimiento del grado de cumplimiento de las órdenes de movilización va a ser continuo a lo largo de la guerra. Recordemos que el alistamiento era, y seguirá siendo, competencia de las Juntas Provinciales Superiores, lo inexplicable es que a lo largo de la guerra no se vigilase su cumplimiento ni se controlase su resultado revisando los estados de fuerza de los Ejércitos.

El 15 de noviembre de 1810, las Cortes ordenaron la movilización de 80.000 hombres<sup>15</sup>. Para conseguirlo, el 15 de febrero, a propuesta de la Junta de Murcia, se rebajó la talla exigible en una pulgada, medida que se discutió en las Cortes, pues había diputados que consideraban que los bajos de talla podían desempeñar funciones en el ejército como tambores y asistentes, incluso montar a la grupa en las unidades de Caballería. Como tampoco se lograba así, las pretensiones se rebajaron a 50.000, y aún es dudoso que se lograra.

El 15 de diciembre, decía el General González Llamas en las Cortes<sup>16</sup>: *«Sin dinero, sin hombres, sin armas y sin una buena dirección en las guarniciones militares, no es posible hacer la guerra, ni conseguir la libertad. Parece que por una fatalidad inconcebible se ha ocultado a los individuos de este Congreso una necesidad tan esencial y urgente ¿Qué dirá el pueblo español de ambos mundos cuando sepa que sus diputados, revestidos de todo el poder de la Soberanía desde el 24 de Septiembre, no ha podido acopiar dinero, hombres y armas para defender los importantes puertos de Cádiz y la Isla y poner a los Ejércitos en disposición de hacer una operación en el interior para obligar al enemigo al abandono de las Andalucías? Si yo*

<sup>15</sup> Publicaciones del Congreso de los Diputados. *Colección de Órdenes y Decretos de las Cortes de Cádiz*.

<sup>16</sup> Publicaciones del Congreso de los Diputados. *Diario de sesiones de las Cortes de Cádiz*.



*no advirtiera los inconvenientes, manifestaría las causas que han producido nuestros males, y así me limito a proponer solamente que, hasta tener dinero, hombres, armas y dirección en general y en particular de las operaciones militares, no se trate de otra cosa».*

Ya iremos viendo más adelante los sucesivos informes de situación que se fueron presentando ante las Cortes. El problema, como también iremos viendo, fue que los diagnósticos fueron certeros, pero que los esfuerzos para subsanarlos fueron irrelevantes, posiblemente porque se carecía de los medios necesarios en dinero, armas, hombres y de una acertada dirección de las operaciones militares.

### *El control de las sucesivas regencias por las Cortes*

A la creación de la Regencia por la agonizante Junta Central, a su primera Regencia y a su primer Reglamento, siguieron los dictados por las Cortes, que establecieron así claramente su supremacía. Ya el primero de sus Decretos, de 24 de septiembre de 1810, se declaraba interino el poder de la Primera Regencia, le obligaban a reconocer la soberanía nacional de las Cortes y a jurar obediencia a las leyes y decretos que de ellas emanaran. El 28 de octubre de 1810, las Cortes nombraron un nuevo Consejo de Regencia. Lo integraron el General Blake, el Capitán de Fragata Agar y el Jefe de Escuadra Ciscar. El 16 de enero, modificó el Reglamento anterior de la Regencia. En la parte militar se establecía que la Regencia nombraría a los Generales en Jefe de los Ejércitos y fuerzas navales, Capitanes Generales y Gobernadores de Plaza, pero que esos nombramientos los haría saber previamente al pleno de las Cortes en sesión secreta. Al mismo tiempo se señalaba que ningún miembro de la Regencia podría ejercer el mando de otra fuerza armada que la de su guardia.

El 26 de enero de 1812, las Cortes aprobaron un nuevo Reglamento para la Regencia. Confirma su competencia para el nombramiento de los Generales y añade que dispondrá de la Fuerza Armada, distribuyéndola como más convenga, así como que cuidará la recaudación de las rentas del Estado y su distribución entre cada ramo de la administración de acuerdo con los presupuestos aprobados por las Cortes! ¿Había algo que repartir?

Tras la publicación de la Constitución se nombró una nueva Regencia, formada por Infantado, Enrique O'Donnell, Villavicencio, Mosquera y Rodríguez Rivas, a la que seguiría otra, nombrada el 8 de marzo de 1813 con el Cardenal de Borbón, Agar y Ciscar.

*El reglamento de las juntas provinciales*

Las Cortes, el 18 de marzo de 1811, volvieron a regular las funciones de las Juntas Provinciales. Debían componerse de nueve individuos o del número de corregimientos o partidos en que se dividiera su territorio. El Intendente de la Provincia, que también lo era del Ejército, sería miembro nato y su Presidente sería el Capitán General, aunque en las provincias ocupadas por los franceses subsistirían las formadas anteriormente. Esas Juntas deberían *«facilitar a los Capitanes Generales, y demás Jefes Militares, los auxilios que estos soliciten, para que puedan atender y dedicarse a las operaciones que le son propias y se les han encomendado, sin distraerse a cuidados de otra clase. Y como estos grandes objetos y saludables fines no pueden conseguirse sin unión y uniformidad en las operaciones, ejecutarán las Juntas cuanto se les prevenga por el Gobierno y facilitarán aquellos auxilios»*. Seguía la orden: *«Cuidarán de que la juventud se habilite en los ejercicios gimnásticos y manejo de las armas, encargando a las comisiones de los partidos y los pueblos que todos los días festivos haya estos ejercicios»*.

Continúa el Reglamento señalando la obligación de proporcionar toda clase de recursos a las unidades militares y a las guerrillas que se muevan dentro de su territorio, pero también insiste en la prohibición de que los Jefes militares tomen nada por propia iniciativa, debiendo acudir a la Junta con sus peticiones. También señala que cuando los Intendentes de los Ejércitos no tengan caudales para el pago de los suministros que pidan en especie, *«la Junta y las respectivas comisiones de los pueblos los aportarán sin dilación»*. Por último este Reglamento regula la forma de llevar a cabo la Revista de Comisario para controlar el número de hombres y ganado de cada unidad militar.

Todo este esquema rompe la idea nacional de la organización militar. Es como perpetuar la organización provincial de los Ejércitos de los primeros días de la insurrección; no hay flujos de suministros, o si los hay son muy pocos, desde los órganos Centrales, ni de dinero ni tan siquiera de armas, porque son las Juntas Provinciales las que deben asegurar el sostenimiento de los Ejércitos. Los Generales designados por la Regencia y los cuadros de Jefes y Oficiales profesionales con los que comenzó la guerra, son el único vínculo de ese Ejército Nacional que se supone.

Más tarde, todo sigue igual. El Decreto de 8 de junio de 1813 obligaba a todos los españoles a *«Franquear sus ganados, granos y demás efectos para que se suministre lo necesario a los Ejércitos. Para eso los Ayuntamientos tasarán su justo precio en dinero y se repartirá su importe entre todos los vecinos en proporción a sus facultades para reintegrar lo que corresponde a los que dieron en especie»*.

*La remisión de fondos a los ejércitos desde la regencia*

El 26 de enero de 1811, las Cortes fijaron el costo de mantenimiento del Ejército en 770.000.000 de reales y el costo total de la Administración del Estado en 1.200.000.000 de reales, pero la recaudación era de sólo 255.000.000. Las Cortes aprobaron el presupuesto por aquel total, pero fue un gesto inútil. Los ingresos se limitaban a los fondos remitidos desde América y los aranceles cobrados en el puerto de Cádiz. Los datos recogidos en el Ejército de Extremadura, estimaban en 30 reales diarios el gasto por soldado, incluido alimentación, uniformes, armas y hospitalizaciones. Aun reduciendo a 20 reales, un Ejército de 100.000 hombres supondría al año un gasto de 730.000.000 de reales. Si comparamos estos datos con las perspectivas de recaudación, veremos el enorme absurdo en el que se movía el sostenimiento de los Ejércitos. De ahí ese incesante goteo de órdenes a las Juntas Provinciales para que hicieran lo que deberían y no podían hacer Regentes y Secretarios de Estado.

El 13 de marzo de 1811, se discutió en las Cortes la distribución de 29.200.000 reales que habían llegado de Veracruz. Se acordó que 7.000.000 fueran dedicados a los Ejércitos de Cataluña, Aragón, Murcia, Cádiz, Extremadura y Galicia; 200.000 para la Maestranza de Artillería; 603.000 para los Cuerpos de la Casa Real; 150.000 para la fábrica de pólvora de Murcia; 2.900.000 para los tres Departamentos marítimos y 4.400.000 para previsiones. Evidentemente estas cantidades parciales no suman el total de lo recibido, porque el resto fue dedicado a otras necesidades del Gobierno.

Los tomos 861 y 862 de la Colección del Fraile recogen gran cantidad de datos sobre ingresos de caudales de la Tesorería Mayor y papeles de la Tesorería de los Ejércitos, entre 1810 y 1813. Según esos datos, los fondos llegados de América en 1810 sumaban 30.000.000: en 1811 fueron 65.000.000 y en 1812 se redujeron a 5.500.000 reales. Evidentemente todo se reparte, pero en los repartos consignados en la Data destaca la parvedad de las asignaciones a los Ejércitos, lo que es congruente con las órdenes a las Juntas Provinciales para su sostenimiento.

Los subsidios ingleses durante este periodo de tiempo fueron por un importe de 280.592.800 reales<sup>17</sup>. Señalemos que estas cantidades no se incluyen en la contabilidad que hemos reseñado anteriormente como ingresos de la Tesorería Mayor, como tampoco el importe de los préstamos recibidos.

Los trabajos de Joseph Fontana, publicados en el número 69 de «Hacienda Pública», y por Antonio Moliner, inciden en este caos administra-

---

<sup>17</sup> LASPRA, Alicia: *La Guerra de la Independencia Española*. Editor, Antonio Moliner.

tivo. Claro está que sus consecuencias fueron Ejércitos sin víveres, sin pagas y sin ninguno de los apoyos que necesitan. Como último dato de este apartado, señalo que el Decreto de 14 de septiembre de 1813, por el que se fijaban los presupuestos generales del Estado, señalaba la necesidad de la Secretaría de Estado de la Guerra en 676.571.217 reales de vellón. Para Marina se estimaban en 80.000.000; Estado 6.000.000; Gobernación 7.315.000, pero las existencias eran tan sólo de 465.956.293, había pues un déficit de 484.043.707, que se pretendía distribuir entre las provincias.

Cuando la guerra está a punto de terminar, el 24 de febrero de 1813<sup>18</sup> se nombraron los Intendentes de los seis Ejércitos formados. El I, mandado por Copons, constituye la Capitanía General de Cataluña y la parte de Aragón al Norte del Ebro; el II, mandado por Elio, se corresponde con las Capitanías Generales de Murcia, Valencia, Castilla la Nueva y la parte de Aragón al Sur del Ebro; el III, mandado por el Duque del Parque, comprende las Capitanías Generales de Jaén y Granada; el IV, mandado por Castaños, con las Capitanías Generales de Extremadura, Castilla la Vieja, León, Asturias, Navarra y toda la cornisa cantábrica; el de Reserva de Andalucía, que manda Enrique O'Donnell, con las Capitanías Generales de Córdoba, Sevilla y Cádiz, y el de Reserva de Galicia, que manda Lacy, la Capitanía General de ese territorio.

Lo anterior tiene una gran importancia. El 15 de ese mes se habían nombrado los Intendentes de los Ejércitos que debían asegurar su apoyo logístico y, a su nombramiento, se les comunicaba que *«los intendentes de las provincias le quedaban subordinados a los de los Ejércitos sólo en cuanto conviene a este ramo. Tendrán a disposición del Ejército 9/10 de lo que obtengan, pasados en forma de libranzas de los Intendentes y Tesoreros de las Provincias... Los Intendentes Generales de los Ejércitos remitirán al Gobierno relación de lo recibido, también un presupuesto de gastos y el estado de las rentas y contribuciones de su demarcación»*. Para esas fechas, todos los Ejércitos españoles, con excepción del II y el de Reserva de Galicia, se concentraban sobre la frontera francesa. Las órdenes pueden decir lo que quieran, pero es dudoso que un territorio esquilmado por la marcha de unos y otros, durante la guerra, pudiera facilitar cualquier tipo de recursos, y los 9/10 de nada es nada.

Alcalá Galiano, de la Secretaría de Hacienda, presentó una memoria a la Regencia el 17 de enero de 1812<sup>19</sup>. En ella propone reducir a 90.000 los

---

<sup>18</sup> I.H.C.M. *Duque de Bailén*. Caja XXXVI, carpeta 15.

<sup>19</sup> *Observaciones sobre la guerra de España*. Londres 1829. Doc. XLVI.

150.000 hombres que entonces componían el ejército como única forma de asegurar su apoyo efectivo y, en ese mismo texto, Araujo, encargado de la Secretaría de Hacienda, cita el 1 de octubre de 1813 que la fuerza de los ejércitos nacionales es de 144.062 hombres y 10.511 caballos. Cuenta que el presupuesto de mantenimiento es de 950.000.000 reales anuales y que el producto de las rentas era de 465.956.000 reales, por lo que resulta un déficit de 484.043.707. ¿Qué indica todo este desbarajuste? Indica que las Cortes sabían perfectamente cual era la situación económica de los Ejércitos, pero que no podían resolver el problema sino trasladándolo a las Juntas Provinciales, lo que condicionaba la actuación de las tropas en su territorio.

El 23 de diciembre de 1814, ya acabada la guerra, se pretendió poner orden en la justificación del gasto producido por los Ejércitos<sup>20</sup> y se dictaron instrucciones a los Intendentes, Contadores, Tesoreros de Ejército y Provincia, Directores de Provisiones y subalternos respectivos para la ordenación de sus cuentas, formación de ajustes y liquidaciones de suministros a los Ejércitos. Dudo que se hiciera la luz. Para llegar a saber el costo del sostenimiento del Ejército, habría que empezar revisando las cuentas de las Juntas Provinciales y de los Ayuntamientos, si es que éstas existen, para seguir con las de la Junta Central y las Regencias. Presiento que este apartado de mi conferencia resulte caótico, pero la mejor forma de presentar un caos es dejarlo como tal.

Las Cortes lo sabían. Su Decreto de 13 de Septiembre de 1813 decía: *«Entre los grandes cuidados que incesantemente han agitado a las Cortes Generales y Extraordinarias, ha sido acaso la principal el estado lastimoso de la administración de Hacienda... Ocupado la mayoría del territorio por el enemigo no se podía librar sobre las provincias liberadas sino una parte muy corta de la que se necesitaba para mantener al Ejército y la Marina».*

### *Los debates de las Cortes sobre la situación de los ejércitos*

Pudiera parecer que nadie era consciente de los males que aquejaban a nuestros Ejércitos, y que el entusiasmo general embotaba la percepción de nuestros defectos, pero no era así, se conocían y se expresaban, pero las prisas y las escaseces, unidas a la desgraciada elección de muchos de los mandos superiores, nos llevaron una y otra vez a los mismos errores. Las Cortes fueron protagonistas y foro donde se debatieron estos temas.

---

<sup>20</sup> Colección del Fraile. T. 797.

En la sesión del 5 de enero de 1811, se señala claramente la indisciplina como la causa principal de tanto desastre, junto «*con el desconocimiento de la ordenanza que tiene la tropa, producto de la desaparición de los antiguos Regimientos y de los soldados veteranos sustituidos por Cuerpos nuevos y reclutas sin instruir, empeñados a toda prisa contra un enemigo, cuando no habían alcanzado el espíritu de cohesión. No falta valor, porque las guerrillas lo tienen, y son los mismos hombres, lo que le falta es la instrucción que da la confianza en la acción de conjunto y el apropiado empleo del arma.*» Como es natural, los responsables de la disciplina y de la instrucción de la tropa eran sus propios mandos, no se puede transferir la responsabilidad a otros estamentos.

Más adelante, la Comisión de Cortes añade: «*que el valor personal no sirve. Las batallas no se deciden por los esfuerzos de cada uno, sino por la ordenada reunión de todos, la pronta obediencia a los Jefes, la destreza en la maniobra y, sobre todo, la firme persuasión de que no puede alcanzarse ventaja alguna sobre el enemigo sin la cooperación de todos a la ejecución de los planes del General. En esto se cifra lo sublime del arte de la guerra y de aquí depende la victoria, pero esto no lo penetran nuestros soldados patriotas, precisados apenas visten el uniforme a atacar al enemigo sin conocimiento del arma que manejan ni de las excelencias y recursos de la Táctica. De aquí las dispersiones; el soldado español no se dispersa por cobardía, nuestras guerrillas y descubiertas lo prueban. El español no vuelve la cara sino por la aprensión de que sus fuerzas no pueden contrarrestar las del enemigo, pues ignorante de lo que es la unión, se ve solo contra tantos. Huye en fin porque teme, y teme porque ignora. Por consiguiente es necesario instruirle, manifestándole las ventajas de la disciplina en sus dos sentidos: para defenderse y para ofender*».

A continuación se planteó pedir responsabilidades a los Generales, como antes se había hecho con Castaños y tantos otros, pero el Diputado Marqués de Villafranca afirmó: «*¿Cómo puede formársele Consejo de Guerra por un mal suceso? Es menester proveerle antes de lo necesario*».

El 15 de febrero de 1811, por orden de las Cortes, fue el General y Regente, Blake, quien informó al pleno. Poco profundizó el General en el análisis de las causas de los fracasos, que él debía conocer tan bien<sup>21</sup>, «*¿Cómo es posible que la España, despojada por engaño de sus principales Plazas, sin ejército y aún sin gobierno, ocupada su capital y algunas provincias por ochenta o cien mil enemigos ha podido hacerles frente?*» Sigue más adelante: «*Sin disciplina se enerva el valor de muchos y llega a ser inútil en los*

---

<sup>21</sup> I.H.C.M. Colección General Blake. Caja 5.

*demás, pero no nos lisonjemos de establecer fácilmente a tropas que a un mismo tiempo se constituyen y hacen la guerra»... «es muy grave entre los buenos patriotas la costumbre de llorar nuestros desórdenes y los errores cometidos antes de ahora, y el clamor por un remedio universal, por un específico que salve nuestros males como la quina cura las fiebres intermitentes; pero desengañémonos, éste específico no existe; la enfermedad es complicada y tiene la apariencia de ser prolija. Es menester seguir un régimen juicioso que economice las fuerzas... es muy doloroso para mí presentar tan opaca pintura... trabájese en alistar soldados, en equiparlos y doctrinarlos y en reunir las grandes sumas que se necesitan para su subsistencia». En ese informe, del que he pretendido seleccionar lo que me parece más importante, Blake comenzaba exponiendo que «el término cierto y positivo de los infortunios de España es la muerte de Napoleón», al Emperador le concedía una esperanza de vida de 20 años y esa sería la máxima duración de nuestras desgracias. Su exposición terminó pidiendo al Pleno de las Cortes la aceptación de su renuncia como Regente, petición que no fue aceptada*

También Heredia, Jefe del Estado Mayor General y Secretario de Estado de la Guerra, informó a las Cortes en sus sesiones de 1 de marzo y 13 de abril de ese mismo año. Citaba el Decreto de 19 de marzo que pretendía la movilización de 80.000 hombres y señalaba que *«la multitud de Regimientos creados en los momentos de nuestra Revolución en cada Provincia, reducidos después a esqueletos multiplicaban los Jefes y Oficiales, son la voz de una desorganización completa que ha desaparecido por fortuna». También señala que «los oficiales sin paga algunos meses, los soldados sin cobrar, sin vestido ni calzado, se oponen al establecimiento de la disciplina (874 desertores hubo en enero) y los Ejércitos condenados a la inacción por no poder emprender acciones ofensivas»<sup>22</sup>.*

El 1 de junio de 1811, el Ayudante de Estado Mayor, Landáburu expuso ante las Cortes *«el lamentable estado en que se encuentran los Ejércitos españoles»<sup>23</sup>. Decía: «Cada Ejército se organizó de distinta manera, cada Ejército tuvo su sistema particular de Hacienda y de recluta; cada Cuerpo, por decirlo así, tenía su táctica o no tenía ninguna; no se cumplían las ordenanzas militares, alteradas por mil reales órdenes (la más debidas al capricho del favorito, insuficientes en el día por el progreso de la guerra. La manía de los grados y los premios generales, los indultos continuados, el fomento e importancia excesiva dada a la guerrilla y la extensión tolerada a las Juntas Provinciales disgustaron a los oficiales de más mérito, favore-*

<sup>22</sup> Diario de Sesiones y Actas. T. IV. Pág 65 a 72.

<sup>23</sup> I.H.C.M. Duque de Bailén. Caja XXVIII. Leg. 41.

*cieron todos los crímenes militares y envilecieron la milicia, sujetando las operaciones de los Generales al capricho de personas que aunque sabios y entendidos no tenían en éste ramo los conocimientos necesarios. De aquí resultó minada toda nuestra constitución, la falta de fuerza en el Gobierno que no tenía por quien hacerse obedecer, pues que cada Ejército creía serlo sólo de su provincia, y de aquí las divergencias de las operaciones, las tristes y repetidas dispersiones de las masas incoherentes apresuradamente llamadas». De lo que no habla Landáburu es del galimatías de un Estado Mayor General que asesora a la Regencia, que no manda más tropa que su propia escolta, aunque nombre a los Generales de los Ejércitos con permiso de las Cortes.*

Por su parte, el Diputado Amer decía<sup>24</sup>: *«El Arte de la Guerra en el estado actual de Europa necesita grandes conocimientos y en especial mucha práctica. Para ser General no basta valor y disposición, se necesita además conocimientos para hermanar las diversas Armas de que se compone su Ejército y para mover sus grandes masas. No será pues muy acertado dar el mando de un Ejército a la aventura, a un Jefe militar del que la Patria no hubiera visto más que actos de valor y de pericia en pequeño. No es lo mismo mandar una División que un grande Ejército; para lo primero basta ser un militar de valor y medianos conocimientos, mas para lo segundo se necesita un hombre que sepa reunir, armonizar y emplear a todas las armas de que dispone. Me atrevería a aventurar que una de las causas que más han influido en los desastres de la presente guerra, ha sido que muchos de nuestros Generales, valientes por otra parte, carecían de conocimientos en la táctica de manejar grandes Ejércitos y mover grandes masas, para lo que se necesita una larga práctica, mucha experiencia, mucha sangre fría y golpe de vista, conocimientos exactos de las tácticas de todas las armas y haber estudiado con aprovechamiento todos los elementos constitutivos de la guerra. La disposición en el arte militar se obtiene por grados. Para saber mandar una División, es preciso haber mandado uno o dos Regimientos, y para saber mandar un Ejército, es indispensable haber sabido mandar una o dos Divisiones».*

El 1 de marzo de 1811, el Diputado y General Samper, que había sido Jefe de Estado Mayor de Castaños en Tudela, pidió que se variase el sistema de guerra. Que los Ejércitos se redujeran a tres: uno Levante, Murcia, Valencia, La Mancha, Aragón y Cataluña; otro Galicia, Cornisa Cantábrica y Navarra, y el tercero Cádiz, Algeciras, Serranía de Ronda y Condado de Niebla, *«prohibiendo terminantemente a los Generales en Jefe admitir*

---

<sup>24</sup> MOYA y JOLY: *op. cit.* Pág. 347.



*o dar batallas en campo abierto de no tener grandes posibilidades de vencer».*

El 23 de marzo de 1811, tras la pérdida de Badajoz, Canga Argüelles presentó a las Cortes un proyecto de reorganización administrativa y civil<sup>25</sup>: Comienza señalando los males, deteniéndose «*en el afán de hacer Ejércitos Provinciales, en hacer provinciales los medios para sostenerlos*»... «*Es preciso buscar el medio de imprimir a todas las Provincias un movimiento uniforme militar y político... cada una cree que su Ejército, que sus partidas o sus pelotones de gente armada son el baluarte de libertad parcial, sin conocer que estos pequeños Cuerpos sólo sirven para los triunfos del enemigo y aniquilan los pueblos que los mantienen*». Posiblemente sea esta provincialización de los Ejércitos, la nula cooperación de unos y otros, fruto de un Mando Supremo inexistente y reiteradamente evitado. ¿Cómo no se iban a provincializar los Ejércitos si su General presidía la Junta Provincial, si el Intendente lo era del Ejército y de la organización civil, si la Junta daba los hombres, las armas, los alimentos y las pagas cuando podía, si encima no existía ese Mando Supremo?. Es terrible decirlo, pero hasta 1812 no hubo un Ejército Nacional.

La excepción fue el envío del «Cuerpo Expedicionario» a Valencia a finales de 1811, con Blake al frente del mismo, a la vez que como Capitán General mandaba las tropas valencianas y las del III Ejército desplegadas en Murcia. El resultado no fue nada brillante, como tampoco lo había sido el tibio apoyo de las tropas valencianas a la defensa de Tarragona.

¿Y que pensaban nuestros militares de entonces? Yo me extendí en las opiniones del «Memorial Militar y Patriótico del Ejército de la Izquierda» en un trabajo publicado en la *Revista de Historia Militar*: El rechazo a la manía de dar batallas, la predilección por la guerra pequeña que practicara el Cónsul Fabio frente a Aníbal, la necesaria armonización entre el conocimiento de la técnica militar con la práctica del combate.

El Ayudante General del Estado Mayor y posterior historiador de aquella guerra, Don Francisco Cabanes, publicó en Cádiz en 1811 un folleto que afirma escrito por un oficial moscovita y que él dice traducir<sup>26</sup>. Pero no es verdad, porque tras un breve estudio de los procedimientos del Emperador, se extiende en el análisis de nuestros males y en sus propuestas para subsanarlos.

Señala: «*Nosotros hemos tenido hasta ahora una constitución defectuosa. Nada de organización en divisiones, nada de Estados mayores bien*

---

<sup>25</sup> S.H.M. *Colección General Blake*. Caja 5. Doc 14.

<sup>26</sup> Ensayo acerca del sistema militar de Bonaparte.

*constituidos. Hasta estos últimos tiempos hemos dado el nombre de divisiones a cualquier Cuerpo de tropas compuesto de más de un Regimiento. Fuesen grandes fuesen pequeñas, todas tenían el nombre de divisiones. La proporción que en el ejército francés guardan los Batallones con los Regimientos, estos con las Brigadas, etc., no aparecían en el ejército español, y aunque sus ordenanzas militares señalan muy bien la formación de las Brigadas, pocos o ningún General se ha guiado por ellas para su formación, de aquí dimanó un desorden sin igual».* (En efecto, el primer Reglamento para la formación de Brigadas y Divisiones en tiempos de paz es de 1816)

Señala la acción de Cantaelgallo, del 11 de agosto de 1810. Los franceses del General Girad contaban con 7.000 infantes y 1.200 jinetes, y los españoles de Mendizábal con efectivos ligeramente superiores, pero la División española se componía de 19 Cuerpos de Infantería y 9 de Caballería, mientras la del General francés tenía cuatro de la primer Arma y 2 de la segunda, ¿no era más fácil dar las órdenes a 6 coroneles que a 28? Propone reformar todos los Cuerpos de Infantería y Caballería, eliminando los no necesarios para el ejército que podemos tener y suprimiendo el resto.

Propone la formación orgánica de Divisiones de Infantería y Caballería a dos Brigadas de dos Regimientos de 5 Batallones. Se opone a la concesión general de ascensos e insiste en la necesidad de la instrucción continua de las tropas, en la formación de los oficiales, en su austeridad...

Siguiendo su ficción *«el oficial moscovita considera como un principio indispensable para el feliz éxito de las operaciones militares de las tropas aliadas en la península, el establecimiento de una autoridad militar, de la cual dimane absolutamente la dirección de las operaciones de todos los ejércitos»*. Lamenta que después de Bailén no se hubiera designado un General en Jefe y considera que en el momento en que trata estos temas, que *«nadie es más digno que el Lord Wellington para mandar las fuerzas combinadas en la Península ni nadie que sea más apropiado para el empleo de Generalísimo»*, pero para este hecho considera necesario un tratado solemne que evite todos los celos y discordias inseparables de las alianzas. En el proyecto de tratado que acompaña, propone un Ejército inglés de 50.000 hombres (hasta Vitoria no rebasó los 30.000), otro español de 150.000 y uno portugués de 50.000. También señala la necesidad de disponer de los recursos necesarios para la formación y mantenimiento de estas tropas, para lo que señala la necesidad de obtener unos subsidios de Inglaterra de 400.000.000 reales anuales, al 5% de interés, que deberían ser devueltos en los 6 años sucesivos a la paz.

Bien, resumamos; creo que ha quedado claro que los problemas que aquejaban a nuestros Ejércitos y que fueron causa de tantas derrotas, eran

sobradamente conocidos. No difieren las exposiciones de los diputados de los informes de los militares. Queda claro que la improvisación de la fuerza no es la organización de la fuerza; que la disciplina de la tropa y la instrucción de los generales y los oficiales es escasa; que la penuria reina en la asignación de medios; que demasiadas autoridades mandan sin que prevalezca la autoridad de ninguna, ¿por qué no se remedian esos males?, ¿por qué no se acomete la disciplina de las tropas?, ¿qué enjambre de comisiones donde se diluyen las responsabilidades! También es verdad que ejércitos mejor organizados, armados e instruidos que los nuestros, como los prusianos y austriacos fueron derrotados espectacularmente. Enfrente estaba el mejor ejército del mundo, el que contaba con los cuadros de mando mejor instruidos en la forma de hacer la guerra. Además estaba la prisa, que nos impulsaba insensatamente a la manía de dar batallas. Todo se intenta: liberar nuestro territorio en manos enemigas y defender lo que queda en las nuestras. Todo aprisa, con discursos inflamados, con generales muchas veces ineptos, con soldados bisoños y con más comisiones. Pero se sigue combatiendo ¿sería la tenacidad la virtud española de aquellos tiempos?

Lo más probable es que hiciera falta serenidad para la paciente organización de los medios. El 21 de marzo de 1811, la Regencia dispuso que todos los Generales en Jefe de los Ejércitos señalasen el término de un mes para que los Jefes de Cuerpo se perfeccionaran en el estudio de las Ordenanzas, la táctica y la práctica del mando de sus unidades y que, al cabo de ese tiempo, ese General en Jefe reviste las Divisiones, las Brigadas, Regimientos y Batallones, separando del mando a cualquier General que no sepa mandar en línea a su División, al Brigadier que no sepa mandar sus Batallones, al Jefe de Batallón que no lo sepa mandar o al Capitán de la Compañía que no sepa instruir<sup>27</sup>. Pero no nos engañemos, la responsabilidad de la mala organización de las tropas, de tantos Regimientos y Batallones escasos de personal era de los Jefes Militares, que pudieron fundir unos con otros como al final se hizo.

Tampoco confiaban unos Generales en otros, como vimos antes de formarse la Junta Central. En una carta del embajador Wellesley a su hermano el Ministro, se puede leer<sup>28</sup>: «*No hay ningún General que no haya sufrido los efectos de la Revolución. Uno es rechazado porque juró la Constitución de Bayona, otro porque acompañó a José a Madrid; un tercero porque estuvo presente cuando una ciudad capituló y un cuarto porque formó parte de la Junta Central o de la Primera Regencia. Todos estos Generales tienen*

---

<sup>27</sup> ARTECHE: T. 11. Pág. 520.

<sup>28</sup> ESDAILE, Charles: *The Duke of Wellington and the Command of the Spanish Army*. Pág. 24.

*sus partidarios y sus enemigos en los diferentes Ejércitos, así que si uno es designado para el mando de un Ejército, encontrará que 2/3 de sus hombres estarán dispuestos para contraponer sus puntos de vista, para minar su reputación y, a través de diferentes intrigas y difusión de informaciones sesgadas, lograr que acabe dimitiendo de su cargo u obligarse a conducirse de tal manera que su cese se haga necesario».*

El número de Generales era absurdo. Si en 1808 había 87 Tenientes Generales y 117 Mariscales de Campo, en el Anuario Militar para 1812<sup>29</sup> hay 86 Tenientes Generales y 171 Mariscales de Campo, pero lo más significativo es que 45 de los primeros ascendieron después de 1808, y de los segundos 106.

### *Lord Wellington*

Ya sabemos que alrededor de la batalla de Talavera hubo intentos para designar a Wellington jefe de los Ejércitos españoles, pero que esos intentos no cristalizaron posiblemente por la retirada inglesa a Torres Vedras y su negativa a participar en la maniobra de Ocaña.

El 15 de marzo de 1811, el embajador inglés, Wellesley, solicitó que su hermano el General tomara el mando de las tropas españolas limítrofes con Portugal<sup>30</sup>. El 25 de ese mes le contestó la Regencia denegándolo y el 26 volvió el embajador a solicitarlo. En esa segunda carta, Wellesley expone todas sus quejas por las pérdidas de Badajoz, Olivenza y la batalla de Gévora, en las que Mendizábal, Jefe interino del Ejército de Extremadura, desoyó los consejos del General inglés con las fatales consecuencias de la pérdida de todas sus tropas. Se queja de la pasividad de las tropas de Galicia y Asturias, enrocadas en sus territorios, pese a los apoyos de armas y de toda clase de medios recibidos de Inglaterra, y pide que se le asigne el control de todos los recursos logísticos de esas zonas limítrofes donde piensa intervenir con sus tropas. Pero no le basta que la Regencia le ofrezca el mismo tipo de apoyo que le ofreció la Junta Central cuando la batalla de Talavera, en la que el inexistente apoyo logístico estuvo en manos españolas: quiere mandar él. Quiere el mando de las tropas limítrofes y la posibilidad de organizar los apoyos de esos territorios.

El 31 de marzo se presentaron en las Cortes los Regentes Blake, Ciscar y Agar para informar ante el Pleno. El pensamiento dominante entre los

<sup>29</sup> Colección del Fraile. Vol 888.

<sup>30</sup> I.H.C.M. Colección Blake. Caja 6. Doc 6.

diputados era que «*si se había jurado la independencia no se podía ser vasallo de un extranjero*», pero también existía el temor de que los ingleses se retiraran si no se otorgaban sus peticiones; pero Blake sostuvo la idea de que a Inglaterra le interesaba nuestra alianza tanto como a nosotros la suya, y que la discrepancia en este punto no anularía su actuación frente a los franceses en la Península. Todo se discutió pero no se llegó a ningún acuerdo y el problema se resolvió con visitas protocolarias.

El 26 de febrero de 1812 se formó en Cádiz una Junta presidida por el Duque del Parque. Miembros de ella fueron Wimpffen, Segundo Jefe del Estado Mayor General, O'Donoghue y el General inglés Cooke<sup>31</sup>, «*con el objeto de indicar y proponer a S.M. las operaciones militares que podían hacerse*». La orden está firmada por Carvajal, Secretario de Estado de la Guerra. Creo que fue un paso importante, aunque Wellington, en carta a lord Liverpool de 12 de marzo se mostrase receloso. Decía el General inglés<sup>32</sup>: «*Yo estoy ansioso de ser tan libre como sea posible para desarrollar cualquier operación o no desarrollarla, tal como yo lo pienso... los españoles han presionado por largo tiempo para la formación de una convención que prepare un plan de operaciones. Siempre me ha parecido a mí que soy la única persona en la península que manda un Ejército y que como yo mando bajo las condiciones impuestas por V.E. yo no debería consentir llevarme a esa convención a menos de que vea formado en España un Ejército capaz por sus miembros, equipo y su eficacia para ejecutar un papel importante en nuestras operaciones comunes. Ahora no existe tal Ejército y las circunstancias de entrar en tal convención sería que yo me ataría a mí mismo a efectuar ciertas operaciones pese a que mi propio juicio lo desaconsejara*».

Está clarísimo el pensamiento del General inglés, y me duele reconocer la gran parte de razón que le asiste ante el panorama desolador de nuestros Ejércitos. No obstante, cuando Wellington preparaba la campaña de Arapiles, el Secretario de Estado de la Guerra se dirigió a Castaños en los siguientes términos<sup>33</sup>: «*Muy reservado: Teniendo el Gobierno la noticia de que el Duque de Ciudad Rodrigo intenta operar vigorosamente, le indico a su bien acreditado celo, patriotismo y energía, ponga en pronto movimiento en combinación con las fuerzas del Duque de Ciudad Rodrigo todas las disponibles de los tres Ejércitos de su mando, y muy particularmente las del VI y VII con la menor desmembración posible a fin de que poniéndose V.E., o el General de su mayor confianza a la cabeza y a la reunión de todos, hagan tan poderosa disuasión a favor de*

<sup>31</sup> A.G.M. Expediente personal del General O'Donoghue.

<sup>32</sup> ESDAILE, Charles: *op. cit.* Pág. 53.

<sup>33</sup> I.H.C.M. Duque de Bailén. Caja 32. Leg. 49. Carpeta XXIII.

*los aliados, que éstos puedan con mayor facilidad verificar su interesantísima operación».* Desde luego éste no es un plan combinado pero, al menos, es una orden de cooperación subordinada a la acción que lleve a cabo la fuerza principal.

Wellington quería que el VI Ejército español (Galicia) asaltara Astorga, invadiese las tierras altas leonesas y que su Caballería se internase en la retaguardia de Marmont, a la vez que los portugueses de Silveira debían sitiar Zamora. Pero todas estas acciones se iniciaron con timidez y tuvieron escasa trascendencia. De los 15.000 españoles que avanzaron sobre el Órbigo, sólo 3.500 llegaron al Esla y Astorga no cayó en manos españolas hasta agosto, cuando la batalla de Arapiles tuvo lugar el 22 de julio. Mientras, las antiguas guerrillas del VIII martirizaban a la retaguardia francesa y las tropas del VII (Extremadura) siguieron a Wellington como reserva.

#### *La designación de Wellington como generalísimo*

Designado Presidente de las Cortes don Andrés Ángel de la Vega, logró reunir un grupo de diputados liberales y comprometerles en el intento de nombramiento de Wellington como Generalísimo de todas las tropas que combatían a los franceses en la Península. El 19 de septiembre de 1812 se discutió en las Cortes la oferta a Wellington de este mando y, aprobado, se presentó a la Regencia que la estimó aceptable, condicionándola a que se limitaran sus competencias. Por fin, el 22 las Cortes publicaron el Decreto que subordinaba el ejército español al lord inglés.

Ya hemos visto otros intentos anteriores. A la designación pudieron unirse varias causas. Primero la indudable competencia del General inglés, pese a su desabrido y despectivo carácter, competencia muy superior a la de los generales españoles. También el interés de los ingleses y de sus embajadores en España. No olvidemos que al muy pro-español y candoroso Frere, de los momentos de la Junta Central, sucedió Richard Wellesley, el hermano mayor del General, presente en Sevilla cuando las dificultades entre ambos países al tiempo de la batalla de Talavera. Cuando éste hubo de marchar a Londres para hacerse cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, tras un breve período de tiempo que el puesto de embajador fue ocupado por Bartolomé Frere, hermano del citado en primer lugar, el gobierno inglés nombró embajador a Henry Wellesley, el hermano menor del General quien desempeñó su cargo en el Cádiz de la Regencia. Que los sucesivos embajadores ingleses fueran unos hermanos de los otros introduce un elemento de confusión.

El texto de aquel decreto decía<sup>34</sup>: «siendo indispensable para la más pronta y segura destrucción del enemigo común, que haya unidad en los planes y operaciones de los ejércitos aliados, y no pudiendo conseguirse tan importante objeto sin que un sólo General mande en Jefe todas las tropas españolas, las Cortes Generales y Extraordinarias, atendiendo a la urgente necesidad de aprovechar los gloriosos triunfos de las armas aliadas y las favorables circunstancias que van acelerando el deseado momento de poner fin a los males que han afligido la Nación, y apreciando en gran manera los distinguidos talentos y relevantes servicios del duque de Ciudad Rodrigo, Capitán General de los ejércitos nacionales, han venido a decretar y decretan: Que durante la cooperación de las fuerzas aliadas en la defensa de la misma península, se le confiera el mando en jefe de todas ellas, ejerciéndolo conforme a las Ordenanzas Generales, sin más diferencias que hacerse, como respecto del mencionado Duque se hace por el presente decreto extensivo a todas las provincias de la península, cuanto previene el artículo 6 título 1 tratado 7 de ella debiendo aquel ilustre caudillo entenderse con el gobierno español por la Secretaría del Despacho Universal de la Guerra».

El artículo citado dice<sup>35</sup>: «Si la guerra se hiciera en la Provincia de la Asamblea o ésta fuera confinante con la extranjera en que ha de obrar el Ejército, tendrá el Capitán General el absoluto mando de las armas en tropas y plazas de la provincia; pero siempre quedará libre a su Capitán o Comandante General el ejercicio de su jurisdicción en lo económico o Gubernativo de ella; de modo que los magistrados, tribunales y jueces que dependen de él para asuntos que no sean puramente militares no han de mudar de jurisdicción; y sólo en las cosas que sean al mando de las tropas y servicio del ejército han de obedecer las órdenes que en derecho les comuniquen el Capitán General del ejército nombrado».

Es decir, en aquellos tiempos en que la frontera entre lo militar y lo civil se encontraba difuminada, el decreto de las Cortes era claro: Wellington no ejercería los poderes civiles que en la administración española habían estado ejercido por los Capitanes Generales. Recordemos que la petición del embajador inglés que hemos citado anteriormente, se refería al mando de todos los recursos militares de la zona, lo que podría incluir los hombres, los alimentos y los medios económicos.

No fue fácil. En primer lugar estaban las despectivas ideas del lord inglés sobre nuestro Ejército, que no se recataba de airear. El 23 de agosto se había dirigido a su hermano el embajador<sup>36</sup> quejándose de la inactividad

<sup>34</sup> Gaceta de la Regencia de 27 de noviembre de 1812

<sup>35</sup> ARTECHE: obra citada, tomo XII. Pág. 233

<sup>36</sup> ARTECHE. Tomo XII. Pág. 232.

española, de la ineficacia de las autoridades para canalizar la enemistad con los franceses, o de la actividad de las guerrillas, más dedicadas a su propio provecho que a combatir al enemigo. Acusa a los oficiales de españoles de ignorantes y a las tropas de indisciplinadas..

Quizá por esa carta del lord el embajador remitió otra a Castlereagh el 1 de octubre<sup>37</sup>: *«Después de la experiencia de cuatro años no hay nadie en España que crea que este país puede ser salvado por las medidas de este u otro gobierno compuesto por españoles, y es el predominio de este sentimiento en las Cortes, así como el incremento de la confianza en el ejército inglés y en su jefe, lo que llevaría sin duda al sacrificio de los prejuicios existentes en situar a un extranjero a cabeza del Ejército español».*

Efectivamente había prejuicios. Los unos basados en la insistencia inglesa en mediar ante la creciente insurrección americana, a donde el año anterior ya se habían enviado 5.000 soldados; otros, por las pretensiones de ocupar Cádiz, Ceuta, Menorca o Alicante con el pretexto de defenderlas, recelos posiblemente sin más razón que el ejemplo de Gibraltar; estaba el modelo de cooperación con el Ejército portugués, o la memoria de la conducta de las tropas inglesas en los asaltos a Badajoz y Ciudad Rodrigo, que se repetiría próximamente en San Sebastián, o el de la retirada de Moore y estaba, para finalizar, la memoria de tantas veces como Wellington se había desentendido de los intereses españoles para retirarse a Portugal, como después de la batalla de Talavera o de la de Ocaña. La frase de Esdaile, que califica nuestra unión como una «alianza infeliz» refleja con exactitud el problema: no teníamos más remedio que marchar unidos, pero a ninguno de los dos nos gustaba.

Con todos estos problemas de por medio, Wellington sometió su nombramiento a la aprobación de su Gobierno, así que no lo aceptó formalmente hasta el 22 de noviembre. Subsistían otras apetencias del lord que iban más allá de las limitaciones que imponía el Decreto de las Cortes. Quería mandar en la organización del Ejército y controlar en qué se gastaban las subvenciones inglesas para canalizarlas hacia las unidades que más le interesaban (una partida de fusiles llegada a Coruña para armar a las guerrillas del Norte, había sido reenviada a América).

La orden debía conservarse secreta hasta que Wellington hubiera comunicado su aceptación, pero lo que se discutió en las Cortes trascendió a la opinión pública, con lo que la resistencia minoritaria de los diputados se extendió a la población. El mayor peligro estribaba en que no fuera aceptada por los Generales españoles, pero sólo fue protestada por Ballesteros, a la

---

<sup>37</sup> ESDAILE: *The Peninsular War*. Pág 50.



sazón Jefe del IV Ejército y Capitán General de Andalucía, que dirigió una «representación» al Secretario de Estado de la Guerra. Decía Ballesteros que desde el 2 de mayo no había dejado de combatir y que se había visto sorprendido desagradablemente por la designación de un extranjero para el mando de nuestros Ejércitos, lo que suponía un deshonor para los Generales españoles. Es verdad que Ballesteros fue un General combativo y hasta afortunado en el campo de batalla desde ese 2 de mayo en que, de capitán retirado y en forma individual tomó parte en la lucha callejera. Ascendido a General por la Junta de Asturias, paseó su «División Asturiana» por los Ejércitos de la Izquierda, de Extremadura y de Andalucía, combatiendo incansablemente y con éxito en toda la guerra. Era muy competente en ese nivel, casi siempre infiltrado tras las líneas enemigas.

La Regencia resolvió el problema destituyéndole, pero eligió un procedimiento impropio, ordenando a uno de sus subordinados, al Brigadier Virués, para que le comunicara su destitución e incluso que le detuviera, seguramente pensando que el carisma de Ballesteros iba a arrastrar a sus tropas a la insurrección. No sucedió así pese a alguna escena de tensión y la Regencia acabó nombrándole Comandante General de Ceuta y tragándose otra nueva «representación» de Ballesteros y una oleada de folletos y artículos en los periódicos. Carvajal, Secretario de Estado Interino de la Guerra, publicó el 12 de diciembre<sup>38</sup> las razones del cese, con especial énfasis en su inactividad al frente del Ejército de Andalucía durante la retirada de Sault a Valencia y durante su posterior marcha a Madrid.

El 24 de diciembre, Wellington se trasladó a Cádiz y un día más tarde entregó a Carvajal una carta en la que explicaba sus pretensiones<sup>39</sup>. En ella se invertía el sistema trazado en el Decreto de 22 de noviembre: no era el Gobierno español el intermediario entre el lord y nuestros ejércitos, sino que era el General inglés el intermediario entre los ejércitos y nuestro gobierno, a la vez que se establecía un vínculo directo entre las tropas y su nuevo General en Jefe. ¿Qué pensamos? Que tenía razón Wellington, que así podía mandar a los ejércitos españoles en operaciones y que el filtro que pretendía el Gobierno español, que como en toda la guerra no renunciaba a mandar demasiado desde los órganos de dirección política, hubiese supuesto una interferencia en la dirección operativa.

Cuando el 9 de enero Wellington dejó Cádiz, había logrado casi todo lo que pretendía. Puede expulsar de los Ejércitos a los oficiales que no estime apropiados; los Jefes de los Ejércitos, Divisiones y Brigadas serán nombrados

---

<sup>38</sup> *Colección del Fraile*. Vol. 659.

<sup>39</sup> ARTECHE. Tomo XII. Pág. 339

de acuerdo con las propuestas del lord y éste tendrá un control aceptable del presupuesto militar. Además el Gobierno Español se entenderá con sus Ejércitos a través del Estado Mayor que se constituirá anejo a su Cuartel General.

Como consecuencia de todo ello, el 5 de enero se constituyó en Fuentes de Oñoro, en las proximidades del Cuartel General inglés, un Estado Mayor español que serviría de órgano de mando del lord para la conducción de las tropas españolas. Al frente del mismo estaba Don Luis Wimpffen, Segundo Jefe del Estado Mayor General. Unos días más tarde, Wellington dictó su orden n° 9<sup>40</sup>: *«El General en Jefe marcha mañana para su Cuartel General y todos los partes y solicitudes que aparezcan de aquí en adelante, se harán por conducto del Jefe de Estado Mayor que se hallará a las inmediaciones del Exlmo. Sr. General en Jefe, según lo decretado por el Gobierno, de donde recibirán la contestación. Los Inspectores Generales de Infantería y Caballería se transferirán igualmente al Cuartel General. Se prevendrá a todos los oficiales que se hallen con licencia temporal separados de sus Cuerpos que al momento de su expiración se incorporen sin demora alguna»*.

### *Las últimas reformas españolas*

El 20 de septiembre de 1812, Carvajal ordenó un nuevo alistamiento. No se habían cubierto los cupos señalados en noviembre de 1809, ni en diciembre de 1810, por eso se ordenó la recluta de 14.000 hombres<sup>41</sup>. Nuestro Ejército había avanzado desde la periferia y ocupado todo el territorio al Sur del Tajo, desde donde saltaría posteriormente hasta el Duero. Era la última consecuencia del perenne deseo de crecer y crecer por encima de instruir, disciplinar, encuadrar, armar, uniformar y alimentar, que seguían constituyendo nuestra principal necesidad. El aumento respondía a la doble urgencia de luchar contra el enemigo y de guarnicionar los territorios que acababan de liberarse, donde las necesidades del mantenimiento del orden público eran crecientes.

La segunda medida adoptada fue la de reducir el número de las Unidades del Ejército. El Reglamento del 2 de mayo de 1812<sup>42</sup> había ordenado la reunión de los Regimientos de Infantería de Línea y Ligera, fusionando unos con otros dentro de cada clase, para llegar a la formación de sólo 47 de la primera clase y 12 de la segunda. Pero esta medida no debió adoptarse porque el 6 de junio Carvajal trasladó otra orden distinta

<sup>40</sup> I.H.C.M. *Duque de Bailén*. Caja XXXVI. Carpeta 13, n°6.

<sup>41</sup> *Duque de Bailén*. Leg. 53.

<sup>42</sup> I.H.C.M. *Conde de Clonard*. Rollo 18, n°4.

a los Ejércitos<sup>43</sup>. Según ella: «Hasta nueva orden, cada uno de los Cuerpos de Infantería de Línea y Ligera se compondrán de un solo Batallón... el pié de los Cuerpos de Infantería de Línea y Ligera se compondrán de un solo Batallón... si las circunstancias lo permiten más adelante, se formarán los segundos Batallones... el pié de los Cuerpos de Infantería de Línea y Ligera será el mismo... no se formarán más Batallones que los que permita dejar completas la fuerzas que haya de Infantería... cada Batallón contará con una Compañía de granaderos, otra de cazadores y seis de fusileros... los efectivos de cada Compañía será de 100 hombres.» No debió de obedecerse totalmente esa orden, porque el 15 de enero de 1813 el Secretario de Estado de la Guerra la reiteraba al Jefe del Estado Mayor en Campaña (Wimpffen)<sup>44</sup>. Quedaban muchos cuadros de mando disponibles y los Coroneles se resistían a cumplirla. Si observamos los «Estados de Organización y Fuerza de los Ejércitos en Campaña», observaremos que no siempre los Batallones tienen más de 600 hombres, cuando su plantilla era de 800.

También se reorganizaron los Ejércitos constituidos, pasando de los siete anteriores a cuatro y dos de reserva:

- El I continuó en Cataluña mandado por Copons.
- El II se formó con la fusión de los antiguos II y III, al mando de Elio
- El III se formó con el anterior IV que mandaba Ballesteros, al mando del Duque del Parque.
- El IV, mandado por Castaños, con la fusión de los anteriores V, VI y VII.
- Se formó un Ejército de Reserva de Andalucía al mando de Enrique O'Donnell
- Otro de Reserva de Galicia al mando de Lacy.

En los relatos históricos aparecen de repente tropas españolas sobre la frontera francesa combatiendo junto con las anglo-lusitanas, sin que se haya explicado como se produjo su presencia en esos lugares. Tampoco aparecen esos movimientos previos en el «Copiador de Ordenes» del Cuartel General de Wimpffen que se conserva en el Instituto de Historia y Cultura Militar, pero en la Biblioteca Central Militar se encuentra un breve opúsculo<sup>45</sup> que resume para tener unas ideas.

<sup>43</sup> GÓMEZ RUIZ y ALONSO JUANOLA: *El Ejército de los Borbones*. T. V. 1º.

<sup>44</sup> I.H.C.M. *Duque de Bailén*. Leg. 55, Carpeta IV.

<sup>45</sup> Movimientos y principales acciones de los Ejércitos beligerantes en España. Sección de Historia Militar. Barcelona 1822.

- El I Ejército no salió de Cataluña.
- El II Ejército permaneció en el Reino de Valencia,
- El III pasó de Andalucía a Valencia en mayo de 1813, para remplazar al hispano-anglo-siciliano y, posteriormente por Aragón, Navarra y Provincias Vascaas marchó a sumarse a las tropas de Wellington.
- El IV, haciendo operar aisladamente a algunas de sus Divisiones, marchó hacia Francia unido con los anglo-lusitanos.
- El de Reserva de Andalucía salió de estos Reinos en Junio de 1812 y por Extremadura y Castilla se unió a Wellington en tierras navarras.
- El de Reserva de Galicia no salió de su territorio.
- El hispano-anglo-siciliano se mantuvo en Alicante hasta mayo de 1813. Marchó por tierra a Cataluña siguiendo la retirada de Suchet hasta abril de 1814 en que sus unidades anglo-sicilianas marcharon por Aragón y Navarra a unirse a las tropas de Wellington.

Wellington mandó. Los Ejércitos españoles se movieron ordenadamente hacia la frontera a la vez que iban ocupando las ciudades abandonadas por los franceses. Pero al llegar a la frontera se detuvieron. El 21 de noviembre de 1813 Wellington escribió a lord Barthurst<sup>46</sup>: *«Yo me desespero con los españoles. Están en un estado tan miserable que es muy difícil esperar que se contengan en sus deseos de saquear el hermoso país en el que entran como conquistadores, particularmente recordando las miserias a que fue reducido el suyo por los franceses. Yo no puedo, por consiguiente, aventurarme a llevarlos conmigo a Francia. Sin pagas ni suministros ellos deben saquear y si ellos saquean nos arruinarán a todos»*. Por tanto, la presencia de tropas españolas en Francia va a ser reducida

Hubo problemas con Wellington cuando la Regencia sustituyó a Castaños por Freire y después del saqueo de San Sebastián, pero el lord inglés siguió al frente de nuestros Ejércitos, que tuvieron una actuación destacada en San Marcial, en Sorauren y en el bloqueo de Pamplona. El 16 de abril de 1814 tuvo lugar una salida de la guarnición francesa de Barcelona contra las tropas españolas e hispano-anglo-sicilianas que la bloqueaban. Fue la última acción en nuestro territorio.

---

<sup>46</sup> ESDAILE: *op. cit.* Pág.479.

El 22 de julio de ese mismo año, Wellington dictó su última orden general a Wimpffen para su difusión<sup>47</sup>: «*Las tropas españolas han vuelto a su territorio y la paz se ha firmado. Con este motivo ruego a V.S. les haga conocer su reconocimiento a los auxilios y socorros que le han prestado en toda ocasión, a la vez que expresa su gratitud y su satisfacción por la conducta de Jefes, Oficiales y soldados, de su celo, bizarría, disciplina y honroso sufrimiento en las fatigas de la guerra.*»

Aquella guerra, más emocional que reflexiva, había terminado. Pero la victoria final se apoyó en un trípode: la resistencia popular del movimiento guerrillero, la tenacidad de unas tropas españolas tantas veces derrotadas y el esfuerzo de nuestros aliados anglo-lusitanos. Ninguno hubiera conseguido la victoria por sí sólo.

---

<sup>47</sup> Duque de Bailén. Caja XXXVI.

## BIBLIOGRAFÍA

- BENAVIDES MORO, Nicolás: *El Capitán General Don Joaquín Blake*.  
CABANES, Francisco: *Ensayo acerca del sistema militar de Bonaparte*.  
CANGA ARGÜELLES, José: *Observaciones sobre la Guerra de España*.  
CASTRO, Adolfo: *Cortes de Cádiz: complementos de las sesiones*.  
ESDAILE, Charles: *The Peninsular War*.  
*The Spanish Army in the Peninsular War*.  
FONTANA, Josep: *La Financiación de la Guerra de Independencia*.  
GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Guerra de la Independencia*.  
GÓMEZ RUIZ y ALONSO JUANOLA: *El Ejército de los Borbones*.  
MOLINER, Antonio (editor): *Guerra de la Independencia*.  
MOYA y JOLY: *El Ejército y la Marina en las Cortes de Cádiz*.  
PRIEGO, J.: *Guerra de la Independencia*.

## PUBLICACIONES DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

- Colección de Órdenes y Decretos de las Cortes de Cádiz*.  
*Diario de Sesiones de las Cortes de Cádiz*.

## ARCHIVOS CONSULTADOS

- 1.- Instituto de Historia y Cultura Militar: Colecciones Duque de Bailén, General Blake; Conde de Clonard y Colección del Fraile.
- 2.- Archivo Histórico Nacional: Sección Estado.

## LOS SITIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (1808-1814): MUCHO MÁS QUE MITOS

Francisco ESCRIBANO BERNAL<sup>1</sup>

**E**n cualquier publicación referida a la Guerra de la Independencia que aborde sus aspectos militares se analizan los ejércitos enfrentados y sus campañas, así como su formación y mantenimiento, procedimientos tácticos y objetivos operacionales. Y además se suelen destacar como peculiaridades en relación con el resto de las guerras napoleónicas dos tipos de combate: la guerrilla y los sitios.

Normalmente se le dedica a continuación un amplio espacio a los guerrilleros, aureolados con un cierto halo romántico y olvidando que muchos de ellos eran militares encuadrados en unidades regulares, cuya única, pero importante, diferencia respecto al resto del Ejército es que actuaban de una forma distinta, con golpes de mano, incursiones o desembarcos, y siempre rehuendo el choque frontal con las tropas francesas, superiores en instrucción, equipo y táctica. Del mismo modo, hay un reguero continuo de publicaciones específicas sobre la guerrilla y los guerrilleros.

Sin embargo, en los mismos libros que dedican muchas páginas a tales hazañas guerrilleras podemos ver que a los sitios o se los trata de pasada o se profundiza excesivamente en «batallitas» o cuestiones anecdóticas, describiendo minuciosamente los ataques y las personalidades destacadas. De hecho, siguen siendo habituales los trabajos de Historia Local referidos a tal o cual «sitio» y las proezas o mezquindades de sus particulares «héroes», tratados todavía con un cierto tono épico (como Agustina, Álvarez de Castro, Herrasti, Menacho..., iconos que fueron creciendo durante el siglo XIX). O sencillamente se da por sabido que hubo una guerra de sitios, que tuvo una importancia notable en la guerra y se informa de las fechas y bajas de los principales asedios, pero no se analizan de verdad, de forma sistemática, qué

---

<sup>1</sup> Comandante de Caballería. Licenciado en Historia. Academia General Militar.

características y qué repercusiones tuvieron los asedios a las ciudades en el esfuerzo bélico global.

El mismo fenómeno se produce si se estudia el conflicto desde el punto de vista británico, pues las victorias de Wellington en las batallas de Talavera, Albuera, Arapiles, Vitoria o San Marcial ocultan que la mayor parte de su larga estancia en la Península (cuatro años y medio) la dedicó a acciones defensivas o a asedios de plazas como Badajoz, Ciudad Rodrigo, Burgos o San Sebastián<sup>2</sup>. En este caso, además, se suele resaltar el papel de los guerrilleros como forma de obviar la actuación de los ejércitos españoles en otros teatros peninsulares más o menos alejados del refugio portugués (Galicia, Cádiz, Valencia, Cataluña...).

Los asedios a ciudades fortificadas y fortalezas habían sido una constante en las guerras desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII. Sin embargo, en el umbral del siglo XIX estaban perdiendo gran parte de su trascendencia ante los avances técnicos en las armas de fuego. Pero en el caso de nuestra Guerra de la Independencia llegó a haber un número de ellos tan importante que se merecen una reflexión, pues no sólo hubo intentos de conquistar plazas fuertes, sino también numerosos hechos menores que tuvieron por escenario los puestos fortificados por los franceses para asegurar el control de las comunicaciones y el territorio:

Nuestra Guerra de la Independencia fue el último recurso generalizado a este tipo de guerra, que tuvo su final en Sebastopol o Stalingrado. En Cataluña se produjeron los sitios de Girona, Lleida, Tarragona, Rosas, Tortosa, y un puñado más de pequeñas poblaciones y fortalezas; en Valencia, la misma capital, Peñíscola y Murviedro; en León, Astorga y Ciudad Rodrigo; en Extremadura, Badajoz y Olivenza; en Andalucía, Cádiz y Tarifa y, en Aragón, por dos veces, Zaragoza<sup>3</sup>.

Por ello en este artículo se pretende resaltar la importancia de la guerra de sitios en el conjunto del conflicto, dejando de lado los mitos y la minuciosidad de las hazañas bélicas, y fijando la atención en cómo influían los asedios en teatros de operaciones situados incluso a cientos de kilómetros.

---

<sup>2</sup> Como ejemplo, baste citar una reciente publicación de una editorial de divulgación internacional como Osprey, que a pesar de su título de *Fortresses of the Peninsular War*, sólo dedica dos párrafos a los asedios protagonizados por españoles (como sitiados o como sitiadores), indicando simplemente que «there were several sieges in Spain and Portugal, from Tarifa in the south to San Sebastian in the north, but in this book we will focus on *the big four*, those of Ciudad Rodrigo, Badajoz, Burgos and San Sebastian in great detail». FLETCHER, Ian: *Fortresses of the Peninsular War 1808-14*. Osprey Publishing, Oxford, 2003, p. 15.

<sup>3</sup> CASSINELLO PÉREZ, Andrés: «Evolución de las campañas militares», en MOLINER, A.(ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*. Nabla Ediciones, Barcelona, 2007, p. 85.



*LAS CIUDADES Y SU DEFENSA. LA GUERRA DE ASEDIOS  
EN LA EDAD MODERNA<sup>4</sup>*

Empecemos repasando muy someramente algo que todos sabemos: que la necesidad de defensa es algo consustancial a la persona, a la sociedad. Desde el momento que un grupo humano empieza a organizarse para explotar económicamente un entorno, surge una pequeña población con la consiguiente necesidad de defenderse del vecino que quiere quitarle la cosecha. Eso se traduce en una muralla, una tapia muy primitiva (como la de los antiguos castros) con la que se cerca la ciudad y se defiende de una forma inmediata. Luego van evolucionando los sistemas de ataque y ya desde los asirios se desarrolla el complejo arte de la Poliorcética, para asaltar unas murallas que cada vez son más altas y profundas; básicamente se trataba de defenderse tras muros muy altos.

El cambio en este esquema surge con la aparición de las armas de fuego en el campo de batalla. Aunque inicialmente tenían poca capacidad de penetración, muy poca precisión y escasa fiabilidad (casi provocaban más bajas en los propios artilleros que servían en las piezas que en el enemigo), una muralla en altura era muy vulnerable al ataque artillero. Por ello, a finales del siglo XV y posteriormente en el siglo XVI empieza a reducirse la altura y aumentar la profundidad de las fortificaciones creando los denominados «baluartes», fortificaciones adelantadas a la muralla principal y equipadas con sus propias piezas artilleras; se consigue así alejar los asentamientos artilleros del atacante de los objetivos importantes dentro de la ciudad. Y esta tendencia continúa y se agudiza durante los siglos XVII y XVIII, debido al aumento en el alcance, la precisión y la potencia de las armas de fuego, por lo que el sistema abaluartado de la época renacentista va evolucionando hacia otro más complejo, mucho más técnico, hasta el final de la Edad Moderna<sup>5</sup>.

Los ejércitos a la defensiva se acogían a estos puntos fuertes, preparados de antemano y próximos a la frontera o a nudos de comunicación, para ganar tiempo, detener o retardar el avance de los invasores y hacer posible la formación y el despliegue del ejército que debía reaccionar ofensivamente contra los sitiadores. Defenderse allí ofrecía la ventaja del obstáculo, que

---

<sup>4</sup> Hay un completo estudio sobre cuestiones técnicas de asedio en HERRERO PÉREZ, José Vicente: «La guerra de fortalezas en el periodo napoleónico (1796-1815)», en *Revista de Historia Militar*, núm. 91, 2001.

<sup>5</sup> En CARRILLO DE ALBORNOZ Y GALBEÑO, Juan: «La fortificación abaluartada de la frontera», en *Boletín de información del CESEDEN*, núm 299, 2007, hay un conciso pero completo resumen de la evolución de la fortificación entre los siglos XV y XVIII.

multiplicaba la eficacia del fuego propio y disminuía la del adversario. Además, en las batallas se combatía en pie, a pecho descubierto, mientras que desde las murallas el defensor contaba con el espesor de los muros y la protección de almenas y aspilleras.

Tal sistema defensivo consiste en la creación de ángulos, de espacios donde el atacante reciba fuego desde varias procedencias. Para ello se utilizan las técnicas que toman el nombre del francés Sébastien Le Prestre de Vauban (1633-1707), similares a las desarrolladas en esos mismos años por Sebastián Fernández de Medrano (1646-1705), un español que trabaja en los Países Bajos, o Jorge Próspero de Verboom (1667-1744), fundador del Arma de Ingenieros española. Todos llegan a las mismas conclusiones, que son hasta cierto punto obvias: frente a un enemigo que tiene una artillería poderosa y quiere acercarse a abrir brecha en la muralla, hay que alejarle mediante la construcción de baluartes artillados que crean un perímetro estrellado, incluso con posiciones avanzadas<sup>6</sup>. Además se crean espacios en los que se pueden cruzar los fuegos de los diversos bastiones y anchos fosos en los que el asaltante queda a merced de las armas ligeras de los defensores.

El ejemplo más destacado en España es el castillo de San Fernando de Figueras, cuya construcción comenzó en 1753. Su trazado está lleno de ángulos y aristas, de manera que es muy difícil acercarse a él, máxime por estar elevado sobre el terreno circundante, dominando todas las vías de penetración desde la próxima frontera francesa. Se trata de una fortificación poderosísima en la que estaba previsto que hubiera incluso un regimiento de caballería. Con ello se pretendía que la guarnición se encerrara y desde el castillo pudiera hacer salidas para cortar las penetraciones francesas, bien por la costa, bien por el interior. Casos parecidos son los de las ciudadelas de Pamplona y de Jaca, en ambos casos levantadas en la época de Felipe II, pero que habían ido adaptándose a la evolución de la artillería, rebajando las murallas y aumentando los fosos y baluartes. Es preciso tener en cuenta que estas fortificaciones eran muy costosas, tanto en dinero como en medios humanos, por lo que sólo se construían en puntos muy destacados, como pasos fronterizos o puertos que pudieran sufrir incursiones desde el mar.

Caso distinto es el de las numerosas plazas fuertes basadas en recintos y poblaciones con viejas murallas romanas, castillos medievales o incluso

---

<sup>6</sup> Los denominados «revellines», definidos como «obra que comprehende dos caras formando un ángulo saliente. Se construyen delante de una cortina para cubrir los flancos opuestos de los baluartes vecinos. El nombre revellín sólo lo usan los ingenieros, las gentes de guerra le llaman impropriamente *media-luna*. Definido también como *baluarte cortado*». GAGO, F. y TEJEDO, F.(ed,s): *Diccionario militar de Raimundo Sanz de 1749*. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2007, p. 91.

grandes conventos extramuros. Se conseguía su actualización mediante la reducción de la altura de los muros, la adición de reductos exteriores, la instalación de baluartes y la construcción de fosos o escarpes, que permitían alejar el objetivo de los posibles asentamientos artilleros y disminuir los efectos de sus impactos. Quizá el caso más característico es el de Badajoz, ciudad fronteriza y escenario de guerras a lo largo de los siglos XVI y XVII e importante nudo de comunicaciones, cuyas fortificaciones incluían murallas romanas, castillo musulmán y baluartes y fosos modernos. El resultado es un dispositivo defensivo que fue asediado cuatro veces entre enero de 1810 y abril de 1812 y que aún hoy día se puede seguir perfectamente en el trazado urbano de la ciudad.



Barcelona en 1806 (Biblioteca Nacional)

Un ejemplo mixto, quizá el más completo que se puede encontrar en España, es el de Barcelona. Contaba con el castillo de Montjuich en una zona dominante en la montaña, que permitía batir tanto la bocana del puerto como las aproximaciones terrestres e incluso la propia ciudad en caso de sublevación o secesión. El casco urbano se protegía tras sus antiguas murallas, con un trazado defensivo modernizado con sus correspondientes fosos y bastiones. Por último, contaba con una ciudadela junto al puerto, levantada

tras la Guerra de Sucesión con una doble función; por un lado permitir que la guarnición se refugiara en ella para continuar con la defensa cuando el resto cayera, y por otro servir como acuartelamiento al ejército en su misión de fuerza de orden público ante posibles altercados dentro de la ciudad. Además había unos reductos exteriores que cubrían las incursiones por la playa y las vías de aproximación, consiguiendo así que los asentamientos artilleros de un posible sitiador tuvieran que alejarse un poco más; estas posiciones avanzadas se daban por perdidas, pues con ellas sólo se pretendía ganar tres o cuatro días, pero causando desgaste y bajas al enemigo, antes de que alcanzase las fortificaciones principales.

Un último caso, muy destacado en la Guerra de la Independencia de España, es el de las ciudades en absoluto preparadas para un asedio moderno, pues apenas estaban rodeadas por tapias de conventos, lienzos de murallas (romanas, árabes o de la Reconquista) y unas puertas cuya función no era defensiva sino fiscal, pues con ellas sólo se pretendía cobrar los aranceles a quienes quisieran comerciar en su interior. Era el caso de Madrid, Valencia o Zaragoza, ciudades con un gran perímetro, cuya modernización habría sido muy costosa. De hechos, los asedios mejor planteados por los defensores tuvieron como escenarios Gerona, Badajoz, Astorga, Ciudad Rodrigo o Burgos, todas ellas ciudades pequeñas, con un máximo de cinco o diez mil habitantes. Sin embargo, Valencia contaba con 100.000 y Zaragoza casi 50.000.

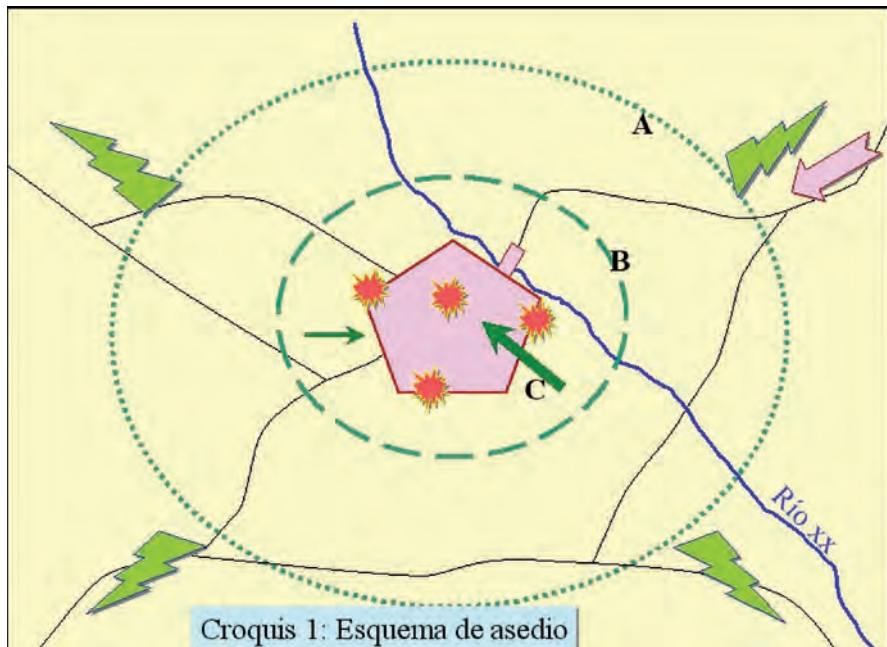
### *Los planes de defensa*

Para defender una plaza fuerte era muy importante el planeamiento de los fuegos, pues todas las fortificaciones tenían inicialmente superioridad sobre cualquier atacante. Hay que pensar que los defensores estaban en una posición prevista y con la defensa perfectamente preparada; se habían estudiado posibles objetivos y ángulos de tiro; tenían los asentamientos cubiertos, los polvorines llenos y bien ventilados, contaban con servicio de bomberos; el aljibe estaba lleno de agua y los almacenes de víveres... Por contra, el atacante se movía en un territorio normalmente hostil, no contaba con tanta preparación y tenía que empezar por crear una base logística que alimentase la campaña y unos asentamientos artilleros en una zona batida. Así pues, los sitiados tenían superioridad (o podían tener) sobre los sitiadores en un momento clave como era el comienzo del asedio. Un caso ejemplar en este sentido es el de la defensa de Badajoz en 1811, donde los franceses mandados por Philippon llegaron a retirar la tierra en los lugares donde ha-

bían de emplazarse las baterías atacantes, dejando al aire la roca madre e impidiendo así la excavación de trinchera.

En cualquier caso, no bastaba con encerrarse tras las murallas, sino que había que estar preparados para efectuar salidas contra los posibles atacantes y ganar tiempo para que se organizase otra línea de defensa o viniera un ejército a socorrer a los sitiados (aspecto importante desde el punto de vista de la moral de los defensores). En la Guerra de la Independencia no suele existir esa fuerza de rescate que pueda liberar a los asediados españoles; y cuando la hay, se basa normalmente en milicias reclutadas precipitadamente y que son fácilmente derrotadas por los franceses (como es el caso de Zaragoza con la batalla de Leciñena). Por el contrario, los ingleses sí tuvieron que levantar varios asedios ante la amenaza de unidades francesas e incluso plantearon grandes batallas defensivas asociadas a los asedios, como son los casos de Albuera, Fuentes de Oñoro o Sorrauren. Además, los generales españoles cayeron en demasiadas ocasiones en la tentación de introducir todas sus tropas en las plazas fuertes, bien por una falsa apariencia de seguridad, bien esperando la improbable victoria de algún ejército aliado cercano.

La caída de Zaragoza fue un golpe demoledor para los españoles, pues casi todas las tropas disponibles en Aragón habían sido enviadas a la defensa de la ciudad y sucumbieron allí. Como resultado, Aragón quedó casi des-



provisto de fuerzas organizadas españolas a comienzos de 1809. De igual modo, los éxitos de Suchet en el Bajo Ebro y Levante en 1810 y 1811 se vieron facilitados por la defectuosa estrategia del general Blake, quien no supo coordinar la defensa de las plazas fuertes con operaciones de su ejército de campaña contra la vulnerable línea de comunicaciones francesa<sup>7</sup>.

### *Los procedimientos de ataque*

¿Cómo se ataca una fortificación de este tipo? Hasta el siglo XVII se creaba una segunda muralla, rodeando completamente la de la ciudad, de manera que se colocaban baluartes artillados hacia dentro (*línea de contravalación*) y hacia fuera (*línea de circunvalación*). El sitiador quedaba así a su vez sitiado, con una fortificación de campaña que atacaba a los sitiados y a su vez se defendía de los posibles ejércitos que vinieran a socorrer a la ciudad sitiada. Era un método costosísimo, que requería gran superioridad de fuerzas y se basaba en el principio de que las plazas fuertes eran inexpugnables, por lo que sólo cabía rendirlas por hambre, epidemia o desesperación después de que tras muchos meses no vinieran a socorrerlas (por ejemplo el famoso sitio de Breda).

Pero igual que se habían desarrollado los procedimientos de defensa de plaza, también habían aparecido los de ataque. En la guerra del siglo XVIII había que conseguir la victoria más rápido, por lo que era preciso adoptar una actitud más agresiva, sin partir del principio de que la fortaleza fuera inexpugnable. Había tres fases en el asedio, no necesariamente consecutivas, pues la rendición de la plaza o la llegada de un ejército de ayuda podían producirse en cualquiera de ellas (ver croquis 1):

- En la primera se situaba una fuerza que vigilara los movimientos de la guarnición de la ciudad y diera la alarma si se producía una salida de las fuerzas, que serían inmediatamente interceptadas. Sólo se precisaban unas patrullas de caballería y algunos controles de caminos, en general bastante alejados de la plaza. Además, el sitiador empezaba a lanzar unidades de Caballería e Infantería Ligera para asegurar el apoyo logístico (capturando rebaños, saqueando bodegas y graneros, descubriendo minas de sal...) y despejar el terreno en muchos kilómetros alrededor. Hay que pensar en el caso de Zaragoza, en que esas acciones llegan a Alcañiz, Calatayud o Daroca, mientras mantienen el corredor seguro hasta Pamplona (A).

---

<sup>7</sup> HERRERO PÉREZ, José Vicente: *op.cit.*, p. 137.

- En la segunda se producía un verdadero bloqueo de la ciudad con un número de tropas mucho mayor, que impedía que nadie saliera ni entrara de la fortaleza. Esto supondría el aislamiento logístico, que por sí solo podía conducir a la rendición por hambruna o enfermedad. Normalmente se acompañaba con el bombardeo artillero, a fin de ir derribando defensas y minando la moral de los sitiados (B).
- En la tercera, la más complicada de todas, se procedía al asedio en regla, con todas sus consecuencias, intentando abrir una brecha en las murallas de la ciudad que forzara a la capitulación y, si ésta no se producía, al asalto por parte de la Infantería. Estas operaciones requerían mucho tiempo y eran muy costosas, pues había que lanzar al menos dos direcciones de ataque, de forma que el defensor no supiera dónde iba a volcarse el esfuerzo principal. Además, debía contarse con unidades que sirvieran de cobertura para impedir que una fuerza exterior socorriera la ciudad. Y la estancia prolongada de una gran unidad sobre una zona reducida provocaba su rápido agotamiento logístico, al que hay que sumar el desgaste en personal y medios que producía la lucha en trincheras, minas, baterías y combates callejeros (C).

En el caso de llegar a esta tercera fase, se precisaba trazar un sistema de trincheras «paralelas» al perímetro defensivo. Para la formación de las trincheras se aprovechaban los ribazos, caminos y acequias, donde se colocaban parapetos, inicialmente con sacos terreros o faginas, procedimientos muy ligeros, que posteriormente se iban perfeccionando al cavar el terreno. El trabajo fundamental de cada paralela se hacía en una noche, de manera que al amanecer los defensores ya no pudieran ver a los zapadores trabajando y éstos contaran con protección. En noches posteriores se iba perfeccionando su trazado y características<sup>8</sup>.

La primera se disponía fuera del alcance de las piezas de la fortificación defensiva, en el límite de las mismas, y en ella se colocaban unas baterías adelantadas; con sus fuegos de cobertura y de contrabatería (tanto directos como curvos, por el segundo sector) se pretendía que los defensores no pudieran cebarse sobre los ingenieros, que iban abriendo las trincheras en zigzag llamadas «aproches» (el zigzag es obvio, pues se trataba de impedir los fuegos de enfilada, que un fusilero o un cañón pudiera batir en toda su

---

<sup>8</sup> En GAGO, F. y TEJEDO, F.: *op.cit.*, pp. 115-117, voz «trinchera o línea de ataque», hay una completa e interesante descripción de la época sobre el procedimiento y técnicas de realización de un asedio. También en PÉREZ FRANCÉS, José Antonio: «Artilleros e Ingenieros en la época de la Ilustración», en VV.AA., *Luz y rito de Los Sitios de Zaragoza*. Fundación 2008. Zaragoza, 2005, pp. 167-177, hay un buen resumen sobre «Fortificación y Poliorcética».

longitud esa trinchera). Se iba avanzando así hasta más o menos la mitad de la distancia entre la primera paralela y la fortificación, donde se disponía una segunda paralela y se volvían a adelantar baterías para dar fuegos de cobertura más próximos. A continuación se lanzaban nuevos aproches hasta crear una tercera paralela, prácticamente a los pies de la muralla.

Desde la tercera paralela se lanzaba el asalto con la cobertura de unas baterías específicas de brecha, muy potentes, con las que se hacían sobre todo tiros directos (con gran carga de proyección, para derribar trozos de muralla) o de rebote (con menos pólvora, para que la bala volara más lenta, rebotara en el interior de los baluartes defensivos y causara más bajas y daños). El resultado que se buscaba era crear un hueco en la muralla, por el que pudiera entrar la Infantería Ligera al asalto.

Otra posibilidad para abrir la brecha era mediante una mina, un túnel que llevaba hasta los pies de la muralla, donde se hacía estallar una gran carga de pólvora. Se trataba de un momento crítico, pues había que coordinar perfectamente la explosión con los fuegos de las baterías de brecha y el salto de los fusileros. Además, era habitual que el defensor hubiera hecho su propia contramina, para hacerla estallar en el momento en que los asaltantes cruzaran la brecha.

A este esquema hay que añadirle que el atacante debía intentar dividir los esfuerzos de los defensores y para ello tenía que desarrollar al menos dos posibles direcciones de asalto, una principal y otra secundaria, de manera que el asediado no supiera por dónde se iba a realizar el esfuerzo principal<sup>9</sup>.

En este momento ya se habrían consumido más de treinta días de asedio, por lo que la plaza asediada debía de tener serios problemas de moral y logística, pues la carencia de alimentos frescos y el hacinamiento en baluartes y refugios aumentaban la probabilidad de epidemias, en tanto empezaban a faltar las municiones y la pólvora. Era el momento de pedir una capitulación, que podía ser aceptada antes o después de la apertura de la brecha y su correspondiente asalto.

Las viejas convenciones del siglo XVIII permitían que un defensor pudiera rendirse con honor si la brecha se hacía practicable, las defensas eran destruidas o si la enfermedad y el hambre hacían mella en su guarnición. Sin embargo, Napoleón amenazó con el fusilamiento a los comandantes de plaza que se rindieran en la Península, mientras que no pocas guarniciones españolas resistieron tenazmente en circunstancias desfavorables. Una vez

---

<sup>9</sup> LLAVE, Joaquín (1908): «La fortificación y la poliorcética durante la Guerra de la Independencia», en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, V (mayo), 1908, pp. 226-236.



más destaca el caso de Zaragoza, que en el Primer Sitio no contaba con murallas (eran simples tapias de conventos) y tenía escasa tropa regular, con especial carencia de artilleros; aún así, una mezcla de soldados y paisanos rechazó varios asaltos directos y frenó a las tropas francesas una vez habían introducido una importante cuña dentro del casco urbano. Y en el Segundo Sitio se llegó al extremo excepcional de tener que emplear la guerra de minas (inicialmente reservada para el derribo de murallas) en el combate callejero para ocupar manzanas o incluso casas<sup>10</sup>:

*[El 27 de enero de 1809...] comienza una nueva serie de operaciones que distingue particularmente el sitio de Zaragoza. Las defensas regulares habían cedido a nuestros esfuerzos, los muros exteriores estaban destruidos, pero al caer dejaron ver cuál era aún la fuerza interior de la ciudad. Decididos a defender palmo a palmo el terreno, los españoles habían hecho grandes cortes en las calles y aspillerado las casas. Los palacios, conventos y casas principales habían sido transformadas en auténticas ciudadelas y estaban ocupadas por guarniciones provistas de armas, víveres y municiones. Se comprendió que un ataque a viva fuerza contra un enemigo que había hecho tales disposiciones sería una temeridad que costaría cara, sin poder ser justificada por el éxito. Se decidió entonces caminar a cubierto mientras fuera posible y avanzar lentamente, pero sobre seguro, para no desanimar a las tropas con pérdidas demasiado elevadas<sup>11</sup>.*

Se llevaba así al extremo lo establecido en el reglamento español de Ingenieros militares de 1801, acerca de que «cuando el enemigo esté definitivamente instalado en la brecha, si el gobernador creyera que puede sobrepasar los límites de una resistencia honorable, elevándola al grado de heroica, defendiendo las calles y las casas, tendrá entonces derecho a Nuestra Real Graciamerced».

En cualquier caso, había que intentar no llegar a este punto. De ahí que junto al bombardeo o el asalto, otro método de capturar una plaza fuerte fuera mediante el uso de alguna estratagema o empleando la sorpresa. Tales tretas son características de los momentos previos a la Guerra de la Inde-

<sup>10</sup> BANÚS, Carlos: «El empleo de las minas en los sitios», en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, V (mayo), 1908, p. 249.

<sup>11</sup> BELMAS, J.: *Zaragoza, 1808 y 1809. Los Sitios de Zaragoza vistos por un francés*. Comuniter, Zaragoza, 2003, p. 99.

pendencia, dándose casos tan curiosos como la ocupación de la ciudadela de Pamplona al distraerse la guardia española viendo a unos soldados franceses jugar con la nieve mientras un grupo de asalto ocupaba el cuerpo de guardia (hay que tener en cuenta que los franceses eran todavía aliados, el 16 de febrero de 1808). Y en la ciudadela de Barcelona ocurrió algo parecido días después, cuando el general Lecchi estaba pasando revista a sus tropas y se detuvo sobre la puerta levadiza, distrayendo así a la guardia mientras entraba un batallón de soldados italianos que ocupaba la fortificación. Más arriesgada fue la recuperación española del castillo de Figueras, la noche del 10 al 11 de abril de 1811 (conocida como «la rovirada»), entrando por la puerta del almacén de víveres que daba al foso, debajo del puente levadizo, a la que era fácil llegar desde el exterior sin ser visto por los centinelas; tras conseguir una copia de la llave. El golpe de mano fue un éxito y los españoles ocuparon el castillo con un coste de un muerto y dos heridos, frente a los treinta y un muertos, veinticinco heridos y mil seiscientos prisioneros franceses. De inmediato comenzó el asedio francés, que consiguió rendir a la guarnición española por hambre tras cuatro meses de bloqueo.

Otros ejemplos de golpes de mano audaces son la ocupación del Reducto Renaud en Ciudad Rodrigo (8 de enero de 1812) o la sorprendente entrada en Tortosa del Mariscal Suchet, quien, con unos cuantos granaderos y oficiales vestidos de gran gala, entró en la fortaleza por una brecha abierta, ante el asombro de los centinelas, paralizados por aquel golpe psicológico y teatral. Se comprende, pues, que ante una plaza fuerte hay que intentar conseguir, como siempre en cualquier operación militar, la sorpresa, que el enemigo no sepa lo que se quiere hacer, ni cómo ni cuándo se va a ejecutar.

### *La logística: La pesadilla de los sitiadores*

Un aspecto fundamental a tener en cuenta es el enorme esfuerzo logístico a realizar por el sitiador. Mientras que el asediado podía tener sus almacenes, polvorines y aljibes llenos previamente, el atacante iba a estar inmóvil, esquilmando una zona pequeña de territorio (muy hostil, en el caso de los franceses en la Península Ibérica), por lo que no podía aplicarse el principio napoleónico de explotación de recursos locales, sino que había que traer los alimentos desde fuera.

Lo mismo ocurría con la pólvora y las municiones, con el agravante de la peculiaridad del tren de sitio, los grandes cañones y obuses que se precisaban para derribar las murallas. La pieza normal de asedio era el cañón de 24 libras (que dispara un proyectil de casi doce kilos de peso): el cañón en sí

pesaba más de tres mil kilos, con más de tres metros de longitud. Además, antes de comenzar un asedio, cada pieza debía contar con un mínimo de doscientas ó trescientas balas preparadas. Y cada disparo necesitaba de una carga de proyección de entre un cuarto y la mitad del peso de la bala, es decir, entre tres y seis kilos de pólvora, dependiendo de los efectos a alcanzar. Por tanto, estamos hablando de que cada cañón de asedio que se incorporaba a la operación suponía tres mil kilos de peso, otros tantos de munición y mil más de pólvora<sup>12</sup>. Y mover tal peso y volumen por los difíciles caminos de la Península Ibérica era muy complicado.

Veamos el caso extremo de los británicos. Para asediar Ciudad Rodrigo tuvieron que traer los cañones desde los barcos fondeados en Lisboa; inicialmente los llevaron a Oporto, donde tuvieron que trasvasarlos a barcas para remontar el Duero, desembarcarlos en Lamego y trasladarlos, con su correspondiente pólvora y municiones, a través de las montañas, incluso abriendo nuevos caminos, hasta Almeida. La operación requirió sesenta días de transporte y mil carros de bueyes<sup>13</sup>. Algo parecido ocurrió en el caso de Zaragoza, pues para plantear el segundo asedio los franceses llegaron a las puertas de la ciudad el 30 de noviembre, pero se replegaron y no volvieron a atacar hasta el 21 de diciembre. En esas tres semanas, los franceses habían requisado todos los carromatos de Navarra y ello pese a contar con una «autopista», el Canal Imperial de Aragón, que era una de las pocas vías importantes de comunicación de España y les permitía traer por barcazas de una forma masiva municiones, material de fortificación y víveres hasta Alagón, donde estaba ubicada la base logística principal.

Pero sobre todo, los sitios suponían un excepcional esfuerzo de personal, por las bajas, el cansancio y el desgaste psicológico de las tropas. El punto principal era la imprescindible evacuación sanitaria. En una batalla de la época había un cierto desprecio por los heridos, que se quedaban en el campo de batalla y eran recogidos más tarde, ya que la lucha sólo duraba cinco ó seis horas. Y el combatiente estaba tan implicado en el combate que veía más o menos normal que un compañero suyo cayera herido y se quedara atrás, confiando en que alguien le recogería. Pero en un asedio el herido se quedaba *in situ*, en la misma batería o la misma barricada en la que seguían combatiendo sus compañeros. Por ello había que retirarlo, tanto porque «estorbaba» como por el efecto del espectáculo del sufrimiento del herido, que aumentaba la probabilidad de desertión y desmoralización de

<sup>12</sup> Para detalles técnicos se puede consultar PÉREZ FRANCÉS, José Antonio: *op.cit.*, pp. 148-158.

<sup>13</sup> Frederick Myatt dedica en su libro la misma extensión a la preparación del asedio y al sitio propiamente dicho. MYATT, Frederick: *British sieges of the Peninsular War*. Spellmount, Gloucestershire, 2008, pp. 47-61

sus compañeros. Por ello había que crear una logística que no estaba prevista hasta ese momento, la de evacuación sanitaria inmediata de los heridos, mediante la articulación de los ahora llamados nidos de heridos o puestos de socorro, implicando a personal y medios que no podía dedicarse a otros cometidos. Lo que ocurría en los hospitales de retaguardia era atroz, pero al menos no tenía lugar ante los ojos del resto de los combatientes.

A ello hay que añadir la precaria alimentación y la proliferación de enfermedades por el hacinamiento en las trincheras y la vida al raso. A fin de reducir la fatiga, la práctica habitual era turnar las unidades sitiadoras en las trincheras en periodos de veinticuatro horas, pero en las obras de asedio del Segundo Sitio de Zaragoza llegó a darse el caso de que algunos soldados franceses no fueron relevados en setenta y dos horas y caían dormidos tras los montones de tierra acumulados tras excavar toda la noche. El resultado es que ese combate de días y días en posición, con malas comidas, gran número de bajas y mucho cansancio hacía que la moral se resintiera, y el soldado asumiera que existía una alta probabilidad de resultar herido o muerto, con lo cual era muy problemático para el sitiador mantener la disciplina y cohesión de la unidad, a fin de continuar combatiendo.

La principal conclusión a la que llegamos es que el sitiador precisaba gran cantidad de fuerzas para completar con éxito un asedio. Para penetrar por la brecha principal había que engañar al defensor con el esfuerzo secundario, por lo que tenía que haber más o menos la misma artillería y los mismos zapadores en ambas líneas de aproximación. Además, había que mantener el bloqueo a quince o veinte kilómetros de la plaza y enviar alguna brigada de Caballería o división de Infantería (que es lo que se utilizó en Leciñena) para frenar al refuerzo que pudiera venir para romper el cerco. Así llegamos al caso extremo del Segundo Sitio de Zaragoza, donde los franceses tenían casi cincuenta mil soldados, dos cuerpos de ejército, pero combatiendo en las calles apenas tres mil. Los otros cuarenta y siete mil estaban descansando tras su turno en las trincheras o las minas, dando cobertura a retaguardia, asegurando el apoyo logístico, sirviendo las baterías, retirando heridos... Y todo eso durante más de dos meses, a los que habría que sumar las cuatro semanas de preparación y otras tantas para controlar la ciudad conquistada y recuperar las fuerzas implicadas<sup>14</sup>. Por tanto, el esfuerzo en un asedio supeditaba las posibilidades de todo un ejército e incluso sus objetivos operacionales y estratégicos, como vamos a ver posteriormente.

---

<sup>14</sup> MARTÍNEZ FERRER, José María: *La Artillería y los Ingenieros en la Poliorcética del Segundo Sitio*. I Premio «Los Sitios de Zaragoza». Ayuntamiento de Zaragoza, 1986, p. 58.

*Los asedios en las guerras napoleónicas*

Hasta ahora hemos visto la teoría y la práctica del siglo XVIII. Pero ya antes de la Revolución Francesa se estaba dando una serie de cambios que hacían que la guerra de asedios fuera perdiendo el protagonismo de antaño. Por un lado se había acelerado el desarrollo técnico de la artillería, aumentando la ventaja relativa del atacante, pues era posible disparar más balas con la misma cantidad de pólvora, lo que permitía una relación entre coste y eficacia más favorable para el sitiador. Además, también había crecido notablemente su alcance y precisión, reduciendo de forma paralela el valor de las fortificaciones.

Por otro lado, la incipiente «revolución agrícola» estaba creando excedentes de alimentos, con la correspondiente liberación de los ejércitos de sus colas logísticas de plazas fuertes y almacenes a retaguardia; y por otro lado, el transporte de tales excedentes a los núcleos urbanos supuso una notable mejoría en las vías de comunicación, que a su vez facilitó la movilidad, tanto táctica como estratégica, de los ejércitos.

Los asedios habían perdido algo del carácter de «juego de caballeros» que habían tenido durante siglos. Frente a la convención de entregar la plaza cuando el defensor comprendía que su posición era insostenible, en las guerras revolucionarias eran más numerosos los casos en que los sitiados continuaban combatiendo pese a que los atacantes habían abierto la brecha y penetrado por ella. Se trata, quizá, de una aplicación más del principio de «guerra total» adoptado por la Revolución Francesa. De hecho, el régimen republicano francés ordenó por ley en 1792 que una brecha debía ser defendida al menos contra un asalto. Aumentó así la probabilidad de que un asedio culminase con un asalto y diese paso al saqueo de la ciudad ocupada, aunque esto no fuera habitual en la Península, donde los franceses sólo cometieron excesos en Tarragona y Castro Urdiales, mientras que los ingleses no tuvieron compasión con los habitantes de Ciudad Rodrigo, Badajoz o San Sebastián.

Aunque Napoleón había destacado en los comienzos de su carrera en cuatro asedios (Tolón, Milán, Mantua y Acre), le disgustaba profundamente la guerra de sitios, por considerar que con este tipo de operaciones casi siempre se perdía un tiempo precioso que era imprescindible para mover el ejército y aplastar definitivamente al enemigo. Él no pretendía conquistar el terreno ni una posición estratégica desde la que negociar un tratado de paz favorable (como era lo habitual en el XVIII); su objetivo era destruir al ejército enemigo para imponer las condiciones de la paz al rey derrotado de turno. Para ello buscaba una penetración rápida y profunda, con la que

conseguir una buena situación operacional y táctica en campo abierto. Y además contaba con un ejército masivo, de miles de hombres, por lo que podía permitirse dejar una unidad (de entidad brigada o incluso división), bloqueando una plaza fuerte, sin intentar atacarla, y seguir profundizando para buscar la batalla decisiva. Una vez que el ejército de campaña enemigo era derrotado, la caída de cualquier fortaleza (o su entrega en virtud de un tratado de paz) era cuestión de tiempo.

Por todo ello, en las grandes campañas napoleónicas en Europa central y oriental, los asedios desempeñaron un papel muy secundario y el único memorable entre 1805 y 1812 fue el de Danzig (1807). Eso sí, en los años finales del Emperador, éste acudió a la defensa de plazas fuertes como recurso desesperado para detener su caída y a partir de 1813 dejó efectivos considerables en fortalezas alemanas y polacas, así como en la frontera francesa. Sin embargo, aunque consiguieron fijar contingentes importantes de los ejércitos invasores (en el caso de Hamburgo durante más de un año), éstos aplicaron las enseñanzas de Bonaparte y se limitaron a bloquearlas mientras continuaban su penetración en Francia.

Sin embargo, en el caso de España, Napoleón se encontró con múltiples casos de asedio inesperados. Inicialmente se limitó a ocupar las plazas importantes en la frontera (Pamplona, Barcelona, San Sebastián, Pancorbo y Figueras) para asegurar las comunicaciones a retaguardia, dado que sus objetivos eran Lisboa, Madrid, Valencia y Cádiz. Por ello fue dejando sin ocupar algunas otras, a sabiendas de que podían ser peligrosas, seguramente pensando que caerían en sus manos al controlar el conjunto del Reino de España con su nuevo sistema político y dinastía. Se llamaban Zaragoza, Gerona, Badajoz, Ciudad Rodrigo...

### *LOS SITIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA*

Frente al retroceso de la guerra de asedios en los conflictos napoleónicos, en la Península Ibérica hay un gran número de ellos, pues de los setenta y dos meses que van de mayo de 1808 a abril de 1814, sólo en ocho no hay operaciones importantes de sitio. Y entre junio de 1809 y octubre de 1812 siempre hay en marcha al menos un asedio, llegando a coincidir en bastantes ocasiones hasta cinco de ellos. Aunque en algunos casos es muy complicado distinguir entre un golpe de mano, un asalto, un bloqueo, una capitulación un tanto «amistosa» o un sitio, se contabilizan más de cincuenta operaciones relacionadas con plazas fuertes o ciudades fortificadas. De ellas, más de treinta pueden considerarse asedios en toda regla, con una duración superior

a los quince días, establecimiento de baterías y trincheras de asedio, apertura de brecha, etc. Entre los casos extremos de la entrega de Pancorbo en cumplimiento de una orden del Gobierno y el Segundo Sitio de Zaragoza, tenemos la defensa de la línea de Torres Vedras, el largo bloqueo de Hostalric, la capitulación de Valencia en 1812 como resultado de una nefasta campaña defensiva y otros muchos ejemplos distintos.

Además, para asegurar las comunicaciones frente a la actividad de las unidades guerrilleras, los franceses crearon una red de puntos de apoyo y bases de operaciones, que iban desde ciudades como Zaragoza hasta conventos fortificados con una guarnición de apenas cien hombres<sup>15</sup>. Este despliegue tan disperso dio lugar a un fenómeno muy peculiar (no contabilizado en el resumen anterior), el de los numerosos casos en que unidades guerrilleras bloqueaban a pequeñas fortificaciones francesas, sin poder asediarlas en regla ni atacarlas por la carencia de artillería pesada y medios de zapadores.

¿A qué se debe esta proliferación de asedios? Básicamente a las peculiaridades del territorio peninsular, muy compartimentado y con malas comunicaciones. Además, se trataba de regiones pobres, con una agricultura muy precaria y en el que se dependía en extremo de los almacenes y convoyes de abastecimiento y, por lo tanto, de líneas de comunicación seguras. Esas características geográficas hacían imprescindible el control de numerosos puntos a fin de asegurar las comunicaciones a retaguardia, por lo que los ejércitos debían ocupar físicamente posiciones y plazas fuertes que normalmente habrían dejado atrás.

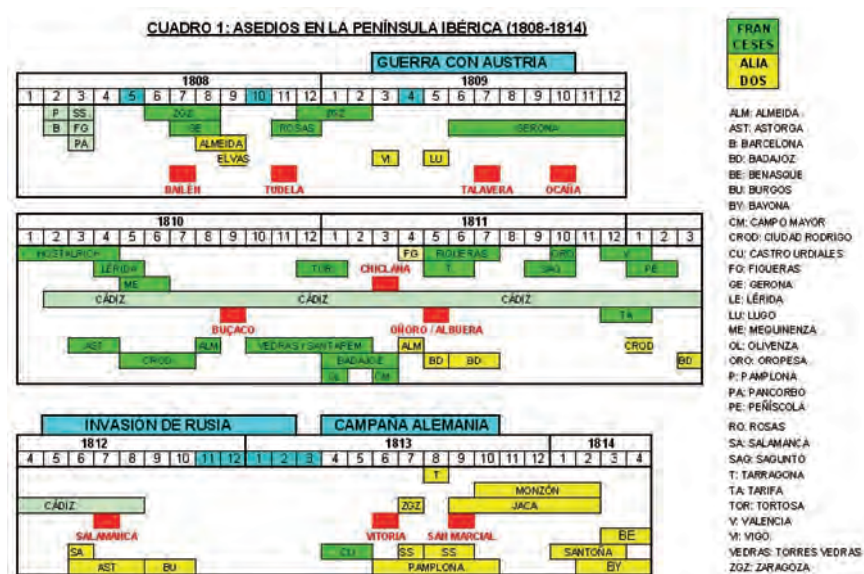
Por consiguiente, los franceses tuvieron que afrontar numerosos asedios de ciudades durante su *Guerre d'Espagne*, bien sitiando, bien siendo sitiados. En unos casos porque esas plazas controlaban las rutas de paso en las fronteras franco-española (San Sebastián y Gerona) o hispano-lusa (Ciudad Rodrigo y Almeida; Badajoz y Olivenza); en otros porque eran focos de resistencia popular al invasor que debían de ser tomados para poder controlar las comarcas circundantes. De hecho, la progresión del mariscal Suchet hacia Valencia se vio jalonada por la ocupación de Lérida, Mequinenza, Tortosa, Tarragona, Sagunto, Oropesa y Peñíscola a lo largo de dieciocho meses. Desde el punto de vista de los franceses como sitiadores, podemos recordar una clasificación sencilla:

---

<sup>15</sup> Hay una interesante descripción de este sistema de control territorial y de vías de comunicación mediante puestos fijos y columnas móviles. RODRÍGUEZ, J.: *Les fortifications pendant la Guerre d'Espagne (1808-1814). Evolution et enjeu des fortifications pendant la Guerre d'Indépendance espagnole: guerre conventionnelle et guerre d'occupation contre le guérilla*. Memoria inédita presentada a la Direction Générale de l'Enseignement et de la Recherche, Saint-Cyr, 2006, pp. 73-78.

Todos los asedios que los napoleónidas hicieron, se debieron, como es presumible, a razones de orden meramente militar. Se puede hacer un esquema que las aclare y ordene: 1) Una ciudad importante de la que habría de irradiar la ocupación de un gran espacio geográfico: Zaragoza y Valencia. 2) Para facilitar la maniobra y despejar las vías de comunicación vitales en el movimiento de los ejércitos: el Puente de Piedra de Zaragoza, el Castillo de Tortosa, el Fuerte de Mequinenza y la roca de Peñíscola. 3) Como punto de apoyo para iniciar una gran ofensiva: Ciudad Rodrigo. 4) Para la custodia de las comunicaciones con Francia: Jaca y Gerona. 5) Como defensa de una conjunción geográfica, Lérida. 6) Como final de una operación: Astorga. 7) Para alcanzar cierto objetivo marítimo e impedir el apoyo de la Escuadra inglesa: Tortosa, Tarragona y Tarifa. 8) Como premisa necesaria y obligada para poder asediar otra plaza de mayor trascendencia: Sagunto y Olivenza<sup>16</sup>.

Por tanto, no es sorprendente que los dos comandantes con más éxito en la Península (el británico Wellesley y el francés Suchet) se vieran implicados en casi tantos asedios como batallas campales, de modo que en algunos casos el fracaso en el asedio deslucía las brillantes victorias obtenidas en el campo de batalla. Por ejemplo, la orden de Napoleón de construir recintos fortificados en la ciudad de Salamanca a finales de 1809, en previsión de



<sup>16</sup> SERRANO MONTALVO, Antonio: «El pueblo en la Guerra de la Independencia: La resistencia en las ciudades», en *La Guerra de la Independencia Española y Los Sitios de Zaragoza*. Cátedra «General Palafox» de Cultura Militar, Zaragoza, 1958, p. 506.



que el ejército aliado tomara las fortalezas fronterizas de Ciudad Rodrigo y Badajoz y avanzara hacia el interior, resultó acertada, ya que en junio de 1812 Wellington tuvo que detenerse con una división en Salamanca hasta recibir las piezas de artillería y munición necesarias para asediar los fuertes. Y posteriormente, el ejército aliado de británicos, portugueses y españoles, pese a su gran victoria en la batalla de los Arapiles el 22 de julio de 1812, tuvo que detener su avance para acometer el asedio del castillo de Burgos. Esta situación la aprovecharon los franceses para reagrupar sus fuerzas y emprender una contraofensiva que envió de vuelta al ejército aliado a la frontera con Portugal a finales de ese mismo año.

### *Fases y escenarios*

En el cuadro 1 se han plasmado los principales asedios que tuvieron lugar en la Península Ibérica. Se han marcado tanto los protagonizados por los franceses como los de los aliados, así como algunas de las principales batallas, especialmente las relacionadas con ellos. A la vista del mismo, podemos plantearnos algunas preguntas: ¿qué ocurre cuando no hay asedios?, ¿por qué en abril de 1811 los franceses pasan de asediar a ser asediados en la frontera con Portugal?, ¿por qué las series de asedios aliados (principalmente británicos) se cortan abruptamente tanto en 1811 como 1812?

Las primeras respuestas son obvias al observar en el mismo cuadro los conflictos europeos. Así, la Guerra con Austria de 1809 supuso una notable reducción de efectivos franceses y la consiguiente ralentización de sus operaciones ofensivas, que tuvieron que limitarse a asegurar la posesión de Madrid (batallas de Talavera y Ocaña) y de las comunicaciones por el corredor mediterráneo (Sitio de Gerona). Del mismo modo, los franceses no volvieron a llevar a cabo operaciones de asedio tras la ocupación de Valencia a comienzos de 1812, justo cuando se retiraron miles de soldados para participar en la invasión de Rusia.

Y por fin, las campañas de Alemania y Francia de 1813-14 se tradujeron en la Península en una franca retirada de los imperiales, plasmada en los numerosos casos en que ellos fueron los sitiados. De hecho, de forma análoga a la resistencia de guarniciones imperiales en Alemania, el último asedio de la *Guerre d'Espagne* fue el de Bayona, con soldados españoles cercando una ciudad francesa, en tanto pequeñas unidades francesas retenían plazas españolas bloqueadas hasta mayo de 1814 (Santoña, Barcelona, Sagunto...). Para entonces la guerra había terminado, Napoleón no era Emperador e incluso Fernando VII había regresado a España.

*La seguridad de la frontera en Cataluña*

Veamos ahora con más detalle las distintas fases y teatros de operaciones que se pueden deducir a partir del cuadro resumen. Lo primero que observamos es la ocupación entre febrero y marzo de 1808 de las ciudadelas y fortificaciones emplazadas precisamente para cerrar la frontera francesa en caso de invasión. Se produce así la toma, mediante estratagemas o en cumplimiento de órdenes del Gobierno español, de Pamplona, Barcelona (castillo de Montjuich y ciudadela), San Sebastián, San Fernando de Figueras y Santa Engracia de Pancorbo, por lo que la frontera queda expedita y pueden seguir entrando unidades sin que ninguna de esas fortificaciones cree problemas.

En los primeros momentos de la guerra, en el verano de 1808, sólo se dieron los asedios de Zaragoza (enlace entre las vías de penetración de los Pirineos Orientales y Occidentales) y los dos primeros sitios de Gerona (no muy importantes desde el punto de vista militar pero sí simbólico), para asegurar las comunicaciones entre Barcelona y Francia. A ellos habría que sumarles el ataque a Valencia del 28 de junio, que no se trata de un asedio propiamente dicho, pero sí de un asalto a ciudad fortificada.

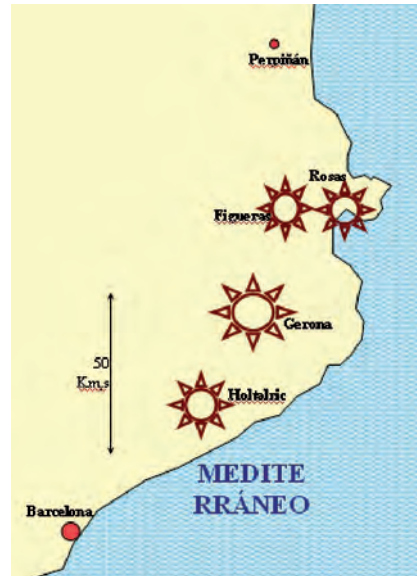
En el invierno de ese mismo año sólo encontramos los casos de Zaragoza (que sumaba su carácter mítico por la victoria del Primer Sitio a su importancia como nudo de comunicaciones) y de Rosas, ante el peligro de que se convirtiera en una base marítima británica en una de las principales rutas de comunicación entre España y Francia. Vemos, por tanto, que en los primeros meses se producen pocos asedios, dado que el ejército francés está llevando a cabo operaciones en profundidad, de acuerdo al plan estratégico de Napoleón de alcanzar y mantener Lisboa, Cádiz y Valencia, con Madrid como punto central.

A lo largo de 1809 y primeros meses de 1810, y debido a la Campaña de Austria antes mencionada, los franceses tuvieron escasez de hombres y por ello sólo se implicaron en los asedios que consideraron absolutamente imprescindibles para mantener las comunicaciones con su país. Es el caso de Gerona y Hostalric, que amenazaban la vía de comunicación natural del Mediterráneo (la vasco-castellana, a través de Vitoria, Burgos y Valladolid, estuvo asegurada hasta 1812). En la misma zona y por el mismo motivo, pero en un momento posterior, será prioritaria para ellos la recuperación del castillo de Figueras, en 1811, a pesar de coincidir en el tiempo con el Sitio de Tarragona, operación compleja en la que se sucedieron acciones de asedio, combates en campo abierto y hasta desembarcos a retaguardia de los sitiadores. Es de destacar que también los españoles eran conscientes de

la importancia de estas posiciones y de ahí su enconada defensa, técnicamente muy acertada, y los sucesivos intentos de socorro a Gerona, como el bien concertado y exitoso del 1 de septiembre, y Figueras.

Estamos, pues, ante una campaña de asedios con carácter estratégico defensivo, con la que no se pretende asegurar un objetivo, sino asegurar las vías de comunicación y logísticas frente a la amenaza del Ejército Español, que controló el interior de Cataluña durante toda la guerra.

Un caso peculiar de esos primeros meses de guerra es el de Galicia, donde la insurrección generalizada contra los franceses se traduce en los peculiares bloqueos de Vigo y Lugo, así como varias acciones menores más. A efectos del análisis global de las circunstancias y consecuencias de la guerra de sitios no dejan de ser anécdotas a añadir al apasionante relato de la participación de Galicia en el conflicto.



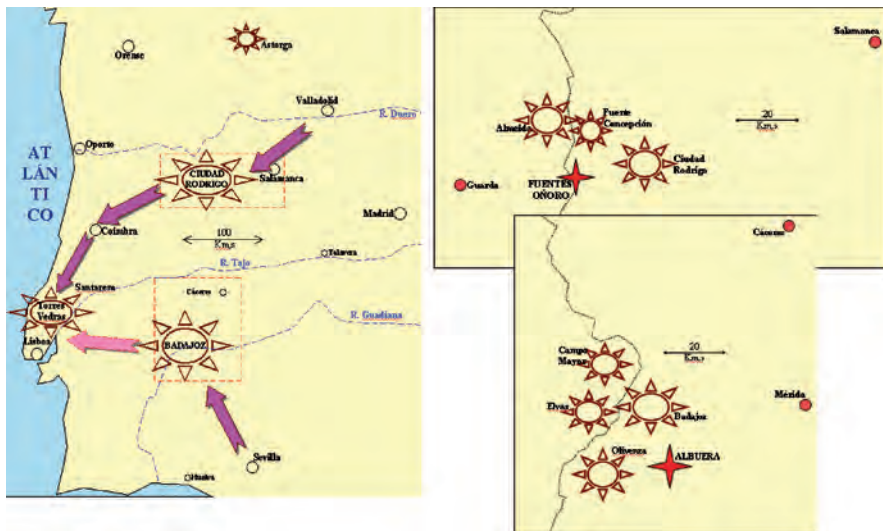
La campaña de asedios en Cataluña 1809-10 (elaboración propia).

### *La invasión de Portugal (1810-11)*

En la primavera de 1810 asistimos a una nueva fase, caracterizada por el establecimiento de asedios en dos teatros de operaciones a la vez. Por un lado, Suchet avanza hacia el Mediterráneo, sitiando (y ocupando) Lérida y Mequinenza, mientras Masséna comienza las operaciones previas a la invasión de Portugal con la que pretendía expulsar a los británicos de la Península. Esta simultaneidad se corta ese verano, dando paso a una alternancia en los esfuerzos sobre la que luego volveremos. En cualquier caso, entre marzo de 1810 y febrero de 1812 los franceses llevan a cabo catorce asedios mayores en estos dos escenarios, a los que habría que añadir los peculiares casos de Cádiz, Tarifa y Figueras. Por ello, una primer lectura nos diría que esta fase corresponde a una gran superioridad de los franceses. Ya sabemos que en parte fue así, aunque del análisis de la secuencia de asedios también pueden deducirse otras conclusiones.

Por un lado tenemos el teatro de operaciones de la raya de Portugal, que cuenta con dos vías de penetración fundamentales hacia Lisboa, en torno a Ciudad Rodrigo y Badajoz. Masséna va a emplear el eje del Norte, pero para ello tiene que dominar las fortalezas enfrentadas de Ciudad Rodrigo y Fuerte Concepción (españolas) y Almeida (portuguesa). Y como paso previo debe eliminar el peligro de ataques del ejército gallego desde su flanco derecho, por lo que tiene que ocupar Astorga. La obstinada defensa española en estos puntos va a hacer perder a los franceses más de cinco meses de la primavera y verano de 1810, precisamente los mejores para su avance por un territorio pobre y mal comunicado como el del centro de Portugal. Además, ese tiempo ha sido aprovechado por Wellington para aplicar la táctica de tierra quemada y crear unas grandes fortificaciones en Torres Vedras, cerrando la península de Lisboa:

«Le 18 juillet 1810, n'ayant pas les moyens de faire durer le siège plus longtemps, et ne voyant pas arriver les troupes britanniques, Her-rasti fait cesser le combat [en Ciudad Rodrigo]. Masséna a perdu 77 jours, les temps suffisant pour l'amener en plein coeur du Portugal au début de l'hiver 1810, sans possibilité de trouver les moyens de se ravitailler sur place. Peu de places arrêtent l'armée impériale mais elles occupent une grande partie de ses moyens et la ralentissent suffisamment pour limiter son efficacité<sup>17</sup>.»

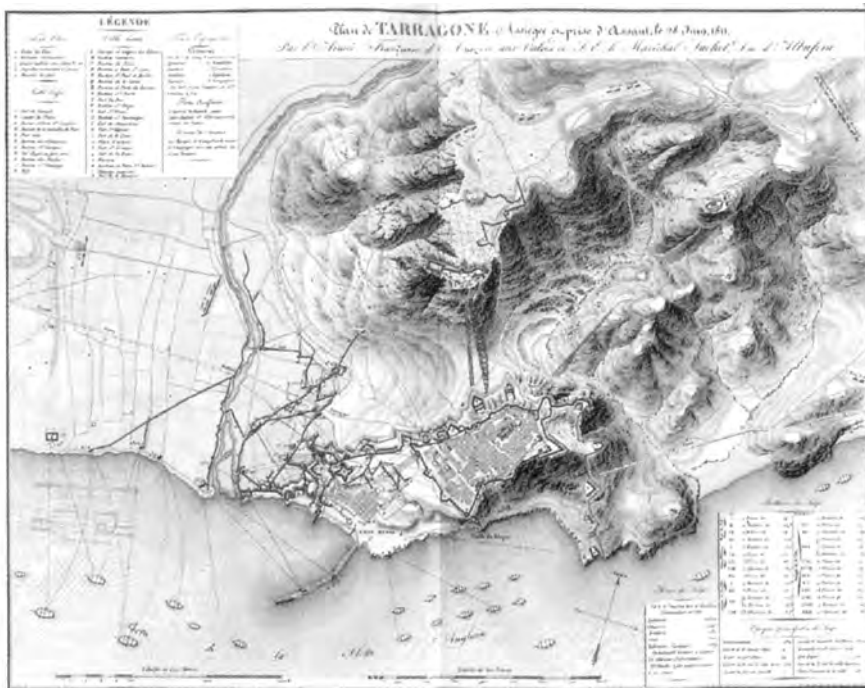


La invasión francesa de Portugal y sus asedios 1810-11 (elaboración propia).

<sup>17</sup> RODRÍGUEZ, J.: *op.cit.*, p. 49.

El resultado es que Masséna tuvo que llevar a cabo su avance por tierras portuguesas a lo largo del mes de septiembre, en lugar del previsto junio. Y cuando llegó a las puertas de Lisboa se encontró con la sorpresa de una línea defensiva que no pudo superar. Decidió crear su propio campo fortificado en Santarém y ambos ejércitos quedaron enfrentados, pero sin choques importantes durante todo el invierno. Los franceses no estuvieron inactivos, pues pretendieron traer nuevas fuerzas desde Andalucía, a través de Badajoz. Pero las tropas de Soult encontraron unos problemas similares a las de Masséna unos meses antes: el asedio y toma de Olivenza, Badajoz y Campo Mayor (es preciso tener en cuenta que estas operaciones eran simultáneas al asedio de Cádiz, donde se debilitaron las líneas del cerco, dando así ocasión a la batalla de Chiclana).

Para cuando Soult consiguió tener expedita la frontera, a finales de marzo, la situación había cambiado mucho, pues Masséna se estaba replegando hacia Salamanca con el permanente acoso británico. Ya no tenía sentido avanzar hacia Lisboa por el Sur y ni llegó a plantearse el asedio a Elvas, dan-



Plano del asedio a Tarragona (1811). Centro Geográfico del Ejército.  
 N° CT-199 de *Cartografía de la Guerra de la Independencia*, Ministerio de Defensa & Olle-  
 ro Ramos Editores, Madrid, 2008, p. 328

do tiempo a que llegara Beresford para recuperar Campo Mayor sólo cuatro días después de su caída. De hecho, de forma inmediata se produjeron los dos primeros asedios británicos a Badajoz, que dieron lugar a la Batalla de la Albuera. Y de forma casi simultánea se estableció el bloqueo de Almeida, con su correspondiente Batalla de Fuentes de Oñoro, donde sólo las rencillas entre los mariscales Masséna y Bessières salvaron a Wellington de una gran derrota. En ese momento cambió el papel de los franceses en la raya de Portugal: de asediadores pasaron a ser asediados.

*Suchet: la larga marcha hacia Valencia*

Veamos ahora qué ocurría entretanto en el otro teatro de operaciones de los asedios, el Mediterráneo. El principal objetivo de Suchet era Valencia y en febrero de 1810 hizo un primer intento a través de Teruel, fracasado por la carencia de fuerzas suficientes en una zona plagada de unidades guerrilleras (principalmente la de Villacampa). Por ello cambió su plan, a fin de seguir el itinerario, mucho más largo pero más seguro, del Ebro y la costa. Ello le llevó a plantear, en una primera fase, la ocupación de Lérida y Mequinenza para asegurar su posición en Aragón frente a acciones tan peligrosas como la de Blake en Alcañiz (mayo de 1809). Lo consiguió en la primavera de 1810 y luego detuvo su progresión. El principal motivo de tal cambio de actitud es la preparación de la invasión de Portugal, que detrajo tropas y abastecimientos del resto de los teatros. La única operación importante de estos meses es la toma de Tortosa, que permitió a los franceses cortar las comunicaciones españolas entre Valencia y Tarragona.

Al fracasar Masséna, Napoleón ordena un nuevo cambio en el objetivo principal, que pasa a ser la ocupación de Valencia. Por ello, en el otoño de 1811 Marmont (sucesor de Masséna) debe entregar 10.000 hombres a Suchet, quien reanuda su periplo sitiador. El primer paso es la ocupación de Tarragona (mayo y junio de 1811), con la que asegura su retaguardia frente a eventuales acciones de los españoles desde Cataluña o de los británicos desde el Mediterráneo. Como se ha comentado previamente, este asedio es muy complejo, tanto por la cantidad y variedad de medios empleados, como por las acciones paralelas que se desarrollan en Figueras y en la costa, con desembarcos de fuerzas provenientes de Cádiz.

A continuación se desarrolla el avance a lo largo del litoral mediterráneo en el otoño de 1811. Van cayendo sucesivamente Oropesa, Sagunto, Valencia y Peñíscola. Como ya se ha comentado antes, este avance fue en parte favorecido por la incompetencia del general Joaquín Blake, cuya carrera a lo



La campaña de asedios de Suchet en el Mediterráneo (elaboración propia).

largo de toda la guerra está tan llena de fracasos como de altas responsabilidades inmerecidas. De hecho, el avance de Suchet se aceleró notablemente a raíz de la mala planificación española del socorro al castillo de Sagunto el 25 de octubre, que permitió ocupar la fortaleza y arrastró a Valencia y Peñíscola en una campaña de sólo cuatro meses y sin excesivas bajas para el bando francés. Tampoco hay que olvidar que Gabriel Suchet fue el mejor general napoleónico en la Península, y el único que ganó aquí su ascenso a mariscal y un título referente a la *Guerre d'Espagne*, el de Duque de la Albufera.

Sin embargo, este importante éxito se vio empañado por la situación en la retaguardia francesa, pues la disminución de fuerzas de ocupación en Navarra y Aragón permitió el incremento de la actividad guerrillera, con acciones tan destacadas como la toma de Ejea de los Caballeros y Calatayud.

### *Los asedios aliados*

Podría parecer que la ocupación de Valencia supuso el momento culminante de la ocupación francesa y que la guerra estaba a punto de termi-

nar con la victoria de las fuerzas imperiales. De hecho, el propio Napoleón parecía ser de esa opinión porque se lanzó a preparar la invasión de Rusia, abriendo un importante segundo frente. Pero en realidad, ese avance mediterráneo se había hecho a costa de debilitar las fuerzas que cubrían la frontera portuguesa, momento aprovechado por Wellington para cercar y ocupar Ciudad Rodrigo y Badajoz a comienzos de 1812. Con ello consiguió una magnífica base de operaciones para el futuro.

Para ello había tenido que preparar durante meses a sus fuerzas para la guerra de asedios, con el establecimiento de trenes de sitio y preparación de personal técnico. Además, en Ciudad Rodrigo se encontraba el tren de sitio francés, por lo que fue capturado con la plaza. De esa forma, no sólo se liquidaban las posibilidades imperiales de asediar plazas en ese teatro de operaciones, sino que el propio Wellington aumentaba su potencia de fuego de una forma notable.

Es preciso tener en cuenta que estas dos líneas de avance hacia objetivos estratégicos (Lisboa y Valencia) coincidieron en el tiempo con el infructuoso bloqueo terrestre de Cádiz, en el que los franceses tuvieron hipotecados a unos 20.000 hombres de media durante más de dos años, y siempre con el riesgo de un ataque desde retaguardia, pues la ciudad se empleaba como base de operaciones anfibia (Niebla, Algeciras, Sanlúcar...) y hasta dio ocasión a la batalla de Chiclana. Precisamente, salvo la pervivencia durante unos meses del asedio de Cádiz y algunos casos menores, a comienzos de 1812 los imperiales pasaron de asediar a ser asediados en toda la Península.

Es el momento de Wellington, que lanza su ofensiva del verano de 1812, que arranca con la victoria de Arapiles (22 de julio), prosigue con su triunfal entrada en Madrid y se ve cortada por el fracaso ante Burgos. La campaña termina con la retirada anglo-portuguesa hacia su santuario portugués, dejando guarniciones españolas para retardar el avance francés, como es el caso del teniente coronel José Miranda en Alba de Tormes, donde ganó once valiosos días con la defensa de unas fortificaciones medievales de escaso valor.

Una característica peculiar de este periodo es la gran cantidad de fallos técnicos e improvisación en los asedios. Es preciso tener en cuenta que los británicos no tenían experiencia previa en asedios; en la isla no necesitaban castillos, porque no habían sido invadidos, y los ejércitos expedicionarios británicos durante el siglo XVIII nunca habían combatido en asedios, por lo que no contaban con un experimentado un cuerpo de Ingenieros y el tren de sitio de artillería pesada se basaba en cañones navales (llegaron a utilizarse también piezas medievales portuguesas de Elvas). Por todo ello, el bloqueo de Almeida fue una auténtica chapuza,



los dos primeros asedios de Badajoz un fracaso tremendo, y el sitio de Burgos se caracterizó por la improvisación frente a la metódica defensa francesa. Por todo ello los ingleses tuvieron que ir aprendiendo sobre la marcha.

Además, había una característica curiosa del soldado británico que afectaba al modo de conducir los asedios: despreciaba el trabajo, prefería asaltar a picar. Además, la participación (y supervivencia) en una partida de asalto aseguraba a sus miembros (todos ellos voluntarios) la posibilidad de botín y promoción profesional. De ahí que los asedios británicos fueran más rápidos y agresivos que los franceses; con un empleo masivo de artillería se abrían grandes brechas y se pasaba al asalto cuanto antes. Y todo ello unido a golpes de mano, asaltos nocturnos...

La toma de Ciudad Rodrigo [con un asalto nocturno el 19 de enero de 1812], la primera operación exitosa de este tipo del ejército británico en la Guerra Peninsular, fue un logro notable por el que Wellington recibió un título de Conde [en realidad, de Duque]. Se desarrolló de acuerdo a un plan, y aunque la decisión de asaltar desde la segunda paralela, en lugar de continuar con los trabajos hasta la contraescarpa, probablemente provocó más bajas, sin duda ahorró tiempo, que era el principal objetivo<sup>18</sup>.

Otra peculiaridad de Wellington era el pequeño tamaño de su ejército, lo que le obligaba a hacer la guerra «de reajo», pendiente de la llegada de fuerzas francesas. Así el asedio de Ciudad Rodrigo dependía de la llegada de Marmont desde Salamanca, y éste a su vez de la devolución de las tropas que había cedido previamente a Suchet para la ocupación de Valencia. Algo parecido había ocurrido en los dos primeros sitios de Badajoz, entre mayo y junio de 1811, cuando tuvo que estar pendiente de la llegada de Soult desde Andalucía o de Masséna desde Salamanca.

En la progresión final de 1813, Wellington no tuvo que llevar a cabo asedios, dado que contó con la cooperación de las fuerzas españolas que cubrían sus flancos y dejaban bloqueadas numerosas posiciones de tamaño muy dispar (Pamplona, Santoña, Tarragona, Benasque, castillo de la Aljafería...), que no podían ser asediadas en toda regla por la carencia de tren de sitio. Sólo tuvo que aplicar sus expeditivos métodos de asedio en San Sebastián, donde una vez más los asediadores británicos cometieron errores

---

<sup>18</sup> MYATT, Frederick: *op.cit.*, p. 77, «The taking of Ciudad Rodrigo, the first succesful operation of its type conducted by the British Army in the Peninsular War, was a notable achievement for which Wellington very properly received an earldom. It went very much according to a plan, and although the decisión to assault from the second parallel instead of carrying the works forward to the counterscarp probable increased the casualties, it indoubtably saved time, which was its main object». Traducción del autor.

técnicos, vencieron a las fuerzas francesas de socorro (Sorauren y San Marcial) y concluyeron tomando las fortificaciones con ejemplos de audacia y valor, en este caso protagonizados por tropas portuguesas. Y una vez más se vieron las escenas de saqueo e incendio protagonizadas por nuestros aliados con demasiada frecuencia durante la guerra.

Al final del verano de 1813, los franceses habían sido expulsados de casi toda España. Ante una posible reacción en los Pirineos Occidentales, mantuvieron en su poder las plazas de Santoña y Pamplona, bloqueadas por fuerzas españolas. Cuando cayó esta última, el 31 de octubre, Wellington consideró que su flanco derecho estaba cubierto y pudo entrar en territorio francés, donde terminó la guerra con la firma de los convenios de Toulouse el 18 de abril.

Sin embargo, hasta el último momento hubo fuerzas imperiales en la Península, pues Suchet había ido replegándose ordenadamente hacia la frontera, derrotando varias veces a las fuerzas británicas y españolas que se le oponían y dejando guarniciones aguerridas y bien pertrechadas en plazas de Valencia, Cataluña y el Pirineo aragonés. Ante la falta de artillería pesada, los españoles tuvieron que limitarse a bloquearlas, intentar derribar sus murallas con minas (donde destaca el caso de Monzón) o utilizar argucias como la ideada por Van Halen, que falsificó órdenes de Suchet con las que se entregaron las plazas de Lérida y Mequinenza.

### *Conclusiones*

La guerra de sitios es una característica peculiar de la Guerra de la Independencia (más bien de la Guerra Peninsular), pues en las guerras napoleónicas no hay un teatro de operaciones donde se desarrollen en tan gran número y duración. Las causas de esta excepción son la gran compartimentación del territorio y su pobreza agrícola, que no permitían desarrollar la movilidad y el autoabastecimiento propios de los ejércitos napoleónicos. La conjunción de estas características geográficas con la actividad de las guerrillas y la amenaza de los ejércitos españoles de las zonas libres (Galicia desde el verano de 1809, Levante hasta comienzos de 1812, el interior de Cataluña y el Maestrazgo durante casi toda la guerra) obligó a los franceses a dejar gran número de pequeñas guarniciones en la retaguardia, detrayendo fuerzas para la derrota de su enemigo principal, Wellesley.

El general Cassinello ha expresado recientemente su opinión acerca de la guerra de sitios, desde el punto de vista exclusivamente español:

*«En cuanto a su rendimiento general, hemos de considerarlo pésimo: basta señalar que en este tipo de acciones perdimos más de 100.000 hombres, entre muertos y prisioneros después de las capitulaciones, o pasados a cuchillo, como lo fue la guarnición de Tarragona por negarse a capitular, y aquí no se incluyen las pérdidas en la población civil, diezmada por las enfermedades y los combates en los que tan generosamente participó»<sup>19</sup>.*

Sin embargo, desde un punto de vista más pragmático, podemos considerar que el enorme desgaste que sufrieron los franceses en las operaciones de asedio afectó notablemente a sus posibilidades operacionales o incluso estratégicas. Hemos visto que no fueron capaces de llevar a cabo simultáneamente las campañas ofensivas en Portugal, el Mediterráneo y Cádiz en 1810 y 1811, cuando tenían gran superioridad sobre el resto de los ejércitos enfrentados, precisamente por las grandes necesidades logísticas y de mando y control que suponían los asedios planteados. Los franceses no pudieron llevar a cabo los designios estratégicos de su Emperador porque la resistencia en puntos inicialmente secundarios (Astorga, Ciudad Rodrigo, Badajoz...) retardó las operaciones en profundidad, haciendo perder además las mejores épocas para la ofensiva.

Es más, jugando a los futuribles, podríamos preguntarnos qué habría pasado si los cincuenta mil soldados franceses que estuvieron durante cuatro meses implicados en el Segundo Sitio de Zaragoza (desde la Batalla de Tudela, el 23 de noviembre de 1808, hasta la salida de las largas cuerdas de presos hacia Francia, ya avanzado el mes de marzo de 1809) hubieran podido ir al Oeste en el momento en que Soult y Ney combatían en Galicia y el Norte de Portugal, antes de la llegada de Wellesley a Lisboa, en abril de 1809.

Desde el punto de vista técnico, es muy interesante ver la diferencia entre cómo asediaban los británicos y cómo lo hacían los franceses. Digamos que es el corazón frente al método o, como decían los británicos, «la sangre frente al sudor»; Wellington prefería derramar la sangre de sus soldados asaltando un bastión antes que el sudor de dos meses picando y mirando de reojo que no se acercaran los franceses.

Y para finalizar, sólo quiero hacer una breve mención a la tan citada excepción: Zaragoza. Es el único caso en que se combate muchos días dentro de la ciudad, el único de una ciudad de gran tamaño asediada, el único de transformación de tapias de conventos en una fortificación moderna durante

---

<sup>19</sup> CASSINELLO PÉREZ, Andrés: *op. cit.*, p. 85.

la guerra. Los franceses tuvieron que aplicar técnicas de aproche e incluso hacer amplio uso de las minas para reducir el número de bajas que les producían los combates callejeros en trincheras, barricadas y casa por casa, un tipo de guerra para el que el ejército francés no estaba preparado, pero para el que se adaptó rápidamente. Los zaragozanos, especialmente después de lo ocurrido en el Primer Sitio, pensaron que la trinchera a defender era la propia ciudad, cuando se tenía que haber llevado el combate a líneas exteriores para intentar cortar las vitales y muy vulnerables vías de comunicación y rutas logísticas. Finalmente, la ciudad tuvo que capitular por el tifus provocado por el hacinamiento de las tropas. Desde luego, es el ejemplo extremo de lo que supuso la Guerra de la Independencia.

## RELACIÓN DE ASEDIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (1808-1814)

*NOTAS:*

1. Elaboración propia a partir de diversas fuentes.
2. Se incluye gran número de acciones relacionadas con plazas fuertes, aun cuando en bastantes casos no se planteara un asedio en regla.
3. Como fecha de inicio se marca la de la primera operación relacionada con el asedio, que puede ser un ataque, el bloqueo o el asedio propiamente dicho. Como fecha de final se marca la de la entrega de armas de la guarnición, que normalmente es al día siguiente del fin de los combates y firma de la capitulación. En cualquier caso, en las diversas fuentes pueden apreciarse diversas dataciones.
4. En mayúsculas se han indicado las batallas relacionadas con el asedio.

<b>ASEDIAN LOS FRANCESES</b>
<b>ASEDIAN LOS ALIADOS</b>

<b>Plaza</b>	<b>Detalles</b>
	<p>Plazas ocupadas por los franceses mediante argucias o en cumplimiento de órdenes del Gobierno Español, antes del Dos de Mayo:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>– Pamplona: 16 febrero 1808.</li> <li>– Barcelona: 29 febrero 1808.</li> <li>– San Sebastián: 5 marzo 1808.</li> <li>– Fuertes de Pancorbo: 10 marzo 1808.</li> <li>– San Fernando de Figueras: 18 marzo 1808.</li> </ul>
<p>Zaragoza: 15 junio – 14 agosto 1808</p>	<p>Defensor: Capitán General José de Palafox, español.</p> <p>Atacante: General Barón Verdier, francés.</p> <p>Resultado: Tras diez días de combates dentro de la ciudad, con la brecha abierta, los franceses se retiran como parte de la reorganización tras Bailén.</p>

<p>Gerona (ataque): 20 junio de 1808</p>	<p>Defensor: Coronel O'Donovan y Coronel La Valeta, españoles. Atacante: General Philibert Duhesme, francés. Resultado: Rechazados, los franceses deben replegarse hacia Barcelona.</p>
<p>Valencia (ataque): 28 de junio de 1808</p>	<p>Defensor: Junta de Valencia. Atacante: Mariscal Moncey, francés. Resultado: Rechazado, los franceses deben replegarse hacia Madrid.</p>
<p>Gerona: 24 julio – 16 agosto 1808</p>	<p>Defensor: Julián Bolívar, español. Atacante: Generales Philibert Duhesme y Honoré Reille, franceses. Resultado: Abandono del asedio por la llegada de refuerzos españoles.</p>
<p>Almeida: 10 agosto – 5 octubre 1808</p>	<p>Defensor: Franceses. Atacante: Milicias portuguesas. Resultado: Relevo de la guarnición francesa por una británica (Convenio de Cintra).</p>
<p>Elvas: 7 -20 septiembre 1808</p>	<p>Defensor: Jefe Bón. Girod de Novilars, francés. Atacante: Mariscal Antonio de Arce, español. Resultado: Relevo de la guarnición francesa por una británica (Convenio de Cintra).</p>
<p>Rosas: 7 noviembre – 5 diciembre 1808</p>	<p>Defensor: Coronel Pedro O'Daly, español, y Lord Cochrane, de la Royal Navy, británico (fuerte de la Trinidad). Atacante: General Reille. Resultado: La guarnición capitula tras la apertura de una brecha.</p>
<p>Madrid: 3-4 diciembre 1808</p>	<p>Defensor: Marqués de Castelar, español. Atacante: Napoleón Bonaparte. Resultado: La ciudad queda en manos francesas tras un breve bombardeo y algunos combates. Gran parte de la guarnición la abandona.</p>

<p>Zaragoza: 21 diciembre 1808 – 21 febrero 1809</p>	<p>Defensor: Capitán General José de Palafox, español. Atacante: Mariscal Bon-Adrien de Moncey, General Andoche Junot a partir del 29 diciembre, y Mariscal Jean Lannes a partir del 22 enero, franceses. Resultado: Capitulación por epidemia tras veinticuatro días con dos brechas abiertas, combates callejeros y guerra de minas.</p>
<p>El Ferrol: 24 - 27 de enero de 1809.</p>	<p>Defensor: Españoles. Atacante: General Mermet. Resultado: Capitulación tras la toma de los principales castillos.</p>
<p>Chaves: 20 - 25 marzo 1809.</p>	<p>Defensor: Messenger, francés. Atacante: Brigadier Francisco da Silveira, portugués. Resultado: La guarnición francesa se rinde.</p>
<p>Vigo: 27 marzo 1809.</p>	<p>Defensor: General Chalot, francés. Atacante: Coronel Pablo Morillo, español, con apoyo de la flotilla británica de George MacKinley. Resultado: Se rinde la guarnición.</p>
<p>Lugo: 18 - 22 mayo 1809</p>	<p>Defensor: General Fournier, francés. Atacante: General Nicolás Mahy, español. Resultado: Levantamiento del sitio por la aproximación del ejército del mariscal Soult, que se retiraba de Portugal.</p>
<p>Gerona: 6 junio - 10 diciembre 1809</p>	<p>Defensor: Mariano Álvarez de Castro, español. Atacante: General Verdier y Mariscal Pierre Augereau, francés. Resultado: La guarnición capitula por hambre.</p>
<p>Astorga (ataque): 9 octubre 1809</p>	<p>Defensor: Coronel José María de Santocildes, español. Atacante: General Carrier, francés. Resultado: Fracasa el ataque, repliegue francés..</p>

<p>Cádiz: 5 febrero 1810 – 25 agosto 1812</p>	<p>Defensor inicial: Duque de Alburquerque, español, con apoyo de la escuadras española y británica. Atacante: Mariscal Victor, francés. Debido a su larga duración, hubo notables cambios en los jefes y entidades de las fuerzas enfrentadas. En realidad es un bloqueo terrestre, pues siguió abierta la vía marítima y la ciudad fue empleada como base de operaciones navales (Niebla, Algeciras, Sanlúcar...) → CHICLANA (5 de marzo de 1811). Resultado: Levantamiento del bloqueo como consecuencia de la batalla de Arapiles.</p>
<p>Hostalric: 13 enero – 12 abril 1810</p>	<p>Defensor: Coronel Julián de Estrada, español. Atacante: Franceses. Resultado: La villa fue ocupada el 20 de enero, encerrándose la guarnición en el castillo. Sometido a bombardeo, la guarnición rompió el cerco.</p>
<p>Astorga: 21 marzo – 22 abril 1810</p>	<p>Defensor: Coronel José María de Santocildes, español. Atacante: General Andoche Junot, francés. Resultado: Capitulación de la guarnición tras la apertura de una brecha y el agotamiento de las municiones.</p>
<p>Lérida: 13 abril – 14 mayo 1810</p>	<p>Defensor: General Jaime García Conde, español. Atacante: General Louis Suchet, francés. Resultado: Capitulación de la guarnición después del bombardeo de la población civil.</p>
<p>Ciudad Rodrigo: 26 abril – 10 julio 1810</p>	<p>Defensor: General Andrés Pérez de Herrasti, español. Atacante: Mariscal Michel Ney, francés. Resultado: Capitulación cuando la defensa se hace imposible tras la apertura de una brecha.</p>
<p>Mequinenza: 19 mayo – 8junio 1810</p>	<p>Defensor: Coronel Manuel Carbón, español. Atacante: General Musnier, francés. Resultado: Capitulación cuando la defensa se hace imposible tras la apertura de una brecha</p>



<p>Fuerte Concepción: 21 julio 1810</p>	<p>Defensor: Capitán John Burgoyne, británico. Atacante: Franceses. Resultado: Volado ante la aproximación francesa.</p>
<p>Almeida: 15 - 28 agosto 1810</p>	<p>Defensor: Brigadier William Cox, tropas portuguesas. Atacante: Mariscal Michel Ney, francés. Resultado: Capitula la guarnición tras la explosión del polvorín.</p>
<p>Torres Vedras / Santarem: 12 octubre 1810 – 4 marzo 1811</p>	<p>Defensor: Lord Wellington, tropas anglo portuguesas. Atacante: Mariscal Masséna, francés. Resultado: Retirada francesa a Salamanca, tras fracasar los asaltos y no llegar Soutl desde Sevilla vía Badajoz.</p>
<p>Fuengirola: 12 - 13 oct 1810</p>	<p>Defensor: Capitán Mlokozewitz, tropas polacas. Atacante: Lord Blayney, británico. Resultado: Victoria polaca tras salida.</p>
<p>Tortosa: 16 diciembre 1810 – 2 enero 1811</p>	<p>Defensor: General Conde de Alacha, español. Atacante: General Suchet, francés. Resultado: Capitulación tras bombardeo.</p>
<p>Olivenza: 11 – 23 enero 1811</p>	<p>Defensor: General Manuel Herk, español. Atacante: Mariscal Jean de Dieu Soutl, francés. Resultado: La guarnición capitula tras la apertura de una brecha.</p>
<p>Badajoz: 26 enero – 10 marzo 1811</p>	<p>Defensor: Generales Rafael Menacho y José Imaz, españoles. Atacante: Mariscal Soutl, francés. Resultado: La guarnición capitula tras la apertura de una brecha. → GÉVORA (19FEB1811)</p>
<p>Campo Mayor: 15 - 21marzo 1811</p>	<p>Defensor: Comandante José Joaquim Talaya, portugués. Atacante: Mariscal Mortier, francés. Resultado: Capitulación cuando la defensa se hace imposible. La plaza es recuperada por Beresford cuatro días después.</p>

<p>San Fernando de Figueras: 13 abril – 19 agosto 1811</p>	<p>Defensor: General Juan Antonio Martínez, español. Atacante: Baraguay d'Hilliers, francés Resultado: Capitulación. El castillo había caído en manos españolas el 10 de abril con un golpe de mano.</p>
<p>Almeida (bloqueo): 14 abril – 11 mayo 1811</p>	<p>Defensor: Antoine Brenier, francés. Atacante: Gen. William Erskine, tropas anglo-portuguesas Resultado: La guarnición vuela las murallas y consigue huir. → FUENTES DE OÑORO (05 MAY 1810).</p>
<p>Tarragona: 5 mayo – 28 junio 1811</p>	<p>Defensor: Generales Campoverde y Juan Senén Contreras, españoles. Atacante: General Suchet, francés. Resultado: La villa baja es ocupada el 21 junio, la alta el 28. Saqueo.</p>
<p>Badajoz: 6 - 14 mayo 1811</p>	<p>Defensor: General Armand Philippon, francés. Atacante: Mariscal William Beresford, tropas anglo-portuguesas Resultado: Levantamiento del asedio por la aproximación de refuerzos mandados por Soult.. → ALBUERA (16 MAY 1811)</p>
<p>Badajoz: 18 mayo – 16 junio 1811</p>	<p>Defensor: General Armand Philippon, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Abandono del asedio por la llegada de refuerzos de Marmont y Soult.</p>
<p>Sagunto: 23 septiembre – 26 octubre 1811</p>	<p>Defensor: Brigadier Luis Maria Andriani, español. Atacante: Mariscal Suchet, francés. Resultado: Tras la derrota de Blake en batalla campal, capitulación de la plaza. → SAGUNTO (25 OCT 1811)</p>

<p>Calatayud: 26 septiembre – 4 octubre 1811</p>	<p>Defensor: Franceses. Atacante: General José Durán, español. Resultado: La guarnición capitula tras la derrota de la fuerza de socorro.</p>
<p>Oropesa: 1 – 10 octubre 1811</p>	<p>Defensor: Capitán Pedro Gotti, español. Atacante: Brigadier Compère, francés. Resultado: Capitulación tras abrir brecha.</p>
<p>Tarifa: 20 diciembre 1811 – 5 enero 1812</p>	<p>Defensor: General Francisco Copons, español y coronel John Skerret, inglés. Atacante: General Jean François Laval, francés. Resultado: Tras el fracaso del asalto del 31 diciembre, se levanta el asedio por las lluvias torrenciales.</p>
<p>Valencia: 26 diciembre 1811 – 9 enero 1812</p>	<p>Defensor: General Joaquín Blake, español. Atacante: Mariscal Suchet, francés. Resultado: Capitulación de la plaza tras un intento de salida.</p>
<p>Ciudad Rodrigo: 7 - 20 enero 1812</p>	<p>Defensor: General Baron Barrié, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Ocupación tras un asalto general. SAQUEO.</p>
<p>Peñíscola: 20 enero – 2 febrero 1812</p>	<p>Defensor: General Pedro García Navarro, español. Atacante: General Severoli, francés. Resultado: El gobernador entrega la plaza sin combatir.</p>
<p>Badajoz: 16 marzo – 6 abril 1812</p>	<p>Defensor: General Armand Philippon, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Ocupación de la ciudad por asalto. SAQUEO.</p>

<p>Puente de Almaraz: 19 mayo 1812</p>	<p>Defensor: Regimientos alemán, del Ejército Imperial. Atacante: General Hill, inglés. Resultado: Fuertes ocupados en asalto por sorpresa. Los británicos se repliegan tras destruirlos.</p>
<p>Fuertes de Salamanca: 17 - 27 junio 1812</p>	<p>Defensor: Jefe de batallón Duchemin, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Rendición después de asalto. → SALAMANCA / ARAPILES (22 JUL 1812)</p>
<p>Astorga: 15 junio – 16 agosto 1812</p>	<p>Defensor: Franceses. Atacante: Coronel Pablo Eurile, español. Resultado: Capitula la guarnición.</p>
<p>Madrid (El Retiro): 13-14 agosto 1812</p>	<p>Defensor: General Jean Dubreton, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: La guarnición se rinde tras unos breves tiroteos.</p>
<p>Burgos: 19 septiembre – 21 octubre 1812</p>	<p>Defensor: General Jean Dubreton, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Abandono por la llegada de refuerzos franceses.</p>
<p>Alba de Tormes: 14 - 24 noviembre 1812</p>	<p>Defensor: Teniente coronel José Miranda Cabezón, español. Atacante: Franceses. Resultado: La villa es ocupada al asalto, gran parte de la guarnición consigue escapar.</p>
<p>Castro-Urdiales: 22 marzo – 11 mayo 1813</p>	<p>Defensor: Coronel Pedro Álvarez, español. Atacante: General Maximilien Foy, francés. Resultado: Tras la ruptura de las defensas, la guarnición es evacuada por mar. SAQUEO.</p>

<p>Pamplona (bloqueo): 25 junio – 31 octubre 1813</p>	<p>Defensor: General Baron Cassan, francés. Atacante: General Carlos España, español. Resultado: Rendición de la guarnición.</p>
<p>San Sebastián: 26 junio – 27 julio 1813</p>	<p>Defensor: General Enmanuel Rey, francés. Atacante: Lord Wellington, tropas anglo- portuguesas. Resultado: Asedio levantado tras el fracaso de un primer asalto, convertido en bloqueo. → SORAUREN (25-30 JUL 1813)</p>
<p>Fuertes de Pancorbo: 25 - 30 de junio de 1813.</p>	<p>Defensor: Franceses. Atacante: Enrique O'Donell, conde de <i>La Bisbal</i>, español Resultado: Capitulación tras bombardeo.</p>
<p>Zaragoza (Aljafería): 9 julio – 2 agosto 1813.</p>	<p>Defensor: Capitán Roquemont, francés. Atacante: Espoz y Mina, español. Resultado: La guarnición se rinde.</p>
<p>San Sebastián: 6 agosto – 8 septiembre 1813</p>	<p>Defensor: General Enmanuel Rey, francés. Atacante: General Graham, tropas anglo-portuguesas. Resultado: Ocupación de la plaza tras un asalto. SAQUEO. → SAN MARCIAL (31 AGO 1813)</p>
<p>Tarragona (bloqueo): 30 julio – 15 agosto 1813</p>	<p>Defensor: Bertoletti, italiano. Atacante: Lord Bentinck, británico. Resultado: Se levanta el asedio ante la llegada de Suchet, que rescata la guarnición y destruye las fortificaciones.</p>
<p>Jaca: 13 septiembre – 5 diciembre 1813</p>	<p>Defensor: Jefe de Bón Deshorties, francés. Atacante: Antonio Oro y Tcol Marcelino Oraá, españoles. Resultado: Ocupada al asalto, la guarnición se refugia en la Ciudadela.</p>

<p>Mequinenza: 12 febrero 1814</p>	<p>Defensor: General Bourgeois, francés. Atacante: Barón de Eroles, español Resultado: La guarnición se entrega al recibir una orden de Suchet falsificada por Van Halen.</p>
<p>Lérida: 14 febrero 1814</p>	<p>Defensor: Barón de Lamarque, francés. Atacante: Barón de Eroles, español. Resultado: La guarnición se entrega al recibir una orden de Suchet falsificada por Van Halen.</p>
<p>Castillo de Monzón: 10 octubre 1813 – 15 febrero 1814</p>	<p>Defensor: Capitán Boutan, francés. Atacante: División Navarra, de Espoz y Mina. Resultado: Capitulación tras la entrega de Lérida y Mequinenza.</p>
<p>Ciudadela de Jaca: 6 diciembre 1813 – 18 febrero 1814</p>	<p>Defensor: Jefe de Bón Deshorties, francés. Atacante: Espoz y Mina, español. Resultado: Capitulación.</p>
<p>Laredo / Santoña: Julio 1813 – 25 mayo 1814.</p>	<p>Defensor: Franceses. Atacante: Brigadier Diego del Barco y Juan José San Llorente. Resultado: Tras varios asaltos, la plaza de Santoña queda bloqueada hasta su entrega tras la finalización de la guerra.</p>
<p>Benasque: 27 febrero – 24 abril 1814</p>	<p>Defensor: Jefe de batallón Fouqué, francés. Atacante: Coronel Sebastián Fernández, español. Resultado: Capitulación tras bombardeo y por carencia de suministros.</p>
<p>Bayona: 23 febrero – 26 abril 1814</p>	<p>Defensor: General Thouvenot, francés. Atacante: General John Hope, inglés. Resultado: Mantiene la resistencia hasta que se comunica el final de la guerra.</p>

	<p>Plazas en las que quedan guarniciones francesas bloqueadas. Son evacuadas tras el cese de hostilidades, en virtud de los convenios firmados en Toulouse el 18 y 19 de abril:</p> <ul style="list-style-type: none"><li>– Tortosa: 18 mayo 1814.</li><li>– Murviedro (Sagunto): 22 mayo 1814.</li><li>– Peñíscola: 25 mayo 1814.</li><li>– Santoña: 28 mayo 1814.</li><li>– Barcelona: 28 mayo 1814.</li><li>– Hostalric: 3 junio 1814.</li><li>– San Fernando de Figueras: 4 junio 1814.</li></ul>
--	---

## BIBLIOGRAFÍA

- BANÚS, Carlos: «El empleo de las minas en los sitios», en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, V (mayo), 1908.
- BELMAS, J.: *Zaragoza, 1808 y 1809. Los Sitios de Zaragoza vistos por un francés*. Comuniter, Zaragoza, 2003.
- CARRILLO DE ALBORNOZ Y GALBEÑO, Juan: «La fortificación abaluartada de la frontera», en *Boletín de información del CESEDEN*, núm. 299, 2007.
- CASSINELLO PÉREZ, Andrés: «Evolución de las campañas militares», en MOLINER, A.(ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*. Nabla Ediciones, Barcelona, 2007.
- FLETCHER, Ian: *Fortresses of the Peninsular War 1808-14*. Osprey Publishing, Oxford, 2003.
- GAGO, F. y TEJEDO, F.(ed,s): *Diccionario militar de Raimundo Sanz de 1749*. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2007.
- HERRERO PÉREZ, José Vicente: «La guerra de fortalezas en el periodo napoleónico (1796-1815)», en *Revista de Historia Militar*, núm.91, 2001.
- LLAVE, Joaquín (1908): «La fortificación y la poliorcética durante la Guerra de la Independencia», en *Memorial de Ingenieros del Ejército*, V (mayo), 1908.
- MARTÍNEZ FERRER, José María. *La Artillería y los Ingenieros en la Poliorcética del Segundo Sitio*. I Premio «Los Sitios de Zaragoza». Ayuntamiento de Zaragoza, 1986.
- MYATT, Frederick: *British sieges of the Peninsular War*. Spellmount, Gloucestershire, 2008
- PÉREZ FRANCÉS, José Antonio: «Artilleros e Ingenieros en la época de la Ilustración», en VV.AA.: *Luz y rito de Los Sitios de Zaragoza*. Fundación 2008. Zaragoza, 2005.
- RODRÍGUEZ, J.: *Les fortifications pendant la Guerre d'Espagne (1808-1814). Evolution et enjeu des fortifications pendant la Guerre d'Indépendance espagnole: guerre conventionnelle et guerre d'occupation contre le guérilla*. Memoria inédita presentada a la Direction Générale de l'Enseignement et de la Recherche, Saint-Cyr, 2006.
- RUDORFF, Raymond (1974): *War to the Death. The Sieges of Saragossa, 1808-1809*, Londres, Hamish Hamilton, Londres, 1974. Reedición: Pen&Sword, South Yorkshire, 2008. Edición española: *Los Sitios de Zaragoza, 1808-1809*, Grijalbo, Barcelona, 1977.
- SERRANO MONTALVO, Antonio: «El pueblo en la Guerra de la Independencia: La resistencia en las ciudades», en *La Guerra de la Independencia*



*cia Española y Los Sitios de Zaragoza*. Cátedra «General Palafox» de Cultura Militar, Zaragoza, 1958.

VV.AA.: *Cartografía de la Guerra de la Independencia*. Ministerio de Defensa & Ollero Ramos Editores, Madrid, 2008.

EJÉRCITO Y PUEBLO DURANTE  
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.  
NOTAS PARA EL ESTUDIO DE  
UNA SIMBIOSIS HISTÓRICA

José Manuel GUERRERO ACOSTA<sup>1</sup>

*No olvides esta hora, guardemos su memoria  
en nuestros anhelos y nuestras esperanzas  
que su relato despierte sentimientos pero ni una sola lágrima  
Y álcense cada brazo y cada pecho en venganza  
Hasta que entre las nubes brille el alba de la libertad  
Sobre las llanuras del olivo y las colinas del vino*

Felicia HEMANS (1797-1835): «Guerrilla song»

Publicaciones periódicas, libros, ensayos, biografías, catálogos páginas y artículos en Internet demuestran la profunda huella que la contienda de 1808-1814 dejó en el devenir de nuestra nación. Pero entre la ingente producción existente sobre la Guerra de la Independencia, especialmente la aparecida durante el bicentenario de 1808, se hace difícil seleccionar aportaciones valiosas.

Al mismo tiempo, resulta paradójico que sólo una ínfima parte de las recientes aportaciones se refieran directamente al sujeto propiamente dicho, esto es, a las operaciones militares, los combatientes, o la conducción de la guerra. ¿Cuáles son las razones para ello? Podríamos apuntar algunas, como la existencia de las obras de Gómez de Arteche y de Priego, que algunos consideran como definitivas, aunque no dejan de ser una síntesis necesitada de profundización en muchas de sus partes. Otra podría ser, y quizás no la menos importante, la dificultad de manejar e interpretar la ingente

---

<sup>1</sup> Teniente Coronel. Instituto de Historia y Cultura Militar.

documentación existente. Se conservan cientos de documentos –partes, estadillos, memorias o informes, de interés militar y no meramente político– diseminados en varias secciones del Archivo Histórico Nacional; otros en el archivo de Simancas, o en los del Senado y Congreso o el Palacio Real, mientras que los fondos militares se encuentran dispersos entre Segovia, Madrid, el Museo del Ejército en Toledo, o incluso archivos menores como en El Ferrol.

Otra razón que cabría aducir sería el desdén por la materia, proveniente de las corrientes historiográficas en boga en las últimas décadas del siglo XX, que han creído posible hacer historia sin estudiar la guerra, sin considerar que esta es un fenómeno consustancial al hombre. No es ajena tampoco la propia idiosincrasia española, nuestra tendencia a infravalorar éxitos, magnificar los fracasos, la atomización regional que ensalza personajes y hechos locales mutilándoles la necesaria perspectiva nacional. Y como trasfondo, una muy arraigada crítica sistemática a todo lo relacionado con la milicia, como el origen de todos los males. Por último, aunque no menos importante, la manipulación política de ciertos hechos históricos.

Así podemos apreciar como se ha pasado de magnificar la figura del guerrillero a considerar hoy nulo su papel durante la Guerra; como se confunden militares profesionales con improvisados, o como se ignoran razones tan básicas para la comprensión del devenir de la contienda como fueron las insalvables carencias españolas en preparación y financiación de las tropas. Por supuesto se soslaya que la conducción de la Guerra de la Independencia estuvo mediatizada –como ocurre siempre– por la dirección política de la nación, de tal grado en muchas ocasiones, que sólo puede calificarse como una interferencia constante en las operaciones militares. Ello puede verificarse al repasar los archivos mencionados, a los que cabría añadir el del Congreso de los Diputados, que conserva lo que respecta a la Junta Central y la Regencia, es decir, al poder ejecutivo durante la contienda.

Por último, no debe olvidarse la complejidad de dominar una materia como la historia militar, que lleva aparejado el conocimiento de variables tan diversas como los reglamentos, la táctica y la forma de emplearla por cada ejército, la idiosincrasia del combatiente, su moral, equipo, armamento, la orgánica de las diferentes unidades, la estructura de mando de las pequeñas y grandes unidades, los diferentes tipos y misiones de las mismas, etc. El hecho es que las carencias para el conocimiento de la historia militar de nuestra Guerra son abundantes. Una de las mayores es constatar como, mientras los británicos y franceses tienen biografiados

a sus generales, coroneles y otros personajes de la época, las de españoles son prácticamente inexistentes, al menos hasta que se publique el esperado Diccionario Biográfico de España de la Real Academia de la Historia.

Este artículo tiene por finalidad aproximarse a algunas de las cuestiones básicas necesarias para comprender el papel que jugaron el Ejército y el Pueblo Español durante la Guerra de la Independencia.

### ALGUNAS ACOTACIONES SOBRE EL RECLUTAMIENTO

*Y no es más pronto el resplandor del relámpago que lo fue el pronunciamiento de las tropas y el pueblo. (...) jamás se vio sentimiento más unánime; seis años de guerra acreditaron al mundo que tenía sus raíces en lo hondo del corazón...*

Agustín GIRÓN, marqués de las Amarillas. *Recuerdos*.

Dos días después de producirse el levantamiento armado en las calles de Madrid, el mariscal Murat, en virtud de su flamante título de *Lugarteniente del Reino* y presidente de la *Junta Suprema de Gobierno*<sup>2</sup>, envió una circular a todos los capitanes generales previniéndoles de que mantuvieran el orden público a la llegada de las noticias de los sucesos de la capital<sup>3</sup>. Sin embargo, en algunos lugares, a pesar de esta orden y de recibirse otras directas del Gobierno, estas noticias provocaron el inicio de movimientos contrarios a los ocupantes napoleónicos, como ocurrió en Badajoz, promovidos por el propio capitán general, el conde de Torre del Fresno. Pero no sería hasta finales de mayo o principios de junio cuando se produjo el alzamiento de manera generalizada en toda España. Paradójicamente algunas autoridades, como Torre del Fresno, fueron en ese momento consideradas tibias o sospechosas de *godoismo*, lo que les costaría la vida en el fragor de unas revueltas, que ahora sí eran de decidida iniciativa popular.

La declaración formal de Guerra de España a Francia lleva fecha de 6 de junio de 1808 y se firmó por la auto-titulada «Junta Suprema de Gobierno de España e Indias» establecida en Sevilla<sup>4</sup>. En un largo bando impreso ese día, se decretaba el alistamiento general de los mozos de 16 a 45 años, pero

<sup>2</sup> Concedidos según proclama impresa, difundida y fechada el 4 de mayo de 1808 en Madrid.

<sup>3</sup> Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, 46, 304.

<sup>4</sup> Archivo General Militar de Madrid (IHCM-AGMM). Colección documental del Fraile.

dividido en tres clases: una primera, o de voluntarios; la segunda, de casados y viudos sin hijos; y la tercera, que sólo se llamaría en caso de extrema necesidad, de casados y viudos con hijos, más los religiosos *ordenados menores* y *sirvientes necesarios* de iglesias. Además se recomendaba que las mujeres ayudaran en las tareas del campo, recomendación extensiva al clero secular y regular, en vista de «*la abundante cosecha que Dios nos ha concedido en el presente año*». La responsabilidad del alistamiento y de las exenciones a él, que se decretaba no debían existir salvo «*casos evidentes*», recaía en los ayuntamientos o juntas respectivas, no en el Ejército, aunque las órdenes se trasladaran vía Ministerio de la Guerra, y de este, a los Intendentes de provincia y a continuación a las autoridades locales. En donde no se dispuso lo contrario, las autoridades echaron mano de la *Real Orden en que S. M. establece las reglas que inviolablemente deben observarse para el reemplazo del Exército*, de 1800.

Mucho se ha escrito sobre la respuesta de los españoles a esta y las sucesivas ordenes de alistamiento, que se transmitieron en cada Reino por la autoridad existente, ya fuera Junta de defensa local o capitán general. Parte de la historiografía decimonónica, especialmente la dedicada a cultivar los mitos nacionales, así como la propaganda republicana de la Guerra de 1936-39 y también la de la posguerra del siglo XX, afirma haber existido una respuesta unánime y entusiasta del pueblo español contra el invasor. Hoy, al contrario, encontramos autores empeñados en negar cualquier atisbo de voluntarismo popular, y hasta quien en su afán revisionista desdeña todo esfuerzo y sacrificio. La realidad fue bastante compleja, y pasó de una respuesta entusiasta en un primer impulso, con sus excepciones, a una aplicación forzosa del alistamiento, que hubo de reiterarse muchas ocasiones durante los seis años de lucha, y que convivió con la desertión y el fenómeno de la guerrilla. Sin olvidar que en aquel levantamiento, en gran medida espontáneo de las clases más desfavorecidas, subyacía también el descontento social ante la corrupción del régimen *godoista*, las plagas, epidemias y miserias de los últimos años. Pero que esta no fue su única motivación, como ahora algunos se empeñan en proclamar.

Para calibrar cual fue la entidad de la respuesta de los españoles en los inciertos días del verano y otoño de 1808, nada mejor que echar un vistazo al número de unidades militares de nueva creación y las cifras de efectivos disponibles. Tomando como base únicamente el periodo que va del mes de mayo al de octubre de ese año, encontramos que se crearon 397 regimientos, tercios o batallones diferentes en toda la geografía nacional. En estas unidades, muy diversas y heterogéneas en su origen, se trató de seguir la pauta de la organización existente en la infantería y caballería. Los datos de efectivos



Distribución de escarapelas españolas en los primeros días del alzamiento antifrancés  
(F. Cuixart, Museo Comarcal de Manresa).

conocidos<sup>5</sup> y los que podemos estimar para las unidades de las que no los hay, en base a la organización que adoptaron (número de compañías/batallones/escuadrones creados) arrojan un total de 280.153 hombres alistados.

Además habría que contabilizar a aquellos reclutas que se encuadraron en los regimientos veteranos, esto es, los del *ejército permanente* que existía antes de la sublevación, al objeto de llenar unas plantillas que se encontraban endémicamente incompletas. Como muestra, se han estudiado las unidades veteranas que participaron en las dos campañas más significativas del verano de 1808, la de Bailén, con Cuerpos de guarnición en Andalucía, y la de Medina de Rioseco, con unidades de Galicia y las fugadas de Portugal. Al comparar los efectivos anteriores a mayo de 1808 con las de julio o septiembre, se observa que son relativamente pocas las que experimentaron aumento, lo que indica que sólo un pequeño número de reclutas se destinaron a los Cuerpos Veteranos, en contradicción con las versiones hasta ahora más extendidas. En total, unos 3.500 hombres se destinaron para alcanzar la *plantilla de guerra* de los Cuerpos de Andalucía, mientras que otros 2.900 hombres lo hicieron en Galicia. Los datos disponibles permiten constatar como no se enviaron reclutas a reforzar los regimientos provinciales ni los de caballería. En el primer caso, por ser cuerpos que se nutrían de unos cupos fijados a cada ciudad y pueblo en tiempo de paz, y no se consideró oportuno aumentar la carga a esas localidades o mezclarlos con reclutas de otras procedencias. En el segundo probablemente ante la resistencia de sus jefes respectivos a mezclar jinetes improvisados con unos combatientes que necesitaban mayor especialización que en la infantería, y el temor al desorden que podían producir en una formación frente al enemigo unos caballos mal dirigidos, problema que de hecho experimentaría nuestra caballería en numerosas ocasiones durante la Guerra.

La suma de ambas cifras arroja un número de alistados en estos primeros meses de la guerra de 286.553 hombres. Aún habría que sumar a los que se unieron a la lucha encuadrados en el *Somatent* catalán.

A finales de junio la Junta de Defensa del Principado de Cataluña, llamó a la movilización de los hombres entre 16 y 40 años, utilizando el modelo de la Guerra contra la Convención de 1795, y los contingentes por corregimientos previstos en un reglamento de alistamiento promulgado para Cataluña en 1806. Los menores de 35 años se emplearían en formar los Migueletes (milicia irregular permanente) o reforzar el Ejército; mientras los mayores de esa edad para los Somatenes (reservistas temporales orga-

---

<sup>5</sup> Los datos más fiables proceden de SAÑUDO BAYÓN, J.: *Base de datos de unidades de la Guerra de la Independencia*, Ministerio de Defensa, 2007, recopilación de datos y efectivos recogidos en diversos archivos durante más de 30 años de investigaciones.

nizados en batallones). El número de efectivos que se alcanzó es difícil de precisar, y según las fuentes disponibles estuvo entorno a los 23.000 hombres, no alcanzándose los 26.554 previstos en la distribución que la junta del principado estableció por Corregimientos<sup>6</sup>. Según los datos de Sañudo para el periodo que estamos considerando, constan unos 19.648 hombres en los Tercios de Migueletes, que por cierto fueron de las primeras unidades formadas en España a mediados de mayo de 1808. Al restar de los 23.000, quedarían otros 3.400 catalanes que corresponderían a los alistados en el *Somatent*. El resto de voluntarios irregulares no puede precisarse.

De las cifras reales, más las estimadas, calculadas con criterio conservador, resulta que al llamamiento efectuado en toda España entre mayo y noviembre de 1808 respondieron 289.953 hombres. Recordemos que la nación contaba con unos 695.000 hombres útiles y en edad para el servicio militar según datos del censo de 1802<sup>7</sup>.

#### UNA MOVILIZACIÓN SIN PRECEDENTES

*Los patriotas son la gente mas fácil de engañar, pero la mas difícil de derrotar.*

Anónimo

¿Cuántos de estos reclutas de 1808 fueron verdaderamente voluntarios y cuantos forzosos? Sabemos que desde fechas muy tempranas tanto en Andalucía como en Castilla la Vieja fue necesario promulgar bandos para obligar a los reacios a presentarse. Pero también sabemos que hubo lugares donde la respuesta fue masiva. En Valladolid, y según datos de su diario, la tarde del 2 de junio en que el general Cuesta decretó la movilización, se alistaron 1.500 hombres y al día siguiente 2.000 paisanos de los pueblos circundantes, que fueron enviados a Palencia. En realidad sólo había equipamiento para 800. Ávila solo enviaría en noviembre hacia la capital un batallón, el único que se consiguió armar. En Salamanca, el pueblo de Béjar aportó 300 alistados a finales de julio. Del resto de la provincia, se organizaron cuatro batallones –Tiradores de Ledesma, Alba de Tormes, un escuadrón de lanceros y dos batallones de la capital– con algo más de unos 3.000 efectivos sobre unos

<sup>6</sup> Véanse los excelente trabajos de MOLINER, A.: *La Catalunya resistent a la dominació francesa*, Barcelona, 1989, y *L'organització de la resistència a Catalunya en la Guerra del Francès* (Congreso, Barcelona, 2005). CLONARD da una cifra de 21.220 hombres.

<sup>7</sup> Véase la aproximación a la cuestión que intenta PUELL, F.: «El reclutamiento y la movilización» en *La Guerra de la Independencia, una visión militar*. Zaragoza 2009.



6.438 varones útiles, mientras que Soria formaría un regimiento y dos batallones de *numantinos*. Más completa fue la respuesta de León, donde llegaron 8.150 fusiles y cinco millones de reales de ayuda británica vía Asturias, lo que facilitó la organización de las unidades. Se sabe que de los más de 6.300 hombres reclutados armados y equipados en julio, 836 tuvieron que ser sacados a la fuerza de sus hogares, lo que da un 88% de voluntarios<sup>8</sup>.

En Málaga capital, el 2 de junio comenzó el reclutamiento, y al día siguiente ya había 1.100 mozos alistados. El día 3 salieron varias partidas armadas para Sevilla (500 con el regimiento de La Reina, 300 *con escopetas* al mando del teniente coronel retirado José Sanz, 700 al mando del también retirado José Moreno, y 300 armados *de escopeta y cuchillo*, al mando de Vicente Abelló hacia Córdoba). Más adelante se completaron los regimientos de Vélez-Málaga, Guadix, Patria y Málaga nº 2. La mayor parte fueron voluntarios. En la comarca de Morón, provincia de Sevilla, destacan los datos del alistamiento del pueblo de Puerto Serrano, localidad de un millar de habitantes, donde se presentaron 311 voluntarios a principios de junio, mientras que en la propia Morón, con diez mil habitantes, habían comparecido sólo 312<sup>9</sup> hombres de forma voluntaria.

En Cataluña las cifras mencionadas presentan un elevado porcentaje de voluntarios. Según los datos disponibles, la mayoría de los voluntarios tenían entre 16 y 25 años, y en cuanto a su procedencia social, eran los agricultores (labradores más que jornaleros) y los artesanos, los que componían a partes iguales la mayoría de los efectivos. En Madrid, el Primer Regimiento de Voluntarios de Infantería estaba completo con 1.500 hombres el día 2 de septiembre, apenas quince días después de fundarse, y el de caballería se completó con unos 800 hombres a mediados de octubre, aunque como en tantos casos, la falta de caballos motivó que a mediados de noviembre la unidad aún no podía salir a campaña<sup>10</sup>. Hubo problemas para completar el 2º de Infantería, no consiguiéndose hasta el mes de noviembre, con un elevado porcentaje de forzosos en sus 1.200 efectivos. Ello da cuenta de que en Madrid los voluntarios de 1808 habrían estado entorno al 80%. Otro problema fue también conseguir fusiles para la infantería, para lo que se efectuó una requisición en la provincia de todo tipo de armas validas para un uso militar, al parecer con pocos resultados. Este problema se presentó en todos aque-

---

<sup>8</sup> Datos aportados en el estudio de GARCÍA FUERTES, A.: «La división leonesa del Ejército de Castilla». *Congreso ocupación y resistencia en la Guerra del Francés*, Barcelona 2005, y en *II Ciclo de conferencias, Asociación los Sitios*, Zaragoza 2008.

<sup>9</sup> Datos del Archivo Municipal de Morón recogidos por FRASER, R: *La maldita guerra de España*. Barcelona 2006, cap. 8.

<sup>10</sup> AHN, Consejos, 5517, exp. 1.

llos lugares de España donde no había depósitos o almacenes de armas del Ejército, dificultando el esfuerzo de la movilización.

En el principado de Asturias, primer reino en declarar la guerra a Francia, se formó un ejército mediante un llamamiento entre los meses de junio y agosto, además del sistema de *Alarmas* o milicias locales organizadas por concejos (su papel en la guerra fue simbólico). El número de voluntarios fue elevado, aunque al asignar la Junta cuatro reales para subsistencias por mozo, los fondos disponibles se agotaron rápidamente, y se hizo necesario despedir a todos los «*viejos, casados y jóvenes con manifiesta incapacidad para el manejo de las armas*»<sup>11</sup>. La fuerza disponible, que debió llegar a los casi 20.000 hombres inicialmente, en el mes de octubre era de unos 8.600 voluntarios divididos entre los 6.300 hombres<sup>12</sup> de la división expedicionaria y los 2.300 hombres<sup>13</sup> de los regimientos en formación a las órdenes del general Ballesteros, además de 1.400 de unidades veteranas.

En el País Vasco, zona de tránsito del invasor y ocupadas militarmente sus ciudades principales desde antes de mayo de 1808, se produjo un intento de levantamiento en Bilbao, reprimido duramente por los imperiales. No hubo resistencia organizada antes de que las guerrillas de Longa comenzaran a operar a finales de 1809, y los Voluntarios de Álava y Guipúzcoa se crearon en 1810, aunque hubo vascos enrolados en los otros ejércitos.

Por su parte en el reino de Aragón, a mediados de agosto existían unos 10.000 voluntarios. En el municipio de Ejea de los Caballeros<sup>14</sup>, al llamamiento efectuado por Palafox en junio, respondieron 180 mozos en el primer día, mientras que algo más tarde se unieron de forma más o menos forzosa otros 142. Ello significa un 58% de voluntarios. Pocos días más tarde, se amotinaron al haberse agotado los víveres previstos, exigiendo mayor salario diario. Otros 20.000 hombres respondieron al llamamiento en el reino de Valencia y Murcia. En Talavera de la Reina, y por los documentos conservados en su archivo municipal<sup>15</sup>, se sabe que de un número de 784 solteros y casados sin hijos, se alistaron 652 los primeros días de junio, formándose después el Regimiento de Voluntarios leales de Fernando VII, que en diciembre se componía de 1.300 hombres de la

<sup>11</sup> ÁLVAREZ VALDÉS, R.: *Memorias del levantamiento de Asturias en 1808*. Gijón, 1988.

<sup>12</sup> *Estados de organización y fuerza de los ejércitos españoles beligerantes en la Península, durante la guerra de España contra Bonaparte arreglados por la sección de historia militar*. Barcelona, 1822.

<sup>13</sup> SAÑUDO: *Base de datos de unidades de la Guerra de la Independencia* (Regs. de Navia, Llanes, Infiesto, Pravia, y Covadonga).

<sup>14</sup> II Ciclo de conferencias, Asociación los Sitios, Zaragoza, 2008.

<sup>15</sup> *Talavera 1809, la batalla la ciudad y sus gentes*. Ayuntamiento de Talavera, 2009. Págs 44, 130 y sigs.

villa y comarca. En la provincia de Extremadura<sup>16</sup> se reclutaron algo más de 8.000 hombres en aquellos primeros momentos, y eso a pesar de que en muchas partes, los campesinos se encontraban en la indigencia, lo que acentuó la resistencia al alistamiento, que se desataría en mayor grado en los meses posteriores.

Algunos historiadores se empeñan en realzar el hecho de que en casi todos los lugares, los hijos de las familias más acomodadas no respondieron a la llamada. Pero parecen olvidar que en aquella sociedad aún heredera del Antiguo Régimen estas clases nunca servían en la tropa. Como pudo comprobar el joven Alcalá Galiano cuando pretendió unirse el 2 de mayo a una partida en las calles de Madrid<sup>17</sup>, los propios menestrales veían como impropio que un señorito de las clases altas luchara a su lado. En muchos lugares los nobles se postularon para los cuadros de mando de las nuevas unidades, y los de mayor capacidad económica –ya sabemos cuan frecuente eran las familias de título arruinadas– costearon la organización y equipo de algunas de ellas, como el duque de Fernán Núñez y su regimiento de caballería de Fernando VII. No obstante, algo más avanzada la contienda, a medida que las ideas liberales de *la nación en armas* fueron ganando terreno, se reclamaría que todas las clases contribuyeran al «impuesto de sangre», ante el hecho constatable de que muchos de los más favorecidos socialmente no se habían unido al ejército.

Como resumen de la situación que se produjo en el verano de 1808, cabe coincidir en lo apreciado por Fraser: «La juventud trabajadora de España se volcó en masa a luchar contra Napoleón». Quince años antes, la movilización para la guerra contra la Francia de la «Convención Nacional», se produjo en el marco de un estado de opinión muy favorable contra una nación considerada regicida y anticristiana y a pesar de levantarse numerosas unidades de voluntarios, el esfuerzo que realizó la población española no puede considerarse más que meramente testimonial y muy limitado a las provincias más afectadas por las operaciones, Cataluña y el País Vasco. Inicialmente podría hablarse de unos 16.000 voluntarios y según diversas estimaciones se habría llegado incluso a los 40.000 reclutas de diversa procedencia, con un máximo de 100.000 reclutados durante los 3 años que duró el conflicto.

Para valorar ciertos parámetros se impone la comparación. Si las cifras dadas más arriba se confrontan con las disponibles en los últimos estudios sobre la conscripción en Francia<sup>18</sup>, el resultado es sorprendente. Cuando es-

---

<sup>16</sup> *Estados de organización y fuerza...*

<sup>17</sup> ALCALÁ GALIANO, A.: *Memorias*, Biblioteca de autores españoles nº 83. Madrid, 1957.

<sup>18</sup> PIGEARD, A.: «La conscription sous le Premier Empire» en *Revue du souvenir napoléonien*, núm. 420, 1998.

talló la guerra contra la Primera Coalición en el verano de 1792, la Convención francesa realizó un llamamiento para reclutar 300.000 hombres entre 18 y 40 años de edad, el famoso ciudadano-soldado. Esta leva no consiguió movilizar más de 165.000 efectivos. Y la tan famosa *levée en masse* decretada en agosto de 1793 consiguió levantar en armas a lo largo de un año no mucho más de unos 425.000 hombres, muy por debajo del millón previsto, y todo ello no olvidemos que en un país con más del doble de habitantes que el nuestro. Como vemos, la respuesta de los españoles ante la invasión napoleónica fue mucho más significativa. Puede considerarse como la mayor movilización de voluntarios que se ha dado en la historia de España, y por supuesto, en la Europa de las invasiones napoleónicas. Como ejemplo de las versiones despectivas a que me refería, el historiador británico Esdaile, desconociendo las cifras, afirma: «*Es cierto que hacia el mes de noviembre quizás unas 100.000 tropas nuevas se habían reunido a duras penas, pero, aún así son unas cifras nada impresionantes comparándolas por ejemplo con el esfuerzo de la Francia revolucionaria de 1793-94*». ¿Cabe decir esto de los casi 290.000 españoles alistados, en gran parte voluntariamente, del verano-otoño de 1808?

Debe considerarse cómo el número de reclutas desbordó todas las posibilidades del sistema. No había ni vestuario ni armas ni dinero para atender a todas las necesidades inherentes a la entrada en servicio de tal número de unidades. Por ello, se dio la circunstancia de tener que hacer volver a sus hogares a muchos hombres a los que no se podía armar ni alimentar ni alojar, mientras que poco después se haría necesario volver a llamarlos, malgastando inútilmente aquél entusiasmo inicial. En este contexto han de contemplarse los motines de algunos voluntarios como los ocurridos en Aragón o en Asturias, a los que se había prometido paga y comida, y sólo se les proporcionó un par de días, dejándoles a continuación casi en el abandono. Aquella movilización se hizo con poco orden y casi ningún concierto, como cabía esperar del vacío de poder y del fraccionamiento del esfuerzo en un territorio ocupado. Los primeros meses de combates y las primeras derrotas, como Medina de Rioseco –aunque atemperada por el excesivo entusiasmo que suscitó la victoria de Bailén–, junto a las catástrofes de Espinosa, Tudela y Uclés, además de acabar con los restos de las unidades veteranas, destruyeron los ejércitos de voluntarios levantados por las juntas.

Ninguna nación en la edad moderna o contemporánea ha acudido en masa voluntariamente para ir a la guerra, salvo contadísimas excepciones. Francia tuvo durante el Imperio un número de *refractarios a la conscripción* que osciló entre el 27 y el 10 por ciento de los reclutas, aun



Un alistamiento patriótico en Asturias en 1808 según una estampa decimonónica.

con la existencia de severas penas, castigos sociales a las familias de los desertores y la promulgación de varias amnistías. En algunos momentos fue tan acusada que Bonaparte ordenó la organización de batallones de *conscriptos refractarios*. En Gran Bretaña la impopularidad del servicio voluntario en el ejército, obligó a promulgar las leyes de reclutamiento forzoso de 1803 y 1806, aunque la mayor parte de los reclutas sirvieron en la Royal Navy. El Ejército Peninsular de Wellington, compuesto como todo el ejército en gran número por los elementos más indeseables de la sociedad, nunca tuvo más de 69.000 hombres, y eso haciendo amplio uso de extranjeros y nativos. En la batalla de Vitoria más de la mitad de sus efectivos habían nacido fuera de las Islas Británicas, incluyendo a los reclutas españoles en sus filas. En la Guerra entre los EE.UU. e Inglaterra, de 1812, y pese a las previsiones del Congreso norteamericano, que pretendió levantar un ejército de 400.000 hombres, nunca se pudo llegar a los 200.000 alistados.

Tras ser casi destruido en la batalla de Gamonal y en la línea del Tajo en el invierno de 1808, el ejército de Extremadura fue reorganizado y completado por el general Cuesta para la campaña de Medellín, alcanzando hasta 28.000 hombres. Aniquiladas físicamente estas fuerzas en una sangrienta carnicería al final de la batalla, consiguió reconstruirlo aún con mayor número de efectivos para la campaña de Talavera del mes de julio, y llegó a reunir otros 35.000 hombres. El Ejército del Centro, perdió varias divisiones en Uclés en enero de 1809. Después de ser reorganizado tras las derrota de Ciudad Real, contaba con unos efectivos de 27.000 hombres en junio de 1809. Tras ser destrozado en Almonacid en agosto, vuelve a presentar batalla en Ocaña en noviembre, siendo capaz mediante la reunión de los dispersos y el alistamiento alinear 57.000 hombres. Si es cierto que ahora los reclutados lo fueron mayoritariamente a la fuerza, resulta cuando menos sorprendente la insistencia de algunos autores por obviar este esfuerzo y resaltar los ejemplos negativos.

Aun con todas las dificultades de suministros que provocaron las circunstancias del conflicto en la Península Ibérica, el Ejército Imperial y sobre todo el británico, se hallaban vestidos y equipados con cierta regularidad. Muy al contrario, lo que el recluta español encontraba en el Ejército era el hambre, la miseria y la carencia de equipo y armamento. Esta fue la realidad de los ejércitos españoles durante casi toda la Guerra. Ello explica en gran medida la sucesión de bandos y proclamas que fue preciso promulgar llamando al reclutamiento, y la consiguiente resistencia de la población a servir en aquellas condiciones de miseria. Los engaños

y corruptelas para librarse del servicio fueron comunes, y no pocos los casos en que hubo que condenar a las autoridades civiles locales responsables del reclutamiento que las consentían cuando no fomentaban. Medidas tan enérgicas como las tomadas por el duque de Alburquerque durante la campaña de Medellín, mandando colocar en primera línea de batalla al alcalde y secretario de un pueblo extremeño «*que se había hecho famoso por acoger y esconder desertores*»,<sup>19</sup> no lograban terminar con el problema. Los uniformes llegaban a muy pocos soldados, dificultando aún más poderles imbuir un mínimo espíritu de cuerpo, lo que contribuía a que se produjera la más que probable fractura en su moral, y como consecuencia, la derrota. Además los imperiales se ensañaban especialmente con los prisioneros y heridos no uniformados, aunque llevaran la escarapela encarnada o aquellos brazaletes rojos con la leyenda «*Viva Fernando 7º*» como único distintivo de combatiente. Los ejemplos abundan. En la citada batalla de Medellín, además de ensañarse con heridos y prisioneros, el mariscal Víctor ordenó fusilar a 400 soldados españoles, casi todos heridos, que vestían trajes de campesino,<sup>20</sup> con la excusa de que eran guerrilleros. De ahí la consideración de *brigands* o bandidos a los combatientes españoles y la resistencia de Bonaparte a reconocer la importancia de la guerra de España.

La imposibilidad de formar un ejército colaboracionista, en las filas del estado josefino fue patente. La recluta fue forzosa o compuesta en gran proporción por individuos indeseables, siendo muy frecuente el comportamiento indigno de los oficiales, y las deserciones constantes. El 19 de julio de 1809, se promulgó un decreto por el que todo aquel que tuviera hijos sirviendo en el ejército *insurgente* debía proveer a su costa un soldado al ejército josefino o depositar un importe equivalente en la Real Hacienda. A pesar de todas las medidas coercitivas y represivas, no se conseguiría la adhesión de los españoles al bando josefino. Cabe decir, que aún estando lejos de aquel supuesto entusiasmo nacionalista que publicitaría la historiografía decimonónica y la de la posguerra del veinte, el esfuerzo realizado por el pueblo español en la lucha contra la invasión, no tuvo parangón en la historia.

---

<sup>19</sup> WHITTINGHAM: *A Memoir of the services of Sir Samuel Ford Whittingham*. Londres, 1868, pág 63.

<sup>20</sup> El incidente lo recogen VON HOLZING, K.: *Unter Napoleon in Spanien* (Cortesía de D. Jesús Maroto) y SCHEPELER: *Histoire de la revolution d'Espagne et de Portugal*, tomo III.

*DEVANEOS POLÍTICOS EN LA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA*

*Nunca lles a la batalla campal a un soldado si no ves que tiene expectativas de victoria.*

Flavio VEGECIO RENATO, *Compendio de técnica militar*. Libro III

A pesar de todas las circunstancias adversas mencionadas anteriormente, o mejor dicho, sobreviviendo con ellas, el Ejército Español continuó la lucha mediante los efectivos que le proporcionaron las sucesivas movilizaciones de miles de hombres decretadas por el poder ejecutivo. Se intentaron efectuar operaciones de gran envergadura que estaban condenadas al fracaso casi desde el principio. Tras la victoria de Bailén se instauró una Junta General Militar el 8 de septiembre de 1808, que se reunió en Madrid mientras las diversas juntas provinciales trataban de ponerse de acuerdo en la formación de lo que después se llamaría la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino. En dicha reunión<sup>21</sup> se acordó operar ofensivamente en línea con los tres ejércitos disponibles, Centro, Izquierda y Aragón, (ya que el de Castilla apenas tenía fuerza y el de Cataluña se dejó en su zona, urgiendo al de Extremadura que se incorporara lo antes posible) reunidos bajo el mando de Castaños, contra los cuerpos franceses situados tras la línea del Ebro. Aunque la Junta Suprema adoptó inicialmente el asesoramiento de dicha Junta Militar, pronto asumió la dirección de las operaciones, y el plan resultó drásticamente modificado, al segregarse del mando las dos alas –Ejércitos de la Izquierda y de Aragón– resultando completamente desbaratado con la ofensiva de Napoleón en noviembre. La Junta Central continuaría en su empeño de dirigir grandes operaciones militares durante todo el año 1809, consiguiendo entablar múltiples batallas, casi todas de resultado adverso. Al mismo tiempo evitaba el nombramiento de un mando único, que por lógica y por antigüedad debía haber recaído en la persona de Castaños. Decisión que sorprendió a los mismos británicos, como al enlace ante la Junta, Lord Bentick<sup>22</sup>.

En realidad, puede decirse que la autoridad política recayó en manos de una oligarquía cuya actitud ante los militares se caracterizó por un injustifi-

<sup>21</sup> El tema lo trata el general Cuesta en el *Manifiesto que presenta a la Europa*. En la reunión estuvieron los generales Cuesta, Llamas, Castaños, Infantado representando a Blake y un representante de Palafox.

<sup>22</sup> «El gobierno español ha llegado a la extraña decisión de hacer cada mando independiente y separado entre sí (...) el no nombramiento del general Castaños como comandante en jefe es lo más extraordinario ya que no tenía competidor (...) y era lo más deseable ya que sus muchas grandes y buenas cualidades aseguran la mejor armonía». Bentick a Burrard, 2 oct 1808, citado por ES-DAILE: en *Wellington and the command of the Spanish Army*, cap. 2. Año 1990.

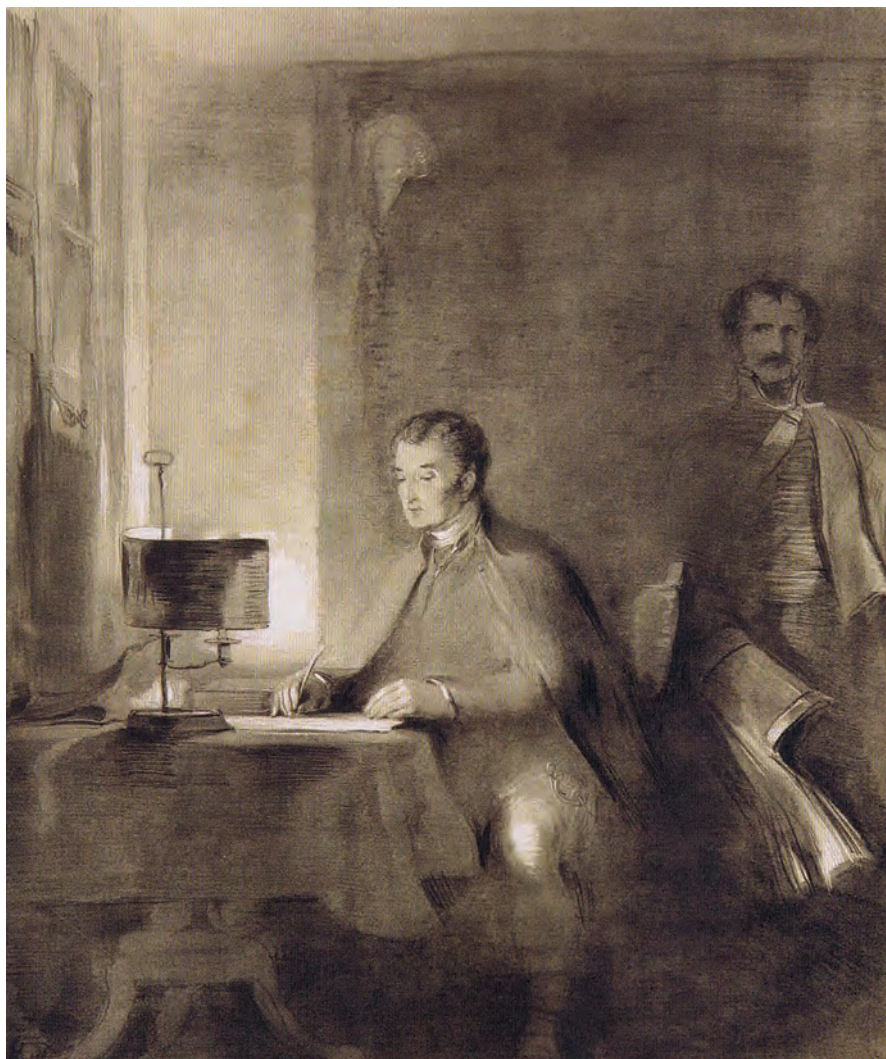


cado recelo y desconfianza. La dirección de la guerra se efectuó, no por la denominada Comisión o Sección Militar, que compuesta por profesionales se formó en el seno de la Central, y cuyas misiones eran administrativas –organización, nombramientos y ascensos–, sino por la presidencia y secretaría de la Junta primero y por la Sección Ejecutiva después. Antes de que este último organismo fuera instituido en octubre de 1809, la dirección de las operaciones la llevaba el presidente de la Junta, el secretario y varios vocales civiles<sup>23</sup>. Pero desde el mismo momento de su instauración, «los centrales» se arrogaron la dirección de las operaciones. Castaños, el militar de más antigüedad y prestigio tras la victoria de Bailén, dejó de ser considerado útil tras su enfrentamiento con la Junta de Granada, cuando ésta pretendió quitarle las tropas que le había enviado, y más tarde ante su oposición a unas operaciones descabelladas pergeñadas a cientos de leguas de la realidad del frente. Para sustituirle al frente de la Junta Militar, la Central designó al marqués de La Romana<sup>24</sup>, de ganado prestigio por el episodio de la fuga de Dinamarca, que no pudo reaccionar ante la catástrofe que se produjo a la inmediata entrada de Bonaparte en España y las derrotas subsiguientes. Posteriormente se enfrentaría sucesivamente con la Junta de Asturias, la de Galicia y la de Extremadura, siempre con el denominador común de no proporcionarle los medios materiales que necesitaba para la guerra y la interferencia constante en el desarrollo de sus operaciones. Ya sin Junta Militar, el relevo de generales que se oponían a los designios de la Central fue constante –Castaños, Cuesta, Galluzo, Belveder y el largo rosario de todos los del ejército de Cataluña– para poner a otros más dóciles: Blake, Areizaga, O'Donnell, etc. Como diría Castaños en su Memoria justificativa: «*La voz traición ya no significa lo que antes: traidor es un General que no ataca cuando se le antoja a un soldado, o a un cualquiera que está a 200 leguas del enemigo; traidor si retira el ejército para evitar que sea envuelto; traición, se dice, si alguna vez falta pan al soldado; traición si el enemigo ataca y traidores los jefes si se pierde una acción...*».

La situación continuaría durante el año 1809, produciéndose numerosas derrotas. En Uclés en enero, al recibir el duque del Infantado ordenes de atacar a los franceses para liberar Madrid, con un ejército que en sus mismas palabras recibió «*arruinado, con sus tropas presentando la peor de las apa-*

<sup>23</sup> Ver MARTÍNEZ DE VELASCO, A.: *La formación de la Junta Central*. Pamplona, 1972, Pág. 205. y AHN, Estado, 1 F, 14 A, 8 B. También: Archivo del Congreso (ACD), *Memoria documentada acerca de las operaciones del ejército y disposiciones tomadas para sostener la guerra*. Legajo 2º, Secc III. (agradezco a D. J. SAÑUDO las aportaciones de su estudio inédito sobre esta documentación proporcionada por cortesía de Dña. Marta Ruíz).

<sup>24</sup> Fue designado el 8 de noviembre de 1808 jefe de los ejércitos de la Izquierda y del Centro. (ACD, *Memoria...*).



Wellington escribiendo uno de sus «Dispatches» durante la guerra en la Península Ibérica.

*riencias. Algunos estaban completamente descalzos, otros casi desnudos y todos afectados por un hambre atroz. Parecían más almas en pena que hombres dispuestos para defender a su patria».* Medellín en marzo, al recibir el general Cuesta órdenes reiteradas de la Junta de atacar para detener la invasión de Extremadura, con un ejército formado apenas dos meses antes. Por si fuera poco, la campaña le valdría la fama de sanguinario con que, entre otras lindezas, se le ha inscrito en la larga lista de monstruos españoles de la historiografía británica, atribuyéndosele el fusilamiento de desertores de la batalla de Talavera, por cierto, orden expresa de la Junta<sup>25</sup>. Continuarían estas intromisiones políticas en cuestiones tan específicas como la voladura de los puentes sobre el Tajo. La Central seguiría a la búsqueda de un militar que poner al frente de los ejércitos, sin encontrar a uno que fuera proclive a sus designios. Todo culminaría con la peor derrota de todas, Ocaña, en el mes de noviembre, cuando se puso el mando del ejército más potente formado hasta entonces a las órdenes de Areizaga, un general sin la experiencia necesaria. La situación se repetiría durante la época de la Regencia y las Cortes, entonces con la interferencia cada vez mayor de los intereses británicos. Así lo prueba que en 1811 el oficial Cabanes, quizás el más lucido de nuestros pensadores militares de la Guerra, recomendara encarecidamente «*que nadie pueda atreverse a dexas de hacer lo que se le mande, y sin que ninguna junta o corporación, de cualesquiera especie que sea pueda intentar tener influxo en la determinación de las operaciones*».

A partir del desastre de Ocaña, que junto a la pérdida de Andalucía, ocasionó la caída de la Junta Central, se decidió optar acertadamente por una estrategia de pequeños combates. Al tiempo que el reclutamiento se hizo de manera más pausada, fue la Regencia la que dirigió las operaciones, siempre subordinada a las Cortes constituyentes. Si los recursos ya eran magros, las sublevaciones en las provincias de Ultramar produjeron un descenso acusado en los ingresos procedentes de América, que disminuyen hasta unos 300 millones de reales. Se fomentó la guerra de guerrillas, si bien se trató de encuadrar sus operaciones en las de los ejércitos que se encontraban en su zona de actuación. Todo este esfuerzo para encuadrar, equipar, instruir y llevar a combate contra el invasor contingentes elevados de hombres, tuvo como protagonistas a decenas de miles de españoles. Hoy sabemos poco de sus identidades, pero formaron parte de las unidades regulares, las partidas o

---

<sup>25</sup> Archivo Congreso de los diputados, serie general, legajos 1 y 2, carta de M. de Garay a Cornel, 2 de agosto de 1809. Sólo hay constancia de 25 ajusticiados (ver: *1809 Talavera, la ciudad y sus gentes*, Talavera 2009, págs. 284 y 285 docs. del archivo particular J.L. Reneo), aunque al repetirse las ejecuciones a medida que se aprehendían desertores en días posteriores, la cifra debió ser algo mayor.

las guerrillas, como tropa o como oficiales de nuevo cuño, en una simbiosis pueblo-ejército como nunca se había visto y nunca se volverá a dar en la historia de España. El mérito de los militares y civiles que persistieron en el empeño de oponerse al invasor, en medio de dificultades y resistencias sin cuento, sólo puede calificarse como admirable, aunque el camino elegido por los líderes políticos fuera tortuoso.

*BRITÁNICOS Y ESPAÑOLES: DOS CONCEPTOS DIFERENTES  
DE LA MISMA GUERRA*

*Honremos a una nación que ha obrado más que todas las demás naciones de Europa, y a un país que, aunque cubierto de tropas francesas hace ya mas de dos años, no se ha sometido aun al enemigo, sino que persiste invencible en su oposición y resistencia.*

Henry WELLESLEY, cámara de los comunes,  
sesión del 12 de febrero de 1811.

Hoy día sigue siendo necesario comentar como la historiografía británica decimonónica, muy ligada a las élites políticas y siempre ávida de éxitos editoriales, dedicó enormes esfuerzos a ensalzar el papel propio en la contienda contra Bonaparte en España a costa de desprestigiar el de los españoles. Los nombres de Londonderry, Clarke o Southey, son conocidos por distinguirse especialmente en este afán. En el año 1828, el teniente coronel Napier, publicó en Gran Bretaña su famosa obra, en cuyo primer tomo pueden leerse valoraciones como: «*Ningún esfuerzo grande y general habían hecho los españoles para expulsar a los invasores*»; o «*Desde que las fuerzas británicas se presentaron en campaña, las españolas dejaron de operar como principales*». José Canga Argüelles, destacada figura liberal, rebatió en dos libros impresos en 1829 y 1830 desde su exilio londinense, el contenido de esas publicaciones<sup>26</sup>. Ya sabemos que no tuvo éxito en su empeño, pues la versión británica ha continuado ganando popularidad durante mucho tiempo, a pesar de otras obras como la monumental de Gómez de Arteche a finales del siglo XIX, incluso la de algunos ingleses, como los últimos trabajos de Oman o la de Gates<sup>27</sup>, ya en la segunda mitad del siglo XX. Como ya he dicho en alguna ocasión, si puede entenderse que la corriente nacionalista

<sup>26</sup> CANGA ARGÜELLES: *Observaciones sobre el tomo segundo de la Historia de la Guerra de España que escribió en Inglés el teniente coronel Napier*. LONDRES, 1830.

<sup>27</sup> GATES, D: *La úlcera española*. Historia de la guerra de la Independencia. Madrid, 1987.

en boga en una época, explique ciertas versiones de la historia, muy poco disculpable es la existencia de historiadores británicos que sigan manteniendo las mismas tesis en pleno siglo XXI, y que la mayor parte lo hagan sin haberse leído ni un libro español. Pero más triste aún es el hecho de que no pocos españoles les den crédito. Fue el hispanista Elliot quien escribió que «*Si no se puede pedir a un historiador que sea neutral, hay que exigir que al menos sea honesto*».

En el verano de 1809, los británicos al mando de Wellington tras recibir repetidas peticiones de ayuda de las autoridades políticas españolas, colaboran en la campaña del Tajo, y se ven forzados a dar batalla junto a los españoles en Talavera. A los dos hermanos Wellesley, Arthur el general y el ministro plenipotenciario, hay que reconocerles el mérito de convencer a su gobierno para que mantuviera el ejército británico en la Península en 1809, frente a las opiniones contrarias del ministro de la guerra Castlereagh. Lo que no está tan claro es hasta que punto fueron los intereses personales los motivos que les impulsaron a ello. Ya a primeros de año, ante la petición de refuerzos del general, el gobierno le había sugerido que aumentar la importancia del contingente británico en España aparejaba sustituirle por alguien de mayor prestigio. Una vez conocidas las noticias de la derrota austriaca en los campos de Wagram, el gobierno británico ordenaría el embarque de sus tropas expedicionarias de Nápoles, y poco después lo harán las de Holanda, tras sufrir un serio revés frente a Walcheren. Estos hechos coinciden en el tiempo con la retirada que ordena Wellington a sus tropas de la campaña de Talavera. La excusa que pondrá el flamante *Lord* en sus *Dispatches* y siempre que tenga ocasión a posteriori, será la falta de apoyo logístico de los españoles, así como su incapacidad para operar en el campo de batalla. En realidad, aquello se convertiría en la segunda «espantada» británica: la primera se había producido en el mes de diciembre anterior cuando Moore y sus tropas se embarcaron en la Coruña sin intentar defender Madrid ni apoyar al Ejército de la Izquierda, que tuvo que sacrificarse para cubrir su retirada. En el trasfondo, estaba la lucha entre el citado Castlereagh y el ministro de exteriores Canning, sobre si el esfuerzo principal contra Bonaparte debía hacerse en Holanda o en la Península, que terminaría con la victoria de las tesis del primero y el consiguiente desastre de la expedición de Holanda.

En abril de 1810 Wellington exhortaba a resistir a los defensores españoles de Ciudad Rodrigo ante la ofensiva del mariscal Massena sabiendo que nunca podría apoyarlos. Al mismo tiempo que la guarnición española de la plaza resistía a las órdenes del general Herrasti, el Lord impartía órdenes para embarcar precipitadamente su ejército en Lisboa, salvándose en última instancia gracias a la imposibilidad de las tropas francesas de mantenerse en

un país esquilmo, y con el concurso de la inteligente disposición defensiva que Wellington había preparado en la línea fortificada de Torres Vedras.

A finales de 1810, cuando la situación de la plaza de Badajoz era muy precaria ante el avance del Ejército Francés de Andalucía del mariscal Soult, Wellesley aconseja al general Mendizabal, del débil 5º Ejército Español, situarse cerca de la frontera, al tiempo que desoye las reiteradas peticiones de socorro para reforzarle y ayudar a la ciudad sitiada. Es el cuarto abandono a los aliados españoles. Como consecuencia se produjo el aplastamiento de los españoles en los campos del Gévora y la posterior caída de Badajoz. Entonces el inglés comprendió su error al encontrar peligrosamente descubierto su flanco derecho. Cabe añadir, que en la génesis de todas las operaciones emprendidas a instancias del poder político por el ejército español en la zona occidental (Ciudad Rodrigo-Badajoz-Cádiz) durante los años 1810 y 1811, se halla la influencia del gobierno británico, en la persona de un Wellesley, ascendido al grado de capitán general español y al ducado de Wellington tras la batalla de Talavera.

En 1811, una vez perdida la estratégica plaza de Badajoz, se producen los citados intentos de coordinar operaciones de cierta envergadura, que dan como resultado dos campañas aliadas. Graham protagonizaría un nuevo desplante a sus aliados al retirarse unilateralmente del campo de batalla de Chiclana, volviendo a Cádiz e impidiendo a La Peña culminar la operación prevista, tras combatir en una acción absolutamente descoordinada horas antes, en la playa de la Barrosa y el Cerro del Puerco. La siguiente campaña se dará nuevamente por presiones británicas, haciendo valer Wellesley su grado de Capitán General español ante las Cortes. Una fuerza expedicionaria al mando de Blake, miembro de la Regencia que excepcionalmente es autorizado a ejercer el mando directo de tropas para la ocasión, sale de Cádiz por mar y tras desembarcar en Huelva, sube en dirección a Badajoz. Wellington cae al fin en la cuenta de la importancia de aquella ciudad para el flanco derecho de su ejército<sup>28</sup>, y la campaña culmina con la batalla de La Albuera el 16 de mayo. La insistencia de Castaños, jefe ahora del 5º Ejército, jugará decisivamente<sup>29</sup> en que los siempre reacios británicos presenten batalla a los imperiales. Pero a pesar de la victoria en la colina de La Albuera, el año termina sin que se pueda recuperar Badajoz, que no caerá en manos aliadas hasta la ofensiva británica de abril de 1812, coincidente

<sup>28</sup> «I have not yet received the consent of Castaños and Blake to the plan of co-operation which I proposed for the siege of Badajoz: and I have been obliged to write to Beresford to desire him to delay the siege till they shall positively promise to act as therein specified». Wellington a Liverpool, Secretario de estado, Villa Fermosa, 7 mayo, 1811. (Dispatches of the duke of Wellington).

<sup>29</sup> IHCM-AGMM. 2ª sección. Legajo 3, carpeta 32.



La carga de la caballería Imperial contra las tropas españolas en la llanura de Medellín según un grabado de Philipoteaux.

con la disminución de efectivos imperiales en la Península y los preparativos de Bonaparte para la invasión de Rusia. Un contraataque francés hará que Wellington se retire de nuevo a Portugal, cediendo todo el territorio ganado, incluyendo la capital, Madrid. Poco de esto se trasluce en la historiografía española y británica. El Lord hacía un cuidadoso uso de sus partes y despachos oficiales, modificándolos según le era conveniente ante los políticos británicos, españoles o portugueses<sup>30</sup>. La edición de la recopilación de los *Despachos* de todas sus campañas, que vio a la luz entre 1834 y 1839, fue escrupulosamente supervisada y censurada por él mismo.

La Península Ibérica siempre fue un teatro secundario para los intereses británicos en la lucha contra Bonaparte. Lo prueba la multiplicidad de esfuerzos que efectuaron en otras zonas, y la cantidad de tropas disponibles en las Islas Británicas, que iban turnándose cómodamente para servir en los diferentes frentes. Al mismo tiempo que Wellesley apenas contaba con 20.000 hombres en los campos de Talavera, se enviaba una expedición de 100.000 ingleses contra Amberes<sup>31</sup>, y más de 10.000 a Sicilia. Entre mediados de 1812 y finales de 1813, en plena guerra contra los EE.UU., desembarcaban más de 12.000 hombres para reforzar la guarnición de Canadá o atacar plazas costeras enemigas<sup>32</sup>, incrementando los efectivos hasta llegar a los 40.000 en 1814. Es también significativo constatar cómo las unidades más potentes de la Guardia Real no llegarán a España hasta finales de 1812, sólo para la ofensiva final de Vitoria. Paradójicamente, lo que empezó como un frente de distracción, se convertiría gracias al sacrificio de los españoles, en el principal para la invasión y derrota de Francia. Probablemente el propio Wellesley conservó siempre mucha más confianza de la que aparentaba en la capacidad de resistencia de aquellos *Spaniards*, aunque los denigrara frecuentemente en sus escritos, cartas y memorias, redactadas para justificar su actuación y pensando en que sirvieran como monumento a su persona en la posteridad. Como ha establecido acertadamente Julio Albi, la *Guerra Peninsular* y la *de La Independencia* fueron dos conflictos distintos. Para los británicos, un frente secundario lejos de la seguridad de las islas, y para los españoles, una lucha que se extendió seis largos años en su propio suelo, en cada pueblo, cada ciudad y tras cada recodo del camino.

---

<sup>30</sup> Sobre este tema es interesante el trabajo de WOOLGAR, C.: *Writing the despatch: Wellington and the official communication*. [www.archives.lib.soton.ac.uk](http://www.archives.lib.soton.ac.uk)

<sup>31</sup> 40.000 soldados, 6.000 caballos y 144 piezas de artillería, en 245 buques con una tripulación de otros 60.000 marinos. La mayor expedición organizada por Gran Bretaña hasta entonces. (CHAR-TRAND, R: «Le Walcheren des anglais», en *Soldats napoleoniens*, marzo 2009.

<sup>32</sup> McGUIGAN, R.: *The British Army Stationed in British North America 1812-1815*, [www.napoleon-series.org](http://www.napoleon-series.org).



Necesario es a estas alturas reconocer nuestra carencia endémica en capacidad organizativa militar, comparada con la británica o francesa. Es destacable la obsesión de las Juntas Provinciales por crear regimientos nuevos con el afán de que llevaran los nombres de las respectivas ciudades o pueblos, al mismo tiempo que se ponía al frente a notables locales, normalmente sin la mínima capacidad militar. Lo deseable hubiera sido racionalizar el esfuerzo, aumentando la fuerza de las unidades veteranas y sus cuadros de mando. Significativo es también que los políticos de la Junta Central y las Cortes se obcecaban en no querer nombrar a ningún militar español como comandante en jefe, y que se terminara por designar para el puesto a un extranjero. La terquedad en no poner en manos profesionales los asuntos estrictamente militares y operativos fue una constante del poder político durante la contienda. Así se explica la opinión que sobre la conducción de la guerra recogió el británico Whittingham tras el desastre de Medellín de boca de los mandos españoles: *«Cuando más se pierde, más se gana, y que muchas sangrías eran menester para restablecer la salud del cuerpo político»*. Frase que resume la frustración de unos militares obligados a entablar batallas campales una y otra vez a lo largo de los años 1808 y 1809, ordenadas por las Juntas, sabiendo que los soldados que componían aquellas unidades, sin haber tenido tiempo para instruirse, estaban abocados al fracaso ante el ejército más preparado de Europa. En este contexto suenan huecas las conocidas frases de Wellington, en agosto de 1809, tras Talavera: *«He encontrado tantos malos comportamientos de los españoles y tan pocas ocasiones en que hayan actuado bien que creo que son tropas en las que no se puede confiar»*. Y aún más comparadas a las escritas por él mismo en septiembre de 1813, tras la batalla de san Marcial: *«Los enemigos fueron rechazados y arrojados al otro lado del río del modo más bizarro por las tropas españolas cuya conducta fue igual a la de las mejores tropas que jamás he visto empeñadas»*.

A estas circunstancias hay que añadir la falta de recursos económicos que mantuvieron casi siempre en la miseria a nuestras tropas, para comprender una persistente visión negativa de los extranjeros, aunque no la exageración ni ese empeño en minusvalorar la resistencia de los españoles. Quizás la reflexión del teniente británico Moyle Sherer<sup>33</sup> en septiembre de 1809 ante las opiniones despectivas de sus camaradas pudiera explicar algunas cosas: *«Confieso que me sonrojé por su falta de información y generosidad. Despreciaban el valor español de modo grave y además inmerecido (...) la perseverancia heroica con la que los españoles aguantaron la fatiga, el hambre, la miseria y la derrota; la resolución imperecedera con la que,*

---

<sup>33</sup> MOYLE SHERER: *Recollections of the Peninsula*. Londres, 1823.

*aunque completamente derrotados a diario, aún se presentaban ante las legiones victoriosas de un enemigo valiente y hábil y se retiraban de un campo de batalla para ofrecerse de buena gana como víctimas en otro; o el heroísmo sin par con el que, sin distinción de edad o de sexo los habitantes de Zaragoza y de otras ciudades las defendieron son hechos todos que deberían haber sido considerados por mis compatriotas (...) Pero el Ejército Británico no tiene responsabilidad en la idiotez e ignorancia de muchos que no merecen el honor de haber sido admitidos en su filas».*

Ya he lamentado como la historiografía anglosajona, siguiendo la pauta de los autores decimonónicos, denigra sistemáticamente el papel de los españoles, o bien simplemente lo ignora. Los ejemplos abundan: omitir cómo los soldados españoles del marqués de la Romana se sacrificaron a miles para cubrir las espaldas de las tropas de Moore por León y Galicia en el invierno de 1808; o cómo las dos divisiones agregadas a Wellington en la campaña del Tajo –Alburquerque y Bassecourt– que le apoyaron en la batalla de Talavera, *no existen* en los libros ingleses, como el parte oficial de Wellington, elogioso para los españoles<sup>34</sup>.

### EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN OPERACIONES

*En toda la campaña hubo un general valiente, que nos haría invencibles: el general «no importa». Si perdíamos una batalla, nos daba nuevo aliento contra el enemigo y siempre estaba al frente de la vanguardia. Su nombre será inmortal.*

Julián ALONSO, sargento de cazadores numantinos. *Memorias*.

Resulta complicado seguir las vicisitudes que sufrieron los diferentes ejércitos españoles organizados por la Junta Central primero, y las Cortes-Regencia, posteriormente. En el cuadro que se ofrece al final se ha intentado sintetizar, creo que por vez primera, sus diversas denominaciones, mandos y trayectorias y las operaciones principales sostenidas durante la contienda. Además de la multiplicidad de autoridades –juntas provinciales, Junta Central, Regencia– el desbarajuste de la organización –múltiples ejércitos y divisiones independientes, regulares y de guerrilla, con mandos diferentes y separados geográficamente– había que contar con un continuo trasvase de unidades de unos a otros, los frecuentes relevos y destitu-

<sup>34</sup> Sobre otras visiones críticas con la historiografía británica además de obras francesas, puede verse HOFSCHRÖER, P: *Waterloo*. Ariel, Barcelona, 2005.

ciones, la peliaguda cuestión de los ascensos por méritos de guerra, que encumbraban a puestos directivos a unos relegando a otros más antiguos, etc. Estas circunstancias que tanto influyen en la moral de las tropas, no lo son menos para la de los oficiales, y ayuda a comprender los frecuentes encontronazos entre mandos españoles y las difíciles relaciones que en ocasiones se dieron entre ellos.

Un ejemplo de lo dicho fue la campaña del año doce por Valencia, Alicante y Aragón, donde se superpusieron tropas del segundo y tercer ejército. Blake intentó que las divisiones guerrilleras de Durán y el Empecinado operaran bajo la dirección de las regulares del conde de Montijo para aliviar la presión sobre la capital valenciana. El resultado fue nulo, al producirse continuos problemas para operar en una zona esquilada y ocupada por el enemigo, donde sólo pequeñas unidades podían sobrevivir, con los guerrilleros resistiéndose a obedecer las órdenes que les abocaban a combatir perdiendo sus ventajas naturales. Igualmente se producía el enfrentamiento personal entre los generales Mahy y Villacampa por el mando de los restos del 2º Ejército, o de Roche y Cruz en Alicante, que en el fondo obedecían al viejo problema de no respetar la antigüedad, las diferentes procedencias profesionales, y la falta de un mando unificado que estableciera orden en mitad del caos organizativo provocado por la contienda. Muchos historiadores olvidan que esta situación, fruto de la naturaleza humana, se ha dado siempre y se dio entonces en todos los ejércitos. Sólo recordar los continuos conflictos entre los mariscales de Napoleón en España: Lefebvre, destituido en 1809 por internarse en Extremadura desoyendo las órdenes del rey José; las peleas entre Ney y Soult en la campaña gallega de 1809; las disputas entre Massena y Soult en Portugal en el invierno de 1810 que obligaron a Bonaparte a reorganizar sus ejércitos en España; la desobediencia de Soult a replegarse de Andalucía tras la campaña de Arapiles de 1812, etc.

Un aspecto fundamental fue el frecuente cambio en los comandantes en jefe españoles, motivado por los relevos de cariz político de los mandos menos dispuestos a seguir las directrices de las Juntas o las Cortes, aspecto que ya se ha tratado. Sintomático fue el caso de un Castaños, el general que consiguió la victoria más destacada de la Guerra, relevado del mando a finales de 1808 por sus diferencias con la Central. Repuesto en él de un débil 5º Ejército tras el fallecimiento de la Romana, fue postergado de nuevo en la campaña final de 1813-14, prefiriéndose enviar para operar al norte al Ejército de Reserva de Andalucía al mando de Freire, un general más proclive a las Cortes. Ya hemos visto como no había muchos dispuestos a lanzarse al sacrificio propio y al de sus bisoños soldados. Al mariscal de campo Benito San Juan se le envió a Somosierra con una misión imposible: detener a un

Cuerpo de ejército enemigo reforzado con la Guardia Imperial y Bonaparte al frente, con sólo 5.000 soldados mal armados. El resultado le costaría la vida. No es de extrañar que fuera difícil encontrar un teniente general dispuesto a ponerse al mando del Ejército del Centro para la campaña del invierno de 1809 tras la destitución o dimisión de varios jefes sucesivamente. La Junta Central observaba: «*Un general que no ha recibido desde su juventud una educación propia para sus sublimes funciones o que no lo ha adquirido en los campos de batalla, no puede mandar con fruto a una tropa y oficiales que hasta el momento de presentarse en sus compañías no habían tomado una arma en sus manos, y no dudamos que esta es la causa de no haber sacado partido del valor individual de nuestros soldados tan superior al de todos los de Europa, y lo es también de las dificultades que tiene el gobierno de encontrar quien supla aquellas disposiciones*»<sup>35</sup>.

En realidad, a las muchas derrotas siguieron un sinnúmero de pequeñas acciones, donde los imperiales fueron dejando muchas bajas y gran parte de su moral y voluntad de resistencia. El papel jugado por los cuadros de mando españoles ha sido valorado también despectivamente en numerosas ocasiones por los observadores extranjeros. Es innegable la falta de experiencia de combate de gran parte de nuestros oficiales. Sólo los más veteranos contaban con la conseguida en las campañas de Orán y Argel, la inmediata campaña de los Pirineos de 1793-95 –combates de montaña y pequeñas operaciones– el servicio en buques de la Armada, o el paseo militar que fue la «Guerra de las naranjas» de 1801. Enfrente, los imperiales llevaban años de experiencia de combate, y estaban acostumbrados a un algo más ordenado sistema de ascenso por méritos de guerra. El hecho de que se improvisaran miles de oficiales –retirados, separados del servicio o simples civiles sin ninguna formación– para cubrir las necesidades de la movilización y las nuevas unidades, sin que se crearan hasta muy avanzada la Guerra academias y colegios militares, lanzó al combate regimientos sin ninguna confianza en sus propias capacidades. Es decir, con nulo *espíritu de cuerpo*, «*aquel que hace que los militares teman más a la censura de sus compañeros que al rigor de las leyes establecidas*»<sup>36</sup>, con los resultados que cabía esperar. El capitán López de Barañano, huido de Madrid en julio de 1808 con otros compañeros para incorporarse al ejército de Cuesta, recuerda: «*El dicho Ejército Había pasado a Rioseco con lo que proseguimos la marcha hasta dicha villa donde nos*

<sup>35</sup> Archivo del Congreso de los Diputados. Junta Central, *Memoria documentada acerca de las operaciones del ejército y disposiciones tomadas para sostener la guerra*, Secc. III, folio 18 y sig. (cortesía de D. Juan J. Sañudo).

<sup>36</sup> CABANES, F.: *Ensayo acerca del sistema militar de Bonaparte*, (traducción) Isla del León, 1811.

*presentamos al general, (...) Al Cadete le nombraron Ayudante<sup>37</sup> de uno de aquellos tercios de paisanos y a mi Sargento Mayor<sup>38</sup> del 2º de Benavente, compuesto de gente que acababa de venir de sus casas».*

Otro problema importante era saber a qué normas, organización y reglamentos atenerse. En cuanto a la táctica de infantería, en 1798 se había aprobado por el gobierno la traducción del reglamento francés de 1793, pero acontecimientos políticos posteriores la dejaron en suspenso, lo que provocó una confusión en que cada Cuerpo maniobraba según las normas que aplicaba su coronel. No fue hasta el año 1807, cuando, al tener que operar en conjunto con las tropas francesas en Portugal, se imprimió y ordenó utilizar de nuevo el reglamento traducido del francés, ya sin tiempo material para que se difundiera su conocimiento y se practicara antes de la Guerra<sup>39</sup>. Igual ocurrió con el de caballería, al resultar suspendidas en 1798 las reformas encomendadas al marqués de Casa-Cagigal, que partieron del reglamento francés de 1788.

Más discutibles son las tesis de algunos historiadores que achacan el mal comportamiento de nuestras unidades a la mala calidad de los oficiales regulares. Francisco J. Cabanes, oficial que sirvió en Cataluña y en el 4º Ejército, dejó numerosas y acertadas reflexiones sobre la Guerra. Reconoce el problema de ascender «entre algunos militares dignos de salir de una vez de las clases de subalternos, otros indignos por su ineptitud de tener la consideración y mando». Era un problema común, pero no privativo de España. Esdaile<sup>40</sup>, usa como siempre parcialmente los testimonios que le interesan, e insiste en la falta de capacidad de los oficiales, su absentismo o su exceso en el equipaje, como si fueran cuestiones ajenas a otros países. Como muestra de una supuesta frecuente cobardía ante el enemigo, cita la orden de la Junta Central de privar a los subalternos de caballos. La realidad no es tan simple. Napoleón había ordenado lo mismo años antes en sus ejércitos por economía (los caballos devengaban plazas de pienso, monturas, rendajes, etc.) y entender que facilitaba el mando directo de los subalternos; los mismos motivos económicos y la crónica escasez de monturas del ejército español hizo que en varias ocasiones se privara de monturas a los oficiales (nunca a los jefes). Incluso a veces se emplearon los de una división para montar un regimiento de caballería. Por otro lado, era frecuente entre los oficiales de la

<sup>37</sup> Encargado de los servicios, órdenes y secretario del coronel del regimiento.

<sup>38</sup> Encargado de la administración y la instrucción, además del mando de uno de los batallones.

<sup>39</sup> CABANES: *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, Tomo I. Madrid, 1818. Pág. 146-148.

<sup>40</sup> ESDAILE: *The Peninsular War, a new history*, Londres, 2002. pp 123-124. Curiosamente al traducir la cita de Cabanes al inglés, el historiador sustituye la palabra «otros» del original por «muchos».

época –de todos los países– la figura del *agregado* o *disperso*, o el obtener licencias para ocuparse de asuntos propios, cosa que no podía hacerse sin autorización y pasaporte, aunque sí más fácil de obtener para aquellos que tenían influencias de familia o amistades. Lo mismo que el paso a un Cuartel General en el empleo de «ayudante de campo», aunque el número de éstos estaba reglamentado y por tanto las excepciones serían responsabilidad del general correspondiente. En todas las épocas y todas las guerras ha habido oficiales que cumplieron con su deber y otros cuyo comportamiento fue execrable.

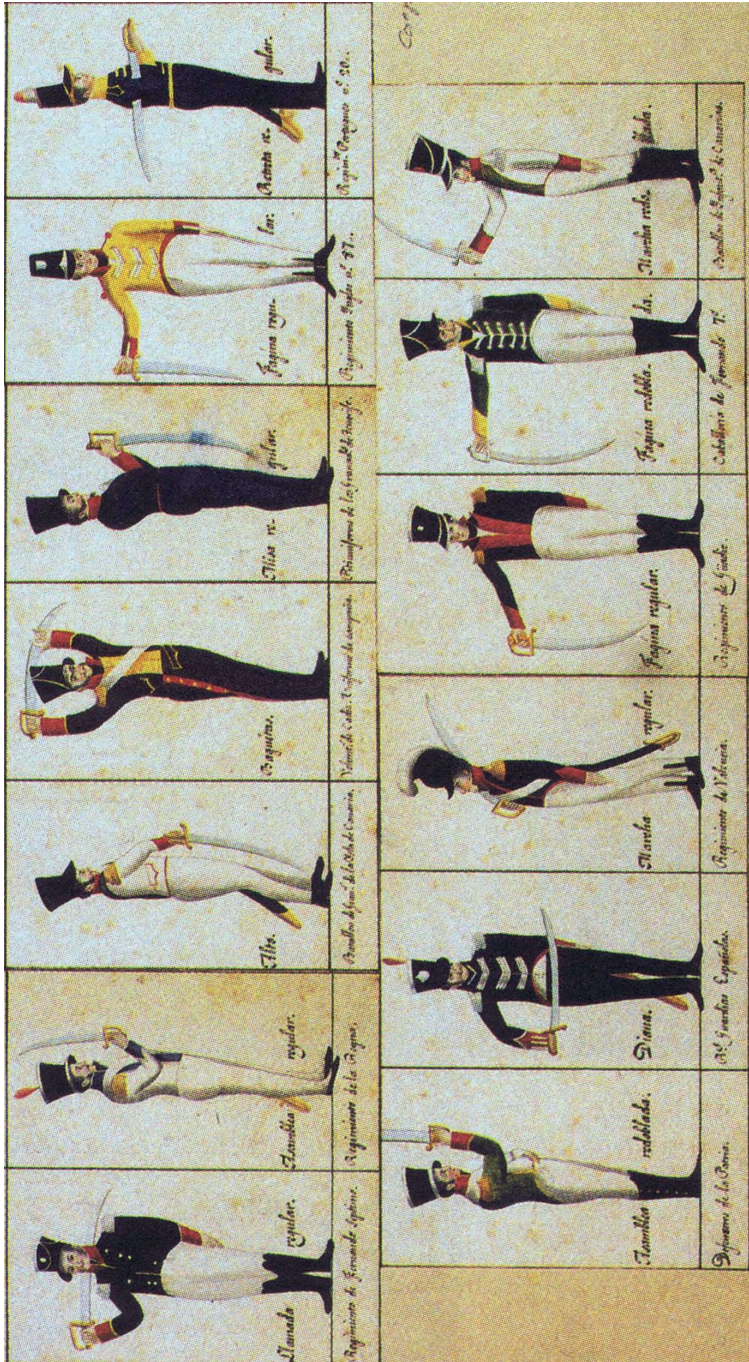
Es infantil ignorar, como hacen muchos autores británicos, que estos casos eran comunes a todas las naciones de la época. Se pueden citar los de los muchos oficiales británicos que extendían su tiempo autorizado de permiso en Lisboa, los que malversaban fondos o los cobardes, como el teniente coronel Peacocke del Regimiento 71º, en diciembre de 1813. Tras ordenar la retirada a sus hombres, huyó al galope a la retaguardia, donde se dedicó a golpear a los muleros portugueses<sup>41</sup>. Es también harto significativo constatar como las listas de revista de los regimientos británicos acusan una disminución de efectivos de oficiales en las mismas fechas en que pasaban la frontera de Portugal para combatir<sup>42</sup>. A pesar de que sólo estaba autorizado a los oficiales a llevar sus pertenencias en una bestia de carga, era frecuente que tuvieran hasta tres, como recuerda el cirujano Thomas Maynard de los Coldstream Guards: «*solo se nos permite media bestia, pero nos vemos forzados a tener tres, por lo que tenemos que adquirir forraje a un precio exorbitante*». O recordar como era práctica común la compra y venta de los empleos hasta el grado de teniente coronel, siendo frecuente que un oficial entrara en combate sin ningún tipo de formación militar previa. En cuanto a la calidad de los generales, cabe recordar lo escrito por Wellington: «*Cuando reflexiono en las capacidades y éxitos de algunos de los oficiales generales de este ejército (...) en los cuales debo confiar (...) tiemblo. Solo confío en que cuando el enemigo lea la lista de sus nombres, tiemble también*»<sup>43</sup>. La opinión que le merecían sus propios soldados es conocida: «*Son la auténtica hez de la tierra*».

Aquella mezcla irregular de unidades veteranas con otras improvisadas, que daba tan peculiar aspecto a nuestras tropas, asombraba a los extranjeros. Un típico observador británico, el capitán Leith, no exento en otros tex-

<sup>41</sup> UFFINDELL, A.: *The National Army Museum book of Wellington's armies*. Londres, 2003. pp. 160 y sigs.

<sup>42</sup> SANUDO: *Op. Citada*. Efectivos de los regimientos británicos 1809 -1813.

<sup>43</sup> Supplementary despatches, correspondence and memoranda of F. M. A. Duke of Wellington vol. 6, p. 582.



Tropas de guarnición en Cádiz en 1810 según la lámina de Pereira Pacheco (Biblioteca Municipal de Sta. Cruz de Tenerife).  
 Obsérvese la variedad de uniformidad y colores distintivos.

tos de los consabidos prejuicios antiespañoles, vio el paso de una columna en Talavera en 1809, y el aspecto que debieron presentar frecuentemente nuestros antepasados<sup>44</sup>: «*entre nubes de polvo, podían distinguirse grupos desordenados de hombres hablando, medio armados, medio uniformados; luego regimientos en orden perfecto; caballería, oficiales de estado mayor, bandas de música, rebaños de ovejas, bueyes; artillería, coches, carretas, furgones; todo daba variedad a la escena singular, confusa y animada, que observábamos, olvidando momentáneamente que todo estaba relacionado con nuestra propia existencia*».

La carencia de cuadros de mando fue escandalosa, pues aún dejando desprovistos de gran parte de sus oficiales y sargentos las unidades veteranas para encuadrarles en las de nueva creación, hubo de acudirse a los retirados, e improvisar de la nada mandos sin ningún conocimiento y poca capacidad. Si es cierto que hubo reclutas mejor uniformados que los veteranos, y algunos provistos con armas británicas nuevas, la mayoría combatió con el *traje del país*, como relatan los observadores británicos, y sin apenas instrucción de combate. En cualquier caso, estas unidades se disolvieron causando los miles de muertos, heridos y desertores hambrientos del invierno de 1808.

La coexistencia de oficiales improvisados provenientes del ámbito civil, con otros ascendidos del ejército regular, fue otra de las características de la Guerra de la Independencia. No olvidemos que ya en tiempo de paz, los oficiales de un regimiento español se componían de un tercio provenientes de la clase de sargentos, y el resto entraban directamente de cadetes, lo que introducía diferencias de edad, origen social, experiencia y competencia, pero nunca tan acusadas como durante la contienda. Sólo los cuerpos facultativos de Artillería y sobre todo, Ingenieros, con sus misiones muy especializadas y muchos de sus oficiales jugando un importante papel en los cuarteles generales, conservaron una composición más homogénea de origen. En varias ocasiones a partir del año 1809 el gobierno recibió peticiones para que se anularan los ascensos concedidos por las Juntas, por los problemas ya mencionados de falta de competencia en combate de aquellos. Pero la situación no varió, y continuaron haciéndose cuadros y promocionándose no pocos individuos sin formación ni capacidad. Por otro lado, se facultó a los generales en jefe a conceder ascensos y grados por méritos contraídos en el campo de batalla<sup>45</sup>, dando cuenta a la Junta, con lo que se incrementó la confusión. Además, a partir de 1810 comenzaron a militarizarse las guerrillas más importantes –Empecinado, Sánchez, Longa, Mina, etc.– otorgán-

<sup>44</sup> LEITH HAY, A.: *A narrative of the peninsular war*. Londres, 1832, Vol. I.

<sup>45</sup> Real Orden de 5 de enero de 1809.



dose graduaciones militares en su seno, con lo que aumentó el número de oficiales provenientes del ámbito civil. En realidad gran parte de los procedentes del Antiguo Régimen habían desaparecido como consecuencia de los combates, ocupaban puestos en los estados mayores o habían ascendido a empleos que en no pocos casos excedían también sus capacidades. Muchos sargentos ascendieron a oficiales, provocando algunas disfunciones, como dice Cabanes<sup>46</sup>: *«El gobierno (...) debiera haber previsto y evitado sus inconvenientes, cuidando con mayor esmero de la educación física y moral de unos hombres a quienes permitía aspirar y ascender hasta las primeras jerarquías del estado, y que por desgracia carecían, generalmente, aun de la cultura indispensable para llenar con decoro los grados mas inferiores de la milicia»*. Pero otros siguieron al pie del cañón y al frente de sus hombres ante el enemigo. El marqués de Zayas en su parte de la batalla de Talavera (28 de julio de 1809) cita como distinguidos al comandante del batallón de Canarias, José Arniaga, de 70 años, que *«a pesar de su avanzada edad se condujo con actividad y acierto»* y a *«la guerrilla<sup>47</sup> del regimiento de Cantabria que sostuvo el fuego en la tarde del 18 en el olivar, mandada por un oficial de aquel regimiento de la edad de 13 años, el que se condujo con una intrepidez increíble»*.

Dejando aparte la cuestión de su mayor o menor eficacia, esta multiplicidad de procedencias, en la que destacaba la de paisanos, es una muestra más de la histórica simbiosis pueblo-ejército a la que hacíamos alusión, que se produjo en la Guerra de forma tan acusada. La supresión de las pruebas de nobleza para formar parte del cuerpo de oficiales decretada por las Cortes, habría significado la culminación de esta simbiosis. Pero como toda la obra de 1812, la reacción borbónica atrasaría su asentamiento, al igual que introduciría un elemento distorsionador al no permitir que los mandos procedentes de la guerrilla se integraran en el Ejército, confinándolos en la Milicia Provincial. Por último, ha de mencionarse el acusado carácter liberal de parte de los cuadros de mando influenciados por el irregular sistema de ascensos por méritos, el desbarajuste en la organización y el mando, y la fuerte carga ideológica en que se vivió –revolución popular, juntas, masonería, Cortes– especialmente en los tramos finales de la contienda, y que sería el germen de los graves conflictos que se produjeron a partir de la restauración absolutista y en las campañas de América, desembocando en la

---

<sup>46</sup> CABANES: *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, Tomo I. Madrid, 1818. Pág. 150.

<sup>47</sup> Soldados que se destacaban del grueso de la unidad para actuar como tiradores y cubrir la formación propia.

Guerra Carlista de 1833. Como reclamaban Cabanes<sup>48</sup> y otros, se precisaba profesionalizar a los oficiales y aumentar su instrucción en las academias, además de darles un salario digno, regular las ordenanzas, el uniforme, el cuerpo de Estado Mayor, etc.

Los oficiales de infantería ejercían el mando dentro de las formaciones lineales, los capitanes y tenientes en la primera fila y el resto en las siguientes. El ejemplo personal era fundamental para liderar a los subordinados, como lo ha sido siempre en la historia. Es interesante acudir a la *ratio* clásica de las guerras napoleónicas, que compara el número de bajas de soldados y las de oficiales, y que oscila según las batallas y las épocas, entre un cuatro y un diez por ciento de las bajas de la tropa. Pueden verse los ejemplos de Austerlitz (1805) donde el número de oficiales muertos fue el 7'6% del de tropa, (95 oficiales y 1.250 soldados muertos); Jena (1806) con 258 y 6.794 respectivamente, o sea 3'8 % de bajas de oficiales respecto a tropa; Bailén (1808) con unas bajas de 166 oficiales y 2.444 soldados (un 6%); La Albuera (1811) con unas bajas españolas de 82 oficiales y 1297 de tropa (el 6'3% de oficiales de las de soldados); Edmonds para los británicos en Talavera, Arapiles y Vitoria unas cifras de bajas de oficiales que suponen el 5'5% de las de tropa; y Houdaille para toda la campaña de España unas cifras francesas que suponen el 7% respecto a la tropa. Como vemos, los porcentajes de oficiales caídos en combate, no dan razón para sospechar que los oficiales españoles no cumplieran con su deber en menor grado que sus colegas británicos o franceses.

Si hubo quien demostró falta de capacidad en el mando o de carácter, o procuró «ubicarse» lejos del frente –fenómeno que se da en todas las guerras– o desertó para continuar en la más cómoda vida de la guerrilla, muchos otros sí cumplieron con su obligación. Como dejó escrito uno de ellos: «*Si a mi regreso del norte hubiera imitado la mala conducta de muchos que desertando del ejército marcharon a sus países a aumentar las guerrillas, de seguro hubiese ascendido y padecido menos, porque sabido es que en un ejército es más difícil distinguirse que en una guerrilla; sabido es también que las penalidades que sufre un ejército no se sienten en una guerrilla. (...) Y sin embargo, cumpliendo con mi deber no me separé del ejército y sufrí todas las consecuencias. En ello y sólo en ello cifro mi orgullo*»<sup>49</sup>.

<sup>48</sup> CABANES: *Ensayo acerca del sistema militar de Bonaparte*. Isla del león, 1811

<sup>49</sup> SARASA, J.: *Vida y hechos militares del mariscal de campo d. Juan Manuel Sarasa*. Pamplona, 1953.

## LA TROPA

*El oficial no es dueño de la obediencia del soldado sino mientras dure el silencio y orden.*

General José DE ZAYAS, 1811.

Luis Lejeune, coronel de ingenieros, combatió como edecán en la Guerra de España. Además fue uno de los pintores más distinguidos de la época. En sus pinturas de las batallas españolas, que se conservan en Versalles, retrató a los soldados españoles que vio muchas veces de cerca. Es muy interesante apreciar tanto su vestuario como sus expresiones. Algunos visten uniformes, pero muchos llevan una pintoresca indumentaria, en la que algunas prendas militares se completan con civiles, reflejando las dificultades de suministros que ya hemos citado. Sus lienzos iniciales estaban muy orientados a la glorificación de las batallas culminantes de la era napoleónica. En su recreación de la batalla de Somosierra, realizada en 1809, el papel que asigna a los españoles es el de prisioneros humillados, pero en su obra de madurez, el famoso episodio del 2º sitio de Zaragoza, su representación del enemigo presenta un análisis mucho más psicológico, concediéndole una mezcla de orgullo, determinación y heroísmo<sup>50</sup>. Así, vemos a los defensores, de ambos sexos y todas las edades, unidos en una lucha a muerte, en la que se mezclan la indumentaria civil, religiosa y militar, símbolo de esa unión pueblo-ejército que pudo comprobar en primera persona.

La situación del Ejército Español al comienzo de la Guerra ha sido analizada en varios trabajos recientes<sup>51</sup>. Antes de mayo de 1808 se encontraba muy debilitado por los cuerpos que se habían enviado a Dinamarca y Portugal, de donde solo se salvaron algunas unidades. En realidad, los franceses no encontraron un enemigo equivalente al que habían enfrentado en Prusia, Austria o Rusia, pues en su mayor parte, el ejército regular dejó de existir entre las desertiones y desorganización producida antes y durante el levantamiento de mayo y junio de 1808. Por ello, chocaba a los observadores

<sup>50</sup> Episode du deuxième siège de Saragosse en 1809, assaut du monastère de San Engracia, le 8 février 1809 (realizado en 1827).

<sup>51</sup> CÁCERES ESPEJO, C.: *El ejército de Andalucía en la Guerra de la Independencia*. Málaga, 1999; GUERRERO ACOSTA, J.: «El ejército español en la guerra de la Independencia» en *Primeras Jornadas sobre la Batalla de Bailén y la España Contemporánea*, Jaén, 1999, y «De Pensacola a Trafalgar y de Stralsund a Espinosa: gloria y muerte del ejército real borbónico» en *Aproximación a la historia militar de España*, Vol. 2, Madrid, 2006; SAÑUDO J.: «El ejército español y la táctica militar» en *La Guerra de la Independencia, (1808-1814): el pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*, Madrid, 2007, y «El Ejército español: el gran olvidado» en *II Seminario internacional sobre la Guerra de la Independencia*. Madrid, 1996.

extranjeros el contraste entre las unidades nuevas y las veteranas: «*El primer regimiento que encontré en Quincoces fue uno de Granaderos de Galicia, una espléndida unidad, mejor uniformada y mandada que las tropas españolas que había visto previamente...*»<sup>52</sup>. Otros coetáneos, menos agudos, no fueron capaces de entender esta diferencia. Algunos autores actuales, tampoco.

Como ha ocurrido siempre a lo largo de la historia, la moral del soldado está influenciada por una serie de factores, entre los cuales la confianza en sus jefes y compañeros y en la propia instrucción, son determinantes. En el campo de batalla de la época napoleónica se combatía en formaciones cerradas, donde el orden y la disciplina eran imprescindibles para guardar la formación de las largas líneas de la infantería, a pesar de sufrirse el fuego de mosquetes y cañones del adversario. Y muy importante saberse cubiertos por la caballería propia de los sables y espadas de la potente caballería enemiga, y tener superioridad —o al menos igualdad— de artillería. Sólo en contadas ocasiones los soldados españoles lo tuvieron, pues lo corriente fue todo lo contrario. En la primera mitad de la Guerra cada batalla era una nueva batalla, para unas unidades que, destrozadas en la anterior, habían tenido que reformarse casi de la nada. En ocasiones, las unidades bisoñas se desbandaban al recibir los primeros disparos o en cuanto el enemigo se aproximaba con paso decidido, contagiando a las más próximas. La falta de disciplina provocaba una algarabía de voces frente al enemigo, con los consabidos gritos de; *¡Que nos cortan! ¡Estamos perdidos! ¡Huyamos!*. El bando de Godoy de 1801, actualizado por una Real Orden de 3 de enero de 1809 de la Central, autorizaba a imponer la pena de muerte en el acto a los autores de estos gritos, por la facilidad con que se propagaban, contagiando el pánico. La víspera de la batalla de Talavera ocurrió la desertión ante el ataque enemigo de numerosos soldados de los regimientos de Osuna y Badajoz, de la 3ª división Portago. Según los historiadores británicos, muy proclives a publicitar este hecho, ésta se produjo sin que mediara ningún ataque enemigo, al asustarse los soldados bisoños ante el ruido de sus propias armas. Como es lógico para quien comprenda el mecanismo de cualquier batalla campal, durante la noche se produjeron diversas escaramuzas y combates menores entre partidas avanzadas, como consecuencia de alguno de los cuales, se produciría la citada huída de parte de algunas unidades. Lo que es menos conocido es que al día siguiente, el resto de los soldados de esas mismas unidades combatieron correctamente durante la batalla, según consta en el parte de su general en jefe. Cuatro días más tarde se produjo

---

<sup>52</sup> LEITH: Op. citada

el fusilamiento por sorteo de 25 de los desertores aprehendidos, siguiendo órdenes del gobierno<sup>53</sup>.

Es sabido como en la moral influye también el propio aspecto del soldado y su equipamiento. Era altamente insatisfactorio para un combatiente el no poder vestir un uniforme con propiedad, y saber que en caso de caer prisionero, los franceses asesinaban preferentemente a los que vestían el traje de paisano. Una *exposición del Estado Mayor del 6º Ejército* tras la batalla de Medina de Rioseco, no exenta de crítica justificada hacia el poder civil, puede tomarse como muestra de una situación muy frecuente sobre todo al principio de la contienda: *«eran hombres que el que mas estaba alistado hacía 24 días, sin mas armas que un fusil, pues bayoneta no llevaban los mas, por no tener dónde, sin cartuchera, sin resguardo alguno en su cabeza, y en fin, sin saber cargar ni disparar un fusil por no haberlo hecho jamás, ni haber sido posible enseñárselo por la precipitación con que se anhelaba sacrificarlos...»*. Sin embargo, la capacidad de resistencia del soldado español admiraba a los extranjeros, al observarlos impertérritos bajo una fuerte lluvia<sup>54</sup>: *«Ningún murmullo de desaprobación salía del soldado; aparentaban estar contentos y resignados; y fumando su cigarro permanecían en mitad de una situación que la naturaleza o la costumbre les era natural»*.

Otras veces, cuando sus jefes habían conseguido imbuir un precario espíritu de cuerpo, o el terreno aportaba un resguardo que suplementaba las carencias de instrucción, el comportamiento podía ser muy diferente. Tal cabría hablar de las tropas españolas en la batalla de Medellín. Encuadradas e instruidas en apenas dos meses por la constancia del general Cuesta y sus oficiales, se componían de una mayoría de reclutas cacereños. Ante las reiteradas exhortaciones de las juntas Central y de Extremadura, Cuesta se ve obligado a plantar batalla al mariscal Víctor, eligiendo combatir en la llanura existente entre la citada localidad, Don Benito y Mengabril, posición que consideró apropiada tras el río Guadiana. El comportamiento de aquellos reclutas fue ejemplar en el inicio de la acción, como cita el parte del brigadier José de Alós, jefe del estado mayor: *«No puede darse una idea del valor y entusiasmo con que atacaron, clamando todas las tropas al rey Fernando y a Sr. Cuesta; crea V. que se caían las lágrimas de gozo al ver el brío de nuestra gente, despreciando el gran destrozo que hacía en ella la artillería enemiga»*. A pesar de la resistencia de la infantería, la batalla fue una de las derrotas más sangrientas de los españoles, provocada, como tantas veces, por la mala actuación de la caballería, incapaz de proporcionar apoyo ade-

<sup>53</sup> Pi y Margall también se sumó al coro acusador contra Cuesta por este hecho, al que compara con un sanguinario pretor romano en su obra. Ver nota 25.

<sup>54</sup> LEITH: Op. citada

cuado y mucho menos enfrentarse a la superior enemiga. Un oficial inglés describió acertadamente el problema: «*Como toda tropa poco instruida, los españoles experimentaban una impresión exagerada sobre la imposibilidad de resistir una carga de caballería. Un estado de pánico se desencadenaba ante esta demostración de fuerza, cosa que no pudieron superar durante todo el curso de la guerra*<sup>55</sup>. Tuvo consecuencias fatales en mas de una acción, donde sin embargo la infantería resistió bien, en igualdad incluso a las propias tropas imperiales».

Tras varios años de guerra, los generales y los mandos subalternos fueron ganando en experiencia, y por observación del enemigo y aliados se fueron corrigiendo errores tácticos, como la carencia de tiradores destacados que protegieran las formaciones propias y que tantas bajas costó en Espinosa de los Monteros. En el Ejército de la Izquierda se ordenó la constitución de una compañía de tiradores o guerrilla<sup>56</sup> en cada regimiento, formada por un teniente y 50 hombres. En la batalla de Medellín, es decir a primeros de 1809, el Ejército de Extremadura ya haría un amplio uso de ellos. Son numerosos los tratados e instrucciones redactados, bien de forma particular o en el marco de los estados mayores. Destacan, los trabajos del ya citado Francisco Javier Cabanes, que atiende a cuestiones generales. En el campo táctico es interesante el realizado por uno de los mejores generales, José de Zayas, para la infantería, manuscrito en la Isla del León, en marzo de 1811. Entre muchas observaciones, señala la importancia de que «*el fuego no se rompa hasta estar a lo mas a 300 pasos del enemigo, no apresurase en ellos ni empezar desde luego por el graneado*», es decir, la importancia de la disciplina de fuego en descargas cerradas. El valor de sus observaciones se mostraría eficaz durante la batalla de La Albuera, cuando su división sería una de las que con más eficacia y orden sostendría el fuego contra la gran columna de ataque francesa, manteniendo la posición aliada. También son notables los trabajos publicados en 1813 en Lugo y en Valladolid<sup>57</sup> junto al editado por orden del general Freire para la caballería del 2º Ejército<sup>58</sup> en 1813, que intentaron racionalizar la complicada instrucción del jinete, la forma de combatir y de usar las armas propias, aunque hasta la aparición del reglamento de 1815 cada unidad operó según normas particulares y adaptaciones de reglamentos anteriores.

<sup>55</sup> *Íbidem*. En Alba de Tormes (1810) y la Albuera (1811) la infantería resistió adecuadamente a la caballería imperial.

<sup>56</sup> *Avisos militares para el Ejército de la Izquierda para la presente guerra*, 1808.

<sup>57</sup> *Nueva táctica para los movimientos y maniobras de la caballería*. Lugo imp. militar del 4º exercito y Valladolid, imp. de Roldán

<sup>58</sup> *Escuela del recluta de caballería*. Sevilla 1813, basado en un tratado del Teniente coronel Moxó, de la División Mallorquina.

Es fácil encontrar ejemplos sobre el mal comportamiento de los soldados españoles en la abundante bibliografía sobre *la francesada*, pero curiosamente, pocos autores se han molestado en buscar ejemplos sobre lo contrario. Quizás sea buena ocasión para sacar del olvido algunos nombres. Como el del cabo Antonio Martín, del Batallón de Voluntarios de Sevilla, que tomó de las manos del abanderado muerto la enseña de su unidad en la batalla de Ocaña y la mantuvo oculta debajo de su uniforme mientras estuvo prisionero, hasta que, fugado, la presentó en La Carolina a su general. O el del gastador del Batallón de Canarias Felipe Gallardo, que en julio de 1810, en las proximidades de Gaucín, en la serranía de Ronda, protegió a tiros de fusil la retirada de una guerrilla, cortando el paso al destacamento de dragones franceses que les perseguía por un desfiladero. El del cabo Vicente Manzano, de los Dragones de Pavía, que mató de una lanzada al general Paris en el combate de Ontígola, en noviembre de 1809, capturando sus papeles e insignias. En la batalla de La Albuera, la acción del granadero Juan Pastor, del 2º batallón de Guardias Españolas, que al retirarse de las alturas dónde sostuvo su compañía el fuego, un jinete polaco le embistió con la lanza, rompiéndole el capote. El granadero tuvo la sangre fría de separarse a un lado, apuntarle y derribarle del caballo. Por finalizar, recordar a Francisco Matos, cabo de Caballería de Línea de Cuenca, que en la acción de Almodóvar del Pinar (Cuenca) en junio de 1810, protegió a un húsar de Daroca que había caído de su montura y a otro compañero de las acometidas de los jinetes enemigos, hasta poder abrirse paso entre ellos y volver a las líneas propias salvando a sus compañeros.

Pero quizás la mejor demostración de que el combatiente español no fue de inferior calidad al de cualquier otro país, la daría paradójicamente un británico. Wellington, ante la imposibilidad de cubrir sus bajas por falta de voluntarios ingleses, autorizó en 1812 que en cada regimiento británico, a excepción de la Guardia Real y los Dragones, pudieran reclutarse un máximo de 10 españoles por compañía, de una altura mínima de 5 pies y 6 pulgadas (1'67 m). Serían tratados como los británicos, servirían durante la estancia en la Península, y entonces cobrarían un mes de paga para volver a sus casas. «*Serán excelentes reclutas porque en cuanto a apariencia, y actividad, el campesino español no tiene rival (...) son reclutas casi iguales a los nuestros en apariencia o fortaleza física.*»<sup>59</sup> «*Muchos de ellos fueron hechos cabos y por supuesto se hicieron merecedores de la consideración de sus nuevos camaradas, con quienes rivalizaron en toda ocasión en valor y determinación.*»<sup>60</sup>

<sup>59</sup> UFFINDELL, A.: *Op citada*, carta del Tte. coronel Warre, 28 de mayo de 1812.

<sup>60</sup> COSTELLO, E.: *Adventures of a soldier*. Londres 1852, pp 145



Soldados españoles en la Batalla de Chicliana (detalle del óleo de Louis Lejeune). Puede apreciarse la heterogénea composición de su vestuario.



La grave cuestión de la falta de equipo y medios económicos se mantuvo hasta el final. El informe a las Cortes<sup>61</sup> elevado recién terminada la Guerra desde Tolosa de Francia, en enero de 1814, sobre la situación del Cuarto Ejército, detalla como existía un déficit mensual de mas de 8'6 millones de reales para el sostenimiento mensual de las tropas *«sin contar las 1ª y 2ª divisiones que están a cargo de los británicos»*. En dicho informe, Estanislao Salvador, jefe de estado mayor del Cuarto Ejército concluía: *«...se ha hecho la campaña... ¡Con sacrificio de la vida de muchos de los valientes y dignos defensores que la principiaron: estando el soldado meses enteros a media ración de no buena calidad y especie: no hallando el enfermo y herido un hospital donde curarse; y finalmente viviendo todos en la mas abyecta miseria!...»*

A finales de 1811, Juan Moscoso, jefe de Estado mayor del 4º ejército, desengañado y desesperanzado ante carencia crónica de víveres, vestuario y pagas de sus subordinados –responsabilidad de la Junta provincial de Galicia– se dolía de la mala opinión que sus compatriotas tenían de las capacidades del soldado con esta rotunda sentencia, incluida en su informe al Estado Mayor General en el que presentaba su dimisión: *«...el militar, de quien se espera la injusta pretensión de que cada día sacrifique su vida sin recompensa alguna, para asegurar la tranquilidad de los que por tácito contrato debían desprenderse hasta de lo mas preciso para proporcionar el equilibrio de goces y penalidades que establece el orden social...»*

Desasistido las más de las veces, en continua recreación e improvisación, con grandes problemas de mando y orgánica... Así combatió el pueblo encuadrado en aquel ejército, que fue capaz de sostener la lucha durante seis largos años hasta la expulsión del invasor.

---

<sup>61</sup> *Representación que hace a las Cortes D. Manuel Freyre, general en jefe del 4º ejército de operaciones sobre la situación de la tropas de su mando. Tolosa, 1814*

EVOLUCIÓN EN LA DENOMINACIÓN DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

<b>1808 (julio)</b>	Ejército de Cataluña (Palacios)	Ej° de Reserva o de Aragón (Palafox)	Ej° de Valencia y Murcia (Cervelló)	Ej° de Castilla y León (Cuesta)	Ej° de Andalucía (Castaños)	Ej° de Granada (Escalante-Réding)	Ej° de Galicia (Fianghieri)	Ej° de defensa de Asturias (Acevedo)
<b>1808 (oct)</b>	Ejército de Cataluña (Vives)	Ej° de Reserva de Aragón (Palafox)	Ej° del Centro (Castaños)	Ej° del Centro (Castaños)	Ej° de Madrid y los Puertos (San Juan)	Ej° Extremadura (Eguía)	Ej° de Galicia y Asturias o de la Izquierda (Blake)	
<b>1809 (marzo)</b>	1° Ej° Cataluña o de la Derecha (Réding)		2° Ej° de la Derecha o Valencia (Blake)	Ej° del centro o la Mancha (Infantado-Cartaajal)	Ej° de Extremadura (Cuesta)		Ej° de la izquierda (Romana-Mahy)	
<b>1809 (sept)</b>	Ej° Cataluña o de la Derecha (Blake)		Cuerpos de Valencia (Caro)	Ej° del Centro y la Mancha (Venegas-Areizaga)	Ej° de Extremadura (Eguía)		Ej° de la Izquierda (Dq.del Parque-Mahy)	
<b>1810 (febr)</b>	Ej° de Cataluña o de la Derecha (O'Donnell)	Tropas Teruel (Villacampa)	Ej° del Centro (Murcia-S° Morena-Huelva)			Ej° de Extremadura (Mendizabal)	Ej° de la izquierda (La Romana) Div. de Cádiz (Alburquerque) Div. Ballesteros (Huelva)	
<b>1811 (enero)</b>	1° Ejército (Cataluña)	2° Ejército (Valencia)	3° Ejército (Murcia)	4° Ejército (Cádiz-Huelva)	5° Ejército (Extremadura-Castilla)	6° Ejército (Asturias y Galicia)	7° Ej° (Cantabria-Vizcaya-Navarra)	
<b>1811 (sept)</b>	1° (Lacy)	2° (O'Donnell)	3° (Mahy-Zayas)	4° (Ballesteros)	5° (Castaños)	6° (Santocildes)	7° (Navarra, Vizcª, Castª) Mendizabal	
<b>1812-14 Wellington</b>	1° (Cataluña) Copons	2° (Murcia) Elío-Valdés	3° (Andalucía) Dq. Del Parque Ppe. de Anglona	4° (Galicia) Girón Freire	Ej° de Reserva de Andalucía O'Donnell	Ej° de Reserva de Lacy	5°, 6°, 7° Ej° Castaños	División Malloquina Alicante-Zaragoza-Madrid Whittingham

# LA ARTILLERÍA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Carlos J. MEDINA ÁVILA<sup>1</sup>

*El uso inteligente de la artillería, determina la victoria.*

*Jean DU TEIL*

**E**n los albores del siglo XIX, la artillería había adquirido una importancia decisiva en la compleja organización de los ejércitos europeos. Lejos quedaba ya Rocroi, donde en 1643 los Tercios españoles dispusieron solo de 18 piezas para apoyar a sus 27.000 hombres. Poco más de un siglo después, los prusianos contaban con casi 400 cañones desplegados en el campo para hacer frente al ejército ruso, apoyado por más de 600 piezas. Las tres últimas décadas del XVIII habían traído numerosos avances, tanto en la esfera del pensamiento táctico como en la ciencia y de la técnica militar. Y, más concretamente, en el ámbito artillero, estos progresos serían trascendentes, incidiendo notablemente en la evolución de los materiales y en la forma de su empleo en el combate.

Napoleón Bonaparte, refiriéndose a estas reformas, llegaría a afirmar que «...*el cañón había forjado una completa revolución*», y aseguraba que la artillería era el sostén de la formación de los ejércitos, y que «*las grandes batallas se ganan con la artillería*». Puede que estas aseveraciones sean algo exageradas, fruto seguramente de sus orígenes artilleros, pero es bien cierto que la artillería jugaría a partir de entonces un papel relevante en la batalla. Papel que ya no abandonaría en siglos posteriores.

El fuerte impulso recibido en el periodo napoleónico, la va a convertir en una de las piezas fundamentales en el combate, entrando definitivamente

---

<sup>1</sup> Teniente Coronel de Artillería (D.E.M.)

en la campo de batalla, al igual que la infantería y la caballería, como arma combatiente independiente. No alcanzarían todavía el protagonismo que cien años después tendrán en la Gran Guerra, pero es cierto que las piezas de principios del XIX van a constituir, indudablemente, un factor resolutivo en el combate.

### *La nueva táctica artillera*

Con la firma del Tratado de París, el 10 de febrero de 1763, se ponía fin a la Guerra de los Siete Años. Francia había sufrido una dolorosa derrota, perdiendo la mayor parte de sus posesiones en América y Asia. La inflexible mentalidad de los mandos franceses y de las tácticas aplicadas, el mal uso de la artillería, y las limitaciones técnicas de las pesadas piezas del reglamentario sistema Vallière, habían sido factores determinantes del fracaso galo en los campos de batalla del frente europeo.

Terminada la contienda, el ejército francés comenzará a trabajar en pos de una renovación radical. Pensadores militares como De Broglie,<sup>2</sup> Guibert<sup>3</sup> o Mesnil-Durand<sup>4</sup>, escriben y experimentan sobre nuevas tácticas, mientras que los oficiales artilleros, liderados por Jean Baptiste de Gribeauval acometen una revolucionaria y completa reforma de los materiales reglamentarios franceses y de la estructura de mando y control, estableciendo una organización más compleja.

Conjuntamente con las innovaciones tecnológicas y la nueva organización, llegarán los cambios doctrinales en su empleo táctico, inspirados por el

---

<sup>2</sup> Victor François, 2º Duque de Broglie, estuvo presente en todas las acciones importantes de la Guerra de los Siete Años desde la batalla de Hastenbeck en julio de 1757. Su victoria en Bergen sobre las tropas del Príncipe Fernando, le valió el rango de Mariscal de Francia. Al término de la guerra jugaría un papel prominente durante la Revolución Francesa, a la que se opuso con determinación, dirigiendo las tropas en Versalles en julio de 1789. Fue brevemente ministro de la Guerra de Luis XIV, antes de partir de Francia.

<sup>3</sup> Jacques Antoine Hippolyte, Conde de Guibert, uno de los tratadistas militares franceses más influyentes, había publicado su *Essai general de tactique* en Londres, en 1770. Traducida a varios idiomas, su obra, que tendría una gran repercusión tanto en academias militares como en los salones palaciegos, fue uno de los mejores tratados sobre el arte de la guerra de su época, y en la que se recogía, además, las tácticas de guerrilla que había observado durante su servicio en Córcega. Tanto Napoleón como Wellington adaptarían las ideas vertidas en su obra sobre la movilidad y la flexibilidad a las unidades de sus ejércitos, que se enfrentarían en los campos de batalla peninsulares.

<sup>4</sup> François-Jean de Graindorge d'Orgeville, Barón de Mesnil-Durand, colaborador táctico de De Broglie, fue autor de las importantes obras «*Project of a François order in tactic, or the cut and doubled phalange supported by the mixture of the weapons*» (1755) y «*Fragments of tactic, or six memories, ... preceded by a Preliminary Speech on the Tactics and Systèmes*» (1774).

mismo Gribeauval<sup>5</sup> y por los hermanos Du Teil<sup>6</sup>: la artillería debe convertirse en una verdadera arma de combate, capaz de influir en la batalla, en igual medida que lo hacían la infantería y la caballería. Todos ellos realzarán la necesidad de incrementar la movilidad, la potencia de fuego y la precisión, aspectos que el mismo Guibert, enunciaba como principios básicos<sup>7</sup>:

*«La artillería debe ser móvil y capaz de cambiar sus posiciones cuando sea necesario durante el curso de la batalla, tanto para mantener su alcance como para concentrar el fuego en algún punto decisivo. Es primordial buscar la precisión, especialmente en los largos alcances. Esta es más importante que la velocidad del tiro. A más corto alcance, en que la precisión es mayor, podría pensarse en el incremento de la cadencia de fuego».*

En cuanto a sus misiones, Guibert afirmaba que *«...la artillería nunca debería ser utilizada en acciones contrabatería, excepto cuando no haya tropas a las que batir, Los verdaderos objetivos de la artillería son las tropas enemigas y las obras de fortificación que las protegen. Su propósito no es, simplemente, anular la artillería enemiga, sino cooperar con las tropas propias para alcanzar el éxito decisivo».*

Jean Du Teil se haría eco de estos conceptos innovadores<sup>8</sup> y, en relación con los nuevos cambios suscitados por los escritos de Guibert, expresaba: *«...Puede observarse que (estos cambios) han hecho que las tácticas de la*

---

<sup>5</sup> Gribeauval (1715-1789) había sido enviado en misión a Prusia en 1757. Por entonces teniente coronel, prestó servicio en la excelente artillería austriaca durante la Guerra de los Siete Años, distinguiéndose especialmente en el sitio de Glatz y en la defensa de Schweidnitz. Prisionero de los prusianos, sería objeto de intercambio, y fue condecorado con la Orden de María Teresa por la misma emperatriz de Austria. A su regreso a Francia se le concedió el ascenso a mariscal de campo y, en 1764, el grado de teniente general y el nombramiento de Inspector de Artillería.

<sup>6</sup> Jean y Jean-Pierre Du Teil fueron dos de los más relevantes artilleros franceses. Hijos del oficial de artillería François Du Teil, el primero de ellos, Jean, sería el autor de la obra *Usage de l'artillerie nouvelle dans la guerre de campagne; connaissance nécessaire aux officiers destinés à commander toutes les armes* (1788), y sería el comandante en jefe de la artillería del Ejército del Rin (1792), en el Ejército de los Alpes y en el de Italia (1793), y participaría en el importante sitio de Toulon. Jean-Pierre, el mayor de los dos, sería coronel del regimiento de la Fère-Artillerie, jefe de la importante Escuela militar de Auxonne y, más tarde, Inspector General de la Artillería de Francia. Los hermanos Du Teil tuvieron una importante influencia en Napoleón, a quien educaron e instruyeron en sus años de formación como joven artillero.

<sup>7</sup> Guibert, J. A.: *Essai général de tactique*. Londres, 1772

<sup>8</sup> DU TEIL, Jean: *De l'usage de l'artillerie nouvelle dans la guerre de campagne*. Ed. Charles-Lavauzelle et Cie. Paris, 1924. Reeditada en inglés, trad. de Charles Shallcross: *The New Use of Artillery in Field Wars: Necessary Knowledge*. Nafziger Collection, Inc, 2003. Prefacio a la edición original. Traducción propia de la versión inglesa.

*artillería sean más ágiles, sus principios más claros, más susceptibles de ser desarrollados y adaptados a todas las acciones de guerra... si se establece una buena relación con las tácticas de infantería, y hay confianza mutua entre ambas armas, se podrán obtener efectos formidables. Los resultados de esta unión y del apoyo recíproco harán difícil un triunfo del enemigo sobre estas ventajas, cuya armonía constituyen evidentemente la fortaleza de los ejércitos...»*

En cuanto al modo de desplegar y de utilizar la artillería, Du Teil afirmaba que<sup>9</sup>: *«...la ejecución de la artillería es el arte de emplazarla, de dirigir sus fuegos, de hacer el mayor daño posible al enemigo, y de proporcionar la mayor protección posible a las tropas que apoya. Las tropas y la artillería han de protegerse mutuamente. Es indispensable para la artillería conocer las tácticas de las tropas (de infantería y caballería) o, al menos, los resultados de sus movimientos principales, y el efecto, más o menos grande que pueden producir en cualquier maniobra, juzgando su importancia, y la necesidad de acelerar el fuego o de cambiar de posición. No menos importante es que los oficiales de infantería y caballería que tienen que mandar todas las armas, y en consecuencia la artillería, habrían de conocer los alcances de las distintas piezas, la manera de emplazarlas y los resultados generales de su ejecución».*

El artillero francés insistía también en la concentración de los fuegos sobre objetivos concretos. Si se adquirían varios objetivos, debían ser batidos uno a uno. La organización de la artillería para el combate debía ser capaz de batir sucesivamente los objetivos designados, que habían de ser distribuidos entre las diferentes baterías, desplazando los fuegos sobre el siguiente blanco una vez fuese destruido o neutralizado el anterior. Al aumentar el número de objetivos era imprescindible<sup>10</sup> *«multiplicar la artillería en los puntos de ataque en los que se debe decidir la victoria, relevando las baterías que han sufrido daño y remplazándolas por otras, sin que el enemigo pueda notarlo, ni prevalerse de una ventaja así que redoble su ardor y desazone a las tropas propias... es necesario reunir el mayor número de tropas posible y una gran cantidad de artillería en los puntos (del despliegue) en los que se quiere forzar al enemigo, mientras se amagan ataques en otro... (El mando propio) se impondrá sobre el (adversario) con falsos ataques y movimientos».*

Los despliegues de las unidades de infantería y de caballería, y su actuación, más flexible, hacen preciso, por lo tanto, una mayor potencia de fuego

<sup>9</sup> DU TEIL, Jean: *Op. cit.* Capítulo IV. *Del emplazamiento y ejecución de la artillería. Principios generales.*

<sup>10</sup> DU TEIL, Jean: *Op. cit.* Capítulo IV. *Del emplazamiento y ejecución de la artillería. Principios generales.*

y un apoyo artillero más fiable. En lugar de permanecer a retaguardia cuando se inicia el avance de las unidades de maniobra, las piezas han de acompañarles en su movimiento y seguir proporcionando cobertura de fuego. La artillería, de hecho, será una de las claves principales en los esquemas de los ejércitos europeos de este período, y su arma más potente.

Por otra parte, el empleo de las baterías en las pesadas tareas de sitio no desaparecerá radicalmente en el nuevo contexto del combate napoleónico. Si a finales del siglo XVII y principios del XVIII, la forma de guerra giraba en torno a la captura de ciudades estratégicas y de fortalezas, el nuevo escenario basado en las batallas en campo abierto, donde la movilidad y la maniobrabilidad son fundamentales, exige una artillería menos estática. Las plazas fortificadas, aunque ya no constituyen los objetivos últimos de la maniobra táctica, siguen siendo necesarias para proporcionar el control de los territorios adyacentes, como dejan patente los sitios a las plazas de Zaragoza, Gerona, Ciudad Rodrigo o Badajoz durante nuestra Guerra de Independencia<sup>11</sup>.

Todas estas cuestiones, desarrolladas inicialmente en Francia, la nación más avanzada tácticamente en este momento histórico, pronto se expandirán al resto de Europa. Y tras ser materia de enseñanza en las diversas escuelas y colegios de artillería, se aplicarán luego en los campos de batalla continentales.

### *Una mayor potencia de fuego*

La potencia de fuego es clave para romper las formaciones en cuadro de las líneas enemigas, tomar las posiciones fortificadas o rechazar los ataques en masa de la infantería enemiga. Si la artillería se gobierna correctamente en la batalla, su capacidad de destrucción es muy superior a la de las restantes armas. Ni las compañías de infantería ni los escuadrones de caballería podrán ejercer el control espacial del campo de batalla como lo hacen las baterías artilleras. Su influencia en el campo de batalla será así mucho mayor que la que le correspondería en relación al número de piezas empeñadas en cada batalla.

---

<sup>11</sup> De hecho, la artillería seguía siendo fundamental en las tareas de sitio, como se desprende de las cantidades de materiales empleadas en este tipo de acciones. En Zaragoza, los defensores dispusieron de hasta 160 piezas, por 48 piezas pesadas y 84 ligeras francesas; en Gerona, el tren de sitio del ejército francés estaba compuesto por 71 piezas, mientras que en Ciudad Rodrigo se calcula que el tren imperial contaba con unas 50. Y en Tarragona, el puerto estaba artillado para su defensa con 47 bocas de fuego, a las que han de sumarse las cerca de 200 piezas existentes en la plaza, que harán frente a las 24 baterías construidas por los franceses, armadas con 64 piezas.

Como todos los esfuerzos han de dirigirse a llevar al ejército enemigo a una posición donde sea posible su destrucción, la dirección de los fuegos va a constituir una parte fundamental del nuevo sistema táctico. El concepto de esfuerzo combinado de las armas se orienta, en gran medida, al nuevo marco conceptual establecido para la artillería, dado que uno de los instrumentos básicos para conseguir esta destrucción es la potencia y la profundidad de sus acciones de fuego.

A fin de proporcionar capacidades de fuego adecuadas para poder aniquilar la línea enemiga, se utilizan conjuntamente grandes cantidades de piezas, llegando a asentarse en ocasiones, en una sola batería, más de 100 cañones. El denominado «empleo en masa» se convertirá en un principio fundamental y, de hecho, en la Guerra de la Independencia, la artillería se empleará por los contendientes atendiendo a este criterio, si bien por la escasez de materiales o medios de transporte, o por las dificultades que presentan las vías de comunicación, no siempre será posible contar con el número de piezas deseado<sup>12</sup>.

Por otra parte, el aumento de la proporción de cañones, que se situará en cuatro por cada mil hombres, y el uso conjunto de éstos con los nuevos obuses de campaña<sup>13</sup>, incrementará enormemente la potencia de fuego y la eficacia en el combate de esas grandes unidades.

Las nuevas tácticas, más agresivas que en conflictos anteriores, harán imprescindible una nueva articulación de la artillería para el combate. Hasta entonces, la mayor parte de la artillería se utilizaba centralizadamente. La organización de los ejércitos en campaña en grandes unidades de maniobra tipo división y cuerpo de ejército, traerá consigo la asignación de una gran parte de las unidades artilleras a estos niveles orgánicos, aunque siempre se conserve una parte como reserva del mando.

---

<sup>12</sup> En Bailén, por ejemplo, el ejército imperial asentó 23 piezas, y el de Castaños 28, mientras que en Somosierra, el general Benito San Juan contaba con 22 cañones de diversos calibres. En la batalla de Alcañiz, las tropas imperiales de Suchet son apoyadas por 19 piezas, número igual al de las mandadas por Martín García Loygorri en la acción que le supuso ser el primer Laureado de San Fernando de la Artillería española; en María de Huerva, el general Blake dispuso de 25 piezas, contra 12 francesas; en Ocaña, las 60 piezas del general Areizaga se enfrentan a diez baterías francesas, de las que 30 cañones son desplegados magistralmente por Sènarmon para utilizados en masa; en Talavera, fueron 30 las piezas españolas y otras tantas las francesas, que se enfrentaron a las 80 del ejército francés liderado nominalmente por José Bonaparte; y en Vitoria, los franceses contaron con 138 piezas, contra las 96 del ejército aliado hispano-luso-británico... No obstante, en las acciones de sitio, las cantidades de artillería fueron, normalmente, mucho mayores, como se observa en la nota anterior.

<sup>13</sup> El obús, pieza intermedia entre el cañón y el mortero, que disparaba granadas explosivas por el segundo sector, apareció en este período como material reglamentario de ordenanza.



*Misiones tácticas, despliegues y acciones de fuego*

El despliegue artillero y las misiones asignadas dependen, en gran medida, de la maniobra general planeada por el mando del ejército. En la maniobra ofensiva, la artillería divisionaria y de cuerpo de ejército es desplegada antes de iniciarse el combate delante de la infantería, a fin de efectuar los fuegos de preparación y los de contrabatería. Con estas acciones se trata de desorganizar la línea enemiga, reducir su capacidad de resistencia y su moral de combate, y abrir la brecha a través de la cual las unidades de infantería y caballería han de penetrar en su dispositivo.

Tras la preparación, la artillería proporciona los fuegos de apoyo necesarios para la propia maniobra, cambiando de asentamiento en caso necesario. Por otra parte, precediendo al ataque principal, la mayor parte de la artillería de la reserva, especialmente las baterías a caballo, se desplaza a vanguardia para efectuar un bombardeo intensivo, concentrando el tiro contra el punto más débil de la línea enemiga, en el que se descargará el golpe decisivo. Finalmente, la artillería a caballo acompañará a las unidades de caballería ligera en la fase de persecución y, si es necesario, cubrirá los huecos que se hayan producido en las líneas propias.

En la maniobra defensiva, las compañías de artillería a pie son las primeras unidades que ocupan sus posiciones sobre el terreno, situándose después, en los intervalos entre baterías, los cuadros de infantería y caballería. El planeamiento del despliegue atiende siempre a los puntos o sectores por los que es más probable el ataque enemigo, por lo que los emplazamientos de las baterías son vitales, y una de las decisiones más críticas del mando, dado que una situación incorrecta de las mismas puede hacer peligrar toda la línea defensiva.

Los calibres más pesados, con alcances superiores, entran en posición en la línea principal para batir a los cuadros de infantería enemigos a la mayor distancia posible. Si la línea es extensa, las baterías se distribuyen a intervalos regulares a lo largo de todo el frente, para frenar el avance de las columnas enemigas sobre cualquier punto del mismo, evitando tanto las penetraciones frontales como las potenciales maniobras sobre los flancos y la retaguardia. Si la línea no es extensa, las baterías se suelen situar en el centro y en las alas. Todas estas posiciones fijas de batería son protegidas con zanjas, manteletes de madera y cestones<sup>14</sup>. Entretanto, las compañías a caballo, que no entran en posición, se sitúan de forma tal que

---

<sup>14</sup> En este período, las piezas de artillería adolecen de escudos para protección de los sirvientes. Este tipo de elementos del montaje aparecerán ya bien entrada la segunda mitad del XIX.

puedan acudir a cualquier punto del dispositivo que esté amenazado por el enemigo.

Los objetivos prioritarios a batir también han cambiado. Si en el siglo anterior era la artillería enemiga, ahora son su infantería y su caballería, sobre las que el fuego y el hierro vomitado por las piezas van a causar verdaderos estragos. Los duelos entre artillerías, aunque siguen produciéndose<sup>15</sup>, iban acompañados de un gran consumo de municiones, excesivo en relación con los pobres resultados obtenidos sobre el despliegue artillero enemigo. Por este motivo, a las acciones de contrabatería no se dedicarán más de un tercio de las piezas disponibles, siendo los otros dos tercios –el volumen principal de fuegos–, utilizados contra las concentraciones de tropas adversarias.

Y será precisamente la definición de los objetivos, uno de los problemas más acuciantes planteados en la batalla. La escasa visibilidad, ocasionada por el densísimo humo que provoca por la combustión de las pólvoras negras de piezas artilleras y fusilería, dificulta tremendamente la concreción del blanco y, en el fragor del combate, la correcta identificación de tropas propias y enemigas.

Por lo general, la artillería ha de batir todo el frente de su despliegue, fundamentalmente mediante fuegos cruzados y convergentes sobre objetivos muy concretos. Las acciones de fuego están determinadas por el modo de batir las formaciones enemigas, y dependen del despliegue que éstas adopten para el ataque. Si despliegan en línea para el avance, la artillería efectúa fuegos cruzados para batirlas oblicuamente o de enfilada. Si el enemigo avanza en columna, el tiro se aplica sobre el frente, a la vez que se intenta batir oblicuamente los flancos y la retaguardia. El fuego de enfilada sobre las formaciones en línea y el tiro oblicuo sobre flancos y retaguardia de las formaciones en columna proporcionan unos resultados excelentes, pero supone también el tener que asumir ciertos riesgos a la hora de elegir los asentamientos de las piezas, que pueden verse copadas por las tropas enemigas.

### *La influencia de los avances tecnológicos*

La preocupación por dotar a los ejércitos en campaña de una artillería más ligera, capaz de marchar y combatir conjuntamente con la infantería y

---

<sup>15</sup> Un ejemplo de contrabatería es Bailén. En el duelo artillero entablado en las primeras horas del 19 de julio de 1808, la mayor calidad de los artilleros españoles, excelentemente dirigidos, y el superior calibre de sus materiales, se impone a los franceses, desmontando a 14 de sus 23 piezas. Estas acciones, dejaron prácticamente huérfanas de apoyos de fuego a las columnas francesas, que serían luego batidas sin oposición por el fuego convergente de las baterías españolas.

la caballería, no era algo novedoso. Es evidente que la artillería debe acompañar a los ejércitos en su marcha, y no entorpecer sus movimientos. De hecho, ya en el siglo XVIII, Gustavo Adolfo de Suecia había prestado atención a esta cuestión. Y las lecciones que se extrajeron de las experiencias suecas no serían desatendidas en Francia, nación puntera en materia de artillería en este periodo. Los oficiales más innovadores pronto hicieron suya la necesidad de disponer de piezas más maniobrables para las operaciones de campaña, y el tránsito de la artillería del antiguo sistema Vallière al nuevo sistema propuesto por Gribeauval<sup>16</sup>, fue la más clara manifestación de este pensamiento artillero. Estos nuevos materiales, más ligeros y móviles, y con mayor alcance y precisión, se adaptarían mejor a las futuras exigencias del combate.

Los avances tecnológicos en metalurgia serían de gran ayuda en estos nuevos desarrollos. El moldeo en sólido del ánima de los cañones mediante máquinas de barrenado, eliminaba el descentrado de las ánimas y permitiría la fabricación de tubos más resistentes, pero con un peso inferior a los de los antiguos cañones. La adaptación de esa nueva tecnología significaba contar, además, con las notables ventajas que tal sistema aportaba a la mejora de las condiciones balísticas y de duración de las piezas.

En España se producirá un gran debate en el plano tecnológico sobre la adopción de este sistema. Finalmente, las posibles mejoras que podía aportar la «fundición en sólido» respecto al tradicional sistema de «fundición en hueco» o de «ánima postiza», impulsará a los responsables del gobierno, el ejército y la armada a su estudio y, tras valorar su bondad, a su implantación en nuestras fábricas de cañones de Sevilla y Barcelona. Con ese objeto, se procederá a la contratación oficial de Juan Maritz, no sólo para introducir el nuevo método, sino para proyectar y construir de nueva planta las dos grandes Fábricas de Artillería de Sevilla y Barcelona, en las que se levantarán, bajo su dirección, los grandes hornos necesarios, almacenes y demás partes

---

<sup>16</sup> Experto artillero, Gribeauval fue un genio de la técnica y el padre del más completo sistema de artillería desarrollado en esta época. Cualificado oficial, en su viaje de inspección a Prusia antes del comienzo de la Guerra de los Siete Años, tuvo la oportunidad de observar los cañones prusianos y de probar personalmente los excelentes materiales austríacos del sistema Lichtenstein durante la Guerra de los Siete Años. Probablemente, para el diseño de su sistema se basó en los mejores elementos de los cañones ligeros suecos de Gustavo Adolfo, en la artillería prusiana de Federico el Grande, en el sistema Vallière y en los materiales del sistema Lichtenstein. Gribeauval no solo reformó los materiales, sino que reorganizó la estructura de la artillería, encuadrando a los artilleros en unidades tipo compañía y regimiento. Y hasta cambió los uniformes. Ningún cuerpo de artillería de su tiempo, incluido el austriaco, había sufrido una reforma tan radical.

anejas, al tiempo que se construirán locales para la instalación de sus famosas máquinas de barrenado horizontal<sup>17</sup>.

En el campo de la química, la importancia que los ilustrados concederán a esta materia tendrá una relación directa con la tecnología metalúrgica de aplicación en los materiales artilleros, aspecto vital de la industria de guerra nacional<sup>18</sup>. Concretamente, con las operaciones de afino y ligazones de metales, parte fundamental en el procedimiento a seguir en las fundiciones y fábricas militares. En éstas, tras diversos estudios y pruebas, se utilizarán los cobres de América para la obtención del bronce de cañón<sup>19</sup>, más baratos y de mejor calidad que los suecos, lo que supondrá el abaratamiento de los materiales artilleros. Asimismo, la mejora de la calidad de las pólvoras negras y del proceso de su fabricación, harán posible la utilización de menores cargas de proyección, con la subsiguiente disminución del desgaste de los tubos, sin que por ello se perdiese alcance o de efectividad en el tiro.

---

<sup>17</sup> Los progresos obtenidos inicialmente en Francia se difundieron luego a España. Se iniciaba así la reforma en profundidad de la industria española de armamento. Las negociaciones para atraer a nuestro país a técnicos extranjeros en este campo comenzaron en 1757 y se prolongaron hasta 1775. Los primeros que llegaron fueron un grupo de franceses, encabezados por Jean Drouet. Su estancia se prolongó desde 1757 a 1760. Entre 1761 y 1765 sería un maestro fundidor natural de Bohemia quien estaría a cargo de las fundiciones españolas. Los resultados obtenidos no fueron todo lo alentadores que se esperaban, lo que precipitaría que se dirigiesen las gestiones a fin de contratar al franco-suizo Juan Maritz, máximo responsable de las fundiciones francesas e inventor de la máquina de barrenar, cuyo diseño puede observarse en la obra de Morla, *Colecciones de las explicaciones a las láminas del Tratado*. Las buenas relaciones existentes entre ambas naciones por el Pacto de Familia favorecieron su venida a España, en la que permanecería desde 1766 a 1775. Maritz trajo consigo un equipo de 28 maestros y operarios, y los resultados obtenidos, aunque costosos y limitados, sentarían las bases para que, desde 1768, la técnica de fundición en sólido se aplique en las fábricas españolas. La de Sevilla será la primera en la que se introduzca este sistema y se construya la primera máquina de barrenado horizontal.

<sup>18</sup> Este interés se plasmará en acontecimientos como la contratación de Luis Proust (1754-1826), discípulo de Lavoisier, que trabajó en Vergara, Segovia y Madrid, y que enunciará en España su *Ley de las proporciones definidas*. Durante su estancia en Segovia, como profesor de los cadetes del Real Colegio de Artillería —en el que estuvo diez años—, se publicaron los dos volúmenes de los *Anales del Real Laboratorio de Química de Segovia*. De él se esperaban aportaciones prácticas, a tenor de los peritajes y análisis que se le encargaron, y que influyeron en que buena parte de ellos estuvieran vinculados con la metalurgia. No obstante, Proust siguió adelante con sus propias investigaciones, al amparo de lo que se estipulaba en su contrato. Convertido ya en químico de gran reputación en toda Europa, su presencia en la Corte se encaminó, al parecer, a halagar a la clase social que la frecuentaba y que nutría el público de sus cursos, en detrimento de la formación de auténticos profesionales. De hecho, se la ha achacado que no dejase discípulos, y es cierto que el único de relevancia que tuvo fue el capitán Juan José Munárriz, quien traduciría en 1794 el libro de química publicado por Lavoisier en 1789.

<sup>19</sup> El denominado «bronce de cañón», utilizado para la fundición de piezas artilleras, se obtenía mediante aleación de una libra de estaño por cada diez de cobre. Esta proporción de metales era utilizada en las fábricas desde 1764. El bronce se caracteriza fundamentalmente por su gran tenacidad y su dureza. La tenacidad permite que el tubo del cañón soporte las presiones de los gases de combustión, mientras que su dureza es imprescindible para evitar que el roce de los proyectiles no deteriore el ánima.

*Los nuevos sistemas de armas*

En la Guerra de la Independencia serán utilizados, básicamente, dos sistemas de artillería: el Gribeauval, reglamentario tanto en Francia como en España, y el sistema Blomefield inglés<sup>20</sup>.

El primero de ellos, que había revolucionado en el panorama artillero continental, había sido adoptado por la artillería francesa por Real Orden de 15 de octubre de 1765. El sistema encuadraba los materiales según su empleo táctico en tres grupos, con características balísticas específicas: campaña, sitio y plaza, y costa. Originalmente, los calibres de las piezas de ordenanza reglamentarias se redujeron a los siguientes: para campaña, cañones de a 12, 8 y 4 libras, y de a 1 libra para artillería ligera, y obuses de 6 pulgadas; para sitio y plaza, cañones de a 24, 16 y de a 12, 8 y 4 largos, obuses de 8 pulgadas, morteros de recámara cilíndrica de 12, 10 y 8 pulgadas, morteros Gomer –de recámara cónica– de idénticos calibres, y pedreros de 15 pulgadas; para costa, cañones de a 36, 24, 18, y de a 12, 8, 6 y 4 largos y cortos, y carronadas navales de a 36, 24, 18, y 12.

Con su adopción se había logrado la plena estandarización de todos y cada uno de los elementos de los materiales y equipos de dotación. Un aspecto fundamental de esta normalización sería, además, la simplificación de las tareas logísticas de su reparación, al facilitar a los obreros las tablas exactas con las medidas a las que habrían de atenerse, los patrones, y las herramientas, mandriles, reglas de hierro, matrices y calibres necesarios.

Técnicamente, las piezas se simplifican, se acortan y se aligeran. Los adornos prácticamente desaparecen, y en los tubos sólo se graban los datos técnicos de su fundición, la cifra del monarca o del emperador y su peso. Sus características balísticas se optimizan, en gran medida, gracias al procedimiento reglado de fundición en sólido y al posterior barrenado, que procuraba un mayor centrado de sus ánimas. Este perfeccionamiento tecnológico mejorará la precisión del tiro y el alcance eficaz de las piezas, a las que se les dota, además, de un mecanismo de tornillo de rosca para ajustar con precisión la elevación del cañón, en sustitución de las antiguas cuñas, así como de nuevas miras y alzas de puntería.

Se diseñan también nuevas cureñas para los materiales de campaña, en los que se tiene en cuenta, no sólo el factor del retroceso del tubo, sino

---

<sup>20</sup> Sobre estos sistemas, básicamente, vid. KILEY, Kevin F.: *Artillery of the Napoleonic Wars (1792-1815)*. Greenhill Books. Londres, 2004; DAWSON, Anthony et alia: *Napoleonic Artillery*. Crowood Press. Londres, 2007; HENRY, Chris et alia: *British Napoleonic Artillery 1793-1815* (1) y (2). Osprey. Londres, 2002 y 2003; y CHARTRAND, René: *Napoleon's Guns 1792-1815* (1) y (2). Osprey. Londres, 2002 y 2003.

también el del montaje en sí. Por este motivo, difieren significativamente de las que habían dotado a los sistemas anteriores, siendo más cortas, fuertes y ligeras. Estos montajes están formados por dos gualderas, en las que se hallaban las muñoneras, que podían ser cuatro –de combate y de camino– en los calibres superiores. Ambas gualderas se unen mediante un número de teleras variable, según el calibre, siendo las más importantes –de atrás hacia delante– el telerón de contera, las teleras de mira y voladera, la solera y la testera. En su fabricación se utilizan diversos materiales. Los ejes de ruedas se construyen en hierro, mucho más resistentes que los obsoletos ejes de madera; las ruedas, de mayor tamaño y solidez que en anteriores sistemas, son de madera, con refuerzos, cubos y llantas de hierro. Gualderas, teleras y otras partes se manufacturan también en madera, reforzándose con herrajes de metal. De las maderas que cita Morla en su Tratado, las de mayor utilidad por sus características específicas, son las de álamo negro, fresno y haya<sup>21</sup>.

Adicionalmente, tras las pruebas realizadas en los polígonos de experiencias franceses, la contera de las gualderas se modifica completamente, proporcionándole una forma curvada en lugar de la cuadrada habitual. Esta nueva forma, denominada de *cola de pato*, permitirá, además, un mejor uso de dos de las nuevas invenciones incorporadas al sistema Gribeauval, las *prolongas* y las *bricolas*. Las primeras consisten en unas largas cuerdas que se fijan a la parte posterior de la cureña y al avantrén para el remolque de la pieza. La *bricola* o cuerda de arrastre, llevada en bandolera por los artilleros, permite a la dotación su enganche al cañón, haciendo más fácil la operación de entrada a brazo en posición. La pieza puede cambiar así rápidamente de asentamiento en el combate, y ser transportada desde una posición a otra sin necesidad de ser enganchada en su avantrén, con el consiguiente ahorro de tiempo. La curvatura de la contera impide que la cureña se enclave en el terreno cuando es remolcada. Se facilita, de esta forma, la movilidad y la flexibilidad táctica de los cañones, disminuyendo, de paso, el número de artilleros necesarios en las dotaciones de las piezas y de las baterías.

Igualmente, se dotan de nuevos montajes a los materiales para artillería de sitio, plaza y guarnición. Las cureñas de sitio son similares a las de la artillería de campaña, aunque de mayores dimensiones, para acomodarse a las características especiales de estas bocas de fuego, más largas y pesadas. Sus ruedas se refuerzan con cubos de latón y los husillos del eje de ruedas se cubren con piezas de hierro. Por su gran peso, los tubos de los cañones

---

<sup>21</sup> MORLA, Tomás: *Op.cit.* Tomo I, artículo IV, número II, págs. 515 y ss.

de sitio se transportan separadamente de sus cureñas, y se ensamblan mediante cabrias cuando ya está preparado el asedio, lo que ocasiona que el movimiento de los trenes de sitio sea mucho más lento que el de los trenes de artillería de campaña. Por su parte, las cureñas de guarnición —o los afustes de plaza— se diferencian sustancialmente de las de campaña y sitio. Sus gualderas, escalonadas, son similares a las de la artillería naval, y se sitúan sobre unas bases de madera con raíles, a través de los cuales discurre la pieza durante su retroceso<sup>22</sup>.

Otra de las características del sistema consiste en que todos los elementos que componen las cureñas y los avantrenes son intercambiables para las piezas de un mismo calibre. Su construcción está normalizada, y se basa en planos únicos que deben ser utilizados por todos los establecimientos artilleros encargados de su fabricación y compostura. Los cajones para municiones se efectuaban partiendo de unas dimensiones únicas, siendo todas sus partes y componentes intercambiables, aunque su interior se adapta al calibre y los tipos de munición de cada pieza.

Los elementos de transporte necesarios para el movimiento de las piezas son otro de los componentes importantes del sistema Gribeauval. En los sistemas anteriores, como el Lichstenstein o el Vallière, se había procurado mantener una cierta uniformidad en cureñas y avantrenes y en los vagones de municiones, basándose, en gran medida, en los diseños de Saint Remy de finales del siglo XVII. Pero con el sistema Gribeauval, los vehículos precisos para mover las piezas se convierten en un segmento fundamental del mismo desde sus inicios. El sistema se completa con nuevas forjas de campaña, completamente rediseñadas, que acompañan a las unidades de artillería en el combate como parte integral para el mantenimiento y reparación del material en campaña, y con carros de pontones, imprescindibles para atravesar cursos de agua.

Durante la campaña de Italia, los oficiales franceses pudieron observar algunos defectos del sistema, por lo que Napoleón, por entonces Primer Cónsul, creó el Comité de Artillería, presidido por el general d'Aboville, formulando varios cambios, que originaron el llamado «Sistema del Año XI». Parcialmente aceptadas las propuestas, se reemplazaron algunos elementos del sistema Gribeauval, y se adoptó un cañón de a 6 libras, que entraría en servicio en 1803 y que sería utilizado ampliamente en la península ibérica, con un alcance eficaz próximo al 75% del cañón de a 12, y una potencia de fuego similar al de a 8 libras, aun siendo más ligero.

---

<sup>22</sup> Este tipo de montajes son utilizados también en las baterías de artillería de costa. Predecesores de los montajes de marco, tienen por objeto limitar el retroceso de las piezas, dado el escaso espacio disponible en las plazas para su asentamiento.

Además de los materiales Gribeauval reglamentarios, los franceses utilizaron en las operaciones en España piezas capturadas al ejército español, a las que consideraban de mejor fundición que las propias, y otros desarrollos, como los obuses Villantroys. Diseñados por el general Senarmont, jefe de la Artillería Imperial, y el comandante Villantroys, del que recibieron el nombre, fueron fundidos en la Fábrica de Sevilla, y tenían un alcance efectivo de unos cuatro mil metros, excepcional para la época. Estos obuses nacieron con el propósito primordial de batir Cádiz, pues los cañones y morteros asentados para poner sitio a la ciudad, apenas causaban efecto<sup>23</sup>.

A diferencia de Francia y de España, durante el período napoleónico, la Real Artillería (*Royal Artillery*), utilizó tres generaciones de tubos simultáneamente, montados en otros tantos modelos de montajes: los cañones diseñados por Armstrong-Frederick (1760); los Desaguliers (1776-8), y los Belford y Blomefield (1784). De todos ellos, la artillería británica que se desplaza a la península estará dotada con éstos últimos<sup>24</sup>.

Como sistema de artillería reglamentario<sup>25</sup>, el desarrollado por el Inspector General de Artillería Sir Thomas Blomefield se aprobó para su entrada en servicio en la Real Artillería en 1784, y en la Real Armada cuatro años después. No obstante, la producción de los tubos Blomefield, no comenzaría en la Fundación Real de Bronce (*Royal Brass Foundry*) de Woolwich hasta 1787. Y aún así, debido a ciertos problemas iniciales planteados, el sistema no será adoptado oficialmente por el Consejo de Artillería (*Board of*

<sup>23</sup> Se cree que la muerte del general Senarmont acaeció mientras estaba en la batería francesa instalada en Villat, supervisando el empleo de un obús Villantroys, y que fue causada por los certeros tiros de las baterías españolas de los Ángeles y de Gallineras. El 26 de agosto de 1812, al levantarse el asedio, los franceses abandonaron estas piezas. Actualmente los únicos que se conservan son los que el Consejo Supremo de Regencia cedió al ejército inglés en reconocimiento a su colaboración en la defensa de la Isla de León y Cádiz, y que están emplazados en el Palacio de Whitehall, en Londres. Completamente de bronce, están formados por un tubo que descansa sobre un dragón chino y llevan la inscripción «*En recuerdo de la finalización del asedio francés a Cádiz. España 1812*».

<sup>24</sup> La artillería británica en la Guerra de la Independencia no fue muy numerosa, y estuvo muchas veces en estado de precariedad, sobre todo por falta de caballos, carros de apoyo, carros de municiones y carros-forja. El 1 de noviembre de 1808, según una carta del teniente coronel William Robe, el ejército británico disponía en toda la península ibérica solamente de 52 piezas de campaña: 9 cañones de a 12 libras, 26 de a 6, 4 de a 3 y 13 obuses de 5,5 pulgadas. (DAWSON, Anthony Leslie: *Some notes on the Royal Artillery in the Peninsula, 1808*. <http://www.napoleon-series.org>)

<sup>25</sup> Sobre los cañones Blomefield y el sistema inglés, básicamente vid. HENRY, Chris: *British Napoleonic Artillery 1793-1815* (1) y (2). Osprey. Londres, 2002-2003; FRANKLIN, C. F.: *British Napoleonic Field Artillery. The first complete illustrated guide to equipment and uniforms*. Spellmount Ltd. Gloucestershire, 2008; y DAWSON, Anthony et alia: *Napoleonic Artillery*. Crowood Press. Londres, 2007.



*Ordnance*) hasta 1790. Para su sistema, Blomefield se basó en los trabajos de Leonhard Euler y en los proyectos franceses contemporáneos de Jacob Manson, intentando diseñar una artillería más precisa y de menor peso, estandarizando la longitud de los tubos a 17 calibres para las piezas más pesadas —como se había establecido en el sistema Liechtenstein austriaco— y en 13 calibres para los cañones de campaña de a 12 libras y los de a 18 y 24 de sitio. El pilar principal de la artillería británica sería, sin embargo, el cañón de a 6 libras, utilizado en su versión Belford M1780, de 5 pies de longitud, por las unidades a caballo, y en la versión Desaguliers M1778, de 6 pies de longitud, por las unidades a pie.

Como montajes, la Real Artillería utilizaría principalmente dos modelos diferentes: cureñas bimástiles M1776, diseñadas por William Congreve, y cureñas monomástil M1778, proyectadas por Thomas Desaguliers<sup>26</sup>. La mayor parte de las 52 piezas desplazadas con el ejército de Wellington a la península estaban dotadas de las cureñas M1778 más modernas, a excepción de cuatro cañones ligeros de a 3 libras y dos obuses ligeros de 5½ pulgadas, que llegaron con montajes M1776 y que, en palabras del teniente coronel William Robe, «*las hacía totalmente inaplicables para el servicio*».

Las cureñas inglesas monomástil, más maniobrables y ligeras que las Gribeauval, fueron ampliamente probadas en la guerra. La innovación que supusieron fue de enorme trascendencia, pues la doble gualdera se reduce al tercio anterior, mientras que el resto se ha reemplazado por un bloque de madera, sensiblemente prismático y de poco espesor, a modo de solera, que corre a lo largo del montaje y termina casi en punta. En lugar del orificio de la telera de contera, por el que pasa el perno pinzote del avantrén, la cureña inglesa cuenta con un argollón, y las dos asas que figuran a media gualdera, se colocan ahora muy próximas a éste. El perfil de cola de pato se conserva, y se refuerza con una placa metálica. El avantrén también se rediseña, sustituyéndose el perno pinzote por un gancho, colocado en la parte posterior del carruaje, a través del cual se introduce el argollón del mástil. Este sistema, que se denomina de suspensión, facilita considerablemente las operaciones de enganche y

---

<sup>26</sup> Curiosamente, para el diseño de las cureñas monomástil Thomas Desaguliers se basó en una cureña ligera capturada en Martinica en 1761. Auspiciado por el Marqués de Townshend, Maestro de Artillería, la cureña fue adoptada para los cañones ligeros de campaña de a 3 y 6 libras en 1777, y ese mismo año, William Congreve, comandante del Colegio de Oficiales de Artillería (*Royal Military Repository*) de Woolwich, preparó el primer manual de instrucción. Posteriormente, el Duque de Richmond hizo extensivo este tipo de cureñas a los cañones de a 6 libras pesados y a los obuses de 5½ pulgadas en 1788. La Real Artillería a Caballo (*Royal Horse Artillery*), adoptó este tipo de cureñas para todas sus piezas en 1792.

desenganche de la pieza. Además, sobre el marco del avantrén, ya despedido, se instalará un arcón de municiones.

A lo largo de la contienda, el ejército inglés utilizó inicialmente sus piezas reglamentarias de artillería de campaña, los cañones de a 12, 6 y 3 libras, y los obuses de 5½ pulgadas. Posteriormente, en 1809, se trajeron a España varios cañones de campaña de a 9 libras, que tenían un alcance efectivo similar a los de a 12 libras, pero que requerían un tiro de ocho caballos, en lugar de los diez necesarios para el de a 12<sup>27</sup>.

Los británicos hicieron uso también de varios materiales de artillería de sitio<sup>28</sup>. Desde Inglaterra se transportaron varios trenes, compuestos por cañones de a 24 y a 18 libras, obuses de 8 pulgadas, carronadas de 68 libras y morteros de 10 pulgadas. Además de estos materiales, los artilleros británicos utilizaron en España, al menos experimentalmente, lanzadores de cohetes Congreve, tanto en montajes a bordo de buques de guerra, como en tierra.

La artillería británica en la Guerra de Independencia se articuló como se cita a continuación: cuatro brigadas de artillería a pie, dotadas en total con 5 cañones de a 12 libras, 14 cañones de a 6 libras, 3 obuses ligeros de 5½ pulgadas y otros 2 obuses ligeros del mismo calibre; una unidad de artillería ligera, adscrita a la caballería, con 4 cañones de a 3 libras y dos obuses ligeros de 5½ pulgadas; la Real Artillería a Caballo, con dos escuadrones, armados cada uno con 5 cañones de a 6 libras y un obús de 5½ pulgadas; y tres brigadas de la «*King's German Artillery*», que contaban en total con 4 cañones de a 12 libras, 12 cañones ligeros de a 6 libras, 2 obuses pesados de 5 ½ pulgadas y otros dos ligeros del mismo calibre. En abril de 1809, estaban acantonadas, además, otras cinco brigadas de artillería en Lisboa, con 4 cañones de a 3 libras, 11 cañones ligeros de a 6 libras, 5 pesados del mismo calibre, y 5 obuses pesados de 5½ pulgadas.

En los dos cuadros siguientes se resumen las características técnicas y balísticas de las principales piezas que componen los sistemas Gribeauval y Blomefield.

---

<sup>27</sup> Algunos autores han venido considerando que la artillería británica en España adolecía de piezas capaces de enfrentarse a las francesas, y que esta circunstancia fue determinante para enviar a la península los cañones de a 9 libras. Esta apreciación es incorrecta, dado que los cañones británicos de a 12 libras estuvieron presentes desde el principio de la guerra. (DAWSON, Anthony Leslie. *Some notes on the Royal Artillery in the Peninsula, 1808*. <http://www.napoleon-series.org>).

<sup>28</sup> TIMBERS, Brigadier K.A.: «Siege artillery in the Peninsular War» en *Militaria. Revista de Cultura Militar*, nº 7. UCM, Madrid, 1995.

<b>CUADRO N° 1. SISTEMA GRIBEAUVAL<sup>I</sup></b>				
PIEZA	CALIBRE DEL TUBO (milímetros)	LONGITUD DEL TUBO (centímetros)	PESO DEL TUBO (kilogramos)	PESO DEL PROYECTIL (kilogramos)
<i>Artillería de campaña</i>				
Cañón de a 12 libras	121,3	229	880	6
Cañón de a 8 libras	106,1	200	580	4
Cañón de a 6 libras (Año XI)	95,8	180	390	3
Cañón de a 4 libras	84,0	157	290	2
Cañón de a 1 libra	53,5	151	134	
Obús de 6 pulgadas	165,7	76	325	11
<i>Artillería de sitio y guarnición</i>				
Cañón de a 24 libras	152,7	353	2740	12
Cañón de a 16 libras	133,7	336	2000	8
Cañón de a 12 libras	121,3	317	1550	6
Cañón de a 8 libras	106,1	285	1060	4
Cañón de a 4 libras (largo)	84,0	235	560	2
Obús de 8 pulgadas	223,3	94	540	21

<sup>I</sup> Tomado de KILEY: *op. cit.* Página 40.

<b>CUADRO N° 2. SISTEMA BLOMEFIELD<sup>II</sup></b>				
PIEZA	CALIBRE DEL TUBO (milímetros)	LONGITUD DEL TUBO (centímetros)	PESO DEL TUBO (kilogramos)	PESO DEL PROYECTIL (kilogramos)
<i>Artillería de campaña</i>				
Cañón de a 12 libras	118,0	199,60	914,44	5,4
Cañón de a 9 libras	106,6	182,88	686,45	4,1
Cañón de a 6 libras (Artillería a pie)	93,1	158,40	305,88	2,7
Cañón de a 6 libras (Artillería a caballo)	93,1	152,40	279,41	2,7
Cañón de a 3 libras	74,0	106,68	127,12	1,5
Obús de 5,5 pulgadas (Artillería a pie)	139,7	83,82	508,48	7,3
Obús de 5,5 pulgadas (Artillería a caballo)	139,7	67,95	241,53	7,3
<i>Artillería de sitio</i>				
Cañón de a 32 libras	162,7	289	2676,2	14,5
Cañón de a 24 libras	147,9	289	2540,7	10,9
Cañón de a 18 libras	134,3	274	2134	8,2
Carronada de 68 libras	201,2	157	1829	30,9
Mortero de 13 pulgadas	330,2	109,2	1270	s.d.
Mortero de 10 pulgadas	254,0	88,9	787,4	s.d.
Mortero de 8 pulgadas	203,2	41,4	812,8	s.d.

<sup>II</sup> Elaboración propia a partir de KILEY: *op. cit.*; HENRY: *op. cit.*; y DAWSON: *op. cit.*

*Los materiales españoles*

Los materiales con los que la artillería española entra en guerra contra las tropas imperiales de Napoleón, son similares a los utilizados por sus adversarios galos, dado que ambos ejércitos compartían el mismo sistema Gribeauval.

España también había asumido el proceso de modernización que se estaba llevando a cabo en las artillerías europeas. La Corona, continuadora de la línea aperturista marcada por Felipe V y Patiño, mantenida por Fernando VI y Ensenada, y consolidada por Carlos III y sus ministros, había enviado comisiones de oficiales a recorrer la Europa Ilustrada en unos años clave para el desarrollo de la artillería. La contratación de expertos extranjeros, la práctica del espionaje industrial, la concesión de becas a oficiales de artillería y civiles para estudiar en otros países las más avanzadas técnicas practicadas en Europa, o la introducción en los programas de estudios de las academias militares de las materias químicas e industriales, va a suponer el comienzo de un proceso destinado a alentar, prestigiar e incentivar el interés por dichos conocimientos entre los propios profesionales militares. Carlos III encomendaría, además, a otro italiano, Félix Gazola, la tarea de reformar el Cuerpo de Artillería. Aunque oficialmente se le ha atribuido esta reforma –y de hecho, fue en gran parte obra suya–, la última tecnología y las teorías vigentes más avanzadas sobre materiales, técnicas y tácticas artilleras de la época procederían de Francia.

A lo largo de estos años, artilleros españoles como Jorge Guillelmi o Tomás de Morla, habían adquirido una amplia experiencia en los diversos viajes y comisiones al extranjero. Este último, con el apoyo explícito del Conde de Lacy, Director General de la Artillería, es designado para efectuar en España las primeras experiencias de fabricación de materiales del sistema Gribeauval. Todas las actividades y experiencias que se llevarán a cabo forman parte de un plan general de modernización del material de artillería español, va a dar como resultado la aprobación del sistema de artillería de Nueva Ordenanza de 1783.

Este nuevo sistema de artillería<sup>29</sup> está compuesto por cañones de a 12, 8 y 4 libras *cortos o aligerados* y un obús de 7 pulgadas para artillería de campaña, un cañón de a 4 libras para artillería de montaña, cañones de a 24 y a 16, y los de a 12, a 8 y a 4 *largos* y un obús de 9 pulgadas para artillería de sitio y guarnición o plaza; morteros de recámara cilíndrica de 14 y 10

<sup>29</sup> Vid. MEDINA ÁVILA, Carlos J.: «Capítulo XVII. El armamento. Visión histórica del material de artillería en España», en VV.AA.: *Al pie de los cañones. La Artillería española*. Tabapress. Madrid (1992).

pulgadas, morteros Gomer de recámara cónica de 14, 12 y 7 pulgadas, y un pedrero de 19 pulgadas<sup>30</sup>.

En la Maestranza de Barcelona, bajo la dirección de Morla, se emprenderá la construcción de cureñas modificadas, fruto de sus experiencias y observaciones, más cortas y aligeradas respecto a las francesas. Para acometer esta empresa, se reciclaron las técnicas de trabajo de la Maestranza, en consonancia con los nuevos presupuestos.

Los tubos se manufacturan tanto en la Maestranza de Barcelona como en la Fábrica de Artillería de Sevilla. De moldeo en sólido, son más sencillos que los anteriores del sistema Vallière reglamentario, al igual que los franceses, pero de una fundición superior. Los adornos prácticamente han desaparecido, se eliminan los delfines y las asas pasan a ser lisas y de sección hexagonal. Llevan grabada la cifra del monarca delante del fogón, la fecha de su fundición en la faja alta de la culata, y el nombre dado a la pieza en una faja volante próxima al collarín. En el muñón derecho se graba el peso de la pieza en quintales (qq.) y toneladas (tt.) y en el izquierdo el tipo de metal empleado en su fabricación, generalmente bronce.

Además de estas piezas, la artillería española se dota de cañones denominados «violentos»<sup>31</sup> para la artillería ligera a caballo. Vicente María de Maturana, artillero del Real Colegio de Segovia, había experimentado ya con materiales ligeros en el Virreinato de Río de la Plata en 1777, mucho antes que los prusianos en Rostock o los franceses en Valmy<sup>32</sup>. Este tipo de artillería, a la que denominó «Volante», en atención a sus características, sería objeto de presentación a Manuel Godoy, Generalísimo de los Ejércitos y Príncipe de la Paz<sup>33</sup>.

<sup>30</sup> Como indica Morla en la nota a la lámina 18 de su Tratado de Artillería, los calibres de los morteros y los pedreros españoles habían pasado a denominarse en pulgadas castellanas, en lugar de pulgadas francesas. Así, el pedrero de 19 pulgadas castellanas equivalía al pedrero de 16 pulgadas francesas; el mortero de 14 pulgadas castellanas, al de 12 pulgadas francesas; el de 12 pulgadas castellanas, al de 10 pulgadas francesas, el de 10 pulgadas castellanas, al de 9 pulgadas francesas; el de 7 pulgadas castellanas al de 6 pulgadas francesas, el obús de 9 pulgadas castellanas al de 8 pulgadas francesas, y el obús de 7 pulgadas castellanas, al de 6 pulgadas francesas. (MORLA, Tomás de: *Colecciones de las explicaciones a las láminas del Tratado*. Imprenta Real. Madrid, 1803. pág. 72).

<sup>31</sup> Los cañones maniobreros de Maturana, que recibieron la denominación de «cañones violentos», eran los antiguos cañones de a 8, barrenados de a 8, de forma que su peso fuese menor y disparasen un proyectil de 8 libras. (DE LA LLAVE Y GARCÍA, Pedro: *Lecciones de artillería, explicadas en la Escuela Superior de Guerra*. Imprenta Memorial de Ingenieros. Madrid, 1899. Segunda parte, volumen III, pág. 254).

<sup>32</sup> HERRERO FERNÁNDEZ DE QUESADA, María Dolores: «Capítulo V. La artillería en la Guerra de la Convención», en VV.AA.: *Al pie de los cañones. La Artillería española*. Tabapress. Madrid (1992)

<sup>33</sup> Esta presentación quedó reflejada en los conocidos grabados de José López Enguñados. Los cañones violentos fueron adoptados también como reglamentarios para la Brigada de Artillería Volante del Real Cuerpo de Guardias de Corps en 1797.

La adopción de estos nuevos materiales llevará consigo la aplicación de las nuevas tácticas artilleras entonces en vigor en Europa, que se implementarán con importantes manuales, necesarios para el conocimiento de los materiales y el adiestramiento en su uso, escritos por el mismo Morla y por el general Urrutia<sup>34</sup>.

En 1792 se comenzaría a dotar a las unidades artilleras con los nuevos montajes «a la Gribeauval» y con piezas cortas de batalla, dotadas de alzas tipo prusiano<sup>35</sup>. Estos materiales, junto a los cañones «violentos» de la artillería ligera, tuvieron su bautismo de fuego en 1793, durante la Guerra contra la Convención francesa. Tras su prueba en combate, se observaron sus ventajas y ciertos defectos a subsanar.

En el cuadro número 3 adjunto se resumen algunas de las características técnicas de las piezas del sistema Gribeauval español.

### *Las municiones y sus efectos en el combate*

Todos estos nuevos materiales franceses, ingleses y españoles, se complementarían con el perfeccionamiento de pólvoras, municiones y espoletas, que les permitirán una efectividad y unos alcances superiores a los conseguidos en periodos anteriores. Partiendo de estas bases, también se mejoran las técnicas artilleras: se establecen nuevas tablas de tiro para todos los materiales y, junto con los nuevos elementos de puntería, se incrementan tanto la precisión como el control del tiro.

La pólvora negra, seguirá siendo la carga de proyección empleada en el lanzamiento de los proyectiles de artillería<sup>36</sup>. No obstante, se investiga en los métodos de afino y preparación de sus componentes, su mezclado, graneado y posterior secado, para procurar su optimización<sup>37</sup>. Su composición, con leves variantes, seguirá la clásica proporción de 12,5 partes de carbón, 7,5

---

<sup>34</sup> *Tratado de Artillería para el uso de la Academia de Caballeros Cadetes del expresado Real Cuerpo*, de Don Tomás de MORLA. Imprenta Real. Madrid, 1803; y *Colección de Ejercicios Facultativos para la uniforme instrucción de la Tropa del Real Cuerpo de Artillería, formada por disposición del Excmo. Sr. Don Joseph Urrutia*. Imprenta Real. Madrid, 1801.

<sup>35</sup> SALAS, Ramón de: *Memorial Histórico de la Artillería Española*. Imp. García. Madrid, 1831. pág. 128.

<sup>36</sup> Las cargas utilizadas para los cañones de 12, 8 y 4 libras con bala rasas eran de 4, 2 ½ y 1 ½ libras de pólvora, y con metralla, de 4¼, 2¾ y 1¾ libras, dado que el bote de metralla pesaba más que el proyectil macizo. En los obuses de 6 pulgadas se empleaban regularmente de 20 a 24 onzas de pólvora para el disparo de la granada. (URRUTIA, *op.cit.*, pág. 197).

<sup>37</sup> Entre ellos, cabe destacar la obra de MORLA, Tomás de: *Arte de fabricar pólvora dividido en tres libros*. Imp. Real, por D. Pedro Julián Pereyra. Madrid, 1800.

partes de salitre y 12,5 partes de azufre<sup>38</sup>. La pólvora se dispone habitualmente en un cartucho o saquete<sup>39</sup>, constituido por una bolsa de franela o de papel, cuyo diámetro exterior coincide con el calibre del proyectil. Una vez introducido en la recámara de la pieza, se introduce separadamente en el tubo el relleno para provocar la obturación y el proyectil, procediendo después al atacado. Posteriormente, el cartucho de la carga de proyección se perfora con una aguja a través del oído del tubo, y se ceba con pólvora más viva.

En cuanto las municiones, las verdaderas armas que utiliza la artillería para ejercer su acción en la batalla, sufren igualmente una cierta evolución, aunque no tanto en el campo de los proyectiles macizos, como en el de las municiones antipersonal.

Los proyectiles macizos, que reciben también las denominaciones de balas lisas o rasas, siguen siendo simples esferas de hierro fundido de masa prácticamente homogénea y diámetro algo menor que el calibre del cañón que debía dispararlas<sup>40</sup>. Sus efectos son proporcionales a la fuerza con que se lanzan, por lo que los de mayores dimensiones, disparados por los cañones de calibres superiores, de a 36, 24 y a 16 libras, son utilizados fundamentalmente por la artillería de sitio y plaza para dismantelar los muros de mampostería de las obras y fortificaciones. Los calibres empleados principalmente por la artillería de campaña –los cañones de a 12 libras e inferiores– se usan contra los cuadros de infantería y de caballería. Con estos proyectiles, los alcances máximos de las piezas podían superar los 1.000 metros, si bien los alcances eficaces, en los cañones largos de sitio y plaza, rondaban los 800 metros, y los 500 metros en los materiales utilizados por la artillería de campaña.

---

<sup>38</sup> MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *Historia de la Artillería*. Escelicer. Buenos Aires (1947), págs. 230-231. En las pólvoras, el carbón es el elemento combustible; el salitre, que proporciona el oxígeno necesario, el elemento comburente; y el azufre, que actúa como aglutinante, favorece la reacción química.

<sup>39</sup> El cartucho fue inventado por el teniente general francés Brocard, probablemente en la década de 1740, aunque no se generalizará hasta algunas décadas después.

<sup>40</sup> Esta diferencia entre el diámetro del proyectil y el calibre del tubo, se denomina viento. Su función es, principalmente, la de facilitar la carga de la pieza, evitando que el proyectil se atore en la boca. En el combate, la rapidez en el servicio en fuego es fundamental, y un contratiempo de este tipo, además de la consiguiente pérdida de tiempo y de la cadencia de fuego de la batería, puede llegar, incluso, a inutilizar una pieza o causar un grave accidente.

<b>CUADRO N° 3. MATERIALES DE LA NUEVA ORDENANZA. SISTEMA GRIBEAUVAL ESPAÑOL. CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS<sup>III</sup></b>													
	CALIBRE DEL TUBO				LONGITUD DEL TUBO				PESO DEL TUBO ( <i>lib = 460,0 grs</i> )	PESO TOTAL DE LA PIEZA ( <i>lib = 460,0 grs</i> )	PESO DEL PROYECTIL <i>Kilogramos aproxi-</i>		
	Medidas de París				Medidas de París								
	Pies	Pulgadas	Líneas	Puntos	Pies	Pulgadas	Líneas	Puntos					
	Milímetros				Milímetros								
<b>Artillería de campaña</b>													
Cañón de a 12 libras corto	-	4	5	9	121,3	7	-	6	-	2.291,6	2.100	6.804	6
Cañón de a 8 libras corto	-	3	11	-	106,1	6	1	6	-	1.993,3	1.370	4.838	4
Cañón de a 4 libras corto	-	3	1	3 <sup>3/4</sup>	84,1	4	10	10	4	1.593,5	680	2.880	2
<b>Artillería de sitio, guarnición o plaza</b>													
Cañón de a 24 libras largo	-	5	7	9	150,6	10	10	2	1	3.524,0	6.400	20.000	12
Cañón de a 16 libras largo	-	4	11	3	129,2	9	6	11	7	3.112,3	4.200	13.680	8
Cañón de a 12 libras largo	-	4	5	9	121,3	9	8	5	5	2.827,7	3.600	11.730	6
Cañón de a 8 libras largo	-	3	11	-	106,1	8	7	9	-	2.808,7	2.600	7.958	4
Cañón de a 4 libras largo	-	3	1	3 <sup>3/4</sup>	84,1	7	6	6	6	2.451,1	1.410	4.888	2
<b>Artillería de montaña</b>													
Cañón de a 4 libras	-	3	1	3 <sup>3/4</sup>	84,1	2	7	9	4	860,3	150	-	2



<b>Obuses</b>													
Obús de 7 pulgadas	-	6	2	-	167,2	1	7	3	-	522,1	2.700	3.381	21
Obús de 9 pulgadas	-	8	-	-	216,6	2	1	7	-	693,8	700	11.260	11
<b>Morteros y pedreros</b>													
Cilíndrico de 14 pulgadas	1	-	-	-	325,2	1	11	6	-	637,3	2.200	-	-
Cónico de 14 pulgadas	1	-	-	-	325,2	2	9	1	4	896,4	2.700	11.223	-
Cónico de 12 pulgadas	-	10	1	6	274,1	2	4	-	4	758,7	1.900	8.121	-
Cónico de 7 pulgadas	-	6	1	9	166,4	1	4	2	8	439,1	200	1.211	-
Pedrero de 19 pulgadas	1	4	-	-	433,6	2	1	1	-	680,2	2.900	-	-

<sup>III</sup> Elaboración propia basada en MORLA, Tomás: *Op. cit.* Tomo I. Págs. 376 y ss.

Sus efectos son demoledores, tanto física como psicológicamente: las balas rasas atraviesan lentamente el aire tras el disparo, produciendo un peculiar silbido mientras se acercan a su objetivo, y atemorizando a infantes y jinetes por los previsibles destrozos materiales que ocasionaría su impacto en las cerradas formaciones. Un solo proyectil era capaz de causar numerosas bajas si enfilaba bien una de las densas hileras de una formación, por lo que cuando entraban dentro del alcance eficaz de las baterías, los jefes de unidad procuraban disminuir el fondo de la formación. Pero si el proyectil no impactaba directamente y caía a tierra, podía ser incluso más mortífero. A causa de su gran energía cinética comenzaba a rebotar y a rodar, llevándose todo lo que encontraba a su paso: pies y tobillos humanos, patas de las caballerías y ruedas de carruajes. Este tiro de rebote, que tenía efectos letales, será una técnica muy utilizada por la artillería, y se recoge en todos los manuales de la época.

Los proyectiles macizos, calentados al rojo vivo en hornillos de reverbero, se denominan «balas rojas»<sup>41</sup>, y se utilizan como proyectiles incendiarios en los sitios a plazas o por la artillería de costa. Disparadas contra un polvorín, o contra un navío de guerra, construido en su mayor parte de madera, podían causar peligrosos incendios y voladuras, llegando a inutilizar el buque para la navegación, o siendo fatales para la defensa de una plaza de guerra o una posición fortificada.

Con el uso de los cartuchos se introduce el concepto de *disparo encintado*. La unión del cartucho de pólvora, el material de obturación y el proyectil mediante el encintado, permite una mayor velocidad en la carga de las piezas, y el aumento de las cadencias de tiro, que se situarán en el disparo por minuto de los cañones de a 12 libras, y en los dos disparos por minuto en los calibres menores<sup>42</sup>.

---

<sup>41</sup> Sobre la utilización de los hornillos de reverbero y el uso de estas municiones, así como de las prevenciones que habían de tomarse para su disparo, vid. URRUTIA (*op.cit.*), págs. 63 y ss.

<sup>42</sup> En las pruebas realizadas por la artillería británica en Hyde Park en 1802 y en Jersey en 1805, con cañones de a 6 libras, se obtuvo como resultado una cadencia de un disparo cada ocho segundos, muy superior a las que se citan. Estas cadencias podrían ser aceptables para los calibres inferiores, y en pruebas asépticas, pero son insostenibles en combate, donde los avantrenes con la munición estaban situados a retaguardia de la línea de piezas, y los artilleros tenían que recorrer 50 yardas para amunicionar la pieza. Sin contar, claro está, con la escasa visibilidad debido a la combustión de la pólvora que no permitía ver detrás del cañón hasta que no se disipase el humo, y con que, debido a la composición de las pólvoras, era preciso la limpieza del tubo en cada disparo. Se estimaba que un cuadro de infantería en su aproximación y ataque a la línea enemiga, estaría expuesto al fuego de la artillería, entre 11 y 12 minutos, y un escuadrón de caballería unos 10 minutos. No obstante, las pruebas se efectuaron teniendo como referencia una unidad de infantería, que comenzaba su ataque a 250 yardas, y a un dragón, que comenzaba su ataque a 600 yardas, tránsitos en los que estaban expuestos al fuego artillero 117 segundos, y en los que recibirían 14 disparos por pieza. (Datos extraídos de FRANKLIN, C.F.: *British Napoleonic Field Artillery*. Spellmount Ltd.

La munición antipersonal más comúnmente utilizada son los botes de metralla. Están compuestos por unos cilindros de hojalata rellenos de balines de hierro, y pueden ser de dos tipos, ligeros y pesados. Los ligeros, utilizados a muy corta distancia, contienen entre 60 y 120 balines; los pesados, empleados en distancias superiores, llevan de 30 a 60 proyectiles de mayor calibre. Cuando son disparados, los botes se rompen en la boca de la pieza, produciendo un cono de metralla a derecha e izquierda del tubo. Sus mortíferos efectos podían frenar en seco el asalto de la infantería o la carga de la caballería enemiga. El alcance eficaz, dentro del cual el cono de dispersión llega algo cerrado, no supera los 600 metros en las piezas de mayor calibre. Pero, en cualquier caso, este alcance es muy superior al del fusil de chispa de la infantería, por lo que el bote de metralla constituye un poderoso elemento defensivo para las baterías, al poder batir al enemigo fuera del radio de acción de la fusilería enemiga<sup>43</sup>.

Además de los botes de metralla, la artillería inglesa utilizará en la guerra de España, por vez primera, un nuevo proyectil de fragmentación, llamado *shrapnel*, en honor a su inventor, el teniente de artillería británico Henry Shrapnel. El innovador proyectil, una esfera hueca de hierro rellena de una mezcla de balines y pólvora, está dotado de una espoleta y explosiona a media altura. Muy eficaz contra tropas al descubierto y en sitios a plazas, podía ser disparado tanto por cañones como por obuses, obteniendo alcances superiores a los 1.000 metros.

Los morteros utilizan la bomba como munición habitual<sup>44</sup>, un proyectil hueco de hierro fundido con una carga interior de pólvora. Exteriormente lleva un orificio, denominado boquilla, donde se coloca la

Gloucestershire, 2008). Es decir, más de siete disparos por minuto, una cadencia superior, incluso, a los cañones Light Gun L119 de 105 mm, actualmente reglamentarios en los ejércitos británico y español, cuyas cargas de proyección, de pólvora sin humos, hace innecesaria la limpieza del tubo cada vez que se efectúa el disparo.

<sup>43</sup> Un claro ejemplo de la utilidad del bote de metralla y del buen gobierno de la artillería, es la batalla de Alcañiz, en la que los artilleros, con los cañones cargados con este tipo de munición, aguantaron hasta que las tropas enemigas estuvieran casi en la misma línea de cañones, desencadenando entonces una verdadera tormenta de hierro y fuego. El brigadier Martín García Loygorri obtuvo, por esta gloriosa acción, el empleo de mariscal de campo, a los ocho meses de su ascenso a brigadier, y después la Cruz Laureada de San Fernando, la primera que brilló en el uniforme del Cuerpo. Así quedó constatado en el parte oficial de la batalla, firmado por el general Joaquín Blake: «*Toda su furia vino a estrellarse en la roca impenetrable que le opuso nuestra artillería. Seguramente que si los oficiales que la servían no hubiesen conservado la increíble serenidad y valor para esperar al enemigo, no haciéndole fuego de metralla hasta que casi tocaban las bocas de los cañones, quizás hubiesen logrado romper la línea*».

<sup>44</sup> La bomba es el emblema de la artillería española por excelencia, y se ha venido utilizando en los cuellos y faldones de los uniformes del Arma, por oficiales y artilleros, al menos, desde 1802.

espoleta. Internamente, el culote es de mayor espesor que las paredes, al objeto de soportar mejor las presiones que se producen en el momento del disparo. Erróneamente, se consideraba que el mayor peso en la base estabilizaba su vuelo, al servir de contrapeso durante la trayectoria, evitando la rotura o el apagado de la espoleta en el momento del choque con el terreno.

También de uso común por este tipo de materiales es la *pollada*, compuesta por un árbol hueco central de madera con numerosos orificios, y una serie de platos sobre los que se cargan bombas huecas de hierro fundido. Cada bomba dispone una larga mecha, que sale al exterior por el culote del árbol central. El fogonazo producido por el disparo del mortero enciende todas las mechas que, al consumirse hacen que las granadas explodan. Este tipo de municiones, lanzadas por el segundo sector, eran muy efectivas en la guerra de sitio.

Los obuses de campaña, por la trayectoria curva de sus tiros, se utilizan sobre todo para batir atrincheramientos en la batalla en campo abierto y en los sitios a plazas, mediante el denominado *tiro de sumersión*, con el que se procura introducir proyectiles explosivos en el interior de las defensas enemigas, bien como preparación al asalto de la infantería, o para batir concentraciones de tropas. Este tipo de proyectiles utilizados por los obuses, llamados granadas o *granadas reales*, son similares a las bombas de los morteros, aunque su fisonomía es algo diferente, dado que no llevan resalte alguno alrededor de la boquilla, ni tienen un mayor espesor en el culote. Su radio de acción oscila entre los 10 y los 30 metros.

En cuanto al inicio de la acción y al uso de las diversas municiones, Urrutia aconseja, en su *Colección de Ejercicios...*, romper el fuego a no más de 400 toesas –unos 800 metros– del objetivo, distancia a la cual todavía son considerables los rebotes. Entre 400 y 200 toesas –de 800 a 400 metros–, se debe hacer fuego con bala rasa, y desde 200 hasta 100 toesas –de 400 a 200 metros–, con botes de metralla gruesa, aunque si el fuego se efectúa de enfilada, es recomendable el uso de balas macizas. A partir de 100 toesas –200 metros–, se empleará metralla menuda, a menos que se coja al enemigo de enfilada o que las tropas propias estén muy cercanas, en cuyo caso se utilizaría la bala. A quemarropa, «...será el fuego muy sangriento siempre que se tire con la mayor viveza, y con menos pólvora que la de la carga regular; pues con cargas muy fuertes se apeltan las balas de plomo y todas las de metralla se esparcen más...»<sup>45</sup>.

---

<sup>45</sup> URRUTIA: *op.cit.*

*Alcances de los materiales*

El alcance de una pieza está en función del volumen de la carga de proyección utilizada y del ángulo que se proporciona al tubo. Este ángulo de tiro es parte sustancial de la puntería de la pieza, operación básica del tiro, y fundamental para la eficacia de los fuegos.

La puntería de una pieza se realiza tanto en el plano vertical –puntería en elevación–, como en el horizontal –puntería en dirección–. Habitualmente, esta operación se efectúa mediante la línea de mira, situando el cañón en dirección al blanco, y levantando o bajando su culata para proporcionarle el ángulo de tiro adecuado, según la distancia al objetivo. En los materiales de esta época, la línea de mira se materializa mediante los puntos más altos de la culata y del brocal del tubo. Apuntando por el raso de los metales con el ángulo de elevación natural en su montaje, si la línea de mira corta a la de tiro, al apartarse de ésta la línea real de la trayectoria del proyectil por efecto de la gravedad, la distancia entre el origen de fuego y el impacto en el centro de un blanco puesto en ese punto, se denomina «*distancia de punto en blanco*», y el tipo de puntería recibe la misma denominación. Si el blanco está situado más alejado, ha de bajarse la culata, aumentando el ángulo de tiro, para efectuar la «*puntería por elevación*». Por el contrario, si el blanco está más cercano al origen de fuego, es preciso levantar la culata y disminuir el ángulo de tiro, efectuando la «*puntería por depresión*». Los ángulos de elevación oscilan entre 0° y 4° para los cañones, y entre 0° y 12° para los obuses.

La puntería de los morteros es más complicada, por la misma constitución de estas bocas de fuego y las características de su tiro. Estas circunstancias obligan a valerse de unos instrumentos de puntería, llamados pínulas o alidadas, para efectuar la puntería en dirección, ya que el ángulo de elevación es constante, de 45°, y viene marcado por la posición del tubo en su afuste, que es fija. Los obuses, montados en cureñas similares a la de los cañones, se apuntan en la mayoría de las ocasiones como éstos últimos. Sin embargo, cuando es necesario efectuar el fuego con grandes ángulos de elevación, se precisa del uso de instrumentos de puntería –plomadas, alidadas y escuadras– como en los morteros.

La puntería en dirección se efectúa apuntando al blanco mediante la línea de mira y desplazando la contera de la cureña de la pieza, a izquierda o derecha, según sea necesario. Una vez apuntado en dirección, se ha de rectificar de nuevo la puntería en alcance, subiendo y bajando la culata como se ha descrito, para colocar luego la cuña de puntería adecuada, debajo del bloque de culata, o mover la rosca del tornillo de puntería, en las piezas que

cuenten con él, hasta que la visual pasase por el centro del blanco, por encima del mismo, o por debajo, según la puntería sea de punto en blanco, por elevación o por depresión, respectivamente.

En el siguiente cuadro, se expresan los alcances de los principales materiales utilizados en nuestra Guerra de la Independencia.

<b>CUADRO N° 4. ALCANCES APROXIMADOS DE LOS MATERIALES DE ARTILLERÍA DE CAMPAÑA<sup>IV</sup></b>				
Sistema	Pieza	Proyectil macizo		Bote de metralla (metros)
		Alcance máximo (metros)	Alcance eficaz (metros)	
GRIBEAUVAL	Cañón de a 12 libras	1800	900-1000	500-600
	Cañón de a 8 libras	1500	800-900	400-500
	Cañón de a 6 libras (Año XI)	1500	800	400-450
	Cañón de a 4 libras	1200	800-900	300-400
	Obús de 6 pulgadas	1200	700	500-600
BLOMEFIELD	Cañón de a 12 libras	2000	1200-1000	500-600
	Cañón de a 9 libras	1700	800-900	450
	Cañón de a 6 libras	1200-1500	600-700	350-400
	Cañón de a 3 libras	1000	320-400	275-300
	Obús de 5,5 pulgadas	1700	700	500

<sup>IV</sup> Elaboración propia basada en KILEY (*Op. cit.*); HENRY (*Op. cit.*); DAWSON (*Op. cit.*); CHARTRAND (*Op. cit.*); y WISE (*Op. cit.*).

### *Municionamiento y transporte, cuestiones logísticas básicas*

La logística ha sido siempre una de las principales preocupaciones de los artilleros. La conservación, mantenimiento y reparación de materiales y municiones, y su transporte, son fundamentales para cumplir con eficacia las misiones asignadas.

El municionamiento era una obsesión para Napoleón, como para cualquier artillero, dado que es cuestión imprescindible para dar continuidad a los fuegos. Generalmente, asignaba el doble de la dotación básica a cada pieza de artillería de su ejército, entre 300 y 350 disparos. La *Grande Armée* podría marchar hambrienta, pero nunca carente de municiones de artillería<sup>46</sup>.

<sup>46</sup> La artillería francesa en la península, utilizó grandes cantidades de municiones: durante el sitio de Gerona, bombardeó la ciudad con más de 6.000 granadas, 10.000 bombas y cerca de 500.000 de balas rasas; en Ciudad Rodrigo, las baterías galas hicieron 18.286 disparos de cañón y 11.859 de obús y mortero, y consumieron 61.000 kg de pólvora; en Tarragona, para abrir las nueve brechas, se efectuaron 42.000 disparos...

La adopción de los nuevos materiales vino acompañada de la idea de proporcionar a cada pieza un número determinado de municiones como dotación de uso inmediato. De esta manera, se agilizaba la acción de la artillería, sobre todo en las acciones ofensivas, al poder romper el fuego nada más entrar en posición sin tener que esperar a la llegada de los carros de munición, bien porque éstos hubiesen sufrido un accidente, o porque se retrasasen, dado que su desplazamiento era más lento que el de las piezas. Esta dotación de uso inmediato se transporta en cajas de municiones, situadas entre las gualderas, en el sistema Gribeauval, o en el eje de ruedas y el avatrén, en las cureñas británicas. El resto de las municiones que constituyen la dotación de pieza se transportaban en los carros de municiones. Habitualmente, la dotación de pieza estaba compuesta por proyectiles macizos y botes de metralla, para los cañones, y proyectiles macizos, granadas y bombas incendiarias, en el caso de los obuses.

La distribución de la dotación de municiones por pieza en los diversos escalones puede observarse en los siguientes cuadros.

Pieza	Proyectiles macizos		Botes de metralla
	En el cajón de pieza	En el carro de municiones	
Cañón de a 12 libras	9	48	20
Cañón de a 8 libras	15	62	20
Cañón de a 6 libras	21	100	40
Cañón de a 4 libras	18	100	50
Obús de 6 pulgadas (granadas)	4	49	11

<sup>V</sup> KILEY: (*Op. cit.*) págs. 132 y 137.

Pieza	Proyectiles macizos / granadas					Botes de metralla				
	En los cajones de pieza	En el avatrén de pieza	En el avatrén del carro de municiones	En el carro de municiones	Dotación total por pieza	En los cajones de pieza	En el avatrén de pieza	En el avatrén del carro de municiones	En el carro de municiones	Dotación total por pieza
Cañón de a 12 libras	-	24	24	28	76	-	4+4	4+0	2+8	10+12
Cañón de a 9 libras	-	26	26	36	88	-	3+3	3+3	2+2	8+8
Cañón de a 6 libras	8	32	32	60	132	-	10+10	4+4	5+5	19+19
Cañón de a 3 libras	12	40	40	96	188	-	10+10	5+5	-	15+15
Obús de 5 <sup>1/2</sup> pulgadas	-	6+6	6+6	20+4	32+16	-	-	-	8	8

<sup>VI</sup> Elaboración propia a partir de HENRY (*Op. cit.*); DAWSON (*Op. cit.*); y WISE, Terence: *Artillery equipments of the Napoleonic Wars*, Osprey, Londres (1984).

En cuanto a su conservación, du Teil expresaba con acierto que es<sup>47</sup> «... uno de los objetivos más en el empleo de la artillería... las reglas principales para su servicio son la proporción del fuego a aplicar en función de la importancia del objetivo, preparar la dotación de las propias municiones y conservarlas para los momentos esenciales y decisivos».

Otro de los problemas logísticos que se plantea a los mandos artilleros es el transporte de las baterías de campaña y los trenes de sitio. El volumen y el peso de piezas y municiones, hace necesario disponer de una gran cantidad de animales de tiro para su desplazamiento. En la Guerra de la Independencia, el problema se veía agravado por la carencia y mal estado de las vías de comunicación y la climatología, lo que ocasionaría un aumento de los tiros, en un país que se caracterizaba por la endémica escasez y poca calidad de este tipo de caballerías. De hecho, según expresaron algunos oficiales británicos en sus memorias, los artilleros ingleses tuvieron muchas veces que transportar sobre sus hombros los barriles de pólvora<sup>48</sup>.

El tiro de cada pieza solía ser de cuatro caballos, a excepción de las de calibres mayores, como la de los cañones de a 12 libras, que utilizaban seis. Pero ha de tenerse en cuenta que cada pieza llevaba adjunto un carro de munición de pieza, y cada batería —compuesta generalmente por cuatro piezas y un obús—, contaba en primera línea, además, con un carro forja, un carro almacén, uno más de respeto y otro para víveres y bagajes, y en segunda línea con más carros de municiones, víveres y los carros de equipajes de los oficiales, que sumaban como mínimo, otros once carros más. En total, serían necesarios unos 26 tiros por batería, lo que, sin contar con las plazas montadas de los oficiales, ni las caballerías de respeto, suman más de 100 caballos.

Los trenes de artillería eran conducidos en el siglo XVIII por personal civil contratado, lo que daba no pocos problemas a la hora de entrar en combate, pues al primer disparo no era extraño que huyesen, dejando abandonados los carros. Para evitar estas situaciones, las diversas artillerías europeas militarizaron los trenes. Los británicos lo hicieron en 1792, creando el Cuerpo de Conductores de la Real Artillería a Caballo. Napoleón, ya Primer Cónsul, creó los Batallones de Tren en 1800, dotándoles de uniformes específicos. España, en plena contienda, organizó sus Batallones de Tren en noviembre de 1813, a propuesta de Martín García Loygorri.

---

<sup>47</sup> DU TEIL: *op. cit.*

<sup>48</sup> DAWSON, Anthony Leslie: *Some notes on Royal Artillery* (<http://www.napoleon-series.org>). En España, la carencia de caballos hizo que se utilizasen las mulas como animales de tiro en los trenes, sobre todo por la artillería británica y la española.



*A modo de conclusión*

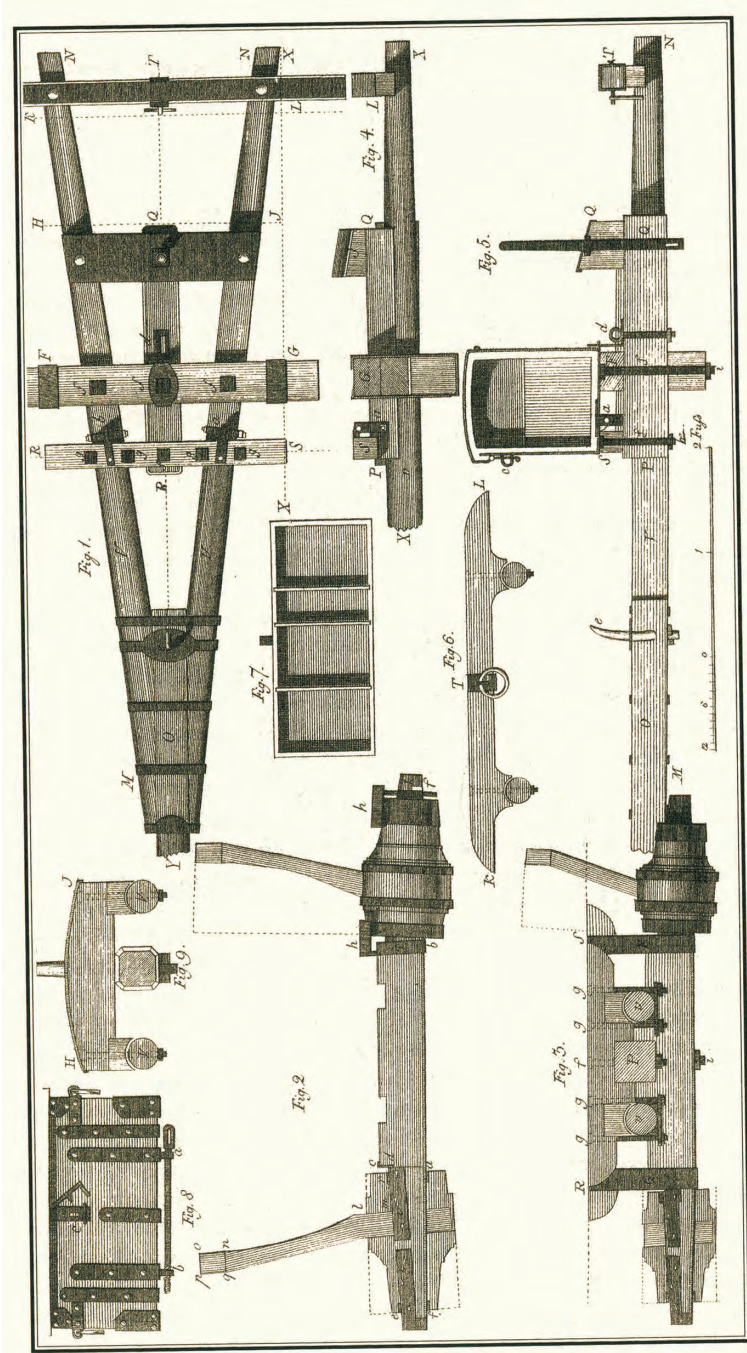
Los artilleros eran considerados, tanto en el ejército francés como en el británico, como tropas de élite. Su estatura media era mayor que las de sus compañeros de infantería y caballería, y recibían pagas más altas, en consonancia con su extenuante y duro trabajo, no sólo durante el combate, sino también antes y después, teniendo que limpiar las piezas, ensuciadas por horas de fuego, y mantener los tubos, cureñas, avantrenes y carros, aparentemente robustos, pero totalmente machacados por el traqueteo en los caminos de herradura peninsulares. Para servir en la artillería habían sido necesarias numerosas horas de instrucción y adiestramiento conjunto, a fin de lograr una rápida entrada en posición, desenganchando la pieza de su avatrén, asentarla, apuntarla, cargarla manteniendo el oído tapado con el pulgar para impedir la entrada de aire y prevenir la ignición accidental y, en último lugar, hacer fuego. Y luego, volver a repetir las operaciones, hasta el fin de la batalla, mientras ve acercarse las tropas enemigas y oye el silbido de los proyectiles a su alrededor.

Franceses e ingleses tuvieron en alta estima a sus compañeros, los artilleros españoles. De ellos dijeron que eran lo mejor que tenía el ejército español. La artillería española estaba tan bien dotada de medios como la francesa y la inglesa, aunque, como ellos y el resto del ejército español, no de ganado para su transporte<sup>49</sup>. Dirigidos por excelentes oficiales, de gran reputación, pericia y elevado espíritu, educados en el Real Colegio de Segovia –de gran renombre en la Europa contemporánea–, los bien adiestrados artilleros españoles, utilizaron con maestría el excelente material del que estaban dotados<sup>50</sup>. De ellos, tras Bailén, el oficial francés enviado a parlamentar *diría* «...*el general Dupont y todo el ejercito estábamos equivocados. Estas gentes por su figura y os puedo asegurar que también por sus obras, parecen los mismos compañeros de Vulcano que el infierno hubiera abortado aquí para nuestra ruina*».

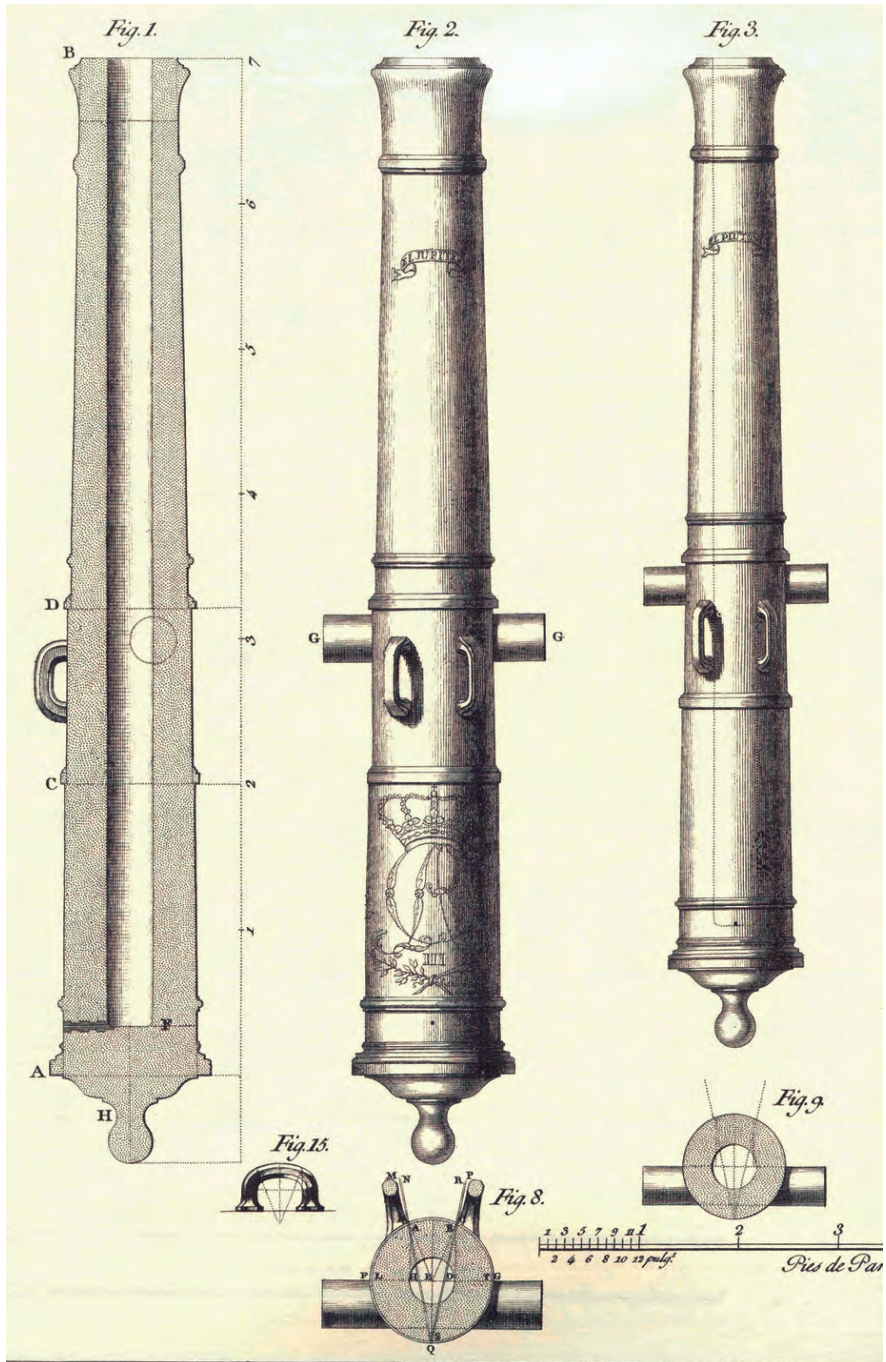
Como los artilleros británicos y galos, sufrieron el mal estado de los caminos, la falta de caballerías, la escasez de municiones, el calor extremo en verano, las lluvias y el frío que cala en los huesos en invierno, la falta de víveres y las penurias de la guerra. Pero supieron luchar y morir al pie de sus cañones, ganándose el respeto y el aprecio de propios, aliados y adversarios.

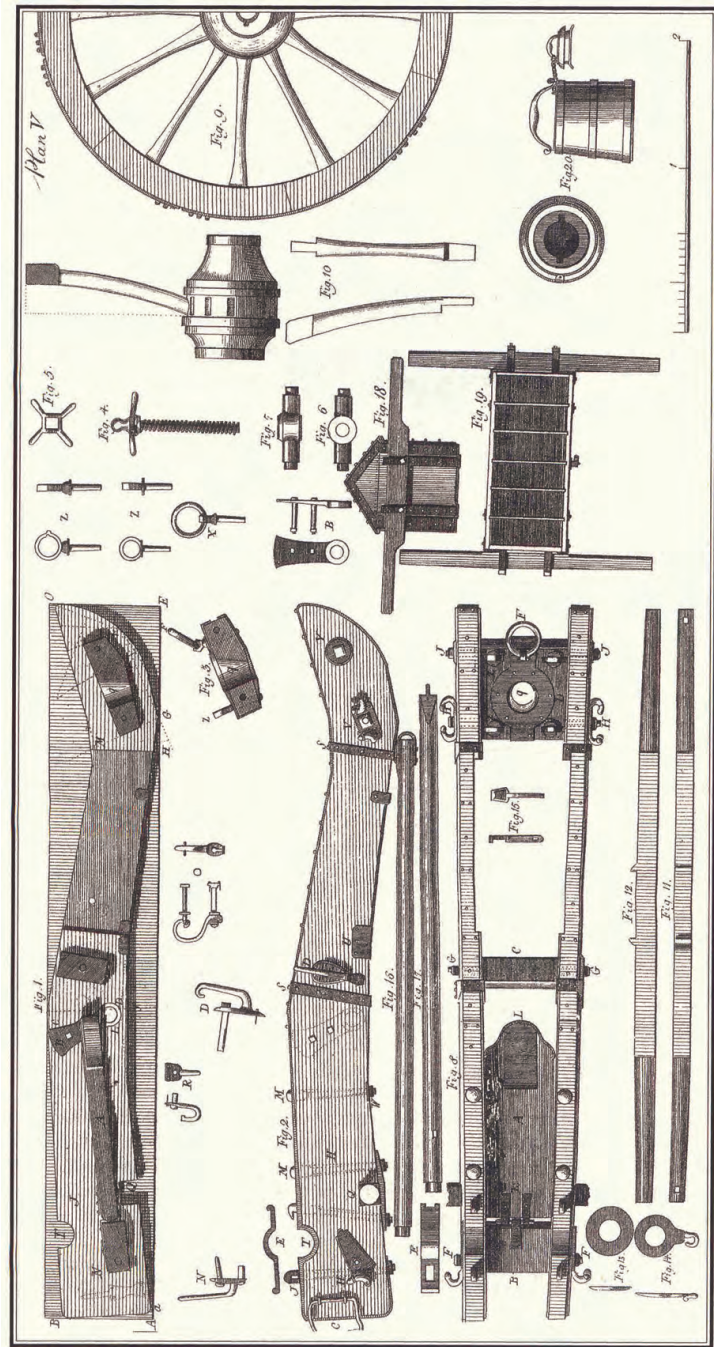
<sup>49</sup> Manuel Godoy, Generalísimo de los Ejércitos, como Director General del Cuerpo de Artillería entre 1803 y 1808, mostraría siempre sus preferencias por el Arma, impulsando la renovación del parque artillero y esforzándose por dotar de medios a las unidades, sobre todo tras las Campañas de los Pirineos. A principios de la Guerra de la Independencia, el Real Cuerpo contaba con siete trenes de artillería completos, y un total de 9.122 piezas de bronce, entre cañones, obuses, morteros y pedreros.

<sup>50</sup> Sobre la impresión causada por los artilleros españoles vid. OMAN, Charles: *A history of the Peninsular War*. Volumen I (1807-1809) págs. 94-95.



Avantren Gribeauval





Desiece cureña francesa

## BIBLIOGRAFÍA

- ADYE, R.W.: *The Bombardier and Pocket Gunner*. 7ª edición. Londres, 1813.
- BARADO, Francisco: *Museo Militar. Historia del Ejército Español*. Manuel Soler, Ed. Barcelona, 1889.
- CARUANA, A.B.: «The Introduction of the Block-Trail Carriage» en *Canadian Journal of Arms Collecting*, vol. 18 no 1; pags. 3-16. 1980
- CHARTRAND, René: *Napoleon's Guns 1792-1815 (1). Field Artillery*. Osprey. Londres, 2002.
- *Napoleon's Guns 1792-1815 (2). Heavy and Siege Artillery*. Osprey. Londres, 2003.
- DE LA LLAVE Y GARCÍA, Pedro: *Lecciones de artillería, explicadas en la Escuela Superior de Guerra*. Imprenta Memorial de Ingenieros. Madrid, 1899.
- DAWSON, Anthony Leslie: *Some notes on the Royal Artillery in the Peninsula, 1808*. (<http://www.napoleon-series.org>)
- DAWSON, Anthony Leslie; DAWSON, Paul L.; SUMMERFIELD, Stephen: *Napoleonic Artillery*. Crowood Press. Wiltshire, 2007.
- DICKSON, Alexander: «The Field Artillery Carriages in the Peninsula», en *The British Indian Military Repository Vol III No. 1824*. Calcuta, 1824.
- DU TEIL, Jean: *De l'usage de l'artillerie nouvelle dans la guerre de campagne*. Ed. Charles-Lavauzelle et Cie. París, 1924.
- *The New Use of Artillery in Field Wars: Necessary Knowledge*. Edición en inglés, trad. de Charles Shallcross. Nafziger Collection Inc. 2003.
- FRANKLIN, C.F.: *British rockets of the Napoleonic and Colonial wars, 1801-1901*. Spellmount Ltd. Staplehurst, 2005.
- *British Napoleonic Field Artillery. The first complete illustrated guide to equipment and uniforms*. Spellmount Ltd. Gloucestershire. 2008.
- GUIBERT, J.A.: *Essai général de tactique*. Londres, 1772.
- HENRY, Chris: *British Napoleonic Artillery 1793-1815 (1). Field Artillery*. Osprey. Londres, 2002.
- *British Napoleonic Artillery 1793-1815 (2). Siege and Coastal Artillery*. Osprey. Londres, 2003.
- HERRERO FERNÁNDEZ DE QUESADA, María Dolores: *Ciencia y Milicia en el siglo XVIII. Tomás de Morla, artillero ilustrado*. Patronato del Alcazar. Segovia, 1992.
- «Capítulo V. La artillería en la Guerra de la Convención», en VV.AA.: *Al pie de los cañones. La Artillería española*. Tabapress. Madrid, 1992.
- JOMINI, Henri Antoine de: *Compendio del Arte de la Guerra*. S.d. 1894.

- KILEY, Kevin F.: *Artillery of the Napoleonic Wars (1792-1815)*. Greenhill Books. Londres, 2004.
- MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *Historia de la Artillería*. Escelicer. Buenos Aires, 1947.
- MEDINA ÁVILA, Carlos J.: *Ultima Ratio Regis. Organización y uniformes de la Artillería Española. Del Regimiento Real a la II república*. Aldaba Ed. Madrid, 1992.
- «Capítulo XVII. El armamento. Visión histórica del material de artillería en España», en VV.AA.: *Al pie de los cañones. La Artillería española*. Tabapress. Madrid, 1992.
  - «La Artillería en la Guerra de la Independencia. Materiales, efectos y alcances», en VV.AA.: *La Guerra de la Independencia (1808-1814) El pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2007.
- MORLA, Tomás de: *Tratado de Artillería para el uso de la Academia de Caballeros Cadetes del expresado Real Cuerpo*. Imprenta Real. Madrid, 1784-86.
- *Libro de láminas del Tratado de Artillería para el uso de la Academia de Caballeros Cadetes del expresado Real Cuerpo*. Imprenta Real. Madrid, 1803.
  - *Arte de fabricar pólvora dividido en tres libros*. Imp. Real, por D. Pedro Julián Pereyra. Madrid, 1800.
- NAPIER, William. F. P.: *History of the war in the peninsula and in the south of France*. 6 vols. Chandos Classics. Frederick Warne and Co. Ed. Londres/Nueva York. Edición s.f.
- OMAN, Charles: *A history of the Peninsular War*. 7 vols. Greenhill Books. Londres. Edición de 2005.
- PILÓN COLLADO, Manuel: *Apuntes para la historia de la Artillería*. Manuscrito. Biblioteca de la Academia de Artillería de Segovia, 1840.
- PRIEGOLÓPEZ, José: *La Guerra de la Independencia*. 9 vols. Servicio Histórico Militar-Instituto de Historia y Cultura Militar. Madrid, 1972-2007.
- SALAS, Ramón de: *Memorial Histórico de la Artillería Española*. Imp. García. Madrid, 1831.
- SIDNEY BRITT III, Albert: *The Wars of Napoleon*. West Point Military Series. Avery Publishing Group. New Jersey, 1985.
- STRACHAN, Hew: *Ejércitos europeos y conducción de la guerra*. Ediciones Ejército. Madrid, 1985.
- ROTHENBERG, Gunter E.: *The Napoleonic Wars*. Cassell. Londres, 1999.
- TIMBERS, Brigadier K.A.: «Siege artillery in the Peninsular War», en *Militaria, Revista de Cultura Militar*, n° 7. UCM. Madrid, 1995.

- URRUTIA, Joseph de: *Colección de Ejercicios Facultativos para la uniforme instrucción de la Tropa del Real Cuerpo de Artillería, formada por disposición del Excmo. Sr. Don Joseph Urrutia*. Imprenta Real. Madrid, 1801.
- WISE, Terence: *Artillery equipments of the Napoleonic Wars*. Osprey. Londres, 1984.

## LA GUERRILLA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José PARDO DE SANTAYANA<sup>1</sup>

La derrota de Napoleón en España se debió a la conjunción y combinación de los esfuerzos de los tres grandes actores antinapoleónicos en la Península: el ejército regular español, las fuerzas británicas y el fenómeno guerrillero. A este tridente habría que sumar la acción del pueblo, que sin formar parte ni del ejército ni de la guerrilla, tuvo una participación directa en la lucha, ofreció su apoyo material y moral a la causa y dio a la guerra un carácter nacional.

Es necesario clarificar que la guerrilla no fue la única forma de lucha popular en dicha guerra e incluso que, en los primeros meses, los civiles que se sumaron a la lucha lo hicieron mayoritariamente uniéndose al ejército. En el Dos de Mayo, en Valdepeñas, en el primer sitio de Zaragoza y en otros muchos acontecimientos de mayor o menor envergadura nos encontramos con civiles que lucharon sin pertenecer ni al ejército ni a la guerrilla. Hubo, además, muchas formas de contribución popular a la causa bélica: por medio de la propaganda, dando información a los unos y negándosela a los otros, haciendo resistencia a las órdenes e instrucciones emanadas del Emperador y de su hermano, creando un ambiente general de odio y desconfianza hacia los franceses... Sin embargo, también hay que poner de relieve que en las regiones dominadas por las partidas y fuerzas guerrilleras, éstas terminaron sosteniendo y encauzando todo este tipo de contribuciones al esfuerzo bélico general.

En contraste con las anteriores campañas napoleónicas donde al Emperador solo se enfrentaron monarcas y sus ejércitos, la Guerra de la Independencia fue una guerra total. La lucha fue muy reñida y la suerte estuvo muy cerca de caer del lado imperial; sin la participación de cualquiera de los tres

---

<sup>1</sup> Coronel. Historiador.



actores citados la derrota aliada habría sido segura. Todos los actores fueron por tanto esenciales para el desenlace final. Lo que hace especial al fenómeno guerrillero en esta contienda, es que fue el elemento más claramente diferenciador y que terminó dándole a dicha guerra un carácter propio.

Puesto que en las campañas anteriores Napoleón había barrido del campo de batalla a todos los ejércitos que se le enfrentaron, este nuevo factor se convirtió a los ojos de los contemporáneos en el obstáculo definitivo, en la expresión palpable de la implicación del pueblo en la guerra. El general Roguet, jefe de una de las dos divisiones de la Guardia Joven que entraron en España, lo describe de la siguiente manera: «Las coaliciones y sus ejércitos no habían sido para el Emperador más que ocasiones para nuevos triunfos, y hasta 1808 uno se preguntaba quién podría resistirle. Sin embargo, como todo lo que es humano, una tal fortuna podía tener su término; ella embarrancó delante de un pueblo sin gobierno, sin ejércitos y casi olvidado en el extremo de Europa, pero animado de un patriotismo siempre irresistible. (...) Ese cáncer sostenido por Inglaterra alteró nuestra organización, nuestra disciplina, nuestro prestigio y la entera confianza que nos había valido tantos éxitos; él nos recordó la derrota, olvidada desde el Consulado».

Clausewitz lo definió en el contexto de un nuevo modo de hacer la guerra del siguiente modo: «Desde que la fortuna y audacia de Bonaparte derrocaron todos los procedimientos antiguos, y naciones de primer orden fueron aniquiladas de un solo golpe; *desde que los españoles con su empeñada lucha mostraron que, a pesar de su debilidad y con simples armamentos nacionales y con medios propios de insurrección, obtuvieron grandes resultados*; desde que Rusia probó en su campaña de 1812, primero: que un reino de grandes dimensiones no era conquistable; segundo que las probabilidades de éxito no disminuyen en la misma proporción que aumentan el número de batallas, capitales o provincias perdidas, sino que por el contrario, muchas veces se es más fuerte aún en el centro del país propio, cuando agotada la fuerza ofensiva del contrario, la defensa con su colosal fuerza, salta al campo ofensivo; desde que más tarde, en 1814, probaron los prusianos que, con súbito esfuerzo, podía sextuplicarse la fuerza de los Ejércitos acudiendo a las milicias, y que podían emplearse lo mismo dentro que fuera del país; desde que todos estos ejemplos han demostrado que el corazón y el espíritu de una nación forman un factor importantísimo en los productos que representan la fuerza nacional, guerrera y de combate; desde que los Gobiernos han conocido todos esos recursos, no es de esperar que los desaprovechen en las guerras futuras».

Los enemigos de Napoleón pusieron en la lucha popular española su última esperanza para no tener que terminar claudicando a su insaciable ambi-

ción; así Sheridan apeló ante el parlamento británico con las siguientes palabras: «Napoleón no ha tenido que luchar hasta ahora más que con príncipes y ministros. Ya es hora de demostrarle lo que es luchar contra un pueblo. Pido que Inglaterra acuda en auxilio del pueblo español». Cuatro años más tarde, cuando el enviado napoleónico, Armand Caulaincourt, transmitió al Zar Alejandro las amenazas de guerra si Rusia no se atenía al Bloqueo Continental, el Zar contestó: «Si el emperador hace la guerra contra mí es posible, incluso probable, que seamos derrotados, suponiendo que combatamos. Pero eso no quiere decir que él pueda dictar la paz. Los españoles han sido vencidos muchas veces y no están derrotados, ni se han sometido. Además, no están tan lejos de París como estamos nosotros, ni tienen nuestro clima y nuestros recursos para ayudarles. No tomaremos ningún riesgo.»

El mundo europeo reconoció por tanto en la lucha popular –que terminó concretándose en lo que se dio en llamar la «guerrilla»– el factor que permitió que, a pesar de las derrotas de su ejército, la nación española no se sometiera a Napoleón ¡de ahí el mito guerrillero que trascendió las fronteras peninsulares!

Es necesario no obstante insistir que el mito guerrillero tuvo influencia directa tanto en el resultado de la guerra en España como en el debilitamiento de las posiciones del Emperador en Europa y en la misma Francia. El mito guerrillero de rebeldía y resistencia a ultranza se enfrentó al mito de la invencibilidad napoleónica y junto con la victoria de Bailén y las épicas defensas de Zaragoza y Gerona sostuvieron el espíritu de resistencia nacional e hicieron que los vientos de la fortuna que hasta entonces habían soplado favorables al Gran Corso viraran para oponerse a los designios del déspota Bonaparte.

El mito guerrillero no debe por tanto confundirse con falsedad o con un producto del nacionalismo español como parece quererle dar a entender por parte de numerosos intelectuales. Este poderoso mito tuvo su origen en hechos reales y adquirió vida propia, inspirando a los que se enfrentaron al emperador tanto en la Península como posteriormente también en el Continente. Tal como recogen las «Memorias de Napoleón» del Conde de las Cases, el mismo emperador afirmó en Santa Elena que «el pueblo español se había comportado en masa como un hombre de honor» y el general Tagüena en su libro «Testimonio de dos guerras» recoge como dicho mito seguía vivo 150 años después: «En la Unión Soviética, el solo nombre de España despertaba la simpatía y el cariño, porque desde tiempo inmemorial nuestro país es allí una nación de leyenda, con bellas mujeres (...) y valientes soldados que lucharon como guerrilleros contra Napoleón (...) A lo largo y ancho de toda Rusia, el ser español era una especie de pasaporte, y por eso

los excombatientes de las Brigadas Internacionales, no solo los latinos, sino hasta los alemanes y los polacos, se presentaban como españoles.»

En el imaginario colectivo español la empecinada lucha guerrilla ha dejado una estela romántica que dista bastante –como siempre ocurre con las idealizaciones– de lo que fue la cruda realidad. Este fenómeno de idealización del pasado, con percepciones en blancos y negros –muchas veces incluso maniqueas– ocurre en todas las sociedades y es la forma más común de recordar la historia y, sin embargo, en otras sociedades nadie se rasga por ello las vestiduras.

Para hacerse una idea de lo descrito anteriormente basta con considerar el mito de la «Resistencia francesa» en la Segunda Guerra Mundial que pretende ocultar la realidad mucho más triste de colaboración y abatimiento generalizados de la sociedad francesa. Este otro mito inspirado en una realidad más tenue respondió a la necesidad de anclar a un clavo ardiendo el orgullo nacional francés tan tocado por las humillaciones de aquella terrible guerra. A diferencia del caso anterior, en el mito español de la guerrilla se ha producido un proceso de embellecimiento por maquillaje que oculta defectos e imperfecciones pero que respeta los trazos principales del perfil. Esta operación de ensalzamiento estético ocurre en todos los países con sus grandes hechos de armas, puesto que la imagen real de la guerra y de las batallas es siempre más cruda, violenta y desagradable que la de los museos y libros de historia militar. El mismo Wellington dijo al respecto: «solo hay una cosa más triste que una batalla ganada: una batalla perdida.»

Las críticas a la guerrilla no son cosa nueva ni producto exclusivo de la actual coyuntura española. Surgieron ya durante la misma Guerra de la Independencia y respondían al caos, abusos y desorden que acompañaba por lo común a la acción de las partidas, aunque también había unos ciertos celos por parte de los oficiales del ejército regular por el renombre de que gozaban aquellos desarrapados cabecillas. Ramón Santillán, primer presidente del Banco de España y que en su juventud sirvió como oficial en la partida del Cura Merino, ya tuvo que defenderse en sus memorias de aquellas acusaciones:

«No quiero cerrar este primer período de mi vida militar sin hacer algunas observaciones sobre los servicios prestados por las que se llamaron guerrillas, en la Guerra de la Independencia. Bien que, en general, esté reconocida su importancia; no han faltado, sin embargo, detractores que las rebajasen hasta el punto de haber considerado más perjudiciales que útiles aquellos cuerpos.

En su origen, ciertamente, las partidas de guerrilla cometieron excesos más o menos graves, según que sus jefes estaban adornados de cualidades más o menos humanas y sociales; pero ¿pudo suceder otra cosa? ¿cómo empezó la Guerra de la Independencia? ¿cómo pudo sostenerse?.

Abandonada a sí misma la nación, ésta fue la que, por un movimiento espontáneo y general, se levantó declarando una guerra a muerte a nuestros invasores; no teníamos ejércitos y como éstos no se improvisan, debía tenerse por seguro que los que atropelladamente formábamos serían pronto deshechos por los que habían vencido a todas las Europas. La lucha, pues, no podía sostenerse sino por la nación en todas partes.

Pero una guerra nacional no podía empezar sino por movimientos populares, manchados por los excesos que, naturalmente, acompañan a los levantamientos que no tienen otra dirección que la del instinto de los hombres más fogosos o más osados. Así vimos tantos asesinatos de personas, ilustres unas y oscuras otras, acaso inocentes, las más, del crimen del traición de que se les acusaba. Los generales mismos eran al principio sacrificados por sus tropas, que necesitaban excusar de este modo su propia cobardía. ¡Cuánto tiempo y cuanto vigor fueron necesarios para restablecer la disciplina en nuestra tropa organizada!

Y cuando nuestros ejércitos se vieron forzados a dejar el enemigo la mayor parte del país, ¿qué medios le quedaban a éste de substraerse de su dominación completa? Sin duda hubiera sido más ventajoso que algunos jefes entendidos, con cuadros formados de oficiales y sargentos veteranos, se hubiesen presentado en las provincias dominadas por los franceses, para organizar en ellas nuevas tropas; pero ni abundaban esos buenos jefes en nuestro ejército, ni aun los muy medianos se prestaban a un servicio que les era repugnante por lo violento y, más que violento, peligroso. Fue, pues, indispensable, si la lucha había de sostenerse, que algunos hombres arrojados y aun temerarios se presentasen en escena a impedir que se amortiguase el espíritu de los pueblos, naturalmente propensos a caer en el abatimiento a las primeras desgracias.

Obligados a hacer la vida del bandolero para salvarse de la constante y activa persecución de los enemigos, los primeros partidarios debían tardar, tanto más, en entrar en un orden de disciplina, cuanto que no reconocían otra autoridad que la que ellos mismos se elegían. Pero aún en este estado de desconcierto, sus servicios a la causa común fueron ya de grande importancia, porque desde luego, obligaron a los franceses a fortalecer sus líneas de operaciones con destacamentos más o menos numerosos, los cuales, con la fuerza que destinaban a perseguir a aquellos molestos enemigos, causaban en sus ejércitos desmembraciones no poco sensibles.

Uno de los males que muchos militares veían en las partidas de guerrilla era el que por la vida licenciosa, que se les suponía, ofrecían al ejército un aliciente que provocaba en él la desertión. Algún fundamento pudo tener esta acusación, pero muy lejos de la realidad de los hechos. En las partidas

tuvieron entrada, es verdad, muchos individuos procedentes de los cuerpos del ejército; pero generalmente fueron prisioneros fugados, y otros que, en la dispersión que con frecuencia sufría aquel, se retiraban a sus casas, y en ellas hubieran permanecido, si no se les hubiera compelido por las partidas a tomar de nuevo las armas. De este modo las partidas de guerrillas, lejos de provocar la deserción en el ejército, ayudaban a contenerla, porque los soldados de éste, generalmente, no se acomodaban a la vida azarosa de aquellas.

Las partidas, en fin, llegaron a formar regimientos y divisiones, demasiado fuertes algunas para la clase de servicio que podían hacer, y entonces la guerra tomó carácter de generalidad, que ya no había derrota que generase desaliento ni temor por el éxito final de aquella contienda, pues nos habíamos propuesto hacerla interminable por nuestra parte».<sup>2</sup>

No obstante todo lo que se quiera decir hoy sobre la guerrilla, ésta es insuficientemente conocida y hay muy pocas obras que describan como fue su vida y su lucha. La mayor parte de las obras que tratan sobre la guerrilla lo hacen con carácter general, recogiendo citas, información y anécdotas de aquí y de allá; pero faltan obras extensas y detalladas que nos describan el fenómeno guerrillero con el detalle que la materia requiere. Sarramon afirma además que las mejores obras que se han escrito con carácter global sobre la Guerra de la Independencia «no tratan más que de una forma muy sucinta todo lo que se refiere a la *pequeña guerra*. Si se considera, sin embargo, que las pérdidas sufridas por los imperiales como consecuencia de los combates en la retaguardia y sobre las líneas de comunicaciones son con mucho superiores a las registradas en los campos de batalla, sea contra los ejércitos regulares españoles o contra las fuerzas de Wellington, no se puede sino echar de menos tal laguna».

En las numerosísimas memorias francesas han quedado grabados en tinta negra los sentimientos de impotencia, desagrado y admiración hacia el pueblo español que aquel modo peculiar de lucha produjo en sus protagonistas imperiales. Estos testimonios como el del general Roguet que se recoge a continuación son pruebas irrefutables de la importancia de la lucha guerrillera: «En la época en la que yo llegué, la insurrección, animada por demasiados éxitos, estaba completamente organizada en la Península. Los españoles útiles, reunidos en bandas, inquietaban incesantemente nuestros ejércitos y sus comunicaciones. Los viejos, las mujeres y los niños espiaban nuestras operaciones con la despreocupación aparente y la perseverancia que solo tiene ese pueblo; por todas partes las bandas encontraban víveres,

---

<sup>2</sup> Fin de la cita de Ramón Santillán.

refugio, apoyo y reclutamiento. La política nos aconsejaba considerar las guerrillas como brigantes (bandidos), hablar de ellas con indiferencia desde el punto de vista militar. Hoy hay que comprender lo que hizo ese pueblo (...) él quería resistir a la influencia extranjera. (...) En la Península se contará de generación en generación lo que simples paisanos pueden realizar por su nación. Por nuestra parte, con demasiada frecuencia, la naturaleza de aquella guerra llevó, contra nuestro deseo, a represalias deplorables. (...) Puede ser que hubiera 300 partidas entre Pamplona, Burgos, Vitoria y Soria; era difícil purgar el país a causa de la implicación de las autoridades. No debíamos esperar ninguna información, no obstante, la relación mejoró, aunque nadie nos quería.»

Tras esta introducción, el primer problema al que nos debemos enfrentar, es definir la guerrilla. Para no quedar prisioneros de una discusión interminable, es conveniente considerar el término guerrilla en el sentido amplio (el fenómeno guerrillero), que no se preocupa en demasía del purismo del término y que está vinculado al uso más normal de guerrilla cuando se refiere a esta guerra. Los parámetros son los siguientes:

1. *fuerzas que se generan en la retaguardia imperial, lejos de la zona dominada por las fuerzas patrióticas,*
2. *que viven y combaten en regiones ocupadas por el enemigo teniendo que obtener de allí los recursos para su subsistencia y*
3. *que emplean métodos de lucha irregular.*

No se considera por tanto la condición de origen civil indispensable para hablar de guerrilla y caben tanto fuerzas dispersas que tras una derrota quedan aisladas en una zona y continúan combatiendo al invasor como pueden, como bandas de desertores que no desean reincorporarse al ejército y deciden hacer la guerra por su cuenta.

La guerrilla en la Guerra de la Independencia fue un fenómeno diverso y evolutivo y respondió al patrón clásico de lucha insurreccional, si bien en aquella época ese tipo de la lucha exigía mayores esfuerzos y riesgos ya que todavía no contaba con la enorme ventaja que le daría posteriormente la aparición de las armas de precisión y automáticas así como los explosivos.

Ésta se organizó y tuvo unas características distintas según su origen, las circunstancias de la región, cercanía de fuerzas regulares, momento de la ocupación del territorio y que existieran o no milicias, teniendo además cada guerrilla singular sus propias peculiaridades. Las partidas fueron además transformándose a lo largo de la guerra, según adquirían experiencia, se

adaptaban a la acción enemiga, recibían ayuda exterior y se iban sometiendo a los esfuerzos organizativos de las autoridades patrióticas. Hubo una tendencia de las guerrillas más importantes a crecer en tamaño y a adquirir un perfil más militar. En el último tramo de la guerra una quincena de grandes guerrillas reunieron en sus filas a más del 80% de los guerrilleros que operaban en España.

Un parámetro que si bien no define a la Guerrilla, si la caracteriza, es el hecho de la importancia y permanencia de sus líderes. En las unidades regulares se designa al general que la autoridad política del momento decide y después se le sustituye si así se considera necesario, y en el caso español de aquella guerra los generales al frente de los ejércitos cambiaron con excesiva frecuencia. En la guerrilla, sin embargo, los líderes, si no murieron o fueron hechos prisioneros, permanecieron en sus puestos por lo general a lo largo de toda la guerra. La personalidad y el nombre del cabecilla se convirtieron en seña de identidad de la partida.

El fenómeno guerrillero no apareció en la Guerra de la Independencia como una forma nueva de combatir, es un tipo de lucha tan viejo como la historia y además se habían producido recientemente en la misma Guerra de la Convención donde el ejército español la sufrió en sus propias carnes al entrar en Francia y donde los españoles la practicaron en las provincias vascas y catalanas cuando éstas fueron ocupadas. Este tipo de lucha irregular se había producido igualmente dentro de Francia en la Vendée durante las luchas internas vinculadas a la Revolución Francesa. En las guerras napoleónicas ya se habían producido casos en Italia y sobre todo en el sur, pero habían sido sofocados.

Para todos aquellos casos de levantamientos populares, Napoleón tenía una fórmula que le había dado buenos resultados en París, Egipto e Italia: reacción fulminante y ejemplarizante, haciendo fusilar a un grupo nutrido de personalidades destacadas o acaso «un soplo de metralla» como el que le convirtió en general con influencia política. Lo que va a caracterizar a la guerrilla en la Guerra de la Independencia es la extensión, generalización, persistencia e intensidad de dicha lucha; lo que permitió al modo de lucha partisana alcanzar, por primera vez en los conflictos europeos modernos, resultados estratégicos.

La guerrilla aparece desde el inicio de la guerra o incluso antes. El más famoso de los guerrilleros, el Empecinado, empezó a atacar correos franceses antes del Dos de Mayo. No obstante, esto es más bien anecdótico y debe considerarse la brutal represión de Murat en Madrid y la reacción patriótica y popular subsiguiente como el nacimiento –si bien bastante tímido– de las primeras partidas y cuadrillas guerrilleras. Solo en Cataluña,

donde las milicias de migueletes y los somatenes sirvieron para encuadrar y canalizar desde el mismo principio del levantamiento los esfuerzos de lucha irregular, el fenómeno guerrillero arraigará pronto. Fue también precisamente en el Principado donde la guerra de la Convención había conocido ya un despuntar guerrillero y donde en consecuencia la población estaba más preparada.

Los líderes y la tropa de la guerrilla procedían de todas las regiones y todas las clases sociales y oficios. Según Ronald Fraser, de los 458 líderes guerrilleros registrados en su base de datos, 40 eran clérigos, 28 militares, 14 autoridades o funcionarios, 11 labradores, 6 profesionales, 5 rentistas, 5 forajidos, 3 pastores, 3 artesanos y 8 de profesiones varias. Como la guerrilla fue un fenómeno rural, entre la tropa guerrillera dominaban los hombres del campo tanto labriegos como gente de los oficios comunes en los pueblos. Entre los componentes de la tropa la laguna más destacada fue la de los jornaleros y asalariados del campo, hombres poco identificados con la nación y la sociedad de la que formaban parte y que esperaban muy poco de cualquiera que fuera quien mandara. Lo más curioso de la composición de las guerrillas fue el elevado número de desertores del ejército imperial que se integraron en algunas partidas, sobre todo alemanes e italianos. En algunas de ellas de la zona próxima a la frontera, y sobre todo en 1810 con la llegada del enorme refuerzo imperial, los desertores extranjeros llegaron a constituir entre un tercio y la mitad de algunas partidas.

Los guerrilleros fueron por lo general muy jóvenes. El promedio de edad Fraser lo sitúa en los 26 años, teniendo el 40% de ellos entre 16 y 20 años. Algunos de los líderes más destacados eran jovencísimos, así Porlier, Gaspar Jáuregui «el Pastor» o José de Abecia tenían solo 18 años al inicio de la guerra.

El tamaño y número de las partidas guerrilleras fue variando a lo largo de toda la guerra. Al inicio de ésta las partidas era pequeñas de 100 a 50 componentes, algunas incluso más pequeñas. Con el tiempo algunas fueron creciendo en tamaño y en otros casos se dio la concentración de partidas para constituir otra mayor. A mediados de la contienda proliferaron muchas partidas medias de varios centenares de hombres y unas pocas superaron los 1.000 combatientes. Muchas de las partidas grandes y medias acudieron al reclutamiento para engrosar sus filas; según fue avanzando la guerra este fenómeno se hizo más acusado. Desde mediados de 1811 se produjo una tendencia muy definida de concentración de los partidarios sobre las 16 o 17 grandes guerrillas que llegaron a reunir el 85% de los guerrilleros. Las dos guerrillas más grandes, las de Espoz y Mina y Juan Martín, «el Empecinado», llegaron a reunir en 1811 entre 3.000 y 4000 hombres y, al final de la



guerra, cerca de 10.000. El tamaño más común entre las grandes guerrillas hacia 1812 era de entre 1500 y 3.000 combatientes.

El número de 50.000 combatientes dado por Arteché como total de la guerrilla parece ajustarse bastante a la realidad. El número de partidas independientes debió pasar de unas 300 o 400 a principios de 1810 a unas 120 a mediados de 1812, a partir de esa fecha con la desocupación de gran parte de España el número se fue reduciendo significativamente. Fraser tiene registrada en su base de datos 751, las cuales lógicamente no existieron todas a la vez.

Las partidas guerrilleras vivían a costa de la población local que les proveía el sustento tanto para los hombres como para los caballos. Según las partidas fueron creciendo y la población fue acusando el desgaste de la guerra, la población ofreció más resistencia al sostenimiento de las partidas y éstas a su vez utilizaron más las amenazas y la fuerza. La principal fuente de obtención de armamento fue, hasta que las guerrillas fueron creciendo, los fusiles y las armas requisados a la población local y los arrebatados al enemigo así como en algunos casos los que los desertores imperiales traían consigo. También tuvieron gran importancia en algunos lugares concretos o según iba avanzando la guerra, el armamento entregado por los depósitos militares españoles y por las fuerzas terrestres y navales británicas. Algunas guerrillas llegaron a disponer de sus propios talleres de armamento tanto para producirlo en pequeñas cantidades como sobre todo para arreglarlo y mantenerlo.

Más difícil que obtener armamento, era para las guerrillas el conseguir la munición. El plomo y la pólvora se podía conseguir en cantidades pequeñas en las ciudades y pueblos principales aunque estos estuvieran ocupados y con ello los partidarios tenían que confeccionar sus cartuchos. Bastante munición así como pólvora la conseguían también arrebatándosela a los franceses, en las emboscadas o al hacerse con las presas de algún convoy. La capacidad para conseguir munición marcaba más que ningún otro factor el techo en el crecimiento de las guerrillas de tamaño grande y medio. La aportación exterior de munición, llegada en algunos casos desde lugares lejanos, se convirtió en una operación de enorme valor estratégico.

Las motivaciones que hicieron a aquellos hombres tomar las armas contra el ejército más poderoso del mundo respondieron a una combinación de rechazo patriótico a una fuerza de ocupación extranjera que había entrado en el país en calidad de aliado y los deseos de venganza personal y colectiva por los abusos y violencia llevados a cabo por aquellos arrogantes militares que se habían paseado victoriosos por media Europa. El propio Emperador

reconoció en su exilio insular: «Las guerrillas se forman a consecuencia del pillaje, los desórdenes y abusos de los que dieron ejemplo los mariscales del imperio, con desprecio de mis órdenes más severas. Yo debí hacer un escarmiento mandando fusilar a Soult, el más voraz de todos ellos».

Para muchos hombres desprovistos de sus bienes por la voracidad y medidas de castigo de las fuerzas ocupantes y habiendo perdido familia y hogar, la guerrilla se convirtió en un modo de vida, más o menos grato, según el espíritu aventurero del individuo y su grado de desesperación. La gestación y desarrollo de las partidas insurrectas tuvo también mucho que ver con el vacío de poder inicial, al adueñarse el Emperador de la monarquía española y ser las nuevas autoridades mayoritariamente rechazadas. Dicha situación permitió igualmente la irrupción de viejos y recientes agravios de orden económico y social así como la proliferación de la delincuencia y el bandidaje. En tales circunstancias la guerrilla pudo servir también de coartada y justificación a ladrones y delincuentes. Se dio igualmente el caso de partidas que nacieron para combatir al ejército invasor y degeneraron en cuadrillas de bandidos o al menos se comportaron como tales.

Al tener que vivir las partidas a costa de la población local, de la cual obtenían el sustento, y ser el criterio del propio guerrillero la medida de sus propias necesidades, los abusos resultaban muy fáciles. Se necesitaba una gran rectitud moral y gran autoridad sobre los componentes de las agrupaciones insurrectas para impedir que en un escenario de lucha, crueldad y anarquía los endurecidos guerrilleros no se dejaran llevar por las pasiones y la inclinación de su instinto.

Para evitar los desórdenes propios de la lucha espontánea de la población y para hacer el máximo daño al enemigo, desde los primeros meses de la guerra las autoridades políticas y militares se preocuparon de fomentar y organizar la lucha insurreccional y las guerrillas. El 6 de junio de 1808 la Junta Suprema de Gobierno de España e Indias (la Junta de Sevilla) al declarar la guerra a Napoleón instaba al pueblo a tomar las armas diciendo lo siguiente: «y mandamos a todos los españoles que obren con aquellos hostilmente y les hagan todo el daño posible según las leyes de la guerra», aconsejando «evitar acciones generales»; acometer al enemigo por medio de «partidas sueltas»; no dejarlos descansar un momento; estar siempre sobre «sus flancos y retaguardia»; fatigarlos con el hambre, interceptando sus convoyes y destruyendo sus almacenes; «cortarles toda comunicación» entre España y Francia.

Tras la entrada de Napoleón en España y la derrota de los ejércitos españoles, la Junta Central publicó el primer «Reglamento de Partidas y Cuadrillas», fechado el 28 de diciembre de 1808. Cuando el reglamento

se publicó ya existían incipientes partidas. La disposición legal intentaba por una parte fomentarlas y por otra sujetarlas a unas normas en las que lo militar predominase. Al mismo tiempo se pretendía también que su acción no interfiriera la de las fuerzas regulares y que unos previsibles excesos –que de hecho ya se habían producido en algunos casos– no llegasen a causar daños que no compensasen los resultados positivos. Se trataba de formar partidas y cuadrillas que contribuyeran a la seguridad de la patria, introduciendo «el terror y la consternación» en las fuerzas enemigas. En el preámbulo se afirma: «la España abunda en sujetos dotados de un valor extraordinario», un valor que está vivificado por un odio contra un tirano que intenta subyugar a España «por los medios más inicuos». Además de ofrecer a los hombres valerosos la posibilidad de «inmortalizar sus nombres con hechos heroicos dignos de eterna fama», se les incentivaba con el botín que apresaran al enemigo. Éste se regulaba con una minuciosidad que muestra la importancia que se le concedía.

Habrán dos clases de unidades, las partidas, sin cualificación especial en sus hombres, y las cuadrillas, formadas por contrabandistas «de mar y de tierra». Tanto partidas como cuadrillas estarán formadas por «cincuenta hombres de a caballo, poco más o menos, y de otro tanto de a pie, que montarán a la grupa en caso necesario». Podrá haber también partidas y cuadrillas sólo de caballería o sólo de infantería. Los artículos 24 y 28 del reglamento pretendían encuadrar con cierta flexibilidad estas unidades irregulares en la estructura de los ejércitos de operaciones. Sin embargo, en el artículo 26 se instaba a los jefes militares a dar gran libertad de acción a las guerrillas: éstos «dejarán que los partidarios operen con la mayor libertad posible», sin perjuicio de proporcionarles los auxilios «que necesiten para el buen éxito de sus operaciones». Este reglamento intentó también evitar la desertión recogiendo que «no podrán servir en las partidas los alistados y sorteados».

El 17 de abril de 1809, la «Instrucción que su Majestad se ha dignado aprobar para el Corso Terrestre contra los ejércitos franceses» ampliaba las normas dadas en el reglamento anterior, sobrepasando lo que podía estimarse el botín de guerra, e incentivaba aún más el interés personal en aquella lucha incluso para los particulares: «La Junta... deseando añadir a los grandes motivos que tienen todos los naturales del mismo (del reino) para obrar contra el enemigo, hostilizarle y hacerle todo el daño posible, otro estímulo poderoso cual es el del interés individual; ha acordado que las armas de cualquier especie, caballos, víveres, alhajas y dinero que aprehenda al enemigo por cualquier particular, sean en plena propiedad y dominio del aprehensor, reservándose únicamente a S. M. O a la Real Hacienda el derecho

de preferencia en la compra de cañones, armas y caballos, cuyo importe se les pagará puntualmente».

En los siguientes años se siguió desarrollando normativa tanto a nivel de las autoridades centrales como de las juntas y los diferentes ejércitos. Las normas, como es de esperar, no fueron obedecidas escrupulosamente pero sirvieron de referencia y contribuyeron a poner ciertos límites más que a dictar comportamientos. No obstante, la reglamentación junto al esfuerzo de las autoridades militares para ir encuadrando y militarizando las principales guerrillas hizo que en términos comparativos las guerrillas de la Francesada no perdiera el norte de la lucha general. La mayor parte de las grandes y medianas partidas, así como algunas de las pequeñas, se fueron uniformando y regimentando a mediados de la guerra. Algunas incluso se integraron en la fuerza regular y otras colaboraron en mayor o menor medida con el ejército.

Los cabecillas guerrilleros reclamaban del gobierno, y fueron adquiriendo por lo general, empleos militares. Muchos alcanzaron desde civiles al empleo de teniente coronel o coronel y los más destacados llegaron incluso a generales. La razón de que los líderes guerrilleros, tan poco favorables a someterse a otras autoridades, reclamaran para sí empleos militares y aceptaran de ese modo un vínculo de subordinación, se debió fundamentalmente a tres causas: en primer lugar, para legitimar su partida tanto frente a las autoridades civiles locales como frente a otras guerrillas. En segundo lugar, para obtener apoyo logístico, fundamentalmente munición, que era cada más difícil de conseguir para una fuerza tan crecida, y por último para recoger en el futuro los frutos de la lucha del presente, es decir, para adquirir condición militar, ascender y que sus méritos fueran reconocidos.

Al estudiar las guerras con componente insurreccional podemos comprobar fácilmente que los guerrilleros tienden a convertirse en «señores de la guerra» y que con el paso del tiempo cambian las motivaciones originales de la lucha por otras de dominación territorial y económica con una tendencia muy pronunciada a las escisiones internas y el cambio de bando. En la Guerra de la Independencia las partidas guerrilleras rivalizaron entre sí y con las Juntas, cometieron excesos y camparon a sus anchas, pero por lo general todo aquella anarquía se mantuvo dentro de unos límites y la tendencia general fue hacia más orden según fue avanzando la guerra. De no haber sido así la gran beneficiaria habría sido la causa imperial, puesto que el pueblo habría dado la espalda a los guerrilleros y habría buscado en las tropas de ocupación su protección, como ocurrió en algunas ocasiones.

La cuestión de la opresión a la que las guerrillas tenían sometidos los pueblos por donde campaban, tenía además su importancia estratégica. Qui-

sieran o no, las poblaciones de los territorios ocupados por las fuerzas imperiales terminaban pagando contribución al sistema administrativo y militar josefino y napoleónico. En consecuencia, los recursos que los guerrilleros tomaban de los pueblos los restaban al total de bienes a disposición del enemigo. El cierto desorden que acompañaba a la presencia de las partidas guerrilleras, favorecía también a la causa patriótica, por la sencilla razón de poner en entredicho el dominio que sobre el territorio ejercían las autoridades ocupantes. Los guerrilleros suplantaban a las autoridades locales y se constituían —junto con las Juntas— en las autoridades patrióticas allí presentes. El general Roguet, en sus memorias, pone mucho énfasis en que las fuerzas imperiales necesitaban convencer al pueblo que si les apoyaban, ellos traerían la tranquilidad y la paz. Las columnas imperiales recorrían el territorio cobrando las contribuciones y combatiendo a las guerrillas, si a cambio de ello no eran capaces de ofrecer seguridad y orden, la población no obtenía ningún beneficio. Por ello, las partidas al entrar en los pueblos, imponer su ley y recaudar nuevas cantidades, no solo se procuraban su propio sustento, sino que también desacreditaban a las autoridades militares napoleónicas, castigaban a los colaboracionistas e impedían que los habitantes terminaran sometidos al invasor. Solo en aquellos lugares donde había una presencia continua de tropas francesas la población fue aceptando, de mejor o peor gana, la autoridad del orden napoleónico.

El hecho de que los guerrilleros no pasaran hambre, sino más bien todo lo contrario, permitió que éstos resistieran los enormes esfuerzos que aquel tipo de lucha suponía, realizando jornadas agotadoras y soportando las inclemencias del tiempo. De hecho, la capacidad de marchar deprisa a grandes distancias era el arma principal del guerrillero. Por el contrario, el hambre, tan presente en el ejército regular español durante aquella contienda, fue una de las causas principales de su deficiencia militar.

Para combatir a los insurrectos, las autoridades francesas ofrecieron por los cabecillas importantes recompensas e intentaron igualmente comprarlos con dinero y cargos para que se cambiaran de lealtad, sin embargo los resultados de dichas políticas fueron muy escasos y comparativamente insignificantes. Si los guerrilleros no hubieran mantenido el espíritu patriótico original o si hubieran degenerado en «señores de la guerra» o bandoleros, cualquier oferta suficientemente tentadora habría surtido efecto.

El general Thiebault relata en sus memorias como intentó comprar la lealtad de Julián Sánchez «el Charro» y según él estuvo muy cerca de conseguirlo. En una correspondencia de Espoz y Mina a Longa este le relata como «cuatro sujetos los más amigos del Gobernador Reille y el Juez de Policía Mendiri han querido seducirme valiéndose de la satisfacción que

esos mismos tenían o pensaban conmigo» relata en la carta como los engañó y apresó, y como esperan un consejo de guerra «y sufrirán el castigo que manda la ordenanza». El mismo Longa cuenta en un documento dirigido al general Mahy, como Caffarelli le intentó seducir para la causa del Emperador y como él trató a los intermediarios. Al español que fue utilizado como primer contacto lo apaleó, fusiló de espaldas y descuartizó, y al francés, que era hombre de confianza del gobernador militar francés, lo fusiló igualmente de espaldas como a un traidor y lo tiró al Ebro para que las aguas lo llevaran como respuesta al general francés. Se podrían citar otros muchos casos similares.

En Cataluña la peculiar lucha de los migueletes y somatenes tomó cuerpo desde los primeros meses de la guerra y se sostuvo sin desaliento hasta el mismo final. Fue la región donde la guerrilla fue más eficaz. El sistema de somatenes permitía reclutar fácilmente fuerzas e hizo que la implicación de la población en la lucha insurreccional fuera mayor. La peculiar geografía catalana con una estrecha franja costera, toda una serie de valles cerrados que en paralelo a la costa forman una sucesión de reductos defensivos difíciles de penetrar y la enorme profundidad del Pirineo catalán favorecieron enormemente al esfuerzo patriótico frente a las fuerzas imperiales. La combinación del ejército español y las fuerzas partisanas locales consiguió que a lo largo de prácticamente toda la guerra los franceses se quedasen constreñidos al dominio de una porción muy pequeña del territorio catalán, que se limitó a la llanura costera de la provincia de Gerona y a las capitales que sucesivamente fueron conquistando.

Cataluña destacó también por la valía de sus líderes guerrilleros como Manso, Rovira, Clarós o Milans del Bosc, de los que el Barón de Eroles fue el más destacado. Tras la caída de Tarragona en junio de 1811, sin la labor de los somatenes, habría sido imposible la reconstrucción del ejército de Cataluña por Lacy y la rápida recuperación tras la crisis que se derivó de la falta de liderazgo de Campoverde, que hubiera podido acabar con la empeñada lucha de los catalanes. Por lo general los libros que tratan aquella guerra no hacen justicia a la enorme contribución de los esforzados partisanos catalanes, que empezaron obteniendo la primera victoria patriótica en el Bruc en la primavera de 1808 y siguieron combatiendo hasta la misma llegada de Fernando VII a España en la primavera de 1814.

La otra región española donde la guerra irregular alcanzó pronto relevancia fue Galicia. Hasta allí llegaron en enero de 1809 los cuerpos de Soult y Ney que habían salido en persecución de las fuerzas británicas de Moore y de las españolas del Marqués de la Romana. El ejército británico se embarcó en la Coruña y el general español tomó la decisión de aplicar una estrategia

fabiana para evitar nuevas derrotas del ejército regular y potenciar la lucha del pueblo levantado en armas. Las provincias gallegas, con sus escasas y malas comunicaciones, su población dispersa, su clima húmedo y su orografía accidentada y boscosa era el lugar perfecto para ponerla en práctica.

Las características de este peculiar modo de operar se resumen en los siguientes puntos: evitar un enfrentamiento del núcleo principal de su fuerza con la del enemigo, desplazándose de unos lugares a otros; combatir en acciones parciales en condiciones favorables que fueran desgastando al enemigo; promover la creación de fuerzas insurreccionales por todo el territorio que obligara a la fuerza enemiga a dispersar numerosas fuerzas por toda la región; no unir sus fuerzas regulares a las insurrectas y enviar a las fuerzas insurrectas pequeños destacamentos al mando de algunos de sus oficiales con el fin de dar algo más de consistencia a las acciones del paisanaje.

Cuando Soult entró en Portugal, a su retaguardia se formaron fuerzas insurrectas que reconquistaron Vigo y pusieron a Ney en verdaderos aprietos. Tras una serie de complejos avatares y reclamando otros lugares de España la presencia de los cuerpos franceses, seis meses después de su entrada, los imperiales abandonaron por completo Galicia y no volvieron a entrar en ella; siendo éste el único caso de la guerra donde la insurrección por sus propios medios, si bien potenciada desde las instancias del ejército regular, consiguió arrebatar todo un territorio a las fuerzas ocupantes.

En ambos casos Cataluña y Galicia se dio el caso de fuerzas guerrilleras que actuaron en una región donde también existía una fuerza convencional española que al combinar sus esfuerzos obtuvieron resultados superiores. Había en ambos casos igualmente una flota británica en la costa que dio apoyo a la lucha tanto aportando armamento y munición como utilizando los cañones de los barcos sobre los lugares costeros.

En el norte de España, la región que abarca Cantabria, Palencia, Burgos, Soria, La Rioja, el País Vasco y Navarra, la guerrilla empezó a coger auge a mediados de 1809 gracias a las condiciones favorables de la geografía y al hecho de que los ejércitos imperiales, al tener que concentrarse para combatir a los ejércitos españoles en un arco que va de Galicia, por la Mancha, hasta Aragón y Cataluña, ocuparan muy débilmente ese territorio. Las partidas lógicamente aparecían allí donde no había presencia de tropas ocupantes y necesitaban una cierta distancia de las guarniciones francesas para no estar bajo la amenaza permanente de una incursión enemiga.

El sitio de Zaragoza, que creó todo un foco insurreccional en su entorno y del que después muchos de los huidos se incorporaron a la guerrilla y las tropas dispersas de las batallas de Espinosa de los Monteros, Gamonal y Tudela aportaron las bases sobre las que se constituyeron las primeras partidas

de la región. Las provincias de La Rioja y Soria, completamente abandonadas por los franceses fueron el principal foco insurreccional que actuó como un poderoso fermento. Las partidas eran por lo general pequeñas de entre 50 y 100 hombres y el número de ellas muy alto y por lo general de baja calidad combativa y poca coordinación entre ellas. Hacia finales de 1809 la situación quedó decantada: las tropas imperiales dominaban las ciudades, las poblaciones principales y los pueblos situados a lo largo de las vías de comunicación y las partidas se habían hecho las dueñas del campo y las poblaciones alejadas del control francés. Tal situación se había convertido en un peligro para los designios de Napoleón, agravado por el hecho de pasar por el centro de aquella región la principal línea de comunicaciones por la que llegaron a la Península el 90% de los recursos militares y las órdenes y despachos del mismo emperador.

A lo largo de 1810 y la primera mitad del 1811 se enviaron tropas a la región y éstas sumadas a las que pasaban de tránsito para reforzar otros ejércitos llevaron a cabo una implacable persecución que por falta de continuidad y coordinación falló en su objetivo de extinguir la insurrección. El efecto fue de hecho el contrario. Las partidas se vieron obligadas a agruparse y organizarse mejor, los líderes más capacitados se abrieron paso y la dura experiencia hizo de aquellos hombres desarraigados combatientes aguerridos. Los patriotas de aquellas provincias quedaron encuadrados en cuatro grandes guerrillas de más de 1.500 hombres (Espoz y Mina, Durán, el Cura Merino y Longa) y otras 9 partidas de tamaño medio de al menos 300 o 400.

A partir de mediados de 1811 tanto las tropas imperiales como las patrióticas se organizaron bajo un mando único. El emperador creó allí el Ejército del Norte con cuartel general en Burgos, Valladolid y Vitoria alternativamente. Para la organización y coordinación de las partidas guerrilleras se dio al general Mendizábal (provisionalmente Porlier) el mando del 7º Ejército que instaló su cuartel general en el valle de Liébana. En marzo del año siguiente Mendizábal enviará al jefe del Estado Mayor General un plan de operaciones en que explicaba la forma de combatir del nuevo ejército guerrillero y porqué no podía operar en grandes cuerpos: «la naturaleza de un terreno muy accidentado; la escasez de subsistencias, que además en caso favorable de poder acopiar no se podían llevar allí donde se necesitasen por falta de medios de transporte o puntos seguros donde quedaran custodiadas; las tropas, algunas de nuevo alistamiento y las otras constituidas hacia tiempo en partidas carecían de la instrucción y disciplina que eran precisas para una batalla; además por la mentalidad de los habitantes, los soldados desertaban si salían de sus provincias; por último, la zona de acción se hallaba rodeada por fuerzas enemigas considerables. Todo ello lleva-



ba necesariamente a que la organización y la guerra se compartimentara por provincias. Estos cuerpos poco numerosos y por ello de mayor movilidad, con un perfecto conocimiento del país, eran perfectos para evadirse de las combinaciones enemigas. Además, obligaba al adversario, para asegurar sus comunicaciones, por una parte, a concentrar sus fuerzas frente a una posible reunión de varias de estas unidades, y, por otra, a aumentar sus guarniciones en el camino militar y encerrarse en los reductos de sus fuertes, de los cuales su enemigo podía apoderarse ya sea por medio de un golpe de mano o a viva fuerza. Otra ventaja de esta forma de operar radicaba en que el desastre que pudiera tener una división no arrastraba a las demás.»

En los años finales de la guerra, las 5 divisiones del 7º Ejército, que con los refuerzos venidos de fuera llegaron a encuadrar entre 20.000 y 25.000 combatientes, pusieron en graves apuros a la retaguardia imperial y tuvieron una intervención decisiva en las ofensivas de Wellington, evitando que el ejército imperial resultase reforzado tanto en la batalla de Arapiles como en la de Vitoria.

En Aragón, que había generado un enorme esfuerzo insurreccional en torno al sitio de Zaragoza, el general Suchet aplicó una política enérgica y hábil que consiguió pacificar todo el centro de la región donde se encontraba la mayoría de la población y de la riqueza. Según lo relata Sarramon, «éste, era un militar hábil y afortunado que poseía, entre otras, tales cualidades de administrador que no solamente sus soldados no carecían de nada –cosa rara en la Península– sino que incluso la población de las regiones ocupadas no sufría demasiado –lo que era verdaderamente una excepción–. Él había tomado en mayo de 1809 el mando del 3er cuerpo formado por tropas mal organizadas y de mediocre calidad, que además salían del infierno del sitio de Zaragoza, tuvo que hacer inmediatamente frente al ataque del ejército del general Blake, y después de las derrotas iniciales, fue capaz de rechazarle en junio gracias a las victorias de María y de Belchite. Ésto le dio unos meses de respiro que dedicó a la ocupación de la provincia, a la organización de la administración y a la preparación de sus tropas.» La extraordinaria capacidad de mando y de organización de Suchet convirtió el 3er cuerpo en una tropa de élite llena de confianza en ella misma y en su general.

Sarramon describe también que «Aragón se encontraba en 1810 completamente conquistado desde el punto de vista militar, las únicas zonas pasajeramente incomodadas eran las regiones excéntricas, allí donde operaban las agrupaciones de españoles constituidos en parte por soldados de línea dispersados durante las derrotas, los sitios o escapados de las columnas de prisioneros que los llevaban a Francia, en parte por aragoneses sublevados contra el ocupante. Esas bandas –nombre que les daban los informes

franceses— se establecieron por lo general en las regiones montañosas que rodean la provincia y hacían incursiones en la parte rica del Reino tanto para recolectar víveres como para amenazar a las pequeñas guarniciones imperiales o para atacar a los pequeños destacamentos dedicados a recoger contribuciones, grano o ganado. A principios de 1811, los jefes más conocidos eran: Pesaduro en las Cincovillas, Oliva, Solano y Cantarero en los valles de los Pirineos y los alrededores de Barbastro, Montardit al norte de Lérida, Campillos hacia Montalbán y sobretodo el célebre Villacampa, que desde las montañas de Albarracín hacía incursiones por toda margen derecha del Ebro. A esos jefes propiamente aragoneses hay que añadir los que campaban en la provincias vecinas y que con mucha frecuencia venían a operar hasta los confines del Reino, tanto solos como en conjunción con los agrupamientos locales: Mina en Navarra, Durán en Soria y el Empecinado en Guadalajara. La existencia de estas agrupaciones «insurgentes» obligaba a Suchet a dejar en las regiones periféricas tropas destinadas a cubrir el país y sus recursos; por el contrario, en el interior de Aragón reinaba la calma, los almacenes del ejército eran aprovisionados con regularidad por las entregas de los municipios, éstas eran pagadas puntualmente gracias al producto de las contribuciones, los soldados alimentados y pagados respetaban los bienes de la gente; además los aragoneses, lejos de huir de sus pueblos al acercarse las columnas imperiales, trabajaban normalmente, las tierras estaban cultivadas y los convoyes iban de un punto a otro sin escolta; ¡se podrían citar muchos casos de quejas colectivas, expresadas en manifestaciones, al marcharse una unidad del ocupante!...»

Los guerrilleros se tuvieron que conformar por tanto con sobrevivir en la periferia montañosa del antiguo reino. Solo cuando Suchet se desplazó a Cataluña para sitiar las plazas de Lérida, Mequinenza, Tortosa y Tarragona, las partidas de la región pudieron encontrar un respiro y amenazar seriamente las posiciones imperiales en la región. Posteriormente, tras la toma de Valencia en enero de 1812 por el ya mariscal Suchet, al estar sus fuerzas sobreextendidas y haber tenido que enviar parte de sus tropas para la campaña de Rusia, la retaguardia quedó muy expuesta a los ataques guerrilleros. Las partidas y fuerzas insurrectas aragonesas unidas a las valencianas, catalanas y a otras guerrillas llegadas de regiones próximas impidieron con su continuo acoso que dicho mariscal pudiera continuar sus operaciones hacia Alicante y Murcia, lo que de haberse producido hubiera podido cambiar el curso de la guerra y posiblemente también de las posteriores campañas napoleónicas.

La Mancha fue otra región de gran protagonismo guerrillero. Las provincias manchegas, con excepción de las comarcas más próximas a la capital, Madrid, estuvieron la mayor parte de la guerra con un grado de ocupación de

fuerzas imperiales bastante bajo. En consecuencia había grandes espacios libres donde la guerrilla podía vivir y amplias zonas vacías sobre las que retirarse. Por la Mancha pasaba, a partir de enero de 1810 y hasta agosto de 1812, la línea de comunicaciones imperial que unía Madrid con Andalucía y ésta había de ser defendida de los acosos de las partidas.

Al ser esta región una zona mayoritariamente llana y despejada era favorable al empleo de la renombrada caballería francesa, lo que obligaba a las partidas guerrilleras a ser también montadas y de dimensiones no excesivamente grandes. En las zonas más próximas a Extremadura las partidas encontraban un magnífico refugio serrano de difícil acceso para sus perseguidores y donde podían actuar también con eficacia las partidas a pie. Las guerrillas manchegas fueron bastante activas y obligaron a la guarnición josefina de Madrid a emplearse constantemente hacia el sur, al mismo tiempo que tenían que vigilar con especial atención la provincia de Guadalajara donde campaba uno de los líderes insurrectos más eficaces y decididos: el Empecinado. Por esta razón la capital, a pesar de estar alejada de la zona de acción de todos los ejércitos aliados, tuvo que mantener en todo momento una guarnición importante con fuerzas de gran valor operativo —especialmente su caballería— que hubieran podido ser útiles en otros lugares y que no pudieron llevar a cabo una utilísima función de reserva que su posición central reclamaba.

Después de la efímera presencia francesa en Andalucía en 1808 como consecuencia de la incursión de Dupont que terminó en Bailén, esta región solo estuvo ocupada por tropas imperiales entre enero de 1810 y agosto de 1812. Por este motivo la formación de partidas fue allí más tardía y éstas alcanzaron por lo general un menor desarrollo. Andalucía fue también la región donde los franceses encontraron la menor resistencia popular y donde el fenómeno guerrillero conoció mayores casos de bandolerismo. En consecuencia fue igualmente la única zona de España donde las autoridades imperiales consiguieron ciertos éxitos en la formación de unidades cívicas para la lucha antiguerrillera.

La región era no obstante muy apta orográficamente para el arraigo y desarrollo de la lucha insurreccional, con profundas serranías en todo el norte, el este y el sur, en las que cualquier partida podía ponerse fácilmente a salvo. La región de Ronda fue especialmente hostil a los ocupantes con un modo peculiar de organizar la insurrección sobre la base de los pueblos y municipios locales. Tuvieron una gran influencia en el desarrollo de los principales focos guerrilleros la presencia próxima a sus límites del ejército de Murcia al este, Cádiz y la base británica de Gibraltar al sur y el ejército español de Extremadura junto a la frontera portuguesa al oeste. Especialmente

relevante fue la actuación de Ballesteros en las serranías de Cádiz y Málaga que sobre la base de columnas militares muy móviles fomentó la guerrilla local y la incorporó a sus fuerzas, generando con ello un correoso foco de resistencia que creó serios quebraderos de cabeza a los mandos militares franceses. En el resto de las regiones españolas no pormenorizadas y donde existió guerrilla se dieron condiciones similares a alguna de las descritas anteriormente.

El modo de lucha de las guerrillas se caracterizó por combates frecuentes, de poca entidad y dispersos por un territorio muy extenso. Esto obligó al ejército imperial a mantener guarniciones en todas las ciudades y pueblos importantes de la retaguardia así como en las localidades a lo largo de las principales líneas de comunicaciones, organizando además columnas móviles para operar contra los insurgentes. Por lo general, las fuerzas ocupantes perseguían a las partidas guerrilleras sin que éstas aceptaran presentar batalla, limitándose a alejarse de la zona o a dispersarse en pequeños grupos. Las operaciones iban dirigidas tanto a acabar con las fuerza insurgentes como a conseguir el control de la población y los recursos locales en las zonas donde éstas operaban.

La protección de la ruta Irún-Madrid adquirió tal importancia que Napoleón dio órdenes particulares para asegurar el tránsito por dicha carretera. Se organizaron almacenes y depósitos en Burgos, Aranda y Buitrago. Cada puesto de etapa a lo largo de la ruta debía hacer partir a una hora determinada y variable, acordada de antemano con el puesto vecino, destacamentos para la escolta de todo lo que había de marchar por dicha ruta. Los destacamentos de escolta de los puestos consecutivos se debían encontrar a mitad de camino, donde intercambiaban correos, viajeros y convoyes y junto con ello, un sobre cerrado donde se indicaba la hora en la que al día siguiente se haría el encuentro. Al comandante de cada provincia le correspondía regular el tamaño que debían tener las columnas.

Para la custodia de las comunicaciones se organizó además una fuerza de 20 escuadrones<sup>3</sup> de gendarmes, veteranos y escogidos, en total 4.000 hombres que llegó en marzo de 1810. Los escuadrones de gendarmes se hicieron al principio cargo de la cobertura de las etapas de la gran ruta, mientras que las unidades militares cubrían las guarniciones. Con el tiempo, se evolucionó hacia un modelo mixto de cobertura de las etapas y puestos por gendarmes y soldados de las unidades que estaban acuarteladas o de paso por la región, siendo los primeros, los que por su permanencia y mayor

<sup>3</sup> Cada uno constaba de 7 oficiales y 200 de tropa. Estas unidades de gendarmes se agruparon en 6 legiones en Burgos, Vitoria, Pamplona, Zaragoza y Cataluña. El conjunto estaba mandado y organizado por el general de brigada Buquet que estableció su cuartel general en Vitoria.

experiencia mejor conocían la lucha antiinsurreccional. Con algunos ajustes en el despliegue y la organización, la gendarmería permaneció en la región que va de Burgos hasta la frontera francesa y la costa, convirtiéndose en un enemigo implacable de la guerrilla. Pagaron no obstante un enorme tributo en sangre, sufriendo 831 muertos y 1,077 heridos, juntos, prácticamente la mitad de la fuerza.

La forma más eficaz de combatir a las guerrillas era ocupar las principales poblaciones de la región donde éstas estaban establecidas, achicando con ello el espacio a las fuerzas insurrectas y lanzar a continuación columnas para perseguir y cercar a las partidas. Esta táctica requería gran número de tropas durante tiempo prolongado y buena coordinación entre los distintos mandos regionales y no podía ser aplicada en toda la extensión de la retaguardia a la vez. Se daba por tanto la dicotomía de que o si se establecían guarniciones en todas las poblaciones necesarias no se disponía de fuerzas para formar columnas y si se formaban columnas suficientemente poderosas había que abandonar amplias zonas a la guerrilla.

Para conseguir un mínimo de eficacia, las fuerzas ocupantes necesitaban además información y cooperación, aunque fuera a la fuerza, de la población local. Según afirma el general Roguet en sus memorias: «la guerra de partisanos depende sobre todo de consideraciones morales. En cuanto cien infelices, apenas armados, se reúnen en cualquier parte, el país ve mil en diferentes direcciones. Para tranquilizarle, hay que operar como si tal fuera el estado de las cosas, es decir, dividirse más de lo que se debería y en consecuencia actuar en cada punto erróneamente indicado con menos fuerzas de las necesarias. El secreto de este tipo de operaciones es estar siempre bien informado y obtener esta información a tiempo. En España no lo pudimos conseguir. Sin embargo cada uno de nosotros gastaba más de 500 francos al mes en correspondencias, guías y espionaje.»

Para hacerse con el control de aquel territorio, los mandos militares utilizaron medidas políticas, policiales y militares, y mostraron más habilidad de la que suele reconocerse. Es cierto que en ocasiones los generales franceses abusaron del terror como instrumento para el sometimiento y que esto dio lugar a una espiral de violencia de grandes proporciones, pero es igualmente cierto que las fuerzas ocupantes, al enfrentarse a juntas y guerrillas, contaban con innumerables obstáculos: insuficiente conocimiento del idioma, mapas deficientes para moverse en un terreno intrincado, relaciones de amistad, vecindad y parentesco de las guerrillas y las juntas con la población, así como una lucha atroz que habían creado fuertes resentimientos entre los habitantes. Pero sobre todo hay que tener en cuenta, el hecho de que la firmeza de carácter en la lucha y la flexibilidad y habilidad en el trato

de los asuntos políticos y con la población –ambas necesarias para vencer en esta lucha– son cualidades que no suelen darse simultáneamente en la misma persona. Lo más frecuente fue, que unos generales optaron por soluciones más políticas de acercamiento a la población y otros por acciones de carácter más militar, de lucha contra todo el que no se sometiera; y ambas opciones no eran suficientes por sí mismas. Solo Suchet en Aragón, como ya se ha comentado supo enfrentarse al fenómeno guerrillero, obteniendo algunos resultados muy significativos.

Lo que sí es evidente en una lucha antiinsurreccional, es que si se aplican medidas de terror contra la población y las guerrillas, y éstas no dan resultado, la fuerza ocupante se debilita y se deslegitima. Las fuerzas napoleónicas contaron en aquella guerra con la desventaja, de que habiendo sido vencedoras en todas las contiendas anteriores, pecaron al principio de exceso de confianza y cuando quisieron rectificar ya era demasiado tarde. La clave de ese tipo de lucha está en los primeros momentos de la guerra, cuando reina la confusión, las guerrillas están en fase de emergencia, éstas están mal organizadas y carecen de experiencia, la población todavía no ha adquirido la capacidad de sufrimiento que da la lucha prolongada y la fuerza ocupante cuenta todavía con la iniciativa.

En relación con la población local, las unidades ocupantes se veían forzadas a amenazar y a hacerse temer. Los jefes militares de las diferentes poblaciones pedían cuentas inmediatas a los alcaldes de todo lo que ocurriera. Éstos tenían que elevar a las autoridades militares locales informes diarios sobre la situación. Si se comprobaba que las autoridades locales no daban información sobre las actividades guerrilleras en las proximidades de la población, se les amenazaba con ser tratadas como cómplices. Se tomaban medidas severas si las autoridades o las poblaciones no cumplían con lo establecido.

Progresivamente las medidas se fueron haciendo más estrictas, se llegó a prohibir todo agrupamiento de personas y los centinelas tenían orden de disparar sobre cualquier persona que intentara entrar en las poblaciones de acantonamiento después de las diez de la noche. En caso de alerta durante la noche, la población no podía salir de sus casas o asomarse a las ventanas. Si la alarma se producía durante el día, toda la población tenía que entrar en sus viviendas. En caso de no cumplir dichas órdenes se hacía fuego sobre los infractores.

Se dio orden igualmente a los municipios para que elaboraran listas de las personas ausentes así como de los arrepentidos y se imponían cuantiosas multas por incumplir las normas o cualquier tipo de colaboración con la guerrilla. A las personas pudientes que se adhirieron a la causa patriótica se

les expropió sus bienes y los poseedores de bienes públicos, en localidades sin guarnición francesa, debían depositar sus caudales en la guarnición más cercana.

Se reemplazó también en los puestos de responsabilidad a aquellas personas que tenían poco que perder, por propietarios cuyo interés estaba en mantener la tranquilidad y se terminó creando una comisión para juzgar los delitos militares y los individuos no amnistiados acusados de haber conspirado o de haberse unido a las partidas. Según nos relata también Roguet, el inconveniente de presionar a las autoridades locales y a las personas más señaladas, por ser los más vulnerables, es que mientras éstos eran más propicios a colaborar, el pueblo llano se mantenía del lado de los guerrilleros: «Como a los propietarios se había hecho los únicos responsables de los desórdenes cometidos, el populacho enardecido tenía bajo su dependencia a los que tenían algo que perder. Éste (el pueblo llano) se mantenía devoto a los brigantes y compartía su pillaje. Yo propuse al general Dorsenne arrestar a 3 curas y 30 hombres, fuera en las poblaciones que aportaban dinero y víveres a los insurgentes, fuera en aquellas en que se les permitía ejercer rigores contra los alcaldes o gentes tranquilas so pretexto de ser partidarios nuestros».

Si se descubría que una casa había servido de almacén o taller para los insurrectos, ésta era quemada y los pueblos donde la guerrilla encontraba refugio y apoyo podía sufrir una suerte parecida. Una preocupación constante de los mandos militares franceses era evitar que las partidas reclutaran a los mozos de la comarca para engrosar sus partidas. Éste era en gran medida el barómetro de su éxito, no solo porque con ello se evitaba un crecimiento de los efectivos de las partidas, sino también porque la población hacía una enorme resistencia a colaborar si sus jóvenes combatían con los insurrectos. Las columnas imperiales perseguían a las partidas con objeto de cercarlas y destruirlas, o al menos dispersarlas. En el último caso, si el agrupamiento de partidas sufría una dispersión forzada, gran parte de los mozos se volvían a sus casas y el efecto en la partida podía ser como el de una derrota en toda regla.

El modo de combatir de la mayoría de los guerrilleros de la Francesada estaba basado en dos principios: luchar con empeño en las emboscadas, llegando incluso al cuerpo a cuerpo, cuando había botín que arrebatarse, fuera éste de caballos, un cargamento o cualquier asunto de valor tanto para la lucha como para el sustento, buscando siempre una situación de franca ventaja, o tirotear al enemigo desde la distancia retirándose ante su avance y persiguiéndole en su retirada.

Pero la verdadera clave del combate guerrillero era su propia supervivencia sobre la base de un buen sistema de información y vigilancia. Éste

se basaba en tres anillos sucesivos: una primera red de confidentes en las mismas guarniciones francesas que mantenía informados a los líderes insurrectos sobre la preparación de las columnas y en el grado de lo posible de sus intenciones y planes, una segunda red de vigilancia a distancia por los lugares de paso y acceso a la zona donde la guerrilla estaba acantonada que podía estar establecido por diferentes procedimientos tanto por civiles a sueldo u obligados como por guerrilleros destacados o en los casos más elaborados por sistemas de alerta y aviso en cadena a cargo de las autoridades locales como el que organizó con gran eficacia Espoz y Mina en Navarra. Por último, un sistema de avanzadas armadas cerrando los accesos inmediatos al lugar de emplazamiento de la partida que tenían la responsabilidad de combatir a las vanguardias enemigas para dar tiempo al resto de la guerrilla a tomar las armas y organizar la defensa o la huida.

Otra habilidad necesaria para todo buen cabecilla guerrillero era la de esconder en la región de su propio santuario el armamento y munición así como otros recursos que la partida no podía llevar consigo, sin que la población local conociera su emplazamiento, sabiendo que había informadores ocultos y que el resto de la población daría dicha información en cuanto fuera convenientemente amenazada por las columnas ocupantes. Francisco de Longa hizo una curiosa descripción de cómo ocultó a la población y al enemigo la carga de una gran presa que hizo en el puerto de Orduña a una columna francesa que fue atacada despeñando sobre ella gran número de piedras que habían sido colocadas en lo alto la noche anterior: Después de despejar el camino de piedras, animales muertos y carromatos inutilizables y conseguir dar la vuelta al convoy de carros, el material de los carros destruidos fue cargado en los carros útiles. Hasta el amanecer no pudo salir la columna de las escabrosas peñas para dirigirse al valle de Losa. Desde allí hizo que los carros se dispersaran por diferentes valles y lugares «haciéndoles caminar de noche de modo que los fardos fueran descargados antes de llegar a los indicados puntos». Los fardos con los vestuarios fueron después descargados por el camino y rellenos con paja «por mano de personas calladas» sin que los carreteros vieran lo que se había hecho ni donde se había ocultado la carga. Desde los diferentes lugares, los falsos fardos «fueron conducidos con escolta hasta Medina de Pomar y Villarcayo y quemados allí a una con el carro, a fin de hacer creer al público que eran los vestuarios de la presa; por cuya ardid engañé al vulgo y también al enemigo». Pocos días después la guerrilla de Longa tuvo que volver a abandonar por un tiempo su cuartel general en Medina de Pomar perseguido por las fuerzas ocupantes que acudieron allí para vengar el ataque y buscar –sin éxito– el material perdido.



En terreno montañoso o accidentado las partidas tenían innumerables recursos para escapar o acosar a sus perseguidores. En los llanos abiertos, la guerrilla a pie era muy vulnerable a la caballería imperial. Si una partida era descubierta a plena luz del día y no tenía tiempo de ponerse a salvo en terreno escarpado o boscoso, corría serio peligro de sufrir una carnicería en toda regla, como le ocurrió a las tropas de Espoz y Mina en Belorado. Por este motivo, en las grandes llanuras españolas como la Mancha o el valle del Duero las partidas eran montadas. Cuando Francisco de Longa era perseguido y tenía que abandonar su territorio, solía dividir su fuerza en dos, la caballería se dirigía a la rica llanura riojana mientras que la infantería buscaba refugio en las montañas cantábricas. Para evitar a la caballería enemiga, las partidas de infantería debían atravesar las llanuras de noche.

Si alguna vez la guerrilla aceptaba la lucha planteada por su enemigo, era en ventaja numérica de tres o más contra uno. Hasta los últimos años de la guerra cuando muchas de las partidas ya se habían regimentado, los enfrentamientos y combates de cierta entidad fueron muy escasos y las grandes emboscadas como las de Espoz y Mina en el paso de Arlabán fueron más la excepción que la regla. «No era ya un combate limitado en duración, era una lucha continua, sin pausa ni descanso, no perdiendo ocasión de una trampa o una emboscada, aprovechando todas las horas, todo tiempo, todo lugar y terminando siempre por perseguir a los que habían sido perseguidores. Esas guerrillas no mataban ni herían muchos hombres a la vez; pero como ellas renovaban constantemente su acoso, se desgastaba en pura pérdida contra ellas un ejército de élite tan importante de conservar». A las diferentes acciones de la guerrilla, habría que añadir los numerosos soldados aislados o rezagados que las partidas o destacamentos atacaban donde fuera que los encontraban. Sumados todos ellos resulta un número de bajas muy considerable.

Miot de Melito describe a la guerrilla de una manera muy gráfica: «Un ejército invisible se extendió sobre casi toda España como una red de la cual no escapaba ningún soldado francés que se alejara un momento de su columna o su guarnición. Sin uniforme y en apariencia sin armas, los guerrilleros escapaban fácilmente de las columnas que les perseguían y muchas veces las tropas que iban a combatirles pasaban por medio de ellos sin saberlo.»

Si se llegaba al enfrentamiento entre una fuerza ocupante y una guerrilla los imperiales buscaban el choque, avanzando en una columna cerrada sobre un punto del despliegue partidario. Una fuerza militar que hubiera basado su combate más en el fuego, como hacían la mayoría de los ejércitos de la época habría sido un enemigo mucho menor para los guerrilleros que desde posiciones de ventaja habrían sostenido el duelo. Rara vez una guerrilla era

capaz de oponerse al orden, acometividad y disciplina de las fuerzas napoleónicas, aunque éstas fueran muy inferiores en número. Mientras los imperiales peleaban con estricta sujeción a las ordenanzas, haciendo fuego en dos o tres filas y avanzando en tres filas, codo con codo y «a paso de carga», los guerrilleros, al menos hasta que se fueron regimentando, guerreaban «a su aire» y «a la buena de Dios»: sueltos, en grupos o en una fila. Más de un autor francés anota que los guerrilleros, en plena lucha, estaban animados por el furor. Se excitaban con sus gritos y se envalentonaban con sus interjecciones e insultos. Como es de suponer, los franceses hacían lo mismo. Éstos llamaban a los guerrilleros *brigands* y *bandits*, e incluían a todos los soldados españoles bajo el apelativo de *carajos* (con acento en la ó), porque la interjección típica en los hombres era la de ¡carajo! en los hombres y ¡caray! en las mujeres.

Aquella lucha era el reflejo del enfrentamiento mítico entre Ares y Enio. Ésta última era la antigua diosa griega conocida con el epíteto de destructora de ciudades y representada frecuentemente cubierta de sangre. Enio simbolizaba la guerra primitiva y desorganizada donde un ejército era un conjunto de guerreros y la batalla, la suma de combates singulares. Ares su hijo, el dios de la guerra de las polis griegas, protegía a los hombres que luchaban en formación cerrada, la falange, donde cada soldado tenía un lugar en la formación y donde el conjunto se imponía sobre la individualidad.

Un adagio del tiempo de la Francesada decía. «para ser un buen guerrillero es preciso tener el corazón de un león, los pies de una liebre y el vientre de una mosca». Es decir, ser valiente, ligero y frugal. El guerrillero necesitaba mucho coraje para enfrentarse a los experimentados soldados del Emperador pero también porque sabía que si le cogían terminaría fusilado o ahorcado a la vera de un camino. La ligereza, la capacidad para marchar deprisa, cubriendo grandes distancias, fue la principal arma del guerrillero; al llevar menos equipo que los soldados franceses<sup>4</sup> –lo que les permitía moverse a mayor velocidad– y conocer mejor el terreno donde se movían, conseguían escapar de las batidas y cercos enemigos. Las jornadas de marcha agotadora y las persecuciones que se prolongaban a veces por periodos de mas dos meses fueron uno de las características distintivas de la vida del guerrillero. En los nueve meses que van de agosto de 1810 a abril de 1811, la guerrilla de Longa recorrió unos 2.000 kilómetros esquivando el acoso y los cercos de las fuerzas ocupantes. En lo relativo a la frugalidad, los guerrilleros tuvieron que

---

<sup>4</sup> El guerrillero marchaba con su fusil y un reducido equipo que incluía una manta, munición y algo de comida, en total de 10 a 15 kilos. En contraste con su oponente, el soldado de infantería francés llevaba a cuestras un equipo que pesaba entre 30 y 40 kilos.

hacer de la necesidad virtud, cuando las persecuciones enemigas no les permitían vivir de otra manera, y apretarse la faja en espera de tiempos mejores. Luego ocurría lo que es de suponer, que pasado el peligro, tras unos días de caminata o tras horas interminables de combate, aquellos indómitos combatientes se desquitaban dándose verdaderos atracones. No obstante, los combatientes de la guerrilla estaban mejor alimentados y pagados que los del ejército regular.

La aparición de la guerrilla se vio favorecida por las circunstancias particulares de la España de aquella época:

### 1. *Clima y geografía.*

*El clima español fue un factor importante que facilitó la lucha guerrillera, ya que al ser en general más suave o más seco que en el norte de Europa, permitía también sobrevivir mejor viviendo a la intemperie. La orografía y el mal estado de las comunicaciones en las zonas montañosas o poco pobladas fue el gran aliado del guerrillero. Tanto España como Portugal son países abruptos, con grandes extensiones de zonas accidentadas y serranías así como estepas de difícil acceso. Como observó Suchet: «La península española (...) está cubierta de altas cordilleras montañosas que se extienden en todas las direcciones (...) respaldadas por la meseta interior del país (...) El resultado es que las aguas han de (...) abrirse camino hacia el mar (...) por (...) gargantas profundas y tortuosas (...) Es imposible cubrir unas cuantas leguas de distancia sin encontrar uno o más de dichos desfiladeros (...) Los torrentes por lo general están secos, y sin embargo no pueden cruzarse (...) En todas las direcciones (...) las comunicaciones son sumamente difíciles: las provincias están aisladas entre sí y las ciudades y pueblos separados por enormes distancias y construidos en alturas o cercados por murallas y rodeados por espléndidos bosques de olivos (...) Hay grandes extensiones de tierra cubiertas de brezo y de retama.»*

### 2. *Carácter orgulloso, valiente, sufrido e independiente del pueblo español, así como su arraigado sentimiento religioso.*

*Napoleón había sido advertido por su agente en Madrid, el conde de Tournon: «La nación española no se parece a ningun-*

*na otra... VM. no debe tomar ningún partido antes de venir a conocer las cosas por sí mismo. Los españoles tienen un carácter noble y generoso pero tienden a la ferocidad y no soportan ser tratados como una nación conquistada. Reducidos por la desesperación, serán capaces de las más grandes y valientes revoluciones y de los más violentos excesos».*

*La hidalguía y el concepto de la dignidad que de él se derivaba hacían que se reconociese en España una actitud ante la vida y ante las imposiciones del exterior que sorprendían a los extranjeros. El general Foy, uno de los más notables jefes de división en aquella guerra, (que estuvo a punto de morir en una emboscada de Longa) decía: «La lealtad es la base del carácter de los españoles, habitualmente son tranquilos, pero de esa calma que viene del silencio, no de la falta de pasión. Ellos pueden disimular, pero son incapaces de fingir. Ningún pueblo bajo el despotismo ha conservado como ellos el sentimiento de la dignidad del hombre. Los ingleses les disputan esta ventaja. En Inglaterra procede de la organización social; en España es instinto».*

*El general Thiebault nos relata en sus memorias su impresión al respecto: «Normalmente no se sabe que se cambia de país más que porque se escucha decir o porque se ve sobre las postas las armas o los colores del nuevo país, mientras que a ambos lados de la frontera, los hábitos, las costumbres, los tipos y la vestimenta se parecen; pero en España al dar el paso que cruza la frontera, bruscamente el idioma y las costumbres se transforman, (después de describir el desagrado que le produjo España, comenta) la olla podrida que forma el festín habitual del hidalgo, el orgullo mismo de éste, es ofrecida con altura para ser compartida, y, a propósito de su chabola, os dice con tono de gran señor «pongo la mía casa a su disposición». Si este hidalgo por ejemplo es un zapatero, cosa que no deja de producirse, porque todos los vizcaínos (así se referían a todos los vascos) son nobles, la mayor parte son pobres y hacen falta zapateros en todas partes, viene con la espada en un costado, con arrogancia, a tomaros las medidas y os trae con grandes aires unos abominables zapatos».*

*Los militares franceses, que habían combatido antes en otros lugares de Europa pusieron de relieve la gran diferencia en la relación con la población civil en Alemania y en España. En este país se dieron grandes contrastes: terribles crueldades por*

*una parte gestos de generosidad y nobleza por otra. Un ejemplo muy curioso es lo ocurrido al oficial de caballería M. de Rocca en Ronda tras ser él gravemente herido en una emboscada guerrillera: «Mis patrones españoles me salieron al encuentro, y no quisieron permitir que me condujeran al hospital militar donde reinaba una fiebre epidémica, de la cual probablemente hubiera sido víctima como otros muchos: mis patrones habían tenido hasta entonces respecto de mí una política fría y reservada, considerándome como a uno de los enemigos de su país. Por respeto a este sentimiento de patriotismo había tratado muy poco con ellos. Cuando me vieron herido, me manifestaron el interés más vivo, y me trataron con la generosidad y caridad que distingue tan eminentemente el carácter español. Me dijeron que desde que ya no podía hacer mal a ninguno de su país, me consideraban como a un individuo de su familia, y sin cansarse un solo instante, en el espacio de cuarenta días, tuvieron en efecto conmigo todos los cuidados posibles.»*

*El sentimiento religioso y la fe, tan arraigados durante siglos en la nación española, también hacían que los españoles afrontaran de otra manera la lucha y la muerte. Rocca nos ha legado también este impactante relato: «El carácter de los españoles de estas provincias no se parece en nada al de las otras naciones de Europa. Su patriotismo es todo él religioso, como lo era en tiempos de los ancianos (...) Los pueblos españoles no tenían ningún conocimiento práctico de la disciplina y de las leyes de la guerra. Abandonaban fácilmente sus banderas después de los reveses; no se sentían obligados a guardar la fe prometida a sus enemigos: no tenían más que un solo interés, un solo deseo, el de vengarse por todos los medios posibles del mal que los franceses hacían a su país. Uno de esos paisanos sublevados de Aragón fue detenido por nuestros exploradores, estaba armado con un fusil y llevaba consigo un borrico con víveres para varios meses. El oficial que mandaba nuestra vanguardia, teniendo piedad de él, ordenó que se le pusiera en libertad y le hizo un signo de que se dirigiera a las montañas para escapar. El paisano pareció entender y, una vez liberado, cargó su fusil y se volvió contra nuestras filas a matar a su libertador. El disparo fue felizmente desviado. Este paisano español creía morir mártir, matando a quién había tomado falsamente por uno de los principales entre nuestros jefes. (...) persuadido*

*de que se le iba a fusilar, se puso orgullosamente de rodillas, rezando a Dios, a la Virgen y esperando así la muerte. (...) Si esos hombres hubieran sabido batirse como sabían morir, no habríamos pasado tan fácilmente los Pirineos».*

En términos generales el impacto estratégico de la guerrilla fue evolucionando significativamente y fue creciendo a medida que la guerra se alargaba, del mismo modo que también la guerrilla fue transformándose hasta convertirse en algunos casos en unidades regulares que como tal combatieron en los últimos compases de la contienda. Son precisamente las sucesivas derrotas del ejército convencional, sobre todo después de Ocaña en noviembre de 1809, las que dan vida a la guerrilla como un fenómeno de grandes dimensiones y las que encauzan por la vía guerrillera el deseo popular de lucha y resistencia al invasor. La lucha casi desesperada de los ejércitos españoles fue esencial para que la guerrilla fuera echando raíces, no solo porque atrajo hacia sí la mayoría de las fuerzas ocupantes, sino además porque dio tiempo a que las guerrillas fueran creciendo y los guerrilleros aprendieran su oficio. El hecho de que los ejércitos continuaran con la lucha hizo justificable ante el pueblo que las partidas se armaran y acosaran al invasor. A partir de 1810 cuando el ejército regular fue perdiendo capacidad para llevar a cabo acciones ofensivas de cierta envergadura y la nación en su conjunto fue acusando el cansancio y el desgaste de la guerra, la guerrilla fue progresivamente compensando la debilidad convencional.

En unas pocas palabras podemos decir que la guerrilla al desgastar al enemigo y forzarle a desplegar sus fuerzas por todo el territorio ocupado impidió que éste pudiera reunir una potente y resolutiva masa de maniobra y que de ese modo se debilitara con la conquista de nuevos territorios.

La dificultad a la hora de hacer una valoración de la guerrilla y comparar ésta con la de las unidades regulares radica en que siendo fuerzas de una valía táctica y operativa muy escasa tuvieron un enorme impacto estratégico. Éste fue de tipo acumulativo y sinérgico, ninguno de los efectos por sí mismo fue trascendente, pero sumados y combinados con la acción de los ejércitos regulares alcanzaron un valor tal que la guerra en la península no se pareció en nada a las rápidas y decisivas campañas Napoleónicas.

Para valorar en su justa medida la importancia estratégica de la guerrilla en esta guerra debemos utilizar dos métodos distintos. En primer lugar reflexionar sobre el modo en se habría desarrollado ésta si no hubiera existido tal lucha irregular en retaguardia y en segundo lugar analizar pormenorizadamente la contribución concreta de la guerrilla a la victoria general.

Ramón Santillán cuenta en sus memorias que «El General Freyre, con quien tuve algunos años después de la guerra ocasión de hablar varias veces de la parte que en ésta habrían tomado los Cuerpos sueltos del interior, se la concedía muy principal, y hasta dudaba que sin ellos hubiéramos podido sostener la lucha tres años». Haciendo un simple balance de fuerzas a lo largo de los cuatro primeros años de la guerra podemos comprobar que la suma de fuerzas convencionales aliadas llegó a ser notablemente inferior a las fuerzas imperiales y que sin la existencia de las guerrillas que obligaron a las tropas ocupantes a dejar importantes contingentes a retaguardia, el desequilibrio a favor de los napoleónicos había bastado para imponerse.

Que las tropas que combatían a las guerrillas no estaban disponibles para enfrentarse a las fuerzas convencionales es algo muy evidente y es la forma más fácil de evaluar el impacto estratégico de la guerrilla. Si aceptamos el número de 50.000 como probable para el total de hombres que militaban en las partidas irregulares, nos encontramos que para mantener las principales poblaciones y las vías de comunicación los cuerpos imperiales tuvieron que detraer de la totalidad de sus fuerzas en 1810 y 1811 una cantidad superior a los 120.000 hombres. Si tenemos en cuenta que en las anteriores guerras y campañas napoleónicas habían bastado unos pocos miles de hombres para sostener la retaguardia, la diferencia habla por si misma.

El caso concreto de la ofensiva de 1810 contra Wellington es muy esclarecedor. Tras las graves derrotas españolas de Ocaña y Alba de Tormes en noviembre de 1809 y la conquista de Andalucía en febrero del año siguiente, la superioridad convencional de las tropas imperiales en España era aplastante y su posición central claramente ventajosa. Napoleón después de haber derrotado a los austriacos en Wagram había podido enviar un poderoso refuerzo de 140.000 a la Península, aumentado su fuerza en España a más de 320.000 combatientes frente a solo 110.000 del ejército español y 95.000 del contingente británico-portugués de Wellington. La existencia de la guerrilla obligó a Napoleón a cambiar por primera vez su modo tradicional de operar. Primero dedicó un tiempo a pacificar las provincias por las que pasaban las líneas de comunicación con Francia para después ordenar a Massena que se internara en Portugal para enfrentarse a Wellington. Desde el final de la conquista de Andalucía hasta que el mariscal francés cruzó la frontera portuguesa pasaron 7 meses; tiempo suplementario con el que contó el general inglés para preparar a su fuerza y terminar de construir la línea de *Torres Vedras*.

Solo 45.000 hombres llegaron al final frente a aquella formidable línea defensiva. Los otros dos tercios de la fuerza imperial desplegada en el eje Irún-Burgos-Valladolid-Ciudad Rodrigo-Lisboa quedaron para proteger la

extendida línea de comunicaciones. Esto no se debió solo a la guerrilla. Las defensas de Astorga y Ciudad Rodrigo llevadas a cabo por el ejército regular español retrasaron por varios meses el avance francés y había 18.000 bayonetas francesas protegiendo el flanco norte de un posible ataque de las fuerzas convencionales gallegas y asturianas. Se puede concluir que, en el citado eje, había más fuerzas imperiales desplegadas en la retaguardia en funciones de fuerza de ocupación que las que estaban desplegadas como fuerza de maniobra frente a Wellington y que el cuerpo de 20.000 al mando de Drouet D'Erlón que Napoleón envió en apoyo de Massena tardó cuatro meses en llegar desde la frontera francesa, aportando sólo 8.000 hombres de refuerzo, sin conseguir con el resto mantener abiertas las comunicaciones con Ciudad Rodrigo.

No obstante las consideraciones operativas, la más importante contribución estratégica de la guerrilla fue la de impedir que la población de las regiones dominadas por los franceses se sometiera a ellos. La acción guerrillera fue más que ninguna otra cosa una disputa frente a las tropas ocupantes por el control de la población civil y una prueba fehaciente de que ni el rey José ni su hermano tenían una autoridad consolidada sobre los territorios que habían sido conquistados militarmente. Las partidas guerrilleras, por propia necesidad de supervivencia, se convirtieron en las autoridades políticas de las comarcas por las que campaban e impedían que la mayoría de la población rural se sometiera a los franceses; empleando para ello si era necesario amenazas y violencia.

Si la población de las regiones dominadas por las tropas imperiales hubiera aceptado el dictado francés, lo que sin duda habría ocurrido antes o después si no es por la acción de los guerrilleros, la retaguardia habría contribuido con fuerzas y muchos más recursos a la causa imperial. Como cuenta Nicolás Barquín Arana en sus memorias, tras las victorias napoleónicas de finales de 1808, los municipios del norte de la provincia enviaban a Burgos las contribuciones que les eran requeridas hasta que bastantes meses después la presencia de numerosas partidas por la región lo interrumpió.

En una retaguardia pacificada las autoridades francesas hubieran podido fácilmente organizar su administración y los cuerpos imperiales habrían encontrado muchos más recursos logísticos a su disposición. Sin embargo, como sabemos, las limitaciones logísticas terminaron siendo un grave talón de Aquiles para el operativo napoleónico. Los guerrilleros no solo disputaron esos recursos y amenazaban a los convoyes que los transportaban, sino que también obligaron a que se emplearan columnas militares para el cobro de los impuestos y la recogida de las contribuciones. Dichas fuerzas consumían parte de esos recursos y debían obtenerlos con el uso de la fuerza y la



generalización de las amenazas, produciendo un gran quebranto y desgaste en la economía local.

El mariscal Bessières, al llegar a España a principios de 1811 para hacerse cargo del mando del Ejército del Norte, informó al Emperador de cómo había cambiado la situación desde 1808, cuando estuvo por primera vez, y las dificultades que tenía para cumplir su misión: el agotamiento en que se encontraba el país por el exceso de explotación a que había sido sometido por los ejércitos, la exasperación tanto de las fuerzas como de la población, la dificultad para constituir almacenes debido a la falta de medios de transporte, la insuficiencia de efectivos para alcanzar los objetivos fijados, la obligación de poner potentes columnas en campaña para poder cobrar cualquier contribución y la sumisión solo de las localidades ocupadas.

Además de ello, una retaguardia bajo control eficaz de las tropas ocupantes no sólo no habría retenido fuerzas, sino que las habría generado. Habiendo tropas españolas luchando en ambas partes, la causa patriótica habría visto debilitada su legitimidad y cohesión y la voluntad de lucha se habría ido extinguiendo. El panorama general habría sido completamente distinto. Los éxitos de Suchet en Cataluña y Valencia no son explicables si no se tienen en cuenta sus logros frente a la insurrección local y en el sometimiento de la población aragonesa.

Normalmente suele pasarse por alto los grandes esfuerzos que las autoridades francesas hicieron para reclutar en España fuerzas militares y de policía. La existencia de las partidas que podían fácilmente represaliar a los colaboradores o a sus familiares –y en las que éstos podían encontrar refugio si desertaban– impidieron que dichos empeños tuvieran un resultado satisfactorio. En todos los demás países dominados (incluido Portugal, donde el Emperador reclutó más tropas que en España) las sociedades generaron numerosas tropas para el ejército imperial y fuerzas cívicas para el control del orden público dentro del mismo país.

La tendencia tan acusada de los altos mandos militares franceses a no acudir en auxilio de sus compañeros de armas se debió en parte al alto grado de rivalidad entre ellos que el mismo Emperador había fomentado. Pero había también otra poderosa razón: si estos se veían obligados a abandonar parte del territorio de su responsabilidad por un tiempo sin duda podrían fácilmente volver a ocuparlo después, pero se veían obligados a dejar en la estacada a los partidarios que tanto trabajo les costaba conseguir. Los implacables guerrilleros utilizaban la ausencia de las tropas ocupantes para castigar a los colaboradores y, la población, con la lección aprendida, se hacía más y más remisa a todo compromiso profrancés.

El desgaste y encanallamiento de la guerra de la que los guerrilleros fueron los grandes responsables, impidió que el rey intruso pudiera llevar a cabo las grandes reformas que se proponía y por tanto que fuera poco a poco ganándose adhesiones. Si tales iniciativas modernizadoras se hubieran llevado a cabo con éxito, los afrancesados españoles habrían mejorado sus posiciones y en consecuencia también la causa imperial.

Si analizamos las contribuciones concretas a la lucha que se desarrolló en España, la más importante fue el haber desgastado un número tan elevado de tropas. Es necesario recalcar que las tropas napoleónicas en España sufrieron más bajas, marcharon más kilómetros y dedicaron más tiempo y esfuerzo combatiendo a la guerrilla que al ejército regular tanto español como aliado. El 8 de enero de 1811 el capitán Deblais, jefe de la 2ª compañía del 1er batallón de fusileros-granaderos de la Guardia Imperial, escribía desde la ciudad de Vitoria: «tenemos en los alrededores de aquí 5 o 6 bandas (...) Pienso que más de 200.000 hombres de nuestro ejército están dispersados a ambos lados de las rutas para mantener las comunicaciones. Si este *brigandaje*, que aumenta todos los días, cesara, la guerra se acabaría enseguida. Estoy preparado para hacer pronto un nuevo recorrido con mi compañía: se dice que nuestro general, viendo que son infructuosos, los enviará menos frecuentemente, pues son la ruina de los zapatos y de los hombres».

La guerrilla rara vez producía muchas bajas en una misma acción y solía retirarse ante los ataques o avances enemigos, pero al estar ésta tan extendida y volver una y otra vez al acoso, la aritmética acumulativa compensó con mucho la debilidad relativa. Es cierto que no se debe caer en la contabilidad de bajas como método de evaluación de los logros militares y que muchas de las bajas frente a la guerrilla lo fueron por puro agotamiento y enfermedad, pero el enorme desgaste hizo la fuerza imperial se redujera en cantidad y calidad y lo importante estratégicamente es el hecho y no cómo se produce. Además las bajas afectan a la moral, nos dan una idea del empeño dedicado y en el caso de las tropas empleadas por Napoleón en España se trataba de soldados curtidos en cientos de batallas victoriosas muy difíciles de reemplazar.

Especialmente grave fue el caso de la caballería, arma clave de la superioridad militar napoleónica, que requería mayores cuidados y a la que el constante ajeteo de escoltas, columnas de castigo y escaramuzas terminó reduciendo tanto en cantidad como calidad. En la batalla de Arapiles, por ejemplo, tras cuatro años de guerra, Marmont no pudo utilizar todos sus jinetes y parte de las unidades iban montadas sobre equinos apresuradamente requisados, de menor calidad y alzada. Wellington, a quién tanto preocupaba su inferioridad en caballería, gozó esta vez de la ventaja contraria.

En este país mediterráneo, con una estrecha fachada atlántica, con clima en buena parte continental, áspero por su orografía en un 50% y con un verano largo y seco, los caballos no encontraban las mejores condiciones para su subsistencia. La lucha contra la guerrilla no permitió además a las unidades de caballería tomarse un respiro y gran parte de los caballos, si no causaron baja por los disparos de los insurrectos, lo hicieron por desgaste o agotamiento. Entre los jinetes también hubo enormes bajas, muy pocas en la contabilidad de cada día, muchas por la aritmética acumulativa. Los jinetes pudieron ser en parte sustituidos por nuevos reclutas, si bien no de la misma valía: los caballos no. Que el ejército imperial en España, después de cuatro años de guerra, ya no contase con esa ventaja adicional de presentarse en las operaciones y en el campo de batalla con una caballería superior fue por tanto otra consecuencia de la correosa e ininterrumpida lucha guerrillera.

Al no designar el Emperador lugarteniente suyo en España y dirigir las grandes operaciones en persona desde París la seguridad de la carretera París-Madrid era esencial para que las órdenes y despachos se intercambiaban con unos intervalos de tiempo que hiciese su contenido coherente. En circunstancias normales un correo urgente podía tardar de París a Madrid 5 o 6 días. Al tener que ir éstos escoltados en territorio español el tiempo total se podía alargar a 15 o 20 días. Cuando en el tramo final de la guerra las unidades guerrilleras llegaron a interrumpir el tránsito por periodos de hasta dos o tres semanas —lo que hacía que el correo tardara más de un mes en llegar; 2 meses y medio con su correspondiente retorno— la dirección estratégica desde París se volvió completamente ineficaz y las órdenes llegadas de Napoleón, que no obstante eran obedecidas, no respondían ya a la nueva situación. A esto hay que sumar los innumerables correos que fueron arrebatados y que producían confusión en los imperiales e información en sus oponentes.

La guerrilla se constituyó en un formidable servicio de inteligencia en profundidad y en una pesadilla para poder organizar con eficacia el servicio de transmisión de órdenes y despachos, lo cual tuvo un valor multiplicador porque terminó afectando a la eficacia general de la maquinaria militar imperial. Todo en la Guerra de la Independencia se hizo lento para las tropas ocupantes, desde la llegada de los refuerzos, a la ejecución de las órdenes o la reacción de los ejércitos. La rapidez de decisión y de reacción que había sido una característica distintiva de los ejércitos napoleónicos ya no era una baza a su favor.

Las guerrillas, cuando se fueron regimentando, aportaron también unidades que sumar al ejército convencional. Ésto sucedió en la segunda mitad de la guerra y sobre todo hacia el tramo final y tuvo especial importancia

porque para entonces el desgaste del ejército español había sido enorme y dichas tropas se habían levantado con los recursos del territorio que estaba bajo dominio imperial. Algunas de aquellas unidades como la caballería del Charro que tanto apreciaba Wellington o las divisiones del Empecinado, Espoz y Mina, Porlier o Longa llegaron a jugar un papel bastante notable.

Un factor cuya importancia no debe despreciarse es el impacto moral que la lucha guerrillera tuvo sobre las tropas imperiales y sobre sus jefes. En las memorias francesas se percibe con toda claridad la desesperación de aquellos formidables soldados al tener que enfrentarse a un tipo de lucha que les desagradaba y frente a la que no tenían una respuesta contundente y eficaz. La incapacidad de obtener éxitos frente a aquella tropa desarrapada hirió el orgullo de muchos de aquellos mariscales y generales haciendo de catalizador de rivalidades y desencuentros y empujándoles a tomar decisiones equivocadas unas veces por exceso y otras por defecto. De modo que la guerrilla también influyó en el resultado de la guerra a través de la dimensión psicológica de aquella contienda: desestabilizando a los jefes militares y fomentando rencillas y descoordinación.

En apoyo al esfuerzo convencional la guerrilla también tuvo una contribución decisiva en muchos momentos de la guerra y muy especialmente en las ofensivas de Wellington. Normalmente el ejército que avanza se debilita y el que retrocede sobre sus bases se refuerza, por ir dejando el primero fuerzas y recursos logísticos atrás y marchar hacia terreno que el enemigo domina, mientras que el segundo se acerca a sus reservas y depósitos, combatiendo sobre un terreno que previamente ha estado en su poder y tener por ello mejor información. Sin embargo, en las grandes ofensivas aliadas de 1812 y 1813 no se dio esta circunstancia: el ejército aliado compensaba los hombres que iba dejando atrás con las nuevas fuerzas españolas que iba encontrando sobre la marcha, mientras estas mismas fuerzas guerrilleras, más o menos regimentadas, le mantenían informado de todo lo que sucedía en la profundidad del despliegue enemigo, permitiéndole incluso adelantar a miembros de su cuartel general para estudiar y preparar las rutas de marcha. Los franceses, por el contrario, no podían destacar, con toda su eficacia, su pantalla de caballería distribuida en pequeños destacamentos en toda la extensión del frente, por el peligro de que éstos fueran aniquilados por las diversas partidas españolas. Mientras vigilaban a la fuerza principal que venía de una dirección, tenían que estar pendientes de todas las demás y tampoco podían mantener un sistema fluido y fiable de informes y despachos por la misma amenaza guerrillera. En consecuencia, mientras el ejército aliado en su avance contaba con diversos multiplicadores de fuerza, su adversario francés encontraba multiplicada la fricción asociada a toda campaña militar.

Vemos por tanto que la guerrilla influyó de muchas maneras en el desarrollo y resultado final de la Guerra de la Independencia, la combinación de todos esos efectos fue determinante para crear la tela de araña en que los cuerpos imperiales terminaron quedando atrapados. Sin pretender menospreciar la importancia estratégica de los otros dos grandes pilares del esfuerzo antinapoleónico en la Península Ibérica (el ejército español y la fuerza aliada de Wellington) que fue crucial, teniendo en cuenta que el efecto de los tres actores fue complementario y cada uno cubrió en gran medida las deficiencias de los otros, y que durante el primer año y medio de la guerra la actuación de la guerrilla fue muy limitada, es de justicia reconocer que el fenómeno guerrillero dio carácter a aquella guerra y que su empeño y recalcitrante determinación sumó la energía y la sinergia necesarias para que el continuo batallar victorioso de las huestes de Napoleón encontrara en España su fin.

# UNA OCASIÓN FALLIDA: LA INCIDENCIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA SOBRE LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO DECIMONÓNICO

Fernando PUELL DE LA VILLA<sup>1</sup>

El admirable comportamiento del pueblo español durante la Guerra de la Independencia, su «voluntad decidida, invencible, de no someterse» como reconoció lord Canning ante el Parlamento británico en 1809<sup>2</sup>, ha llamado la atención y ha merecido generalizados elogios por parte de casi todos los historiadores, nacionales y extranjeros, que han investigado y escrito sobre el acontecimiento cuyo bicentenario conmemoramos.

Sin embargo, pocos se han ocupado de analizar en profundidad las características del ejército que articuló aquel colosal esfuerzo colectivo, no tanto en cuanto a su entidad y composición, suficientemente conocidas desde principios del siglo XIX y mucho más gracias a la esforzada labor realizada por el coronel Juan Sañudo durante los últimos treinta años, sino en lo referente a las innovaciones introducidas en su estructura orgánica por la Junta Central, el Consejo de Regencia y las Cortes, tanto las Generales y Extraordinarias como las Ordinarias, derivadas o no de lo que acontecía en los campos de batalla.

Y por ende, tampoco se ha prestado demasiada atención a la posible incidencia de estas novedades estructurales sobre el modelo de ejército configurado en tiempos de Narváez, cuyos rasgos esenciales y base doctrinal conservaron su vigencia hasta el trascendental proceso de reforma fraguado durante el último tercio del siglo XX.

---

<sup>1</sup> Coronel de Infantería ® Doctor en Historia. Profesor de Historia Militar. IU Gral. Gutiérrez Mellado, UNED

<sup>2</sup> Discurso de lord Canning ante la Cámara de los Comunes del Parlamento británico, 24 de febrero de 1809, *apud* GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José: *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, Madrid, Depósito de la Guerra, 1883, tomo V, pág. 91.

Como tan rotunda afirmación podría causar cierta sorpresa, se intentará razonarla. Nadie desconoce que la institución militar ha sido objeto de numerosísimas reorganizaciones a lo largo de la historia, pero es de todo punto admisible sostener la hipótesis de que sólo las que tuvieron lugar durante los reinados de los Reyes Católicos, Felipe V, Isabel II y Juan Carlos I introdujeron cambios de tal naturaleza en su estructura que la modificaron sustancialmente.

La primera de ellas, acaecida en los albores del siglo XVI y magistralmente estudiada por René Quatrefages, estatalizó la función militar y diseñó un ejército permanente y multinacional, ubicado en las posesiones europeas de la dinastía austriaca, cuya defensa era su principal cometido<sup>3</sup>.

La segunda, que tuvo lugar durante el primer tercio del siglo XVIII, vinculó directamente el ejército a la Corona, homogeneizó su estructura y situó su base de operaciones en España y en América<sup>4</sup>.

La tercera, incoada con el definitivo triunfo del liberalismo en 1840, configuró una institución de fuerte contenido nacionalista, orientada básicamente a la defensa de la integridad territorial y al mantenimiento del orden público<sup>5</sup>.

Y la cuarta, derivada del Plan Estratégico Conjunto de 1979 y de la ley orgánica de 1980, y perfilada a través de los planes META, RETO y NORTE, sentó las bases del actual modelo de Fuerzas Armadas, del que, con todas sus luces y sus sombras, la coetánea generación de profesionales de las Fuerzas Armadas debe enorgullecerse, pues todos cuantos se vieron implicados en el proceso pusieron su granito de arena e incluso muchos de ellos vieron afectada su carrera y hubieron de sacrificar algunos intereses particulares y renunciar a honradas expectativas de hacer carrera, pudiendo proclamar sin temor a equivocarse que, gracias a ello, España cuenta hoy con la organización militar más potente, eficaz y apreciada que haya tenido a todo lo largo de su historia<sup>6</sup>.

Este inciso no ha sido gratuito, pues permite comprender la envidia del asunto que se va a analizar. Se habrá podido observar que ninguna de las fechas referidas coincide con la de la Guerra de la Independencia, razón por la que se decidió titular la conferencia impartida el 22 de noviembre de 2008 en el Instituto de Historia y Cultura Militar, como «Una ocasión fallida», pretendiendo poner de relieve que entre 1808 y 1814 se perdió la oportunidad de

---

<sup>3</sup> QUATREFAGES, René: *La Revolución Militar Moderna. El Crisol Español*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.

<sup>4</sup> PUELL DE LA VILLA, Fernando: *Historia del Ejército en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, págs. 28-37.

<sup>5</sup> PUELL DE LA VILLA, Fernando: «El Ejército y la España de Isabel II», en *Aproximación a la Historia Militar de España*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2006, vol. 2, pp. 439-444.

<sup>6</sup> PUELL DE LA VILLA, Fernando: «El Ejército del Tiempo Presente», en *Aproximación a la Historia Militar de España*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2006, vol.2, pp.725-734.

dar el finiquito al, por diferentes causas, obsoleto ejército borbónico y crear el Ejército Nacional, que merecía la emergente Nación configurada en los campos de batalla. Además, cabría cuestionarse si nuestra historia decimonónica hubiese sido distinta de haberse nacionalizado el ejército en aquella ocasión.

La realidad era que aquel ejército que resurgía de sus cenizas una y otra vez después de cada derrota, prácticamente desarticuladas sus unidades y dispersados sus hombres debido a la patente superioridad de las tropas francesas, ya mostraba de hecho muchos de los rasgos de un Ejército Nacional. Al mando, en lugar de exigírsele pergaminos que demostrasen la nobleza de su cuna, se le pedía que demostrase conocimientos, pericia y efectividad, y al soldado se le valoraban más sus virtudes cívicas y la entrega a la causa por la que luchaba, que la ciega e irreflexiva obediencia al mando y la experiencia adquirida a través de decenas de años de servicio.

Lo lamentable fue que entre unos y otros, pues tan responsables fueron los serviles por sus excesos derogatorios como los liberales por su falta de comprensión de la realidad social, tanto la singular fuerza armada que había nacido en los campos de batalla como la más utópica esbozada por los diputados gaditanos perecieron en el torbellino absolutista de 1814 y hubo que esperar a la llegada de otra cruenta contienda para que definitivamente se sentasen las bases del Ejército Nacional característico del siglo XIX.

### *Situación de partida*

La cuestión sería dilucidar por qué ni siquiera se plasmó en un proyecto de reforma coherente aquella realidad cotidiana. Se partía de los llamados Reales Ejércitos, término que durante el siglo XVIII identificaba al conjunto de tropas al servicio y sueldo de la Monarquía, que estaban en 1808 articulados en cuatro grandes colectivos:

- Tropas de Casa Real, integradas por las unidades que daban seguridad al monarca, sus residencias y sus desplazamientos<sup>7</sup>;

<sup>7</sup> La denominación de Tropas de Casa Real comprendía en 1808 a los 7.284 hombres y 1.117 caballos, cuyo principal cometido era prestar servicio de seguridad al monarca, a su familia y a sus lugares de residencia. El Real Cuerpo de Alabarderos se ocupaba de la seguridad interior del palacio; la Guardia de Corps, de lo que hoy denominaríamos servicio de escolta, y la Brigada de Carabineros Reales, de la protección de los itinerarios por los que se desplazaba la Familia Real. Además de estos tres cuerpos, dedicados por entero a tareas de seguridad, otros dos regimientos a pie –las Reales Guardias de Infantería Española y Valona–, compatibilizaban su misión de guarnecer los Reales Sitios, cuando residían en ellos los monarcas, con la de participar en acciones de guerra como tropas de élite. Serafín María Soto, *Memorias para la Historia de las Tropas de Casa Real de España, subdividida en seis épocas. Escrita por un Oficial de la antigua Guardia Real*, Madrid, Imp. Real, 1828.



- Tropas de Continuo Servicio, que englobaban unidades españolas y extranjeras de infantería, caballería, artillería, ingenieros e inválidos, nutridas por oficiales y soldados profesionales<sup>8</sup>;
- Milicia Provincial, compuesta por 51 batallones, cuyos jefes eran profesionales pero no la oficialidad ni la tropa<sup>9</sup>, y
- Milicia Urbana, que agrupaba 50 unidades independientes tipo compañía, que no se consideraban realmente parte del ejército, para garantizar fuertes fronterizos y torreones litorales<sup>10</sup>.

Hacía tiempo que dicha estructura precisaba de una reforma en profundidad, reforma que comenzó a abordar Godoy a partir de 1802, patrocinando un ambicioso programa reformista, que seis años después apenas había iniciado su andadura y que los acontecimientos bélicos interrumpieron bruscamente<sup>11</sup>. Por tanto, la estructura castrense disponible conservaba casi todas las características propias de los ejércitos del siglo XVIII, los mismos que en toda Europa estaban siendo batidos por Napoleón, como por ejemplo la excesiva juventud o vejez del generalato, al que únicamente se accedía en virtud del favor regio, la resistencia a adoptar la nueva táctica francesa, que estaba revolucionando la guerra, la obsolescencia de las armas de fuego por-

---

8 El genérico término de Tropas de Continuo Servicio, principal colectivo de los Reales Ejércitos, agrupaba a todas las de infantería, caballería, dragones, artillería, ingenieros e inválidos, con dedicación exclusiva a la profesión militar. Incluía también a los cirujanos, clérigos y gestores administrativos que, sin contar aún con estructura corporativa propia, constituían el rudimentario aparato logístico de la institución. En total, al iniciarse la guerra, sus efectivos sumaban 80.221 sargentos, cabos y soldados españoles, más 12.983 extranjeros, articulados en 132 batallones de infantería de línea, 24 de infantería ligera, 60 escuadrones de caballería de línea, otros 60 de caballería ligera, 12 batallones de artillería y un regimiento de ingenieros. *Estado de la organización y fuerza de los Ejércitos españoles beligerantes en la Península durante la Guerra de España contra Bonaparte, formado en 1818 por la Sección de Historia Militar a las órdenes del Ministro de la Guerra*, Barcelona, Imp. de la Viuda e hijos de Antonio Brusi, 1822, pp. 2 y sigs.

9 La Milicia Provincial agrupaba en 1808 a 30.531 hombres encuadrados en 51 batallones. Desde la llamada Guerra de las Naranjas, las compañías de cazadores y granaderos de cada uno de esos batallones habían sido movilizadas y articuladas en cuatro divisiones de granaderos, tituladas de Andalucía, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja y Galicia, de entidad equivalente a la de un regimiento de dos batallones, mandado por un coronel profesional. Marqués de las AMARILLAS, *Recuerdos (1778-1837)*, Pamplona, EUNSA, 1978, tomo I, pág. 133.

10 La Plana Mayor de dichas compañías estaba ubicada en Adra, Albuñol, Alburquerque, Alcántara, Alconchel, Algeciras, Almería, Almuñécar, Arsenal de La Carraca, Ayamonte, Badajoz, Bayona, Benalmádena, Cádiz, Carbajales de Alba, Carboneras, Cartagena, Ciudad Rodrigo, Enix, Estepona, Félix, Ferrol, Gualchos, Isla de León, La Coruña, La Encina, Los Barrios, Marbella, Mijas, Mojácar, Monterrey, Motril, Nerja, Níjar, Paymogo, Puebla de Guzmán, Puebla de Sanabria, Puerto de Santa María, Roquetas, Salobreña, Sanlúcar de Guadiana, San Roque, Tarifa, Torrox, Trevejo, Valencia de Alcántara, Vélez, Vera, Vúcar y Vigo.

<sup>11</sup> LA PARRA LÓPEZ, Emilio: *Manuel Godoy. La aventura del poder*. Barcelona, Tusquets Editores, 2002, págs. 323-325.

tátiles y en general la falta de unidad de doctrina. A ello se sumaba en el caso español la escasa entidad de las unidades de caballería, que sólo representaban el once por ciento de los efectivos totales, cuando la francesa estaba por encima del veinte, sin que además hubiera caballos para todos.

Con todo, aquel ejército había merecido encendidos elogios de los mandos extranjeros con los que había entrado en contacto. Tanto por parte de los portugueses, que alabaron la marcialidad y comportamiento de las tropas españolas que invadieron su territorio en 1807, comparándolas muy positivamente respecto a las del Cuerpo de Observación de la Gironda, mandado por el mariscal Junot, como por parte del mando francés hacia la división del marqués de la Romana, que se ganó dieciocho cruces de la Legión de Honor en Dinamarca<sup>12</sup>.

Pero sobre todo es de justicia reconocer que aquel ejército, con todos sus defectos, sería el primero entre los europeos que logró batir en campo abierto al napoleónico. Los laureles conseguidos en Bailén deben indudablemente atribuirse a un conjunto de circunstancias de muy distinta naturaleza, como es lo normal que ocurra en cualquier enfrentamiento bélico, pero nadie podrá negar que prácticamente todos los mandos y la mayor parte del grueso de las tropas de Reding y Castaños procedían del ejército borbónico, y que hubieron de transcurrir varios años antes de que cualquier otro ejército europeo alcanzase un triunfo similar. Lo cual permite llegar a la conclusión de que el de Carlos IV no estaba tan podrido como a menudo suele afirmarse.

### *La labor de las Juntas*

Éste, no obstante, sufrió una tremenda conmoción nada más iniciarse la guerra y desapareció prácticamente durante su curso, barrido por un aluvión de unidades de nueva creación, de las que nadie se preocupó por precisar su adscripción a cualquiera de los cuatro grandes colectivos a que antes se ha hecho referencia. Desaparecieron también los métodos utilizados hasta entonces para reclutar y vincular a los oficiales y a la tropa con el Estado, amalgamándose los veteranos profesionales de los regimientos de línea con los recién alistados de manera más o menos voluntaria.

A este respecto, cabe decir, desde un punto de vista objetivo, que la disponibilidad del pueblo español para tomar las armas contra los franceses no fue tan entusiasta como sostienen muchas mitificadas narraciones de aquel

---

<sup>12</sup> ALBI DE LA CUESTA, Julio: «La Guerra de la Independencia», en *Aproximación a la Historia Militar de España*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2006, volumen 1, pág. 370.

acontecimiento bélico. Como tampoco lo había sido la de los franceses por su revolución, también tantas veces mitificada. No debe, pues, confundirse la admirable reacción y gallarda actitud de quienes, de forma individual, se sintieron vejados y ofendidos ante la prepotente actitud de las tropas francesas y ante la inacción y falta de respuesta de las autoridades civiles y militares, con el comportamiento colectivo del sector de la población española que, por su sexo, edad y circunstancias, estaba abocado a alistarse y a combatir.

La respuesta a los primeros llamamientos suscritos por las Juntas regionales, provinciales y municipales fue bastante tibia, incluso entre los más obligados a tomar las armas: los soldados profesionales que en aquellos momentos disfrutaban de su licencia trimestral reglamentaria, por la que un tercio de la plantilla, en circunstancias normales, estaba autorizado a ayudar a sus familias en las faenas agrícolas, y sobre todo los integrantes de la Milicia Provincial. Debido a la tibieza de la respuesta ciudadana, fue preciso recurrir desde el primer momento a la leva forzosa para suplir la falta de voluntarios<sup>13</sup>.

Las victorias de Valencia (29 de junio de 1808), Bailén (19 de julio de 1808) y Zaragoza (14 de agosto de 1808), junto con el abandono de Madrid por parte de José Bonaparte (22 de julio de 1808), convencieron a gran parte de la población de que la partida se había ganado. Sin embargo, las autoridades de las Juntas provinciales, con mayor sentido de la realidad, insistieron en la necesidad de continuar nutriendo las filas del ejército, haciéndolo cada una de ellas por el procedimiento que consideró más adecuado. Así, mientras la de Cataluña, enardecida por los buenos resultados obtenidos en El Bruch, obviaba los alistamientos forzosos y recurría a movilizar el Somatén en todas las comarcas<sup>14</sup>, la de Sevilla, también influenciada por el triunfo alcanzado en Bailén por el ejército regular, decidió servirse de la Ordenanza de Reemplazos de 1800, previa reforma de los artículos que limitaban la universalidad del alistamiento<sup>15</sup>. Así, se amplió la banda de edades «desde la edad de 16 años a 45 cumplidos» (la prevista en 1800 iba de los 17 a los 36); se rebajó la talla en una pulgada, es decir, 1,597 metros en vez de 1,625, y se restringieron al mínimo imprescindible los supuestos de exención:

---

<sup>13</sup> Véase por ejemplo el Bando de D. Pedro Agustín de Echavarri Hurtado de Mendoza, General de la Vanguardia del ejército de operaciones de Andalucía, Córdoba, 29 de mayo de 1808, Biblioteca Nacional, R-60.012 (86).

<sup>14</sup> Bando del Capitán general y Presidente de la Junta Suprema de Gobierno del Principado de Cataluña, Cuartel General de Villafranca, 24 de septiembre de 1808, *ibídem*, R-60.034 (26).

<sup>15</sup> Real Ordenanza de 17 de Octubre de 1800 en que S. M. establece las reglas que invariablemente deben observarse para el reemplazo del Ejército, *ibídem*, VE-564-6.

*Solamente quedarán exceptuados de este alistamiento los Negros, Mulatos, Carniceros, Verdugos y Pregoneros, los empleados públicos que sean absolutamente indispensables, los que ejerzan empleos de república que no sean menores de 25 años, los ordenados de Epístola de las Comunidades Religiosas y Seculares, los Casados que tengan su mujer embarazada, un Hijo solo de Padre sexagenario, o imposibilitados, o de Viudas pobres, teniendo la expresa condición de mantenerlos con su trabajo personal, y los notoriamente inútiles para el servicio de las armas, como mancos, cojos, ciegos, o con enfermedad habitual, etc.*<sup>16</sup>.

Poco después, el 25 de septiembre de 1808, las Juntas provinciales acordaron constituir en Aranjuez la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino, cuyo presidente, el conde de Floridablanca, contaba con una amplísima experiencia en lo relacionado con el reclutamiento, debido a haber desempeñado entre 1766 y 1777 el cargo de fiscal del Consejo de Castilla, órgano competente en materia de quintas y levás. Otro tanto sucedía con el general Antonio Cornel, secretario del Despacho de Guerra del Consejo de Gobierno nombrado por la Junta Central el 15 de octubre, quien, cuando desempeñó la misma función en época de Godoy, había sido el encargado de redactar la Ordenanza de Reemplazos de 1800, así como la normativa que intentó implantar la Milicia Provincial en el Reino de Valencia.

La presencia de ambos personajes en la escena política del momento ayuda a explicar que, ante la práctica desaparición de los ejércitos derrotados por Napoleón en Gamonal y en Espinosa de los Monteros (10 de noviembre de 1808), Cornel se apresurase a sentar las bases de un nuevo sistema de reemplazo de efectivos, con el designio de adecuar la doctrina del Antiguo Régimen, recogida en la Ordenanza de 1800, a la «urgente situación y peligro como en el que está la madre patria»<sup>17</sup>.

Su principal objeto fue derogar casi por completo las exenciones estamentales, es decir, poner fin a la privilegiada situación de nobles y clérigos, sus empleados y su servidumbre. Para ello y apelándose a la «mucha sangre derramada en innumerables batallas por espacio de ocho siglos» en defensa de la «independencia y libertad» de la nación, y al heroísmo derrochado «en los campos de Bailén, y delante de los muros de Valencia y Zaragoza», se determinó que las únicas exenciones admisibles en aquellas circunstancias debían ser las que protegieran «al

<sup>16</sup> Bando de la Junta Suprema de Gobierno de España e Indias, Sevilla, 13 de agosto de 1808, ibídem, R-60.012 (206).

<sup>17</sup> Real orden de la Junta Suprema de Gobierno, dictando reglas para el aumento y reemplazo del Ejército, Aranjuez, 18 de noviembre de 1808, Biblioteca del Museo Naval, FC 192 (13).

decrépito y al anciano, y al santo Sacerdote, que postrado entre el vestíbulo y el altar, clama al Dios de los Ejércitos por el bien y prosperidad del pueblo».

El inciso primero del documento reiteró la universalidad del servicio personal, ampliando en cinco años la anterior banda de edades: «Serán contribuyentes al aumento y reemplazo del Ejército todos los mozos solteros desde la edad de diez y seis años, cumplidos antes del alistamiento, hasta los cuarenta también cumplidos». El segundo incorporó al alistamiento a los viudos sin hijos y sin hacienda propia, y el tercero contemplaba la posibilidad de reclutar a los mozos «fornidos y robustos», a quienes faltase una pulgada para alcanzar los tradicionales cinco pies de estatura (1,597, en vez de 1,625 metros). Pero sin duda la principal novedad vino recogida en el inciso cuarto, por el que se ordenaba incluir en el sorteo a los nobles e hidalgos, en el supuesto de que no se presentasen voluntarios y de que el cupo asignado a su municipio no llegara a completarse, precisando:

*Los nobles voluntarios servirán en el Ejército en la clase de distinguidos o en la de cadetes, si tuvieren las asistencias necesarias; pero los quintados servirán sin ninguna distinción, sin perjuicio de su fuero cuanto a las penas de Ordenanza, y para otros derechos fuera del servicio*<sup>18</sup>.

Respecto al clero menor, los incisos quinto, sexto y séptimo derogaron las exenciones a favor de capellanes, beneficiados y novicios previstas en la Ordenanza de 1800, por exigirlo así «la defensa de la Religión, del Rey y de la Patria». El octavo confirmó la de los catedráticos de Teología, Cánones, Leyes y Medicina, pero suprimió la que amparaba al resto de profesores, y a todos los titulados universitarios. El noveno limitó la que salvaguardaba el comercio mayorista, la industria textil y las casas de cambio; el décimo, restringió la que impedía el sorteo simultáneo de hermanos; el undécimo, la que eximía a cumplidos y retirados del ejército, y el duodécimo, suspendió la que libraba de sorteos a los labradores residentes en «casa establecida fuera de la población».

La singular coyuntura en que se dictó esta norma estorbó muy probablemente su difusión y aplicación. Pese a los esfuerzos realizados por el Consejo de Gobierno para implementarla mientras Napoleón avanzaba hacia Madrid, su efectividad fue prácticamente nula<sup>19</sup>. Como también lo había sido la orden circular remitida por las mismas fechas a las distintas Juntas provin-

<sup>18</sup> El término «asistencias», en el siglo xviii, significaba disponer de medios de fortuna propios para atender a su manutención y a la adquisición del vestuario y equipo necesarios para desempeñar algún cargo o empleo.

<sup>19</sup> Real orden de la Junta Suprema de Gobierno, acordando enviar delegados para activar los alistamientos, Aranjuez, 1 de diciembre de 1808, Biblioteca Nacional, R-62.260 (15).

ciales, exhortándoles a la defensa a ultranza de cada pueblo y de cada aldea, para lo cual se consideraba requisito imprescindible que «Todos sus habitantes sean soldados y que cada casa sea una fortaleza inexpugnable»<sup>20</sup>.

La entrada de Napoleón en Madrid obligó a la Junta Central a encaminarse hacia Andalucía y, durante el tránsito, la principal preocupación de Cornel fue intentar atajar la alarmante pérdida de efectivos ocasionada por la desertión<sup>21</sup>. Recién establecido el Consejo de Gobierno en Sevilla y dada la imposibilidad material de ajusticiar a los miles de oficiales y soldados dispersos por campos y ciudades, se optó por aceptar la situación sobrevenida y legalizar y regular en lo posible las partidas de guerrillas que se habían ido formando, encuadrándolas en unidades irregulares integradas por «cincuenta hombres de a caballo [...] y otros tantos a pie, que montarán a la grupa», bajo el mando de un alférez y tres sargentos, y sujetas a «las mismas reglas que en la tropa viva», a las que se asignó la misión de «introducir el terror y la consternación» entre las tropas francesas<sup>22</sup>.

En los albores de 1809, la Junta Central, a la vez que delegaba todo lo relacionado con los «alistamientos, armamento, requisición de caballos y monturas, levas y quintas» en las ahora denominadas «Juntas Superiores Provinciales de observación y defensa»<sup>23</sup>, prohibió la formación de unidades de nueva creación, por considerar que los soldados recién reclutados «sirven mejor y se sujetan con más facilidad a la disciplina y subordinación militar incorporados a los Regimientos antiguos»<sup>24</sup>.

Aquellos meses fueron especialmente adversos para las tropas españolas y para las de los flamantes aliados británicos<sup>25</sup>. La moral de la población se resintió y su voluntad de oponerse al arrollador avance del ejército francés se fue debilitando, lo que hizo exclamar a la cada vez más rebatida Junta Central: «el Soldado, que no ha visto más que fuga y terror, no ha tenido reparo en seguir un ejemplo tan funesto»<sup>26</sup>. Sus esfuerzos por contener

<sup>20</sup> Real orden de 28 de noviembre de 1808, *ibídem*, R-60.002 (9).

<sup>21</sup> Resolución de la Junta Suprema de Gobierno, dictando penas contra los desertores, Trujillo, 9 de diciembre de 1808, *ibídem*, R-62.260 (17).

<sup>22</sup> Reglamento de la Junta Central de Gobierno del Reino, creando una Milicia de nueva especie con las denominaciones de Partidas y Cuadrillas, Sevilla, 28 de diciembre de 1808, *ibídem*, R-60.003 (4).

<sup>23</sup> Reglamento de la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino, regulando el funcionamiento de las Juntas Supremas Provinciales, Sevilla, 1 de enero de 1809, *ibídem*, R-60.034 (41).

<sup>24</sup> Real orden de 11 de enero de 1809, Biblioteca Central de Marina, Colección de Impresos, vol. 16, doc. n.º 4.

<sup>25</sup> Tratado definitivo de Paz, Amistad y Alianza entre S. M. el Rey de España y de las Indias Don Fernando VII y en su Real nombre la Suprema Central Gubernativa de los Reinos de España y de las Indias, y S. M. el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, concluido y firmado en Londres el 14 de Enero de 1809, con su traducción al castellano, Biblioteca Nacional, R-60.087 (12).

<sup>26</sup> Reglas y máximas fundamentales que deben observarse para la defensa de los Pueblos y Ciudades grandes en la presente guerra, Sevilla, 12 de febrero de 1809, *ibídem*, R-60.002 (9).

la desbandada, mediante continuos llamamientos al mantenimiento de la disciplina<sup>27</sup>, se sumaron a los de los generales de los ejércitos derrotados, quienes reclamaban infructuosamente la inmediata reincorporación de los dispersos, amenazando con la pena de muerte a quienes no lo hicieran<sup>28</sup>.

Llama bastante la atención que, al mismo tiempo que se demandaba una resistencia heroica frente al invasor, sin distinción de clases ni territorios, la Junta Central no estuviese aplicando la normativa para el reemplazo de efectivos que ella misma había patrocinado en noviembre de 1808, ni tampoco la Ordenanza de 1800, sino una vetusta norma provisional de 1767, dictada cuando Florida-blanca desempeñaba el cargo de fiscal del Consejo de Castilla, concebida para la Milicia Provincial y en ningún caso para las Tropas de Continuo Servicio, a las que supuestamente se dirigía en aquellos confusos momentos<sup>29</sup>.

Pero de nuevo la máxima preocupación de los responsables de la efectividad de aquellos precarios ejércitos era tratar de hacer frente al alarmante y descorazonador fenómeno de la desertión. En octubre, se pretendió recuperar a los desertores, indultando a cuantos se reintegrasen a sus unidades en el plazo de dos meses<sup>30</sup>. Cumplido el plazo y ante la escasa eficacia de la medida de gracia y haberse agravado el problema tras la alarmante derrota de Ocaña (19 de noviembre de 1809), se promulgó una detallada ordenanza, imponiendo penas mucho más severas que las previstas por las Ordenanzas de Carlos III a cuantos abandonasen las filas del ejército<sup>31</sup>. Y sólo un mes más tarde, fue preciso ampliar su ámbito de aplicación para incorporar al código penal el delito de desertión cometido por la oficialidad, supuesto no contemplado por las citadas Ordenanzas de Carlos III<sup>32</sup>, cuyos redactores lo debieron de considerar algo inimaginable e incompatible con la condición de oficial<sup>33</sup>.

Sólo una semana antes de que Cornel tomase una medida tan opuesta a las bases sobre las que se sustentaba el Antiguo Régimen, aquel veterano general suscribió la norma que regularía el reemplazo de los efectivos del

---

<sup>27</sup> Edicto de la Suprema Junta Central Gubernativa del Reino, Sevilla, 13 de mayo de 1809, *ibídem*, R-60.002 (23).

<sup>28</sup> Bando de D: Gregorio de la Cuesta, Capitán general de los Reales Ejércitos y de la Provincia y Ejército de Extremadura, 2 de abril de 1809, *ibídem*, R-62.260 (19).

<sup>29</sup> Real Declaración sobre los puntos esenciales de la Ordenanza de Milicias Provinciales de España, que ínterin se regla la formal que corresponde a estos Cuerpos, se debe observar como tal en todas sus partes, 30 de mayo de 1767, Biblioteca Central de Marina, Ordenanzas, n.º 274.

<sup>30</sup> Indulto a dispersos y desertores, Sevilla, 6 de octubre de 1809, Biblioteca Central de Marina, Colección de Impresos, vol. 16, doc. n.º 37.

<sup>31</sup> Ordenanza imponiendo penas a dispersos y desertores, Sevilla, 5 de diciembre de 1809, *ibídem*, doc. n.º 63.

<sup>32</sup> Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus Ejércitos, 22 de octubre de 1768, tratado VIII, De las Materias de Justicia, título X, artículos 91-117.

<sup>33</sup> Resolución imponiendo penas a los oficiales desertores del Ejército, Sevilla, 10 de enero de 1810, Biblioteca Nacional, R-60.002 (2).

ejército hasta el final de la guerra, última disposición emanada de la Junta Central respecto a la organización del ejército<sup>34</sup>.

El rasgo más revolucionario del flamante reglamento, redactado en realidad por el Consejo Supremo interino de Guerra y Marina, fue la absoluta derogación de la exención del estamento nobiliario en la prestación del servicio militar. Y lo más notable desde el punto de vista formal fue refundir en una sola norma los dos principales procedimientos de recluta forzosa del siglo XVIII: el regulado para las Tropas de Continuo Servicio por la tantas veces citada Ordenanza de Reemplazos de 1800 y el dictado para la Milicia Provincial por la también ya citada Real Declaración de 1767. Del primero se tomó casi todo lo relativo a la parte operativa del proceso de alistamiento y sorteo; del segundo, la clasificación de los mozos por categorías para cubrir sucesivamente el cupo con ellas.

### *El ejército surgido de las Cortes de Cádiz*

En enero de 1810, ante la cercanía del ejército josefino, la Junta Central se trasladó a la Isla de León, donde se disolvió y traspasó el poder a un Consejo de Regencia, comprometido a convocar Cortes, a las que ya se había encomendado expresamente elaborar un proyecto de ley para regular el «Modo de arreglar y sostener un ejército permanente en tiempo de paz y de guerra, conformándose con las obligaciones y rentas del Estado»<sup>35</sup>.

Nueve meses después, el 24 de septiembre de 1810, las recién constituidas Cortes Generales y Extraordinarias se reservaron el poder legislativo «en toda su extensión» y habilitaron al Consejo de Regencia para ejercer «interinamente» el ejecutivo, aunque sujeto a «obediencia a las leyes y decretos que de ellas emanaren»<sup>36</sup>. En la práctica y a partir de esa fecha, serán las Cortes quienes asuman plenamente la iniciativa respecto a la organización del ejército y, aunque apenas introdujeron cambios de importancia respecto a los procedimientos para el reemplazo de la tropa, su actuación fue decisiva en cuanto a los de ingreso y promoción de la oficialidad<sup>37</sup>.

<sup>34</sup> Reglamento para los Alistamientos de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, Sevilla, 4 de enero de 1810, *ibídem*, VE-1220-39 (4).

<sup>35</sup> Real decreto de la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino, previniendo la convocatoria de Cortes, Sevilla, 22 de mayo de 1809, Biblioteca del Museo Naval, FC 192 (39).

<sup>36</sup> Decreto de las Cortes generales y extraordinarias, Isla de León, 24 de septiembre de 1810, Biblioteca Nacional, R-60.002 (73).

<sup>37</sup> La desconfianza de los diputados hacia los regentes era tanta que les llevó a prohibirles expresamente mandar fuerza armada alguna, salvo «su guardia ordinaria», Decreto XXIV de las Cortes, aprobando el reglamento provisional del Poder ejecutivo, Isla de León, 16 de enero de 1811, *ibídem*, impreso 11.345 (56).



Desde el momento en que los nobles se vieron obligados combatir en pie de igualdad con los plebeyos en las filas del ejército, el veto a que estos últimos pudiesen defender la patria en calidad de oficiales resultó una anomalía que convenía derogar. Y con mayor urgencia desde que la academia militar, creada por la Junta Central en Sevilla en octubre de 1809 y trasladada por el Consejo de Regencia a la Isla de León en marzo de 1810, comenzó a admitir indistintamente nobles y plebeyos como alumnos<sup>38</sup>. Así y con el principal propósito de poner fin a la serie de recursos incoados por algunos alumnos nobles, opuestos a compartir aula con los plebeyos, las Cortes determinaron abolir las pruebas de nobleza para obtener el empleo de oficial, tanto por la vía académica como por la todavía vigente de cadete de cuerpo, justificando su decisión en los siguientes términos:

*Considerándose las Cortes generales y extraordinarias en la imperiosa cuanto agradable necesidad de hacer todas las posibles demostraciones del aprecio que les merecen los heroicos esfuerzos que los españoles de todas clases han hecho y hacen de todos modos en las críticas actuales circunstancias de la patria contra sus inicuos opresores, [han decidido decretar] que a los hijos de tantos valientes les quede abierta la puerta al honor y a la gloria, juntando al valor que heredaron de sus padres la instrucción que puedan adquirir en los Colegios militares, cuya entrada estaba vinculada a los individuos de la nobleza<sup>39</sup>.*

La derogación de las exenciones estamentales, sumada a la extracción mayoritariamente burguesa de los diputados que ocupaban las bancadas del oratorio gaditano de San Felipe de Neri, trajeron como consecuencia la instauración en España de una de las mayores iniquidades del siglo XIX: la llamada «redención en metálico», procedimiento consistente en equiparar la prestación del servicio militar, «con las armas en la mano», al ingreso en el Tesoro público de una elevada cantidad de dinero, algo que sólo estaba al alcance de los económicamente poderosos.

A todo lo largo del siglo XVIII, siempre que se promulgó una quinta, el Estado había tolerado o hecho la vista gorda cuando los señores rurales

---

<sup>38</sup> Real orden por la que, ante la necesidad de disponer de 8.000 oficiales, se aprueba la propuesta del teniente coronel de Artillería Mariano Gil de Bernabé para instalar una academia en Sevilla que forme de 40 a 50 oficiales, Sevilla, 2 de octubre de 1809, y otra por la que se autoriza la instalación de la Academia Militar en la Isla del León, Cádiz, 24 de marzo de 1810, *ibídem*, R-60.002 (84 y 85).

<sup>39</sup> Decreto LXXXIII de las Cortes, suprimiendo las pruebas de nobleza para acceder a la condición de oficial del Ejército, Cádiz, 17 de agosto de 1811, Biblioteca Central de Marina, Colección de Impresos, vol. 16, doc. n.º 154.

sustituían a un mozo por otro, compensando a éste habitualmente en dinero o en especie, si el sorteo había perjudicado a cualquiera de sus aparceros, empleados y criados, o a sus hijos y parientes. Sin embargo, dicha práctica estaba formalmente proscrita, y especialmente perseguida y condenada en caso de que la sustitución hubiese estado acompañada por una compensación económica a favor del sustituto o de su familia.

En Cádiz, sin embargo, los diputados no tuvieron empacho en beneficiarse del cargo que ocupaban para decretar un nuevo sistema de «exenciones del servicio militar por donativo», concebido expresamente para impedir que sus hijos y los de su clase social tuviesen que incorporarse a filas, en el supuesto de que su mala suerte les hiciese entrar en el cupo asignado a su municipio. La exención se obtenía a cambio del ingreso efectivo de 3.000 reales en metálico –cantidad exorbitante para la época y equivalente al sueldo mensual de un teniente general– en la Tesorería de la Intendencia provincial, «después de verificado el sorteo y antes de destinar la gente a los regimientos», y protegía al beneficiario durante tres sorteos anuales consecutivos<sup>40</sup>.

Avergüenza realmente que se tomase aquella infamante determinación, totalmente ajena a la tradición española, por los mismos días en que se combatía denodadamente en diversos escenarios y sólo un mes antes de que el general Blake, presidente del Consejo de Regencia, exigiese «hacer un glorioso esfuerzo para arrojar del suelo valenciano a los vándalos que lo profanan», llamase a filas a «todos los hombre capaces de pelear», encomendase a los clérigos «la conservación del buen orden» y demandase que los impedidos, mujeres y ancianos rezasen «incesantemente y con fervor para alcanzar de Dios por la intercesión de la Santísima Virgen que nos conceda completa victoria»<sup>41</sup>.

Aparentemente ajenos a las vicisitudes de los campos de batalla, los diputados gaditanos prosiguieron configurando el nuevo modelo de institución militar que contemplaría la Constitución de 1812, más preocupados por sentar las bases de un sistema radicalmente distinto al del Antiguo Régimen, que por reclutar y equipar tropas para el ejército que batallaba contra los franceses. En Cádiz se redactó la Constitución que ha dedicado mayor atención a las Fuerzas Armadas en toda la historia del constitucionalismo español y esta atención estuvo centrada en el «servicio militar», término acuñado para designar la obligación impuesta a los ciudadanos en la defensa de la Patria y que inició su larga andadura en el artículo 361 del Título VIII.

<sup>40</sup> Decreto XCI de las Cortes, concediendo exenciones al servicio militar, Cádiz, 9 de septiembre de 1811, Biblioteca del Museo Naval, impreso 11.345 (228).

<sup>41</sup> Bando de Don Joaquín Blake, General en Jefe del Segundo y Tercer Ejército, etc, Valencia, 24 de octubre de 1811, Biblioteca Nacional, R-60.003 (17).

La configuración de aquel ejército respondía a ideas y conceptos subyacentes en la mentalidad de los diputados que redactaron el Título VIII. Dicho ideario procedía tanto del exterior, en concreto de Estados Unidos, de Francia y del Reino Unido, como de un obsesivo afán por erradicar la estructura del denostado «Ejército de Godoy». Cada vez que se planteaban las bases del nuevo militar parecía resonar en las paredes del Oratorio de San Felipe de Neri el eco del célebre grito de Robespierre: «¡No me fío más que del pueblo, sólo del pueblo!», hecho ley en la Constitución francesa de 1793: «La Fuerza general de la República se compone del pueblo entero. Todos los franceses son soldados»<sup>42</sup>.

El antimilitarismo que también se puede detectar en aquellos debates hundía sus raíces en una latente desconfianza hacia las Tropas de Continuo Servicio, inmanente en el recién nacido constitucionalismo estadounidense, así como en el cuerpo doctrinal que Jean Touchard denominó «pacifismo del siglo XVIII», tan patente en los escritos de Leibnitz, Penn, Saint-Pierre y Kant<sup>43</sup>.

Y para hacer compatible la existencia de un núcleo estable de soldados instruidos con el pretendido ideal de que no eran necesarios los ejércitos permanentes, hizo fortuna la fórmula utilizada por los británicos para soslayar el artículo sexto del *Bill of Rights* de 1689: «El reclutamiento y el mantenimiento de un Ejército en el Reino, en tiempo de paz, sin el consentimiento del Parlamento, es contrario a la ley»<sup>44</sup>. Dicha fórmula, plasmada en el artículo 131 de la Constitución de 1812 y en todos los demás textos constitucionales españoles hasta 1931, establecía que las Cortes determinarían anualmente el número de efectivos que se consideraran imprescindible para la defensa nacional: «Las facultades de las Cortes son: [...] Décima. Fijar todos los años a propuesta del Rey las fuerzas de tierra y de mar, determinando las que se hayan de tener en pie en tiempo de paz, y su aumento en tiempo de guerra»<sup>45</sup>.

Por último, los diputados gaditanos tampoco pudieron abstraerse del influjo de Valmy, encarnado en la mitificación del soldado-ciudadano. Además en Cádiz se estaba produciendo el tránsito de una noción de Estado patrimonial, vinculado a la persona del monarca, a la de una estructura estatal

---

<sup>42</sup> SOBOUL, Albert: *Compendio de la historia de la Revolución francesa*, Madrid, Tecnos, 1979, pág. 181

<sup>43</sup> TOUCHARD, Jean: *Historia de las ideas políticas*, Madrid, Tecnos, 1988, pp. 336-338.

<sup>44</sup> DE BEER, E.S. y LITT, D.: «La revolución inglesa», *Historia del Mundo Moderno. El auge de Gran Bretaña y Rusia*. Barcelona, Ramón Sopena, S.A., 1975, tomo VI, pp. 150.

<sup>45</sup> El artículo 76 de la Constitución de 1837, el 79 de la de 1845 y el 88 de la de 1876 establecerían: «Las Cortes fijarán todos los años, a propuesta del Rey, la fuerza militar permanente de mar y tierra», y el 37 de la de 1931, aparte de eliminar la referencia al monarca, modificaría ligeramente la redacción: «Las Cortes, a propuesta del Gobierno, fijarán todos los años el contingente militar».

emanada de la soberanía nacional, lo cual exigía que el soldado dejase de ser el súbdito que empuña las armas por orden y al servicio del rey, para convertirse en el ciudadano al que la nación arma puntualmente para defender su soberanía<sup>46</sup>.

Sobre ese trasfondo general y tras unos primeros escarceos entre los diputados que defendían la permanencia del ejército regular y los partidarios de sustituirlo por otro estructurado en base a la Milicia Provincial, se llegó al consenso de que la eficacia de las Fuerzas Armadas descansaba en la formación técnica y moral de los mandos y en que el número de soldados dependiera del dinero disponible para su mantenimiento e instrucción en los cuarteles, renunciando a establecer un ejército de masas sin experiencia ni disciplina.

El resultado de ese consenso fue una organización castrense de tipo corporativo, cuya estructura potenciaba la función de mando en detrimento del soldado profesional, consagraba la permanencia de las Tropas de Continuo Servicio y relegaba a un papel secundario a la Milicia Provincial<sup>47</sup>. Establecido ese marco en el Título VIII de la Constitución: «Habrà una fuerza militar nacional permanente, de tierra y de mar, para la defensa exterior del Estado y de la conservación del orden interior»<sup>48</sup>, su Discurso Preliminar estableció que ningún ciudadano pudiera eximirse del deber de defender a la patria «sin romper el vínculo que le une al Estado», y su articulado se limitó a confirmar la secular obligación al «servicio personal», vigente desde el medievo, aunque maquilándola mediante el neologismo de «servicio militar»: «Ningún español podrá excusarse del servicio militar, cuando y en la forma que fuere llamado por la ley»<sup>49</sup>.

En el curso del debate, muchos diputados denunciaron la presunta universalidad del servicio militar que parecía desprenderse de ambas premisas, alegando la inconveniencia de llamar a filas a los hijos de «padres pudientes», educados entre los «halagos del mimo maternal y el dulce ocio de las letras». Argüelles salió al paso de estos reparos, argumentando que el principio constitucional no presuponía que «todos los hombres deban ir en columna al ejército», sino la mera consagración del servicio militar obligatorio como un deber ciudadano, que el futuro desarrollo normativo atemperaría a sus justos términos<sup>50</sup>.

<sup>46</sup> CASADO BURBANO, Pablo: *Las fuerzas armadas en el inicio del constitucionalismo español*, Madrid, Edersa, 1982, pág. 205.

<sup>47</sup> BLANCO VALDÉS, Roberto L.: *Rey, Cortes y Fuerza Armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pág. 169.

<sup>48</sup> Constitución Política de la Monarquía Española, Cádiz, 18 de marzo de 1812, art. 356.

<sup>49</sup> *Ibidem*, art. 361.

<sup>50</sup> Intervención del diputado Sr. Argüelles, Diario de Sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias, 7 de septiembre de 1811, págs. 1812-1814.

No obstante, durante el debate surgieron también algunas voces discrepantes, que tacharon de inmoral el razonamiento de Argüelles y mostraron su oposición a que una ley ordinaria desvirtuase la deseable igualdad. Entre aquellas voces destacó la que propuso un sistema alternativo, muy similar al que Scharnhorst y Gneisenau diseñaron y plasmaron en el reglamento para el *Landsturm* de 1813, cuyos planteamientos impulsarían el fortalecimiento del ejército prusiano y que, medio siglo después, se considerarían tan determinantes para la derrota de Austria en Sadowa y la de Francia en Sedán, que la inmensa mayoría de los países europeos terminaron por introducirlos en sus ejércitos en los albores del siglo xx:

*No se debe limitar la profesión de las armas a un corto número de sujetos, sino que todos han de instruirse en la misma para estar prontos, y en disposición de acudir desde luego a la defensa de la patria. Conviene que los pueblos y todos sus vecinos, cuando lo permitan sus regulares ocupaciones, se dediquen a instruirse en la táctica militar y a formar diferentes cuerpos; de suerte que hallándose armada toda la Nación, no sólo pueda ahora vencer a los enemigos, sino hacerse respetar en lo sucesivo de la Europa. [...] con lo dicho se logrará también que estando diestros en el manejo de las armas todos los españoles, y divididos en diferentes cuerpos, podrán cuando se suscite impensadamente cualquier guerra, poner incontinenti varios regimientos de línea, o agregarse a ellos cuantos no tengan legítima exención para este otro género de servicio; y sin perder los muchos meses que ahora se emplean en la instrucción militar, se reunirá desde luego un ejército que contenga a los enemigos, y los obligue tal vez a desistir de su empresa<sup>51</sup>.*

La Constitución, como es sabido, no contempló esta propuesta y, una vez aprobada, las Cortes ordinarias se dispusieron a concretar el modelo militar previsto, para lo cual los diputados Vicente Sancho y Álvaro Flórez Estrada elaboraron sendos proyectos de ley constitutiva del Ejército, que nunca llegaron a debatirse ni a tener vigencia.

El del capitán Sancho, futuro secretario de la Junta Provisional de 1820 y ministro de Espartero en 1840, concebía un ejército de carácter nacional, integrado por unidades permanentes, similares a las antiguas Tropas de Continuo Servicio, mandadas por oficiales formados en academias militares y

---

<sup>51</sup> *Ibidem*, 16 de enero de 1812, págs. 2637-2639.

nutridas únicamente por españoles, alistados a los veinte años, sin exenciones, sustituciones, ni redenciones, por considerar que cualquier excepción perjudicaría la causa del liberalismo y dejaría «abandonada como antes la profesión militar a la última clase de la sociedad». Sin embargo, al objeto de proteger el interés general, planteaba que el soldado permaneciese solamente un año de los siete previstos en el cuartel, intensivamente dedicado a la instrucción, y los otros seis en su casa, con obligación de incorporarse a una guarnición cercana a su domicilio un trimestre cada año<sup>52</sup>.

Por el contrario, el proyecto presentado por el intendente militar Flórez Estrada, líder del levantamiento popular contra Napoleón en Asturias y futuro ministro en 1823, contemplaba un ejército constituido por unidades de milicias, movilizables en caso de necesidad, e integradas por oficiales y soldados voluntarios e instruidos en sus lugares de residencia. Para nutrirlas, los jóvenes de dieciséis años que optasen por servir en ellas debían inscribirse en un registro municipal, especie de depósito del que el gobierno podría extraer soldados en función de las necesidades defensivas del Estado. Al cumplir veintiséis años, todos los inscritos eran traspasados a otro registro, destinado a constituir una milicia constitucional encargada de mantener «la tranquilidad interior y que se observen las leyes», excepto aquellos que voluntariamente se comprometiesen a servir durante ocho años en alguna de las contadas unidades de continuo servicio previstas, muy desdibujadas en el proyecto y prácticamente circunscritas a las de carácter facultativo<sup>53</sup>.

La labor legislativa de las Cortes en lo tocante a los ejércitos indignó a la mayoría de los oficiales que se encontraban en los campos de batalla, quienes opinaban que aquellos «golillas» de nuevo cuño no tenían por qué interferir en un ámbito que consideraban privativo de su profesión. La latente competitividad entre militares y golillas, puntualmente manifestada desde que estos, por mano de Floridablanca, lograron desplazar a los generales del poder ejecutivo —desempeñado por intendentes de la Armada entre 1728 y 1754, y después por generales del Ejército de Tierra hasta 1777—, fue subiendo de tono e hizo aflorar decenas de folletos que alcanzaron una notable difusión. Los primeros se editaron a medida que se iba teniendo conocimiento del contenido de algunas normas lesivas con determinados intereses corporativos. Sus autores, cuya identidad se mantenía habitualmente oculta tras unas siglas o un seudónimo, dejaban traslucir la alarma con que se recibía en los campamentos la civilista legislación que los liberales esta-

<sup>52</sup> SANCHO, Vicente: *Ensayo de una Constitución Militar, deducida de la Constitución Política de la Monarquía Española*, Cádiz, Imp. Tormentaria, 1813, arts. I y III:

<sup>53</sup> FLÓREZ ESTRADA, Álvaro: *Constitución política de la Nación española por lo tocante a la parte militar*, BAE n.º 113, Madrid, Atlas, 1958, págs. 353-402.

ban pergeñando a espaldas del ejército, y se lamentaban de que quienes no habían participado en el esfuerzo bélico aboliesen seculares competencias administrativas atribuidas a la función militar:

*«Por unas leyes formadas en medio de los combates, escritas con nuestra sangre, nos vemos despojados de aquellas consideraciones y prerrogativas que nos señalaban un lugar preeminente entre aquellos que, por especulación, por comodidad o por inclinación habían tomado otro rumbo menos penoso y expuesto. Más de una vez me ha presentado la imaginación motivos de sospechar que los causantes de nuestros males, al ver nuestra constancia, la miraban con dolor»<sup>54</sup>.*

En 1813 el tono de los folletos se hizo más agresivo, pasándose de la alarma y la lamentación a la indignación. Su número aumentó considerablemente y alcanzaron una notable y rápida difusión. A título de ejemplo, la primera edición del titulado *Ideas de un Oficial de la 1.ª División de Infantería del 4.º Ejército* se hizo por la Imprenta de la División de Navarra el 20 de octubre de 1813, y antes de terminar el año se hicieron al menos otras dos ediciones, una en Valencia y otra en Palma de Mallorca.

Esta segunda tanda de folletos parecía obedecer a una campaña en toda regla, perfectamente orquestada por los enemigos del liberalismo. La que pudiéramos llamar su línea editorial incidía sobre todo en la falta de representatividad de los diputados, a los que se acusaba de legislar de espaldas a las creencias y convicciones de la mayoría de la población, sin abstenerse de incitar abiertamente a la subversión de las tropas:

*Mi intento es que vea la nación su error; que un zelo indiscreto la ha puesto al borde del precipicio, que las ideas desconsoladoras que ha ofrecido a los que la sostienen, pueden originarla días de llanto y amargura, si no las procura atajar en su origen; que el único medio de conservar su libertad e independencia, cimentar la tranquilidad pública y proporcionar al pacífico y honrado ciudadano la seguridad más permanente no se consigue aislando al militar, ni minorando su fortuna; porque entre ellos se encuentran hombres emprendedores, a*

<sup>54</sup> B. D., *El Ejército español destruido por las Leyes, o Manifestación de los efectos que debe producir el Decreto que separa de los Gobiernos Militares la intervención en lo político, y de las Capitanías Generales la presidencia de las Audiencias, dexando al Ejército aislado a sus empleos inferiores*, Cádiz, Imp. Patriótica, 1812, pág. 3. El folleto lleva fecha de 21 de octubre de 1812.

*quienes no es fácil ganar ni alucinar. Con su arrojo y decisión tan natural, llegará un momento en que piensen acerca de su miserable estado; tienen la fuerza y la razón. En aquel día, dirigidos por el más atrevido, o que más ascendente tenga entre sus compañeros, saldrán de sus cuarteles como leones enojados respirando venganza*<sup>55</sup>.

El regreso de Fernando VII dio al traste con todos aquellos planes y proyectos y el ejército recuperó la estructura del Antiguo Régimen, salvo en materia de reclutamiento, regulado desde 1819 por la Ordenanza de Reemplazos de 1800 ante la patente falta de voluntarios<sup>56</sup>. Tras el paréntesis liberal, Fernando VII disolvió las Tropas de Continuo Servicio, sublevadas en 1820, y confió la defensa del reino al ejército francés hasta la constitución de dos grandes unidades tipo división y absolutamente fiables: la Guardia Real de Infantería, integrada mayoritariamente por extranjeros, y la Guardia Real Provincial, que aglutinaba a las compañías de granaderos y cazadores de los reconstituidos regimientos de la Milicia Provincial. Es decir, las Tropas de Continuo Servicio, que hasta entonces habían constituido el grueso de los Reales Ejércitos, quedaron abolidas y sólo subsistieron las de Casa Real y la Milicia Provincial<sup>57</sup>.

El definitivo triunfo de los liberales, con la declaración de la mayoría de edad de Isabel II en 1843, daría un nuevo y definitivo vuelco a la tortilla: las Tropas de Casa Real se abolieron y su personal se integró en las de Continuo Servicio, dos años después la Milicia Provincial también se declaró extinguida<sup>58</sup>, y por último se estableció que la fuerza armada fuese «una sola y de una sola manera organizada», sin establecer diferencias en el régimen de sueldos

<sup>55</sup> FENESTRA, Tomás: *Exposición que hace un Oficial subalterno a sus compañeros de armas sobre la decadencia de los Ejércitos Españoles*, Palma, Imp. de Felipe Guasp, 1813, pág. 8.

<sup>56</sup> Real instrucción o reglamento adicional a la Ordenanza de Reemplazos de 27 de Octubre de 1800, Madrid, 21 de enero de 1819, Biblioteca Nacional, VE-536-31.

<sup>57</sup> Principales disposiciones que configuraron el nuevo sistema: real decreto de 9 de febrero de 1823, contratando tropas francesas; real orden de 29 de febrero de 1823, reorganizando los cuerpos de suizos; orden circular de 20 de abril de 1823 para el sorteo de 36.000 hombres con destino a los Regimientos de la Milicia Provincial; real orden de 1 de mayo de 1823, aprobando el Reglamento de la Guardia Real de Infantería; otra de 9 de agosto de 1823, creando una compañía de sajones en la Guardia Real, y finalmente, real decreto de 9 de agosto de 1824, constituyendo una Guardia Real Provincial de Infantería en base a las unidades de granaderos y cazadores de los Regimientos de la Milicia Provincial.

<sup>58</sup> Real decreto de 16 de agosto de 1847 sobre la organización de la Infantería y de la Reserva, *apud* Antonio VALLECILLO, *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus Ejércitos, ilustradas por artículos con las Reales órdenes expedidas hasta la fecha de esta edición*, Madrid, Imp. de los Señores Andrés y Díaz, 1850, tomo I, págs. 19-29.



y ascensos entre sus integrantes<sup>59</sup>. Nació así el denominado Ejército Nacional, bastante similar al concebido por el capitán Vicente Sancho e integrado por todas las unidades de infantería, caballería, artillería e ingenieros, más los llamados cuerpos político-militares de Administración, Sanidad y Jurídico. Este ejército quedó definitivamente configurado a través de la ley Constitutiva del Ejército de 1878 y su adicional de 1889<sup>60</sup>, que continuaron vigentes hasta que la de bases de la Defensa de 1980 las abolió expresamente<sup>61</sup>.

---

<sup>59</sup> Real decreto de 22 de octubre de 1849 sobre organización en reserva de una parte del Ejército, *ibídem*, tomo I, págs. 36-38.

<sup>60</sup> Ley Constitutiva del Ejército, 29 de noviembre de 1878, y ley adicional a la Constitutiva del Ejército, 19 de julio de 1889, *Colección Legislativa del Ejército*, 1878, n.º 367, y 1889, n.º 341.

<sup>61</sup> Ley orgánica 6/1980, de 1 de julio, por la que se regulan los criterios básicos de la defensa nacional y la organización militar, disposición derogatoria, *Boletín Oficial del Estado*, n.º 165 de 10 de julio de 1980.

# SUMINISTROS Y EXACCIONES EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. SU PESO SOBRE LOS PUEBLOS Y LOS CAMPESINOS

Juan Miguel TEIJEIRO DE LA ROSA<sup>1</sup>

La guerra de la Independencia fue una contienda distinta de las que hasta entonces habían vivido los españoles. Tradicionalmente las guerras las habían librado los ejércitos casi siempre en campos de batalla muy apartados, y sus repercusiones sobre la masa popular solían ser lejanas e indirectas. Pero lo que los españoles sufrieron entre 1808 y 1814 fue una guerra total, que afectó directa y personalmente a militares y civiles, a los vecinos de los pueblos y de las ciudades, a campesinos, burgueses y aristócratas, aunque no a todos de la misma manera. Además, y como nota destacada, el peso de la guerra recayó principalmente sobre el mundo rural.

Las grandes masas de soldados que de uno y otro bando intervinieron en ella, carecieron la mayor parte de las veces de una logística autónoma, y adoptaron la de «vivir sobre el terreno», tanto por motivos hacendísticos como, a veces, en busca de una mayor agilidad operativa. Ello motivó que la concepción clásica monetarista del dinero como sustento de la guerra, se viese de hecho sustituida por otra en la que, adelantándose a modernas concepciones, fueron distintos los valores económicos que primaron a la postre<sup>2</sup>. La propia Junta Central, defensora de la *guerra permanente*, adoptó, tras la batalla de Talavera, nuevos planes ofensivos basados en la utilización

---

<sup>1</sup> General de División Interventor @. Doctor en Historia.

<sup>2</sup> GAY, Vicente: *La economía de guerra y la hacienda de guerra*. Madrid, 1942, p. 83. Ciertamente, ya Maquiavelo discrepaba de la creencia tradicional cuando decía, aunque refiriéndose tan sólo al elemento humano: «Sostengo, pues, que no es el oro, como vulgarmente se dice, el nervio de la guerra, sino los buenos soldados, porque el oro no es suficiente para tener bien organizado el ejército, y éste sí lo es para encontrar oro». *Obras políticas*. Buenos Aires, Poseidón, 1943, p. 216.

simultánea de todos los recursos de que podía disponer el país<sup>3</sup>. Tanto el ejército francés como los aliados practicaron una guerra caracterizada por la utilización de todos los medios al alcance de la mano, «y por la eliminación de los límites jurídicos y morales en el ejercicio bélico»<sup>4</sup>.

Desde los primeros ensayos de Josep Fontana sobre el coste de esta guerra, formulados hace casi treinta años como hipótesis de trabajo, hasta los últimos de Emilio de Diego, poco a poco se ha ido consolidando la idea de que fueron los pueblos y, concretamente, el campesinado, quienes soportaron el peso de aquella larga guerra a través de las contribuciones y, más aún, a través de los suministros, exacciones, incautaciones, requisas, saqueos y pillajes a que se vieron sometidos. Así, entre otros muchos autores que se podrían citar, para Fontana «la guerra de la Independencia se pagó, sobre todo, con los tributos, empréstitos y exacciones que se sacaron de la España campesina». Para La Parra «el costo de la guerra incidió sobre el pueblo llano». Según Otaegui Arizmendi fue la población campesina «la que cubrió en gran medida [...] las necesidades de los diferentes ejércitos que operaban en Guipúzcoa». Del Moral Ruiz afirma que «los recursos primordiales (víveres, forrajes, dinero; auxilios diversos) empleados en la contienda [...] proceden principalmente de los acopios gestionados y conseguidos por los Ayuntamientos». Con referencia a la comarca de Reinosa y su partido, insiste Agustín Rodríguez en que el coste de la guerra «recayó directa y brutalmente sobre los propios concejos de Campoo». Por su parte, Miranda Rubio afirma que «fue el campesinado navarro quien sostuvo en mayor medida el peso de la guerra [...]. También los municipios...». Y Rubí i Casals se suma a este criterio manteniendo que «el peso económico de la guerra recayó fundamentalmente sobre las espaldas de los campesinos». «A la insoportable presión a que se veían sometidos los campesinos —añade de Diego— había que añadir la desigualdad con la que sufrían tales cargas las diferentes provincias»<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> ARTOLA GALLEGO, Miguel: *La España de Fernando VII*, en *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, t. XXVI, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 205.

<sup>4</sup> MOLINER PRADA, Antonio: *La Guerrilla en la Guerra de la Independencia*. Madrid, Ministerio de Defensa, 204, p. 202.

<sup>5</sup> FONTANA, Joseph: «La financiación de la guerra de la Independencia», en *Hacienda Pública Española*, núm. 69 (1981), p. 217. LA PARRA, Emilio: «Guerra y caos fiscal en una ciudad no conquistada. Alicante, 1808-1813», en *Les espagnols et Napoléon*. Aix, Col. Aix-en-Provence, 1983-1984, p. 412. OTAEGUI ARIZMENDI, Arantza: *Guerra y crisis de la hacienda local: las ventas de bienes comunales y de propios en Guipúzcoa, 1764-1814*. San Sebastián, Diputación Provincial, 1991, p. 37. MORAL RUIZ, Joaquín del: «Deudas de guerra y corporaciones civiles: algunos interrogantes y observaciones sobre la despatrimonialización de los Ayuntamientos», en *Antiguo Régimen y liberalismo. 2. Economía y Sociedad*, Javier M. Donezar y Manuel Pérez Ledesma (eds.), Madrid, Universidad Autónoma de Madrid/Alianza Editorial, 1995, p. 98. RODRÍGUEZ

Todo lo anterior nos lleva ya a vislumbrar que el papel destacado del campesinado y de la administración local en la financiación de esta contienda ha pasado de ser aquella hipótesis a que hacía referencia Fontana, a un hecho admitido sin reservas por el mundo académico. No obstante, aún no es posible cuantificar ese papel, a pesar de los estudios monográficos que se le viene dedicando durante los últimos años. Conocemos ya trabajos referidos a Navarra, Guipúzcoa, Palencia, el Alto Aragón, Cataluña, Salamanca, o, incluso a localidades concretas como Osuna, Jerez, Campoo, Vitoria o Castro Urdiales; pero es mucho lo que queda aún por investigar, y ello contando con la abundante pérdida de documentación sufrida después de dos siglos.

*La Administración Militar. La Dirección General de Provisiones.*

Aunque los autores difieren en el detalle de efectivos, puede decirse que a lo largo de la contienda las fuerzas en liza, según los momentos, oscilaron entre 200.000 y 550.000 hombres, y unos 25.000 caballos a los que había que alojar, alimentar, vestir, armar y atender hospitalariamente. Y todo ello, conviene repetir, viviendo sobre el país y sin una intendencia adecuada, salvo, tal vez, en alguna medida, la del ejército británico. ¿Cómo atender a todo ello?

Ya antes de 1808 en España «el hundimiento de la Hacienda, hasta agotar los fondos de Tesorería, produjo una situación de quiebra que sólo la guerra pudo enmascarar»<sup>6</sup>. Esa era la herencia que iban a recibir la Junta Central y la Regencia. No existía homogeneidad territorial porque la fiscalidad era distinta en unas y otras provincias, ni tampoco una Hacienda única, porque, dentro de la maraña de cargas fiscales, las rentas pertenecían en unos casos a la Hacienda Real y en otros a las municipales y provinciales, y ello sin hablar de las rentas eclesiásticas o de los señores jurisdiccionales. En tales condiciones, con un déficit de tesorería que en 1808 casi duplicaba los ingresos ordinarios líquidos anuales, y con una deuda interior y exterior

FERNÁNDEZ, Agustín: «Campoo en la Guerra de la Independencia (1808-1814)», en *Cuadernos de Campo*, núm. 7 (1997), p. 8. MIRANDA RUBIO, Francisco: «La financiación de la guerra de la Independencia. El coste económico en Navarra», en *Príncipe de Viana*, núm. 233 (2004), p. 864. RUBÍ I CASALS, María Gemma: «La supervivencia cotidiana durante la Guerra de la Independencia», en *La Guerra de la Independencia en España*, Antonio Moliner (ed.), Alella (Barcelona), Nabla, 2007, p. 317. DIEGO, Emilio de: *España, el infierno de Napoleón*. Madrid, Esfera de los Libros, 2008, p. 181. Este profesor tiene pendiente de publicación a la hora de redactar este trabajo otro sobre los suministros durante la guerra de la Independencia.

<sup>6</sup> ARTOLA, Miguel: *La Hacienda del Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza Universidad, 1982, p. 457.

cada vez más disparada, la manera de afrontar los gastos de una guerra total, y con un territorio parcialmente ocupado por el enemigo, tenía que ser necesariamente irregular. Ni los impuestos extraordinarios propios de una economía de guerra, ni las remesas de América, cada vez menos significativas —en 1812 supusieron solamente 12.000.000 rs. vn.—, ni los donativos y préstamos ingleses, podían atender por sí solos a los gastos de la Administración, y, más aún, a los de un ejército sobre las armas.

Por lo que a Francia se refiere, el sostenimiento de la *Grand Armée*, cada vez más numerosa en hombres, y en constante lucha en los distintos escenarios europeos, condicionaba también su Hacienda. Por ello, y por razones tácticas, Napoleón era partidario de que sus ejércitos se abasteciesen sobre el terreno, al menos por lo que a alimentos se refiere. Únicamente Inglaterra podía presumir de una Hacienda saneada y, a pesar de su insularidad, de apoyar logísticamente en parte importante a su ejército expedicionario, y aún ayudar, aunque menos significativamente, a los de sus aliados.

El gasto mayor correspondía al armamento y munición, vestuario, transporte y alimentación. Este último capítulo era fundamental, a pesar de la frugalidad de las raciones y de que en muchas ocasiones las tropas tuvieron que conformarse con media ración. Téngase en cuenta, y póngase en relación con el número de efectivos de que ya se ha hecho mención, que, aún variando entre unos y otros momentos, y entre unos y otros ejércitos, la ración típica del soldado consistía normalmente en un pan de trigo y centeno de 700 gramos, 100 gramos de legumbres secas o 50 de arroz, y 300 gramos de carne (cuando se podía) o 50 de tocino.

Para atender al abastecimiento y subsistencias de su ejército, España había contado durante el siglo XVIII con una sólida estructura de administración militar dependiente de la Secretaría de Estado y del Despacho de Hacienda, por más que, ya desde fines del siglo, la misma hubiera mostrado muchas carencias que se hicieron ostensibles en la guerra de la Convención y en Trafalgar<sup>7</sup>. Importada del modelo francés con la llegada a España de Felipe V, estaba controlada por intendentes de ejército al frente de las respectivas intendencias de Andalucía, Aragón, Castilla la Vieja, Cataluña, Extremadura, Galicia, Mallorca y Valencia. Dependiendo de éstos había una amplia red de contadores, pagadores y comisarios ordenadores y de guerra; unos y otros civiles, aunque con consideración y honores militares.

A los efectos que ahora nos ocupan, conviene resaltar aquí alguna de las funciones que a éstos últimos conferían las Ordenanzas de 18 de diciembre

---

<sup>7</sup> TEIJEIRO DE LA ROSA, Juan Miguel: «La Intervención de la Real Hacienda Militar en el siglo XVIII», en Teijeiro de la Rosa, J.M. (coord.), *La Hacienda Militar. 500 años de Intervención en las Fuerzas Armadas*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2002, t. I, pp. 131-301.

de 1701 y 10 de abril de 1702 «que llaman de Flandes», luego las más desarrolladas de 4 de julio de 1718 y 13 de octubre de 1749, y, finalmente, las tan conocidas de Carlos III de 1768. Desde la primera de ellas se encomendaba a los comisarios el control de la subordinación y disciplina de las tropas, al margen de los propios mandos de éstas; y pronto también la vigilancia sobre el comportamiento de éstas en el tránsito por las poblaciones.

Insistiendo en lo ya prevenido en los apartados 54 de la Ordenanza de 1701 y 131 de la de 1718, el 98 y los siguientes de la de 1749, impulsada por Ensenada con instrucciones para los intendentes de Ejército, prevenían que en los movimientos de los cuerpos y destacamentos por las provincias, aquéllos «atenderán a que no padezcan los Pueblos exacciones [y que] no les han de dar los Pueblos cosa alguna, si no es que sea pagándolo a los precios corrientes»; y todo ello tanto por lo que se refiere a las provisiones, como a la paja, cebada, leña, etc. También por lo que respecta a los bagajes, no debiendo ser obligados a hacer más tránsito que el que les corresponda, «bajo graves penas contra los Oficiales, y Justicias, que dieren lugar a ello».

Igualmente el 103 y siguientes de la misma Ordenanza disponían que «siempre que algún Regimiento, Compañía, o gente destacada, hiciere daño a los Pueblos, sea con extorsión, o recibiendo de ellos en dinero, frutos, géneros u otras cosas lo que no tocaba a las Tropas, aunque sea a título de dádiva voluntaria, y se justificase su importe, se obligue al Coronel, u Oficial que mandare el Regimiento, o el Destacamento, que executare el daño, a satisfacer», si no pasara de 2.000 escudos, la mitad de su importe, y la otra mitad por partes iguales la reintegren los capitanes en activo. Si el daño fuere de más de 2.000 escudos se suspendería por dos meses de empleo y sueldo al jefe de las tropas, y, además, el intendente y el pagador deberían descontar de sus pagas a dichos jefes y oficiales el importe de lo que las tropas hubieran detraído del pueblo, y entregar el importe a las autoridades locales contra el correspondiente recibo.

Sin embargo, aunque no derogadas expresamente las previsiones de estas Ordenanzas, las de Carlos III introdujeron un nuevo elemento que iba a afectar durante la guerra de la Independencia a la autonomía de que hasta entonces gozaban estos miembros de la administración militar respecto de los mandos naturales de las tropas. Disponían que «deberá en todo sujetar el Intendente a la disposición que aquél [el general] diere, el giro de las suyas»; y respecto de los restantes miembros de la Hacienda militar, prevenía que «ninguno de ellos podrá excusarse a obedecer las que el Capitán General les comunique en un caso ejecutivo»<sup>8</sup>. Y por más que estas disposiciones de las

---

<sup>8</sup> Tratado VII, título XVIII, artículo 1°.

Ordenanzas estuvieran pensadas más para la subordinación orgánica y en relación con las previsiones estratégicas del mando, que para las funciones específicas de la Hacienda militar, que seguían a cargo de la Secretaría de Estado de Hacienda, lo cierto es que, como se verá, no iba a ser entendido así durante la guerra.

Desde 1783 las provisiones y víveres del ejército, de la armada y de los presidios venían suministrándose por contrata realizada con el Banco de San Carlos, y desde 1791 por la diputación y dirección de los Cinco Gremios Mayores de Madrid. Pero ya a partir de 1799 todo el aprovisionamiento de víveres de las tropas pasó a estar gestionado por la propia Administración a través de la Dirección General de Provisiones, creada ese año, y regida por un reglamento aprobado el 8 de junio de 1800. La Dirección General, con una tupida red de factores y delegados en varias provincias y plazas iba a mantenerse durante la guerra en un precario funcionamiento hasta junio de 1813, en que, a la vista de su incapacidad, fue suprimida por la Regencia, poniendo el ramo de provisiones y víveres bajo la inmediata dirección de los intendentes del ejército y la armada. En agosto de 1815 sería restablecida de nuevo.

Está pendiente de un estudio riguroso la gestión de la Dirección General durante los cinco primeros años de la guerra de la Independencia. Se sabe que con motivo de la aprobación el 5 de enero de 1810 de un nuevo reglamento para aquélla, fueron nombrados directores Clemente María Rodríguez, Juan Francisco Vázquez y Bernardo de Elizalde, y se dispone también de los nombres de sus delegados en varios ejércitos. Incluso, para el ejército angloportugués mandado por Beresford fue destinado por real orden de 13 de julio de 1809 Manuel López de Soria como factor principal de la Dirección, adjunto al comisario ordenador José Mauricio de Chone. Lo que aún se desconoce es la labor concreta de este personal, aunque sí sus escasos resultados, tal vez por falta de medios.

Un recuento de todas las existencias en los almacenes de la Dirección certificado el 22 de diciembre de 1809 figura en el Cuadro I<sup>9</sup>. Como puede verse, con las 100.258 fanegas de trigo en existencia, aún mezcladas con las de centeno, apenas había para suministrar pan a un ejército de 100.000 hombres durante dos meses.

Refiere el mismo documento que el ejército de Extremadura debía por entonces considerarse surtido «respecto de los considerables repuestos mandados hacer para abastecerlo». Que tanto a este ejército como al del Centro

---

<sup>9</sup> Biblioteca Nacional (B.N.), *Junta Central, Documentos referentes al ejercicio de mando supremo [...] en 1809*, Mss. 7249, f<sup>o</sup> 136-153.

se continuaban haciendo remesas «en cuanto extensión es posible», y especialmente a este último, desde Écija y Córdoba, de galleta, harina y demás víveres. Que a todas esas medidas tomadas para asegurar la subsistencia de la tropa se agregaba la inversión y aplicación inmediata de los fondos y frutos disponibles de maestrazgos, novenos, excusados y tercias reales de las provincias de Extremadura, Andalucía, La Mancha, Cuenca, Galicia, Asturias, Cádiz, Castilla, Murcia, Orihuela, Cataluña, Aragón y Valencia, especificando los remitidos a cada uno de los ejércitos y plazas. Aclara también que los ejércitos de Cataluña y Aragón «se sostienen también del país [y de] considerables remesas» que la Dirección General enviaba a los puertos de Tarragona y Tortosa; todo ello además de los 5.000.000 rs. vn. librados ya a los delegados de Cataluña para la adquisición de víveres.

Termina diciendo que a la fecha del documento la Dirección General tenía aceptada una deuda de 9.000.000 rs. vn. «que no puede extinguir por falta de fondos, [...] y que, aunque generalmente todos los subalternos tienen alcances a su favor, se ignoran todavía en la dirección general», a pesar de las repetidas reclamaciones hechas a los intendentes que «no han producido mejor efecto»<sup>10</sup>.

### Cuadro nº I

*Resumen de existencias de la Dirección General de Provisiones  
al 22 de diciembre de 1809.*

		Fanegas	Arrobas
Dinero en rs.vn	625.000		
Trigo		100.258	
Harina			60.042,21
Bizcocho ordinario			25.304,60
Idem blanco			185,12
Raciones de pan	1.382		
Cebada		47.479,65	
Centeno		5.644,00	
Avena		7.280,00	
Paja			37.548,11

<sup>10</sup> B.N., *Colección Gómez Imaz, Guerra Independencia. Papeles patrióticos*, R-60016, doc. 35, núm. XLIV.



Tocino			5.900,60
Baca y tasajo			8.110,90
Bacalao			372,30
Queso			16,00
Vino			38.691,50
Aguardiente			240,90
Aceite			1.640,30
Sal			19,60
Arroz			28.612,00
Garbanzos			7.738,18
Habichuelas			1.800,20
Frijoles			971,50
Vinagre			927,28
Habas			1.811,13
Carneros	301		
Leña			42.845,60

Entre el 20 de marzo y el 31 de diciembre de 1809 la Dirección General había remitido el total de los víveres y caudales que se detallan en el Cuadro nº II, repartidos entre el ejército de Extremadura, el del Centro y Carolina, Gerona y Tarragona, Algeciras, Lisboa (para Ciudad Rodrigo), factoría de Cádiz, departamento de Cartagena, y el ejército inglés<sup>11</sup>:

### Cuadro nº II

*Envíos de la Dirección General de Provisiones  
entre el 20 de marzo y el 31 de diciembre de 1809.*

Trigo	15.288 fanegas, 15 celemines y 3 cuartillos
Harina	15.831 quintales, 1 arroba y 4 libras
Galleta	22.964 quintales, 2 arrobas y 3 libras
Arroz	5.235 quintales, 2 arrobas y 3,5 libras
Garbanzos	2.441 quintales y 17 libras
Fríjoles	1.794 quintales, 1 arroba y 4,5 libras

<sup>11</sup> *Ibidem.*

Habas	200 fanegas
Queso	45 quintales, 2 arrobas, 20 libras y 3/4
Bacalao	1.105 quintales
Carne tasajo	3.880 quintales, 3 arrobas y 20 libras
Aceite	1.999 arrobas
Vinagre	88 arrobas
Cebada	10.221 fanegas, 1 celemín y 3 cuartillos
Tocino	2.162 arrobas y 4 libras
Paja	34.111 arrobas
Caudal remitido y letras pagadas	13.266.538 rs. vn. y 7 ½ maravedís

Como ejemplo, consignaremos que de las anteriores cantidades el ejército inglés recibió 205 quintales de harina, 1.243 de galleta, 1.533 de carne tasajo, 349 fanegas de cebada y 21.248 rs. Gerona y Tarragona recibieron pocos víveres pero, en cambio, 5.173.656,27 rs. vn.

Todo ello, certificado con el natural afán justificativo de su gestión por parte de los responsables de la Dirección General, no puede evitar la constatación de la paulatina, pero cada vez mayor, ineficacia de ésta, lastrada, sobre todo, por la falta de tesorería para llevar a cabo las contrataciones con mercaderes, trajinantes y vianderos, por las malas cosechas de 1811 y 1812, y por la falta de almacenes adecuados y de medios para el transporte de víveres. Fue también ya muy tardía la formación de brigadas de acémilas para atender con ellas al difícil problema de dicho transporte de víveres, vestuario, municiones, etc.<sup>12</sup>.

Ya lo había sentenciado Canga Argüelles, siendo secretario interino de Hacienda, cuando decía, refiriéndose a las provisiones: «El estado que últimamente dirigió la dirección general de este ramo importantísimo de la

<sup>12</sup> Muy avanzada ya la guerra la Regencia aprobó con fecha 31 de agosto de 1813 la formación de brigadas de 48 acémilas cada una, dándoles un reglamento que animaba a los paisanos a servir en las mismas, ofreciéndoles quedar exceptuados del servicio de las armas, 8 rs. vn. diarios por cada acémila que aportasen, y las correspondientes raciones de paja y cebada. Curiosamente, que sepamos, es ésta la primera disposición oficial en la que se emplea la voz de «Administración Militar», en vez de la tradicional de «Hacienda Militar», al disponer que en el uniforme de los capataces aparecieran las iniciales A.M. recortadas en paño azul y cosidas en los extremos del cuello. Ya en 1809 Calvo de Rozas había propuesto estas brigadas «para minorar las vexaciones que sufren los pueblos, y para evitar la pérdida o atraso de víveres quando el ejército se pone en movimiento». *Reformas y medidas propuestas en 1809 para la organización y buena asistencia a los ejércitos*, s.l. [Cádiz], Imp. de D. Manuel Santiago Quintana, s.a [¿1811?], p. 4.

guerra, acredita la absoluta falta de frutos, de dinero, de crédito en que se encuentra»<sup>13</sup>.

*Estado de los ejércitos españoles.*

Una breve aproximación a las calamidades de uno de los ejércitos, el comandado por el General Mahy en Galicia, puede servir de modelo para imaginar la situación de los restantes. Apenas comenzado el año 1809 el general Mahy se dirigía a un general de división del ejército de la Izquierda manifestándole que «las subsistencias van faltando ya para la tropa, y llegará el caso de que se muera de miseria»<sup>14</sup>. El 7 de mayo del mismo año era el general Francisco Losada quien se dirigía a Mahy remitiéndole un escrito del comisario de la división en el que se manifestaba: «...me es imposible facilitar más [subsistencias] por la indigencia en que se encuentran los pueblos, por haberseles ya arruinado por ésta y las demás Divisiones por la proximidad de unas y otras, y constarme la indigencia de estos miserables pueblos»<sup>15</sup>.

Comenzando 1811 era la Junta Provincial de Mondoñedo la que se dirigía a la Superior de Galicia, alarmada por el lamentable estado en que se encontraba la indumentaria de los soldados, «gentes desaliñadas que haciendo alarde de la descompostura y desnudez misma, llevan a todas partes el quadro de la miseria»<sup>16</sup>. El 3 de febrero del mismo año era la Junta Provincial de Lugo la que escribía a la Superior de Galicia lamentándose de que durante el mes anterior habían entrado en el hospital militar de Samos 205 soldados enfermos «todos descalzos, sin camisas, y, en una palabra, enteramente en carnes y sinque a ninguno se les diese siquiera un Capote para cubrir las»<sup>17</sup>.

La situación de los hospitales era también desastrosa y llegó a ser motivo de escándalo en las Cortes. Calvo de Rozas, en un oficio fechado en Guadalupe el 8 de agosto de 1809, y dirigido a Martín de Garay, secretario de la Junta Central, decía lo siguiente:

«Estos encuentros fueron para mí un anuncio del desorden que encontraría aquí en punto de hospitales; y en efecto habiendo pasado desde luego a

<sup>13</sup> CANGA ARGÜELLES, José: *Memoria presentada a S.A. en 24 de enero de 1811 acerca de las ideas que debía proponerse el Gobierno en el estado en que se hallaban los ramos de la Hacienda Pública*. Imp. de Miguel Domingo, Palma, 1813, p. 6.

<sup>14</sup> Instituto de Historia y Cultura Militar (I.H.C.M.), Archivo Central Militar (A.C.M.), *Colección Duque de Bailén, Guerra de la Independencia*, leg. 9, carpeta XVI.

<sup>15</sup> *Ibidem*, leg. 11, carpeta XXXIX.

<sup>16</sup> *Ibidem*, leg. 34, carpeta XI.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

ver los que llevan este nombre, noté que se hallaban faltos de todo, así en lo material como en lo personal, sin camas para el mayor número y arrojados por el duro suelo, destituidos de quienes aliviasen sus dolencias [...], no tenían más auxilio que la techumbre y el corto alimento con que les sufragaba la caridad de este monasterio»<sup>18</sup>.

El 12 de abril siguiente el general Juan Moscoso, brigadier y jefe de Estado Mayor del 6º ejército remitía a Nicolás Mahy, jefe del mismo, un escrito en el que le daba cuenta de que los Estados Mayores de la 1ª y 2ª divisiones le habían dado parte «de hallarse en tal escasez y miseria aquellas tropas, que si continúa no se puede responder de su permanencia o haber de emplear la fuerza para sacar recursos y subsistencias. [...] La Oficialidad y tropa carece de sus pagas; la Caballería no tiene granos ni forrajes; la Infantería vive ordinariamente de las requisas o presas, y poco o nada se debe a los auxilios de la provincia y de la Real Hacienda»<sup>19</sup>.

El 21 de abril era la Junta Suprema de Galicia la que escribía a Mahy, diciendo: «...casi todos los Cuerpos se hallan sin las prendas de vestuario [...] tan necesarias para la conservación y decoro del soldado. [...] En cuanto al punto de subsistencias se ve la escasez de éstas en términos que toca ya al extremo de la miserable indigencia»<sup>20</sup>. Mahy, desesperado, enviaba poco después una carta circular a los «individuos con capitales y afectos a la causa», pidiéndoles ayuda «ya sea con dinero, capotes, zapatos, sombreros, granos...»<sup>21</sup>. Un borrador de escrito sin fecha aludía al hecho de tenerse que conceder a los soldados «licencia para que vayan a buscar camisas a sus casas»<sup>22</sup>. A la vista de todo ello, el general Blake ordenó a Mahy que procediera a las requisas «pero sin violencias y vejaciones, como acostumbran los comisarios»<sup>23</sup>.

Sin duda no era distinta la situación en los restantes ejércitos españoles. Como muestra procede hacer alusión a la carta que el general José O'Donnell envió a Mahy el 22 de marzo de 1812:

*«Esta miseria nos ba ya apurando. En Lorca no ha havido quatro días sino a media ración, y ayer no alcanzó a la tropa sino*

<sup>18</sup> CALVO DE ROZAS, Lorenzo: *Verdades apoyadas en documentos auténticos que ha expuesto al Soberano Congreso Nacional don [...], que las publica y somete al juicio imparcial de sus conciudadanos*. Cádiz, Imp. Tormentaria, 1812, p. 24 de los documentos.

<sup>19</sup> I.H.C.M., A.C.M. *Colección Duque de Bailén. Guerra de la Independencia*, Leg. 9, carpeta XVII.

<sup>20</sup> *Ibidem*, carpeta XI.

<sup>21</sup> *Ibidem*, carpeta XVII.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> *Ibidem*, leg. 37, carpeta XLII.

*a quatro onzas de pan. [...] Aseguro a Vd. francamente que no hay granos en la Provincia, y que ni con dinero a un precio exorbitante pueden hallarse. ¿Quién habrá que viva en esta forma sin recibir socorros? ¿Quién podrá tolerar los lamentos de los Pueblos y de las tropas, unos por no tener que dar y otros por que se mueren de hambre?»<sup>24</sup>.*

Un contemporáneo que abordó años después la historia de esta guerra escribía que en 1813 el ejército español hallábase:

*«en el estado más mezquino y degradante: el soldado sin fuerzas físicas por su cortísimo alimento, y el Oficial en la situación más abatida y humillante por falta de auxilios. Los de una y otra clase enfermaban por precisión, y pasando a los hospitales venían a ser éstos por su falta de asistencia el sepulcro y exterminio de tan beneméritos militares»<sup>25</sup>.*

No era muy distinta la situación de las tropas francesas, a partir, sobre todo, de 1810. «Los soldados napoleónicos, aparte del hambre, hubieron de andar prácticamente descalzos y pasar frío y toda clase de miserias en muchas ocasiones»<sup>26</sup>. En este aspecto, las que, en general, se mantuvieron en mejores condiciones fueron las tropas inglesas.

### *La presión del mando militar.*

Lo cierto es que, ante la desarticulación orgánica del Estado, propia de las circunstancias que se vivían, a duras penas tratada de remediar por la Junta Central y las Regencias, ante la angustiada necesidad en que se hallaban los generales de tener que alimentar y vestir a sus tropas, y dada la independencia que de hecho disfrutaban éstos en el mando de sus respectivos ejércitos, los mismos se vieron en la necesidad de someter a ese mando a todos los individuos de la Hacienda militar, presionándolos continuamente para conseguir de ellos los suministros precisos, fuese cual fuese la forma en que los obtuviesen, o, incluso, sustituyéndolos en su función, y actuando

<sup>24</sup> *Ibidem*, leg. 53, carpeta LXII.

<sup>25</sup> MUÑOZ MALDONADO, José: *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte, desde 1808 a 1814*. Madrid, Imp. de D. José Palacios, 1833, t. III, p. 468.

<sup>26</sup> DIEGO, Emilio de: *Opus cit.*, p. 177.

directamente los jefes de las unidades a la hora de conminar a las autoridades locales para obtener los recursos que precisaban<sup>27</sup>.

Si en un primer momento se pueden encontrar órdenes emanadas de los propios mandos militares exigiendo a sus subordinados –como ya se ha visto hacía Blake– un exquisito cuidado en cuanto a la actitud que debían adoptar sus tropas en los pueblos y caseríos, y recordando la necesidad de atenerse para la extracción de raciones a normas procedimentales respetuosas con los principios que habían fijado las Ordenanzas del siglo anterior, cuando dejaron de recibir los abastecimientos necesarios tuvieron que hacer frente a sus propias responsabilidades, y hubieron de taparse los ojos ante los desmanes de sus soldados, hambrientos y desnudos. Otras veces ellos mismos forzaron a sus intendentes y a las autoridades locales hasta extremos que fueron denunciados ante las Cortes.

Calvo de Rozas dejó constancia de los choques que tuvo con el general Eguía durante el tiempo que permaneció como intendente del ejército de Extremadura, uno de ellos como consecuencia de haber extraído éste por la fuerza caudales de la delegación de la Dirección de Provisiones en Trujillo. Cuenta también que había enviado a su subordinado Gaspar Serrano del Valle para que, ante las continuas demandas de cebada por parte del general, le hiciese ver que «pues no tenía S.E. veinte caballos para consumir sus veinte raciones de ordenanza, sería conveniente que en los días de escasez de este artículo se contentase con tomar las que necesitara, haciendo lo mismo los demás generales y gefes, para que los caballos de soldados que forman la verdadera fuerza activa, no dexasen de tener su ración, como algunos días sucedía». Ni que decir que Eguía «amenazó a Serrano con la horca»<sup>28</sup>.

Circunstancias como ésta y otras muchas provocaron la publicación de la real orden de 15 de diciembre de 1810, que recordaba a los jefes militares su obligación de no inmiscuirse en los ramos de la Real Hacienda. Pero con frecuencia las necesidades de los mandos en plena guerra no permitían ser excesivamente escrupulosos. El 31 de abril de 1811 el general Mahy se dirigía al intendente Cesareo Gardoqui en los siguientes términos:

*«No es posible que las tropas del Rey y la Nación se hallen en este estado de indigencia de que V.S. es responsable. [...] Sírvase V.S. contestarme inmediatamente y hacerme conocer que quedo socorrido de este apuro, sin necesidad de pasarlo*

<sup>27</sup> Sobre esta progresiva radicalización de la autoridad militar a lo largo de la contienda vide TEJERO DE LA ROSA, Juan Miguel: *La Real Hacienda Militar de Fernando VII*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1995, pp. 99-105.

<sup>28</sup> CALVO DE ROZAS, Lorenzo: *O.c.*, pp. 30 y 31.

*a informe de los Srs. Contador y Tesorero, pues con esto no se mantiene el soldado. V.S. está constituido por su destino en la obligación de socorrer a las tropas, y no es posible prescindir de reclamar de V.S. el remedio de tanta miseria como sufre la parte activa que defiende nuestra causa»<sup>29</sup>.*

Tras excusarse Gardoqui haciendo ver al general la multitud de obligaciones a que había de atender con pocos medios, y ante un nuevo requerimiento, vuelve a escribir el intendente diciendo «serle sensible y aún doloroso el que quiera estrecharle a que sostenga el ejército sin otros medios por ahora que los ordinarios, a no ser que se dejen enteramente desatendidas las demás obligaciones», pero que lo haría si Mahy se lo ordenase. Éste, aún manifestando que nada podía emprender sin que Gardoqui secundara sus proyectos con caudales y subsistencias, no se atrevió a dar la orden por escrito, pero poco después cortó por lo sano suspendiendo en sus funciones al intendente.

Anécdotas como éstas podrían seguirse relatando hasta la saciedad, y son indicativas de cómo una situación ciertamente dramática por lo que se refiere al estado de las tropas llevaba a sus jefes a prescindir de miramientos e, incluso, de las Ordenanzas. Quienes sufrían las consecuencias eran los pueblos y los campesinos, obligados a cubrir las carencias de una intendencia desorganizada y sin medios.

### *Protestas de los pueblos.*

Las quejas que de los pueblos recibieron las Cortes gaditanas por las que decían ser vejaciones de los mandos y las tropas fueron reiteradas. La denuncia de tales vejaciones presentada por un comisario de guerra en una Memoria de la que la que las Cortes se hicieron eco en diciembre de 1810, fue contestada por el ministro de la Guerra en la Memoria leída en el hemisiciclo el 28 de febrero de 1811, manifestando que «es menester convenir [...] que los pueblos en cuyo territorio se acantona un ejército, han de sufrir mucho por necesidad, sin que el jefe lo pueda remediar, y mucho menos cuando falta todo género de recursos y falta la disciplina». Reiteraba esta justificación haciendo ver «el triste cuadro de un ejército [...] en no pocas ocasiones reducido a mendigar los medios para remediar su desnudez», y terminaba

<sup>29</sup> I.H.C.M., A. C. M., *Correspondencia entre D. Juan Moscoso, Brigadier y Jefe de Estado Mayor del 6º Ejército, con D. Nicolás Mahy, General Jefe del mismo. 1811*, leg. 34, carpeta XVII.

diciendo que «no puede haber ejército disciplinado si no están completamente equipados, armados y asistidos de todo lo necesario»<sup>30</sup>. Unos días antes el propio Argüelles había reconocido que un jefe militar, para atender a las quejas de los hospitales y los enfermos, «faltándole víveres, y debiendo pasar adelante, ha de atropellar a los pueblos y romper con todo, sin consideración alguna a las desgracias que ocasiona»<sup>31</sup>.

En la sesión del 11 de mayo de 1811 el diputado Giraldo transmitía las quejas de la Junta Superior de la Mancha en relación con «las vejaciones y atropellamientos que con ella y varios pueblos de la referida provincia han cometido el brigadier Osorio y las tropas de su mando»; lo que era corroborado por su colega Esteban, que vituperaba la acción del brigadier «mandando que a aquellos beneméritos ciudadanos no se les dejase más que lo absolutamente preciso para su subsistencia». Interveníó también el diputado Lera «confirmando brevemente los desórdenes cometidos por aquella división». A continuación Martínez Fortín refería: «Acabo de llegar del reino de Murcia, [...] he visto los males que está causando ese ejército por medio de los comisionados, tan dispuesto a destruirlo todo, que hablando verdad, a los ricos los ha dejado pobres y a los pobres locos». Aún había de terminar el diputado Traver haciendo ver que ya anteriormente «vinieron dos representaciones quejándose de los males que sufrían los pueblos de parte del ejército del centro, acompañadas de muchos documentos»<sup>32</sup>.

En sesión de 7 de febrero de 1813 la Regencia, en palabras del secretario de Marina, se declaraba impotente para controlar las presiones de las tropas sobre los pueblos: «Lo mismo digo de los excesos que cometen las tropas y ejércitos en los países que ocupan. Son ciertamente muy dignas de mayor atención y vigilancia. ¿Pero que medios tiene el Gobierno para impedirlos? ¿Puede hacer más que dictar órdenes y reglas?»<sup>33</sup>.

Un mes después de nuevo en las Cortes se escuchaban voces denunciando las coacciones sobre los pueblos. El concejo de Guadix se quejaba de la conducta del general San Juan y del coronel Wall por haber «arrestado el Ayuntamiento dos veces y cuatro de sus individuos sacados a Baza con escolta de tropa [...], por las demoras inevitables en el suministro de raciones»; a lo que se sumaba el diputado Porcel manifestando «que todavía eran mayores las que se cometían en la provincia de Granada». San Juan se defendió poco después alegando que «no fue un verdadero arresto, sino un

<sup>30</sup> *Diarios y Actas de las sesiones de las Cortes*. Madrid, Imp. de J. A. García, 1870-1876, Actas de las sesiones de 4 de diciembre de 1810 y 1 de marzo de 1811, pp. 143 y 606.

<sup>31</sup> *Ibidem*, sesión de 26 de enero de 1811, p. 438.

<sup>32</sup> *Ibidem*, sesión del 11 de mayo de 1811, pp. 1055-1057.

<sup>33</sup> *Ibidem*, sesión de 7 de febrero de 1813, p. 4670.



medio tan decoroso como permitían las circunstancias de compeler al ayuntamiento al suministro de raciones, en que se había manifestado sumamente remiso»<sup>34</sup>.

En sesión de 6 de abril de 1813 se daba cuenta de una representación del Ayuntamiento de Jaén denunciando los procedimientos «arbitrarios y violentos» del intendente del ejército, y otra del de Linares protestando por el arresto al que había sometido a su Ayuntamiento el comandante de la primera división del tercer ejército<sup>35</sup>.

El síndico procurador general de Astorga presentó también una representación informando de «las tropelías cometidas por el comandante militar de la provincia de León en la persona de los habitantes de dicha ciudad, entre ellas las de algunos individuos de su ayuntamiento»<sup>36</sup>.

Como ya se ha visto, tampoco eran infrecuentes las quejas contra el intendente respectivo, por ejemplo contra el de Sevilla, que había mandado poner centinelas en los graneros de la ciudad «para extraer granos sin pagarlos», y que, fundado en una orden general del ejército, procedía por sí «a recoger la tercera parte del trigo de los labradores y el todo de los que no lo eran»<sup>37</sup>. La ciudad de Trujillo también se quejó del intendente del cuarto ejército, quien, después de haber convenido la reunión en dicha localidad de 200.000 raciones de galleta y 20.000 de cebada y paja con los fondos de cinco partidos, se había personado en Trujillo y, «valiéndose de las amenazas más fuertes» había hecho un nuevo reparto de 3.600 fanegas de trigo, 2.500 de cebada y 10.000 arrobas de paja<sup>38</sup>.

Todas estas reclamaciones dieron lugar a que las Cortes crearan una comisión especial para atender a los recursos sobre abusos en la exacción de raciones para los ejércitos. La comisión estudió, entre otros, los recursos de los ayuntamientos de Elda, Jijona, Novelda y Aspe «por los arrestos y amenazas que experimentaban sus individuos por los jefes militares [y] por la ninguna proporción que se observaba en las raciones que se les pedían». En concreto, el Ayuntamiento de Elche exponía que después de haber entregado el año anterior más de siete millones de reales «había quedado el pueblo en estado miserable, [y que, sin embargo] no había dejado de suministrar a la división del general D. Felipe Ruche 1.060 raciones» que se le habían asignado desde que estaba allí acantonado. Faltándole un resto por entregar, «un edecán del dicho general intimó al alcalde constitucional de la villa que se

---

<sup>34</sup> *Ibidem*, sesiones de 25 de marzo y 20 de abril de 1813, pp. 4876 y 5034.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 4990.

<sup>36</sup> *Ibidem*, sesión del 9 de abril de 1813, p. 5196.

<sup>37</sup> *Ibidem*, sesión del 11 de mayo de 1813, p. 5201.

<sup>38</sup> *Ibidem*, sesión del 11 de junio de 1813, p. 5461.

le arrestaría si a las cuatro y media de aquella tarde no había satisfecho lo que restaba del contingente señalado», pero cuando lo estaban efectuando en metálico, otro ayudante del general procedió al arresto del ayuntamiento en pleno. Más o menos así eran las quejas de otros municipios<sup>39</sup>.

Sin duda todas estas protestas influyeron en la propuesta que hizo la Regencia de suprimir, como ya se ha dicho, la Dirección General de Provisiones (que ya había estado un breve tiempo suspensa), y pasar sus competencias a los intendentes de los diferentes ejércitos; propuesta que de inmediato fue aprobada por las Cortes.

### *Razones de los militares.*

Frente a estas y otras protestas la realidad cierta que exhibían los militares era la de las múltiples carencias que sufrían sus tropas, y la resistencia de muchos pueblos a entregar las cuotas que les habían correspondido en los repartos a cuenta de las contribuciones. Desde la Memoria presentada por el secretario de Estado de Guerra, publicada en el *Diario de Sesiones* de 1 de marzo de 1811, y a la que ya se ha hecho alusión, las referencias al estado miserable de las tropas y la acusación de culpabilidad a la Hacienda militar por el desbarajuste en que se hallaba fueron también constantes.

Un informe de Wellington de 20 de agosto de 1813 dirigido al secretario de Guerra en apoyo de otro del general Elío en el que se quejaba de las carencias de su ejército, contenía párrafos como el siguiente:

*«Nadie aborrecerá más que yo el despotismo militar [...], pero entre aquel extremo y las fórmulas civiles lentas e ineficaces en ejecución hay un término medio que es indispensable adoptar [...]; nadie da de buena gana [...], el beneficio de la requisición [es el] único que tenemos mientras llega a reemplazarlo un sistema de administración cual se necesita [...]. Estoy lejos de creer que el método de la requisición sea el mejor, y conozco que es el más expuesto a injusticias y vejaciones; pero ¿acaso nos queda otro? [...] En Infantes no encontraron las tropas españolas con que mantenerse; y apenas entraron las enemigas hubo para pagarlas 500.000 rs. de contribución y*

---

<sup>39</sup> *Ibidem*, sesión de 4 de junio de 1813, p. 5416. Otras veces eran los propios particulares los que reclamaban contra las exacciones y procedimientos que consideraban injustos y anticonstitucionales. *Ibidem*, sesión de 8 de junio de 1813, p. 5441.

*12.000 fanegas de trigo: ¡cuantos ejemplares podrían citarse de la misma clase!»<sup>40</sup>.*

Toreno se había hecho eco de la situación al referirse al dictamen de la comisión encargada de examinar las Memorias de los secretarios de Despacho, y, tras denunciar un desorden que consideraba inconcebible en el ramo de guerra, la falta de concordancia entre los gastos para la manutención de las tropas y los medios con que se contaba, y el desorden en que se encontraba la Hacienda militar, concluía, buscando un equilibrio entre las quejas y protestas de unos y otros:

*«Y en verdad que unos y otros tienen razón. ¿Qué podrá hacer un general que se halla con un ejército al que está obligado a mantener? ¿Qué una tropa desnuda y hambrienta, y absolutamente abandonada? ¿Y qué unos pueblos que después de pagadas sus contribuciones, ven que se les arranca todo el fruto de su sudor y de sus fatigas? De esta lucha se han promovido quejas sin número, que cada vez van a más, sin esperanza de que disminuyan [...]. Orden fijo, sistema estable producirá el sosiego que se requiere y la unión que se necesita entre el militar y el paisano»<sup>41</sup>.*

En definitiva, una dramática situación que el secretario del Despacho de Guerra describía en estos términos:

*«Los ejércitos sin dinero con que cubrir sus gastos, los pueblos agotados y cansados de suministros en especie, con que en vano se procuraba suplir esta falta, las contribuciones ordinarias y extraordinarias absorbidas realmente o en la apariencia por estos suministros, las cuentas de todos los ramos en absoluta confusión, los jefes militares convidados al despotismo más atroz para poder mantener sus tropas, éstas sin disciplina, en una especie de guerra continua con los pueblos...»<sup>42</sup>.*

A punto ya de terminar la guerra, en sesión de las Cortes de 3 de febrero de 1814 se presentaba un informe de la comisión militar sobre la última Memoria presentada por el secretario del Despacho de la Guerra,

<sup>40</sup> *Ibidem*, sesión de 9 de septiembre de 1813, pp. 6171 y 6172.

<sup>41</sup> *Ibidem*, sesión de 7 de febrero de 1813, pp. 4651-4653.

<sup>42</sup> *Ibidem*, sesión del 4 de julio de 1813, p. 5601.

y en él se apuntaba a los que a la postre habían sido los beneficiarios de los sufrimientos de los pueblos y de las tropas:

*«...la exacción de estas raciones de los pueblos ¿cuántos y cuan graves perjuicios no han inferido a los pobres vecinos pacíficos, que so color de socorrer al soldado han sido destruidos, unas veces por las impericias de los comisarios, otras por la confianza y abandono con que éstos se han entregado en manos de sus factores, proporcionándoles los medios de enriquecerse a costa del contribuyente, y otras enriqueciéndose ellos mismos [...]. En los factores de provisiones y demás agentes subalternos de la Hacienda del ejército son ínfimos los sueldos; pero su vida, su porte, sus gastos y sus fondos ¿cuáles suelen ser a menudo? Muy considerables»<sup>43</sup>.*

#### *Otras presiones sobre los pueblos*

Dejando ya aparte el ejército regular, la guerrilla fue otro factor sobrevenido que supuso una dura carga sobre los pueblos, en especial para aquellos comprendidos dentro del área de control napoleónico. Nacidas a fines de 1808, tuvieron su auge entre marzo de 1809 y julio de 1812, aunque permanecieron mucho tiempo más. Si algunas guerrillas importantes, como la de Espoz y Mina, establecieron sus propios servicios de hacienda y administración correctamente organizados, los componentes de otras partidas se convirtieron a veces en ladrones y salteadores que, si dieron quehacer a las retaguardias francesas, también sembraron inquietud y dolor entre los campesinos y lugareños.

Aunque hubo en diversas zonas distintos reglamentos de guerrillas, siendo el más conocido el aprobado por la Junta Central en 1808, no cabe suponer una estricta aplicación de los mismos. En general, las guerrillas se autoabastecieron, creando, como dice Josefina Cuesta al hablar de Julián Sánchez «El Charro», «su propio estado e intendencia». Éste último, como el resto de los guerrilleros, se suministró preferentemente de los convoyes, caballos y armas del enemigo, pero el propio general Gabriel de Mendizábal reconocía haber recibido del mismo «proporciones grandes de ganado

<sup>43</sup> *Ibidem*, sesión de 3 de febrero de 1814. Dictamen en p. 423.

vacuno [...], dándome aviso de que los había sacado del territorio ocupado por el enemigo», es decir, de los pueblos<sup>44</sup>.

Mina fue el único de los guerrilleros que legó a la posteridad unas memorias, ampliadas luego con un suplemento publicado por su viuda. En ellas describe con detalle su sistema de hacienda dentro del área Navarra que recorrió. Llegó a formar un catastro de los pueblos como base para la obtención de suministros en los mismos y para percibir rentas del Estado, como secuestros, novenos excusado, subsidio, bulas, encomiendas, etc., aunque negó haber exigido contribuciones. En todo caso se justificaba afirmando, por ejemplo, que las medicinas se tomaban en las boticas de los pueblos inmediatos «y se abonaban por el Ministerio de Hacienda» (el que él había constituido). Reconocía que los pueblos contribuían con raciones y bagajes, «y lo que suministraban les era tomado en cuenta» por dicho Ministerio. Lo que está por ver es si su importe fue satisfecho alguna vez y en qué cantidad<sup>45</sup>. En cualquier caso, afirma Moliner Prada, «al finalizar la contienda, los soldados de Espoz y Mina tienen la fama de ladrones», aunque dice igualmente que actuó con mayor medida que otros<sup>46</sup>.

Moliner, que estudió a fondo el fenómeno de la guerrilla, admite que la misma empobreció a la población con sus imposiciones y exacciones. «Encontramos guerrilleros cuyo comportamiento es similar al de los bandoleros, tanto en zonas de propiedad latifundista como en las que predomina la pequeña propiedad, en zonas más evolucionadas económicamente y en las más atrasadas». Esto tuvo especial incidencia en Andalucía y en Galicia, pero también en Cataluña, donde «el bandolerismo se convirtió en un verdadero cáncer que sumió a los pueblos en la pobreza y en la miseria». Justificando todo ello, aporta testimonios de la Junta Suprema General del Reino de Navarra, del Archivo Municipal de Barbastro, de la Junta Suprema de Sevilla, de las Juntas de Vic, de Granollers, de Soto de Cameros, etc.<sup>47</sup>.

Junto con las guerrillas propiamente dichas, y en paralelo con las mismas, hay que aludir a la multitud de soldados desertores, migueletes catalanes y tropas sueltas que, como dice la Junta de Navarra, «hacen desordenadas correrías arrebatando en su marcha una porción considerable de caballerías mulares. Exigen a su antojo raciones de víveres y en dinero a

---

<sup>44</sup> CUESTA, Josefina: «La memoria de un guerrillero: D. Julián Sánchez, «El Charro»: de la guerrilla local al concepto de guerrilla», en *Antiguo Régimen y liberalismo. 2. Economía y Sociedad, opus cit.*, pp. 459 y 460.

<sup>45</sup> ESPOZ Y MINA, Francisco: *Memorias del general [...]. Administración militar*. BAE, CXLVI (1962), vol. I, pp. 200-207.

<sup>46</sup> MOLINER PRADA, Antonio: *La Guerrilla en la Guerra de la Independencia*. *Opus cit.*, p. 204.

<sup>47</sup> *Ibidem*, pp. 201-215. Véase también, DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis: *Guerrilla, contraguerrilla y delincuencia en la Andalucía napoleónica (1810-1812)*, 2004.

razón de diez reales por plaza de soldado a caballo y seis por infante, y han forzado a mas entregar el equivalente en moneda donde no les han aprontado paños para vestuario»<sup>48</sup>.

Si la que se ha venido refiriendo era la presión que ejercían sobre los pueblos los ejércitos españoles y las guerrillas, cabe imaginarse la que se producía desde los ejércitos franceses de ocupación. Hay que partir de la base de que el gobierno de José I debe considerarse como una forma sin sustancia, con una estructura real que a lo sumo alcanzó a su capital, Madrid, y a una breve área de su entorno provincial. A los efectos que aquí interesan, las zonas ocupadas por los ejércitos franceses estuvieron sujetas a una administración impuesta desde París, y ya se ha dicho que el criterio de Napoleón era el de que el gasto de sus tropas estuviese soportado fundamentalmente por el país ocupado.

Por lo pronto, el propio José Bonaparte había dispuesto, por decreto de 28 de julio de 1808, que todos los asuntos de provisiones de mar y tierra pasaran del Ministerio de Hacienda a los de Guerra y Marina, algo que iba a ser ratificado por otro de 6 de febrero de 1809, que ponía en manos del ministro de la Guerra «las subsistencias y provisiones del ejército y plazas; los hospitales militares, utensilios de los cuarteles, conservación y reparo de ellos; nombramientos de los comisarios ordenadores, de los de guerra y demás empleados en todos estos ramos...».

En su evidente deseo de atraerse a sus nuevos súbditos José I trató de evitar roces entre esa administración militarizada de los suministros del ejército y las autoridades locales. En todo caso, una instrucción firmada en Madrid el 21 de mayo siguiente regulaba el procedimiento para cualquier reclamación que se pudiera producir por parte de los justicias de los pueblos o de particulares en relación con faltas, excesos o sustracciones de artículos o efectos concernientes a la ración del soldado o transporte de sus equipajes causados por tropas transeúntes. Se tendría en cuenta en su caso nada menos que el «lucro cesante», y se admitirían los recibos dados por las tropas aunque carecieran del V<sup>o</sup>B<sup>o</sup> del comisario y demás formalidades. Eso sí, se reconocía que el sistema de reintegro «es bastante lento y por sí tal vez insuficiente». La Hacienda del nuevo rey no daba para más. De cualquier manera, si se llegara a castigar a los autores del exceso, las penas que se les impusieran deberían quedar aplicadas al pago de las reclamaciones.

Todo esto sería, sin embargo, letra muerta. Cuenta Toreno: «El continuo paso y mudanza de las tropas francesas, la necesidad y codicia y malversación de ciertos empleados, impedían el cumplimiento de bien ordenadas

---

<sup>48</sup> MOLINER PRADA: *Opus cit.*, p. 204.

providencias, y achacábase a veces al gobierno intruso los daños y males que eran obra de las circunstancias»<sup>49</sup>. Refiriéndose en otra ocasión a una imposición de mediados de 1811 sobre las provincias de Guadalajara, Toledo, Segovia y Madrid, (máxima extensión, de hecho, de la Administración de José I), y de las que se sacaron 950.000 fanegas de trigo y 750.000 de cebada, decía que «efectuase la exacción con harta rudeza, arrancando el grano de las mismas eras para trasladarle a los pósitos o alhóndigas del gobierno, sin dejar a veces al labrador con que mantenerse ni con que hacer la siembra»<sup>50</sup>.

Teóricamente la Hacienda francesa atendía a los gastos de sus tropas en España, aunque ciertamente la realidad era muy distinta y, tanto el presupuesto militar del Imperio destinado a sus fuerzas en los países ocupados, como las indemnizaciones de guerra y contribuciones especiales exigidas a éstos, no alcanzaban a cubrir los gastos de alimentación y vestido de sus tropas<sup>51</sup>.

Existía al parecer un acuerdo entre el embajador francés La Forest y el ministro de Finanzas de José I, Cabarrús, para que a partir de 1810 los gastos del ejército francés en España estuvieran a cargo de la Hacienda española, algo verdaderamente imposible a la vista de la extenuación y desorden de ésta<sup>52</sup>. Lo que en cambio se produjo es que, en cumplimiento del decreto de Napoleón de 8 de febrero de 1810, las provincias de Vizcaya, Navarra, Aragón y Cataluña pasaron a estar administradas por las autoridades militares francesas<sup>53</sup>.

Las consecuencias de esta medida las iban a sufrir los pueblos, no sólo en las provincias indicadas, sino en todas las que en unos u otros momentos estuvieron bajo el control francés. Son innumerables las referencias existentes sobre las exacciones que el mando militar realizó también en los pueblos de provincias al sur del Ebro<sup>54</sup>. Así lo reconocía el propio mariscal duque de Dalmacia, quien, en una orden general para su ejército firmada en Sevilla el 28 de abril de 1812, decía: «S.M.C. ha sabido con mucho sentimiento que

<sup>49</sup> TORENO, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid, Imp. Tomás Jordán, 1835, t. 2, p. 295.

<sup>50</sup> *Ibidem*, t. 4, p. 191.

<sup>51</sup> ALAVEDRA BOSCH, Joseph: «La participación extranjera en el ejército napoleónico», en *La Guerra de la Independencia en España*, Antonio Moliner (ed.), *opus cit.*, p. 190.

<sup>52</sup> ARTOLA, Miguel: *Los afrancesados*. Madrid, Turner, 1976, p. 170.

<sup>53</sup> «No puedo continuar costeando los gastos de mi ejército en España. Deseo que la administración del país conquistado esté en manos de los generales que mandan en la provincia, a fin de que todos los recursos se apliquen a los gastos del ejército». *Ibidem*, p. 172.

<sup>54</sup> Con referencia a las provincias andaluzas pueden consultarse, entre otros muchos, los papeles de la *Colección documental del Fraile*, I.H.C.M., A.C.M., vol. 150, p. 154; vol. 151, p. 41; y vol. 790, pp. 116, 293 y 303; correspondientes a los años 1810-1812.

en varias provincias y partidos se han pasado los comandantes a tomar por su propia voluntad, y sin prevenir de antemano mulas, caballos y bueyes que servían para la labranza, la conducción, o la industria de los particulares. Siendo en extremo perjudicial este abuso de poder, conviene tomar medidas para atajarle»<sup>55</sup>. Pero las buenas palabras se quedaban sólo en eso. Aún a punto de evacuar Andalucía el general jefe del ejército de Mediodía disponía el 18 de agosto de 1812 que «de momento las entregas de granos, pago de contribuciones y remontas no deben suspenderse, enviando en su caso columnas móviles para apremiar a los pueblos y particulares...»<sup>56</sup>. Sobre la efectividad de este sistema de apremios controlados por el alto mando militar francés, un oficial de estado mayor moscovita decía con ironía: «El comandante de un cuerpo sabe ser su proveedor, y los medios enérgicos de que se vale producen pronto saludables efectos»<sup>57</sup>.

Gravámenes aún menos ortodoxos si cabe se desprenden de una curiosa acta del cabildo del Puerto de Santa María del 8 de febrero de 1810. Entre otras cosas se dice en ella:

*«El Sr. Corregidor hizo presente que el Excmo. Sr. General del ejército Francés que guarnece esta ciudad le había preceptuado que para la subsistencia de las tropas Imperiales y demás gastos extraordinarios que se ha hecho indispensable con motivo de las actuales circunstancias se hiciera uso de fondos públicos y demás arbitrios que se consideraran más oportunos, más prontos y efectivos por ser particular que no admitía dilación, en cuya inteligencia, y teniendo presente que ya había sido preciso entregar a dicho Sr. General doscientas onzas de oro, por vía de regalo, pues su Ex<sup>a</sup> había insinuado ser ésta una demostración que le era debida; y que se había acostumbrado en todos los pueblos grandes donde había estado...»<sup>58</sup>.*

El acta aclara que hubo que sacar 100 onzas de los caudales del Pósito, y las otras 100 por repartimiento entre el vecindario. Informa también de que dicho general había exigido que los oficiales alojados debían ser mantenidos por los dueños de las casas donde se hospedaban, pero que, careciendo la mayor parte del vecindario de medios para ello, se había acordado que

<sup>55</sup> B.N., Colección Gómez Imaz, Papeles patrióticos de a Guerra de la Independencia, R-60016, doc. 7.

<sup>56</sup> I.H.C.M., A.C.M., Colección documental del Fraile, vol. 151, p. 47.

<sup>57</sup> C.H.S.: Ensayo acerca del sistema militar de Bonaparte. En la Real Isla de León, 1811, p. 21.

<sup>58</sup> B.N., Colección Gómez Imaz, R-60024.



fuesen mantenidos «por las posadas y fondas de esta ciudad en los términos más regulares y decentes», siendo compensados luego por el Cabildo.

La ayuda inglesa durante la guerra, además de la cooperación militar propiamente dicha apoyada por las tropas portuguesas, se fundamentó en asistencia pecuniaria y en abastecimiento de armas, municiones, material de campaña y vestuario. También algo, aunque no mucho, en alimentos no perecederos, como los que recibieron las propias tropas de Moore y de Wellesley<sup>59</sup>.

Pero la isla no podía proporcionar toda la ración de sus tropas, en especial los alimentos perecederos y la leña. Apoyado por una Hacienda saneada, Wellington pagaba la mayor parte de los suministros y de los bagajes o transportes que podía obtener de los pueblos mediante recibos, que, eso sí, tenían que ser cobrados en su tesorería de Lisboa, con los problemas y perjuicios que hay que suponer.

Más de una vez se quejó Wellington ante la Regencia de la poca eficacia de la intendencia militar española, sin tener en cuenta la desarticulación de la administración militar que se había producido tras la invasión francesa, trasunto, en última instancia, de la que había tenido lugar en toda la estructura del Estado. Ciertamente hubo de encontrarse con frecuentes dificultades de suministros en unos pueblos que ya habían sido repetido objeto de requisas por parte de las tropas francesas. Artola cita la protesta del duque al general O'Donjú: «Todo el país en que opera un ejército está obligado a proporcionar esos recursos, y si los pueblos de España no pueden o no quieren dar los que éste de mi mando pide, temo que tendrán que pasarse sin sus servicios»<sup>60</sup>.

En los prolegómenos de la batalla de Talavera pretextó esa falta de abastecimientos para no colaborar con Cuesta en la persecución de las tropas de Víctor. No cabe imaginarse que empleara el mismo argumento para justificar la violencia del metódico saqueo y pillaje a que sus tropas sometieron en 1813 a San Sebastián antes de incendiar la ciudad y destruirla totalmente.

---

<sup>59</sup> Por ejemplo, remitió a Sevilla, procedentes de Inglaterra, entre el 23 de marzo y el 31 de diciembre de 1809, 116 guías que, entre otras cosas, incluían 11.377 arrobas de carne tasajo, 58 tercios de lenguas secas, 1.000 de lenguas sueltas, 744 barricas de arroz, y pacas de paño, sargas, camisas, lienzo para sábanas, botines, gorras, capotes, mochilas, botas, zapatos, etc. B.N., *Colección Gómez Imaz, Papeles patrióticos. Guerra de la Independencia, op.cit.*, doc. 35.

<sup>60</sup> ARTOLA, Miguel: *La España de Fernando VII. Op. cit.*, p. 198. Pero, como dice Toreno, «de parte de los ingleses hubo improvisación en figurarse que a pesar de los ofrecimientos y buenos deseos de la central, podría su ejército ser completamente provisto y ayudado [...]. Creer que el gobierno español hubiera de antemano preparado almacenes, era confiar sobradamente en su energía, y principalmente en sus recursos». *Op. cit.*, t. IV, p. 384.

Aunque el impacto de las tropas aliadas sobre los campesinos y la administración local no puede compararse con el sufrido por parte de las tropas francesas, tampoco puede ser minusvalorado. No se olvide, entre otras cosas, la táctica de tierra quemada que el general inglés aplicó de continuo en su lucha contra Napoleón<sup>61</sup>.

Resumiendo, la administración local venía sustentándose desde el siglo XVI fundamentalmente de los arbitrios, y bienes propios y comunes. Por otro lado, las rentas provinciales, a repartir entre el vecindario de los pueblos, estaban constituidas por las alcabalas, cientos y millones (salvo en Aragón, Cataluña y Valencia, donde eran sustituidas por la contribución real, catastro, equivalente y talla, y en Navarra y las Vascongadas). Sufrían, además, los agricultores y ganaderos los antiguos diezmos eclesiásticos, una parte de los cuales ya venía pasando a la Hacienda de la Corona. Contra todos esos productos y rentas, a las que vendrían a sumarse las contribuciones extraordinarias nacidas de la guerra, se sufragó una parte de los gastos de ésta, tanto del lado del gobierno gaditano como del de José I o de los franceses. Algunas veces fueron abonadas en metálico, pero con frecuencia, y a falta de éste, su equivalencia fue sustituida por suministros agrícolas, ganaderos o de otros bienes y productos, sin olvidar las enajenaciones de bienes de propios y comunes. A todo esto habría que añadir los suministros y requisas recaídos sobre los productos de los propietarios y campesinos.

Repetiremos, una vez más, que contra estos recursos recaudados por las juntas provinciales y locales, y, otras veces directamente por los mandos militares o las partidas guerrilleras, se sufragó en su mayor parte la guerra. Y si los granos, vinos, aceite, forrajes, ganados, animales de silla y de tiro, etc. fueron el objeto de estos suministros y requisas; si con ellos hubo que pagar una parte de los impuestos, a falta de numerario; si, además, sufrieron frecuentes exacciones, saqueos, robos y pillajes, es necesario convenir que fueron los ayuntamientos y los vecinos de los pueblos los que soportaron el peso principal de la contienda, y, en todo caso, la que fue su partida más importante, es decir, la alimentación de los soldados y de los animales, la aportación de caballerías, el servicio de bagajes y muchas veces el vestuario, dejando ya a un lado el numerario. Todo ello pesó «sobre particulares (campesinos, labradores, clero) y sobre los bienes de Propios (y Arbitrios),

---

<sup>61</sup> Que los franceses eran también unos expertos «en convertir el país en un desierto», lo reconoce Girardin al decir: «...quemar es un placer del que no se hastiaban nuestros soldados. Prendían hasta los campos de trigo a punto de segarse; las espigas doradas por el sol ardían con facilidad suma, y no bien se había puesto fuego a un campo cuando las llamas se extendían a enorme distancia. La pasión de quemar era tan grande entre estas tropas que apenas salíamos de las chozas donde habían pasado la noche, ya ardían». *Cfr. ibídem*, pp. 255 y 257.

y Pósitos, y en su mayoría nunca llegaron a pagarse»<sup>62</sup>. Fue como una losa que cayó sobre un país esquilado y con una Hacienda arruinada.

Ese paisaje se dibujó sobre un panorama que ya antes de la guerra habría que calificar cuando menos de gris, tras una larga etapa de economía adversa con malas cosechas, importantes incrementos de precios y, en definitiva, grave crisis de subsistencias. La agricultura sufría una relativa escasez, que a lo largo de los años de la guerra se vio además afectada por la disminución de la mano de obra y de la fuerza de trabajo animal, de la falta de semillas para la siembra, y de los incendios y destrucciones. En cuanto a la cabaña ganadera la situación en 1808 aún era peor, tanto por lo que respecta a la obtención de carne para el consumo, como en lo relativo a los elementos de tracción para las faenas agrícolas y el transporte. Los masivos sacrificios y requisas de animales durante la guerra redujeron la producción de carne y la fuerza del trabajo, con las lógicas consecuencias negativas también para la producción agrícola<sup>63</sup>.

Y con esa situación la población campesina hubo de atender a la alimentación de los efectivos en lucha, suministrar a las ciudades y mantenerse ella misma, afrontando como pudo la grave crisis de subsistencias de 1811 y 1812, como consecuencia de las malas cosechas de 1810 y 1811.

#### *Algunos casos concretos.*

El impacto de la guerra de la Independencia en Navarra fue estudiado en profundidad por Josefa de la Torre y por Francisco Miranda, alcanzando ambos similares conclusiones<sup>64</sup>. Siguiendo al primero de ellos, es indudable que los pueblos del antiguo reino contribuyeron a los gastos de aquélla mediante el pago de impuestos en metálico y en especie, además de sufrir pillajes y saqueos indiscriminados. A lo anterior hay que añadir «la incapacidad e insolvencia de una administración que jamás llegó a compensar ni liquidar la sangría económica a la que fue sometido el mundo rural».

Si hasta 1811 el sistema tributario aplicado fue el del empréstito forzoso, reintegrable mediante bienes nacionales, y la requisición ordinaria de granos, a partir de ese año la presión contributiva fue en aumento, terminando de sumir en la miseria a una población agotada en sus recursos por

---

<sup>62</sup> MORAL RUIZ, J. del: *Op. cit.*, p. 100.

<sup>63</sup> DIEGO, Emilio de: *Op. cit.*, pp. 174 y 175.

<sup>64</sup> TORRE, Josefa de la: *Los campesinos navarros ante la guerra napoleónica. Financiación bélica y desamortización civil*. Madrid, Ministerio de Agricultura, 1991. MIRANDA RUBIO, Francisco: «La financiación de la guerra de la Independencia. El coste económico en Navarra.», *o.c.*

las exacciones anteriores. En el mes de julio de ese año el mando francés extremó su coacción hasta el extremo de exigir en Navarra el embargo de 216.000 robos de trigo y 375.000 de cebada o avena. Fue, de hecho, la utilización del trigo, la cebada, las legumbres, la leña, la carne y el vino como moneda fundamental de pago, lo que dio lugar a que los suministros de estos productos llegaran a minar las economías agrarias en un grado superior al de las exigencias monetarias.

Los efectos devastadores de la desastrosa cosecha de 1812 y la ofensiva aliada acabaron «desbordando la situación y se pasó a un saqueo generalizado, pillaje y destrucción de las mieses por los distintos ejércitos en lucha». En la Montaña las exacciones violentas en especie y la destrucción de campos los valora de la Torre en 11.943.893 rs. vn.; pero también en el resto de las comarcas «el saqueo acabó siendo una cobertura decisiva en la financiación de las tropas napoleónicas».

De los 107.194.779 rs.vn. que Navarra tributó a los franceses, el 57,55 por cien fue sufragado por el mundo rural, sometido «a una depredación espectacular [a través de unos suministros] que la *miseria del absolutismo* nunca liquidaría».

Pero también los guerrilleros, aunque en una proporción infinitamente menor, contribuyeron a agravar la situación del campesinado. Por lo que se refiere a los ejércitos aliados, su ofensiva en el período comprendido entre septiembre y diciembre de 1813 dio lugar a una destrucción de cosechas y ganado, que, sumada al valor de los suministros que les fueron entregados, de la Torre estima en 12.500.000 rs.

Por su parte, Miranda Rubio hace hincapié en el hecho de que, además, las entregas de suministros se hicieron de manera desordenada, toda vez que los comandantes de las guarniciones francesas exigían arbitrariamente los víveres y vituallas a las localidades más próximas a sus asentamientos. Hace una estimación de los suministros entregados a las tropas francesas durante los cinco años y medio de ocupación, estimándolos en un mínimo de 21.384.000 raciones para cada uno de los productos que componían la dieta diaria del soldado. En concreto, las raciones de pan equivalieron a 668.187 robos de trigo, las de vino a 1.079.200 cántaros y las de carne a 2.673.000 onzas; todo ello además de las raciones de legumbres, cada una de las cuales constaba de una onza de arroz y dos de alubias.

Alude también a los abastecimientos de pan, vino, carne, cebada y paja a las tropas españolas antes de la batalla de Tudela (noviembre de 1808), y con posterioridad a la de Vitoria (junio de 1813), así como a las guerrillas, para llegar también a la conclusión de que «fue el campesinado navarro quien sostuvo en mayor medida el peso de la guerra, al arrebatarles sus cosechas y

sus medios de trabajo y transporte. También los municipios hicieron frente a las exacciones impuestas por los franceses vendiendo los bienes concejiles y arruinándose durante décadas».

Esta venta de bienes comunales y de propios fue uno de los medios más utilizados por los municipios guipuzcoanos para la obtención del numerario con que hacer frente a los impuestos de la guerra, pero resultó insuficiente. Así lo manifiesta Arantza Otaegui, que estudió la crisis de la hacienda local en aquella provincia como consecuencia de la guerra<sup>65</sup>. Pero fueron las continuas exigencias de víveres, alojamiento y bagajes por parte de los distintos ejércitos las que incidieron de manera más violenta sobre las economías campesinas de Guipúzcoa.

El suministro de víveres recayó no sólo sobre la administración provincial mediante su compra, sino también sobre la población campesina, que hubo de reservar parte de las cosechas para atender a los cupos que les fueron repartidos. La llegada de los aliados no mejoró la situación, toda vez que los guipuzcoanos tuvieron que atender al suministro de víveres, caballos, medicamentos, armas, etc. para tres batallones, con un gasto total de 100.975.987 mrs., de los cuales, tras financiarse una parte, quedó una deuda de 49.986.659 mrs.<sup>66</sup>.

Las exacciones de víveres, forraje, ganado y leña fueron continuas «y dieron lugar a numerosos enfrentamientos entre los soldados y la población campesina, que fue la que cubrió en gran medida [...] las necesidades de los diferentes ejércitos que operaban en Guipúzcoa». No menores fueron los surgidos como consecuencia de la devastación de las cosechas a causa de la práctica de los soldados de talar las plantas de maíz aún verdes para suministrar forraje a la caballería<sup>67</sup>.

Los estudios sobre la guerra en Guipúzcoa resaltan el peso que sobre agricultores y marineros supuso, tanto la llegada de las tropas francesas, como, después del asentamiento de las aliadas en 1813, el traslado de tropas, víveres y material de guerra, es decir, el servicio de bagajes. Lo sufrieron no sólo los que hubieron de prestarlo directamente por poseer ganado adecuado, sino también los que, por carecer de él, tuvieron que compensarlo contribuyendo con sumas en metálico. Este servicio, fue efectuado en general bajo la amenaza militar ante la resistencia de los campesinos que, en el mejor de los casos, recuperaban sus carros y yuntas en muy mal estado.

<sup>65</sup> OTAEGUI ARIZMENDI, Arantza: *Guerra y crisis de la hacienda local [...]. O.c.*

<sup>66</sup> MUGÁRTEGUI EGUÍA, Isabel: *Hacienda y fiscalidad en Guipúzcoa durante el Antiguo Régimen, 1700-1814*. Donostia, Fundación Cultural Caja de Guipúzcoa, 1990, p. 239. A este trabajo, y al de Arantza Otaegui nos atenemos para todo lo relativo a la situación en Guipúzcoa.

<sup>67</sup> OTAEGUI ARIZMENDI, A.: *O.c.*, p. 38.

Otras de las cargas que tuvieron especial incidencia en la provincia fueron la de habitación y la de sostenimiento de hospitales militares permanentes en algunos pueblos, como Azpeitia. El costoso servicio de alojamiento recayó principalmente sobre aquellas localidades del Camino Real que, por ser finales de etapa, hubieron de sostener cuarteles que albergaron al importante número de efectivos que entre 1808 y 1813 atravesaron la provincia.

Ortiz de Ortuño centró su investigación en la provincia de Álava, y de forma muy concreta en el proceso de desamortización civil, ejecutado tanto por el ayuntamiento de Vitoria como por los propios concejos aldeanos con cargo a los bienes comunales. Sólo mediante la enajenación de una parte de éstos le fue posible a la provincia atender a las exigencias contributivas del gobernador francés Thouvenot<sup>68</sup>.

El desembolso efectuado por la provincia entre 1808 y 1816 fue de más de 143 millones de rs., originando la consiguiente descapitalización, hundimiento del comercio, descenso del consumo, etc. En cuanto a la desamortización, estima Ortiz la superficie enajenada en 3.564 fanegas de sembradura, que devengaron más de 1.260.000 rs., «de los que ni siquiera 1.000 fueron pagados en metálico».

Dado que sólo los más pudientes podían adelantar el dinero de las contribuciones, fueron ellos los que lograron sacar ventaja de las operaciones crediticias. Si es cierto que soportaron buena parte del peso de aquéllas, no lo es menos que acabaron cobrándose en tierras comunales. «El resto de los vecinos, aplanados por las exigencias fiscales, contempló impotente el proceso». Naturalmente fueron éstos los que sufrieron el brusco descenso de las superficies comunales y la reducción de pastos, «hasta el punto de temer una hipoteca del futuro ganadero».

Además de las informaciones suministradas en su día por Fontana sobre la Hacienda catalana durante la guerra, y lo que significó ésta última para los payeses, Antonio Moliner aporta también referencias al respecto. Insiste en que, además de la fiscalidad francesa cada vez que una comarca caía bajo su control, las Juntas locales y los guerrilleros se incautaron sucesivamente de los productos de los campesinos, quienes hubieron de sufrir los excesos de los soldados y migueletes sobre sus cosechas y propiedades. «Una vez más –dice– los gastos recayeron principalmente sobre los campesinos»<sup>69</sup>.

En 1810 la situación era tan crítica «que los pueblos no tenían medios para pagar las contribuciones asignadas, ni productos agrícolas suficientes

<sup>68</sup> ORTIZ DE ORTUÑO, José María: *Álava durante la invasión napoleónica. Reconversión fiscal y desamortización en el término municipal de Vitoria*. Álava, Diputación Provincial, 1983.

<sup>69</sup> MOLINER, Antonio: «Los problemas de la Hacienda en Cataluña durante la Guerra de la Independencia», en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*. 2, (1983), p.66.

para compensarlas». El problema se acentuó en 1811, singularmente en algunos corregimientos, como el del Vallés, a consecuencia de los continuos saqueos de la tropa. Carente ésta de víveres, en octubre de ese año la Junta del Principado hubo de aprobar un reparto general de bueyes, carneros, maíz, judías y aguardiente. El momento más grave se alcanzó en 1812, considerado un año de «hambre y miseria» en el que, por ejemplo, el ayuntamiento de Vilanova se vio en la necesidad de abrir una suscripción popular para poder dar de comer a las familias expatriadas y refugiadas en la villa.

Ya muchos años atrás Juan Mercader, uno de los pioneros en estos estudios, había denunciado «los desmanes a que daba lugar [en Barcelona] la directa intervención de la tropa en el acopio de recursos para el Gobierno», y que no siempre los jefes habían puesto coto a las extralimitaciones de sus subordinados. De cualquier manera –afirmaba– con el acantonamiento en Cataluña de Suchet y sus tropas «se recrudeció esta corriente de brutalidades»<sup>70</sup>.

Aragón fue por aquellos años granero que alimentó a españoles y extranjeros, pero, sobre todo, a las tropas del ejército imperial. Los repartos del suministro de víveres para los hombres y de pienso y paja para la caballería fueron constantes. «Ante tal cúmulo de cupos, repartos y anticipos no es de extrañar que se produjese el desconcierto contable en la Contaduría General del Reino de Aragón». Así lo advierte Bayod Pallarés, estudioso del ámbito aragonés, al quejarse de la desaparición de la casi totalidad de los documentos sobre los suministros exigidos por las tropas napoleónicas<sup>71</sup>.

No obstante, dibuja un panorama general de la situación y aporta datos de interés. Deja constancia de la resistencia general de los pueblos a la contribución en especie que se les exigía, unos simplemente porque no querían atenderla, y otros «porque no podían, dada la miseria en que se vivía». De entre los numerosos ejemplos de la presión a que la zona estuvo sometida, cabe aludir a la exigencia a la ciudad de Zaragoza durante el verano de 1812 de la importante cantidad de 100.519 cuartillos de vino, computándose el valor del cuartillo igual al de tres almudes de trigo. Cumplida la entrega, el 7 de septiembre se acordó otro reparto de 144.000 cántaros también de vino, que los franceses valoraron a 4 pesetas el cántaro. «Se dio un plazo perentorio de tan sólo dos días para la entrega del líquido en los almacenes [...]. Transcurrido el tan cortísimo plazo, se exigió por riguroso apremio».

<sup>70</sup> MERCADER, Juan: *Barcelona durante la ocupación francesa, 1808-1814*, Madrid. C.S.I.C., 1949, pp. 270 y 271.

<sup>71</sup> BAYOD PALLARÉS, R.G.: *Suministros exigidos al pueblo aragonés para el ejército napoleónico-francés*. Zaragoza, 1979.

Como es natural, tales coacciones sobre la gran ciudad tenían su repercusión sobre los pueblos que tradicionalmente la abastecían. Pero, además, las requisiciones afectaron directamente a buena parte de ellos, y en ocasiones fueron generales para todo Aragón, como la de carne que ordenó el general Suchet el 28 de febrero de 1811. Uno de los más afectados fue el partido de Barbastro, al que, por ejemplo, a fines de 1810 el comisario francés exigía el envío diario de 300 quintales de cebada, «exigencia poco menos que imposible de cumplir».

Toreno calculó que lo aportado por Aragón a los ejércitos franceses y españoles fue «tres y cuatro veces más de lo que acostumbraba en tiempos ordinarios, cuando la riqueza y los productos, siendo muy superiores, favorecían también el pago de los impuestos».<sup>72</sup>

Muy riguroso es el estudio que Ollero de la Torre dedicó al régimen fiscal y sistema de suministros en Palencia durante la contienda. A las guarniciones permanentes y a las columnas volantes hubo que suministrar todo lo referente a su manutención, «que corrió a cargo de los pueblos sometidos, que tuvieron que experimentar así otra forma de contribuciones tan sensibles o más que las pecuniarias», toda vez que, aunque teóricamente la entrega de suministros se descontaba del conjunto de las contribuciones exigidas, en la práctica «las pérdidas que llevaban inherentes eran de gran significación».<sup>73</sup>

Aparte de la confección de capotes, chupas, calzones y pares de zapatos, los suministros para alimentación adquirieron una importancia excepcional. Y el problema residía en que, como consta al parecer en abundante documentación, gran parte de las veces en muchos de estos suministros, por ejemplo los de carne, «no se formalizaba debidamente su importe a los propietarios de las reses, quienes, coaccionados con mayor o menor fuerza, se veían en la necesidad de ceder sus ganados para esta provisión». Si los proveedores fijos del ejército francés no tenían garantías serias de recibir el importe de los suministros, «fácil es imaginar en que condiciones se desenvolverían el resto de los acreedores, que, en número verdaderamente cuantioso, pugnaban por el abono de los suministros sin apenas posibilidad de conseguirlo».

No fue distinta la situación durante los breves intervalos en que la ocupación francesa fue sustituida por la de las fuerzas españolas. Las exigencias del comandante Benito Marquín y del coronel Juan Tapia fueron continuas tanto para los suministros de víveres como de zapatos, paños, botas, etc.

<sup>72</sup> TORENO, Conde de: *O.c.*, t. V, p. 346.

<sup>73</sup> OLLERO DE LA TORRE, Alfredo: *El Régimen Fiscal y el sistema de suministros a las tropas en Palencia durante la dominación Napoleónica*. Palencia, Diputación Provincial, 1990, p. 169.



El mismo autor evalúa la contribución palentina a la manutención y estancia de las guarniciones francesa y española, hospitales militares, ganado, etc., entre 1808 y diciembre de 1813, en 9.966.464 rs. por la capital, 36.030.655 rs. por los pueblos de la provincia y 1.129.864 rs. por el Cabildo y el clero<sup>74</sup>.

Salamanca también sufrió con gran rigor los efectos de la guerra. No podía ser menos si tenemos en cuenta que un contemporáneo escribió que creía quedarse corto cuando calculó que en la ciudad, entre principios de noviembre de 1807 y junio de 1812, habían pasado 300.000 hombres de diferentes ejércitos<sup>75</sup>. Un estudio sobre las ventas de bienes municipales en la provincia concluye que «supusieron un golpe durísimo contra los patrimonios municipales, que [...] habrían quedado totalmente esquilados». Aporta, además, párrafos de las escrituras de venta donde constan razones como la siguiente: «...a fin de evitar los daños de incendio, saqueo y degüello con que amenazan al Pueblo las tropas francesas si no se les prestan los grandes pedidos que hacen...»<sup>76</sup>.

También en Murcia el problema más grave fue el del abastecimiento de los ejércitos francés y español, cuyas exigencias de víveres se fueron incrementando con el paso del tiempo. También las de la guerrilla, importante desde 1810 en las zonas montañosas de Lorca, Noroeste y en las sierras contiguas a Alicante. Para conseguirlos, además de las contribuciones en dinero y especie, se realizaron «requisas de grano y ganado, expoliando al campesinado». A consecuencia del impacto de la guerra el número de cabezas de ganado disminuyó en la región en un 75 por cien<sup>77</sup>.

Díaz Torrejón ha realizado un excelente estudio sobre la ocupación napoleónica en Osuna entre 1810 y 1812, años durante los cuales los almacenes ursaonenses asumieron en gran medida el abastecimiento de las tropas imperiales destacadas en la zona, circunstancia a la que también colaboraron, aunque en menor grado, los almacenes de hacendados y labradores. Y ello hasta que se produjo el desplome de su importante agricultura y se agotaron los recursos almacenados<sup>78</sup>.

---

<sup>74</sup> *Ibíd.* *Palencia durante la ocupación francesa (1808-1814). Repercusiones sociales y económicas*, Palencia. Diputación Provincial, 1983, p. 234.

<sup>75</sup> RUBÍ I CASALS, María Gemma: «La supervivencia cotidiana durante la Guerra de la Independencia», *o.c.*, p. 309.

<sup>76</sup> ALONSO ROMERO, María Paz: «Venta de bienes municipales en la provincia de Salamanca durante la Guerra de la Independencia», en *Desamortización y Hacienda Pública*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1986, t.I, pp. 372 y 375.

<sup>77</sup> PÉREZ PICAZO, María Teresa: «Un pequeño mundo en estancamiento: Murcia entre 1808 y 1868», en *Historia de la región murciana*. Murcia, ed. Mediterráneo, 1980, t. VIII, pp. 22 y 23.

<sup>78</sup> DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luís: *Osuna napoleónica (1810-1812)*. Sevilla, Falcata/Fundación Genesian, 2001.

Durante los primeros meses de la ocupación Osuna abasteció a los almacenes militares de Écija y Sevilla con la promesa de serle abonado el valor de lo suministrado. Pero «ni por asomo la administración bonapartista llegó jamás a satisfacer los gastos del abastecimiento militar»; de ahí que a los dos meses de ocupación la economía interna de Osuna se encontrara ya desestabilizada. A pesar de todo, pronto tuvo que atender también a la intendencia militar de Málaga, a las tropas acantonadas en Ronda, y al abastecimiento interno de la propia plaza militar de Osuna, con una importante guarnición y con un tránsito incesante de unidades.

Paralelamente hubo de soportar grandes y repetidos embargos de caballerías. «Los numerosos pelantrines que labran pequeños pejugales son privados de sus animales, y el plantel equino local queda reducido a las cuadras de los grandes hacendados ursaonenses», y a los ejemplares destinados a las autoridades administrativas y judiciales, así como a los escuadrones militares. En resumen, «durante los más de dos años y medio de dominio bonapartista la subprefectura ursaonense está continuamente en el ojo del huracán de las grandes requisiciones».

El tema de las requisas de equinos tuvo una incidencia singular a lo largo de toda la guerra, tanto por las necesidades de las unidades montadas, como por las de transporte. Ya un edicto de la Junta de Sevilla, sin fecha, pero seguramente de fines de 1808, aludía a «más de quinientos Soldados aguerridos de Caballería que, por falta de Caballos, no pueden llenar su deber al frente del Enemigo donde nos son tan de primera necesidad», y pedía a los vecinos de la provincia que presentaran todos los que tuvieran útiles, con la seguridad de que «se les devolverán una vez concluidas las necesidades» (¡!). Un bando firmado en el Real Alcázar de Sevilla el 9 de marzo de 1809 daba ya un plazo de tres días para que los vecinos de la ciudad presentaran los suyos para su requisición, con la amenaza de que «al que así no lo verifique se le impondrá la pena que señala el artículo primero del Real Reglamento de siete de Noviembre de 1808». Tras la retirada de los franceses de Andalucía, una Resolución de la Regencia de 3 de octubre de 1812, ordenaba una requisas de caballos y yeguas en toda la región, responsabilizando a los justicias frente al gobierno de tomar «las providencias más enérgicas» ante quienes opusieran resistencia<sup>79</sup>. La misma política se desarrolló por las autoridades francesas durante los años de ocupación.

Cree Toreno que con dificultad se podrá evaluar lo que pagaron los pueblos de Andalucía a los franceses durante los más de dos años de ocupación, pero que, ateniéndose a la liquidación que hizo el conde de Montarco, comi-

<sup>79</sup> I.H.C.M., A.C.M., *Colección documental del Fraile*, vols. 761, p. 104; 789, p. 92; y 762, p. 294.

sario regio de José Bonaparte, que no estima exagerada, «aquellos pueblos entregaron a la administración militar francesa 600.000.000 de reales. Suma enorme respecto de lo que antes pagaban; siendo de advertir no se incluyen en ella otras derramas impuestas al antojo de gefes y oficiales sin dar gran cuenta ni razón...»<sup>80</sup>.

Otro estudio local es el relativo a la comarca de Campoo (Reinosa y su partido), que sufrió la visita de tropas regulares francesas, españolas e inglesas, además de la de las partidas guerrilleras. Los expolios, requisas y saqueos –cuenta Agustín Rodríguez– dejaron «campos desatendidos y cosechas escasas, viviendas saqueadas, iglesias y santuarios expoliados, ganados embargados y requisados»<sup>81</sup>.

Aporta, por ejemplo, referencias de las tropelías cometidas por partidas guerrilleras desde fines de 1810 hasta comienzos de 1813, que dejaron el Marquesado de Argüeso privado de ganado caballar «sin más que alguna yegua inútil [...] y alguna otra que pudieron ocultar a la vigilancia de los comisionados, o dándoles por ellas en gratificaciones más de lo que valían». «Tasaban las reses en vivo «poniéndolas casi en la mitad de las libras que pesaban y cuando alguno quería berlas matar y presenciar su peso, le detenían quince o mas días, con el objeto de aburrirle», y así nadie se atrevía a intentarlo la próxima vez».

Además, los concejos hubieron de acogerse a empréstitos para poder abonar las contribuciones, y a la venta de bienes comunes y de propios; y aunque la falta de documentación no permite cuantificar su participación en la financiación de la guerra, los datos aislados conservados hacen sospechar que las constantes reclamaciones de pueblos y particulares por suministros fueron desatendidas una y otra vez, y «casi con seguridad, nunca les fueron abonados ni por la administración española ni por el gobierno francés».

Para terminar este breve recorrido por algunas de las monografías que se han acercado al tema que nos ocupa en áreas o localidades concretas, no está de más aludir al curioso estudio de Victoriano Punzano sobre las coacciones a que se vio sometida la pequeña villa de Castro Urdiales por parte de los gobernadores de armas españoles, y, muy en especial, por Pedro Pablo Álvarez, teniente coronel del regimiento de húsares de Iberia, designado para hacerse cargo de la guarnición y del gobierno político local<sup>82</sup>.

Los pueblos de Castro Urdiales, Sámano, Guriezo y Villaverde habían de contribuir conjuntamente a la subsistencia de la guarnición de Castro

<sup>80</sup> TORENO, Conde de: *O.c.*, t. V, p. 118.

<sup>81</sup> RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Agustín: *O.c.*

<sup>82</sup> PUNZANO MARTÍNEZ, Victoriano: *Los gobernadores de armas de Castro Urdiales, 1812-1813*. Santander, Librería Estudio, 1982.

Urdiales con 22.000 rs. mensuales, paja, luz y leña, el importe de los gastos extraordinarios del hospital militar, dos fanegas diarias de grano para los caballos, y raciones de vino para los oficiales y los enfermos.

Pero, con independencia de esta contribución llamémosla ordinaria, la realidad que reflejan los documentos es muy distinta, y hay quien calcula en medio millón de reales el importe del vino «arrebatado por Álvarez con recibos o sin ellos. [El gobernador] hace abrir las bodegas por la tropa, y sin tasa, medida, ni alguna formalidad, después de beber los soldados a su discreción, arrastran al castillo barricas sin número». Y de esta forma, las bodegas de los vecinos «fueron despojadas enteramente de las cubas de vino que tenían».

Muchos otros datos aporta de lo que hubieron de pasar los sufridos vecinos, porque «Álvarez se valía de cualquier estratagema para sacar lo que le apetecía, lo mismo se trataba de los habitantes del pueblo y de las aldeas, que de los barcos que arribaban al puerto de la Villa». En su descargo, Punzano reconoce las dificultades de abastecimiento con que se encontraba el oficial, toda vez que los pedidos de víveres, ropa y equipamiento que hacía al comandante en jefe del regimiento no le llegaban; pero el hecho es que la villa sufría las consecuencias.

### *Consecuencias económicas de la guerra.*

A falta de una intendencia adecuada en los ejércitos españoles y de una red de depósitos que la Regencia nunca pudo llevar a efecto, así como de las mismas carencias por lo que se refiere a los franceses, hubieron de ser los ayuntamientos y los campesinos los que hicieron frente con su peculio, sus productos agrícolas y ganaderos, y con bienes comunales y de propios, a la mayor parte de las perentorias necesidades de aquéllos.

Unas veces los suministros de los pueblos y de particulares fueron cargados por unos y otros al pago de las correspondientes contribuciones, aunque por lo que se refiere al bando patriota, un decreto de las Cortes de 30 de agosto de 1813, a la vista de las perentorias necesidades, derogó el de 3 de febrero de 1811 que permitía tales compensaciones sobre la tercera parte de las contribuciones ordinarias y la mitad de las extraordinarias; compensaciones que, en realidad, durante la mayor parte de ese tiempo sólo fueron aplicadas en el área gaditana. Otras veces los suministros fueron retirados por las tropas españolas o extranjeras contra la entrega de los oportunos recibos. Y otras muchas fueron simplemente objeto de exacciones, pillajes y saqueos.

Será prácticamente imposible cuantificar y valorar la diferencia entre las contribuciones a las que en todo caso hubieran debido hacer frente en circunstancias normales, y lo que realmente se vieron obligados a aportar durante la guerra. A pesar de las liquidaciones que a lo largo de ésta llevó a cabo la Junta de Crédito Público, de los pagos que en ocasiones efectuaron los ejércitos, en especial el inglés, a través de su tesorería, y de los que excepcionalmente realizó alguna guerrilla, la diferencia entre una y otra partida parece ser, no obstante, abismal. Las contribuciones ordinarias y extraordinarias, la disparidad entre las valoraciones de precios, frecuentemente forzadas, respecto a los reales del mercado, la desaparición de recibos, la falta de las debidas formalidades en muchos otros, y el sinnúmero de ocasiones en que no hubo forma de poder justificar documentalmente la exacción, hacen buena la estimación del profesor Fontana de que fueron los campesinos, particulares y las corporaciones locales quienes sostuvieron más de la mitad de los gastos de la guerra.

Un decreto de las Cortes de 15 de agosto de 1813, que aprobaba el Reglamento para la liquidación de la deuda nacional, reconocía como deuda del Estado los suministros, préstamos y anticipos que hubiesen hecho los ayuntamientos y los particulares. Otro de 13 de septiembre siguiente sobre clasificación y pago de dicha deuda incluía en la misma los «préstamos, anticipaciones y suministros hechos en víveres, dinero y otros efectos por los pueblos, cuerpos y particulares» desde el 18 de marzo de 1808, así como las obligaciones y deudas contraídas por los generales e intendentes para atender a las necesidades de los ejércitos; deuda sin interés que se iría amortizando con lo que cada año resultare sobrante de la Junta General de Crédito Público. ¡Largo me lo fiáis...!, pensarían los acreedores.

Terminada la guerra se dio un plazo de dos meses para que los pueblos liquidaran sus descubiertos por contribuciones, a fin de determinar los suministros que pudieran serles admitidos a cuenta de las mismas. En todo caso, una circular de Hacienda de 29 de octubre de 1814 ya significaba que el reintegro de toda deuda reconocida —en cualquier caso, sólo las correspondientes a suministros hechos «a las tropas e individuos de los ejércitos de España»— se abonaría «con proporción a las urgencias del Estado y a la calidad del crédito». Una real instrucción de 27 de diciembre aclaraba que también se admitiría la documentación de los suministros hechos a las tropas inglesas y portuguesas, y a las francesas hasta el 1 de mayo de 1808. Otra real orden de la Secretaría de Hacienda comunicada a los pueblos en enero de 1815 daba un nuevo plazo de un mes, a partir de la publicación de la misma en el pueblo respectivo, para la presentación de varias relaciones sobre distintos extremos de los suministros efectuados, a fin de que «pueda

averiguarse el verdadero estado de esta deuda del Erario». La precisión de los datos a incluir en las listas, correcta desde el punto de vista de una cuenta y razón en circunstancias normales, hacía inviable el cumplimiento de la orden para las que se habían sufrido durante los años anteriores.

Las protestas de los ayuntamientos dieron lugar a que por un escrito del secretario de Hacienda de 18 de abril de 1815 se ampliara el plazo de presentación de documentos hasta fin de mayo. En 1816 se seguía ampliando el plazo para la presentación de recibos, y en 1817 las cuentas continuaban sin liquidarse, y sin aceptarse por muchas corporaciones locales la propuesta emanada de la Secretaría de Hacienda de cortar el nudo gordiano renunciando al cargo de las contribuciones y a la data por los suministros. Por parte de la Secretaría de nuevo se daba otro mes de plazo para que manifestaran su aceptación a la renuncia de liquidación. En 1818 seguía sin hacerse una liquidación de estas cuentas, y una circular de 15 de octubre de la Intendencia de Andalucía reconocía «el entorpecimiento que sufre en sus operaciones la Comisión de liquidación de este Ejército por la falta de noticias que debe reunir para proceder con el acierto que conviene al examen y comprobación de los suministros de la pasada guerra». Se daban nuevos plazos para la presentación de recibos —algo ya ilusorio dados los cuatro años transcurridos desde el fin de la guerra— y se seguía presionando para que se admitiera un borrón y cuenta nueva, apremiando al mismo tiempo a los pueblos para que abonasen las contribuciones de los años de la guerra y siguientes. Al final se consiguió lo que se pretendía: dejar de compensar a particulares y ayuntamientos por los suministros y despojos sufridos durante la contienda.

Joseph Fontana, que trató de seguir el rastro del pago de estos suministros a través de la evolución de la deuda pública, llegó a la conclusión de que de los 13.120,5 millones de rs. en que estaba ésta evaluada en 1820, en 1834 sólo existía una deuda reconocida de 4.750 millones.

«¡Resultado maravilloso y estupefaciente! ¿Qué inmensa habilidad de hacendista se habrá requerido para, destinando a la amortización y pago de intereses de la deuda interior 100 millones, conseguir que se esfumen y desaparezcan nada menos que ocho mil y pico de millones de deudas? [...] ¿Qué ha sucedido entonces? Sencillamente, que la inmensa masa de atrasos se ha esfumado por arte de birlibirloque, que no por obra de amortización. [...] La masa de suministros de la guerra de la Independencia, todo ha desaparecido con el corte de cuentas de 1828. [...] Un enorme fraude, una gigantesca expoliación»<sup>83</sup>.

---

<sup>83</sup> FONTANA LÁZARO, Joseph: *Hacienda y Estado en la crisis final del Antiguo Régimen español: 1823-1833*. Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1973, pp. 203 y 226-228.

Y si esto ocurrió con lo que afectaba a los ejércitos aliados, es fácil imaginarse lo que pasó con las deudas del ejército francés. Es cierto que se circuló una Instrucción de S.M. de 20 de enero de 1816 para gobierno de los que se consideraran acreedores del gobierno de Francia en virtud del Tratado de Basilea. Manifestaba basarse en el artículo adicional 1º del Tratado firmado en París el 20 de julio de 1814, en virtud del cual, y a la vista de su artículo 17, el gobierno francés se obligaba a liquidar y pagar las sumas que resultase quedar debiendo como consecuencia de contratos y suministros. Esta obligación a favor de las ciudades, villas, pueblos y particulares abarcaba los que se hubiesen efectuado en y para los almacenes en general, para el abasto de las villas y plazas, o para los ejércitos franceses, destacamentos de tropas, hospitales militares, etc.

Para formalizar las reclamaciones, deberían éstas justificarse con recibos que hubieran sido debidamente formalizados por comisarios, interventores, etc. En el momento de la extracción, el valor o precio de las entregas sería el que figurase en el recibo o, en su defecto, por el que tuviesen los mercados contiguos. Las reclamaciones deberían realizarse en el término de un año a contar desde la fecha del canje de ratificaciones del tratado, pasada la cual no se reconocería ningún derecho, reclamación o petición. La dificultad para hacer viable todo esto ya debió hacerse patente a los negociadores, quienes, reconociendo que «en la práctica se podía todo ello prestar a muchas dudas», preveían el nombramiento de comisarios jueces que se pronunciarían definitivamente sobre lo que les elevasen los comisarios liquidadores.

Al final todo quedó en buenas intenciones, y los acuerdos «perdieron prácticamente su escasa virtualidad». A pesar de su heroica lucha contra Napoleón, España iba a quedar totalmente aislada en el terreno internacional.

«El tema de los suministros pesó duramente sobre los pueblos, que apenas recuperaron algo de lo que tuvieron que entregar a ejércitos regulares y partidas, porque ni se lo devolvió el estado, ni les fueron admitidos los recibos para el pago de las contribuciones más que en muy pequeña proporción. Sin contar con los muchos casos en que ni siquiera había recibo que presentar. [...] Desviar la atención del tema de suministros y exacciones, de los abusos a que estuvieron sometidos, implica arrebatarles un mérito que les corresponde legítimamente»<sup>84</sup>.

Ante tal situación fueron constantes durante los primeros años del gobierno de Fernando VII las súplicas de pueblos deshechos pidiendo un alivio

---

<sup>84</sup> FONTANA, Josep y GARRABOU, Ramón: *Guerra y Hacienda. La Hacienda del gobierno central en los años de la Guerra de la Independencia*. Alicante, Instituto Gil-Albert, 1986, pp. 99 y 103.

en sus contribuciones. Los seis de guerra habían arruinado completamente el país tanto por las depredaciones como por las destrucciones.

A pesar de la casi total ausencia de datos estadísticos ya denunciada por Gonzalo Anes, hay que estar de acuerdo con Vicens Vives cuando dice que, a consecuencia de la guerra, «la agricultura perdió el ímpetu que la había distinguido en las últimas fases del siglo XVIII y decayó de manera brutal. Se registraron hambres generales. Ello coincidió con el hundimiento de precios. Fue un desastre literal del que no se recuperó hasta mucho más tarde»<sup>85</sup>. Decayeron los productos de exportación –olivo, vid, frutos–, la agricultura se encontró en estado de penuria, las vides catalanas tardaron en levantar cabeza, y muchas de las de Andalucía pasaron a ser mero recuerdo<sup>86</sup>.

En cuanto a la ganadería, ya Martín de Garay había advertido en 1809 que a consecuencia de la entrada de los franceses «se había disminuido y disminuye diariamente la cabaña trashumante». Desde luego, la pérdida de la cabaña lanar fue brutal, y tal vez quedó reducida a la mitad. Algo parejo ocurrió con la ganadería vacuna, también muy castigada. Pero fue el sector equino y el ganado mular el que sufrió de manera muy singular las requisas de los ejércitos en lucha, y el que más tardó en reponerse. En resumen, «el sector agropecuario quedó, en conjunto, sumido en un estado letárgico, ya que no exactamente catastrófico»<sup>87</sup>.

Sobre la desamortización civil ya se ha dicho algo al hacer alusión a los estudios territoriales y locales. Aún está por ver lo que supuso la enajenación por los ayuntamientos de bienes comunes y de propios para hacer frente a las contribuciones y otras necesidades. Con el producto de la mayor parte de esas enajenaciones se enriquecieron las burguesías locales con medios económicos para su adquisición. «Quienes no tuvieron acceso a los bienes del municipio, que serían sin duda los más pobres, perdieron unos aprovechamientos comunales a partir de la venta, y sufrieron escasez de pastos, madera, abonos y tierras que cultivar»<sup>88</sup>.

También se enriquecieron muchos con la compra a bajos precios de los vales y recibos dados por los ingleses y otros ejércitos, así como con las contratas de suministros. En Navarra –afirma Josefa de la Torre– «los franceses recibían unos suministros a un precio inferior al de mercado, y los asentistas [...] obtenían pingües beneficios especulando con el escaso producto de

<sup>85</sup> VICENS VIVES, J.: *Historia Económica de España*. Barcelona. Ed. Vicens Vives, 1985, p. 554.

<sup>86</sup> COMELLAS GARCÍA-LLERA, José Luis: «La crisis económica», en *Historia General de España y América*. Madrid, Rialp, 1981, t. XII, p. 98.

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>88</sup> SÁNCHEZ SALAZAR, Felipa: «Incidencia de la ocupación francesa en el medio rural: ventas de bienes de propios y comunales. Una aproximación al estado de la cuestión», en *Agricultura y Sociedad*, núm. 55 (1990), p. 160.



las cosechas»<sup>89</sup>. Algunos de estos compradores, comerciantes y labradores ricos de Sevilla poseedores de ese papel, se dirigieron al Congreso el 5 de mayo de 1821 para que se les permitiese atender con él el pago de las contribuciones y la compra de Bienes Nacionales, presentándose a las subastas y al remate de fincas. Pero ésta es ya otra cuestión.

---

<sup>89</sup> TORRE, Josefa de la: *O.c.*, p. 49.

COLOQUIO celebrado el día 20 de octubre de 2008  
en el Salón de Actos del IHCM con el  
Ilustrísimo Coronel Don Juan José SAÑUDO BAYÓN<sup>1</sup>

*Se transcribe a continuación el mencionado coloquio, manteniendo casi literalmente las respuestas del coronel Sañudo, omitiendo sólo alguna reiteración que dificultaba la lectura. Las preguntas se han simplificado procurando siempre –confiamos en haberlo conseguido–, no perder información así como aumentar la concisión y claridad de las mismas.*

**MODERADOR:** *En primer lugar, mi coronel, muchas gracias en nombre de los asistentes y de esta casa por haber aceptado colaborar, como siempre, en las actividades del Instituto. En él hemos creído que un coloquio abierto resultaría el formato más interesante para aprovechar tus amplísimos conocimientos. El salón a rebosar nos indica lo acertado de la fórmula.*

*Ahora, y sin más preámbulos, pues creo innecesario presentarte ante este auditorio, te cedo la palabra reiterando nuestro agradecimiento por tu disposición.*

**Coronel SAÑUDO:** Ante todo, muchas gracias por su asistencia. Un coloquio solitario sería francamente aburrido. Yo tampoco voy a hacer presentaciones; huelgan como nos ha señalado el moderador. Hemos venido a charlar sobre la Guerra de la Independencia pero esto no excluye sus antecedentes y consecuencias. Por mi parte sólo dos ruegos: evitemos la historia ficción y los futuribles y centrémonos en los hechos y en su interpretación; el segundo es una aclaración. A mi juicio no existen nunca las preguntas inadecuadas. Nada más que añadir. Me pongo a su disposición y comenzamos cuando ustedes quieran.

---

<sup>1</sup> Coronel de Infantería ®

\* \* \* \* \*

***Pregunta del Tte.Gral. QUESADA:** Mi coronel. Una pregunta muy amplia, quizás demasiado. Me gustaría conocer tu opinión sobre la singularidad para ingleses y franceses de esta guerra. ¿Cuál fue su actuación tanto militar, como táctica y estratégica? ¿Cuál fue su relación con la población española? En general aprecio que la visión de su historiografía no suele coincidir con la nuestra.*

***Respuesta del coronel SAÑUDO:** Al revés gracias por la pregunta mi General, veo que la primera ya vienen tirando con bala, además de calibre grueso. He deducido cinco preguntas. Voy a intentar concretarlo de la manera más escueta posible, pido disculpas porque si no, sólo con esta pregunta, tendríamos varios días. En primer lugar quisiera hacer un recorrido muy rápido sobre la actuación británica para tener una visión de conjunto. La frase afortunada y desde luego no mía es: «que el cañón de Bailén resonó en toda Europa». Y eso es lo que cambia totalmente la dirección de la actuación Británica. O sea el ejército que vino a ayudarnos a España estaba preparado para ir a combatirnos en América. Es ese hecho, la victoria de Bailén, el que atrae a los británicos a España. Un hecho fortuito, un hecho de armas, un hecho, que no quiero pasar sin decir, en el que le hacemos a los franceses, los imperiales, en el que le hacemos más bajas de las que nunca les hará Wellington en ninguna batalla, vaya esto por delante.*

Por supuesto la actuación británica es muy variopinta a lo largo de la guerra, pero tienen un denominador muy común, nunca emplean la fuerza que podrían haber empleado, ni mucho menos. Emplean una fuerza menor, las cifras que daba Charles Esdaile (historiador inglés) en sus últimos escritos, arrojaban nada menos que un total de setecientos y pico mil combatientes británicos posibles. Contando la marina, y demás etcéteras. Sin embargo, en España no van a pasar de cuarenta y pocos mil, contando a los portugueses que vienen siendo la mitad. Es decir, lo que van a emplear siempre en España es un ejército expedicionario menor.

Durante los tres primeros años de los seis que dura la guerra, toda la actuación británica militar en España se va a resumir a tres hechos. El primero acaba con la retirada unilateral del general Moore que, sin haber combatido, toma la carretera de la Coruña y nos deja plantados ante los franceses. Al general Marqués de la Romana le cuesta la única división operativa en Mansilla de las Mulas, porque no le dicen ni adiós, simplemente se marchan y, a continuación de eso, embottellan la carretera y el ejército de La Romana ya destrozado les sirve de involuntaria retaguardia. Perdemos cerca de dos mil hombres en Turienzo

de los Caballeros y casi otros dos mil en Foncebadón hasta que conseguimos quitarnos de en medio y son ellos los que empiezan a recibir palos.

Primera actuación. Espantada, para mi no hay otra palabra

Segunda actuación, la de Wellington, en la campaña del valle del Tajo, en primavera verano de 1809. Naturalmente la historiografía británica cuenta otra cosa, para mi no es más que una diversión estratégica en favor de la actuación de Austria; cuando Austria también movida por el cañón de Bailén pide colaboración británica en la campaña, que terminará en Wagram, Gran Bretaña contesta de una forma bastante evasiva, tiene que participar y participa y lo hace mediante tres diversiones estratégicas. A cualquier militar le suena perfectamente aquello de distribuciones de los medios y misiones, y la distribución de los medios indica claramente cual es la intencionalidad del mando; a si que voy a ello. Emplearán cuarenta mil hombres en el desembarco de «Walcheren» en las bocas del Escalda para tomar una fortaleza que había allí, en las costas de Holanda digamos.

Emplearán veinte mil hombres del general Wellesley, duque de Wellington, por esta campaña, la de Talavera, y emplearán diez mil hombres con el General Stuar frente a Nápoles, desembarcando en la «isla de Isquia» y algún otro pequeño islote. Cuarenta, veinte, diez mil, eso ya indica la importancia que le dan a cada una de las diversiones estratégicas.

Además se da la dramática circunstancia de que, en plena ofensiva sobre Madrid, Napoleón ya ha tomado Viena y ya se va a firmar el «armisticio de Znaim». Obviamente nunca tenemos acceso a la correspondencia secreta ni clasificada, pero sí sabemos la frecuencia de fragatas con el correo, de Portsmouth a Lisboa sabemos en que fechas le va llegando ese correo a Wellesley y la coincidencia es evidente.

En plena campaña el señor Wellesley empieza a decir, «los españoles no me dan comida, no me dan carros, yo me tengo que marchar de aquí, etc. etc. etc.». Por que claro, se ha acabado la resistencia de Austria, se ha acabado la necesidad de la diversión estratégica. A pesar de eso y obligado por las circunstancias –no voy a entrar además en detalles porque sería muy largo–, se libra la batalla de Talavera, pero al terminar la batalla de Talavera y abandonarnos –tenemos ya el segundo abandono británico, esta vez en 1809– y, al marcharse a Portugal, tardarán dos años los británicos en volver a combatir en España. No es ninguna broma.

Y la tercera es la batalla de Chiclana, que es un calco de las dos anteriores. El general Graham combate en la batalla de Chiclana, lo hace muy

bien, hay que decir que siempre el ejército británico es posiblemente el ejército más eficaz a pesar de su pequeño número. Combate muy bien pero ese mismo día, esa misma tarde, abandona, se vuelve a Cádiz, vuelve a dejar al ejército del Tte.Gral. Lapeña simplemente empantanado.

Es decir, durante los tres primeros años de guerra hay tres espantadas británicas. Debo añadir, sin embargo, que el apoyo económico, el apoyo de armamento, el apoyo naval, nos permite muchas operaciones anfibas (una de ellas es la de Chiclana. ¡casi nada!), un involucramiento de un ejército combinado para llevar a cabo un ataque de revés contra las fuerzas de ellos, o sea de las operaciones militares más complicadas que se pueden llevar a cabo.

¿Qué ocurre a partir de esos tres primeros años? Naturalmente el ejército Imperial ya no es el que era, tiene su desgaste. En la campaña de 1810-1811, lo que hace Wellington es simplemente cuando le ataca Massena, con la mayor ofensiva británica en España, es alentar a la resistencia de Ciudad Rodrigo por Pérez de Herrasti. Que sí, «resistir, que yo voy a acudir en vuestro apoyo etc. etc.», sencillamente no acude. Al mismo tiempo, está simultáneamente ordenando a la flota del transporte en Lisboa que empiecen a embarcar por que se van; le salva el colapso logístico de Massena. Sin combatir Massena se tiene que retirar.

Ya en 1812 tenemos la célebre batalla de Arapiles, pero que es una batalla que la está combatiendo en retirada, o sea, en realidad libra la batalla cuando ya se estaba retirando hacia Ciudad Rodrigo, y si la gana es por un clarísimo error de Marmont, que tampoco voy a relatar porque esto va a ser larguísimo. Pero a raíz de ganar la batalla de los Arapiles, Wellington lo que hace es divertir su esfuerzo, avanza simultáneamente sobre Madrid y sobre Burgos, con lo cual consigue ser débil en las dos posiciones. En cuanto Soult se le viene encima desde el sur con todo el ejército del MIDI, no puede hacer más que una cosa, abandonar Burgos, abandonar Madrid y refugiarse en Ciudad Rodrigo; o sea, la campaña de 1812 termina exactamente igual que empezó, sin una ganancia en nada.

Claro, a partir de ahí ya cambia la película, la campaña de 1813 que es la única campaña verdaderamente ofensiva del ejército anglo-portugués-español, terminará con la batalla de Vitoria, se produce porque ya ha tenido lugar el desastre de Napoleón en Rusia. Napoleón ha perdido cerca de seiscientos mil hombres en la estepa rusa y eso ya es irre recuperable. Aun así, habiendo ganado la Batalla de Vitoria, Wellington lo que hace es acogerse a la línea defensiva de los Pirineos, no quiere penetrar en Francia, porque ya los aliados ruso-prusianos han firmado un armisticio con Napoleón.

Resumiendo porque ya he hablado demasiado para una pregunta. Su ayuda fue imprescindible sin ningún género de dudas, si hubiera que decir una palabra esta es «imprescindible», decisiva no, si no hubiera habido el desastre en Rusia y la participación de Austria-Prusia sería imposible haber derrotado a Napoleón, nos supera en diez a uno en número y, en calidad, con mucha más diferencia todavía.

Pero sí podemos decir que, desde luego en modo alguno, llevaron a cabo una guerra total, fue una guerra especulativa. Hablamos muy poco del tratado hispano-británico, pero existen varios ejemplares de él en el Archivo Histórico Nacional, se compone de dos párrafos: en el primer párrafo dice «Gran Bretaña para acudir en socorro de España hará suya la causa y hará cuanto esté en su mano por ayudar a España». El segundo párrafo que es el importante, dice que la cuantía y forma de la ayuda británica «se llevará a cabo mediante un tratado posterior que la concretará». Naturalmente ese tratado posterior no se llevó a cabo nunca, por tanto tampoco podemos decir que Gran Bretaña haya incumplido ningún tratado ni ninguna palabra. Simplemente no se concretó y durante seis años realizó la guerra que le convenía; la guerra especulativa y, sobre todo, volcó su esfuerzo en la flota y en la defensa de su territorio, no debemos extrañarnos por ello.

La ayuda económica es importantísima, nadie que yo sepa ha sido capaz de concretar exactamente cuanto fue aquello, pero por ejemplo, en vestuario sólo de un acuerdo nos fabricó cien mil uniformes. ¡Que ya son uniformes!

El contacto con la población se puede decir que fue casi inexistente, seguramente hay una dificultad idiomática importante; ellos tienen complejo de «herejes,» quiere decir que ellos creen que los españoles les ven como herejes, bueno de hecho hay muchos cementerios de ingleses por toda España, porque no los dejábamos enterrar en sagrado, hay que reconocer que alguna razón tenían. Luego era una parte de la población muy iletrada la que componen los ejércitos británicos «los rascals», o sea, los bribones, los borrachines, etc. etc. y no eran gente muy dada a las relaciones sociales. Los británicos nos veían siempre como una clase inferior, muy orgullosos pero muy inferiores en todo, por tanto se puede decir que la relación con la población civil fue mínima. Claro, fue más íntima en los lugares donde pudieron llevar a cabo los saqueos en las ciudades, como en Ciudad Rodrigo, Badajoz, San Sebastián. El que tenga curiosidad yo le recomiendo la lectura de Arteche, las actas levantadas por el Ayuntamiento de San Sebastián, no hay escenas más horripilantes de las que en ellas se describen y que yo no voy a relatar aquí ahora porque son hasta de pésimo gusto. Pero en las actas

levantadas por el Ayuntamiento, no puede haber un peor comportamiento, fueron mucho peores los saqueos de los británicos que los de los franceses, sin ninguna duda.

Y por último terminar con la historiografía británica, ahí es donde ellos nos han ganado la guerra. Ahí nos han ganado por goleada, la historiografía británica, apoyada naturalmente por el insaciable deseo de los británicos de tener libros sobre la «Penínsular Wars», es más o menos su cantar del Mío Cid. Yo se lo decía a Esdaile; «¿pero otro libro?», «¡sí, sí, todo lo que escribimos, todo se vende!», «pues igual que aquí, claro, igual». Cualquier libro que hable sobre la «Penínsular Wars» tiene garantizada su venta en Gran Bretaña, yo no sé cuantos libros tengo en casa británicos, es que no se cansan de producir y producir libros, se supone que es el pueblo más militarista de Europa.

Y yo francamente tengo que declarar mi asombro por la tolerancia del moderador, que todavía no me ha cortado.

\* \* \* \* \*

***Pregunta:** Mi coronel, yo he leído poco sobre la Guerra de la Independencia y querría saber si existió una dirección estratégica de las operaciones y cómo se realizaba. Había la Junta, había dos gobiernos, una estructura y luego, pues algún ejemplo. Wellington, su estado mayor, si lo tenía poco o mucho, había oficiales de enlace dirigidos políticamente por la junta o las guerrillas actuaban en coordinación con Wellington. Cada uno actuaba como sea o si coincidían, iban al mismo sitio.*

***Respuesta del coronel SAÑUDO:** Tan solo hablar de la dirección estratégica –el Tte. Gral. Cassinello nos dará una conferencia sobre ello–, sólo eso, nos llenaría varias conferencias, así que intentaré ser lo mas escueto posible. Usted me dice después si es suficiente. En aquella guerra y en todas las guerras, la dirección de la guerra no es un asunto militar, es un asunto gubernamental; o sea, quienes dirigen las guerras son los gobiernos no son los militares. Podrán tener todo el asesoramiento que ellos quieran tener, no tienen nada más que preguntar a los militares, pero la última palabra de la dirección es gubernamental. Concretamente en el caso de España y pasada la primera etapa de juntas locales, cuando se forma la Junta Central –y además este es uno de los puntos que más despista a los historiadores y a mi también en un principio, aunque a base de años ya no–, que está compuesta por un presidente, que es una mera figura decorativa, que si Florida Blanca, que si el «obispo de la odisea». La verdadera persona de importancia es el secretario de la Junta, Martín de Garay, después el ministro de Hacienda,*

Francisco de Saavedra y por último Cornel, que es el ministro del Ejército. Este triunvirato es el que tiene –por decirlo así– el poder en el seno de la Junta Central. Si bien, crean una comisión que se llama la comisión militar, y ahí es donde surge el desenfoque más normal en los historiadores, que es creer que la comisión militar se encargaba de la dirección guerra, y nada más lejos de la realidad.

Pude encontrar y ahí esta –en el Archivo Histórico Nacional, creo que es en la colección estado, debe ser el legajo 28 ó 30–, el *Reglamento de Régimen Interno de la Junta Central*, con lo cual la cosa esta clarísima. La comisión militar se encarga de funciones meramente logísticas, de la fabricación del armamento, de la obtención de caballos, de nombramientos militares, de la enseñanza militar... todo cosas de esta índole,

Y entonces, ¿quién dirige las operaciones? Pues las dirige una comisión que llaman Comisión Ejecutiva –compuesta por los tres que acabo de mencionar–, y además dos representantes de cada uno de los ministerios (de acuerdo que no hay nada más que cuatro ministerios en aquella época) que los cambian por sorteo, no explican sí con bolas calientes, frías... dicen simplemente, por sorteo cada dos o tres meses. Con lo cual podemos decir que en la práctica, son estos tres personajes los que componen la Comisión Ejecutiva que se crea a pretexto de hallarse próxima a los ejércitos en operaciones, pero que en realidad nunca se separó, como es lógico, del seno de la Junta.

Por lo tanto toda la planificación, si es que existió tal planificación, todas las órdenes ejecutivas, parten de este triunvirato. Sólo así se pueden explicar maniobras militares, como por ejemplo la que se llevó a cabo después de la victoria de Bailén, enlazando el ejército de la izquierda en Vascongadas, con el de Extremadura en Burgos, con el de Castilla en Logroño, con el de Castaños a continuación... Sí, esto es absurdo, completamente absurdo, es donde se frustra el mayor esfuerzo militar español de toda la guerra. Sólo así se pueden explicar las continuas destituciones de generales al mando, simplemente porque dicen «esto no puede ser, no se puede hacer etc. etc.» Sólo así se puede justificar que a Castaños le sometían dos veces a consejo de guerra, al General Gallut, en el ejército de Extremadura, lo sustituyan dos veces, sólo así que al general Gregorio de la Cuesta lo sometían a consejo de guerra –y al teniente general Eguía–, así como que a Ballesteros lo manden al Hacho en Ceuta. Yo creo que no quedó casi ninguno que no fuera penalizado por la Junta Central, por su comisión ejecutiva. Esto es hasta mil ochocientos diez con la invasión de Andalucía. Invadida Andalucía y totalmente desprestigiada ya la Junta Central, es el mismo Francisco de Saavedra el que



la dinamita desde el interior y forma la Regencia de la que él forma parte, y sigue dirigiendo la guerra, con lo cuál no quiere decir que fuera tonto. Era un hombre muy inteligente, si bien tenía una visión absolutamente economicista de todo, ahí es donde la cuestión se complica más, no voy a remon-tarme a la dirección de la guerra que hizo él con Gálvez en la expedición de América, nos íbamos a perder demasiado lejos.

La otra parte de la pregunta se refería a Wellington y su estado mayor, esta es mucho más fácil de contestar. Wellington odiaba al estado mayor, no quería tener estado mayor, Wellington se manejaba con un grupito muy pequeño de personas de su confianza porque yo creo que apenas se fiaba de dos o tres, por lo tanto es muy fácil hablar del estado mayor de Wellington. Es más, se ve clarísimamente que él no quiere nunca dividir su ejército, no quiere cuerpos de ejército, no quiere más que divisiones; el mandar directamente sus divisiones. Esto, desde el punto de vista militar se entiende muy bien, con lo cual lo quiere tener todo en su mano personal. Absolutamente personal.

Sus relaciones con la Junta fueron fatales. También aquí había que incidir sobre la primera parte de la pregunta, a su vez la Junta y la Regencia nunca quisieron y nunca nombraron a un general español al frente del ejército español; lo mismo que en la guerra de sucesión se nombra a Berwick y que en la guerra de la independencia se nombre a Wellesley. También en una fecha tardía, septiembre del 12 hasta el verano del 13, Wellington ya había dimitido tres veces porque la Junta le removía los mandos del ejército sin contar con él. De hecho, en la última bronca con la Junta, el ministro de defensa salió rebotado de virrey a Méjico donde éste consiguió que perdiéramos Méjico.

La última parte de la pregunta era la relación con las guerrillas.

Tuvimos un coloquio aquí hará un par de años sobre las guerrillas, yo me acojo siempre al Diccionario de la Real Academia, que sabe más de las palabras que yo, y una de las cosas que define es que; una guerrilla, aparte de ser una cosa pequeñita, tiene muy poca o ninguna relación con un ejército regular, si lo tienen, ya empiezan a dejar de ser una guerrilla, si la mandan oficiales, le suministran munición, le dan directivas operativas..., eso ya no es una guerrilla, eso era una unidad que opera en la retaguardia enemiga etc, etc. Por lo tanto, se puede decir que la relación de Wellington con la guerrilla, si le damos este nombre o definición, fue nula. Otra cosa es que queramos llamarle guerrilla a Longa, con la División de Iberia, o al Empecinado con doce mil hombres, etc, etc, Eso, para mi por lo menos, no

es una guerrilla, eso son unidades que han tenido su origen en una guerrilla, pero que han alcanzado unos niveles que en modo alguno se le puede llamar guerrillas. Insisto, esas teóricas guerrillas están mejor uniformadas que el ejército regular, están mejor pagadas que el ejército regular, tienen sus banderas, sus estandartes, sus capitanes, tenientes, etc.

Pero resulta mucho más romántico llamarle guerrilla. ¿No sé si he contestado a su pregunta o quiere alguna aclaración más sobre ella?

\* \* \* \* \*

**Pregunta:** *Mi coronel primero agradecerte públicamente toda la «lata» que te he dado para aprender a usar tu base de datos y la paciencia que has tenido conmigo.*

*La pregunta mía, vuelve a la primera pregunta del general Quesada.*

*Moore sale de Suecia para Londres y va a Lisboa como segundo de Wellington siendo más moderno que él y se aviene a ser su segundo pero, ¿por qué de repente desaparece Wellington de la escena?*

*Segunda cosa. En Inglaterra, parece ser que sentó como un tiro que la flota inglesa se aviniese por el Tratado de Cintra a embarcar al ejército francés y llevárselo a Francia. ¿Esto, tuvo una repercusión en los famosos prisioneros de Bailén?*

*Y quería una última aclaración, el número de familias de soldados ingleses que acompañaban a las tropas. ¿Era una cosa normal en el contexto de la época o es que todos los ejércitos hacían los mismo? Hablo de las escenas terribles de los niños muriéndose en Astorga y todo esto.*

**Respuesta del coronel SAÑUDO:** Intentaré contestar a las tres cosas, pues son tres.

Yo decía hace un rato que no podemos nunca perder de vista que quienes están dirigiendo la guerra son los gobiernos, por lo tanto, intentar enjuiciar lo que está haciendo un general en jefe de una fuerza expedicionaria... No podemos nunca perder de vista que está siendo tele-dirigido por su gobierno, Moore efectivamente ha sido remitido con sus diez mil hombres a Suecia, en barco claro. Para... puntos suspensivos, porque nadie ha concretado para qué iba allí, con la Paz de Tilsit que nos decía hace un momento el coronel Andújar que es la que efectivamente decide todo este asunto. Napoleón y Alejandro, o sea el Imperio francés y el Imperio ruso, habían llegado a un

acuerdo que en muy pocas palabras se puede decir; «el Oriente de Europa es para Rusia y el Occidente para Napoleón». Pero hay unas cláusulas secretas en ese tratado, como pasa siempre los tratados, tienen cláusulas secretas. Hay una cosa como el que dice «en el telediario» y luego por debajo están las otras cuestiones; una de las cláusulas secretas era que Francia iba a colaborar con Alejandro en conquistar Suecia. Bueno, como suele pasar con casi todos los tratados también se escriben para ser incumplidos. Así como efectivamente Alejandro ataca la parte sur báltica del Imperio Sueco, Finlandia y tal y cuál, sin embargo, lo que hace Napoleón es dar una «larga cambiada», ahí es donde aparece nuestra División del Norte, con La Romana. Precisamente en el teórico «ataque a Stralsund» es donde «se llenan de gloria»; la verdad es que no hay más que un pequeño tiroteo por la tarde y se acabó, pero el que lleva la parte representativa del Imperio francés, que es el mariscal Bernardotte, enseguida empieza a decir que «el deshielo ha sido muy temprano y que en casi todos los estrechos del Sund ya está la armada británica.. y como ellos no tienen flota, no van a poder pasar». Esto lo aprovecha la División del Norte para pasar a «Lange land», montarse en barcos británicos y retornar a España, pero en fin a los que nos importa. Relativo a la pregunta, Moore que llega allí con sus diez mil hombres, sabemos que el rey de Suecia intenta desesperadamente que echen el pie a tierra y que combatan, no lo consigue, y naturalmente se queja al gobierno británico de que este hombre es un cobarde, de que este hombre no ha combatido, etc, etc. Pues el gobierno británico no le destituye de nada, ni le sanciona con nada, luego entonces debemos entender que está haciendo y cumpliendo lo que le ha mandado el gobierno británico, que es alentar al rey de Suecia que combata, pero ellos más bien que no. O sea que lo ha hecho tan bien que le siguen dando mando en España.

Con respeto a lo de la conferencia de Moore. Bueno, Wellington, hay que tener en cuenta que aunque sea el tercero en el mando –la primera campaña en Portugal el primero es Paul, gobernador de Gibraltar–, pero sin embargo es uno de los firmantes del Convenio de Cintra y, como tal, y a pesar de pertenecer a tan potente familia como los Wellesley Tory en el poder en Gran Bretaña y tal, pues de momento se ve sometido a una investigación seria militar profunda, que le va a costar el mando a los dos mayores que él, pero él se va a salvar por ser quien es, claro, quien queda. Pues a Moore y a él le dan el mando de la expedición en España, que va a ser lo mismo que en Suecia, pero a pie, rehuir el combate, marchase hacia la Coruña y, si llega a combatir en la Coruña, es por que se equivoca de puerto, así de bestia. Él tenía que ir a Vigo donde le espera la flota de transporte y va a parar a la Coruña porque se han confundido de carretera. A Vigo llega la división ligera de Craufurt,

y embarca sin problemas, pero él, como se ha equivocado, llega con problemas. Llega con Soult pisándole los talones y, si combate, es por una costa que se llama la costa de la muerte, verdad, y claro salir con la flota de Vigo y subir hasta la Coruña se dice fácil, pero como el viento venga del Atlántico tiene su problema. Y la flota llega veinticuatro horas tarde, así que eso es la batalla de la Coruña; Moore, el hombre, ya no sigue marchando porque se queda encerrado –no por otra cosa–, si no le habrían seguido asignando misiones sucesivas que, vuelvo a decir, a qué general en jefe se le ocurre, teniendo el mando de una fuerza expedicionaria, abandonar el teatro de operaciones por su cuenta y riesgo. A ninguno, lógicamente a ninguno. Eso es que tiene una línea de conducta que, claro, como yo decía en la pregunta anterior, es la misma línea de conducta de Wellesley en Talavera y la misma de Graham en Chiclana. Cuando yo publiqué esto mismo que estoy diciendo en «Greenhill books», debo reconocer que lo publicaron, pero bueno, decían que lo sugería de una manera muy siniestra. Pero vamos, los hechos son hechos, en historia no hay vuelta de hoja, ningún general en jefe de teatro de operaciones tiene sus directivas y hacen lo que le están diciendo.

Me decías con los prisioneros de Bailen, pues claro que sí, el embarque sigue el convenio de Cintra del Cuerpo de «ejército de Junot». Tengo que aclarar que por ejemplo los «batallones de Junot» que están defendiendo en Elvas el «fuerte Listese» y que están sitiados por tropas españolas, son los británicos los que en cumplimiento de Cintra obligan a los españoles a liberarlos y con escolta británica llevarles a Lisboa, embarcarles y llevarles a Bayona y desembarcarles para que entren otra vez en España por Irún. Naturalmente esto incide en el tratamiento de los prisioneros de Bailén. Cuando la capitulación, inicialmente los prisioneros se llevan a la zona de Cádiz, pero se les reparte por los pueblos. No se les embarcará ni hay ninguna intención de embarcarlos al gran número de prisioneros de Bailen que debe estar próximo a los dieciocho mil pero que en los pontones no hay más de siete mil, luego ¿dónde están los que faltan?. Sabemos que hay unos tres mil que al no ser franceses se les deja enrolarse en el ejército español en Redin en el segundo de Granada, pero me siguen faltando unos cuantos miles. Son demasiados para que los hayan matado, pero esa es una de las incógnitas que todavía está por resolverse y no será la única.

La última cuestión de las familias, efectivamente, es que era una costumbre «dieciochesca» aunque estamos casi en el siglo XIX, y es que los soldados que están casados y tienen hijos no tienen otra posibilidad económica más que el llevarse la familia a la guerra, así de sencillo. Si se limita, se limita claramente el número, porque todos saben que es una impedimenta pero se sigue tolerando; aunque se limita el número por compañías a un

determinado número de familias. De hecho en «Porbou» no se dice nada hasta el ultimo momento antes de embarcar, quedando muchas familias de soldados en una situación de desamparo

\* \* \* \* \*

***Pregunta Tcol. MANZANO LA HOZ:** Podría hablarnos de los oficiales a lo largo de toda la guerra. Es decir, de dónde proceden para cubrir las bajas, orígenes sociales y como se forman, fundamentalmente me refiero a los empleos inferiores de éstos.*

***Respuesta del coronel SAÑUDO:** Al principio de la guerra hay tres academias una está en Ávila ,otra está en Segovia y otra en un sitio que le llaman la puerta de Ocaña, no se que parte de Ocaña es, pero vamos, así es como se conoce. A lo largo de la guerra renuncio a enunciar cuantas academias hay, por que se van a crear muchísimas por todas partes. El origen del oficial antes de empezar la guerra tenia que ser noble, pero claro, las necesidades de la guerra permitirán su acceso a un considerable número de personas que no poseían tal condición. Hay que tener en cuenta también que las bajas debieron ser muy elevadas entre los oficiales, lo que trajo consigo la necesidad de crearlos rápidamente. En todo el transcurso de la guerra, se nota claramente, que la proporción mandos-tropa del ejército español es la menor de todos los ejércitos, incluso por ejemplo, después de la Batalla de Ocaña tal vez el mayor desastre de nuestros ejércitos, una de las razones fundamentales que alega Erizaga es casi textualmente, en que seis oficiales no puede controlar los mil seiscientos hombres del batallón. Esto es una de las causas fundamentales que alega Erizaga señalando que tanto en el ejército francés como en el ejército británico la proporción es mucho mas elevada no solo de oficiales, sino también de jefes. Esto lleva a la necesidad de creación de academias de oficiales un poco casi por todas partes, y esta claro también que hay una tendencia generalizada a los Batallones digamos universitarios o escolares. Estamos hablando de una población con un 85% de analfabetismo, y claro, no es que un oficial tuviera que saber unas cosas del otro mundo, pero por lo menos tenia que saber leer y escribir, como para escribir un parte o leer una orden, y claro eso era mucho mas difícil en gente del pueblo llano. También la cuestión económica era muy importante, se supone que en la época un oficial de caballería o de infantería se formaba en un año, y los de artillería y de ingenieros en tres años. Claro estamos hablando de una guerra de seis años, si empleamos tres años en formar a un oficial, pues lo tenemos claro.*

También es muy clara la falta de reglamentos. Si nos retrotraemos a las maniobras de Getafe inmediatamente anteriores a la guerra, el resultado del informe de las mismas es muy claro, que creo que es de Blake, y es que no hay dos regimientos que obedezcan a las mismas ordenes, y si eso que es en tiempo de paz.

Una vez mas tengo que decir que en realidad, lo que esta haciendo un oficial es ante todo, conservar su puesto en formación, porque, que una compañía actuara solo era rarísimo, lo normal es que actuara el batallón entero, como una formación de orden cerrado, por lo tanto casi no mandaban ni fuego, ni carguen, ni nada, era casi a voces de batallón. El caso del suboficial es distinto, porque el suboficial primero es clase de tropa y en segundo lugar combate en cuarta fila, o sea la misión del suboficial es evitar las desmandas de tropa y por lo tanto hay que suponer en principio que el número de sus bajas seria proporcionalmente menor.

\* \* \* \* \*

***Pregunta:** Mi coronel en relación al libro del profesor «Esdeil» nuestro común amigo publicado el año pasado sobre la Guerra de la Independencia en la nueva historia y hace dos años en Inglaterra Península-Wars New History yo creo que tiene muchas cosas validas desde el punto de vista del análisis del tipo anglosajón de un conflicto, pero también tiene muchas cosas a debatir, sobre todo, sobre la influencia mayor o menor de la guerra de la Independencia en los conflictos napoleónicos en Europa sobre los que da opiniones muy contradictorias. ¿Cual es la opinión suya sobre la influencia de la guerra de la independencia en las guerras napoleónicas en Europa en general?.*

***Respuesta del coronel SAÑUDO:*** Bueno, lo primero que tengo que decir, aprovechando que no esta delante, es que «Isdeil» es un hombre inteligente y británico y que además quiere vender libros en su país, por lo que el producto que elabora tiene que ser vendible, y sobre el particular, como bien sabe el coronel Andújar, he hablado mucho con él. También hay que tener en cuenta, que para alguien que no sea militar, meterse de lleno en un tema como este y emitir juicios de valor al respecto es muy difícil, muy difícil y es de los poquitos historiadores que se mete en harina en este asunto.

Isdeil para los británicos es un pro-español continuamente están echándole en cara que el habla a favor de los españoles. Todo el que se haya molestado en leer historias británicas sobre los españoles habrá llegado al conocimiento de que los españoles somos orgullosos, perezosos, incompetentes,

cobardes, traicioneros, vagos y además le echamos ajo y cebolla a nuestras comidas, y eso ya es el no va mas. Esto es lo que se esta publicando actualmente, no en el siglo XIX. Que un señor como Isdeil, diga: «parece ser que una vez hicieron una cosa que no estaba mal», esto en sí ya es algo insospechado en un historiador inglés y no voy a extenderme mas con eso.

Voy a la última parte de la pregunta que puede ser muy interesante. Seria larguísimo, nada menos que la influencia de la guerra española en las campañas napoleónicas, pues para mi, es decisiva y no lo digo porque yo sea español. En el momento de la paz de Tilsit, todo esta bajo dominio de Napoleón y no hay quien se le ponga por delante, vayamos un poco a cifras.

Los ejércitos Napoleónicos, los imperiales están en el millón y medio de hombres, cuando el ejército español esta en ciento cuarenta mil y siendo los únicos que les hacíamos frente o sea, que francamente la posibilidad de respuesta militar es imposible.

¿Por qué el alcalde de Móstoles le declaró la guerra a Napoleón?, pues porque no sabia lo que hacía, no teníamos nada que hacer, no había ninguna posibilidad militar de luchar contra el emperador, claro que el pueblo español tampoco lo sabe. ¿Influencia táctica? ninguna, ninguna. Nosotros somos inferiores en todo, empezando por conocimiento militar, en eso son muy superiores y no digamos en medios, en eso la diferencia es abismal.

A Napoleón le derrotan dos cosas, «el general invierno en Rusia» y «el general no importa en España», eso son dos generales que van a conseguir lo que no se podía conseguir de ninguna otra de las maneras. La de Rusia la provoca el mismo, a pesar de todos los consejos habidos y por haber, y la de España se provoca por la duración de la guerra. Lo que le salva a España es la tenacidad en el combate, tenacidad que nace de la decisión de los sucesivos gobiernos de mantener la guerra, del ejército en llevarla a cabo y de las levas forzosas, y porque la realidad es que los españoles si van a la guerra es porque van a la fuerza.

El número de voluntarios es ínfimo, bien y aun con eso y con todo en realidad, haciendo números lo que a mi me sale es que toman las armas como uno de cada catorce o dieciséis españoles en edad de combatir, esto son unas cifras un poco notables, o sea la inmensa mayoría de los españoles no combatió, pero los que combatieron así como en las primeras fases de la guerra 1808-1809 van una vez y otra a enfrentarse en campo abierto con los franceses y obtener el resultado lógico de una derrota de tras de otra. A partir de ese momento y ya poco a poco no de una forma deliberada, si no de una forma hija de las circunstancias dejamos de enfrentarnos con ellos,

no de una forma absoluta sino parcial en campo abierto y empezamos a ir defendiendo ciudades ahí es donde la guerra se eterniza para los franceses Shulzt sale de Zaragoza y tarda tres años en llegar a Valencia porque tiene que tomar Mequinza, tiene que tomar Lérida , Tortosa, Tarragona, Peñíscola, Sagunto.

Tarda tres años, pero el ejército imperial esta diseñado para una guerra relámpago, porque así como es muy numeroso y muy fuerte, es imposible de abastecer logísticamente, no esta pensado en absoluto para un guerra de larga duración, ni hay recursos económicos, porque si España tiene problemas económicos también los tiene Francia, para poder mantener ese ejército solo se puede hacer sobre el terreno; solo se puede mantener depredando todos los recursos que halla, pero claro, esos recursos se agotan, y en el momento que la guerra se dilata tanto franceses como españoles pasan a tener objetivos logísticos. Lo importante no será tomar esta línea o tomar aquel río, lo importe será tomar aquel valle donde hay una cosecha de trigo abundante.

Resumiendo, esta duración eterna del conflicto contra un Napoleón que tardaba cuatro meses o cinco en terminar una campaña y que en España se esta dilatando año tras años, supone un desgaste moral terrible para el ejército francés y al mismo tiempo toda Europa esta mirando a la resistencia española. Esta vez parece que Napoleón ha dado con alguien con el que no consigue acabar. Yo suelo terminar algunos escritos diciendo; que el ejército español que era un desastre de ejército, los militares españoles que eran un desastre de militares, y los españoles que no querían combatir, resulta que mantuvieron la guerra mas larga de todas las guerras napoleónicas existentes. ¿Y que dice Napoleón?, pues se resume fácilmente en la frase que nos han leído «la maldita guerra de España», que es la ulcera que no le dejo de sangrar hasta morir.

Influencia táctica estratégica de conocimientos en Europa, pues yo creo que ninguna, no enseñamos nada, excepto ser más cabezotas que nadie, pero enseñanza militar no. Aliento a la resistencia en Europa, toda. Cuando los rusos cogen prisioneros españoles que van con el regimiento José Napoleón, no los tratan como prisioneros, los cogen, los abrazan, los besan, los consideran sus aliados, les dan vodka hasta que matan a bastantes a base de beber y enseguida forman un Regimiento con ellos, el Imperial Alejandro, con uniformes rusos, banderas Rusas y todo lo demás, . y al final los mandan para España, y eso que habían estado combatiendo contra ellos. Para los rusos los españoles, eran lo más, eran los únicos que seguían combatiendo contra Napoleón, todos los demás estaban contra ellos. ¿ no sé, si he contestado suficientemente a su pregunta?, .....

\* \* \* \* \*



**Pregunta D. JOAQUÍN SERRANO:** *Mi coronel, una pregunta muy sencilla. ¿El fenómeno de la guerrilla se dio en algún otro país europeo, fundamentalmente Portugal, Rusia, etc.?*

**Respuesta del coronel SAÑUDO:** Sí, claro que se dio; el fenómeno se dio en Italia, se dio en Suiza, pero lo que pasa es que no en magnitudes comparables, no en magnitudes comparables con la española, o sea en pequeñas, pequeñas dosis, si, pero a mucha menor escala, tal como en España, en ninguna parte.

Claro también hay que entender que las circunstancias eran muy distintas, el territorio era muy distinto, España es un país muy montañoso aunque a veces no nos queramos dar cuenta en comparación, (vamos salvo Suiza,) con las llanuras europeas. Si algo tenían los franceses es caballería y capacidad de dominar extensas partes territoriales. En España en las mesetas sí, pero en cuánto se sale de ahí y hay que andar por las montañas, la cosa se hace prácticamente imposible y además hay que entender que el fenómeno de la virulencia española contra los franceses, no empieza ni mucho menos en la Guerra de la Independencia.

Yo el otro día estaba viendo una película: «Sangre de Mayo» de Garci, donde hay un momento en el que se dice: ¿y el ejército dónde está?. Pues el dos de Mayo está acuartelado, y no es que lo acuartelaran ese día. El ejército está acuartelado bastante tiempo antes del dos de Mayo, porque todos los días están apareciendo franceses muertos por todos los lados, los duelos están a la vuelta de la esquina, todos los días aparece un dragón muerto en la calle, etc. El pastor Jáuregui ya ha matado franceses y esta por el monte. Hay una confrontación muy fuerte entre los franceses y los españoles. Su origen se pierde en la noche de los tiempos. Quiero decir que si el ejército esta acuartelado es para evitar las confrontaciones antes del dos de Mayo. Y no se si he contestado a la pregunta porque sobre la guerrillas habría mucho y muy largo que contar.

\* \* \* \* \*

**Pregunta Tcol. MENACHO:** *Ha comentado de el ejército español que aporito poco y que no era muy «alla», tácticamente, sin embargo, sabemos que antes de la guerra Velarde fue llamado a la academia de París, para una consulta relativa al tema, sabemos también que en Bailen la artillería tuvo una actuación muy brillante y dicen que incluso alabada por los propios ingles ¿qué hay de verdad y que de mentira en todo eso?.*

**Respuesta del coronel SAÑUDO:** Evidentemente había, aparte de Velarde, españoles que iban a Europa a aprender cosas, por ejemplo Morla, célebre por sus viajes por Europa, pero desde luego no aprendieron demasiado.

Voy a concretar a la pregunta sobre Bailén, luego aclararé mas. En Bailén la artillería española tiene dieciséis piezas de las que prácticamente la mitad son de doce libras, los franceses tienen veintitrés piezas, o sea un número superior, con artillería de ocho libras, pero la mayor parte de cuatro. Bueno, sabemos que por parte de Castaños la artillería española desmontó diecisiete piezas de las veintitrés que tenía la artillería francesa. ¿Qué quiere decir esto? que la superioridad de la artillería española fue muy grande,. Un mejor calibre, y sobre todo en batería desde el primer momento; en tanto que Dupont siempre cometió el error de minusvalorar la resistencia española y fue lanzando uno tras otro los ataques. Sobre esto hay también mucha tinta, muchos testigos presentes españoles hablan de nueve ataques, de siete, Dupont habla de cinco. Les concederemos los cinco a Dupont y los cinco insuficientemente apoyados por la artillería. Pero no está ahí la razón, ya que parece que quieres que hablemos de artillería, los cuatro regimientos españoles que existen, que son unidades meramente administrativas, no consiguen poner en batalla, baterías o medias baterías sueltas, el problema, como siempre es el económico, las Armas que son más costosas como Caballería y Artillería, son las que peor lo pasaron por falta de ganado, por falta de medios económicos para poder desenvolverse en el campo táctico. Se observa en casi todas las batallas, como la artillería francesa una vez iniciada la batalla y una vez visto el enemigo y su despliegue, una de las primeras cosas que hace es un transporte de toda su batería para concentrarla en el punto decisivo y como los españoles no son capaces de hacer eso ¿por qué?, pues porque no tienen ganado para mover las piezas, porque era contratado y en el momento que empiezan los primeros tiros los muleros cogen sus mulas, que para eso son de ellos y se las llevan, entonces la artillería española queda en eso tan español, de a la prolonga, coges una cuerda y tiras del cañón. La maniobra estratégica de la artillería napoleónica nos supera totalmente, no ya solo en número de cañones, sino también en su movilidad táctica, por lo tanto no hay ninguna duda, ellos manejan la artillería infinitamente mejor que nosotros, y ya no digo de la caballería en eso sería muchísimo más exagerado todavía. Que técnicamente los artilleros españoles fueran competentes, no lo puede poner en duda nadie, pero por muy competente que uno quiera ser, cuando el de enfrente me pone treinta cañones y yo tengo dos, el resultado va ser siempre el mismo y eso se comprueba en una y en otra batalla, en el lugar decisivo, como ellos mucho más maniobreros que nosotros,

dominan el terreno de la maniobra y consecuentemente eluden la mitad de las fuerzas en contacto o a tres cuartas partes, se concentran en un punto y en ese punto nos machacan vivos. Se ve en todas las batallas como el ejército español llega, despliega en línea y ya no se mueve ni puede ni sabe. Nos ganan absolutamente en todo, y ya si entramos en reglamentos, pues para que las prisas, nosotros no sabemos prácticamente formar en cuadro, nada mas que a nivel división, eso naturalmente deja a nuestros batallones inermes porque la oportunidad de formar cuadro ante una posible carga de caballería es una cuestión de minutos y muy pocos, y al intentar hacerlo a nivel división pues a morir, y esto es precepto reglamentario, en el ultimo artículo del reglamento de 1808 y la ultima frase que dice: en caso de hallarse aislado el batallón actuara en igual forma, ¿pero cuando se encontraba aislado un batallón?, probablemente nunca, estaba encuadrado en una división y por tanto, la facultad de ordenar formar cuadro era competencia del mariscal de campo y la oportunidad de hacerlo casi nula, así nos pasa lo que nos pasa, las tropas españolas, reciben las cargas de caballería francesa en cuadro una vez y otra vez. La primera vez que se consigue formar cuadro es en Alba de Tormes y ya estamos en noviembre 1809 y aun así nos machacan y se termina la guerra y seguimos sin saber hacerlo, o sea que reglamentariamente eran superiores a nosotros, sus oficiales muchos mas competentes que los nuestros nosotros, las unidades mucho mas fogueadas que las nuestras, porque las nuestras son deshechas una y otra vez .Cada tres meses el ejército español ha sido derrotado reconstruido y vuelve a presentar batalla, ¿por qué?, hay muchos que opinan que eran tontos y otros que opinamos que porque se lo mandan; porque decirlo, lo decían con toda claridad.

No hay ninguna duda el ejército imperial era muy superior al ejército español y se puede decir que al ejército británico también, la artillería francesa es muy superior a la británica y la caballería también y si nos vamos a Waterloo, que ya es el colmo, vemos que Wellington esta técnicamente derrotado y le salva el prusiano Blucher. Wellington había formado veintitrés cuadros de veintitrés batallones en la contra-pendiente y le salva la incompetencia del mariscal Ney que ordena una carga de cinco mil jinetes, cuando no debía. Simplemente tenia que haber ordenado «que avance la «artillería-hipomovil» y que barrera los cuadros, pero en fin esas son cosas que pasan.

\* \* \* \* \*

***Pregunta coronel COLIS:** He leído en algunas redacciones que en España los oficiales franceses, estaban un poco descontentos porque se consideraban que no eran tan premiados ,como en otros países al estar en un teatro*

*de la guerra secundario. Sin embargo, si ascendió a mariscal en España Suchet, que sí es muy premiado por Napoleón.*

**Respuesta del coronel SAÑUDO:** Bueno efectivamente que no hay ninguna duda de que España para el ejercito Imperial fue como algo así como el frente del este para los alemanes en la segunda guerra mundial, era un sitio de desgaste de poco o nulo lucimiento, era una guerra sucia. Ellos están acostumbrados a unas campañas de cuatro meses, de cinco máximo y enseguida volver cargados de honores, de recompensas ,etc.

En España no, es claro que Napoleón esta viendo que pasan los meses, pasan los años y que esto no se resuelve y como no se resuelve pues claro los honores no se otorgan. En general Napoleón era bastante avaro en cuestión de recompensas.. y además regañaba mucho a sus mariscales ¡los mimáis demasiado!, solía decir.

Pero en una guerra que no se pierde y no se gana, y que si había de durar cuatro meses, acabaría durando seis años, es lógico que exasperará a Napoleón y luego a partir de aquí se produce un problema de mando, el problema del mando es que Napoleón no está en España y que puede haber siete u ocho nueve cuerpos de ejercito cada uno con su mariscal de Francia. Cada uno hace su guerra, cada uno tiene sus pretextos y esconde su numero de bajas. Napoleón cree que tiene todavía tantos hombres aquí o allí, y en realidad tiene bastantes menos porque le ocultan el numero de bajas.¿ Porque Suchet si?, porque Suchet no es mariscal y precisamente como no lo es tiene que ganarse el bastón de mariscal y lo hace fundamentalmente tomando iniciativas. Tiene sus éxitos con Blake por ejemplo en Belchite, sitia Mequinenza, sitia Lérida y consigue tomarlas en pocos días. Napoleón que pretende una guerra rápida, comienza a darle medios, cosa que le regatea a los demás mariscales e incluso le da el Ejército de Cataluña llegando a unirlo con el Ejército de Aragón. Toma Tortosa que también se rinde con bastante facilidad, la toma de tarragona no es tan fácil. Tarragona ya era en hueso duro de roer, pero acaba consiguiendo tomarla. Es un general que sabe darse cuenta de la problemática logística. La primera vez que avanza sobre Valencia lo hace muy entusiasmado pero tiene que dar media vuelta con el rabo entre las piernas. Es entonces cuando se da cuenta que la solución es el río Ebro, que necesita la navegación del Ebro para poder transportar su artillería de sitio, su municionamiento, etc..Lo sabe hacer , y por eso va tomando Mequinenza, Tortosa, etc. Finalmente también toma Tarragona, un objetivo difícil y que le supone el ascenso a mariscal.. Pero ahí vendrá un gran error de Napoleón, que seguirá dándole medios a costa de Marmont y a costa del Ejército de Portugal, que a pesar

de su nombre está en Castilla y que provocará la derrota de Arapiles. Este será el costo del apoyo excesivo a Suchet.

\* \* \* \* \*

***Pregunta:** Yo quería saber que me puede contar del tema de los prisioneros españoles. Lo que a mí me llama más la curiosidad es el traslado de prisioneros de depósitos en España a depósitos en Francia.*

***Respuesta del coronel SAÑUDO:*** La mecánica es muy sencilla, ellos no distinguen entre oficiales y tropa, lo primero que hacen cuando cogen a los prisioneros, es robarles,; desde el pañuelo que llevan en el cuello a la guerrera, por supuesto el dinero, las botas, si alguno tiene reloj, pues también el reloj. Robarles, dejarles muchas veces como ellos dicen desnudos, porque les quitan hasta los capotes, les quitan todo.

Bien, a continuación forman columnas de marcha, y los llevan normalmente en dirección a Madrid, habitualmente al depósito del Retiro. Sobre la marcha escapan todos los que pueden. Se escapaban muchísimos, por muchas razones, por un lado porque las columnas no iban suficientemente vigiladas, por otro lado porque los soldados franceses tampoco vigilaban con mucha atención y en muchas ocasiones se dejaban sobornar. Al centinela si le daban suficiente dinero, miraba para otro lado. Eran bastante mal tratados, normalmente, al que no podía seguir porque estaba herido o enfermo lo mataban sobre la marcha. A los que no podían huir, solían ofrecerles la posibilidad de enrolarse en el ejército francés, esto era un práctica muy habitual de la época también en los españoles.

Con respecto a los prisioneros franceses, muchos preferían enrolarse en el ejército español francés o viceversa para tener una mejor condición, porque sobrevivir a un cautiverio de prisionero tan largo como eran los cautiverios de la época era muy problemático. De hecho sobre todo hacia el final de la guerra, se permitirá a muchos de esos prisioneros que los contraten como trabajadores y así, nos encontramos en Francia, en muchos sitios, prisioneros españoles que están trabajando en los talleres, en las fábricas. Por ejemplo, en las fechas inmediatamente anteriores a la batalla de Tolouse que es la última gran batalla que se produce dentro de Francia el 08-04-1814, una de las preocupaciones de los franceses, será la enorme cantidad de emigrados «españoles josefinos» que van a parar a Francia y que están conviviendo con los prisioneros españoles, y para gran sorpresa de los franceses, esto no genera ninguna tensión entre los mismos.

\* \* \* \* \*

**Pregunta:** *¿Que sucedió con los prisioneros españoles pertenecientes al ejército imperial que escaparon y se enrolaron masivamente en el ejército ruso?*

**Respuesta del coronel SAÑUDO:** La contestación es muy fácil, en realidad no se escaparon, esa es una de las múltiples leyendas existentes de la Guerra de la Independencia. Lo que sucede simplemente es que en la retirada los van cogiendo prisioneros los rusos, y en cuanto ellos alegan que son españoles, que no son franceses, inmediatamente los rusos los acogen de maravilla reuniéndolos para conformar posteriormente el denominado Regimiento Imperial Alejandro.

\* \* \* \* \*

**Pregunta:** *¿fueron frecuentes las desertiones de soldados españoles pertenecientes al regimiento Imperial José Napoleón?*

**Respuesta del coronel SAÑUDO:** No, no se escapan del Imperial de José Napoleón, En primer lugar porque no están todos juntos. Los franceses tampoco eran tontos y no tienen reunido el regimiento, tienen un batallón aquí, otro batallón allí, uno en el centro de Alemania, otro en el centro de Francia. Sólo los reúnen para marchar hacia Rusia, y aún así, a su jefe Kindelán, no hay quien le haga ir a la guerra dice que tiene reuma, reuma y reuma y Napoleón no consigue que vaya a Rusia... a la campaña de Rusia.

Constan datos sueltos, consta por ejemplo, «se han fusilado a dos soldados españoles, por haber abandonado la formación y haber ido a ordeñar una vaca», parece una anécdota pero da una idea de la disciplina, podrán ir muertos de hambre, pero aunque vean la vaca en el prado de al lado, no hay quien se mueva de la fila, porque el que salga de la fila lo fusilan, así de sencillo.

Sabemos que combaten en Borodino, hay quien dice que combaten muy bien, valientemente. Pero en la retirada la desorganización es total, se pierde la coexión regimental y casi desde el primer momento en que son hechos prisioneros por los rusos estos los tratan como aliados.

\* \* \* \* \*

**Pregunta:** *A cerca de la guerra en Cataluña, como se comportaron autoridades y digamos el pueblo respecto de contribuir o no al esfuerzo común contra los franceses.*

**Respuesta del coronel SAÑUDO:** El caso de Cataluña es un caso singular, como todos los del resto de España. España no es un país homogéneo por lo tanto, la respuesta que se produce a la invasión lleva implícita la idiosincrasia, la cultura y no solo esto, si no también la organización social, política y propia de cada sitio y en cada sitio es completamente distinto. Así por ejemplo, en Cataluña existe el Somatén, que no existe en otras partes, por lo tanto la respuesta popular lógica es la respuesta del Somatén o sea, así como en otros sitios van a ser guerrillas mas o menos espontáneas, en Cataluña la principal y primaria respuesta es el Somatén, la vemos ya en el Bruch, es el primer combate que hay en España en la guerra de la Independencia.

Lo que se produce es una fricción fuerte con las mandos militares porque, como dice el informe Manresa, cuando llega allí el ejército de Granada, el de Reding después de Bailen, dicen textualmente: «los catalanes no admiten como jefes nada más que los que hablen como ellos vistan como ellos y lleven manta al hombro», esta es la frase que emplea el informe, por tanto se puede decir que los catalanes no quieren estar integrados en el Ejército español en absoluto. Eso si, van a aceptar mandos militares pero que sean catalanes, pero como Claros, como Milans de Bosch, que empiezan siendo tenientes coroneles y llegan a ser mariscales de campo.

La respuesta tenía que ser muy larga, porque son seis años de guerra, me limitare a decir, que se llega al extremo cuando se crean las legiones catalanas, que son en realidad grandes unidades, casi Cuerpos de Ejército, con uniformes a parte, y todo aparte, la verdad es que se crea la primera no completa del todo y la segunda con poco mas de la mitad y que son derrotados con rotundidad desapareciendo básicamente en Figueras con la toma primero de la Plaza y su perdida después en la de Tarragona, no quedando en ese momento ya ningún ejército catalán.

\* \* \* \* \*

**Pregunta:** *Buenas tardes me permite dos preguntas, una muy concreta y otra de opinión. La primera es ¿ como es posible organizar una guerrilla?. ¿Cómo és sociológicamente?, ¿ cómo se sostiene económicamente?, ¿ quien*

*la apoya con armamento?*

*Esta es la pregunta concreta. Y luego si le parece le hago la otra*

**Respuesta del coronel SAÑUDO:** Vamos a la primera.

Tengo que decir un poco lo mismo, el fenómeno de la guerrilla obedece a la idiosincrasia de cada parte de España, no tiene nada que ver la guerrilla de Andalucía, mínima, quiero decir, de grupos pequeñitos que rara vez se unen como no sea para una operación muy concreta. No tiene nada que ver por ejemplo, con la guerrilla en Navarra, por poner el otro extremo, con un Mina con nueve batallones de infantería dos regimientos de caballería y hasta una sección de artillería, todos perfectamente uniformados y combatiendo como tropas de línea, toda comparación es absolutamente distinta.

La guerrilla tiene su origen en líderes locales, valga el cura Merino, valga Longa, líderes locales que sin encomendarse ni a Dios ni al diablo y con un número muy reducido de hombres se echan al monte, pueden ser cuatro, pueden ser tres, pero cogen la escopeta y se van a dedicar a cazar franceses. En función de su éxito se les irán uniendo más, éxito que es muy variopinto, el éxito del Empecinado es que paga jornal y entonces los que están en otra guerrilla se van con él. Es completamente variopinto las posibilidades de éxito, cuanto a que los golpes que den tengan una repercusión económica, eso es muy importante en la guerrilla. También, en cuanto tienen un cierto volumen, desaparece la voluntariedad, son levas forzosas esto es una de las cosas que más llama la atención, nada de voluntarios. Hay otro denominador bastante común, y es que van a adoptar una estructura militar en cuanto puedan, enseguida quieren ser reconocidos como mandos militares, quieren tener banderas, quieren tener uniformes, y en cuanto pueden se los hacen.

En relación con el armamento, hay que tener en cuenta que estamos hablando de una época en la que un mosquetón lo puede fabricar un herrero, vamos de hecho lo fabrica, la parte mas complicada que es la llave, la pueden robar o usar la llave de otro mosquetón, no es que ésta sea la forma mas corriente de armarse, pero existe. Se utilizan hasta cañones de madera, se coge el hueco de un árbol se ahueca por dentro, se refuerza por fuera con zunchos de carro, como si fueran llantas de carros, y se utiliza y hasta esta reglamentado el numero de disparos posibles. Se utilizan armamentos cogidos a los franceses y muchos traídos por los ingleses, sorprende ver la impunidad con la que circulan por dentro del territorio teoricamente ocupado por los franceses, organizando marchas que cruzan totalmente el territorio fran-



cés, suben a Santoña o suben a Vizcaya, enlazan con las fragatas británicas, cogen allí los fusiles y se vuelven trescientos kilómetros más al sur. Sorprende mucho la facilidad con lo que esas guerrillas mantienen correo con las Juntas Españolas e incluso con los ingleses y como conciertan operaciones.

La capacidad de organización económica que tienen yo creo que es superior a la de las Juntas, o sea la administración económica que llevan a cabo es lo que les permite, que sus soldados, estén por ejemplo; calzados que es un lujo que nunca consigue el ejército español. Las tropas españolas en 1813 todavía constan por testigos presenciales que van en una proporción elevada descalzos, ellos no. No hay (y voy a terminar con esto), no hay constancia de guerrilleros que pasen hambre, o de guerrilleros que tengan falta de munición ni de guerrilleros que tengan falta de armamento, ni que vayan mal uniformados, en cambio del ejército español sí.

\* \* \* \* \*

***Pregunta...:** ¿Puedo hacer ahora la de opinión?. Napoleón parece ser que vivía mucho de su reputación, de ser invencible. Parece entonces, que la derrota de Bailen le había perjudicado, como también el fallido ataque o la invasión de Inglaterra y que también se decidió a atacar Rusia en gran medida por mantener su reputación. También hay que decir que Napoleón se encontró con enormes deficiencias económica. ¿Opina usted, que Napoleón, realmente, se guiaba de que no puede permitir que alguien dude de su superioridad?*

**Respuesta del coronel SAÑUDO:** Efectivamente lo que usted termina diciendo es absolutamente cierto, Napoleón es un militar, pero acaba siendo un político y Napoleón lo que quiere es mantener su prestigio, por encima de todo, bueno eso es un arma militar también disuasoria, claramente disuasoria. Con lo que usted ha apuntado respecto al asunto económico, yo quiero aprovechar para redondear un poco la cosa. El problema económico de los ejércitos era insoluble, insoluble para España, insoluble para el Imperio francés, e insoluble para todos, es decir, no hay economía que pudiera permitir mantener en operaciones unos ejércitos tan desmedidos para sus posibilidades verdaderamente económicas. Aunque las cifras suelen ser horribosas digamos que España mantiene un ejército de 140.000 hombres con una recaudación peninsular de 550 millones de reales y americana de 150 millones, o sea que totalizan setecientos millones. A España le cuesta mantener esos 140.000 hombres 500 millones de reales, la casi

totalidad de lo que recauda en España. ¿Que problema no tendría Napoleón con un millón y medio de hombres?.¿Cómo lo resuelve Napoleón? Bueno, pues medio millón son de aliados y obliga a los mismos a mantener económicamente a sus unidades, es decir, los estados alemanes tienen que mantener los regimientos alemanes que tenía Napoleón y los italianos lo mismo. Pero aún así le queda un millón de hombres, ¿como los mantiene?. La renta francesa triplica a la Española, pero con una renta triple mantiene un ejército diez veces superior, ese es el conejo que se saca de la manga Napoleón, ese es el misterio ¿cómo lo resuelve?, pues sencillamente no teniendo al ejército en Francia, si el ejército francés hubiera estado en Francia habría acabado provocando una sublevación popular, porque era imposible de mantener. ¿Dónde esta el ejército francés?, naturalmente, parte en Francia, parte en Italia, parte en Alemania, Polonia, España, Dinamarca y vive en esos sitios y de esos sitios. Napoleón dice aquello que, «para hacer la guerra hacen falta tres cosas dinero, dinero, y dinero», y como nunca había suficiente, pues viven sobre el terreno, ah, eso si, tienen una gran capacidad para robar todo lo que encuentran , roban porque tienen la obligación de robar, porque si no, no comen, pero claro roban para comer y a continuación roban ya para algo mas que para comer, y acaban llevándose todo, todo, robando toda la plata que hay en las iglesias españolas, ¡que hay que ver la de la plata que habría procedente de América!, después de tantos años de traer plata de América, roban el dinero de las cajas de los ayuntamientos, roban el ganado, roban todo absolutamente. Así es como se mantiene todo el ejército Imperial.

Por lo que respecta a España, terminar diciendo que el informe de las cortes españolas de enero de 1814 o sea, con toda la experiencia de seis años de guerra, dicen mas o menos lo siguiente: Los ingresos se han reducido desde los setecientos millones de reales a trescientos. Se dedican al esfuerzo bélico las nueve décimas partes de lo que se recauda o sea casi todo, y terminan diciendo las cortes que a pesar de ello, el ejército viose sumido en la miseria.

Inoperante, el ejército español llega a ser practicamente inoperante por falta de recursos. Cuando en la ultima campaña, el Cuarto Ejército con Amarillas, le pide munición a wellington, este le dice,» ya se que no tenéis munición, pero es que no os la puedo dar» así vamos a la batalla de Vitoria,. La primera división que ataca es la de Morillo, ataca un monte célebre y a mitad del monte se ha quedado sin munición, sencillamente no tienen.

**Pregunta:** *Una pregunta muy breve, hemos visto por ahí, en el museo municipal, la gran exposición de cartografía francesa realizada por el cuerpo topográfico del ejército francés en España y quería saber si es cierto que Wellington llevaba una imprenta para imprimir sus propios mapas en un carromato,*

**RESPUESTA del coronel SAÑUDO:** Muy rápidamente tengo que decir que no tengo ni idea, no lo he oído y además no lo considero muy probable, porque imprimir no sería difícil, pero levantar la cartografía me parece rarísimo y me consta que venía desde Gran Bretaña, una cartografía primorosamente hecha.

# Revista de Historia Militar

Tarifas de suscripción para el año 2010:

- 9,02 € ESPAÑA
- 12,02 € RESTO DEL MUNDO

(IVA Y GASTOS DE ENVÍO INCLUIDOS)

APELLIDOS, NOMBRE: \_\_\_\_\_ CORREG. ELECTR.: \_\_\_\_\_

DIRECCIÓN: \_\_\_\_\_

POBLACIÓN: \_\_\_\_\_ CP: \_\_\_\_\_ PROVINCIA: \_\_\_\_\_

TELÉFONO: \_\_\_\_\_ NIF: \_\_\_\_\_ Nº DE SUSCRIPCIONES: \_\_\_\_\_

## FORMAS DE PAGO: (Marque con una X)

- Domiciliación bancaria a favor del Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa. (Rellene la autorización a pie de página).
- Incluyo un cheque nominativo a favor del CENTRO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE DEFENSA.
- Transferencia bancaria / Ingreso en efectivo al BBVA: "CENTRO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE DEFENSA".

Nº de Cuenta: 0182 - 7378 - 19 - 02 0000 0366

Al recibir el primer envío, conocerá el número de suscriptor, al cual deberá referirse para cualquier consulta con este Centro.  
En \_\_\_\_\_, a \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de 2010

Firmado:

## IMPRESO DE DOMICILIACIÓN BANCARIA

ENTIDAD			OFICINA			D.C.		NÚMERO DE CUENTA							

En \_\_\_\_\_, a \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de 2010

SELLO DE LA  
ENTIDAD

Firmado:

↑ ↑ EJEMPLAR PARA ENVIAR A LA SUBDIRECCION GENERAL DE DOCUMENTACION Y PUBLICACIONES MINISDEF ↑ ↑

Deptº. de Suscripciones, C/ Camino los ingenieros nº 6

28047 - Madrid

Tfno.: 91.364 74 21 - Fax: 91 364 74 07 - e-mail: suscripciones@oc.mde.es

CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR — CORTAR —

↓ ↓ EJEMPLAR PARA QUE Vd. LO ENVÍE AL BANCO ↓ ↓

SR. DIRECTOR DEL BANCO/CAJA DE AHORROS:

Ruego a Vd. de las órdenes oportunas para que a partir de la fecha y hasta nueva orden sean cargadas contra mi cuenta nº \_\_\_\_\_ abierta en esa oficina, los recibos presentados para su cobro por el **Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa - Revista de Historia Militar**

En \_\_\_\_\_, a \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de 2010